

Nora Roberts

TESOROS OCULTOS

PRÓLOGO

Él no quería estar allí. No, odiaba sentirse atrapado en la vieja casa elegante, acosado y perseguido por inquietantes fantasmas. Ya no era suficiente con amortajar los muebles con fundas, cerrar con llave las puertas y marcharse. Tenía que vaciarla, para así purificar algunas de sus pesadillas.

—¿Capitán Skimmerhorn?

Jed dio un respingo al oír el grado. A partir de la semana pasada no era más capitán. Había renunciado a la fuerza y entregado su insignia, pero estaba harto de explicarlo. Se apartó cuando dos de los peones de mudanza cargaron escaleras abajo un armario de palisandro, atravesaron el gran vestíbulo y salieron a la fría mañana.

—¿Sí?

—Tal vez quiera echar un último vistazo al piso de arriba, para asegurarse de que hemos sacado todo lo que quiere mandar al almacén. En ese caso, supongo que hemos terminado.

—Bien.

Sin embargo, él no quería subir esas escaleras y caminar por aquellas habitaciones. Aun estando vacías, era mucho lo que contenían. Responsabilidad, se dijo mientras empezó a subir de mala gana. Su vida había estado demasiado llena de responsabilidades como para desentenderse ahora de una.

Algo lo empujó a lo largo del corredor hacia su antigua habitación, la misma en la que había crecido, la que había ocupado mucho tiempo después de haber vivido solo aquí. Pero se detuvo en el umbral, poco antes de traspasar la puerta. Con los puños firmemente cerrados dentro de sus bolsillos, *esperó que* los recuerdos lo asaltaran como el disparo de un francotirador.

En aquella habitación había llorado..., aunque por supuesto en secreto y con vergüenza. Ningún varón Skimmerhorn habría mostrado jamás su debilidad en público. Después, cuando las lágrimas se secaban, en esa misma habitación había maquinado pequeñas e inútiles venganzas pueriles, que siempre se volvieron en su contra.

En aquel cuarto también había aprendido a odiar.

Sin embargo, no era más que una habitación. Se había convencido de ello años atrás, cuando había vuelto a vivir allí, ya convertido en un hombre. ¿No había estado contento?, se preguntó ahora. ¿Acaso no había sido sencillo?

Sí, quizá sí... hasta Elaine.

—Jedidiah.

Dio un paso atrás. Antes de entender lo que pasaba, estuvo a punto de sacar la mano derecha del bolsillo para tocar el arma que ya no se encontraba allí. El ademán, y el hecho de hallarse tan ensimismado en sus pensamientos morbosos que ni siquiera advirtió la presencia de alguien a sus espaldas, le recordó por qué el revólver ya no colgaba de su costado.

Se relajó y se volvió para mirar a su abuela. Honoria Skimmerhorn Rodgers lucía un elegante abrigo de visón, con unos discretos diamantes que centelleaban en sus orejas y los cabellos níveos peinados con delicadeza. Parecía una próspera matrona dispuesta a asistir a un almuerzo en su club favorito. Pero sus ojos, de un azul tan intenso como los suyos, se mostraban llenos de inquietud.

—Abrigué esperanzas de que podría convencerte de que esperarás —dijo ella, serena, mientras tendía una mano para apoyarla en su brazo.

El retrocedió de inmediato. Los Skimmerhorn no solían expresar sus sentimientos.

—No había razón alguna para esperar.

—Pero ¿hay una razón para esto? —preguntó ella, señalando la habitación vacía—. ¿Hay alguna razón para vaciar tu casa y desprenderte de todas tus pertenencias?

—Nada de lo que hay en esta casa me pertenece.

—Eso es absurdo —repuso la anciana con el susurro lánguido de su Boston natal.

Jed volvió la espalda a la habitación para mirarla a la cara.

—¿Por descuido? ¿Sólo porque por casualidad todavía estoy vivo? No, gracias.

Si ella no hubiera estado tan preocupada por él, esa respuesta seca habría provocado una severa reprimenda.

—Querido, no se trata de un descuido, o alguna clase de culpa... —Se interrumpió, lo miró detenidamente y pensó que lo habría abofeteado de haber servido de ayuda. En lugar de eso le tocó la mejilla y añadió—: Sólo necesitas un poco de tiempo.

El gesto le hizo tensar los músculos. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para no apartar con brusquedad aquellos dedos suaves.

—Esta es mi manera de tomarme tiempo —repuso Jed.

—Abandonar el hogar familiar...

—¿Familia? —la interrumpió echándose a reír.

El eco de su risa resonó de forma grotesca a lo largo del pasillo.

—Nunca fuimos una familia. Ni aquí ni en ninguna parte.

La mirada de la abuela, momentos antes dulce y piadosa, se endureció. Luego dijo:

—Fingir que el pasado no existe es tan malo como vivir atado a él. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Rechazar todo lo que has conseguido, todo lo que has hecho de ti mismo? Tal vez yo no me mostré entusiasmada cuando elegiste tu profesión, pero fue tu elección y triunfaste. Ahora creo que hiciste más por el nombre Skimmerhorn cuando fuiste ascendido a capitán, que todos tus ancestros con su dinero y su poderío social.

—Yo no me hice policía para promover mi maldito nombre.

—No —convino ella, serena—. Lo hiciste por ti mismo, en contra de una tremenda presión familiar... incluida la mía.

Se apartó de él y echó a andar por el pasillo. Aunque infeliz, ella también había vivido allí años atrás, de recién casada.

—Te he visto dar un giro a tu vida y eso me impresionó, porque supe que no lo hiciste para nadie más que para ti mismo. A menudo me pregunto cómo tuviste la fuerza suficiente para realizarlo.

Retrocedió y observó detenidamente al hijo de su hijo. Había heredado los rasgos bellos y atrevidos de los Skimmerhorn: cabello cobrizo alborotado por el viento, que enmarcaba un rostro delgado y huesudo, tenso por la situación. Mujer al fin, se preocupaba porque él había perdido peso, aunque el adelgazamiento de sus rasgos sólo realzaba la fuerza que emanaba de ellos. Su alta figura, de espaldas anchas, denotaba fortaleza y vigor, acentuando la romántica belleza masculina de su piel dorada y la boca sensual. Los ojos, de un azul profundo, los había heredado de ella. Eran tan fascinantes y desafiantes como lo habían sido en el joven e inquieto muchacho que ella recordaba tan bien.

Pero ya no era un muchacho, y ella tenía miedo de que apenas pudiera ayudar al hombre en que se había convertido.

—No quiero ver cómo cambias otra vez tu vida, pero ahora por razones equivocadas. —La anciana meneó la cabeza y caminó otra vez hacia él sin darle tiempo de hablar—. Puede que yo tuviera mis reservas cuando volviste a vivir aquí, solo, después de la muerte de tus padres. Pero ésa también fue tu elección. Durante cierto tiempo pareció que de nuevo tomaste la elección correcta. Pero en esta ocasión, ¿crees que vendiendo tu casa y tirando por la borda tu carrera solucionarás una tragedia?

El esperó un instante y respondió:

—Sí.

—Me decepcionas, Jedidiah.

Aquella frase, que ella usaba raras veces, le resultaba más dolorosa que una docena de insultos furiosos de su padre.

—Prefiero decepcionarte antes que ser responsable de la vida de un solo policía. No me encuentro en condiciones de seguir al mando —añadió, retorciéndose las manos—. Tal vez nunca vuelva a estarlo. En cuanto a la casa, debí haberla vendido años atrás, después del accidente. Se habría vendido si Elaine hubiera estado de acuerdo... —Por un momento dejó de hablar. La culpa era tan amarga como la bilis—. Ahora ella también se ha ido, y es mi decisión.

—Sí, es tu decisión —convino ella—. Pero es la equivocada.

Jed sintió que la ira crecía en su interior. Quería golpear algo o a alguien, hundir sus puños en la carne. Era una sensación que le sobrevenía con demasiada frecuencia. A causa de ello, ya no era el capitán J. T. Skimmerhorn, del departamento de policía de Filadelfia, sino un civil.

—¿Acaso no lo entiendes? ¡Ya no puedo vivir aquí! ¡No puedo dormir aquí! Necesito distanciarme. Aquí estoy asfixiándome.

—Entonces ven conmigo a mi casa, aunque sólo sea a pasar las vacaciones. Al menos hasta después de principios de año. Date un poco más de tiempo antes de hacer algo irreversible. —El tono de su voz era otra vez suave cuando le tomó las manos rígidas entre las suyas—. Jedidiah, han pasado meses desde que Elaine... desde que mataron a Elaine.

—Sé muy bien cuánto tiempo ha pasado.

Sí, sabía el momento exacto de la muerte de su hermana. Después de todo, él la había matado.

—Te agradezco la invitación, pero tengo otros planes. Hoy mismo voy a ver un apartamento en South Street.

—¡Un apartamento...! —Contrariada, Honoria suspiró y agregó—: Francamente, Jedidiah, no hay necesidad de esa clase de disparates. Cómprate otra casa si no hay más remedio, tómame unas largas vacaciones, pero no te entierres en una miserable habitación.

Él se sorprendió al advertir que era capaz de sonreír.

—El anuncio aseguraba que es tranquilo, atractivo y bien situado. Eso no suena como algo miserable, abuela. —Le apretó las manos antes de que ella pudiera protestar—. Déjalo ya.

Ella volvió a suspirar, mientras presentía una derrota.

—Sólo quiero lo mejor para ti.

—Siempre lo quisiste —susurró Jed, y reprimió un estremecimiento al sentir que las paredes estaban aplastándolo. Luego propuso—: Salgamos de aquí.

1

Un teatro sin espectadores tiene su propia y peculiar magia. La magia de las posibilidades. El eco de las voces de los actores al decir sus partes, el susurro del apuntador, los trajes, la energía nerviosa y el fraseo de los personajes, que conectan el centro del escenario con la última fila de la sala vacía.

Isadora Conroy se sintió cautivada por la magia del arte escénico cuando, desde los bastidores del teatro Liberty, observaba una prueba de vestuario para *Cuentos de Navidad*. Como siempre, disfrutaba del drama, no sólo el de Dickens, sino también el drama de los nervios a flor de piel, de la iluminación creativa, las líneas bien dichas. Después de todo, llevaba el teatro en la sangre.

Era una vibración que latía en su interior, aun en reposo. Sus grandes ojos marrones brillaban de excitación y parecían dominar el rostro enmarcado por una cascada de dorados cabellos castaños. Esa misma emoción teñía de rubor su cutis marfileño y provocaba una amplia sonrisa en la boca generosa. Era una cara de ángulos delicados y curvas suaves, una mezcla de lozanía y belleza. La energía interior de su cuerpo pequeño y compacto resplandecía hacia el exterior.

Interesada en todo lo que la rodeaba, era una mujer que creía en las ilusiones. Al observar a su padre cuando arrastraba las cadenas de Marley y recitaba profecías de mal agüero al temible Scrooge, creyó en fantasmas. Y porque creyó en ellos, él ya no era su padre, sino el avaro condenado a arrastrar las pesadas cadenas de su propia codicia hasta la eTerriidad.

Entonces Marley se convirtió de nuevo en Quentin Conroy, el veterano actor, director y fanático del teatro, que pedía un pequeño cambio de posición.

En ese momento, corriendo desde el fondo, apareció Ophelia, la hermana de Dora.

—Dora —advirtió—. Ya llevamos veinte minutos de retraso con respecto al horario.

—Nosotras no tenemos un horario —murmuró Dora, satisfecha porque el cambio de posición había sido perfecto—. Nunca tengo horario en un viaje de compras. ¿No es maravilloso, Lea?

Aunque perturbaba su sentido de la organización, Lea miró hacia el escenario y observó a su padre.

—Sí, aunque sólo Dios sabe cómo puede soportar el poner en escena esta misma obra año tras año.

—Tradición —explicó Dora, radiante—. El teatro se cimienta en la tradición.

Tras dejar la escena, no había disminuido su amor por ella ni su admiración por el hombre que le había enseñado a extraer el máximo de un texto. Le había visto transformarse en cientos de hombres sobre el escenario —Macbeth, Willie Loman, Nathan Detroit—, le había visto triunfar y fracasar, pero siempre divirtiéndose.

—¿Recuerdas a mamá y a papá como Titania y Oberón?

Lea puso los ojos en blanco, pero estaba sonriendo.

—¿Quién podría olvidarlo? Mamá encarnó durante semanas el personaje. No era fácil vivir con la reina de las hadas. Y si no salimos pronto de aquí, aparecerá la reina y, a través de su personaje, recitará lo que puede sucederle a dos mujeres que viajan solas a Virginia.

Consciente de los nervios y la impaciencia de su hermana, Dora le pasó un brazo por los hombros y dijo:

—Relájate, querida, la dejé a buen recaudo y dentro de un momento él se tomará cinco minutos de descanso.

Cuando los actores se dispersaron, Dora salió de su escondite y se dirigió al centro del escenario, donde dedicó a su padre una larga mirada, de la cabeza a los pies.

—Papá, estuviste genial.

—Gracias, querida. —Con ademán ampuloso, levantó un brazo e hizo ondear la túnica harapienta—. Creo que la caracterización ha mejorado con respecto al año pasado.

—Estoy absolutamente de acuerdo. —En efecto, la pintura grasosa y el carbón eran de un alarmante realismo. Su rostro agraciado tenía un aspecto decadente—. Es absolutamente horrible —agregó, mientras lo besaba en los labios, con cuidado de no mancharse—. Lamento que nos perdamos el debut de esta noche.

—Es inevitable.

Pero en su fuero inTerrio le molestaba un poco. A pesar de que tenía un hijo para seguir la tradición de los Conroy, había perdido a sus dos hijas, una a manos del matrimonio, la otra por culpa de la libre empresa. Sin embargo, y aun contra la voluntad de ellas, en ocasiones las embarcaba en algún papel menor.

—Así que mis dos pequeñas hijas parten en pos de la aventura.

—Es sólo un viaje de compras, papá, no una expedición al Amazonas.

—No importa —repuso mientras hacía un guiño y besaba a Lea—. ¡Tened cuidado con las víboras!

—¡Oh, Lea!

Trixie Conroy, resplandeciente en su traje completo con polisón y sombrero emplumado, salió a toda prisa al escenario. La acústica excelente del Liberty llevó su voz gutural hasta el último palco.

—John está al teléfono, querida. No recuerda si Missy tiene una reunión de excursionistas esta tarde a las cinco o una lección de piano a las seis.

—Le dejé una lista —protestó Lea—. ¿Cómo va a cuidar durante tres días de los chicos si es incapaz de leer una lista?

—Es un hombre tan encantador —comentó Trixie en cuanto Lea abandonó el escenario—, el yerno perfecto. Y bien, Dora, ¿conducirás con cuidado?

—Claro, mamá.

—Sé que lo harás. Tú siempre eres cuidadosa. No recogerás a ningún caminante que te haga señas por el camino, ¿verdad?

—Ni siquiera si me lo piden de rodillas.

—Te detendrás cada dos horas para descansar la vista?

—Te lo prometo.

Trixie, permanentemente angustiada, se mordió el labio inferior.

—Sin embargo, es un camino demasiado largo hasta Virginia. Puede nevar.

—La camioneta tiene neumáticos para la nieve.

Anticipándose a otras recomendaciones, Dora besó de nuevo a su madre y comentó:

—Tengo teléfono en la camioneta, mamá. Me pondré en contacto con vosotros cada vez que cruce-mos el límite de un estado.

Complacida, Trixie sonrió y dijo:

—¿No será divertido? ¡Ah, Quentin, querido, acabo de ir a la taquilla! —recordó, mientras hacía una profunda reverencia a su marido—. Las entradas para esta semana están agotadas.

Quentin alzó en brazos a su esposa y la hizo girar en el aire. Luego la dejó en el suelo y exclamó:

—¡Por supuesto! Un Conroy no espera menos que llenar el teatro.

Dora besó a su madre por última vez antes de despedirse.

—Buena suerte —le deseó—. También para ti, papá. No olvides que más tarde debes enseñar, el apartamento.

—Nunca olvido un compromiso. ¡A sus puestos!—vociferó mientras le hacía un guiño a su hija—. *Bon voyage*, querida.

Cuando salió por los bastidores, Dora oyó el crujido de sus cadenas. No podía imaginar una despedida mejor.

Para la manera de pensar de Dora, una sala de subastas era muy parecida a un teatro. Ambos tenían escenario, telones y personajes. Como explicó años atrás a sus desconcertados padres, en realidad no estaba retirándose de la escena, sólo exploraba otro medio. Sin duda hacía buen uso de su sangre de actriz cuando se trataba de comprar o vender.

Ya se había preocupado de estudiar el terreno para la actuación de hoy. El edificio donde Sherman Porter realizaba sus subastas y regentaba a diario un mercado de pulgas fue en su origen un matadero y todavía tenía tantas corrientes de aire como un establo. La mercancía se hallaba expuesta sobre un piso helado de cemento, donde una vez habían mugido las vacas y reposado los cerdos en su camino hacia el matadero. Ahora vagaban por allí los humanos, envueltos en abrigo y bufandas, mientras hurgaban en la cristalería, murmuraban sobre pinturas y discutían sobre armarios con porcelanas y cabeceras de cama talladas.

El ambiente era algo frío, pero ella había actuado en medios menos propicios. Y, por supuesto, estaba el tema de fondo...

Isadora Conroy amaba las gangas. Las palabras «en venta» le provocaban un cosquilleo que ya le resultaba familiar. Adoraba comprar y encontraba profundamente satisfactoria la transacción básica de dinero por objetos, hasta el punto de que con demasiada frecuencia compraba objetos para los que después no encontraba utilidad alguna. Sin embargo, fue ese amor por las gangas lo que llevó a Dora a abrir su propio negocio y al posterior descubrimiento de que vender era, por lo menos, tan placentero como comprar.

Dora se volvió hacia su hermana, para mostrar una polvera dorada con forma de zapato de mujer.

—Lea, mira esto. ¿No es fabuloso?

Ophelia Conroy Bradshaw le echó un vistazo y arqueó una de sus cejas. A pesar de su nombre romántico, era una mujer con los pies anclados en la realidad.

—¿Querrás decir frívolo, verdad?

—Vamos, míralo más allá de la simple estética. —Radiante, Dora pasó la punta de un dedo por el arco del zapato y añadió—: En el mundo siempre hay un lugar para el ridículo.

—Lo sé. Tu negocio, por ejemplo.

Dora rió entre dientes, sin ofenderse. Aunque volvió a poner la polvera en su lugar, ya había decidido pujar por ese lote. Sacó de su cartera una libreta y una pluma que ostentaba la figura de Elvis empuñando la guitarra, para anotar el número de remate.

—Estoy realmente contenta de que me hayas acompañado en este viaje, Lea. Tú me haces conservarla cordura.

—Alguien tiene que hacerlo. —Un colorido despliegue de copas de cristal captó la atención de Lea. Había dos o tres piezas de color ámbar que podrían sumarse a su propia colección—. Sin embargo —añadió—, me siento culpable por estar lejos de casa faltando tan pocos días para Navidad, y por dejar a John con los niños.

—Te estabas muriendo de ganas por alejarte de los pequeños —le recordó Dora mientras inspeccionaba un neceser de madera de cerezo.

—Lo sé. Por eso me siento culpable.

Mientras se cubría el hombro con un extremo de la bufanda roja, Dora se agachó para examinar el trabajo en las manijas de bronce del neceser.

—El sentimiento de culpa es algo increíble —argumentó—. Querida, sólo han sido tres días. Estamos a punto de regresar. Esta noche llegarás a casa, asfixiarás con tus mimos a los niños, seducirás a John y todo el mundo será feliz.

Lea puso los ojos en blanco y sonrió débilmente a la pareja que estaba a su lado.

—Sin duda te las ingenias para reducir todo al mínimo común denominador.

Con un suspiro de satisfacción, Dora se irguió, apartó un mechón de pelo de su cara y asintió.

—Creo que por ahora he visto suficiente.

Cuando miró su reloj, se dio cuenta de que a esa misma hora en su casa estaría levantándose el telón para la función matiné. En fin, se dijo, todo era cuestión de espectáculos. Se frotó las manos con anticipado regocijo por la apertura de la subasta.

—Será mejor que consigamos asientos antes de que ellos... ¡oh, espera! —exclamó con los ojos muy abiertos—. ¡Mira eso!

Mientras Lea se volvía, Dora ya estaba cruzando presurosamente la estancia.

Una pequeña pintura, de unos cuarenta y cinco centímetros por sesenta, con un marco sencillo de perfiles de ébano, le había llamado la atención. La tela en sí era un festival de color, rayas y ondas en carmesí y zafiro, una pincelada amarillenta, un toque audaz en verde esmeralda. Lo que Dora veía era energía vital, entusiasmo, tan irresistible para ella como un whisky etiqueta roja especial.

Dora sonrió al muchacho que estaba colgando el cuadro en la pared.

—Lo pusiste al revés.

—¿Qué?

El muchacho se volvió y se ruborizó. Tenía diecisiete años y la visión de Dora sonriéndole lo redujo a un saco de nervios.

—Ah no, señora.

El joven tenía la frente perlada de sudor cuando giró el cuadro para mostrarle a Dora el gancho en la parte de atrás.

—Hum...

Cuando fuera suyo, y sin duda lo sería al final de ese día, corregiría la posición del cuadro.

—Este..., embarque acaba de llegar.

—Ya veo —comentó ella al acercarse—. Hay algunas piezas interesantes.

Levantó una escultura de un perro de ojos tristes, enroscado en una posición de reposo— Era más pesado de lo que había supuesto y, mientras apretaba los labios, lo inspeccionó detenidamente. No había firma del artesano ni fecha. Aun así, el trabajo era excelente.

—¿Es bastante frívolo para ti? —preguntó Lea.

—Sí. Es un magnífico tope de puerta.

Después de dejarlo donde estaba, cogió una estatuilla alta de un hombre y una mujer enlazados en los giros de un vals. La mano de Dora se cerró sobre unos dedos gordos y nudosos.

—Perdón.

Alzó los ojos y vio a un hombre mayor, que le hizo una reverencia exagerada.

—Bonito, ¿verdad? Mi esposa tenía una exactamente igual a ésta. Se hizo añicos cuando los niños se pelearon en la sala.

Sonrió y mostró unos dientes demasiado blancos y perfectos para ser obra de la naturaleza. Llevaba un corbatín rojo y desprendía olor a menta. Dora le devolvió la sonrisa e inquirió:

—¿Usted colecciona?

—Por así decirlo...

El hombre dejó la estatuilla y recorrió la exposición con la mirada para evaluar, catalogar y descartar.

Sacó una tarjeta comercial del bolsillo superior de su camisa y se la ofreció a Dora.

—Soy Tom Ashworth. Tengo un negocio aquí, en Front Royal. He acumulado tantas cosas a través de los años, que no tenía otro remedio que abrir un negocio o comprar una casa más grande.

—Sé lo que quiere decir. Me llamo Dora Conroy —se presentó tendiéndole la mano, que él estrechó con su puño artrítico—. Tengo un negocio en Filadelfia.

Complacido, el hombre parpadeó y comentó:

—Sabía que era una profesional. Lo noté de inmediato. No creo haberla visto antes en una de las subastas de Porter.

—No, es la primera vez. En realidad, este viaje se debió a un impulso. Arrastré a mi hermana conmigo. Lea, te presento al señor Tom Ashworth.

—Me alegro de conocerle.

—El placer es mío —contestó Ashworth, al estrechar la gélida mano de Lea—. Aquí nunca se entra en calor en esta época del año. Supongo que Porter confía en que las ofertas caldearán un poco el ambiente.

—Espero que tenga razón —convino Lea, que tenía los dedos de los pies fríos dentro de las botas de gamuza—. ¿Hace mucho que está en este negocio, señor Ashworth?

—Casi cuarenta años. La señal de partida la dio mi esposa. Empezó tejiendo al croché carpetitas y chalinas para venderlas. Le agregó algunas chucherías y se instaló fuera del garaje. —Hizo una pausa para sacar del bolsillo una pipa de hueso que sujetó entre los dientes—. En 1963 teníamos más mercancía almacenada de la que podíamos manejar. Así que alquilamos un local en la ciudad. Trabajamos hombro con hombro hasta que ella murió en la primavera del ochenta y seis. Ahora tengo a un nieto que trabaja conmigo. Tiene muchas ideas fantasiosas, pero es un buen muchacho.

—Los comercios familiares son los mejores —reconoció Dora—. Lea acaba de empezar a trabajar a tiempo parcial en el negocio.

—Sólo Dios sabe por qué —comentó Lea, mientras metía las manos en los bolsillos de su abrigo—. Yo no sé nada sobre antigüedades o colecciones.

—Usted sólo tiene que deducir qué desea la gente —le aconsejó Ashworth, mientras raspaba un fósforo de madera sobre la uña del dedo pulgar para encenderlo—. Y cuánto están dispuestos a pagar —concluyó antes de dar una calada a la pipa.

Complacida, Dora lo tomó del brazo.

—Así es —señaló—. Parece que la subasta está a punto de empezar. ¿Por qué no vamos a buscar unos asientos?

Ashworth le ofreció el otro brazo a Lea y, sintiéndose privilegiado, escoltó a las damas hasta las sillas. Se sentaron cerca de la primera fila.

Dora sacó la libreta y se preparó para representar su papel favorito.

Las ofertas se realizaban en voz baja pero firme. Las voces rebotaban en el cielo raso cuando anunciaban los lotes. No obstante, era el murmullo de la gente lo que la excitaba. Allí había verdaderas gangas y estaba decidida a no dejarse arrebatar su parte.

Mejóro la oferta que una mujer menuda, con aspecto de animal extraviado y labios apretados, hizo por el neceser de madera de cerezo; obtuvo por una bagatela el lote que incluía la polvera con forma de sandalia, y compitió con Ashworth por un juego de saleros de cristal.

—Es suyo —cedió él cuando Dora elevó su oferta una vez más—. Está obligada a obtener algo más por ellos en el norte.

—Tengo un cliente que los colecciona —le explicó Dora, y que me pagará el doble del precio de compra, pensó.

En ese momento empezaron a subastar el lote siguiente. Ashworth se acercó a Dora y le susurró al oído:

—¿Ah, sí? En mi negocio tengo un juego de seis. De cobalto y plata...

—¿En serio?

—Si tiene tiempo, pase por allí cuando termine esto y eche un vistazo.

—Quizá lo haga. Lea, puja por las copas de la época de la depresión.

—¿Yo? —preguntó Lea, horrorizada.

—Sí. Eso te calentará los pies. —Mientras sonreía, Dora ladeó la cabeza hacia Ashworth y murmuró—: Observe.

Tal como Dora esperaba, Lea empezó con ofertas vacilantes que apenas llegaban a oídos del subastador. Después, con los ojos brillantes, empezó a adelantarse lentamente en su asiento. Cuando el lote fue vendido, estaba gritando su oferta como un sargento que instruye a reclutas.

Llena de orgullo, Dora le palmeó la espalda a Lea y comentó a Ashworth:

—¿No es genial? Siempre fue una buena estudiante. Lleva sangre Conroy.

—¡Lo he comprado todo! —exclamó Lea, llevándose la mano a su pecho palpitante—. ¡Oh, Dios! ¡Lo he comprado todo! ¿Por qué no me detuviste?

—¿Por qué? Lo estabas haciendo muy bien.

—Pero... pero... —farfulló Lea, hundiéndose en la silla mientras descargaba la adrenalina—. Han sido cientos de dólares...

—Muy bien invertidos, por cierto. Bien, ¡allá vamos!

Dora se frotó las manos al ver que sacaban a la venta la pintura abstracta.

—¡Es mía! —susurró.

Hacia las tres de la tarde, Dora agregaba una media docena de saleros de cobalto a los tesoros que guardaba en su camioneta. El viento era más fuerte, le helaba las mejillas y se colaba por debajo del cuello de su abrigo.

Ashworth de pie en la acera frente a su establecimiento, con la pipa en la mano, olfateó el aire y comentó:

—Huele a nieve. Puede que antes de llegar a casa les sorprenda una nevada.

Dora se echó los cabellos alborotados hacia atrás y le sonrió.

—Eso espero. ¿Qué es una Navidad sin nieve? Ha sido un gran placer conocerle, señor Ashworth —se despidió mientras le tendía la mano—. Si va a Filadelfia, espero que me visite.

—Puede contar con ello —respondió él, al tiempo que palmeaba el bolsillo en que había guardado la tarjeta de Dora—. Cuídense. Conduzcan con cuidado.

—Lo haremos. ¡Feliz Navidad!

—Igualmente —les deseó Ashworth mientras Dora subía a la camioneta.

Hizo un último gesto de despedida con la mano, puso en marcha el motor y el vehículo comenzó a alejarse. Miró por el retrovisor y sonrió al ver a Ashworth en la acera, con la pipa entre los dientes, despidiéndolas a lo lejos.

—Qué encanto de hombre. Me alegro de que se haya quedado con la estatuilla —dijo Dora.

Lea temblaba de frío y esperaba con impaciencia que la calefacción de la camioneta elevara la temperatura.

—Espero que no te haya cobrado de más por esos saleros.

—Bueno, él hace su negocio, yo haré mi negocio y la señora O'Malley aumentará su colección. Cada uno obtiene lo que desea.

—Supongo que sí —convino Lea—. Todavía no puedo creer que hayas comprado ese cuadro espantoso. Nunca podrás venderlo.

—Oh, sí, con el tiempo.

—Al menos sólo pagaste cincuenta dólares por él.

—Cincuenta y dos dólares con setenta y cinco centavos —puntualizó Dora.

—Correcto. —Lea se volvió en su asiento y miró las cajas que había en el fondo de la camioneta—. Supongo que sabes que no tienes espacio suficiente para toda esa basura.

—Ya me las arreglaré. ¿No crees que a Missy le gustará el tiiovivo?

Lea imaginó aquel juguete mecánico de tamaño descomunal en el dormitorio rosado y blanco de su hija y se estremeció.

—¡No, por favor! —repuso.

Dora se encogió de hombros. Pensó que en cuanto limpiara y lustrara bien el tiiovivo, podría hacerlo girar por un tiempo en su propio salón.

—Como quieras —dijo—. Pero creo que a ella le gustaría. Bien, ¿quieres llamar a John para decirle que estamos camino de casa?

—Dentro de un rato —repuso Lea con un suspiro—. Mañana a estas horas estaré horneando pastelillos y batiendo masa de rosquillas.

—Tú lo quisiste —le recordó Dora—. Tenías que casarte, tener hijos, comprar una casa... ¿Dónde si no va a celebrar la familia su cena de Navidad?

—No me importaría si mamá no hubiera insistido en ayudarme a prepararla. Quiero decir que ella nunca ha preparado una verdadera comida en toda su vida. ¿No es así?

—No, que yo recuerde.

—Pero allí está ella, cada Navidad, poniendo los pies en mi cocina y agitando alguna receta para una salsa de alfalfa y castañas.

—Esa sí que fue horrible —convino Dora—, pero mejor que sus patatas al curry y su potaje de maíz con habas.

—No me lo recuerdes. Y papá no ayuda en nada al ponerse el gorro de Santa Claus y darle al ponche de huevo antes del mediodía.

—Quizá Will pueda distraerla. ¿Viene solo o con alguna de sus amiguitas? —preguntó Dora, al referirse a la larga lista de encantadoras amigas de su hermano.

—Solo, al menos es lo último que dijo. Dora; ten cuidado con ese camión, ¿quieres?

—No te preocupes.

Sin inmutarse, Dora aceleró y adelantó al coloso de dieciséis ruedas a pocos centímetros de distancia.

—¿Y cuándo llega Will?

—Tomará el último tren que salga de Nueva York en la Nochebuena.

—Lo bastante tarde para hacer una entrada triunfal —vaticinó Dora—. Mira, si él te fastidia, yo siempre puedo... ¡oh, diablos!

—¿Qué? —preguntó Lea con los ojos muy abiertos.

—Acabo de recordar..., ese nuevo inquilino que me consiguió papá se muda hoy.

—¿Y bien?

—Espero que papá se acuerde de ir con las llaves.

Estuvo genial el último par de semanas al encargarse de mostrar el apartamento, mientras yo estaba tan ocupada en el negocio. Pero ya sabes lo distraído que es cuando se encuentra en medio de una producción escénica.

—Sí, ya sé cómo es y por eso no entiendo cómo puedes dejar que entreviste a un inquilino para tu edificio.

—Yo no tenía tiempo —se excusó entre dientes, mientras trataba de calcular si tendría alguna oportunidad de llamar a su padre entre las funciones—. Además, papá quiso hacerlo.

—Entonces no te sorprendas si al otro lado del pasillo te encuentras con un psicópata o una mujer con tres hijos y una retahíla de amantes tatuados.

Dora frunció el entrecejo y comentó:

—Le expliqué con claridad que no quería psicópatas ni tatuados. Espero que sea alguien que sepa cocinar y confíe en congraciarse con el propietario de la casa obsequiándole tartas y postres con cierta regularidad. Por cierto, ¿quieres comer algo?

—Sí. Me vendría bien tomar una última comida en la que no tenga que ocuparme de cortar la carne de nadie más, sino sólo la mía.

Dora giró con cierta brusquedad y tomó la salida de la autopista, cortando el paso a un Chevy. No hizo caso de los enfurecidos bocinazos y esbozó una sonrisa al imaginarse desempaquetando sus nuevas adquisiciones. Se prometió que lo primero que haría, sería encontrar el lugar perfecto para el cuadro.

En lo alto de la torre de un edificio plateado, con vistas al laberinto de las calles de Los Angeles, Edmund Finley se entregaba al placer de su servicio semanal de manicura. Una docena de pantallas de televisión parpadeaba sobre la pared opuesta al macizo escritorio de palisandro. CNN, Headline News y una cadena de compras, destellaban en la pared. Otros monitores sintonizados en varias oficinas de su organización le permitían observar a sus empleados.

Pero a menos que él optara por escuchar, los únicos sonidos en el amplio espacio de su oficina eran los acordes de una ópera de Mozart y el raspado constante de la lima de la manicura.

A Finley le gustaba mirar.

Había elegido el último piso de ese edificio para que su oficina dominara el panorama de Los Ángeles. Le confería una sensación de poder; de omnipotencia, y a menudo se quedaba una hora frente a la amplia ventana, de espaldas a su escritorio, contemplando el constante ir y venir de tantos desconocidos, muchos pisos más abajo.

En su casa, situada en lo alto de las colinas sobre la ciudad, había pantallas de televisión y monitores en cada habitación. Desde las numerosas ventanas miraba hacia abajo, a las luces del valle de Los Ángeles. Todas las noches salía al balcón de su dormitorio e imaginaba que lo poseía todo y a todos, hasta donde le alcanzaba la vista.

Era un hombre con un apetito insaciable por la posesión de bienes. Su oficina reflejaba su gusto por lo fino y exclusivo. Las paredes y la alfombra eran blancas, para servir de marco solemne a sus tesoros. Un jarrón de la dinastía Ming coronaba un pedestal de mármol. Los nichos cavados en las paredes se hallaban ocupados por esculturas de Rodin y Denécheau. Un Renoir con su marco dorado colgaba encima de una cómoda Luis XIV. Un canapé de terciopelo, que se presumía había pertenecido a María Antonieta, estaba flanqueado por relucientes mesas de caoba de la Inglaterra victoriana.

Dos vitrinas altas de cristal contenían una variedad asombrosa y esotérica de objetos de arte: estuches para perfume tallados de lapislázuli y aguamarina, tallas de marfil, estatuillas de porcelana de Dresden, joyeros de Limoges, una daga del siglo xv con empuñadura enjoyada con piedras preciosas, máscaras africanas...

Edmund Finley compraba y, una vez que lo hacía, acumulaba y atesoraba.

Sus negocios de importación y exportación eran muy prósperos; los contrabandos adicionales mucho más. Después de todo, el contrabando era más que un desafío. Requería de cierta sutileza, de un ingenio implacable y un gusto impecable. Finley, un hombre alto y delgado, de aspecto distinguido y a punto de cumplir cincuenta años, había empezado de joven a adquirir mercancía, cuando trabajaba en los muelles de San Francisco. Había sido fácil colocar un embalaje fuera de su sitio, abrir una tabla y vender lo que sacaba de allí. A los treinta años había amasado suficiente capital para crear su propia empresa, acumulado suficientes conocimientos para jugar fuerte en el mercado clandestino, y obtenido suficientes contactos para asegurarse un flujo permanente de mercancía.

En la actualidad era un hombre acaudalado, que prefería trajes italianos, mujeres francesas y francos suizos. Tras décadas de transacciones, podía permitirse el lujo de conservar para sí lo que más le atraía. Y lo que más le atraía era lo antiguo, lo que no tenía precio.

—Ya hemos terminado, señor Finley.

La manicura dejó caer con suavidad la mano de Finley sobre el papel secante immaculado de su escritorio. Ella sabía que, mientras guardaba sus instrumentos y lociones, él controlaría con meticulosidad su trabajo. En cierta ocasión le gritó durante diez minutos por haber pasado por alto una tira minúscula de cutícula en su dedo pulgar. Pero esta vez, cuando se atrevió a mirarlo, él observaba sonriente sus uñas arregladas.

—Excelente trabajo —comentó.

Complacido, se frotó la punta de los dedos con los pulgares. Sacó del bolsillo un sujetabilletas de oro y extrajo un billete de cincuenta. Entonces, con una de sus raras y amistosas sonrisas, agregó otros cien.

—Feliz Navidad, querida.

—¡Oh, gracias, muchísimas gracias, señor Finley! ¡Feliz Navidad también para usted!

Sin dejar de sonreír, la despidió con un gesto de sus cuidadas manos. Su esporádica generosidad fue tan natural como su permanente avaricia. Antes de que la puerta se cerrara detrás de la muchacha, ya se había vuelto en su silla y había enlazado las manos sobre el chaleco de seda. A través de la ventana, contempló el panorama de Los Ángeles.

Navidades, pensó. Qué hermosa época del año. Días de buena voluntad hacia los hombres, de repiquetear de campanas y luces de colores. Por supuesto, también era época de amarga soledad, de desconuelo y suicidio. Pero esas pequeñas tragedias humanas no le afectaban ni le importaban. El dinero lo había catapultado por encima de todas esas frágiles necesidades de compañía y familia. El podía comprar empresas. Había elegido una de las ciudades más ricas del mundo, donde todo podía comprarse, venderse, y ser poseído. Aquí, por encima de todas las cosas, se admiraba la juventud, la prosperidad y el poder. Para esos espléndidos días de fiesta, los más brillantes del año, él tenía prosperidad y poder. En cuanto a la juventud, el dinero podía comprar la ilusión.

Finley escudriñó con sus brillantes ojos verdes los edificios y las ventanas que refulgían al sol. Con una vaga sensación de sorpresa, se dio cuenta de que era feliz.

Unos golpes en la puerta hicieron que se volviera.

—¡Adelante!

Abel Winesap, un hombre de baja estatura y espalda encorvada, que ostentaba el pomposo título de «asistente ejecutivo del presidente», se aclaró la garganta.

—¿Señor Finley?

—¿Conoces el verdadero significado de la Navidad, Abel?

La voz de Finley era cálida como un chorro tibio de coñac vertido sobre la crema.

Winesap, con dedos nerviosos, jugó con el nudo de su corbata y masculló:

—¿Señor...?

—Adquisiciones. Una palabra encantadora, Abel. El verdadero significado de estas hermosas fiestas. ¿No te parece?

—Sí, señor.

Winesap sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Se le hacía muy difícil expresar lo que había venido a informar. La feliz disposición de ánimo de Finley hacía aún más peligrosa su misión.

—Me temo que tenemos un problema, señor Finley.

—¿De verdad? —Finley siguió sonriendo, pero miró con frialdad a su empleado—. ¿De qué puede tratarse?

A Winesap se le cortó el aliento por el temor. Sabía que el enojo gélido de Finley era más letal que la furia desencadenada de cualquier otro hombre. Winesap fue el elegido aquella vez, para presenciar cómo Finley eliminaba a un empleado que había cometido un desfalco. Recordaba con qué calma y frialdad Finley había cortado la garganta del hombre con una daga enjoyada del siglo xvi.

Finley estaba convencido de que la traición merecía un castigo rápido y cierta ceremonia.

Para su espanto, Winesap también recordaba que Finley delegó en él la terrible tarea de desembarazarse del cadáver.

Nervioso, continuó con su historia.

—Se trata del embarque de Nueva York, señor. La mercancía que usted estaba esperando...

—Ha habido una demora? —le interrumpió.

—¿No... es decir, no exactamente. Tal como se esperaba, el embarque llegó hoy, pero la mercancía... —Se humedeció los labios finos y temblorosos—. No es la que usted ordenó, señor.

Finley apoyó con fuerza las manos en el borde del escritorio e inquirió:

—¿Cómo es posible?

—Señor, la mercancía no es la que usted ordenó —repitió—. Al parecer hubo una confusión en alguna parte. —La voz de Winesap se apagó en un sollozo ahogado—. Pensé que lo mejor era informarle de inmediato.

—¿Dónde está?

La voz de Finley perdió su calidez jovial, convirtiéndose en un silbido gélido.

—En la recepción, señor. Creí que...

—Haz que la traigan aquí. ¡Enseguida!

—Sí, señor. Ahora mismo.

Agradecido por librarse de la situación, al menos por unos minutos, Winesap abandonó el despacho.

Finley había pagado una gran suma de dinero por la mercancía, y muchísimo más por ocultarla y traerla de contrabando. Primero, al hacer que robaran cada pieza; después, al ocultarla bajo otros rótulos y transportarla desde varios sitios hasta su fábrica en Nueva York. Sólo los sobornos que había debido pagar ascendían casi a seis dígitos.

Para calmarse, se detuvo frente a una botella con jugo de guayaba y se sirvió una copa.

Si se trataba de un error, pensó ya más sereno, sería rectificado. Pero quienquiera que lo hubiera cometido sería castigado.

Con cuidado, dejó la copa de cristal de Baccarat y se miró en el espejo ovalado estilo Jorge III que había sobre el bar. Se mesó su abundante cabello oscuro, para admirar el reflejo y el destello plateado que asomaba a través de él. El último *lifting* había suavizado las manchas oscuras bajo los ojos, afirmado su mentón y borrado las líneas profundas alrededor de su boca.

No aparentaba más de cuarenta años, comprobó al girar la cara de un lado a otro y aprobar su perfil. ¿Qué idiota había dicho que el dinero no puede comprar la felicidad?

Unos suaves golpes en la puerta le ensombrecieron el ánimo.

—¡Adelante!

Uno de los dependientes de la recepción entró empujando una carretilla con un cajón de tablas de madera. Finley le indicó con el dedo que lo dejara en el centro de la habitación.

—Déjelo ahí y váyase. Abel, tú te quedas. La puerta...

Winesap corrió detrás del dependiente para cerrarla.

Cuando Finley guardó silencio, Winesap palideció y se dirigió al cajón de madera.

—Siguiendo sus instrucciones, señor Finley, lo abrí. Cuando empecé a inspeccionar la mercancía, me di cuenta de que había un error.

Con sumo cuidado, metió la mano en el cajón y la hundió en un mar de tiras de papel. Los dedos le temblaban cuando sacó una tetera de porcelana decorada con minúsculas violetas.

Finley tomó la tetera y la hizo girar en sus manos. Era de porcelana inglesa, una hermosa pieza que quizá costaría unos doscientos dólares en el mercado al público. Pero era de producción en serie. Miles de teteras iguales a ésta estaban en venta en todo el mundo. Así pues, para él no tenía ningún valor. La estrelló contra el borde del cajón y la hizo añicos.

—¿Qué más?

Temblando, Winesap metió la mano hasta el fondo del cajón y sacó un florero de cristal.

Italiano, dedujo Finley al verlo, hecho a mano. Valor: unos cien dólares, tal vez ciento cincuenta. Lo arrojó al aire, pasó cerca de la cabeza de Winesap y se estrelló contra la pared.

—Aquí hay... hay tazas de té. —La mirada de Winesap iba del cajón a la cara perpleja de su jefe—. Algunas piezas de plata... dos fuentes, un plato para confituras, un par de copas de mesa, de cristal, con campanas de boda grabadas.

—¿Dónde está mi mercancía? —exigió Finley con acritud.

—Señor, yo no puedo... es decir, creo que ha habido... —Su voz se ahogó en un susurro—. Creo que ha habido un error...

—¡Un error...!

Los ojos de Finley parecían de jade cuando cerró los puños a los costados de su cuerpo. DiCarlo, pensó, al evocar la imagen de su hombre en Nueva York. Joven, brillante, ambicioso, pero no estúpido, recordó Finley. No tanto como para intentar traicionar a un socio cómplice. Sin embargo, él tendría que pagar por su error. Y lo pagaría muy caro.

—Comunícame con DiCarlo.

—Sí, señor.

Aliviado porque la ira de Finley parecía encontrar un nuevo blanco, Winesap caminó hasta el escritorio para hacer la llamada.

Mientras Winesap marcaba el número, Finley sembraba la alfombra de fragmentos de porcelana. Siguió la búsqueda dentro del cajón y destruyó sistemáticamente el resto de su contenido.

2

Jed Skimmerhorn quería tomar un trago. No tenía una preferencia en particular. Un whisky que le quemara la garganta, la seductora calidez de un coñac, el sabor familiar de una cerveza... Pero no se decidiría por ninguno hasta que terminara de acarrear cajas por aquella escalera destartada hasta su nuevo apartamento.

No es que tuviera muchas pertenencias. Su antiguo socio, Brent, le había echado una mano con el sofá, el colchón y los muebles más pesados. Lo único que quedaba eran unas pocas cajas de cartón llenas de libros, utensilios de cocina y algunos objetos viejos. No estaba seguro de por qué conservaba todo aquello, cuando lo más fácil hubiera sido desprenderse de ello.

Pero lo cierto es que en aquellos días no estaba seguro de muchas cosas. No podía explicar a Brent, ni tampoco a sí mismo, por qué creyó necesario mudarse al otro extremo de la ciudad, lejos de la enorme casa colonial, y mucho menos a un apartamento. Sin duda la causa estaba relacionada con la idea de empezar de nuevo, pero antes debía terminar con lo viejo.

En los últimos tiempos Jed había terminado con muchas cosas.

Presentar su renuncia fue el primer paso, tal vez el más duro. El comisario de policía había discutido con él, negándose a aceptar la renuncia, y le sugirió que se tomara una excedencia prolongada. No importaba cómo quisieran llamarlo, reflexionó. El ya no era un policía, ya no podía serlo. Cualquiera que fuese la parte de él que quiso servir y proteger a la sociedad, ya no existía.

No se sentía deprimido, como le había explicado al retirarse. Estaba acabado. No necesitaba encontrarse a sí mismo. Sólo necesitaba que lo dejaran solo. Dio catorce años de su vida al cuerpo y eso tenía que ser más que suficiente.

Jed abrió la puerta del apartamento con el codo y puso una de las cajas como traba, para mantenerla abierta. Arrastró la segunda caja por el piso de madera, antes de volver a recorrer el estrecho pasillo hasta la escalera exterior que le serviría de entrada.

No había oído a su vecino al otro lado del pasillo. El viejo excéntrico que le había alquilado su nuevo hogar le indicó que el segundo apartamento estaba ocupado. Al parecer, el inquilino era tan silencioso como un ratón.

Jed empezó a bajar por la escalera, y advirtió con disgusto que la baranda no soportaría el peso de un niño desnutrido de tres años de edad. Los escalones estaban muy resbaladizos por el aguanieve que seguía cayendo del cielo gris. La parte trasera del edificio parecía bastante tranquila. Aunque la puerta principal daba a la muy transitada South Street, Jed no creía que el ruido y la atmósfera bohemia del barrio, los turistas o las tiendas, le resultaran especialmente molestos. Además, estaba lo bastante cerca del río para ir a pasear cuando así lo deseara.

De todos modos, sería un cambio radical con respecto a los parques cuidados de Chestnut Hill, donde durante dos siglos estuvo asentado el hogar de la familia Skimmerhorn.

A través de la nevisca distinguía el resplandor de las luces de colores que titilaban en las ventanas de los edificios vecinos. Alguien había colgado de un techo un enorme Santa Claus de plástico con sus ocho renos minúsculos, atados de tal modo que simulaban volar día y noche.

Eso le recordó que Brent lo había invitado a la cena de Navidad, un gran y ruidoso encuentro familiar que Jed podría haber disfrutado en el pasado. Sin embargo, en su vida nunca hubo encuentros familiares como esos... o nada que pudiera haberse considerado divertido.

Ahora ni siquiera tenía familia.

Se tocó las sienes doloridas con la punta de los dedos y se propuso no pensar en Elaine. Fue inútil. Los viejos recuerdos, como un fantasma de pasados pecados, entraron a hurtadillas y le anudaron el estómago.

Levantó la última de las cajas que había traído en el coche y cerró con tal fuerza el maletero, que temblaron hasta las ruedas del Thunderbird. No quería pensar en Elaine, en Donny Speck o en responsabilidades y remordimientos. No, entraría en la casa, se serviría un trago y no pensaría en nada.

Con los ojos entrecerrados por la nevisca punzante, subió los empinados escalones por última vez ese día. La temperatura en el interior era mucho más alta que el aire gélido de la calle. El propietario de la casa era generoso con la calefacción, quizá demasiado...

Un tipo curioso, recordó Jed, con su voz bien impostada, con sus gestos teatrales y su licorera de plata. Se mostró más interesado por su opinión sobre los dramaturgos del siglo xx que por sus referencias y su declaración de renta.

No obstante, él no podría haber sido policía durante casi la mitad de su vida si no entendiera que el mundo estaba lleno de personajes extraños.

Una vez dentro, Jed dejó la última caja sobre la mesa de roble del comedor. Buscó una botella entre arrugados papeles de periódico. A diferencia de las cajas que habían quedado en el almacén, éstas no estaban marcadas. Tampoco habían sido embaladas con ninguna clase de orden. Si en la sangre de los Skimmerhorn hubo algún gen que determinara el sentido práctico, supuso que Elaine había recibido las dos partes, la de ella y la de él.

El doloroso recuerdo de su hermana lo hizo maldecirse una vez más. Sabía muy bien que no debía dejar que el recuerdo echara raíces porque, si lo hacía, renacería acompañado de la culpa. Durante el último mes había descubierto que la conciencia de culpa podía provocar sudores nocturnos, y una sorda e inquietante sensación de pánico.

Las manos sudadas y el pánico no eran cualidades deseables para un policía. Tampoco la tendencia a la ira incontrolable. Pero él ya no era policía. Como le había dicho a su abuela, ahora le pertenecían tanto el tiempo como las decisiones.

Sus movimientos resonaban en el apartamento vacío, recordándole que estaba solo. En realidad, ésta era una de las razones por las que lo había elegido, porque tendría un único vecino que ignorar; la otra, parecía tan sencilla como fundamental: era increíble.

Suponía que, después de vivir durante tanto tiempo rodeado de objetos delicados, no se sentiría atraído por ellos. Sin embargo, por más que alegara que no le importaba el medio en que se encontraba, se habría sentido desdichado en algún condominio lujoso pero frío, o en un complejo de apartamentos sin personalidad.

Calculaba que aquel viejo edificio había sido convertido en negocio y apartamentos allá por los años treinta. Conservó los techos altos y las habitaciones espaciosas, las chimeneas en funcionamiento y las altas ventanas. El suelo, de tablas anchas de roble, había sido encerado con esmero para el nuevo inquilino.

Las molduras eran de nogal, sin tallas; las paredes, de un color marfil cremoso. El viejo le aseguró que podía pintarlas a su gusto, pero la decoración de la casa no tenía cabida en la mente de Jed. Dejaría las habitaciones tal como estaban.

Rescató de una de las cajas una botella de brandy con tres cuartos de su contenido. La miró un momento y después la dejó encima de la mesa. Mientras desembalaba una copa, oyó ruidos. Un sudor frío le cubrió las manos y se puso rígido.

Ladeó la cabeza y se volvió para tratar de localizar de dónde venía el sonido. Pensó que había oído campanas, un eco que tintineaba. Después risas, una ráfaga delicada, seductora y femenina.

Volvió la mirada hacia el respiradero de bronce enrejado, en la parte inferior de una pared, cerca de la chimenea. Los ruidos se filtraban por allí. Algunos eran vagos; otros, lo bastante nítidos como para entender algunas palabras aisladas si escuchaba con atención.

En la planta baja del edificio había una especie de comercio de antigüedades o curiosidades. En los últimos dos días había estado cerrado, pero ahora parecía abierto.

Jed volvió a la búsqueda de una copa y se desentendió de las voces que le llegaban desde abajo.

—Te agradezco mucho, John, que hayas venido a esperarnos aquí.

Dora dejó junto a la antigua caja registradora un quinqué redondo recién adquirido.

—No tiene importancia —aseguró John.

Protestó un poco cuando acarreó otro cajón al atestado almacén. Era un hombre alto con una figura que se negaba a engordar, una cara honesta que podría haber sido vulgar, a no ser por los ojos claros y tímidos, que atisbaban al mundo a través de unas gafas de gruesos cristales.

Vendía automóviles Oldsmobile en Landsdowne y había sido proclamado vendedor del año dos años seguidos. Usaba con naturalidad un lenguaje moderado, casi apologetico, que cautivaba a los clientes.

Sonrió a Dora y volvió a ajustarse en la nariz las gafas de marco oscuro.

—¿Cómo has podido comprar tanto en tan poco tiempo? —preguntó.

—Experiencia —respondió Dora.

Tuvo que ponerse de puntillas para besar a John en la mejilla. Después se agachó y alzó a Michael, su sobrino menor.

—Eh, cara de rana, ¿me has echado de menos?

El pequeño sonrió y le rodeó el cuello con sus brazos rollizos.

Lea miró a sus otros dos hijos y exclamó:

—¡Richie, las manos en los bolsillos! ¡Missy, no hagas piruetas en el negocio!

—Pero mamá...

—¡Ah...! —suspiró Lea, sonriente—. ¡Estoy en casa! Dora, ¿necesitas más ayuda? —preguntó, mientras tendía los brazos hacia Michael.

—No, puedo arreglármelas a partir de ahora. Gracias otra vez.

—Si estás segura...

Dubitativa, Lea miró alrededor. Para ella era un misterio cómo se las ingeniaba su hermana en medio del desorden que la rodeaba siempre. Habían crecido en medio del caos, despertando cada día con un nuevo drama o una nueva comedia. Para Lea, el orden era la única manera de mantenerse cuerda.

—En serio, si quieres, podría venir mañana...

—No. Es tu día libre y yo ardo en deseos de probar esos bizcochitos que preparas.

Mientras Lea y su familia se encaminaban hacia la puerta, Dora entregó disimuladamente una bolsa de caramelos a su sobrina.

—Compartidlos —le susurró—. No le digáis a mamá dónde los conseguisteis. ¡Y ahora largaos, monstruos!

Le mesó el pelo a Richie, que la miró con una sonrisa, mostrando el amplio vacío dejado por los dos incisivos caídos días atrás. Tendió los brazos y jugó con el largo pendiente de topacio y amatista que se balanceaba en la oreja de Dora.

—Esta noche pueden venir ladrones y robarte. Si pasara la noche contigo, les dispararía para defenderte.

—Bueno, gracias, Richie —dijo Dora con seriedad—. No puedo decirte cuánto te lo agradezco. Pero esta noche tengo que disparar yo misma a los ladrones.

Cuando salieron, empezó a echar el cerrojo a las distintas cerraduras, pues sabía que Lea esperaría hasta que hubiera cerrado bien la puerta y conectado la alarma.

Una vez sola, se volvió y respiró hondo. Flotaba en el ambiente una fragancia de manzana y pino proveniente de la variedad de esencias que tenía por todo el local. Se alegraba de estar en casa, pensó, mientras levantaba la caja con las nuevas adquisiciones, que decidió llevar a su apartamento en el piso superior.

Cruzó la estancia y se encaminó a la puerta que conducía a la escalera interior. Tuvo que coger y dejarlo todo en el suelo varias veces antes de cargar la caja, la cartera, el maletín de viaje y el abrigo que se había quitado al entrar en el establecimiento. Mientras refunfuñaba entre dientes, se las ingenió para encender la luz de la escalera con el hombro.

Estaba en mitad del pasillo cuando vio que salía luz del apartamento contiguo. El nuevo inquilino. Cambió de mano la carga, caminó hacia la puerta que un cajón, a modo de traba, mantenía abierta y echó un vistazo al interior.

Lo vio de pie junto a una mesa antigua, con una botella en una mano y una copa en la otra. Apenas había muebles, un solo sofá y una silla llena de paquetes.

Pero ella estaba más interesada en el hombre que veía de perfil y que tomaba un largo trago de whisky.

Era alto, de complexión fuerte y atlética, lo que le hizo pensar en un boxeador. Llevaba una camiseta como de marinero con las mangas recogidas hasta los codos, sin tatuajes visibles, y un viejo pantalón vaquero descolorido por el uso. Llevaba el pelo despeinado y le caía con cierto descuido sobre el cuello, como una suntuosa cortina de trigo maduro.

En contraste con su aspecto, el reloj que lucía en la muñeca era, o bien una asombrosa imitación, o un Rolex auténtico.

Aunque lo observó apenas unos segundos, Dora intuyó que su vecino no brindaba por su nuevo hogar. Su semblante, ensombrecido por los rasgos duros de los pómulos y la barba crecida, parecía torvo.

Antes de que ella hiciera el menor ruido, vio que se ponía tenso y volvía con brusquedad la cabeza. Cuando él le lanzó una mirada fría e inexpresiva, de un azul tan intenso que resultaba chocante, Dora se encontró luchando contra el impulso de dar un paso atrás, a la defensiva.

—Su puerta está abierta —dijo excusándose, pero de inmediato se enojó consigo misma por disculparse sólo por estar en su propio pasillo.

—Sí.

Dejó la botella y siguió con la copa en la mano mientras caminaba hacia ella. Jed hizo su propio examen. Apenas la veía, porque Dora estaba oculta tras la enorme caja de cartón que cargaba. No obstante, un bonito rostro ovalado, algo puntiagudo en la barbilla, con un cutis de un anticuado color rosa y crema; boca generosa, sin pintura, curvada apenas en una sonrisa, grandes ojos marrones llenos de amistosa curiosidad y una cascada de cabellos castañodorados.

—Me llamo Dora —dijo ante la insistente mirada del nuevo inquilino—. Soy la del apartamento de enfrente. ¿Necesita ayuda para acomodarse?

—No.

Jed apartó de una patada la caja y le cerró la puerta en las narices.

Perpleja, Dora exclamó antes de volver a su apartamento:

—¡Bueno, bienvenido al barrio!

Después de buscar a tientas la llave, abrió la puerta y la cerró de un golpe detrás de ella.

—Muchas gracias, papá. —Se dirigió a la habitación vacía—. Parece que me has conseguido una verdadera ganga.

Dejó sus cosas sobre el sofá y se echó el pelo hacia atrás con nerviosismo. Podía haber sido un placer mirar a ese individuo, se dijo, pero ella prefería un vecino con un poco de buena educación. Caminó hasta el teléfono, decidida a llamar a su padre y echarle un buen sermón.

Antes de marcar el segundo número, vio la hoja de papel con una enorme y redonda cara de felicidad dibujada en la parte inferior. Quentin Conroy siempre agregaba algún pequeño dibujo a sus notas y cartas. Un barómetro de su estado de ánimo.

Dora dio un respingo al leer el principio de la carta: «Izzy, mi querida hija.» Su padre era el único espíritu viviente que la llamaba por ese derivado de su nombre.

Misión cumplida. Bien cumplida, si me permites. Tu nuevo inquilino es un joven alto y fuerte que debería estar en condiciones de ayudarte en cualquier trabajo pesado. Su nombre, como verás en las copias del contrato de alquiler que espera tu firma, es Jed Skimmerhorn. Un nombre de mucha envergadura que me trae a la mente robustos capitanes de mar o vigorosos pioneros. Encontré fascinante su semblante taciturno, y presentí que debajo de esas aguas tranquilas burbujea un verdadero torbellino. No pude pensar en nada más hermoso que entregar a mi adorada hija un vecino intrigante.

Bienvenida a casa, mi pequeña.

TU DEVOTO PADRE.

Aun a su pesar, Dora no pudo evitar una sonrisa. La maniobra era demasiado obvia... Ponerla al alcance de la mano de un hombre atractivo y tal vez, sólo tal vez, hacer que ella se enamorara, se casara y le diera a su codicioso padre más nietos para malcriar.

—Lo siento, papá —murmuró, te espera una nueva decepción.

Dejó la nota a un lado y siguió con el dedo el texto del contrato hasta que llegó a la firma de Jed, un garabato ilegible. Escribió la suya en la línea contigua, sobre las dos copias. Tomó una de ellas, cruzó el pasillo y llamó a la puerta de Jed.

Cuando él abrió, Dora le entregó el contrato, mientras aplastaba un extremo de la hoja de papel contra el pecho de Jed.

—Necesitaré esto para su archivo.

Jed cogió la hoja, bajó la mirada para examinarla y volvió a alzarla. Sus ojos no eran amistosos, sino fríos.

—¿Por qué el viejo se lo dejó a usted?

Dora alzó la barbilla y contestó serenamente:

—El viejo es mi padre. Yo soy la dueña del edificio, lo que me convierte en su casera, señor Skimmerhorn.

Dio vuelta sobre los talones y se alejó caminando por el pasillo. Con una mano en el picaporte se detuvo, se volvió e hizo ondear su cuidada melena. Luego dijo:

—El alquiler vence el veintiuno de cada mes. Puede deslizar su cheque por debajo de mi puerta y ahorrarse un sello, así como todo contacto con otros seres humanos.

Entró en su casa y, satisfecha, cerró con un golpe seco la puerta.

3

Cuando Jed llegó corriendo al pie de la escalera que conducía a su apartamento había eliminado gracias al ejercicio la mayor parte de las consecuencias físicas de la media botella de whisky que había bebido. Una de las razones por las que había elegido aquel lugar era el gimnasio situado a la vuelta de la esquina. Esa mañana, pasó noventa minutos muy satisfactorios levantando pesas, descargando toxinas contra el pesado saco de boxeo, y quemando la inevitable resaca del día siguiente en el baño de vapor.

Ahora, al sentirse casi humano, anhelaba tomar una taza de café y calentar en el microondas uno de los desayunos que había guardado en la nevera. Sacó la llave del bolsillo de su sudadera y entró en el vestíbulo. Oyó de inmediato la música. Afortunadamente no eran villancicos de Navidad, sino la voz rica y armoniosa de Aretha Franklin.

Bueno, se dijo, al menos no le irritaría el gusto musical de su casera. Se habría dirigido sin más a su apartamento de no haber notado que la puerta de ella permanecía abierta.

Sintiéndose obligado, hundió las manos en los bolsillos y caminó hacia allí. Sabía que había sido desagradable la noche anterior, aunque no veía ninguna razón para disculparse. Sin embargo, supuso que sería inteligente sellar una especie de paz preventiva con la propietaria del edificio.

Empujó con suavidad la puerta para abrirla un poco más y miró al interior.

El apartamento era tan espacioso como el suyo, de techos altos e inundados por la luz que entraba a raudales por las tres ventanas del frente. Allí terminaba toda semejanza.

A pesar de haber crecido en una casa llena de adornos, se quedó atónito. Nunca antes había visto tantos objetos reunidos en un solo lugar. Una de las paredes estaba cubierta con anaqueles de vidrio atestados de frascos antiguos, latas, estatuillas, cajas pintadas y diversas chucherías que él no lograba reconocer. Había numerosas mesas y, encima de cada una de ellas, más cristalería y porcelana. Sobre un sofá tapizado había un montón de almohadones de colores, que levantaban los tonos pálidos de una enorme alfombra que cubría toda la superficie. Se trataba de una Multan, reconoció. Desde tiempos inmemoriales hubo una alfombra similar en el salón de su hogar familiar.

A tono con la temporada, cerca de la ventana se destacaba un árbol de Navidad, de cada una de cuyas ramas colgaban bolas y luces de colores; un trineo de madera colmado de piñas, y un sonriente muñeco de nieve de cerámica con un sombrero de copa.

En opinión de Jed, el conjunto debía considerarse un amontonamiento abigarrado de objetos y, con seguridad, desordenado. Sin embargo, en cierto modo no era ni una cosa ni la otra. En lugar de ello, tuvo la impresión de haber abierto el cofre de algún tesoro encantado.

En el centro de todo se encontraba su casera. Vestía un conjunto escarlata con una falda recta y corta, y una chaqueta ajustada de corte perfecto. Mientras le daba la espalda, apretó los labios y se preguntó de qué humor habría estado la noche anterior para no reparar en ese cuerpo esbelto y seductor.

Por debajo de los ricos tonos de Aretha, oyó a Dora refunfuñar entre dientes. Jed se apoyó en el marco de la puerta cuando ella apoyó en el sofá el cuadro que sostenía en sus manos y se volvió. Le sorprendió agradablemente la manera en que se las ingenió para reprimir un grito agudo al advertir su presencia.

—Su puerta estaba abierta —se apresuró a excusarse Jed.

—Sí. —Como no correspondía a su naturaleza ser monosilábica como su inquilino, Dora se encogió de hombros y añadió—: Esta mañana he estado guardando algunos artículos, llevando abajo los que tenía aquí y viceversa. —Se apartó un mechón de pelo que le caía sobre la frente e inquirió—: ¿Algún problema, señor Skimmerhorn? ¿Gotea alguna cañería? ¿Hay ratones?

—No que yo sepa.

—Bien.

Dora cruzó la habitación y desapareció de su vista. Jed decidió entrar. La encontró junto a una mesa de comedor suplementaria, sirviendo algo que olía a espléndido café en una delicada taza, del mismo juego que la cafetera de porcelana. Dora posó la cafetera sobre la mesa y arqueó una ceja. Sus labios serios eran de un rojo tan vivo como su traje.

—¿Necesita algo?

—No me vendría mal un poco de eso —contestó, señalando la cafetera.

Así que ahora quiere ser sociable, pensó Dora, que en silencio se dirigió hacia una vitrina y sacó otra taza con su correspondiente platillo.

—¿Crema? ¿Azúcar?

—No.

Como él no se decidía a avanzar en la habitación, le llevó el café. Percibió su agradable perfume a jabón. Sin embargo, su padre tenía razón con respecto a sus ojos. Eran duros e inescrutables.

—Gracias.

Vació de dos tragos el contenido de la delicada taza y se la devolvió. Recordó que su madre había tenido la misma porcelana, y que rompió varias piezas al arrojarlas a la servidumbre.

—El viejo..., su padre —puntualizó de inmediato expresó su conformidad para que yo instalara mi equipo con el apartamento. Pero dado que él no es el encargado, pensé que debía consultarlo con usted.

Dora dejó la taza vacía sobre la mesa y tomó la suya.

—¿Equipo? —preguntó.

—Un aparato de gimnasia, algunas pesas.

Instintivamente, Dora dirigió la mirada hacia sus brazos y su pecho.

—Bueno, no creo que haya ningún problema... a menos que haga mucho ruido cuando la tienda esté abierta.

—Tendré cuidado de no hacerlo.

Jed volvió a mirar el cuadro para estudiarlo. Audaz, pensó, como el color del vestido de su dueña, como el perfume penetrante que usa.

—Está al revés, ¿sabe?

Una sonrisa espontánea iluminó el rostro de Dora. En efecto, lo había dejado encima del sofá tal como se hallaba expuesto en la sala de subastas.

—Estoy de acuerdo. Voy a colgarlo de la otra manera.

Dora se acercó al cuadro y le dio la vuelta.

—Así está bien —comentó él—. Sigue siendo feo, pero se halla en la posición correcta.

—La apreciación del arte es tan personal como el arte mismo.

—Si usted lo dice... Gracias por el café.

—No hay de qué. ¡Ah, Skimmerhorn...!

Se detuvo y la miró por encima de los hombros. El débil destello de impaciencia en los ojos de Jed la intrigó más que cualquier sonrisa amistosa.

—Si proyecta redecorar su nueva vivienda, baje a la tienda. Dora's Parlor tiene algo para todos los gustos.

—No necesito nada. Gracias por el café de nuevo.

Dora todavía sonreía cuando oyó que él cerraba la puerta.

—Es una equivocación, Skimmerhorn —murmuró entre dientes—. Todo el mundo necesita algo.

Enfriarse los pies en una oficina polvorienta y escuchar a los Beach Boys cantar villancicos de Navidad, no era lo que Anthony DiCarlo se había imaginado para pasar aquella mañana. El quería respuestas, y las quería de inmediato.

En realidad, era Finley quien quería respuestas, y las quería para ayer. DiCarlo se ajustó su corbata de seda. Todavía no tenía respuestas, pero era cuestión de tiempo. La llamada del día anterior desde Los Angeles había sido escueta: «Encuentra la mercancía en el término de veinticuatro horas o atente a las consecuencias.»

DiCarlo no tenía la menor intención de averiguar cuáles serían esas consecuencias.

Alzó la mirada hacia el enorme reloj de fondo blanco y vio que la minutería en aquel momento saltaba de las 9.04 a las 9.05. Le quedaban menos de quince minutos. Tenía la palma de las manos empapadas de sudor.

A través del amplio panel de vidrio, en el que habían dibujado un Santa Claus rollizo y a sus diligentes enanos, distinguió una docena de empleados, atareados en poner sellos y acarrear bultos.

DiCarlo hizo un gesto despectivo cuando el obeso supervisor de embarques, con su horrible peluquín, se acercó a la puerta.

—Señor DiCarlo, lamento haberlo hecho esperar —se disculpó Bill Tarkington con una sonrisa de cansancio en su cebado rostro—. Como puede suponer, tenemos mucho trabajo estos días. Aunque no puedo quejarme. No, señor, no puedo quejarme. El negocio va muy bien.

—He esperado quince minutos, señor Tarkington —precisó DiCarlo sin disimular su ira—. No tengo tanto tiempo para perder.

—¿Quién lo tiene en esta época del año?

Con una inmovible afabilidad, Tarkington rodeó el escritorio con su cuerpo amorfo y fue hasta la máquina de café.

—Tome asiento, por favor. ¿Puedo servirle un poco de café? Le hace crecer a uno pelos en el pecho.

—No. Ha habido un error, señor Tarkington. Un error que debe ser enmendado de inmediato.

—Bueno, veremos qué se puede hacer al respecto. ¿Podría darme los detalles?

—La mercancía que despaché a nombre de Abel Winesap, en Los Angeles, no era la que llegó allí. ¿Es suficiente este detalle para usted?

Tarkington tiró de su grueso labio inferior y dijo:

—Es un verdadero enigma. ¿Tiene la copia de, la factura de embarque?

—Por supuesto.

DiCarlo sacó del bolsillo interior de su chaqueta una hoja de papel doblada.

—A ver, echémosle un vistazo —dijo Tarkington.

Sus dedos se movieron con torpeza cuando encendió el ordenador y pulsó algunas teclas.

—Veamos... Esto debía ser despachado el diecisiete de diciembre... ¡Sí, sí, aquí está! Salió a tiempo. Debería haber llegado ayer, a más tardar hoy.

DiCarlo se mesó su ondulado cabello negro y pensó que se encontraba rodeado de idiotas.

—El cargamento llegó, pero era incorrecto.

—¿Insinúa que la carga que aterrizó en Los Angeles iba dirigida a otro sitio?

—No. Estoy diciendo que su contenido era incorrecto.

—Esto es muy extraño —comentó Tarkington, mientras sorbía un poco de café—. ¿El paquete fue embalado aquí? ¡Oh, espere, espere! Ahora recuerdo... —Interrumpió la inminente respuesta de DiCarlo—. Nosotros suministramos el cajón de madera y el embalaje, y usted lo supervisó. Entonces, ¿cómo es posible que haya sido cambiada la mercancía?

—¡Eso mismo me pregunto! —vociferó DiCarlo, dando un puñetazo sobre el escritorio.

—Bueno, bueno... mantengamos la calma —dijo Tarkington, que pulsó otras teclas y agregó—: Ese embarque salió de la sección tres. Veamos quién estaba en la cinta transportadora ese día. ¡Ah, aquí está! Parece haber sido Opal. —Se volvió en el asiento para mirar con satisfacción a DiCarlo—. Buena trabajadora esta Opal, y una dama encantadora. Pasó algunos momentos difíciles en los últimos tiempos...

—No estoy interesado en su vida privada, maldita sea. Quiero hablar con ella.

Tarkington se inclinó hacia adelante y pulsó la tecla de un conmutador sobre su escritorio.

—Opal Johnson, por favor, preséntese en la oficina del señor Tarkington.

Soltó la tecla y se tocó el peluquín para asegurarse de que seguía en su sitio.

—Seguro que no quiere un café? ¿Quizá un buñuelo? —ofreció al levantar la tapa de una caja de cartón—. Hoy he recibido unos muy buenos, rellenos con jalea de frambuesa. También algunas rosquillas.

DiCarlo exhaló un hondo suspiro y se volvió. Encogiéndose de hombros, Tarkington se sirvió un buñuelo.

DiCarlo cerró los puños cuando una mujer alta, de raza negra, cruzó a toda prisa el almacén de embarque. Vestía un pantalón vaquero ajustado y un holgado suéter verde brillante, con un bolso colgado de la cadera. Llevaba el pelo recogido en una coleta. Alrededor de su ojo izquierdo se veían las manchas amarillentas de unos golpes recientes.

Abrió la puerta y asomó la cabeza. El lugar se llenó de inmediato con el ruido de las cintas transportadoras y las voces nerviosas de los trabajadores.

—¿Me ha llamado, señor Tarkington?

—Sí, Opal. Entre un momento, ¿le apetece un café?

—Oh, sí, gracias.

Mientras cerraba la puerta, Opal miró de reojo a DiCarlo para tratar de adivinar de qué se trataba.

Pensó que iban a despedirla, porque la semana pasada había bajado su cupo después de que Curtis la golpeará. Sin duda aquel hombre era uno de los dueños, y había venido a decírselo. Sacó un cigarrillo del bolso y lo encendió con manos temblorosas.

—Tenemos un pequeño problema, Opal.

—¿Sí, señor? —balbució, notando un nudo en la garganta.

—Este es el señor DiCarlo. Tenía un embarque para despachar la semana pasada. En su sección.

Una oleada de temor hizo que a Opal se le atragantara el humo.

—Despachamos muchos embarques la semana pasada, señor Tarkington.

—Sí, pero cuando el embarque llegó, la mercancía no era la correcta —precisó Tarkington con un suspiro.

Horrorizada, Opal bajó la mirada.

—¿Lo envié a un lugar equivocado?

—No, llegó al lugar correcto, pero lo que estaba equivocado era la carga. Como el señor DiCarlo supervisó personalmente el embalaje, nos hallamos desconcertados. Creí que usted podría recordar algo.

Sintió un intenso ardor en las entrañas. La pesadilla que la había atormentado durante casi una semana se hacía realidad.

—Lo siento, señor Tarkington —trató de excusarse—. Es difícil acordarse de cada embarque. Todo lo que recuerdo de la semana pasada es que trabajé doble turno y llegué todas las noches a mi casa para poner los pies en remojo.

Estaba mintiendo, se dijo DiCarlo. Lo adivinaba en sus ojos, en la postura de su cuerpo... Decidió esperar su oportunidad.

—Bueno, valió la pena intentarlo —comentó Tarkington con un amplio ademán—. Si recuerda alguna otra cosa, hágamelo saber. ¿De acuerdo?

—Sí señor, lo haré.

Apagó el cigarrillo en el cenicero de metal del escritorio de Tarkington y se apresuró a volver a su puesto de trabajo.

—Seguiremos el rastro a este asunto, señor DiCarlo. La compañía Premium se enorgullece de satisfacer a sus clientes. De nuestras manos a las suyas, con una sonrisa —concluyó citando el lema de la empresa.

—De acuerdo —aceptó DiCarlo.

Ya no estaba interesado en Tarkington, si bien habría sentido gran satisfacción de haber podido hundir los puños en la panza prominente de aquel hombre.

—Si desea seguir contando con el auspicio de E. F. Incorporated, usted encontrará las respuestas —añadió a modo de despedida.

DiCarlo circundó la sala de embarque y se dirigió a la sección de Opal. Con ojos inquietos, ella lo vio avanzar. Cuando se detuvo a su lado, el corazón le palpitaba con fuerza contra las costillas.

—¿A qué hora descansa para almorzar?

Sorprendida, estuvo a punto de volcar una caja de utensilios de cocina.

—A las once y media.

—La espero fuera, en la entrada principal.

—Yo como en la cafetería.

—Hoy no —indicó DiCarlo con tono suave—. No, si quiere conservar este empleo. A las once y media.

Sin decir más, se alejó de allí.

Tenía miedo de ignorarlo, pero también de complacerlo. A las once y media Opal se echó por los hombros su chaqueta verde oliva y se encaminó hacia la salida de empleados. Sólo esperaba que, al salir del edificio, hubiera recuperado el control de sí misma.

Le hubiera gustado saltarse el almuerzo. Todavía sentía en la boca los huevos revueltos que había comido esa mañana.

No admitas nada, se repetía mientras caminaba. Ellos no pueden probar que has cometido un error si no lo admites. Si perdía el empleo, tendría que acudir una vez más a la asistencia social. Aunque su orgullo pudiera soportarlo, no estaba segura de que sus hijos hicieran lo mismo.

Opal vio a DiCarlo, apoyado contra la capota de un Porsche rojo. El coche era deslumbrante, pero el hombre, alto, moreno, bien parecido y envuelto en un abrigo de cachemir gris pálido, le hizo pensar en las estrellas de cine. Aterrada, dolorida e intimidada, caminó hacia él con la cabeza baja.

DiCarlo no dijo nada, sólo abrió la portezuela del acompañante del conductor. Apretó los labios cuando captó el suspiro instintivo de ella al sentarse en el asiento de cuero. DiCarlo se sentó al volante y giró la llave.

—Señor DiCarlo, le aseguro que desearía poder ayudarle con respecto a ese embarque. Yo...

—Usted va a ayudarme —la interrumpió tajante.

Puso la palanca de cambios en primera y el coche se alejó de Premium a toda velocidad. Ya había decidido cómo afrontar la situación y concedió dos minutos a Opal para que se relajara. Cuando ella fue la primera en hablar, se esforzó por reprimir una sonrisa de satisfacción.

—¿Adónde vamos? —preguntó la mujer.

—A ninguna parte en particular.

A pesar de la emoción que le causaba viajar en un coche como aquél, se humedeció los labios resacos.

—Tengo que volver dentro de media hora.

En silencio, él siguió conduciendo a toda velocidad.

—¿De qué va todo esto? —inquirió ella al cabo de un rato.

—Bueno, se lo explicaré, Opal. Pensé que podríamos entendernos mejor lejos de la atmósfera del trabajo. Supongo que los acontecimientos se han precipitado para usted en las últimas semanas...

—Supongo que sí —convino Opal—. Los apuros de Navidad...

—Y supongo que usted sabe bien qué ocurrió con mi embarque.

Opal sintió un temblor en el estómago.

—Mire, señor, ya le dije que no sé qué pasó. Sólo hago mi trabajo lo mejor que puedo.

DiCarlo giró en seco en una curva muy cerrada. Opal abrió los ojos desorbitadamente.

—Los dos sabemos que no fue un invento mío, preciosa. Podemos hacer esto difícil o fácil. Depende de ti.

—Yo... yo no sé de qué está hablando.

—¡Oh, sí! —Su voz tenía el mismo zumbido peligroso que el motor del Porsche—. Tú sabes de qué estoy hablando. ¿Qué pasó, Opal? ¿Te gustó lo que había en el cajón y decidiste quedártelo? ¿Algo así como un lote anticipado de Navidad?

La mujer se puso rígida y parte de su temor se convirtió en furia.

—No soy ninguna ladrona! Nunca en mi vida he robado, ni siquiera un lápiz. Ahora dé la vuelta, señor sabelotodo.

Eran esa clase de insolencias —como le gustaba señalar a Curtis— las responsables de sus magulladuras y huesos rotos. Al recordarlo, se apoyó contra la portezuela en actitud evasiva.

—Tal vez no hayas robado nada —aceptó DiCarlo cuando ella se echó a temblar otra vez—. Sentiría mucho tener que levantar cargos en tu contra.

Opal sintió un nudo en la garganta.

—¿Cargos? ¿Qué quiere decir con cargos?

—La mercancía, que mi jefe considera valiosa, ha desaparecido. La policía se mostrará interesada en saber qué sucedió con ese embarque después de pasar por tus manos. Aunque seas inocente, dejará muchos interrogantes en tu expediente.

El pánico le golpeaba como un yunque en la base del cráneo.

—Ni siquiera sé qué había dentro de ese cajón. Lo único que hice fue despacharlo. Es todo lo que hice.

—Los dos sabemos que eso es mentira.

DiCarlo entró en el aparcamiento de un supermercado. Veía sus ojos llenos de lágrimas, mientras que con dedos nerviosos no cesaba de retorcer la correa de su cartera. Ya casi la tengo, pensó, y se volvió en su asiento para lanzarle una mirada fría, implacable.

—Deseas conservar tu empleo, ¿verdad, Opal? No quieres ser despedida... y arrestada, ¿verdad?

—Tengo hijos... —farfulló, incapaz de contener las primeras lágrimas—. Tengo hijos, señor DiCarlo.

—Entonces es mejor que pienses en ellos, en lo que puede pasarles si su madre se mete en esta clase de problemas. Mi jefe es un hombre duro —añadió, mientras observaba las magulladuras de su cara—. Tú sabes algo de hombres duros, ¿no es así?

Instintivamente ella se llevó una mano a la mejilla.

—Yo... yo me caí...

—Claro, claro. Tropezaste con el puño de alguien, ¿correcto?

Al no recibir respuesta, siguió presionándola, ahora con más calma.

—Si mi jefe no recupera lo que le pertenece, no se enfadará sólo conmigo. A través de Premium, encontrará el camino para llegar hasta ti.

Presa de pánico, pensó que ellos lo averiguarían. Ellos siempre lo descubrían todo.

—No robé su mercancía. No lo hice. Yo sólo...

—¿Sólo qué?

DiCarlo aguardó paciente a que terminara la frase y tuvo que hacer un esfuerzo para no agarrarla del cuello y obligarla a hablar por la fuerza.

—Llevo tres años en Premium —continuó, mientras buscaba un pañuelo en el bolso para secarse las lágrimas—. En un año podría ser supervisora de...

DiCarlo reprimió el impulso de golpearla y se esforzó por mantener la calma.

—Escúchame, sé lo mucho que cuesta subir esos peldaños. Tú ayúdame en esto y yo haré algo por ti. No veo ninguna razón para que lo que me digas salga de aquí. Por eso no quise hablar contigo en la oficina de Tarkington.

Opal buscó a tientas un cigarrillo. De inmediato, DiCarlo abrió una rendija en la ventanilla.

—¿Usted no va a volver a la oficina del señor Tarkington?

—No, si juegas limpio conmigo. De lo contrario...

Para intimidarla, deslizó los dedos por su cuello con un gesto significativo, mientras volvía la cara hacia ella.

—Lo siento —subrayó Opal—. Le aseguro que lamento mucho lo que pasó. Después pensé que hice lo correcto, pero no estaba segura. Tenía miedo. El mes pasado tuve que perder un par de días porque mi hijo menor cayó enfermo, y la semana pasada llegué tarde un día, cuando me caí y... y me sentía tan confusa que confundí las facturas. —Volvió la cabeza hacia un lado para respirar—. Se me cayeron. Estaba mareada y se me cayeron al suelo. Creí que había vuelto a ponerlo todo en orden, pero no estaba segura. Pero ayer revisé un montón de entregas y estaban bien. Así que pensé que todo estaba aclarado y nadie tenía por qué saberlo.

—Mezcló las facturas —repitió él—. Un empleado idiota tiene un mareo, confunde los documentos y pone mi cabeza en la soga.

—Lo siento —sollozó.

Quizá no fuera a golpearla, pero se lo haría pagar. Opal conocía a alguien que siempre se lo hacía pagar.

—De verdad, lo siento mucho —repitió.

—Lo sentirás mucho más si no averiguas dónde fue a parar ese embarque.

—Ayer revisé toda la documentación. Sólo había otro cajón tan grande como ése y que salió aquella misma mañana. Anoté la dirección, señor DiCarlo.

Todavía entre sollozos, buscó otra vez dentro del bolso. Sacó un pedazo de papel que él se apresuró a arrancarle de la mano.

—Sherman Porter, Front Royal, Virginia —leyó.

—Por favor, señor DiCarlo, tengo hijos... —rogó, mientras se secaba los ojos—. Sé que cometí un error, pero hasta ahora he realizado un buen trabajo en Premium. No puedo permitirme el lujo de que me despidan.

Él guardó el papel en el bolsillo y dijo:

—Comprobaré esto. Después ya veremos.

Con el peso de la esperanza, Opal bajó la cabeza e inquirió:

—¿Entonces no se lo dirá al señor Tarkington?

—He dicho que ya veremos.

DiCarlo arrancó el motor mientras planeaba los próximos pasos. Si las cosas salían mal, volvería por Opal y no sería sólo su cara lo que quedaría magullado.

En el mostrador principal del establecimiento Dora puso el toque final de una enorme cinta roja sobre un paquete envuelto para regalo. Satisfecha con la venta, dio unos golpecitos en la caja envuelta con esplendor que contenía los saleros de cobalto.

—Ella se sentirá encantada, señor O'Malley. Va a ser una sorpresa aún mayor, porque no los ha visto en la tienda.

—Bueno, le agradezco que me llamara, señorita Conroy. No entiendo qué ve mi Hester en estas cosas, pero no hay duda de que se muere por ellas.

—Va a ser su héroe —comentó Dora, mientras él se ponía el paquete bajo el brazo—. Tendré mucho gusto en reservarle el otro juego para su aniversario, en febrero.

—Es muy amable de su parte. ¿Seguro que no quiere que le deje un depósito?

—No es necesario. Feliz Navidad, señor O'Malley.

—Igualmente para usted y su familia.

Ahí va un cliente que se marcha satisfecho, pensó Dora.

Había otra media docena de personas en el local, dos de ellas atendidas por Terri, la ayudante de Dora. La perspectiva de otro día fructífero antes de las vacaciones, levantó el ánimo de la dueña. Caminó por detrás del mostrador y luego recorrió el salón principal del establecimiento, consciente de que la estrategia consistía en mostrarse servicial pero nunca inoportuna.

—Por favor, hágame saber si tiene alguna pregunta.

—¿Señorita?

Dora se volvió, sonriente. Advirtió algo vagamente familiar en aquella matrona corpulenta, de brillantes cabellos negros.

—Sí, señora. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Espero que sí —contestó la mujer, señalando con cierto desasosiego una de las mesas de exposición—. ¿Estos son toques de puerta?

—Sí, así es. Por supuesto, pueden ser utilizados para lo que usted guste, pero ésa es su función original.

Instintivamente, Dora miró de reojo cuando sonaron las campanillas de la entrada. Apenas arqueó una ceja cuando vio entrar a Jed y siguió hablando con su cliente.

—Algunos de ellos son de la época victoriana. El material más común era el hierro fundido —explicó, mostrando uno con forma de frutero—. Es probable que éste haya sido usado en un comedor. Tenemos un ejemplar bastante bonito de madreperla.

En aquel momento se encontraba arriba, en su dormitorio, pero podría traerlo en un minuto.

La mujer examinó un caracol de bronce bruñido.

—Mi nieta y su esposo acaban de mudarse a su primera casa de propiedad. Compré regalos de Navidad para los dos, pero también me gustaría regalarles algo para el hogar. Sharon, mi nieta, suele comprar aquí.

—¿Colecciona algo en particular?

—No, pero le gusta lo antiguo y lo raro.

—Igual que a mí. ¿Hay alguna razón para que usted pensara en un toque de puerta?

—Sí, en realidad sí. Mi nieta suele coser. Arregló una de las habitaciones con muy buen gusto, ¿sabe? Es una casa vieja que ellos han restaurado. La puerta de su cuarto de costura no se queda abierta y dado que hay un bebé en camino, sé que ella desearía tener la posibilidad de atender a cualquier ruido de fuera, y ésta sería una manera graciosa de hacerlo —explicó, aunque con titubeos—. Hace unos meses le compré aquí a Sharon una taza de noche antigua, para su cumpleaños. Le gustó mucho.

Eso refrescó la memoria de Dora, que comentó:

—El Sunderland, con la rana pintada en el fondo interior.

Los ojos de la mujer se iluminaron.

—Cierto, sí. ¡Qué buena memoria tiene!

—Estaba muy encariñada con esa pieza, señora...

—Señora Lyle. Alice Lyle.

—Sí, señora Lyle, me alegro de que aquella pieza haya encontrado un buen hogar. —Dora hizo una breve pausa, y se puso un dedo sobre los labios mientras pensaba. Luego comentó tras elegir la figura de bronce de un elefante—: Si le gustó eso, tal vez le gustaría algo de esta línea. Es Jumbo. ¿De P. T. Barnum?

—Sí —confirmó la mujer mientras tendía la mano, y rió entre dientes cuando Dora le entregó a Jumbo—. ¡Vaya, cómo pesa!

—Es uno de mis favoritos.

—Creo que es perfecto —añadió tras mirar con disimulo la etiqueta que colgaba de la pata delantera de Jumbo—. Sí, lo he decidido.

—¿Lo quiere envuelto para regalo?

—Sí, gracias. Y...

En ese momento vio al perro dormido que Dora había comprado en la subasta el día anterior, y lo tomó en sus manos.

—¿Cree que quedará bien en la habitación del bebé?

—Pienso que es encantador. Un simpático y agradable perro guardián.

—También me lo llevaré... Un regalo de bienvenida anticipada para mi nueva bisnieta, o bisnieto. ¿Acepta tarjeta de crédito?

—Por supuesto. Será cuestión de un par de minutos. ¿Por qué no se sirve un café mientras espera?

Antes de llevar al mostrador los dos toques de puerta, Dora le indicó la mesa, siempre preparada con teteras, cafeteras y bandejas llenas de apetitosos bizcochos.

—¿Compras de Navidad, Skimmerhorn? —le preguntó al pasar a su lado.

—Necesito un... ¿cómo se llama? Algo para una anfitriona.

—Curioseé todo lo que quiera. Enseguida estaré con usted.

Jed no estaba seguro de lo que buscaba. El apartamento atestado de objetos de su casera era apenas una pequeña muestra de la sorprendente colección exhibida en el Dora's Parlor.

Había delicadas estatuillas que lo hacían sentirse grande y torpe, recordándole tiempos pasados en el salón de su madre. Sin embargo, aquí no había nada de formal o intocable. Frascos y botellas de tamaños y colores varios capturaban el resplandor de la luz del sol e invitaban a cogerlos. Se veían letreros que anunciaban de todo, desde píldoras para el estómago hasta betún para calzado; soldados de estaño dispuestos en línea de batalla junto a pósters de la última guerra.

Pasó a través de una arcada y descubrió que la sala contigua también se hallaba atestada. Ositos de peluche y teteras; relojes de cuco y sacacorchos. Pura chatarra, se dijo. La gente podía ponerle un nombre fantasioso, como «tienda de curiosidades», pero todo lo que contenía no era más que pura chatarra.

Cogió con indiferencia una pequeña caja esmaltada con rosas pintadas. Sin duda sería del agrado de Mary Pat, pensó.

—Bueno, Skimmerhorn, debo reconocer que me sorprende —expresó Dora, sonriendo desde la puerta y señalando la caja que sostenía en sus manos—. Tiene un gusto excelente. Es una hermosa pieza.

—Es posible que en ella se puedan guardar horquillas para el pelo o anillos. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, pero en su tiempo fue utilizada para guardar parches. Los ricachones del siglo XXVIII los usaban al principio para tapar cicatrices de viruela, después por pura moda. Esa en particular, es una Staffordshire de 1770. —Alzó la mirada y añadió—: Vale dos mil quinientos.

—¿Esto? —ironizó Jed, al notar que ni siquiera le llenaba la palma de la mano.

—Bueno, es una legítima pieza Jorge III.

—Oh, sí, claro. —Volvió a dejarla sobre la mesa con el mismo cuidado que si hubiera tenido en sus manos un artefacto explosivo. El hecho de que pudiera pagar por ella no la hacía menos intimidatoria—. No es exactamente lo que tenía en mente.

—No hay problema. Tenemos algo para la mente de cada uno. ¿Un regalo para una anfitriona? ¿Eso dijo?

Asintió con un gruñido y echó una ojeada a la sala. Tenía miedo de tocar cualquier cosa. Una vez más se sentía de regreso a su infancia, con dolor, en el salón principal de la residencia Skimmerhorn. «No toques, Jedidiah. Eres muy torpe. No sabes dar valor a nada.»

Desterró el recuerdo junto con la correspondiente ilusión sensorial de las fragancias mezcladas de Chanel y jerez, pero sin dejar de fruncir el entrecejo.

—Tal vez debería llevar solo unas flores.

—Eso también es agradable, pero no duran. —Dora estaba gozando de aquella expresión de estricta incomodidad masculina—. También es aceptable una botella de vino. No muy original, pero aceptable. ¿Por qué no me habla un poco sobre su anfitriona?

—¿Por qué?

La sonrisa de Dora se hizo más amplia ante la desconfianza expresada en su voz.

—Para que pueda tener una imagen de ella y ayudarlo a elegir correctamente. ¿Es atlética y atractiva, o más bien una hogareña tranquila que amasa su propio pan?

Quizá ella no tratara de hacer que se sintiera estúpido, pensó Jed, pero estaba consiguiéndolo.

—Verá, ella es la mujer... la ex esposa de mi socio. Trabaja de enfermera de traumatología. Tiene un par de hijos y le gusta leer libros.

—¿Qué clase de libros?

—No lo sé.

¿Por qué diablos no fui directamente a una floristería?, se reprochó.

—Bien, ya sabemos algo más —comentó Dora y, mientras se compadecía, le palmeó el brazo—. Yo diría que tenemos a una mujer ocupada y cuidadosa, compasiva y romántica a la vez. Un regalo para la anfitriona... —murmuró, al tiempo que se tocaba los labios con un dedo—, no debería ser demasiado personal. Algo para la casa...

Ladeando ligeramente la cabeza, se volvió y fue hasta un rincón del local decorado como si fuera una despensa antigua.

—Creo que esto estaría muy bien —propuso Dora.

Cogió de la estancia una vasija de madera, con patas y bordes de bronce. Jed arrugó el entrecejo.

—¿Qué es eso...? ¿Es un recipiente para bizcochos?

—Qué inteligente es usted! —exclamó Dora—. Ha dado en el blanco. Es un recipiente de la época victoriana. De roble, de 1870. Un regalo práctico y decorativo. Y por cuarenta dólares, no le costará más que una docena de rosas de tallo largo o una botella de buen vino francés.

—De acuerdo. Creo que a ella le gustará.

—¿Lo ve? No ha sido tan difícil. ¿Puedo ayudarle en alguna otra cosa? ¿Quizá un regalo navideño de último momento?

—No, eso es todo.

Ambos volvieron a la sala principal. El lugar olía a manzanas, pensó Jed, complacido. Se escuchaba música de fondo. Reconoció un movimiento del Cascanueces y se sorprendió al sentirse súbitamente relajado.

—¿Dónde consigue todas estas cosas?

—Bueno, aquí o allí... En subastas, mercadillos, salas particulares.

—En realidad se gana bien la vida con ello.

Satisfecha, sacó una caja plegada de detrás del mostrador y la desdobló.

—La gente colecciona, Skimmerhorn. A menudo ni siquiera se dan cuenta de ello. ¿De niño nunca guardó canicas, cómics o cromos de béisbol?

—Claro.

Había tenido que esconderlas, pero las guardaba.

Con manos rápidas y hábiles, Dora forro la caja con papel de seda.

—Nunca intercambié sus cromos? —preguntó, y lo sorprendió observando el movimiento de sus manos. De pronto sus miradas se encontraron y Jed sintió un súbito temblor en el estómago.

—Claro que lo hice —murmuró—. De la misma manera que usted jugaba con muñecas.

Apenas pudo contener una sonrisa. Por un instante, pareció que él creía haberle tendido una pequeña trampa.

—En realidad no fue así —negó—. Nunca me gustaron mucho. Yo prefería compañeros de juego imaginarios, porque uno puede convertirlos en el personaje que desea en cada momento.

Con más cuidado del necesario, fijó la pestaña de la caja con la etiqueta dorada del Dora's Parlor.

—Lo que conseguía con eso es lo que la mayoría de los chicos coleccionan e intercambian. Algunas personas nunca pierden la costumbre. ¿Se lo envuelvo para regalo?

—Sí, por favor.

Jed se volvió y echó a caminar junto al mostrador. No es que estuviera interesado en lo que allí se exhibía, pero quería darse un respiro. El impulso sexual que había sentido no era nuevo, pero por primera vez se debía a las manos bonitas de una mujer. Y a sus grandes ojos marrones, agregó para sí, y también su sonrisa. Ella siempre parecía reírse de alguna broma secreta.

Era obvio que había permanecido soltero demasiado tiempo, si ahora se sentía atraído por una mujer que se reía de él.

Para pasar el tiempo, cogió una especie de pelota de béisbol con un agujero en un extremo. En un costado se leían las palabras «rocío de la montaña». Con curiosidad, Jed la giró en su mano. No creía que fuera un vaso extravagante para beber gaseosa.

Dora se acercó y le entregó el paquete cuidadosamente envuelto.

—Interesante, ¿verdad?

—Me preguntaba qué es.

—Una fosforera.

Puso las manos sobre las de él y le llevó el dedo pulgar hacia el borde áspero.

—Pone los fósforos arriba y los enciende al costado. «Rocío de la montaña» era un whisky del siglo pasado. ¿Le gusta? —preguntó al ver en su cara el esbozo de una sonrisa.

—Es algo diferente. Me gusta mucho lo diferente.

Por unos segundos, Dora mantuvo las manos sobre las de Jed.

—Lléveselo —ofreció—. Considérelo un regalo para el estreno de su apartamento.

De pronto el encanto inexplicable que el objeto había ejercido sobre él disminuyó.

—No creo que...

—No tiene ningún valor, me refiero en el sentido económico. Es un gesto de buena voluntad, Skimmerhorn. No sea terco.

—Bueno, si usted es tan amable...

Ella rió y le dio un rápido apretón de manos.

—Espero que a su amiga le guste el regalo.

Entonces se alejó para atender a otro cliente, pero miró de reojo a Jed cuando éste salió del local.

Un hombre fuera de lo común, meditó. Por supuesto, lo inusual y fuera de lo común era su especialidad.

DiCarlo conducía a toda velocidad por la carretera Van Wyck en dirección al aeropuerto, mientras sostenía el teléfono con una mano y conducía con la otra.

—DiCarlo —se anunció, tras conectar el micrófono—. Póngame con el señor Finley.

Con los nervios crispados, comprobó la hora. Lo lograría, se dijo para infundirse confianza. Tenía que lograrlo.

—Señor DiCarlo. —La voz de Finley resonó en el interior del vehículo—. Tiene buenas noticias, supongo.

—Seguí todo el rastro, señor Finley —explicó DiCarlo, esforzándose por dar un tono sereno y formal a su voz—. Averigüé qué pasó con exactitud. Un empleado idiota de Premium cambió los embarques. Envío el nuestro a Virginia. Lo solucionaré en un abrir y cerrar de ojos.

—Ya veo...

Se hizo un silencio prolongado. DiCarlo sintió que se le helaba la sangre.

—¿Cuál es su definición de «un abrir y cerrar de ojos»?

—Señor Finley, en este preciso momento me dirijo al aeropuerto Dulles, donde conseguí una reserva de vuelo. Allí me espera un coche alquilado. Estaré en Front Royal antes de las cinco, hora del Este. Tengo el nombre y la dirección adonde fue enviado por error el embarque —puntualizó y, con un tono de voz algo más débil, agregó—: Me hago cargo de todos los gastos, señor Finley.

—Muy acertado de su parte, señor DiCarlo, ya que no quiero que, por su error, esto me cueste más de lo que ya me costó.

—No, señor. Tiene mi palabra de que este error será enmendado como corresponde.

—Muy bien. Esperaré a que se ponga en contacto conmigo cuando llegue a su destino. Por supuesto, quiero que echen a ese imbécil.

—Por supuesto.

—Además, señor DiCarlo, usted conoce lo importante que esta mercancía es para mí, ¿verdad? Usará todos los medios que sean necesarios para recuperarla. Cualquier medio...

—Entendido, señor.

Cuando se cortó la comunicación, DiCarlo esbozaba una sonrisa siniestra. Por la manera en que aquel asunto arruinaba sus vacaciones, se hallaba dispuesto a utilizar cualquier medio, fuera cual fuera.

4

—Esto sí que es un buen lío, ¿verdad?

Mientras formulaba esa pregunta retórica, que a DiCarlo no le gustó, Sherman Porter seguía su búsqueda caótica en el viejo archivo.

—Supongo que lo hemos inventariado aquí, pero nosotros mismos teníamos una subasta en marcha —continuó Porter mientras, sin el menor cuidado, acababa de desorganizar el archivo—. También tuvimos un movimiento infernal. Muchas de nuestras existencias cambiaron de dueño. ¡Demonios!, ¿dónde pone las cosas esa mujer? —Porter abrió otro cajón del archivo—. No sé cómo se supone que debo encontrar algo con Helen ausente toda una semana. Fue a visitar a su hija en Washington. Usted me encontró por casualidad. Cerramos hasta Año Nuevo.

DiCarlo miró su reloj. Las seis y cuarto de la tarde. Se le estaba acabando el tiempo. En cuanto a la paciencia, apenas le quedaba.

—Tal vez no me expresé con claridad, señor Porter. La devolución de esa mercancía es de vital importancia para mi jefe.

—Oh, sí, usted fue muy claro. Después de todo, el hombre quiere lo que es suyo. A ver, aquí, esto parece prometedor —contestó, mientras desenterraba unas hojas de papel mecanografiadas con nitidez—. Mire, Helen hizo una lista de toda la mercancía que subastamos, con números de lote y precios de venta. Esa mujer es una joya.

—¿Puedo ver eso?

—Seguro, seguro.

Después de entregarle los papeles, Porter abrió el cajón inferior de su escritorio, sacó una botella de licor y un par de vasos polvorientos. Miró a DiCarlo con una sonrisa recelosa.

—¿Me acompaña con un trago? Ya estamos fuera de horario de trabajo y ayuda a combatir el frío.

DiCarlo miró la botella con repugnancia y repuso:

—No.

—Bueno, yo sí me serviré un trago.

DiCarlo sacó su propia lista y comparó. Estaba todo allí, advirtió al tiempo que se debatía entre el alivio y la desesperación. ¡Todo vendido! El perro de porcelana, la estatuilla, la pintura abstracta, el águila de bronce y el papagayo embalsamado. La enorme y horrible réplica en yeso de la estatua de la Libertad se había esfumado, así como el par de sirenas sujetalibros.

DiCarlo tenía otra lista dentro del bolsillo. En ella figuraba la descripción de lo que fue ocultado, con sumo cuidado y a un alto precio, en cada una de las piezas de la mercancía. Un florero Gallé tasado en casi cien mil dólares; un par de joyeros robados de una colección privada en Austria, valorados con facilidad en una cifra de seis dígitos; un broche antiguo de zafiros, que se decía había sido usado por María, reina de Escocia.

La lista seguía. A pesar del frío de la habitación, DiCarlo sintió la piel empapada y viscosa. Ni una sola pieza había quedado en poder de Porter. Vendido, pensó DiCarlo, todo vendido.

—No quedó nada —señaló con un hilo de voz.

—Ya le he dicho que tuvimos muchas ventas.

Complacido por el recuerdo, Porter se sirvió otra copa.

—Necesito esa mercancía.

—Lo sé, pero el embarque llegó apenas unos minutos antes de que empezáramos la subasta y no hubo tiempo para hacer un inventario. En mi opinión, su jefe y yo podríamos demandar a Premium y quitarle hasta los calzoncillos. —Como la idea le resultó atractiva, Porter sonrió y volvió a beber. Luego añadió—: Apuesto a que también le fijarían una suma considerable como indemnización.

—El señor Finley quiere lo que le pertenece, no un juicio.,

—El sabrá lo que le conviene —comentó mientras se encogía de hombros y apuraba su copa—. Helen lleva una lista de direcciones de nuestros clientes. Es para informarles de cuándo vamos a celebrar una nueva subasta. Lo mejor que puedo aconsejarle es que recorra esa lista, y la compare con los nombres

y las direcciones que ella anotó al lado de la mercancía que vendimos. Usted puede ponerse en contacto con ellos y explicarles lo ocurrido. Por supuesto, me devolverá mi mercancía. Pagué por ella, ¿de acuerdo?

DiCarlo pensó, contrariado, que le llevaría días rastrear y reunir la mercancía de Finley. En realidad, quizá tardaría semanas.

—Por supuesto —mintió.

Porter sonrió, satisfecho. El ya había vendido un lote entero. Después vendería otro... todo por el precio de uno.

—¿La lista de direcciones?

—Ah, sí! Claro, claro...

Entonado por el licor, Porter revolió en un cajón y sacó una caja de metal que contenía un fichero.

—Adelante, tómese su tiempo. No tengo prisa.

Veinte minutos más tarde, DiCarlo dejó a Porter, totalmente borracho. Todavía había una luz de esperanza. La estatuilla de porcelana se hallaba en Front Royal, en manos de un tal Thomas Ashworth, comerciante de antigüedades. DiCarlo se aferró a la posibilidad de que, al recuperar con rapidez la posesión de una pieza, aplacaría los ánimos de Finley y le haría ganar tiempo.

Mientras conducía por el tránsito fluido hacia el establecimiento de Ashworth, DiCarlo elaboró la estrategia a seguir. Entraría en el local y explicaría amistosamente el contratiempo, sin darle mucha importancia. Como Ashworth sólo había pagado cuarenta y cinco dólares por la estatuilla, DiCarlo estaba dispuesto a comprársela, añadiendo una cantidad razonable para el comerciante.

Todo podría resolverse rápidamente y sin problemas. En cuanto recuperara la estatuilla, llamaría a Finley y le diría que lo tenía todo bajo control. Con un poco de suerte, Finley se contentaría con encargar a Winesap que se pusiera en contacto con el resto de los integrantes de la lista y DiCarlo podría regresar a Nueva York y celebrar la Navidad.

La probable escena mejoró el estado de ánimo de DiCarlo, hasta el punto de que se encontraba exultante cuando estacionó el coche al borde de la acera, frente al comercio de Ashworth. No fue hasta que salió del vehículo y caminó hacia el local, que desapareció de sus labios la sonrisa complacida.

CERRADO. El enorme letrero de cartón pegado a la puerta de vidrio parecía mirarlo a los ojos.

DiCarlo llegó, hasta la puerta, agarró el picaporte y golpeó el vidrio. No podía estar cerrado. Con la respiración entrecortada, corrió hasta el amplio escaparate, apretó la cara contra el cristal y se hizo pantalla con las manos para mirar al interior. No distinguió otra cosa que sombras y su propia miseria.

Sabía que Finley no aceptaría excusas. No toleraría algo tan vago como la simple mala suerte.

De pronto, mientras de sus labios brotaba un gruñido de desesperación, vio la figura de porcelana de un hombre y una mujer vestidos con trajes de baile, enlazados con delicadeza.

DiCarlo apretó los puños de sus manos enguantadas. No estaba dispuesto a permitir que una simple cerradura y una puerta de vidrio le detuvieran.

El primer paso sería aparcar el coche en otro sitio. A poca velocidad, DiCarlo rodeó la manzana, con todos los instintos alerta por si veía cruzar algún coche de policía. Estacionó a dos calles de distancia. Sacó de la guantera lo que sin duda iba a necesitar. Una linTerria, un destornillador y su revólver, guardándolo todo en los bolsillos de su sobretodo de cachemir.

Esta vez no se dirigió a la puerta principal del local, sino que avanzó por una calle lateral con paso firme, pero sin prisa, como si —se tratara de un hombre que sabía adónde iba. Pero mientras caminaba, sus ojos se movían de un lado a otro, vigilantes, cautelosos.

Era una ciudad pequeña y, en una noche fría y ventosa, sus habitantes disfrutaban de la cena. DiCarlo no se cruzó con nadie mientras se encaminaba a la entrada trasera del negocio de Ashworth.

Tampoco advirtió la presencia de algún sistema de alarma. Mientras se movía con rapidez, usó el destornillador como ganzúa para forzar la puerta. El sonido de madera astillada lo hizo sonreír. En estos años de robo a gran escala, casi había olvidado el sencillo placer de entrar en un lugar tras forzar la cerradura. Se deslizó al interior y cerró la puerta detrás de él. Encendió la linTerria e hizo pantalla con la mano sobre el rayo de luz, mientras la movía de un lado a otro. Como necesitaría cubrir sus huellas, DiCarlo había decidido fingir que se trataba de un vulgar robo. Impaciente por el tiempo que tendría que perder, abrió y yació el contenido de todos los cajones. Sonrió al ver un sobre bancario de plástico. Parecía que su suerte cambiaba. Un recuento rápido de los billetes que había dentro, le permitió estimar que se había hecho con unos quinientos dólares. Satisfecho, guardó el dinero en el bolsillo y usó la luz para orientarse hacia la sala principal del comercio.

Pensó que un poco de vandalismo era el último toque necesario. Al azar, hizo pedazos una lámpara de vidrio blanco y un florero Capo di Monte. A continuación, por puro placer, dio una patada a una mesa

sobre la que se exhibía una colección de tacitas para café. Obedeciendo un súbito impulso, y porque habían pasado años desde que no sentía la emoción de robar, metió en los bolsillos algunos objetos pequeños.

Cuando finalmente divisó la estatuilla, sonrió y murmuró:

—Te tengo, preciosa.

De pronto se quedó perplejo cuando, desde una escalera situada a su derecha, un haz de luz iluminó el local. Mientras blasfemaba en voz baja, DiCarlo se escondió entre un armario de palo de rosa y una lámpara de pie, de bronce.

Un hombre mayor bajaba lentamente por la escalera, ataviado con una bata de franela gris y portando un palo de golf en la mano.

—He avisado a la policía. Están en camino, así que es mejor que no se mueva.

Por su voz, DiCarlo advirtió que era un hombre mayor. También adivinó el temor que sentía. Por un instante se sintió desconcertado al percibir un intenso olor a polio asado. El viejo tenía un apartamento en el piso superior, pensó DiCarlo, y se maldijo por haber penetrado en el negocio como un aficionado.

Pero no había tiempo para lamentos. Tras ajustarse la estatuilla debajo del brazo como si fuera una pelota de fútbol americano, se lanzó contra Ashworth, como tantas veces se había echado a correr por la Quinta Avenida con las carteras Gucci de las viejas matronas, escondidas bajo el abrigo.

El viejo gruñó ante el impacto y se balanceó sobre los escalones, mientras hacía ondear su bata, mostrando unas piernas blanquísimas, tan flacas y enjutas como lápices. Resolló con dificultad y, mientras trataba de conservar el equilibrio, Ashworth agitó con torpeza el palo de golf. Instintivamente DiCarlo se aferró al palo de golf cuando pasó silbando junto a su oído. El tirón hizo que Ashworth cayera hacia adelante. Se golpeó la cabeza contra una pala de carbón de hierro fundido, emitiendo un crujido ominoso.

—¡Oh, Dios! —exclamó DiCarlo.

Contrariado, apartó a Ashworth con el pie. A través del haz de luz procedente del piso superior, distinguió el chorro de sangre y los ojos fijos, muy abiertos. La furia le hizo propinar dos puntapiés al cuerpo inerte antes de retirarse.

Salió por la puerta trasera y, mientras se alejaba, oyó el sonido de las sirenas.

Finley estaba cambiando de canal en varios de sus televisores cuando recibió la llamada.

—DiCarlo por la línea dos, señor Finley.

—Pásemelo —ordenó, y conectó el interfono—. ¿Tiene noticias para mí?

—Sí. Sí, señor. Tengo en mi poder la estatuilla de porcelana, señor Finley, así como una lista para localizar el resto de la mercancía.

DiCarlo hablaba desde el teléfono de su coche, sin sobrepasar el límite de velocidad de noventa kilómetros mientras se dirigía al aeropuerto internacional Foster Dulles.

—Explíquese —le instó Finley.

DiCarlo empezó con Porter, e hizo una pausa entre cada frase para estar seguro de que Finley quería que continuara.

—Tendré mucho gusto en enviarle la lista por fax en cuanto llegue al aeropuerto, señor Finley.

—Sí, hágalo. Por cierto, parece un tanto... inquieto, señor DiCarlo.

—Bueno, en realidad..., señor, surgió un pequeño problema para recuperar la estatuilla. La había comprado un anticuario de Front Royal. Cuando llegué, su negocio estaba cerrado y como sabía que usted quería resultados rápidos, tuve que forzar algunas cerraduras para recuperarla. El comerciante se hallaba arriba. Hubo un desafortunado accidente, señor Finley... El hombre está muerto.

—Ya veo... —comentó Finley, mientras se examinaba las uñas—. Supongo que se ocupó de ese tal Porter...

—¿Ocuparme?

—El puede vincularle con el... accidente. ¿Correcto? Un vínculo con usted, señor DiCarlo, es un vínculo conmigo. Sugiero que rompa lo antes posible ese vínculo, y que lo haga de manera definitiva.

—Bueno, estoy... de camino al aeropuerto.

—Entonces tendrá que dar la vuelta y regresar, ¿no es así? No se preocupe por el fax. Cuando haya terminado de borrar las huellas en Virginia, le espero aquí. Con la estatuilla. Juntos discutiremos los pasos siguientes.

—¿Quiere que vaya a California? Señor Finley...

—Al mediodía, DiCarlo. Mañana cerraremos temprano. Ya sabe; las fiestas... Cuando tenga los datos de su vuelo, llame a Winesap. Lo recogerán en el aeropuerto.

—Sí, señor.

DiCarlo colgó el auricular y tomó la salida de la autopista. Rogaba a Dios que Porter estuviera todavía en su oficina, y lo bastante borracho para meterle una bala en la cabeza sin muchos aspavientos.

Si no conseguía arreglar pronto todo este lío, nunca llegaría a casa para la cena de Navidad.

—En serio, Andrew, no hay ninguna necesidad de que me acompañes arriba.

Con el instinto de autodefensa que sólo puede entender una mujer que se ha aburrido más allá de todos los límites, Dora bloqueó la escalera con su cuerpo. Sólo déjame entrar, refugiarme detrás de una puerta cerrada, pensó. Después, en privado, se reprocharía su actitud.

Andrew Dawd, un contable de la administración para quien los paquetes de dinero en las ventanillas de impuestos eran la máxima intriga, soltó una de sus sinceras carcajadas y le pellizcó la mejilla.

—Vamos, Dora, mi madre me enseñó que siempre debo acompañar a una muchacha hasta su puerta.

—Bueno, mamá no está aquí —le hizo notar Dora, con un pie en el primer peldaño—. Además es tarde.

—¿Tarde? Ni siquiera son las once. No irás a despedirme sin invitarme a una taza de café... —se lamentó mostrando aquellos dientes blancos por los que sin duda su sobreprotectora madre había pagado fortunas para mantener rectos—. Tú sabes que haces el mejor café de toda Filadelfia.

—Es un don...

Buscaba una manera cortés de librarse de él cuando de pronto alguien abrió y volvió a cerrar la puerta de entrada.

Jed avanzaba por el pasillo, las manos hundidas en los bolsillos de su cazadora de cuero estilo aviador. Algo abierta en el cuello, vio que debajo llevaba una camiseta, así como sus vaqueros gastados. El cabello despeinado por el viento y la cara sin afeitarse encajaban a la perfección con la dura expresión de sus ojos.

Dora tuvo que preguntarse por qué, en ese momento, prefería el aspecto intimidatorio de Jed al bien vestido, presumido y atildado contable que se encontraba a su lado. El error, casi con toda seguridad, estaba en ella, pensó.

—Skimmerhorn...

Jed echó un vistazo al acompañante de Dora mientras introducía la llave en la cerradura de su puerta.

—Conroy...

Con esa única palabra como saludo y despedida, se metió en su apartamento y cerró tras él.

—¿Tu nuevo inquilino?

Las cejas oscuras y acicaladas de Andrew se arquearon sobre su frente ancha, que su madre aseguraba era un signo de inteligencia y no de incipiente calvicie.

—Sí.

Dora respiró hondo, percibiendo el olor de la costosa colonia para hombres de Andrew y el aroma fuerte y varonil de Jed que flotaba en el aire. Como ya no tenía más pretextos, abrió la puerta y dejó entrar a Andrew.

Frunciendo el entrecejo, Andrew se quitó su gabardina londinense y la dejó, doblándola cuidadosamente, sobre el respaldo de una silla.

—Parece muy... atlético. ¿Vive solo?

—Sí —respondió Dora.

Hastada de tanta pulcritud, mientras se dirigía a la cocina Dora arrojó con displicencia sobre el sofá su visón modelo 1925.

—Por supuesto, Dora, sé que es muy importante mantener alquilado un apartamento. Pero ¿no crees que habría sido más prudente y con certeza más seguro alquilárselo a otra mujer?

—¿Una mujer? —murmuró malhumorada.

Después guardó silencio al llenar de café su vieja moladora manual. Mientras molía el café, miró por encima del hombro a Andrew, inmóvil detrás de ella, con los labios apretados en una mueca de desaprobación.

—No —repuso al fin—. ¿Tendría que haberlo hecho?

—Por supuesto. Quiero decir que... los dos vivís aquí... solos.

—¡No, yo vivo aquí y él vive allí!

Molesta porque le notaba su aliento en la nuca mientras ella molía el café, se volvió hacia él y propuso:

—¿Por qué no pones un poco de música?

A Andrew se le iluminó el rostro.

—¿Música? Por supuesto.

Momentos después sonó la serena melodía de las cuerdas de una vieja grabación de Johnny Mathis. En fin..., pensó, mientras se encogía de hombros. Si no era capaz de manejar a un contable que vestía trajes de Brooks Brothers y usaba colonia Haiston, merecía pagar aquel precio.

—El café estará listo dentro de unos minutos —anunció al volver al salón.

Andrew estaba de pie en el centro con los brazos en jarras, examinando su nuevo cuadro.

—¿No es interesante? —le preguntó.

Andrew inclinó la cabeza hacia la derecha, después hacia la izquierda.

—Audaz, no hay duda.

Luego se volvió hacia ella y se tomó unos segundos para admirar su figura, enmarcada en un vestido negro y corto, cubierto de canutillos brillantes.

—Se ajusta a tu estilo —comentó.

—Hace sólo un par de días que lo compré en una subasta en Virginia.

Dora se sentó sobre el brazo de un sillón y cruzó con un gesto mecánico las piernas, sin pensar ni por un momento que el movimiento le levantaba la falda casi hasta los muslos.

En cambio Andrew, sí se dio cuenta.

—Pensé que me gustaría tenerlo un tiempo conmigo antes de exponerlo en la tienda —añadió ella, sonriendo, y captó la expresión lujuriosa de sus ojos y se incorporó de un salto—. Voy a ver si está listo el café.

Andrew le asió una mano y la hizo volverse hacia él, con un movimiento que sin duda consideraba elegante, pero que Dora hubiera deseado evitar.

—Deberíamos aprovechar la música —propuso él, mientras empezaba a bailar sobre la alfombra. Su madre había pagado mucho dinero por las lecciones de baile y no quería desperdiciar la ocasión.

Dora trató de relajarse. Pensó que Andrew bailaba bien, mientras se adaptaba a sus pasos. Sonrió y cerró los ojos. Se dejó llevar por la música y el movimiento, para reír con disimulo cuando él la inclinó hacia atrás.

Después de todo no era tan mal tipo, pensó. Bien parecido, elegante, cuidaba de su madre y tenía una posición sólida. El hecho de que la hubiera aburrido mortalmente en sus dos citas no significaba...

De repente, la apretó con fuerza contra él y rompió el encanto. Podía entender esa reacción y también pasarla por alto. Pero cuando apoyó una mano en el pecho de Andrew, reconoció el inconfundible contorno de un cepillo de dientes que había guardado en el bolsillo interior de su chaqueta.

Sabía que Andrew era muy meticuloso, pero dudaba de que lo llevara siempre consigo para cepillarse los dientes después de cada comida.

Antes de que pudiera hacer algún comentario, las manos de Andrew, rápidas como un rayo, se metieron por debajo del borde de su vestido para tocarle las nalgas cubiertas de seda.

—¡Eh! —exclamó furiosa, y se echó hacia atrás.

Pero de inmediato volvió a atraerla hacia él y empezó a besarle el cuello y los hombros con lascivia.

—Oh, Dora, Dora, te deseo...

Asqueada, ella se retorció para librarse del abrazo, pero una de las manos de Andrew luchaba por bajarle el cierre del vestido.

—Sé lo que quieres, Andrew, pero no lo conseguirás. Ahora compórtate.

—Eres tan hermosa... tan irresistible.

El la había acorralado contra el respaldo de una silla. Dora sintió que perdía el equilibrio y blasfemó entre dientes.

—¡Basta, o lo lamentarás!

Andrew seguía farfullando palabras de amor cuando cayó al suelo con ella. No fue la humillación de quedar atrapada bajo el peso de un contable demente lo que le molestó más, sino el hecho de que al caer sobre la mesilla de café rompieran en mil pedazos varias de sus preciadas piezas.

Además, ¡cuando decía basta, era basta!

Sin pensarlo más, le propinó un rodillazo entre las piernas y mientras Andrew rugía de dolor, le dio un puñetazo en el ojo.

—¡Fuera! —gritó, empujándolo.

Andrew rodó por el suelo y se encogió de hombros como un gusano. Dora se alejó de él arrastrándose y se puso de pie. Luego le amenazó:

—Si no te levantas ahora mismo, volveré a golpearte. ¡Hablo en serio!

Asustado, Andrew trató de incorporarse, apoyándose en las manos y las rodillas.

—Estás loca —balbuceó.

Con dificultades, sacó del bolsillo un pañuelo blanco y se lo pasó por la cara para ver si sangraba.

Dora cogió la gabardina de Andrew y se la ofreció con los brazos tendidos.

—Tienes toda la razón. Estarás mejor sin mí. Ahora vete a casa, Andrew. Ponte un poco de hielo en ese ojo.

—Mi ojo... —recordó, y al tocarlo dio un respingo—. ¿Qué voy a decirle a mi madre?

Dora estaba a punto de perder la paciencia, así que lo ayudó a levantarse.

—Dile que chocaste con una puerta —le recomendó—. Ahora vete, Andrew.

Mientras luchaba por su dignidad, le arrebató la gabardina de las manos.

—Te he invitado a cenar dos veces, Dora.

—Considéralo una mala inversión. Estoy segura de que encontrarás la manera de deducirlo de tus impuestos.

Dora abrió la puerta de un tirón, justo en el momento en que Jed abría la suya.

—¡Fuera! Si alguna vez vuelves a intentar algo como esto, te hincharé los dos ojos.

—¡Maldita loca! —exclamó Andrew al dirigirse a la puerta—. ¡Has perdido el juicio!

—Vuelve y te mostraré lo que es estar loca.

Se sacó uno de sus zapatos de tacón y lo lanzó con fuerza.

—¡Además estás despedido!

El zapato impactó contra la pared del pasillo. Dora se quedó inmóvil, un pie calzado y el otro descalzo, mientras contenía la respiración. El sonido discreto de Jed al aclararse la garganta hizo que se volviera. El la miraba con una sonrisa. Era la primera vez que le veía sonreír, pero no se encontraba con humor para sentirse complacida por el aparente cambio de aquel rostro habitualmente adusto.

—¿Ha visto algo divertido, Skimmerhorn?

Tras pensarlo un instante, llegó a la conclusión de que hacía mucho tiempo que no presenciaba una escena tan ridícula. Luego se apoyó en el marco de la puerta y, sin dejar de sonreír, ironizó:

—Sí. ¿Fue una cita interesante, Conroy?

—Fascinante. —Cojeó unos pasos por el corredor para recuperar su zapato. Lo cogió y volvió sobre sus pasos—. ¿Todavía está ahí?

—Eso parece.

Dora exhaló un hondo suspiro y se mesó el pelo revuelto.

—¿Quiere una copa?

—Claro.

Apenas traspasó el umbral de la puerta de su apartamento, Dora se quitó el otro zapato y tiró los dos a un lado.

—¿Brandy?

—Perfecto.

Jed observó la porcelana rota en el suelo. Aquél debió de ser el estrépito que escuchó. Entre el ruido y los gritos, había tenido un momento de duda mientras decidía si debía intervenir o no. Aun en los días en que llevaba su insignia de policía, le preocupaba más intervenir en disputas domésticas que ahorcar a un delincuente profesional.

Miró a Dora mientras ella servía brandy en las copas redondas. Todavía tenía la cara arrebatada y los ojos entrecerrados. Debía sentirse agradecido de que no hubiera sido necesario intervenir.

—Bien, ¿quién era ese imbécil?

—Mi ex contable —explicó Dora, tendiéndole una copa—. Se pasa la noche aburriéndome con su charla sobre planes de inversión y ganancias de capital a largo plazo, y después cree que puede venir aquí y desnudarme.

Jed recorrió con la mirada el elegante vestido negro de Dora.

—Bonito vestido —murmuró—. No entiendo por qué ese idiota pierde el tiempo en hablar de ganancias de capital.

Dora inclinó la cabeza y bebió otro sorbo.

—Espere un momento. ¿Es posible que haya tratado de hacer un cumplido?

Jed se encogió de hombros.

—Supongo que encontré la peor forma de expresarlo.

—Debí haberle roto la nariz. —Enojada, caminó unos pasos y se agachó para recoger fragmentos de porcelana. Volvió a notar que le palpitaban las sienes cuando levantó una taza rota—. ¡Mire esto! Derby legítima. De 1815. Y este cenicero era un Manhattan.

Jed se agachó al lado de ella e inquirió:

—¿Muy caros?

—No se trata de eso. Este era un plato de postre, legítima porcelana Hazel... tapa de amatista de Marruecos.

—Ahora son basura. Déjelos donde están o va a cortarse. Traiga una escoba o algo parecido.

Mientras rezongaba, se puso de pie y se dirigió a la cocina.

—¡Hasta traía un cepillo de dientes en el bolsillo! —gritó desde allí. Volvió al salón, agitando una escobilla y una pala como si fueran un escudo y una lanza—. ¡Un maldito cepillo de dientes! Apuesto a que ese bastardo fue boy scout.

—Es probable que trajera también una muda de ropa interior en el bolsillo de su gabardina —añadió Jed, quitándole la escoba de la mano.

—No me sorprendería —convino Dora, y regresó a la cocina en busca del cubo de basura. Cuando volvió, Jed tiró los pedazos de porcelana en el cubo y Dora agregó—: También un par de preservativos.

—Cualquier scout que se respete los llevaría en su mochila.

Resignada, volvió a sentarse en el brazo del sillón. El drama parecía haber terminado.

—¿Usted lo era?

—¿Si era, qué?

—Un boy scout.

Jed recogió los últimos pedazos y le dirigió una larga mirada.

—No. Era un delincuente. Será mejor que tenga cuidado con sus pies. Puedo haber dejado algunas astillas.

—Gracias —murmuró. Demasiado tensa para quedarse sentada, Dora se levantó para volver a llenar las copas—. ¿Ahora a qué se dedica?

Jed sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno.

—Usted debería saberlo. Llené un formulario de admisión.

—No tuve oportunidad de leerlo. ¿Puede darme uno de esos? —preguntó señalando los cigarrillos—. Me gusta fumar en momentos de estrés o de gran aburrimiento.

Jed le pasó el cigarrillo que acababa de encender y cogió otro para él.

—¿Se siente mejor?

—Creo que sí.

Dora dio una honda calada y exhaló el humo de inmediato. No le gustaba el sabor, sólo el efecto.

—No ha contestado a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿A qué se dedica ahora?

Jed sonrió, pero no había nada de alegre en ese gesto.

—A nada. Soy un ricachón independiente.

—Claro, supongo que ser un delincuente da buenas ganancias —comentó dando otra calada al cigarrillo. El humo y el brandy empezaban a provocarle un agradable mareo—. ¿Entonces qué hace con su alma durante el día?

—No mucho.

—Puedo mantenerlo ocupado.

—¿De qué manera? —preguntó Jed, intrigado.

—Trabajo honesto, Skimmerhorn. Es decir, siempre que sea bueno con las manos.

—Me han dicho que soy bastante bueno.

Puso los dedos en su espalda, sobre el cierre que Andrew había bajado casi hasta la cintura. Después de vacilar un instante.. lo subió hasta el cuello. Dora parpadeó, estremeciéndose.

—Gracias —susurró—. Me refería a que necesito algunos estantes más en el almacén. Ya sabe, en un lugar como éste siempre hay algo que hacer.

—La barandilla de la escalera es un desastre.

Dora hizo una mueca de disgusto, como si aquel comentario fuera algo personal. Para ella, sin duda, estaba muy cerca de serlo.

—¿Usted podría arreglarlo?

—Tal vez.

—Podemos descontarlo del alquiler, o puedo pagarle por horas de trabajo.

—Lo pensaré.

Pero en ese momento Jed estaba pensando en otra cosa... En lo mucho que le gustaría tocarla, aunque solo fuera el roce de su dedo pulgar a lo largo de la curva de su garganta. No sabía por qué, pero deseaba hacerlo, quizá para comprobar que el pulso en la base de ese cuello largo y delgado palpitaba más rápido como respuesta.

Disgustado consigo mismo, Jed dejó la copa vacía y levantó el cubo de basura.

—Lo llevaré a la cocina.

—Gracias.

Dora pensó que había algo misterioso en la mirada de aquel hombre que le resultaba atrayente.

Qué estupidez, se dijo. Había sido un día demasiado largo y extenuante, eso era todo. Se dirigió a la cocina y comentó:

—De verdad, muchas gracias. Si usted no hubiese venido, me habría pasado una hora destrozando cosas.

—Estuvo muy bien. Me encantó ver cómo lo echó.

—¿Por qué? —preguntó con una sonrisa.

—No me gustaba su traje —respondió, deteniéndose en el umbral de la puerta para mirarla—. Me disgustan las rayas finas, ¿sabe?

—Lo tendré en cuenta.

Sin dejar de sonreír, alzó los ojos. Jed siguió su mirada y observó el ramito de muérdago que pendía sobre su cabeza.

—Es bonito —comentó, y puesto que había decidido dejar de correr riesgos, empezó a apartarse.

Sorprendida por la situación y por la reacción de Jed, Dora lo tomó del brazo.

—Es contra la mala suerte —explicó, y poniéndose de puntillas, le besó con suavidad en los labios. Luego añadió—: No me gusta provocar a la mala suerte.

Jed reaccionó de manera instintiva, como lo habría hecho de haber tenido un revólver o un cuchillo pegado a la espalda. El pensamiento seguía a la acción. Le alzó la barbilla para que no se moviera.

—Está provocando algo más que a la mala suerte, Isadora.

Entonces acercó su boca a la de ella. —Fue un beso con sabor a humo y brandy, de una violencia subyacente que hizo que el corazón de Dora latiera con fuerza.

¡Oh, cielos!, fue todo lo que ella pudo pensar. O quizá lo musitó cuando entreabrió los labios debajo de los de Jed.

Fueron sólo unos segundos, pero cuando él la soltó, se tambaleó sobre los talones con los ojos muy abiertos.

La miró por unos instantes, mientras se maldecía y luchaba contra el impulso perverso de comportarse exactamente igual que aquel contable idiota.

—Yo no intentaría echarme a patadas —susurró—. Cierre su puerta con llave, Conroy.

Luego salió, cruzó el pasillo y entró en su apartamento.

5

—¿Por qué estás tan enfadada? —preguntó Lea.

Había entrado sin avisar en el almacén para anunciar una venta de quinientos dólares y, por tercera vez en esa mañana, recibió un breve gruñido por saludo.

—No estoy enfadada —replicó Dora—, sino ocupada.

En ese momento estaba embalando un juego de mesa Fire—King para cuatro personas, modelo madreseiva.

—Habría que matar a la gente que quiere hacer todas las compras los dos últimos días antes de Navidad. ¿Te das cuenta de que, tengo que enviar a Terri esta misma tarde al otro extremo de la ciudad para que haga la entrega?

—Podrías haberle dicho al cliente que viniera a recogerla.

—Podría haber perdido la venta —replicó Dora—. He tenido estos malditos platos durante tres años. Soy afortunada al habérmelos quitado de encima.

—Ahora sé que algo anda mal —insistió Lea, cruzándose de brazos—. Vamos, dímelo.

—No hay ningún problema.

Excepto que no había podido dormir. No obstante, no estaba dispuesta a admitir que un simple beso la había convertido en un manojo de nervios.

—Es sencillo, tengo demasiadas cosas que hacer y poco tiempo para efectuarlas.

—Pero a ti te gusta eso, Dora —señaló Lea.

—He cambiado —replicó mientras envolvía en papel de diario la última taza—. ¿Dónde está esa maldita cinta de embalar?

Se volvió y tropezó con el escritorio cuando vio a Jed al pie de la escalera.

—Lo siento —se disculpó él, aunque no parecía sincero—. Bajé para ver si todavía quiere que arregle esa barandilla.

—¿Qué? Ah, sí... bueno —aceptó. Sólo había una sola cosa que odiaba más que ruborizarse: equivocarse—. ¿Necesita madera o algo parecido?

—Algo parecido.

Jed dirigió la mirada hacia el otro rincón cuando oyó que Lea se aclaraba la garganta.

—Ah, Lea —dijo Dora—, te presento a Jed Skimmerhorn, el nuevo inquilino. Jed, ésta es mi hermana, Lea.

—Encantada de conocerle —saludó Lea, tendiéndole la mano—. Espero que se haya instalado bien.

—No hay mucho que instalar. ¿Quiere que arregle eso o no?

—Sí, supongo que sí. Si no está muy ocupado...

Dora encontró por fin la cinta de embalar y se dedicó a cerrar la caja de cartón. Cuando se le ocurrió la idea, decidió ponerla en práctica.

—En realidad, podría ayudarme en otra cosa. Usted tiene coche, ¿verdad?, ¿un —Thunderbird?

—¿Y bien?

—Tengo que hacer una entrega... en realidad tres. Lo cierto es que no puedo prescindir de mi ayudante.

Jed metió los pulgares en los bolsillos delanteros de su chaqueta e inquirió:

—¿Quiere que haga esas entregas?

—Si no es mucho pedir. Cuente los kilómetros y lo que gasta en gasolina —afirmó, y esbozó una amplia sonrisa—. Quizá reciba un par de propinas.

Pudo decirle que se fuera al diablo. No estaba seguro de por qué no lo hizo. Simplemente comentó, mirando con cierta aversión la caja que ella cerraba:

—¿Cómo puedo resistirme? ¿Adónde debo llevarla?

—Está todo escrito aquí. Esas son las otras dos —señaló hacia un rincón del almacén—. Puede cargarlas por la puerta lateral de su coche.

Sin añadir una palabra, Jed levantó la primera caja y salió por la puerta.

—¿Ese es el nuevo inquilino? —preguntó Lea con un susurro. Mientras dejaba volar la imaginación, corrió hasta la puerta para espiar a través de ella—. ¿Quién es? ¿A qué se dedica?

—Acabo de decirte que se llama Skimmerhorn.

—Ya sabes a qué me refiero.

Observó a Jed cargar la caja en el asiento trasero del Thunderbird. Luego regresó presurosamente.

—Ahí viene otra vez —susurró Lea.

—Eso espero —ironizó Dora con la mayor frialdad—. Sólo se llevó una de las cajas.

Levantó ella misma la segunda caja y se la entregó a Jed cuando éste llegó a la puerta.

—Esta contiene objetos muy frágiles —le indicó. El asintió y volvió a salir.

—¿Viste qué hombros tiene? —balbuceó Lea—. John no tiene unos hombros como éstos ni en mi más frondosa imaginación.

—Ophelia Conroy Bradshaw, avergüénzate. John es un hombre maravilloso.

—Lo sé. Estoy loca por él, pero no tiene hombros. Quiero decir que... claro que los tiene, pero son un montón de huesos y... ¡Dios mío!

Se llevó la mano al corazón y sonrió al ver cómo se ajustaban los vaqueros de Jed en el momento en que se inclinaba sobre el baúl de su coche.

—Bueno, es reconfortante comprobar que las células de la atracción todavía funcionan. ¿Y bien, a qué se dedica?

—¿Con respecto a qué?

—Con respecto a... las facturas —se apresuró a responder—. No olvides darle las facturas al señor Skimmerhorn, Dorá.

Sin embargo, la propia Lea se las entregó cuando Jed volvió a entrar para llevarse la última caja.

Jed observó a Lea, intrigado por el destello que vio en sus ojos.

—Gracias —dijo—. Bien, ¿quiere que vaya por esa madera, o no?

—¿Madera? ¡Ah, sí, la barandilla! —exclamó Dora—. Sí, claro. Si no estoy aquí, pásame la factura por debajo de mi puerta.

Jed no pudo evitarlo, aunque sabía que debía haberlo hecho.

—¿Otra cita tormentosa? —preguntó.

Dora sonrió con dulzura y abrió la puerta de un tirón. Luego dijo:

—Váyase al diablo, Skimmerhorn.

—Lo he pensado —admitió él entre dientes, antes de salir a la calle con paso lento—. Lo he pensado.

—Cuéntamelo —exigió Lea—: ¡Cuéntamelo todo! No omitas ningún detalle, por pequeño e insignificante que sea.

—No hay nada que contar. Anoche salí con Andrew y Jed le vio cuando estaba echándolo a patadas.

—¿Echaste a Jed a patadas?

—A Andrew... Me hizo una proposición deshonesta —precisó Dora, agotando la paciencia—. Y lo eché a patadas. Bien, si ya hemos terminado con nuestra pequeña sesión de chismes...

—Casi. ¿A qué se dedica? Me refiero a Jed, claro. Debe de levantar pesas o algo parecido para tener esos hombros.

—No sabía que tuvieras semejante fijación con los hombros.

—La tengo cuando forman parte de un cuerpo como ése. Veamos... es un estibador.

—No.

—Un obrero de la construcción.

—Perdiste un viaje a Maui para dos. ¿Quieres intentarlo por las maletas Samsonite?

—Sólo dímelo.

Dora había pasado parte de su noche de insomnio revisando el formulario de admisión de Jed. Una de sus referencias era el comisionado James L. Riker, del departamento de policía de Filadelfia, el último lugar donde, según el informe, Jed había trabajado. Así pues, respondió:

—Es un ex policía.

—¿Ex...? —preguntó Lea con los ojos muy abiertos—. ¡Cielos! ¿Lo echaron por recibir sobornos? ¿Quizá por traficar con drogas? ¿Por matar a alguien?

—Dale un respiro a tu imaginación, querida —pidió, Dora, palmeando la espalda de su hermana—. Sin duda deberías haber seguido el ejemplo de mamá y papá en el escenario. Es sencillo, renunció hace unos meses. Según las abundantes notas que tomó papá cuando llamó a la comisaría, todo son recomendaciones elogiosas para Jed. Le están guardando su arma reglamentaria, con la esperanza de que un día vuelva.

—Bueno, ¿entonces por qué renunció?

—Ese no es un asunto que nos importe —repuso, pero sentía tanta curiosidad y se encontraba tan molesta como Lea porque su padre no hubiera preguntado—. El juego terminó —agregó, alzando una mano para interrumpir otra andanada de preguntas—. Si no ayudamos a Terri, convertirá mi vida en un infierno viviente. —De acuerdo. Pero me alegro de saber que tienes un policía justo al otro lado del pasillo. Eso debería mantenerte alejada de problemas... ¡Por cierto, Dora! —exclamó de pronto, asustada—. ¿Crees que lleva un arma consigo?

—No creo que necesite ninguna para entregar vajillas de mesa. —Sin añadir más, Dora empujó a su hermana a través de la puerta.

Bajo ninguna otra circunstancia, DiCarlo se habría sentido estúpido al estar sentado en una elegante área de recepción, con una estatuilla barata sobre su regazo. No, en aquella estancia en particular, decorada con mudas pinturas impresionistas y esculturas Erté, eran otros los sentimientos que le embargaban. Sentía miedo, un miedo mortal.

En realidad, no le había importado asesinar. No es que gozara haciéndolo, como su primo Guido, pero no le importó. DiCarlo consideraba un acto de defensa propia el haber metido una bala de pequeño calibre entre los ojos de Porter.

Sin embargo, tuvo mucho de qué preocuparse en el largo vuelo desde el Este hasta la costa Oeste. Al pensar en la mala suerte que parecía perseguirle, se preguntó si, por algún capricho del destino, tendría entre sus manos la estatua equivocada. Sin duda era igual a la que vio empaquetar en Premium. Si el mundo era justo, no podía haber dos obras de porcelana tan espantosas como aquella en una misma y pequeña ciudad.

—¿Señor DiCarlo? —le señaló la recepcionista—. El señor Finley te recibirá ahora.

—Ah, sí! Gracias.

DiCarlo se levantó, puso la estatuilla bajo el brazo y con la mano libre se ajustó el nudo de la corbata. Siguió a la muchacha hasta las puertas dobles de caoba, esforzándose por esbozar una sonrisa amable.

Finley no se movió detrás de su escritorio. Gozaba observando a DiCarlo cruzar nervioso aquel océano de alfombra blanca. Le sonrió con frialdad, mientras reparaba en las tenues gotas de sudor sobre el labio superior de DiCarlo.

—Señor DiCarlo, ¿puso todo en orden en el gran estado de Virginia?

—Me he ocupado del asunto, señor.

—Excelente —comentó, y le indicó con un gesto que dejara la estatua sobre el escritorio—. ¿Esto es todo lo que trae?

—También tengo una lista del resto de la mercancía. Con todas las direcciones. —A un ademán de Finley, DiCarlo buscó la lista en el bolsillo—. Como puede ver, sólo hay otros cuatro compradores. Dos de ellos también son comerciantes. Pienso que debería ser bastante sencillo ir directamente a esos establecimientos y volver a comprar la mercancía.

—¿Usted piensa? —preguntó Finley con tono suave—. Si usted fuera capaz de pensar, señor DiCarlo, la mercancía estaría ya en mi poder. Sin embargo... —prosiguió al ver que DiCarlo seguía en silencio—, estoy dispuesto a darle una oportunidad para que se redima.

Finley se incorporó y pasó la punta de un dedo por el rostro femenino y demasiado dulce de la bailarina de porcelana.

—Una pieza desafortunada —comentó—. Yo diría que bastante fea. ¿No le parece?

—Sí, señor.

—Ese hombre... ese tal Ashworth, pagó una buena suma por ella. Sorprendente, ¿no?, lo que la gente puede encontrar atractivo. Basta con echar un vistazo para ver que las líneas son torpes, el color pobre, el material de baja calidad. Pero bueno, la belleza se halla oculta debajo de la piel.

Cogió del escritorio un cenicero de mármol blanco y decapitó a la bailarina.

DiCarlo, que apenas unas horas antes había matado a sangre fría a dos hombres, dio un salto cuando el cenicero cortó la segunda cabeza. Con los nervios crispados, observó cómo Finley rompía los miembros de las dos figuras.

—Un caparazón horrible —murmuró Finley— para proteger la belleza pura.

Del interior del torso de la estatuilla sacó un pequeño objeto, envuelto en hojas de plástico reforzado. Lo desenvolvió con delicadeza y emitió un sonido de placer, como el de un hombre que desviste a su amante.

DiCarlo vio algo parecido a un encendedor de oro, ricamente ornamentado con incrustaciones de piedras. Pensó que era mucho más bello que la estatuilla que lo había ocultado.

—¿Sabe qué es esto, señor DiCarlo?

—No, señor.

—Es un estuche —respondió, sonriendo mientras acariciaba el oro. En ese momento parecía muy feliz, como un niño con un juguete nuevo, un hombre con una nueva amante—. Por supuesto, a usted no le dice nada. Esta pequeña caja decorativa era usada para guardar utensilios de manicura o de costura; o quizá fue un abotonador o una cucharilla de rapé. Un bonito gusto que pasó de moda a finales del siglo XIX. Sin embargo, este estuche es algo más valioso que la mayoría, ya que es de oro, y estas piedras, señor DiCarlo, son rubíes. En la base tiene grabadas unas iniciales... —Embelesado por completo, le dio la vuelta para confirmar lo dicho. Luego agregó—: Fue un regalo que Napoleón le hizo a Josefina. Ahora me pertenece a mí.

—Eso es fantástico, señor Finley.

DiCarlo se sintió aliviado por haber traído la estatuilla correcta y ver tan satisfecho a su jefe.

—¿Qué le parece, DiCarlo? —prosiguió Finley, lanzándole una mirada iracunda—. Esta fruslería es apenas una porción de todo lo que me pertenece. Oh, claro que me alegro de tenerla, pero al mismo tiempo me recuerda que mi embarque está incompleto. Un embarque, si me permite agregar, que me llevó más de ocho meses reunir y otros dos para que fuera transportado. Representa casi un año de mi tiempo, lo que es bastante valioso para mí, por no mencionar los gastos.

Volvió a levantar el cenicero y lo golpeó contra los delicados pliegues del traje de baile de la dama. Minúsculas partículas de porcelana volaron por el aire como pequeños misiles.

—Entiende mi desazón, ¿verdad?

DiCarlo sintió que un sudor frío y viscoso le corría por la espalda.

—Sí, señor. Es lógico.

—Entonces tendremos que ver cómo lo recuperamos. Siéntese, DiCarlo.

DiCarlo apartó con mano nerviosa las astillas de porcelana que habían caído sobre el cuero de la silla. Por precaución, se sentó en el borde.

Finley también tomó asiento y siguió acariciando el estuche con suavidad.

—Las fiestas me ponen magnánimo, señor DiCarlo. Mañana es Nochebuena y supongo que usted tiene planes.

—Bueno, en realidad, sí. Mi familia, verá...

—Familias... —El rostro de Finley se iluminó con una sonrisa—. En estas fiestas no hay nada como la familia. Por desgracia, yo no la tengo, pero esto no es importante. Ya que usted ha logrado, con tanta rapidez, traerme una pequeña porción de mi propiedad, detestaría alejarlo de su familia en Navidad. —Entrelazó los dedos, con el estuche siempre atrapado entre la palma de las manos—. Le doy hasta el día uno de enero. G e, neroso, lo sé, pero como le dije, es gracias a las fiestas Me ponen sentimental. Pero para ese día quiero todo l que me pertenece... No, no, pongamos el dos de enero Confío en que no me decepcionará —concluyó, esbozando una sonrisa más amplia.

—No, señor.

—Por supuesto, estaré pendiente de los informes que me envíe sobre los progresos que haga en la búsqueda. Manténgase en contacto, señor DiCarlo. Si no tengo. noticias de usted a intervalos regulares, tendré que ir yo mismo a buscarlo. Nosotros no queríamos que eso ocurriera, ¿verdad?

Una imagen desagradable cruzó la mente de DiCarlo. Finley lo perseguiría como un lobo hambriento.

—No, señor. Me ocuparé en ello de inmediato.

—¡Excelente! Ah, antes de marcharse, ¿quiere pedirle a Bárbara que saque una copia de esta lista para mí?

Jed no sabía por qué estaba haciéndolo. En primer lugar, no tuvo ningún asunto del que ocuparse cuando bajó esa mañana a la tienda. Se contentaba con pasar los días, hacer ejercicios en el gimnasio, levantar pesas en su apartamento o enfrascarse en la lectura. Sólo Dios sabía qué loco impulso lo había llevado a bajar y aceptar el realizar las entregas de Dora, casi voluntariamente.

Claro que, recordó sonriendo, las propinas valían la pena: unos cuantos dólares y una caja memorable, envuelta en papel de estaño de color brillante, llena de galletitas caseras de Navidad.

No había sido nada extraordinario, pero sí interesante comprobar con qué entusiasmo la gente saludaba a alguien que llamaba a la puerta para llevar una caja, en vez de mostrar una placa de policía.

Podía considerar esa experiencia como una especie de experimento, pero ahora se hallaba fuera, bajo un frío terrible, mientras reemplazaba una barandilla. El hecho de que en algún rincón profundo de su ser disfrutara con la situación, hacía que se sintiera como un perfecto idiota.

Estaba obligado a trabajar fuera porque Dora no tenía tres metros de espacio libre en ningún lugar de su maldito edificio. Como la idea que ella tenía de las herramientas no iba más allá de un sencillo destornillador y un martillo, tuvo que ir a casa de Brent para pedirle prestadas algunas otras. Como era de esperar, Mary Pat lo interrogó a fondo, abarcando desde sus hábitos alimentarios hasta su vida amorosa, mientras lo atiborraba sin cesar de bocadillos. Había tardado casi una hora en escapar con la cordura intacta y un taladro eléctrico bajo el brazo.

Para Jed, los acontecimientos de aquel día supusieron una importante lección: a partir de ese momento, tal como había planeado, defendería su soledad. Además, cuando a un hombre no le gustaba la gente, no existía ningún argumento racional para mezclarse con ella.

Al menos, en la parte trasera del edificio no había nadie que lo molestara, y le gustaba trabajar con las manos y notar el tacto de la madera debajo de ellas. En otros tiempos pensó en agregar un pequeño taller en el fondo de la casa de Chestnut Hill, un lugar donde hacer algunas reparaciones y trabajos en sus horas libres. Pero eso había sido antes de Donny Speck, antes de la investigación que se convirtió en una obsesión y, por supuesto, antes de que Elaine muriera por su culpa.

De pronto el terrible recuerdo volvió a acecharle. Vio una vez más el Mercedes Benz plateado en el garaje. Observó el destello de las perlas alrededor del cuello de Elaine, y recordó con frivolidad que había sido un regalo de cumpleaños del primero de sus tres maridos.

Vio sus ojos, del mismo azul brillante que los suyos —tal vez el único rasgo familiar que compartían, que miraban con curiosidad hacia él. Advirtió enojo en su mirada, y se vio a sí mismo corriendo por el césped, entre los cuidados rosales que olían casi con violencia a verano.

El sol se reflejaba en la carrocería del vehículo. Un pájaro, en la copa de uno de los tres manzanos del jardín, trataba con insistencia.

De pronto, la explosión rasgó el aire como un puñetazo violento que arrojó a Jed hacia atrás y arrasó las plantas y los árboles del jardín.

El Mercedes se convirtió en una bola de fuego, vomitando una hedionda columna de humo negro que se elevaba hacia el cielo. Creyó haber oído un grito. Podía ser el crujido de metales. Deseó con todas sus fuerzas que hubiera sido eso, que ella no hubiera sentido nada después de girar la llave en el contacto y activar la bomba.

Mientras blasfemaba, Jed atacó la nueva barandilla con una pulidora que también le había dejado Brent. Todo terminó en un instante. Elaine estaba muerta y nada ni nadie podía devolverla. Por suerte, Donny Speck también había muerto, y por mucho que él lo deseara no podía matar dos veces a ese hombre.

Por fin estaba justo donde quería estar. Solo.

—Jo, jo, jo.

A sus espaldas, la voz potente lo arrancó de sus pensamientos. Se volvió, los ojos entrecerrados detrás de las gafas de cristal ahumado. Observó con fastidio y curiosidad al mismo tiempo las mejillas rosadas de Santa Claus.

—Si no me equivoco, llega un par de días antes de lo previsto. ¿No es así?

—Jo, jo, jo —rió otra vez Santa Claus, golpeándose la panza abultada con almohadones—. Pensé que te vendría bien un pequeño saludo de Navidad, hijo.

Resignado, Jed sacó un cigarrillo.

—El señor Conroy, ¿verdad? —Al ver la expresión contrariada de Santa Claus, se apresuró a aclarar—: Le reconocí por los ojos.

Los mismos de Dora, pensó mientras encendía una cerilla. Grandes, marrones y llenos de una íntima alegría.

—Bueno —dijo Quentin teatralmente—. Supongo que un policía está entrenado para ver más allá de los disfraces, de la misma manera que un actor está entrenado para asumirlos. Desde luego, en mi carrera he representado a muchos defensores de la ley y el orden.

—Claro.

—Para situarme en las fiestas, he estado entreteniéndolo a los niños con la bolsa de los regalos —señaló al tiempo que se acariciaba la sedosa barba blanca—. Un pequeño compromiso, pero satisfactorio, ya que me da la oportunidad de representar a uno de los personajes más queridos en el mundo para una audiencia de auténticos creyentes. ¿Sabe?, los niños son actores y todos actores son niños.

—Creo en su palabra —aseguró Jed.

—Veo que Izzy le ha dado trabajo.

—¿Izzy?

—Mi querida hija —aclaró Quentin arqueando varias veces las cejas y parpadeando—. Bonita, ¿eh?

—Es una buena persona.

—También cocina. No sé de dónde le viene. Desde luego, no de su madre —agregó Quentin y, como si se dispusiera a contarle un secreto, se acercó más a Jed—. No es por quejarme, pero hervir un huevo es un triunfo culinario para ella. Claro que tiene otros talentos...

—Estoy seguro. En su interior.

—Desde luego. En cuanto a mi primogénita, es una hábil mujer de negocios en nada parecida al resto de nosotros en ese aspecto... aunque, por supuesto, podía haber tenido una carrera brillante en el escenario. Realmente brillante —subrayó con cierta pena—. Pero ella eligió el mundo de las ventas. Los genes son una cosa singular, ¿no cree?

—La verdad es que no he pensado mucho en ello —mintió, pues había pasado gran parte de su vida elucubrando sobre las cualidades hereditarias—. Escuche, necesito terminar esto antes de que se vaya la luz.

—¿Por qué no me deja echarle una mano?

Quentin se ofreció con el repentino espíritu práctico que había hecho de él un buen director, además de actor.

Jed observó la panza abultada, el traje rojo y la ondulante barba de algodón blanco. Luego inquirió:

—¿No tiene enanos para arreglar esta clase de cosas?

Quentin soltó una sonora carcajada, su potente voz de barítono retumbó en el aire ventoso.

—Todo se halla sindicalizado en estos días, muchacho. No puedo conseguir que esos parásitos hagan nada que no figure en el contrato.

Jed torció los labios y accionó otra vez la pulidora.

—Cuando termine con esto, puede ayudarme a colocarla.

—Encantado.

Quentin se sentó en el escalón inferior. Siempre le había gustado observar trabajos manuales. Observar era la palabra clave. Por, fortuna, una herencia modesta lo libró de morir de hambre mientras continuaba su carrera artística. Conoció a su esposa, de treinta años, durante la representación de *La tempestad*; él como Sebastián, ella como Miranda. Habían entrado en el difícil mundo del matrimonio y viajaron de escenario en escenario con éxito considerable, hasta que se asentaron en Filadelfia y fundaron la compañía de teatro Liberty.

Ahora, a la confortable edad de cincuenta y tres años —cincuenta y nueve en su partida de nacimiento había convertido a los comediantes del Liberty en una compañía que representaba de todo, desde Ibsen a Neil Simon, con permanente éxito de taquilla.

Tal vez porque su vida fue fácil, Quentin creía que siempre había sido feliz. Pudo ver a su hija menor felizmente casada, observaba a su hijo que llevaba el apellido al escenario con paso firme. Sólo quedaba Dora.

Quentin había decidido que ese joven fuerte y sano, de ojos inescrutables, sería la solución perfecta. Mientras sonreía para sus adentros, sacó una licorera del almohadón de la panza de Santa Claus y bebió un par de tragos.

Media hora después, se incorporó para pasar la mano sobre la baranda.

—Buen trabajo, muchacho —comentó—. Suave como la mejilla de una dama. Fue un placer observarte trabajar. ¿Cómo se hace para fijarla en su lugar?

—Écheme una mano —sugirió Jed—. Levante un extremo para llevarla hasta arriba.

Mientras subían por la escalera, las campanitas plateadas de las botas de Quentin tintineaban.

—Esto es fascinante —dijo—. Debes saber que no soy del todo un novato. He ayudado a la construcción de escenarios. Una vez construimos uno bastante parecido a uno de Jolly Roger para una puesta en escena de Peter Pan —recordó retorciéndose el bigote blanco, mientras una expresión de desafío destellaba en sus ojos—. Por supuesto, yo hice el papel de Hook.

—Habría apostado por ello. Tenga cuidado de no resbalar.

Jed aseguró la barandilla al montante tras usar el taladro de Brant. Quentin no paró de hablar durante el procedimiento. Jed comprendió que tenía tantas posibilidades de hacerlo callar como de desconectar la música de fondo en el consultorio de un dentista.

De nuevo al pie de la escalera, Quentin sacudió la baranda y exclamó, satisfecho:

—Así de sencillo! Firme como una roca. Espero que mi Izzy lo aprecie —añadió, y dio una cordial palmada en la espalda de Jed—. ¿Por qué no viene con nosotros para la cena de Navidad? Mi Ophelia pone en escena una producción impresionante.

—Tengo otros planes.

—Ah, por supuesto.

La sonrisa complaciente de Quentin no revelaba sus pensamientos. Había realizado una investigación de Jed Skimmerhorn mucho más profunda de lo que cualquiera pudiera imaginar. Sabía que no tenía familia, excepto una abuela.

—Bueno, tal vez para Año Nuevo —propuso—. Siempre ofrecemos una fiesta en el teatro. El Liberty. Será bienvenido.

—Gracias. Lo pensaré.

—Mientras tanto, creo que nos hemos ganado una pequeña recompensa por nuestro trabajo.

Volvió a sacar la licorera, le hizo un guiño a Jed mientras llenaba de whisky el tapón de plata y le tendió la improvisada copa.

Incauto, Jed se la bebió de un solo trago. Apenas pudo evitar atragantarse. Aquel whisky era un verdadero explosivo.

Quentin le golpeó otra vez la espalda y vociferó:

—¡Por Dios, me gusta ver a un hombre que bebe como un hombre! Tenga otro. Le calentará el pecho y dará un dulce descanso a su cabeza.

Jed volvió a beber y dejó que el whisky ejerciera de agradable solución contra el frío.

—¿Está seguro de que Santa Claus debería beber?

—Querido muchacho, ¿cómo crees que pasamos esas largas y frías noches en el Polo Norte? Dentro de poco haremos South Pacific. Un lindo cambio, con todas esas palmeras... Cada año tratamos de incluir un par de comedias musicales en nuestra programación. Ya sabes... concesiones al público. Izzy tendrá que llevarte a una función.

Sirvió más whisky en la copita de Jed y empezó a recitar una entusiasta versión de No hay nada como una dama.

Debe de ser el whisky, pensó Jed. Sólo eso podía explicar por qué se hallaba sentado fuera, bajo el frío crepuscular, y no encontraba nada extraño observar a Santa Claus mientras destrozaba una melodía de la obra.

Cuando se echaba otro trago, oyó que se abría la puerta a sus espaldas. Se volvió lentamente y vio a Dora, de pie en el último escalón, con los brazos en jarras.

Qué piernas tan largas tiene, se dijo.

Dora dedicó a Jed una mirada de desaprobación y comentó:

—Debí suponer que esto ocurriría.

—Estaba ocupándome de mis propios asuntos.

—¿Sentado en la escalera, mientras toma un whisky con un hombre disfrazado de Santa Claus? ¡Vaya asuntos!

Como sentía la lengua pastosa, Jed se esforzó por modular las palabras.

—Monté la barandilla —arguyó.

—¡Impresionante!

Dora bajó los escalones y tomó a Quentin por el brazo, justo cuando estaba ejecutando un giro teatral.

—La función ha terminado —dijo ella con acritud.

Quentin la besó con vehemencia y le dio un fuerte abrazo.

—¡Izzy! Tu joven inquilino y yo hemos estado haciendo reparaciones de carpintería.

—Ya lo veo. Los dos parecíais estar muy ocupados en este momento. Vamos adentro, papá. —Le arrebató la licorera de la mano y se la entregó a Jed—. Volveré por usted —advirtió entre dientes y empujó a su padre escaleras arriba.

—Estaba atendiendo mis propios asuntos —repitió Jed, que tapó con meticulosidad la licorera antes de guardarla en el bolsillo trasero de su pantalón. Cuando Dora volvió, estaba recogiendo las herramientas de Brent con el mismo cuidado que un hombre embala porcelana fina.

Se apoyó con todo su peso en la caja de herramientas y la cerró de un golpe.

—¿Y bien? ¿Dónde está Santa Claus? —preguntó.

—Duerme. Por aquí tenemos una norma, Skimmerhorn. Nada de alcohol en el trabajo.

Jed se irguió, pero por precaución, volvió a apoyarse contra la pared.

—Ya había terminado. ¿Lo ve? —dirigió la mirada hacia la barandilla.

—Sí —reconoció ella, meneando la cabeza—. No debería culparlo por esto, sé que él es irresistible. Venga, le ayudaré a subir.

—No estoy borracho.

—Yo creo que sí, Skimmerhorn. Su cuerpo lo sabe, pero la noticia aún no ha llegado a su cerebro.

—No estoy borracho —insistió.

Sin embargo, no opuso resistencia cuando ella le pasó una mano por la cintura para ayudarlo a subir.

—Conseguí quince dólares y dos docenas de galletitas de Navidad con las entregas.

—¡Qué bien!

—Unas galletas bastante buenas...

Cuando pasaron por la puerta, chocó con Dora y murmuró:

—¡Qué bien huele!

—Apuesto a que le dice lo mismo a todas sus caseras. ¿Tiene las llaves?

—Sí.

Las buscó a tientas en el bolsillo, desistió y se apoyó contra la pared. Te está bien empleado, se dijo, por haber bebido tanto con el estómago medio vacío.

Con un suspiro de resignación, Dora le metió la mano en el bolsillo delantero. Sólo encontró un muslo duro y algunas monedas.

—Pruebe en el otro —sugirió él.

Dora alzó la mirada y vio una sonrisa pícara y encantadora.

—No. Ya veo que no está tan borracho como pensaba. Sáquelas usted mismo.

—Le he dicho que no estoy borracho.

Cuando por fin encontró las llaves, se preguntó cómo lograría introducir la correcta en la cerradura, con el suelo moviéndose bajo sus pies. Dora le guió la mano.

—Gracias.

—Es lo menos que debo hacer. ¿Puede llegar solo a la cama?

Jed se afirmó con una mano en el marco de la puerta.

—Aclaremos las cosas, Conroy. Yo no quiero acostarme con usted.

—Bueno, sin duda eso me pone en mi lugar.

—Le aseguro que tendrá muchos problemas, con esos ojos marrones y ese increíble cuerpo flexible y fuerte. Pero yo sólo quiero estar solo.

—Supongo que eso acaba con cualquier esperanza que pudiera haber abrigado de concebir sus hijos. Pero no se preocupe, lo superaré.

Lo condujo hasta el sofá, lo tumbó en él y le levantó los pies.

—No la quiero aquí —le advirtió Jed, mientras ella le quitaba las botas—. No quiero a nadie.

—De acuerdo.

Miró alrededor en busca de una manta y se decidió por un par de toallas que él había dejado sobre la tabla de planchar. Lo arropó con ellas.

—Así está bien, cómodo y abrigado —susurró.

Pensó que estaba ridículo, borracho por completo, con esa mirada arisca y dura. Instintivamente, se inclinó y le besó la punta de la nariz.

—Ahora duerma, Skimmerhorn. Mañana se sentirá como el mismo diablo.
—Salga de aquí —gruñó.
Cerró los ojos y se quedó dormido.

6

Ella tenía razón. Se sentía fatal. Lo último que Jed deseaba era que alguien llamara a su puerta en el momento en que se metía en la ducha. Maldijo, cerró los grifos, se enrolló una toalla alrededor de la cintura y, goteando, se dirigió a la puerta y la abrió de un tirón.

—¿Qué diablos quiere?

—Buenos días, Skimmerhorn. —Dora entró con una canasta de mimbre sobre el brazo—. Veo que está tan alegre y amable como siempre.

Llevaba una especie de conjunto de falda corta, de brillantes colores azul y dorado. Jed tuvo que parpadear.

—¡Lárguese!

—Al parecer esta mañana nos encontramos de especial malhumor.

Sin ofenderse, destapó la canasta. Dentro había un termo rojo a cuadros, una jarra de cerámica que contenía un líquido anaranjado de aspecto nauseabundo, y una servilleta de un blanco immaculado que envolvía dos cruasanes.

—Ya que mi padre fue el instigador de este pequeño incidente, pensé que esta mañana debía preocuparme por su bienestar. Necesitaremos una copa, una taza y un plato. —Como él no se movió, Dora alzó la cabeza y añadió—: Bien, los buscaré yo misma. ¿Por qué no se pone algo encima? Usted ya aclaró que no está interesado en mí en un sentido físico, y la vista de su cuerpo mojado y medio desnudo podría despertar en mí algún irrefrenable apetito sexual.

Jed apretó los dientes. Un músculo de su mandíbula se contrajo en un leve temblor.

—Gracioso, Conroy. Muy gracioso.

Pero se volvió y fue a su dormitorio. Cuando regresó, vestía un pantalón corto de color gris y ella había dispuesto un buen desayuno sobre una mesa plegable.

—¿Todavía no se ha tomado una aspirina?

—Estaba pensando en eso.

—Antes tómese éstas —indicó, mientras le ofrecía tres píldoras—. Bébaselas con esto. Sólo tráguelas.

Jed contempló con asco el repugnante líquido anaranjado que le servía en un vaso.

—¿Qué diablos es esto?

—La salvación. Confíe en mí.

Como dudaba de que pudiera sentirse peor, ingirió las píldoras con dos grandes tragos de la medicina de Dora.

—¡Joder, sabe a líquido de embalsamar!

—Bueno, supongo que el principio es el mismo. Sin embargo, puedo garantizar los resultados. Papá confía en este brebaje y, créame, es un experto. Pruebe el café. No hará mucho por la borrachera, pero se sentirá despierto para disfrutarlo.

Jed abrió desorbitadamente los ojos e inquirió:

—¿Qué había en aquel frasco?

—El arma secreta de Quentin Conroy. Tiene un rincón en el sótano donde experimenta como un científico loco. A papá le gusta beber.

—¡Menuda noticia!

—Sé que debería desaprobalo, pero es difícil. No le hace mal a nadie. Ni siquiera estoy segura de que se dañe a sí mismo. No se pone agresivo, arrogante u obsceno. Nunca ha pensado en meterse bajo las ruedas de un coche... —Partió la punta de un cruasán y le dio un mordisco—. Algunos hombres salen de caza o coleccionan estampillas. Papá bebe —agregó, y se encogió de hombros—. ¿Se siente mejor?

—Sobreviviré.

—Entonces se encuentra bien. Ahora tengo que ir a abrir la tienda. Se sorprendería de saber cuánta gente sale de compras la víspera de Navidad.

Se dirigió a la puerta y, ya con la mano en el picaporte, se detuvo.

—Ah, la barandilla ha quedado muy bien! Gracias. Cuando se sienta bien, dígamelo. Colocaremos juntos algunas estanterías. Y no se preocupe... —concluyó con una sonrisa pícaro—, yo tampoco quiero acostarme con usted.

Dora cerró con suavidad la puerta y se alejó canturreando por el corredor.

DiCarlo se sentía eufórico. Había recuperado la buena suerte. El Porsche alquilado avanzaba a ciento cincuenta kilómetros por hora. A su lado, sobre el asiento del acompañante y bien embaladas, viajaban un águila de bronce y una reproducción de la estatua de la Libertad. Le resultó fácil comprar esas dos piezas en una tienda de artículos de fantasía situada en las afueras de Washington D. C.

Fácil y rápido, pensó. Tras entrar en el local, curioseó un poco y volvió a la calle como orgulloso propietario de dos piezas del más auténtico kitsch norteamericano. Después de desviarse hacia Filadelfia, para recuperar los dos artículos que seguían en su lista, se dirigiría hacia Nueva York. Si todo salía bien, llegaría a casa hacia las nueve de la noche, con tiempo más que suficiente para celebrar la Nochebuena.

El día después de Navidad, volvería a ocuparse de su programa de trabajo. A este paso, suponía que tendría en sus manos la mercancía del señor Finley bastante antes del plazo fijado. Quizá hasta ganara un dinero extra por ello.

Mientras tamborileaba con los dedos en el volante, marcó los números de la línea privada de Finley en el teléfono del coche.

—¿Señor Finley? Habla DiCarlo.

—¿Tiene algo interesante que contarme?

—Sí, señor —contestó casi cantando—. En Washington recuperaré otras dos piezas.

—¿La transacción se realizó sin problemas?

—Suave como la seda. Ahora me encuentro de camino a Filadelfia, donde hay dos piezas más en un comercio. Como muy tarde debería estar allí a las tres.

—Así pues, desde este momento le deseo feliz Navidad, señor DiCarlo. Será difícil que me localice antes del veintiséis. Como siempre, si tiene algo que informar, deje un mensaje a Winesap.

—Me mantendré en contacto, señor Finley. Espero que disfrute de sus vacaciones.

Finley colgó el auricular, pero siguió en el balcón; contemplaba la nube de humo que contaminaba el aire de Los Ángeles. El estuche dorado colgaba de una fina cadena de oro alrededor de su cuello.

Como tenía previsto, DiCarlo llegó a Filadelfia alrededor de las tres. Su suerte no había variado, ya que entró en el Dora's Parlor quince minutos antes de la hora de cierre. Lo primero que vio fue una figurilla pelirroja con un gorro verde de enano.

Terri Starr, la asistente de Dora, y un fanático de los comediantes del Liberty, saludaron con alegría a DiCarlo.

—¡Feliz Navidad! —exclamó ella con entusiasmo—. Nos pescó por casualidad. Hoy cerramos temprano.

DiCarlo esbozó una falsa sonrisa.

—Apuesto a que odia los compradores de último momento como yo.

—¿Bromea? ¡Los adoro! —aseguró Terri, que ya había visto el Porsche estacionado junto a la acera y esperaba terminar el día con una última y espléndida venta—. ¿Busca algo en particular?

—En realidad, sí.

Echó una ojeada alrededor, con la esperanza de descubrir pronto el cuadro o el perro de porcelana.

—Me dirijo a mi casa y tengo una tía que colecciona estatuas de animales. En especial de perros.

—Es posible que pueda ayudarlo.

Sobre sus altos tacones, Terri se movía por el local como un sargento que inspecciona a su tropa. Había tasado, de un simple vistazo, el traje, la gabardina y el coche de DiCarlo, así que lo condujo sin dudar a tos objetos de jade.

—Esta es una de mis piezas favoritas.

Abrió una vitrina redonda y sacó un perro tallado de color verde manzana, uno de los objetos más caros que tenían.

—¿No es magnífico?

—Sí, pero me parece que los gustos de mi tía no son tan sofisticados —señaló DiCarlo, con un brillo malicioso en la mirada—. Ya sabe cómo son estas viejecitas.

—¡Claro que lo sé! No se puede dirigir un negocio de curiosidades e ignorarlo. Veamos... —Con cierto pesar, volvió a poner en su sitio la pieza de jade—. Tenemos un par de simpáticos cockers spaniels en yeso.

—Echaré un vistazo. ¿Le importa si curioso un poco? Sé que a usted le gustaría marcharse y quizá, buscando, encuentre algo que me atraiga tanto como si yo fuese mi tía María.

—No se preocupe. Tómese su tiempo.

DiCarlo observó los cockers de yeso, perros de aguas y perdigueros de vidrio soplado. Había dálmatas de plástico y chihuahuas de bronce. Pero no vio por ninguna parte el basset hound de porcelana.

También mantuvo los ojos bien abiertos por si descubría la pintura. Había docenas de pinturas enmarcadas, retratos descoloridos, pósters de publicidad, pero ninguna obra abstracta en un marco de ébano.

—Creo que he encontrado el perfecto... —dijo Terri, retrocediendo cuando DiCarlo se volvió. Era una mujer que se jactaba de leer las expresiones. Por un instante, le pareció captar una mirada asesina en sus ojos.

—Yo... lo siento. ¿Le he asustado?

La sonrisa de DiCarlo apareció con tal naturalidad, que borró el brillo glacial de sus ojos, y Terri pensó que lo había imaginado.

—Sí, me asustó. Supongo que mi mente estaba en otra parte. ¿Qué tenemos aquí?

—Es una legítima cerámica Staffordshire. Una oveja inglesa y su cachorro. ¿No es bonita?

—Ideal para el jardín de mi tía María.

DiCarlo siguió sonriendo aun después de haber visto los cuatro dígitos del precio, pero pensó que ganaría tiempo mientras lo envolvían.

—Creo que a ella le encantará. Yo tenía otra cosa en mente, pero esto encaja con el gusto de mi tía.

—¿Al contado o tarjeta?

—Tarjeta. —Sacó del bolsillo una tarjeta de crédito y siguió a Terri hasta el mostrador—. ¿Sabe? —prosiguió—, ella tenía un perro de expresión triste, con manchas marrones y blancas, que se enroscaba sobre la alfombra y se pasaba, el día durmiendo. Tía María adoraba a ese perro. Yo tenía esperanzas de encontrar uno que, se le pareciera.

—Es muy tierno de su parte —comentó Terri, mientras envolvía en papel de seda la cerámica Staffordshire—. Usted debe de ser un sobrino muy cariñoso.

—Bueno, esa mujer ha hecho mucho por mí.

—Es una lástima que no haya venido unos días antes. Teníamos una pieza muy parecida a lo que usted busca. Un basset hound manchado, de porcelana, dormido como usted describió. Estuvo un solo día en la tienda. Lo vendimos.

—¿Vendido? —inquirió DiCarlo con una sonrisa forzada—. Es lamentable.

—No era una pieza tan delicada como la que acaba de comprar, señor... DiCarlo —advirtió después de echar una ojeada a la tarjeta—. Créame, su tía estará encantada de verlo llegar la mañana de Navidad.

—Estoy seguro de que tiene razón. Veo que también venden algunos cuadros.

—Algunos. La mayoría son pósters y viejos retratos familiares, adquiridos en subastas de bienes hereditarios.

—¿No tienen nada moderno? Voy a redecorar mi casa.

—Me temo que no. Tenemos algunas cosas apiladas en el almacén, pero no he visto ninguna pintura.

Mientras ella le preparaba la factura, DiCarlo tamborileaba con los dedos sobre el mostrador y pensaba. Tenía que averiguar quién había comprado el perro. De no haber estado a plena luz del día, con un amplio escaparate a sus espaldas, podría haber encañonado con el revólver su bonita barbilla y obligarla a que buscara la información que necesitaba.

Claro que después tendría que matarla.

Miró hacia la ventana. No había mucho tráfico. Meneó la cabeza al ver una muchacha que patinaba por la acera. No valía la pena correr el riesgo.

Terri le entregó el tique y la tarjeta.

—Firme aquí y está listo, señor DiCarlo. Espero que usted y su tía pasen una maravillosa Navidad.

DiCarlo salió del local y, como Terri lo observaba a través del escaparate, metió la caja con cuidado en el maletero del coche y, antes de subir, la saludó amablemente con la mano. Puso en marcha el motor y se alejó lentamente.

Iría a alguna parte para tomar un almuerzo tardío. Cuando cayera la noche y la tienda quedara vacía, regresaría.

Dora llamó a la puerta de Jed con su acostumbrada formalidad. Sabía que él protestaría al verla., pero no tenía remedio. Lo cierto es que muy a su pesar, se había acostumbrado al carácter adusto de su inquilino.

Jed no la decepcionó.

Llevaba la camiseta de manga corta empapada en sudor, el mismo que hacía brillar los antebrazos. Podía haber admirado por un instante su masculinidad, pero se hallaba demasiado ocupada en estudiar la expresión torva de su cara.

Miró por encima de sus hombros y vio sus aparatos de pesas esparcidos por el salón.

—Discúlpeme por molestarlo cuando está tan concentrado en desarrollar sus músculos, pero mi teléfono se ha averiado y necesito hacer una llamada.

—Hay un teléfono público en la esquina —dijo él con acritud.

—Siempre tan amable, Skimmerhorn. ¿Cómo es que no lo ha atrapado alguna mujer afortunada?

—Las persigo con un garrote.

—Apuesto a que lo hace. Sea buen chico, es sólo una llamada local.

Por un instante pensó que volvería a cerrarle la puerta en las narices, pero en esta ocasión la abrió de par en par.

—No se entretenga—pidió, y se metió en la cocina. Dora se preguntó si sería para dejarla a solas. Comprobó que no era así cuando él volvió a entrar, con una botella de gaseosa en la mano. Dora levantó el auricular, maldijo en voz baja y volvió a colgar.

—El suyo tampoco funciona.

—No es de extrañar, dado que estamos en el mismo edificio.

Puesto que había dejado la puerta abierta, podía oír la música que llegaba desde el apartamento de Dora. Esta vez eran melodías de Navidad. Pero hubo algo que sonaba como un coro medieval y, más que molestarlo, le intrigó.

Era lamentable, pero Dora ejercía el mismo efecto en él.

—¿Siempre se viste así para hablar por teléfono?

Llevaba un vestido largo y ajustado, con sandalias de tacón alto, y lucía preciosos pendientes.

—Me han invitado a un par de fiestas. ¿Usted qué hará? ¿Pasará la Nochebuena levantando pesas?

—No me gustan las fiestas.

Dora se encogió de hombros y la ondulante senda del vestido emitió un suave siseo.

—¿No? A mí me encantan. El ruido, la comida y los chismes. Claro que yo suelo disfrutar de las conversaciones con otros seres humanos. Eso ayuda.

—Como yo no tengo a mano ninguna bebida que ofrecerle, ¿por qué no se da prisa? —le propuso, mientras arrojaba a un lado la toalla y levantaba una barra—. Asegúrese de que su acompañante no se pase con el ponche de Navidad.

—No voy con nadie, y como no quiero preocuparme por cuántas veces me sumerjo en el maldito ponche, pensaba llamar a un taxi.

Se sentó en el brazo del sofá y frunció el entrecejo al ver que Jed levantaba pesas. No debería sentir lástima por él, se dijo. Era la última persona sobre la Tierra que podía inspirar compasión. Sin embargo, odiaba imaginarlo solo, con la única compañía de sus absurdas pesas.

—¿Por qué no me acompaña? —La mirada larga y silenciosa que Jed le dirigió, hizo que se apresurara a aclarar—: No es una proposición deshonestas, Skimmerhorn. Sólo un par de fiestas adonde ir y pasarlo bien.

—Yo no lo paso bien.

—Sé que usted es un tipo duro, pero hoy es Nochebuena. Ya sabe, una noche de paz y buena voluntad entre los hombres. Sin duda debe de haber oído hablar de ello.

—He oído rumores.

Dora esperó un instante antes de añadir:

—Olvidó decir que es una farsa.

—Márchese, Conroy.

—Bueno, algo hemos progresado con respecto a esta mañana. La gente podría decir que estamos enamorados —afirmó con un suspiro, y se levantó—. Disfrute con su sudor, Skimmerhorn, y del carbón que

sin duda Santa Claus le dejará en los calcetines... —Se interrumpió y estiró el cuello. Luego preguntó—: ¿Qué es ese ruido?

—¿Qué ruido?

Dora entrecerró los ojos para concentrarse.

—Ese —insistió—. ¡Oh, Dios! ¡No me diga que tenemos ratones!

E! bajó la barra de pesas y aguzó el oído.

—Hay alguien abajo, en la tienda —aseguró.

—¿Qué?

—En la tienda —repitió Jed—. El sonido sube a través del conducto de ventilación. ¿No conoce su propio edificio, Conroy?

—No suelo subir aquí arriba, y menos cuando el local está abierto. —De inmediato se estremeció al descartar la posibilidad—. Pero está cerrado. No hay nadie allí abajo —añadió con un susurro.

—Se equivoca. Hay alguien, Conroy.

—No —repitió, frotándose los nervios del cuello con la mano—. Hace horas que hemos cerrado. Terri se fue alrededor de las tres y media.

—Pues ha vuelto.

—¿En Nochebuena? Ella organiza una de las fiestas a las que estoy invitada —añadió, y se dirigió a la puerta con decisión.

—¿Adónde va?

—Abajo, por supuesto. Alguien debe de haber desconectado la alarma y forzado la puerta.. Si creen que pueden llevarse una bolsa llena de dulces de mi negocio, van a tener una sorpresa.

Jed profirió una maldición, la tomó por el brazo y la hizo sentarse con violencia en una silla.

—¡No se mueva de aquí! —le espetó.

Cruzó el salón a toda prisa y fue a su dormitorio. Dora todavía estaba pensando en cómo calificar su actitud cuando lo vio volver con un treinta y ocho en la mano.

—¿Qué es eso? —le preguntó con los ojos muy abiertos.

—Una sombrilla —respondió con tono sarcástico—. Quédese aquí y cierre la puerta con llave.

—Pero...

—¡Quédese!

Jed cerró la puerta tras de sí. Quizá se tratara de la dependienta de Dora, pensó, mientras avanzaba con rapidez y en silencio por el corredor. O la hermana, que habría olvidado algún paquete. O tal vez el viejo, en busca de una botella.

Pero en su interior había demasiado olfato policial para correr riesgos, para obviar el hecho de los dos teléfonos averiados y la certeza de que los sonidos que se filtraban a través del conducto de ventilación eran los de alguien que no entra despreocupado, sino a hurtadillas.

Llegó a la puerta del almacén y la abrió. Abajo todo estaba oscuro. De pronto oyó un ruido... Alguien había cerrado un cajón.

¿Guardaría ella dinero en efectivo en aquel lugar?, se preguntó, maldiciendo en silencio. Era muy probable. Quizá en algún frasco antiguo o en una lata de bizcochos.

Un movimiento a sus espaldas lo hizo volverse con rapidez. No podía creerlo. Dora estaba detrás de él, con los ojos muy abiertos, empuñando una barra.

Jed le hizo señas de que se fuera, pero ella negó con la cabeza. El cerró el puño y, altiva, Dora alzó el mentón.

—Idiota —murmuró él entre dientes.

—Lo mismo.

—¡Quédese detrás de mí, por el amor de Dios!

Empezó a bajar con sigilo, pero el tercer escalón crujió bajo sus pies. Hubo una serie rápida de detonaciones, y junto a su cara saltaron trozos de yeso de la pared;

Jed se agachó, bajó de un salto el resto de los escalones, rodó al llegar al último y se levantó, con el arma en la mano, a tiempo de ver que la puerta trasera se cerraba de golpe. Oyó que Dora bajaba ruidosamente la escalera, y le gritó que se quedara donde estaba.

Echó a correr hacia la puerta y salió a la calle. El aire frío penetró en sus pulmones como esquirlas de hielo. Oyó los pasos de alguien que huía. Ignorando las frenéticas preguntas de Dora, echó a correr detrás

de ellos, obedeciendo al instinto y la mitad de una vida de entrenamiento. Dos calles más allá, oyó el rugido de un motor y el chirrido de neumáticos. Supo que había perdido a su presa.

Siguió corriendo con la remota esperanza de echar un vistazo al vehículo. Cuando volvió junto a Dora, la encontró inmóvil, temblando, en medio de la acera.

—¡Métase adentro!

El miedo de Dora dio paso al enojo.

—Tiene sangre en la cara —farfulló.

—¿Sí?

Se frotó la mejilla para comprobarlo y se miró los dedos. Estaban húmedos.

—Debe de haber sido un trozo de yeso. ¿Qué está haciendo con eso? —preguntó, señalando la barra metálica que todavía empuñaba.

—Era para golpear a ese tipo si hubiera saltado sobre usted.

Dora sintió un ligero alivio cuando vio que Jed volvía a meter el revólver en la parte trasera de sus pantalones.

—¿No debería haber pedido refuerzos o algo parecido?

—Ya no soy policía.

Sí lo es, pensó Dora. Quizá no tenía mucha experiencia con los guardianes de la ley y el orden, pero sin duda él llevaba al policía en la mirada, en sus movimientos, incluso en su voz. En silencio, lo siguió hasta la entrada trasera del local.

—¿No ha oído hablar de los sistemas de alarma? —inquirió Jed.

—Tengo uno —respondió ella—. Se supone que debe sonar si alguien trata de entrar.

El se limitó a emitir un leve gruñido y, en lugar de entrar, buscó el mecanismo de alarma. Cuando lo encontró, echó una ojeada y comentó, contrariado:

—Esto no sirve ni para cazar ratones.

Ella se apartó unos mechones de pelo que le caían sobre la cara y objetó, con escaso convencimiento:

—El tipo que me lo vendió no pensaba lo mismo.

—El tipo que se lo vendió es probable que se ahogara de risa cuando lo instaló. Lo único que hay que hacer para desconectarlo es cortar un par de cables —señaló mostrándole los extremos deshilachados—. Cortó el hilo telefónico para asegurarse. Por las luces encendidas, debió de suponer que había alguien arriba.

A Dora le castañeteaban los dientes.

—Entonces fue un estúpido, ¿no cree? Quiero decir que debería haber esperado hasta que estuviéramos fuera. O dormidos. Entonces podría haber entrado y robármelo todo.

—Quizá tenía prisa. ¿No tiene un abrigo o algo para echarse encima? Su nariz está cada vez más roja.

Ofendida, se frotó la nariz.

—¡Qué tonta soy, no haber pensado en coger mi abrigo! ¿Qué fue ese ruido que se oyó antes de que usted emprendiera su vuelo heroico hacia el vacío? Parecían globos estallando dentro del agua.

—Un silenciador —respondió mientras buscaba unas monedas en el bolsillo.

—¿Un silenciador? —vociferó ella, agarrándole por el brazo—. ¿Como en las películas de pistoleros? ¿El le disparó?

—No creo que fuera algo personal. ¿Tiene una moneda? Será mejor que denunciemos lo ocurrido.

Dora soltó el brazo de Jed. Sus mejillas palidecieron y Jed vio que se le dilataban las pupilas. Se apresuró a levantarle la barbilla y la cogió por los hombros.

—Si va a desmayarse, me asustaré de verdad. Todo ha terminado. El se ha ido. ¿De acuerdo?

—Su cara está sangrando —susurró Dora.

—Ya me lo ha dicho.

—Podría haberlo matado.

—También podría haber pasado la noche con un bailarina exótica. Eso demuestra lo lejos que se halla en realidad, de lo que puede ocurrir. ¿Qué pasa con moneda?

—Yo no... —Instintivamente buscó en vano en los bolsillos—. Tengo un teléfono en mi camioneta.

—Por supuesto que lo tiene.

Jed caminó hasta la camioneta y, contrariado, meneó la cabeza al comprobar que no tenía llave de contacto.

—Ahí no hay nada —dijo ella, molesta.

Jed advirtió que Dora había recuperado el color de la cara.

—Aparte de un teléfono y una radio estéreo —corrigió Jed, arqueando una ceja—. Y un caballo de peluche...

—Era un regalo —alegó Dora, y se cruzó de brazos.

—Bien.

Marcó el número de Brent y esperó un momento.

—¡Feliz Navidad!

—Hola, Mary Pat —la saludó, oyendo de fondo gritos de niños que se superponían a Jingle Bells—. Necesito hablar un minuto con Brent.

—Jed, no llamarás para dar una excusa banal para la comida de mañana, ¿verdad? Juro que iré yo misma a sacarte a rastras de ahí.

—No. Allí estaré.

—A las dos en punto.

—Pondré mi reloj en hora. Mary Pat, ¿está Brent?

—Aquí mismo, rellenando sus famosas salchichas. Espera un momento.

Oyó un griterío y nuevos villancicos que sucedían a Jingle Bells. Por fin escuchó la voz de Brent.

—Perdón por molestarte cuando cocinas, pero hemos tenido un pequeño problema.

—¡Jody, deja tranquilo a ese gato! ¿Qué clase de problema?

—Un asalto. En la tienda que hay debajo de mi apartamento.

—¿Se llevaron algo?

—Ella aún tiene que revisarlo —informó mientras se mesaba el cabello alborotado por el viento y veía temblar a Dora—. El tipo me disparó un par de veces. Usó un silenciador.

—¡Mierda! ¿Estás herido?

Se palpó otra vez la mejilla y comprobó que ya no sangraba.

—No —respondió—. Tenía un coche cerca. Por el ruido del motor, no era barato.

—Quédate ahí. Haré la denuncia y me pondré en camino.

—Gracias.

Colgó el auricular y miró a Dora, que saltaba de un pie al otro en un esfuerzo estéril por mantenerse caliente.

—Tal vez sería mejor que saque otra vez de la bodega ese brandy. Venga, vamos.

Mientras regresaban al local, consciente de que ella tenía las manos heladas, Jed las tomó entre las suyas para calentárselas.

—Vaya a echar un vistazo para comprobar si falta algo.

—No debo tocar nada, ¿verdad?

—Usted siga los consejos de un policía.

—¿Podemos cerrar la puerta?

—Claro.

Jed comprobó la cerradura forzada y después cerró. Cuando encendió las luces, se quedó inmóvil y examinó con la mirada el lugar.

El almacén estaba atestado de objetos. Contra una pared, había cajas apiladas desde el suelo hasta el techo, sobre los estantes, mercancía sin embalar y sin ningún orden, al menos, que él pudiera percibir. En un rincón había otras dos gavetas de archivo, de cuatro cajones, y sobre ellas más pilas de cajas.

Un escritorio parecía la única isla de cordura. Sobre él, un teléfono, una lámpara, un jarro de porcelana lleno de lápices y bolígrafos, y un busto de Beethoven que servía de pisapapeles.

—No falta nada —señaló ella.

—¿Cómo puede saberlo?

—Conozco de memoria mi inventario. Debe de haber ahuyentado a ese tipo.

Jed se acercó a las estanterías y observó unos recipientes que le parecieron antiguos frascos de perfume o lociones.

—Este Daum Nancy vale más de mil dólares. Este plato Castelli casi lo mismo —comentó Dora, y cogió una caja con el dibujo de un juguete sobre ella—. Y esto es...

—¿Nando? ¿Un robot para niños?

—Un coleccionista pagaría fácilmente dos mil dólares por él —afirmó Dora, y lo dejó en su lugar.

—¿Usted deja todo esto a la vista?

—Tengo un sistema de alarma... tenía —se corrigió con un susurro—. No puedo llevar cada noche todas mis existencias a un almacén de seguridad.

—¿Qué pasa con el dinero en efectivo?

—Lo ingresamos todo, excepto unos cien dólares en billetes pequeños y el cambio que nos queda al final del día.

Fue hasta el escritorio y abrió el cajón superior. Sacó un sobre y contó los billetes que contenía.

—Aquí está. Ya le dije que debió de asustarlo. —Dio un paso atrás y oyó un crujido de papel debajo de sus pies. Se agachó y lo recogió. Luego comentó—: Es una factura de venta. Qué extraño, debería estar archivada.

—Déjeme ver —pidió Jed y le arrebató el papel de la mano—. Timothy O'Malley. Quinientos dólares con impuestos, el veintiuno de diciembre. ¿Por unos saleros?

—Su esposa los colecciona.

—¿Quinientos pavos por unos simples frascos de cristal? —insistió Jed.

—Saleros —puntualizó Dora, cogiendo la nota—. ¡Ignorante!

—¡Sanguijuela!

Enojada, Dora se volvió para guardar el recibo en el archivo.

—¡Mire esto! —exclamó—. Estos cajones están en completo desorden.

Jed se acercó y miró por encima de sus hombros.

—¿No se supone que deben estar así?

—¡Claro que no! Soy muy cuidadosa con el archivo. La oficina de impuestos me aterroriza tanto como a todos los buenos norteamericanos. El mes pasado, Lea tardó una semana en ordenar y poner al día estos papeles.

—Así pues, ese tipo estaba buscando algo en sus archivos. ¿Qué guarda ahí?

—Nada de valor. Recibos, facturas, listas de direcciones, resúmenes de inventario, resguardos de entregas, papeles comerciales...

Confusa, se pasó una mano por el pelo. Los pendientes de sus orejas brillaron bajo la luz.

—No veo ninguna razón para que alguien entre aquí y fuerce la cerradura para buscar papeles comerciales. ¿Algún inspector de impuestos enloquecido? ¿Quizá un contable psicópata?

En cuanto lo dijo, Dora dejó de hablar.

—¿Cómo se llama el imbécil de la otra noche? —preguntó Jed.

—No sea ridículo. Andrew nunca haría una cosa semejante.

—¿Usted no dijo que era un contable?

—Bueno, sí, pero...

—¿Acaso no le despidió?

—Esa no es razón suficiente para...

—Andrew... ¿qué más?

Dora resopló y meneó su flequillo.

—Le daré su nombre, su dirección, su número de teléfono. Entonces podrá ir y hacer las cosas que hace un policía; acosarlo hasta que dé una coartada para la noche en cuestión.

—Yo no soy un policía.

—Parece un policía, habla como un policía, huele como un policía...

—¿Cómo podría usted saber a qué huele un policía?

—A grasa para armas y a sudor —contestó ella, llevándose la mano a la barbilla—. Pensándolo bien, incluso sabe a policía.

—¿Qué quiere decir?

—No lo sé. —Maliciosamente Dora bajó la mirada hasta su boca y después la alzó con lentitud—. Rudo, autoritario, un poco perverso...

—Puedo ser más perverso.

Jed se acercó a ella, arrinconándola contra el archivo.

—Lo sabía. ¿Le he contado que siempre tengo este problema con la autoridad? Se remonta a los días de la escuela primaria, cuando molesté a miss Teesworthy en la hora del recreo.

—No me ha dicho nada —repuso él, empujándola hacia atrás.

Jed no percibió olor a grasa ni a sudor. Parecía que toda la estancia olía a Dora, a su fragancia cálida, aromática, que a cualquier hombre le haría perder la cabeza.

—Esa es una de las razones por las que empecé a trabajar sola. Odio recibir órdenes.

—No hace falta que me lo recuerde. Le dije que se quedara donde estaba.

—Sentí la necesidad de encontrarme cerca del hombre con el revólver —explicó rozándole con el dedo el corte en la mejilla—. Usted me asustó.

—¡No se asustó hasta que todo terminó!

—Se equivoca, lo estuve todo el tiempo. ¿Y usted?

—No. Adoro que la gente me dispare.

—Entonces, esto es probablemente una simple reacción —agregó mientras le pasaba los brazos por el cuello—. Ya sabe, después de una situación límite...

—Le pedí que retrocediera.

—Entonces apárteme —respondió, con una mueca de desdén en los labios—. Lo desafío.

De pronto Jed no pudo evitar agarrarla por la cintura. Ella esperaba que fuera rudo y estaba preparada para ello. La empujó contra el archivo y notó los cajones clavándosele en la espalda, pero estaba demasiado ocupada en tomar aliento para darse cuenta.

El sabía que era un error. Lo sabía, aun en el momento que la besó. De alguna manera, Dora ya había clavado un anzuelo en su mente del que sería incapaz de librarse. Ella temblaba pegada a su cuerpo, emitiendo leves jadeos que brotaban desde lo más profundo de su garganta. De pronto, gozó de su sabor cálido y dulce.

Había pasado demasiado tiempo desde que se había permitido sumergirse en el oscuro y suave misterio femenino.

Retrocedió. Quería aclararse la mente, pero ella le cogió la cabeza con las manos y lo atrajo hacia sí.

—Más... —murmuró Dora mientras buscaba anhelante su boca—. Yo siempre quiero más.

Con él podía tener más. Lo sabía. Podía deleitarse y saciarse, y siempre tener más.

Por un instante de locura, Jed consideró la posibilidad de poseerla allí mismo, sobre el suelo del almacén desordenado y polvoriento, con olor a pólvora que todavía flotaba en el aire. Tal vez lo habría hecho, quizá no habría tenido otra opción. Pero todavía se sentía lo bastante lúcido para oír las voces que llegaban desde la puerta de arriba y el ruido de los neumáticos en la calle.

—La policía ha llegado.

Tomó a Dora por los hombros y la apartó con firmeza. Ella vio en sus ojos lo que él se empeñaba en negar. Había vuelto a ser un policía.

—¿Por qué no va a preparar un poco de café, Conroy? Después de todo, no parece que pueda asistir a sus fiestas.

—¿Eso es todo?

Dora clavó la mirada en la escalera, dándole la espalda mientras hablaba.

—Sí. Eso es todo.

No hubo nada que Jed deseara más que tener a mano los cigarrillos que había dejado en el apartamento.

7

Dora se sirvió un brandy. Jed tomó café. Policía, pensó ella con desdén. Después de todo, ellos no bebían cuando estaban de servicio, al menos en la televisión. Deseaba ignorarlo de la misma manera en que él lo hacía; se acurrucó en el sofá y contempló las luces alegres de su árbol de Navidad.

No obstante, le gustaba el compañero de Jed, el teniente Brent Chapman, con sus pantalones arrugados, la corbata manchada y la sonrisa espontánea. Entró oliendo a salchichas y canela, luciendo unas pesadas gafas que agrandaban sus suaves ojos marrones. Tranquilo y educado, Dora se encontró sirviendo café y galletitas como si atendiera a una visita inesperada, en lugar de verse envuelta en una investigación policial.

Las preguntas de Brent eran serenas y meditadas, casi relajantes.

Informó a Brent de que no faltaba nada, e insistió en que los archivos no contenían nada que tuviera algún valor económico.

Durante las dos últimas semanas había pasado mucha gente por el establecimiento, pero ella no recordaba a nadie que hubiera actuado de manera sospechosa o hiciera preguntas extrañas.

¿Enemigos? Esta pregunta provocó en Dora una risa espontánea. No, a menos que contara como enemiga a Marjorie Bowers.

—¿Bowers?

Brent aguzó los oídos, con el lápiz suspendido sobre el ángulo doblado de su libreta de notas.

—Las dos queríamos interpretar a la protagonista en la obra del colegio. Fue en el primer curso. Era una representación de *West Side Story*. Fui mejor que ella en las pruebas. Entonces ella hizo correr el rumor de que yo estaba embarazada.

—En realidad no creo que...

—Como estaba en juego mi reputación, no tuve otra opción —continuó Dora—. La esperé a la salida del instituto...

Dirigió la mirada hacia Jed, que examinaba con el ceño fruncido la quesera con la cabeza de toro que se hallaba sobre la mesa de desayuno.

—Es muy interesante, pero no creo que esté relacionado con este caso —comentó Brent.

—Bueno... la verdad es que ella me odiaba. —Dora bebió un sorbo y se encogió de hombros—. Por otra parte, aquello ocurrió en Toledo. No, un momento... Debió de ser en Milwaukee. En aquellos días nos mudábamos con frecuencia.

Brent sonrió. Empezaba a gustarle la casera de Jed. La mayoría de la gente que acababa de pasar por un intento de robo, con disparos incluidos, no conservaba el mínimo sentido del humor.

—Estamos buscando algo más reciente —aclaró.

—Háblale de ese contable de lentejas —ordenó Jed.

—¡Por Dios! Andrew no haría...

—Dawd —interrumpió Jed—, Andrew Dawd. Era el contable de Dora hasta hace unos días. Intentó propasarse, ella le puso un ojo morado y lo despidió —añadió sonriendo maliciosamente a Dora—. Además le dio una patada en el trasero.

—Ya veo —murmuró Brent.

Anotó el nombre en su libreta, mientras se pasaba la lengua por el interior de la mejilla. Le hubiera gustado sonreír, pero un destello en los ojos de Dora le advirtió que sería mejor conservar una expresión seria.

—¿Ese hombre... la amenazó con vengarse?

—Claro que no. Déme un cigarrillo, Skimmerhorn.

Obediente, Jed encendió uno y se lo ofreció. Luego inquirió:

—¿Enojada o nerviosa?

—¿Usted qué cree? —dijo, dando una calada al cigarrillo—. El acto más violento que habría hecho Andrew sería ir a su casa y lloriquear con su madre.

—No ocurriría nada malo si habláramos con él —apuntó con serenidad Brent—. ¿Dónde podemos encontrarlo?

—Dawd, de Dawd y Goldstein, una empresa contable entre la Sexta y Market —informó Dora, mirando a Jed con profunda antipatía.

Brent asintió y tomó uno de los bizcochos que ella le ofrecía en un bonito plato alargado.

—Vaya manera de pasar la Nochebuena, ¿eh?

—Yo también tenía otros planes —explicó Dora, esbozando una sonrisa—. Lamento que haya tenido que dejar a su familia.

—Forma parte de mi trabajo. ¡Estos bizcochos son deliciosos!

—Gracias. ¿Quiere algunos para llevar a su casa? Usted tiene niños, ¿verdad?

—Tres —respondió Brent.

Como si obedeciera a un reflejo espontáneo, sacó unas fotografías de la cartera. Con un gesto de aburrimiento Jed miró al techo y se apartó, mientras que Dora se levantó para mirar las instantáneas de los chicos. En ellas aparecían dos niñas y un niño, muy bien vestidos para la ocasión.

—La mayor se parece a usted —comentó Dora.

—Sí, así es. Se llama Carly y tiene diez años.

—Tengo una sobrina de la misma edad. Está en quinto grado.

—Carly también. Va a la escuela primaria Bester, en Landsdowne.

—Es la misma escuela de mi sobrina Missy. Apuesto a que se conocen.

Jed observaba impaciente cómo su ex compañero y su casera intercambiaban sonrisas y datos.

—¿No estará refiriéndose a Missy Bradshaw? Tiene un hermano menor, Richie, que es un verdadero...

—Terror —lo interrumpió Dora—. Sí, es ella.

—¡Vaya! Ha venido a casa una docena de veces. Somos vecinos, ¿sabe? Los padres de Missy, mi mujer y yo contratamos la misma empresa de autocares para llevar a los chicos a la escuela.

—¿No preferirían quedarse solos? —intervino Jed.

Los dos lo miraron con cierta compasión.

—Dígame, Brent, ¿siempre es tan rudo?

Brent cogió su cartera y se levantó. Tenía migas de bizcocho en la camisa y manchas de dedos en las gafas. Dora lo encontraba encantador.

—Creo que sí —respondió—. Pero fue el mejor policía con quien yo haya trabajado jamás. Así que puede sentirse segura al tenerlo al otro lado del pasillo.

—Gracias. Voy a traerle esos bizcochos.

Deliberadamente hizo caso omiso de Jed cuando se dirigió a la cocina.

—¡Menuda casera! —comentó Brent, arqueando las cejas.

—Vamos a lo nuestro —lo instó Jed con brusquedad—. ¿Cuánto tardarás en tener algún resultado de las balas que extrajiste del yeso de la pared?

—¡Vamos, Jed, es Navidad! Dales un par de días a los muchachos del laboratorio. Buscaremos posibles huellas digitales, pero eso es casi una pérdida de tiempo.

—Si el tipo es tan profesional para usar un silenciador, sin duda habrá usado guantes.

—Estoy seguro —convino Brent.

—¿Tú qué crees...?

Jed se interrumpió. En ese momento volvía Dora con un plato cubierto con papel de aluminio.

—Gracias, señorita Conroy.

—Llámame Dora —dijo ella, tuteándolo—. ¿Me informarás de las novedades?

—Cuenta con ello. Tranquilízate. Jed cuidará de ti.

—Bueno —murmuró Dora, dirigiendo una mirada fría hacia Jed—, ahora puedo dormir tranquila.

—Muy bien. ¡Feliz Navidad, Dora!

—Te acompaño a la puerta —señaló Jed y, al mirar a Dora, agregó—: Enseguida vuelvo.

Mientras caminaba por el corredor, Brent hurtó otro bizcocho del plato.

—Llevas aquí alrededor de una semana, ¿verdad?

—Casi.

—¿Y ya has conseguido molestarla en tan poco tiempo?

—Es un don que tengo. Escucha, ¿por qué crees que un profesional entraría de esta manera en una tienda de antigüedades para revolver un montón de facturas?

Al salir por la puerta trasera, Brent contuvo la respiración ante el aliento del viento frío.

—Esa es la pregunta del millón —reconoció—. Hay muchos objetos de valor allí dentro.

—Pero él no parecía interesado en ellos, ¿no crees?

—Bueno, tú lo interrumpiste.

—El ve luces arriba, corta los cables telefónicos, anula el sistema de alarma, pero no va tras lo que imagina Sherlock Holmes.

—¿En qué estás pensando?

—Espera... —pidió Jed, tratando de ordenar sus pensamientos—. Sí, él va directo a los archivos.

—Porque está buscando algo —añadió Brent.

—En efecto —convino Jed, y sacó otro cigarrillo—. Pero ¿lo encontró? ¿Qué buscaría alguien en los archivos de una tienda de antigüedades?

—¿Recibos? —sugirió Brent, mientras abría la portezuela del coche.

—Listas de inventario, nombres, direcciones —corrigió Jed.

—Se puede sacar al muchacho de la policía, pero ¿se puede sacar a la policía del muchacho?

—Siento un interés personal cuando alguien me dispara.

—No te culpo por ello. Te echamos de menos, capitán.

Un atisbo de nostalgia brilló en los ojos de Jed, pero desapareció enseguida.

—La ciudad parece arreglarse muy bien sin mí.

—Escucha, Jed...

Jed no se encontraba de humor para soportar un discurso, una arenga, o un análisis psicológico.

—Ahórratelo. Manténme informado de todo esto.

—Serás el primero en saberlo.

Brent subió al coche y, antes de arrancar, bajó la ventanilla.

—¡Ah, vigila tu trasero, amigo! Creo que esa dama puede pateártelo.

Jed respondió con un gruñido de enojo y volvió a entrar. Antes de bajar de nuevo a la tienda para echar otro vistazo, quería asegurarse de que Dora había cerrado la puerta con llave. Se justificó como un simple civil interesado.

Entro con decisión por la puerta, que seguía abierta.

—Ya se han ido —le avisó—. Puede contar con Brent. Es un hombre que no descuida ningún detalle.

—¡Excelente! Ahora siéntese.

—Tengo cosas que hacer. Cierre la puerta con llave.

—Siéntese —repitió ella, y señaló una silla—. Voy a limpiarle esa herida.

—Puedo hacerlo solo.

—¿Sabe una cosa, Skimmerhorn? Cuando a usted lo hieren por defender a una mujer, ella está obligada a buscar de inmediato un antiséptico. Si yo llevara enaguas, tendría que rasgarlas para convertirlas en vendas.

Jed volvió a recorrer con la mirada el insinuante vestido de noche. Luego inquirió:

—¿Qué lleva debajo de eso?

—Le sorprendería.

Como estaba preparada para su respuesta, lo tomó por el brazo y lo arrastró hasta la silla.

—Ahora usted debería decir: ¡por favor, señora, es sólo un rasguño!

—Lo es —convino con una débil sonrisa—. Pero podría haber sido peor.

Jed percibió el siseo de la seda de su vestido cuando Dora se arrodilló junto a él y frotó con suavidad el corte con una bolita de algodón que tenía preparada.

—Por supuesto que podría haber sido peor —comentó ella—. Mi hermana diría que podría haber perdido el ojo. Para Lea, todo es un peligro potencial para los ojos. Heredó la angustia genética de nuestra madre. Esto quizá le duela un poco —advirtió al empapar en alcohol otra bolita de algodón.

Al sentir el intenso escozor en la herida, Jed le aferró la muñeca y exclamó.

—¡Maldición! ¿Qué es eso?

—Alcohol —respondió ella con voz serena—. Limpiará por completo cualquier posible infección.

—¡Hasta los huesos!

—No sea niño, Skimmerhorn. Y no se mueva.

Volvió a aplicarle el algodón a la herida y esta vez él sólo hizo una mueca.

—Mientras bajaba por las escaleras gritando como una histérica, me llamó por mi nombre de pila —comentó Jed.

—Nunca grito como una histérica.

—Esta vez lo hizo —insistió con una sonrisa maliciosa—. Gritó: ¡Jed! ¡Jed! ¡Oh, Jed!

Dora arrojó el algodón en un tazón esmaltado.

—En ese momento creí que iban a matarle. Por desgracia, me equivoqué.

Para examinar mejor la herida, lo obligó a volver la cabeza hacia un lado.

—¿Quiere que le ponga un apósito?

—No —repuso Jed, e ironizó—: ¿No va a besar el corte?

—No —respondió ella con acritud.

Se incorporó, cogió el tazón y volvió a dejarlo en el suelo.

—Escuche, tengo una pregunta que hacerle. Sé lo que va a contestar. Va a decirme que no me preocupe, que fue un simple robo. Pero de todas formas debo preguntárselo. ¿Cree que ese hombre va a volver?

Jed observó detenidamente la cara de Dora. En sus ojos había una tensión que hasta ese momento no había advertido. Dudó que él pudiera mitigarla.

—No lo sé —respondió sin más.

—¡Fantástico! —exclamó Dora, mientras cerraba los ojos y respiraba hondo—. No debí hacer esa pregunta. En primer lugar, si usted no puede imaginar qué hacía aquí, ¿cómo podría saber si volverá o no?

Podría haber mentido, se dijo Jed, incómodo al ver que Dora volvía a palidecer. No habría sido tan difícil inculcarle una falsa esperanza para que pasara una noche tranquila. Cuando Dora abrió los ojos, observó su expresión sombría.

—Mire... —empezó a decir Jed.

Se levantó y, para sorpresa de ambos, le apartó el pelo de la cara para retirar de inmediato la mano y meterla en el bolsillo.

—Mire —comenzó otra vez—, no creo que haya nada de qué preocuparse. Lo que ahora necesita es ir a la cama y olvidarse de todo. Deje que la policía haga su trabajo.

—Sí.

Dora estaba a punto de pedirle que se quedara. El miedo de quedarse sola no era más que una parte del motivo. Meneó la cabeza y se frotó los brazos con las manos, para calentarlos.

—Mañana estaré fuera la mayor parte del día... —señaló— en casa de mi hermana. Le dejaré el número de teléfono en caso de... sólo por si acaso.

—Por supuesto. Ahora cierre con llave en cuanto yo salga. ¿De acuerdo?

—Claro —respondió Dora, con la mano en el pomo mientras él salía al pasillo—. Usted también. Quiero decir... que también cierre con llave.

—Por supuesto.

Esperó a que ella cerrara la puerta y echara los cerrojos. Esbozó una sonrisa cuando oyó el sonido inconfundible de una silla arrastrada por el suelo, y el rechinar del pomo cuando la encajaba debajo de él. Buena idea, Conroy, se dijo, y se dirigió al almacén.

En una bonita casa de ciudad, a la sombra de unos robles majestuosos, una próspera matrona disfrutaba de una copa de licor de cerezas y una emisión de Navidad blanca, con Bing Crosby, en su enorme pantalla de televisión.

El sonido de unos pasos discretos detrás de ella hizo que la señora Lyle sonriera y levantara una mano.

—Ven a ver esto, Muriel —dijo a su vieja ama de llaves—. Este es mi programa favorito.

No gritó cuando se produjo la detonación. El delicado cristal se hizo añicos contra el borde de la mesita lateral, y la alfombra Aubusson quedó manchada de rojo.

En algún rincón del ofuscamiento producido por el dolor que la dejó paralizada, oyó el ruido de cristales rotos y una furiosa voz masculina que preguntaba una y otra vez:

—¿Dónde está el perro? ¿Dónde está ese maldito perro?

Después no oyó nada más.

Era medianoche cuando DiCarlo subió en el ascensor hasta su apartamento en Manhattan. Llevaba un montón de cajas que había robado del fondo de una tienda de licores.

Tuvo suerte al encontrar el recibo de ese perro estúpido, pensó, y se preguntó inútilmente si las balas que disparó en la tienda de antigüedades habrían impactado contra algo, o contra alguien.

No había de qué preocuparse, se dijo. Era imposible localizar el revólver. El estaba haciendo progresos.

Se ajustó las cajas en los brazos cuando salió del ascensor y echó a andar por el pasillo. Ya tenía en su poder el águila de bronce, la estatua de la Libertad y el perro de porcelana.

Además había echado el anzuelo, pensó riendo entre dientes.

Dora mordió una zanahoria mientras Lea vigilaba el pavo de Navidad.

—Entonces, Jed corre detrás del tipo, al tiempo que empuña su enorme revólver, mientras yo estoy allí, inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho, como las típicas heroínas de Hollywood. ¿Tienes algún aderezo para estas legumbres?

—En el congelador. ¡Gracias a Dios que no saliste herida!

Atormentada por la cantidad de ollas que hervían a fuego lento en la cocina, el griterío de los niños al hacer estragos en la sala y el temor de que su madre invadiera la cocina en cualquier momento, Lea se estremeció.

—He estado preocupada de que asaltaran tu negocio durante años. Yo te convencí de que instalaras ese sistema de alarma. ¿Recuerdas?

Dora mojó un brote de brécol en una salsa de crema ácida y cebolla y, mientras la degustaba, se apoyó en la mesa de desayuno de Lea.

—También recuerdo que no me sirvió de nada. Jed comentó que no sirve ni para cazar ratones.

—Francamente, Dora —comentó Lea con cierta indignación—, Ned, el primo de John, dijo que era una obra de arte.

—Esta salsa es excelente —elogió Dora, al probarla con una rama de coliflor—. El primo de John es un imbécil. En cualquier caso, llegaron los policías e hicieron todas esas cosas que suelen hacer. A papá le hubiera gustado la puesta en escena... y habría hecho mil preguntas.

Dora obvió adrede la parte de los disparos. No le parecía un buen tema de conversación para la Navidad.

—Salió a relucir que el ex compañero de Jed es un vecino vuestro.

—¿En serio? —se sorprendió Lea, mientras se chupaba los nudillos pringosos de almíbar.

—Es el padre de Carly Chapman. Va a la misma escuela que Missy.

—¿Carly? —Lea repasó mentalmente los nombres de los compañeros de su hija. Luego arqueó una ceja y arrugó la nariz—. ¡Ah, sí! Brent y Mary Pat. Los chicos van a la escuela en la misma empresa de autocares.

—Ya me lo dijo.

Dora se sirvió una copa de la botella de vino que Lea había dejado sobre la mesa.

—Ahora viene la mejor parte. Van a interrogar a Andrew. —¡Debes de estar bromeando! ¿Andrew?

—Un contable despedido que busca venganza al destruir el archivo de impuestos de una mujer —explicó Dora, mientras se encogía de hombros y le servía una copa de vino a su hermana—. No tiene ningún sentido. ¿Cuándo cenamos?

—Dentro de veinte minutos. ¿Por qué no llevamos lo poco que dejaste de mis verduras crudas? Si podemos mantener ocupada a mamá por...

Se interrumpió y maldijo entre dientes cuando Trixie Conroy entró por la puerta.

Trixie siempre hacía una entrada, ya fuera en un escenario o en el mercado de la esquina. Para la sencilla cena familiar, se había vestido con un caftán suelto, de colores brillantes, con flecos que colgaban del dobladillo y de las mangas anchas. Llevaba el pelo corto como el de un muchacho, teñido de rojo. La cara, extremadamente blanca y sin arrugas, gracias a religiosos cuidados y a un lifting discreto, tenía un aspecto impactante. Los suaves ojos azules, que Lea había heredado, mostraban un maquillaje excesivo, y llevaba los labios carnosos pintados de un rojo vivo.

Entró con paso majestuoso en la cocina, mientras arrastraba sedas y dejaba la estela de su perfume de marca... una mezcla de aromas de bosques.

—¡Queridas!

Su voz era tan dramática como su aspecto, con un timbre potente que podía llegar hasta la última fila de cualquier teatro.

—Es tan encantador ver juntas a mis dos niñas —comentó, al tiempo que olfateaba con intensidad el aire—. ¡Oh, y esos aromas gloriosos! Espero que no se estén quemando mis albóndigas, Ophelia.

Lea pidió auxilio a Dora con la mirada, pero ella le respondió encogiéndose de hombros. Lea ni siquiera las había calentado. Las escondió debajo del lavadero, confiando en mezclarlas más tarde con la comida del perro.

—No, por supuesto que no. Mamá, ¿sabías que están... verdes?

Trixie siguió rondando por la cocina, mientras levantaba tapas de ollas.

—Es natural. Yo misma las teñí con colorante en honor de estas fechas. Tal vez deberías servir las ahora, como un aperitivo.

—No, yo creo que deberíamos... —Lea se interrumpió y, como no podía pensar en una buena excusa, decidió sacrificar a su hermana—. Mamá, ¿sabías que alguien forzó la puerta de la tienda de Dora?

—¡Maldita seas, Lea! —le reprochó Dora entre dientes.

Lea la ignoró y siguió hablando.

—Fue anoche.

Trixie cruzó deprisa la cocina para tomar la cara de Dora entre sus manos cargadas de anillos.

—¡Oh, mi niña, mi corderito! ¿Estás herida?

—Por supuesto que no.

—¿Por qué no llevas a mamá a la otra habitación, Dora? Podrás contarle todo lo ocurrido.

Trixie tomó a Dora de la mano— y la condujo hacia la puerta.

—Sí, sí, vamos. Debiste llamarme en cuanto sucedió. Habría llegado allí en un abrir y cerrar de ojos. Mi pequeña adorada. ¡Quentin! ¡Quentin, nuestra hija ha sido asaltada!

Dora apenas tuvo tiempo de mirar a Lea por encima de los hombros, antes de ser arrastrada a la refriega. El salón familiar de los Bradshaw era un verdadero caos. Había juguetes esparcidos por todas partes, que convertían la alfombra en una pista de obstáculos. Hubo ladridos y aullidos cuando un coche de policía, conducido a control remoto por un Michael de mirada dura, aterrorizó a Mutsy, el perro de la casa. Will, con su aspecto muy neoyorquino, vistiendo traje oscuro de seda y corbata, entretenía a Missy interpretando ritmos sensuales en el piano. John y Richie, con los ojos vidriosos, se hallaban enfrascados en un juego de naipes, mientras que Quentin, provisto de un ponche de huevo, ejercía de mirón entrometido.

—¡Quentin! —La voz teatral de Trixie congeló toda la acción—. ¡Nuestra niña ha sido amenazada!

Incapaz de resistirse, Will tocó un acorde melodramático en el piano. Dora lo miró mientras arrugaba la nariz, le dio una palmada tranquilizadora a su madre, la acompañó hasta una silla y le ofreció una copa de vino.

—No fui amenazada, mamá. Forzaron la puerta de mi establecimiento —explicó—. En realidad, no pasó a mayores. No se llevaron nada. Jed los alejó.

Quentin se dio unos golpecitos en la nariz y comentó:

—Tuve un presentimiento sobre él. Un sexto sentido, si quieres. ¿Hubo golpes?

—No, Jed lo ahuyentó.

—Yo le hubiera matado de un disparo! —exclamó Richie, saltando sobre el sofá para disparar un arma automática imaginaria—. ¡Te dije que lo haría!

—Es cierto, lo dijiste.

—Richie, baja de ahí —le ordenó John—. Dora, ¿llamaste a la policía?

—Sí. Se encuentra todo en manos del mejor policía de Filadelfia —respondió, al tiempo que levantaba en brazos a Richie—. El oficial encargado de la investigación es el padre de una buena amiga tuya, cara de rana. Jody Chapman.

—¡Jody Chapman! —gritó Richie, llevándose las manos a la garganta e imitando el gruñido de un ahorcado.

—Ella te manda recuerdos.

Dora pestañeó y le dio un beso sonoro. De inmediato un estallido de gritos y chillidos la convencieron de que la crisis había pasado.

Entonces, con una mano en alto y tono imperioso, intervino Trixie.

—¡Willowby! Esta noche te quedarás en casa de Dora. No me sentiré segura si no sé que tiene al lado un hombre que la cuida.

Indignada, Dora cogió la copa de vino y dijo:

—Madre... en nombre de todas las feministas, me avergüenzo de ti.

—Los ideales sociales y políticos pierden todo significado cuando se trata del bienestar de mi niña —afirmó Trixie con una inclinación solemne—. Will, te quedarás con tu hermana.

—No hay problema.

—Bueno, yo sí tengo un problema —intervino Dora—. El ensucia el lavabo con crema de afeitar y hace largas llamadas obscenas a sus mujeres en Nueva York.

—Uso mi tarjeta para hacer mis llamadas —aclaró Will con una sonrisa—. No te enterarías de que son obscenas si no fueras tan curiosa.

Quentin se levantó para servirse más ponche. Esa noche tenía un aspecto acicalado y apuesto, con su cuello almidonado y sombrero. Se acercó a su esposa para besarle la mano y luego miró a Dora.

—Tu madre tiene razón —convino—. Mañana iré en persona al local para estudiar la situación. No atormentes tu bella cabecita, querida.

—¡Menuda obscenidad! —refunfuñó Will, e hizo una mueca de asco—. ¿Qué es ese hedor?

—La cena —anunció Lea, mientras abría la puerta de la cocina y sonreía a su madre—. Lo siento, mamá, parece que quemé tus albóndigas.

A una manzana de distancia, Jed trataba de despedirse. Había disfrutado de la cena de Navidad con los Chapman más de lo que esperaba. Era difícil no hallar placer al mirar a los niños, que seguían bien despiertos y entusiasmados con su botín de Navidad; imposible no relajarse con los aromas de pino, pavo, y pastel de manzanas, que endulzaban el aire. Además, estaba el simple hecho de que Brent y Mary Pat le gustaban como personas, como pareja.

Cuanto más permanecía en aquel hogar encantador, tanto más turbado se sentía. No podía evitar la comparación de esa escena hogareña, con un fuego que crepitaba en el hogar y niños que jugaban sobre la alfombra, con los recuerdos de las fiestas en su miserable infancia: las discusiones a gritos, o aún peor, los silencios glaciales y asfixiantes; o el año en que su madre rompió toda la porcelana, al arrojarla contra la pared del comedor; o cuando su padre destrozó a balazos los cristales de la araña del salón de entrada.

Jamás olvidaría aquella Navidad en que Elaine ni siquiera había venido a casa, para volver dos días después con un labio partido y un ojo morado. ¿Fue ese mismo año cuando lo arrestaron por robar en las tiendas de Wanamakers? No, recordó Jed. Eso ocurrió un año después, cuando tenía catorce años.

Aquellos eran sus «buenos viejos tiempos».

—Al menos puedes llevarte algo de comida —insistió Mary Pat—. No sé qué haré con todo esto.

Brent fue a abrir una cerveza y, al pasar por detrás de su esposa, le dio una palmada en el trasero.

—Sé buen amigo, Jed —le pidió—. Si no te lo llevas, tendré que comer pavo durante todo un mes. ¿Quieres otra cerveza?

—No, tengo que conducir.

—No tienes por qué marcharte tan temprano —se lamentó Mary Pat.

Como era una de las pocas personas con las que se sentía a gusto, la besó en la mejilla y comentó:

—He pasado aquí todo el día. Ahora me voy a casa para ver si, con un poco de gimnasia, puedo quemar algunas de las calorías de ese puré de patata y las salsas.

Mary Pat seguía llenando un envase de plástico con sobras de comida.

—Nunca engordas un kilo, Jed. Me muero de envidia —reconoció—. ¿Por qué no me cuentas más cosas sobre tu espléndida casera?

—No es espléndida. Es aceptable.

Mary Pat miró fijamente a Brent, que se limitó a encogerse de hombros.

—Brent comentó que es espléndida... Y también sexy.

—Eso fue porque ella le regaló esos bizcochos.

Mary Pat llenó otro recipiente con generosas rebanadas de pastel.

—Si es la hermana de Lea Bradshaw, debe de ser algo más que aceptable. Lea es sorprendente... aun en las primeras horas de la mañana, con un montón de niños en el coche. Los padres son actores, supongo que lo sabes. De teatro —agregó dándole un énfasis dramático a la palabra—. También he visto a la madre. Me gustaría estar como ella cuando sea mayor.

—Tú estás muy bien, mi amor —intervino Brent.

—¡Yo estoy bien...! —Meneó la cabeza mientras cerraba el recipiente—. ¿Y quién dice que soy espléndida y sexy?

—Yo lo digo.

—Gracias, Jed. ¿Por qué no traes a tu casera uno de estos días? ¿A cenar o a tomar un trago?

—Le pago un alquiler. No tengo relaciones sociales con ella.

—Tú perseguiste a un malhechor por ella —señaló Mary Pat.

—Eso fue un acto reflejo. Ahora tengo que marcharme —insistió mientras aceptaba la comida que ella le ofrecía—. Gracias por la cena.

Ya en la puerta de la calle, con un brazo alrededor de la cintura de Brent, Mary Pat saludó a Jed con la mano mientras él se alejaba en el coche.

—¿Sabes?, debería darme una vuelta por esa tienda.

—Quieres decir husmear un poco, ¿verdad?

—Ya que lo dices —reconoció apoyando la cabeza en el hombro de Brent—. Me gustaría echar un vistazo a esa espléndida y sexy casera soltera.

—A él no le gustará.

—Ya veremos. Jed necesita a alguien en su vida.

—Jed necesita volver al trabajo.

—Entonces lo haremos a dúo —afirmó, y alzó los labios para besarlo—. No tendrá escapatoria.

Finley cenaba pato relleno y huevos de codorniz en su piso de Los Angeles. En el gigantesco comedor lo acompañaba una hermosísima rubia, de ojos verdes y figura esbelta, que hablaba tres idiomas y tenía excelentes conocimientos sobre arte y literatura. Además de su belleza e inteligencia, era casi tan rica como Finley. Su ego exigía esos tres atributos en una compañía.

Mientras la dama bebía un sorbo de champán, Finley abrió la pequeña caja, envuelta con elegancia, que ella había traído.

—Muy atento de tu parte, querida.

Dejó a un lado la tapa, alegrándose de antemano.

—Sé que te encantan las cosas hermosas, Edmund. —En efecto, así es —convino.

Para confirmarlo, la envolvió en una mirada cálida y lisonjera, antes de buscar dentro del envoltorio de papel de seda. Sacó una pequeña talla de marfil de un Cireneo, y la encerró con dulzura y amor en la palma de su mano. Exhaló un suspiro de satisfacción que se expandió por el aire como un susurro.

Complacida por su reacción, puso una mano sobre la de él.

—La admirabas cada vez que cenabas conmigo; Así que pensé que sería el regalo perfecto para Navidad. Me pareció más personal darte algo de mi propia colección.

A Finley le brillaban los ojos mientras la examinaba.

—Es una pieza exquisita —afirmó—. Como dijiste, un ejemplar único.

—Bueno, en realidad parece que estaba equivocada sobre eso —puntualizó ella.

Como desvió la mirada para volver a coger su copa, no advirtió el repentino temblor en los dedos de Finley.

—Hace unas semanas conseguí su gemela —añadió con una risita—. No me preguntes cómo, ya que provenía de un museo.

El placer se desvaneció como humo en los ojos de Finley, dando paso a una chispa de amarga decepción.

—No es única —repuso con seriedad—. ¿Por qué supusiste que yo anhelaría tener algo que no es exclusivo?

El cambio en el tono de voz hizo que ella lo mirara asombrada.

—Edmund, sigue siendo lo que es. Una hermosa pieza creada por un artífice excepcional, sumamente valiosa.

—El valor es relativo, querida.

Mientras la miraba con ojos fríos, sus dedos se crisparon alrededor de la delicada pieza. Apretó cada vez más fuerte, hasta que la talla estalló con un sonido parecido a un disparo. Cuando ella gritó afligida, Finley volvió a sonreír.

—Parece que se ha estropeado. ¡Qué lástima! —Dejó los pedazos rotos y tomó su copa de vino—. Por supuesto, si me hubieras dado la pieza de tu colección, lo habría valorado. Después de todo, es un ejemplar único.

8

Cuando el día después de Navidad, poco después de las nueve, Jed llamó a la puerta de Dora, lo último que esperaba era escuchar la voz de un hombre.

Oyó un golpe sordo y después una maldición.

Will, con una sábana envuelta como una toga alrededor del cuerpo, insultaba al dedo del pie que se había golpeado contra la mesa Pembroke cuando abrió la puerta al importuno visitante.

—Si vende algo —advirtió—, espero que sea café.

Ella sí que sabía encontrarlos, pensó Jed con repugnancia. Primero un contable pusilánime con glándulas hiperactivas; ahora un muchacho enclenque recién salido de la escuela.

—Isadora —musitó Jed con una sonrisa forzada.

Atento a la sábana que arrastraba por el suelo, Will dio un paso atrás para que Jed pudiera entrar.

—¿Dónde diablos estás? ¡Dora! —gritó el muchacho.

El eco de su voz resonó por la estancia.

El chico tiene pulmones, pensó Jed, y advirtió, intrigado, el montón de almohadas y mantas sobre el sofá.

Dora salió del lavabo, ataviada con un albornoz y llevando un secador de pelo en la mano.

—No vas a entrar aquí hasta que termine de secarme el pelo. Tú puedes... ¡Oh! —exclamó sorprendida al ver a Jed—. Buenos días...

—Necesito hablar un minuto con usted.

—Está bien —concedió ella, mientras se pasaba los dedos por el cabello mojado—. ¿Ya conoce a mi hermano?

Sorprendido, Jed se vio obligado a reconocer que se sentía aliviado.

—No.

—El sujeto envuelto en la sábana es Will. Will, el sujeto que necesita un afeitado es Jed; vive al otro lado del pasillo.

De pronto a Will se le iluminaron los ojos vidriosos por el sueño.

—¡El ex policía que persiguió al ladrón! —exclamó—. Me alegro mucho de conocerle. Una vez representé a un traficante de drogas en una película de Stallone. Me mataron en la primera escena, pero fue una experiencia sensacional.

—Apuesto a que sí —convino Jed.

—Toma —dijo Dora, entregando el secador a Will—. Ya puedes usar la ducha. Yo prepararé el café, pero tú tienes que preparar el desayuno.

—¡Hecho! —aceptó, y se alejó, arrastrando la sábana.

—Mi madre pensó que después del asalto necesitaba tener un hombre en casa, y Will era el único disponible —explicó Dora—. Venga, podemos hablar en la cocina.

La cocina tenía la misma disposición funcional que la de Jed, pero era evidente que parecía mucho más organizada. Dora tomó en sus manos lo que Jed reconoció como una lata de galletitas y sacó de ella unas cucharadas de granos de café que echó en un molinillo manual.

—¿Cómo pasó la Navidad? —se interesó Dora.

—Muy bien. Localicé aun tipo que vendrá alrededor del mediodía para conectar un nuevo sistema de alarma. Uno que funcione, claro.

Dora dejó de moler. El aroma del café y la fragancia que emanaba del cuerpo de Dora después de la ducha, llenaban el ambiente y embriagaban a Jed.

—¿Cómo lo consiguió? —inquirió Dora.

—Es un amigo mío. Conoce su oficio.

—Un amigo —repitió ella, al volver a moler—. En primer lugar, debo decir que me sorprende que tenga alguno. En segundo lugar, supongo que espera que esté agradecida por su increíble descaro.

—Yo también vivo aquí —le recordó Jed—. No me gusta que me disparen.

—Debería haberlo consultado conmigo.

Antes de contestar, Jed esperó a que ella pusiera a hervir el agua.

—Usted no estaba —precisó—. Y necesita un par de buenas cerraduras en las puertas. Puedo ir por ellas a la ferretería.

Mientras lo observaba, con labios y dientes apretados, Dora echó unas cucharadas de café molido en un filtro de papel.

—Trato de decidir si debo mostrarme simpática, enojada o impresionada.

—Le pasaré la factura por las cerraduras.

Eso acabó de decidirla. Torció los labios y la sonrisa se transformó en una risa espontánea y gutural.

—De acuerdo, Skimmerhorn. Usted siga adelante y haga seguro nuestro pequeño mundo. ¿Algo más?

—Supuse que podría tomar las medidas de esas estanterías que quiere instalar.

Dora se pasó la lengua por los dientes y estiró el brazo por detrás de él, para coger la canasta de mimbre llena de naranjas.

—¿Se ha cansado de ser un holgazán? —preguntó y, al no obtener repuesta, empezó a cortar una naranja con un cuchillo que parecía mellado. Luego agregó—: Le mostraré lo que tengo en mente después del desayuno. Hoy no abrimos hasta el mediodía.

Después de cortar media docena de naranjas, puso las mitades en un exprimidor.

—¿Por qué no prepara la mesa?

—¿Para qué?

—Para el desayuno. Will prepara unas crepes deliciosas.

La marmita silbó antes de que él pudiera contestar. Dora empezó a verter agua hirviendo en el café. Aquel olor era lo único que le faltaba, pensó Jed, que inquirió:

—¿Dónde guarda los platos?

—En el primer armario.

—Por cierto... —señaló él, mientras abría la puerta de la alacena y esbozaba una leve sonrisa que a Dora le apretó la garganta—, tal vez quiera vestirse un poco... La visión de su cuerpo mojado y medio desnudo podría despertar en mí algún irrefrenable apetito sexual.

A Dora le desagradó que le lanzara a la cara sus propias palabras. Se sirvió una taza de café y luego se dirigió al lavabo.

Will entró en la cocina vestido con un vaquero negro y un jersey. Se había secado el pelo, algo más claro que el de Dora, con un estudiado desorden. Parecía un anuncio publicitario de Ralph Lauren.

—Huele bien —comentó—. Dora prepara un café riquísimo. ¿Le importaría encender la televisión? ¿Quizá CNN? Hace un par de días que no me entero de nada de lo que pasa en el mundo exterior.

Will sirvió una taza de café para él y otra para Jed, después se arremangó el jersey.

—¡Maldito seas, Will! —gritó Dora desde el cuarto de baño.

Will dio un respingo y sonrió.

—Olvidé limpiar el lavabo —le explicó a Jed—. Odia encontrar restos de crema de afeitar.

—Lo tendré en cuenta si alguna vez se presenta la ocasión.

—Sin embargo, no le importa colgar la ropa interior por todas partes. —Alzó la voz para que se oyera con nitidez en el cuarto de baño, mientras agregaba con sarcasmo para darle más énfasis—: Al crecer con dos hermanas, nunca pude entrar en el lavabo sin tener que abrirme paso a través de una jungla de bragas. —Mientras hablaba, medía los ingredientes y los mezclaba sin el menor cuidado. Reparó en la mirada de Jed y volvió a sonreír—. Todos somos unos magníficos cocineros —agregó—. Lea, Dora y yo. Fue en defensa propia contra años de soledad y cenas frente al televisor. Bien, sobre el asunto del robo, ¿cree que es preocupante? —inquirió, cambiando de tema.

—Siempre me preocupo cuando alguien me dispara. Despierta mi curiosidad.

Will dejó la mano suspendida sobre el borde del tazón en que había dejado caer un huevo.

—¿Disparar? ¿Qué quiere decir con disparar?

—Un arma. Balas. ¡Bang! —aclaró Jed, y bebió un sorbo de café.

—¡Por Dios! Ella no habló de disparos.

Todavía con la cáscara de huevo en la mano, corrió al salón y, tras atravesar el corto pasillo, abrió la puerta del cuarto de baño sin llamar.

Dora estuvo a punto de meterse el perfilador en un ojo.

—¡Maldición, Will!

—No mencionaste nada sobre unos disparos. ¡Por Dios, Dora! Describiste lo ocurrido como una broma.

Ella resopló, cerró el lápiz de ojos y, por encima del hombro de Will, le lanzó una mirada fulminante a Jed. Debería haberse visto ridícula con un ojo pintado y el otro no, pensó Jed. Pero en cambio aparecía furiosa, a punto de estallar y... sexy.

—Gracias por la cooperación, Skimmerhorn.

—Siempre a sus órdenes, Conroy.

Exasperado, Will la tomó por los hombros y la zarandeó.

—El no tiene la culpa. Quiero saber con exactitud qué pasó. ¡Y quiero saberlo ahora!

—Entonces pregunta a ese policía charlatán. Yo estoy ocupada.

Dio un empujón a Will, cerró la puerta del cuarto de baño y echó el cerrojo.

—Isadora, quiero respuestas o llamaré a mamá! —exigió Will, mientras golpeaba la puerta.

—Tú hazlo —le amenazó ella desde adentro— y yo le contaré lo de tu fin de semana en Long Island con esa cabaretista de striptease.

—Artista de variedades —la corrigió entre dientes, y se volvió hacia Jed—. Cuéntemelo todo mientras termino de preparar el desayuno.

—No hay mucho que contar.

Jed sintió cierto malestar en el estómago. No era consecuencia de tener que repasar los sucesos de la Nochebuena mientras Will preparaba las crepes de manzana, sino al hecho de ver al hermano y a la hermana juntos, de advertir la preocupación y el enojo en la cara de Will, sentimientos que provenían de un amor arraigado y sincero, no de una simple lealtad familiar.

—¿Y bien? —insistió Will.

Jed se esforzó por volver al presente.

—¿Qué?

—Veamos, un bromista fuerza la puerta, desordena los archivos, le dispara un par de veces y se escapa. ¿Es así?

—Más o menos.

—¿Por qué?

Jed se sirvió otra taza de café para ganar tiempo.

—La policía debe averiguarlo. Para eso se le paga —puntualizó—. Mire, esta tarde van a instalar un sistema nuevo de alarma y nuevas cerraduras. Ella estará bastante segura.

—¿Qué clase de policía fue usted? —preguntó Will—. ¿Un fracasado, un oficial de narcóticos, o qué?

—Eso no tiene ninguna importancia. Ya no lo soy.

—Sí, pero...

Will se interrumpió y miró con aire pensativo las crepes que acababa de depositar en una fuente.

—Skimmerhorn... ¿Fue así como lo llamó ella? Es esa clase de nombres que difícilmente se olvidan. Recuerdo una noticia de hace unos meses. Soy un adicto a ellas, ¿sabe? —Siguió rastreando en su mente como si estuviera leyendo unas líneas memorizadas mucho tiempo atrás—. Capitán, ¿verdad?, capitán Jedidiah Skimmerhorn. Usted es el que eliminó a Donny Speck, el amo de la droga. ¿Cómo rezaba la información? «Policía millonario se enfrenta a tiros con el barón de la droga». Sí, eso es. Usted ocupó muchos titulares.

—Los titulares terminan mostrando una jaula de pájaros.

Will hubiera querido seguir insistiendo, pero recordaba algo más: el asesinato de la hermana del capitán Skimmerhorn al estallar una bomba colocada en su coche.

—Supongo que alguien que fue capaz de sacar de circulación a un criminal tan feroz como Speck, podrá cuidar de mi hermana mayor.

—Ella puede cuidar de sí misma —intervino Dora desde la puerta.

En ese momento sonó el teléfono de la cocina. Dora respondió con un jarro de zumo en la mano.

—¿Hola? Sí, Will está aquí. Un momento por favor —dijo pestañeando teatralmente—. Es Marlene.

—¡Oh! —exclamó Will. Se sirvió dos crepes en el plato y cogió un tenedor. Después de arrebatarse el auricular a su hermana, se apoyó contra la pared y susurró: Esto puede durar un rato. ¡Hola, preciosa! —Bajó el tono de voz, que era tan suave como la crema recién batida—. Nena, sabes que te echo de menos. No he pensado en otra cosa. Cuando regrese esta noche, te lo demostraré.

—Me pone enferma —musitó Dora entre dientes.

—¿Por qué no le contó toda la historia?

Dora se encogió de hombros y respondió:

—No había necesidad de preocupar a mi familia. Tienden a dramatizar. Si mi madre se entera de que tengo un virus estomacal, de inmediato me diagnostica malaria y empieza a convocar especialistas. ¿Imagina lo que habría hecho si le cuento que alguien agujereó a tiros mi pared?

Jed meneó la cabeza mientras saboreaba las crepes.

—Habría llamado a la CIA y contratado a dos robustos guardaespaldas llamados Bubba y Frank —se mofó Dora—. Si con lo que supo, me envió a Will...

—Es un buen muchacho —opinó Jed, sonriendo.

En ese momento Will se hallaba enviando besos a través del teléfono. En cuanto colgó, el teléfono volvió a sonar. Le brillaron los ojos y exclamó:

—¿Hola? ¡Heather, querida! Por supuesto que te echo de menos, nena. No puedo pensar en otra cosa. Mañana por la noche lo tendré todo arreglado. Entonces te demostraré cuánto te echo de menos.

—Qué ocurrente —ironizó Jed, esbozando una sonrisa.

—Usted puede considerarlo así. En fin, mientras mi hermano hace el amor a través del teléfono, yo iré a apagar la televisión.

Se levantó de la silla, y cuando se disponía a pulsar el botón de apagado, la detuvo un boletín de noticias.

«Todavía no hay pistas sobre la tragedia de Navidad en Society Hill —anunció el locutor—. Esta mañana la conocida dama de nuestra sociedad, Alice Lyle, seguía en coma como resultado de un ataque sufrido el 24 de diciembre, durante un presunto robo a su casa. La señora Lyle fue hallada inconsciente. Muriel Doyle, el ama de llaves de Lyle, fue declarada muerta en el lugar de los hechos. Tanto la señora Lyle como el ama de llaves fueron encontradas la mañana de Navidad por la sobrina de la señora Lyle. Alice Lyle, la viuda de Harold T. Lyle, de las Empresas Lyle, sigue en estado crítico. Un representante de la policía de Filadelfia manifestó que está llevándose a cabo una profunda investigación.»

—¡Oh Dios! —Dora se estremeció y miró a Jed—. La conozco. Estuvo en la tienda antes de Navidad. Vino a comprar un regalo para su sobrina.

—Es un barrio de gente muy rica —comentó Jed, cauteloso—. Lyle es un apellido distinguido. Los ladrones pueden convenirse en verdaderas fieras en estos barrios.

—Compró un par de topes para puertas. Me contó que la sobrina estaba embarazada —recordó Dora, y dio un respingo—. ¡Qué terrible!

Jed se levantó y apagó el televisor.

—No se lo tome así —le aconsejó.

—¿Eso es lo que le enseñan en la escuela de policía? —le reprochó, pero enseguida se arrepintió de sus palabras—. Perdona, por eso nunca escucho las malditas noticias. Lo único que leo en los diarios son los anuncios publicitarios y las viñetas. —Se echó los cabellos hacia atrás para desterrar su mal humor—. Creo que abriré temprano la tienda. Dejaré que Will limpie todo este desorden antes de irse a Nueva York.

Esta vez, Jed no pudo resistir la tentación de rozarle la barbilla con los dedos. Tenía la piel tan suave como los pétalos de una rosa.

—Es duro cuando no son desconocidos.

Ella levantó una mano y le tocó la muñeca.

—También es duro cuando lo son —subrayó—. ¿Por eso renunció?

—No —repuso Jed, apartando la mano—. Ahora me voy a la ferretería. Gracias por el desayuno.

Cuando cerró la puerta detrás de él, Dora suspiró y dijo:

—¡Will! Cuando termines con tus llamadas obscenas, lava los platos. Me voy a la tienda.

Will se volvió y estuvo a punto de tirar la jarra de zumo.

—Ya he terminado —aseguró—. Estás llena de secretos, ¿verdad, Dora? ¿Cómo es que no me dijiste que tu inquilino era el temible policía que liquidó a Donny Speck?

—¿Quién es Donny Speck?

Will masticaba pequeños bocados de una crepe mientras limpiaba la mesa.

—¡Por Dios, Dora! ¿En qué mundo vives? Speck dirigía una de las más grandes organizaciones de drogas de la costa Este, quizá la más importante. Estaba loco. Le gustaba hacer saltar por los aires a todo aquel que le causara problemas. Siempre el mismo modus operandi: una bomba en el coche, accionada por la llave de contacto.

—¿Jed lo arrestó?

—¿Arrestar? ¡Qué va! Lo eliminó en un auténtico tiroteo, como en los viejos tiempos.

—¿Lo mató? —prosiguió Dora con los labios secos—. ¿Por eso... tuvo que dejar la policía?

—No. Creo que recibió una medalla por ello. Apareció en todas las noticias el verano pasado. El hecho de ser el bisnieto del fundador de L. T. Bester Incorporated le dio mucha fama.

—¿Bester Incorporated? ¿Los multimillonarios?

—Exacto, Dora. Esa gente tiene propiedades, y un montón de negocios. En Filadelfia no hay tantos policías ricos.

—¡Eso es ridículo! Si él tuviera tanto dinero, ¿por qué alquilaría un apartamento minúsculo situado encima de una tienda de antigüedades?

Will meneó la cabeza y comentó:

—Siendo una Conroy, ¿te atreves a cuestionar las excentricidades de alguien?

—Lo olvidé por un instante.

Will se dispuso a lavar los platos del desayuno.

—En cualquier caso —prosiguió—, de la manera en que yo veo desde aquí el guión, supongo que nuestro héroe, el adinerado capitán de policía, se está tomando un respiro. El verano pasado fue bastante movido. La investigación del caso Speck lo mantuvo durante meses en el primer plano de las noticias. Después, cuando su hermana fue asesinada en la explosión del coche...

—¡Espera! —lo interrumpió Dora, apretándole el brazo—. ¿Su hermana?

—Sospecharon que había sido Speck, pero nunca pudieron probarlo.

Dora palideció, y se llevó la mano al estómago. ¡Eso es horrible! ¡Horrible!

—Peor aún... él estaba allí. Los periódicos titularon: «Capitán de policía ve morir a su hermana en una explosión.» Tremendo, ¿verdad?

—¡Pobre Jed! —murmuró Dora.

—Los medios sensacionalistas también se ensañaron con el asunto. No lo recuerdo todo, pero citaron gran cantidad de hechos escandalosos relacionados con los Skimmerhorn—Bester. La hermana se divorció tres o cuatro veces. Los padres solían tener peleas en público. Creo que también salieron a la luz algunos problemas en que se había metido Jed en su juventud. Ya sabes cómo le gusta a la gente enterarse de las desgracias de las familias ricas.

—No me extraña que quiera estar solo —comentó Dora, y luego añadió—: pero ésa no es la respuesta.

Se inclinó y besó a Will en la mejilla.

—Cierra con llave cuando salgas. ¿Nos veremos en Año Nuevo?

—No me lo perdería. Dora...

—¿Qué?

—Haz lo que él te diga. Me gusta verte por aquí.

—A mí me gusta estar aquí —contestó.

Cogió sus llaves y se dirigió a la tienda.

Fueron muy pocos los clientes que entraron en toda la mañana. Dora tuvo tiempo de pensar. Al parecer, lo que desconocía sobre Jed Skimmerhorn podía llenar un estadio de fútbol. Los relatos fascinantes de Will sólo hacían que su falta de datos pareciera más aguda.

—Buenos días, Izzy, mi adorada hija.

Quentin entró en el local luciendo unas orejeras de visón apretadas contra el cabello. Vestía un abrigo de piel de borrego, largo hasta los tobillos, regalo de Navidad de su esposa.

—¡Papá! ¡Justo el hombre que deseaba ver!

—Es gratificante ser deseado por una hija. Prueba la valía de un hombre en sus años maduros. ¡Terror, una auténtica visión! —exclamó al verla, y se dirigió a ella, le tomó la mano y se inclinó con gesto teatral—. Eres un orgullo para los comediantes del Liberty, para tu humilde director, y para el Dora's Parlor. ¿Qué, no hay clientes esta mañana?

—Un par de curiosos, un cambio y una venta rápida de un aldabón con forma de hipocampo rugiente —le informó Dora—. Supongo que los supermercados están llenos. Terri, ¿puedes hacerte cargo por un rato?

—Por supuesto.

Dora tomó a su padre del brazo y lo condujo a una sala de exhibición más pequeña.

—Papá, ¿qué sabes sobre Jed Skimmerhorn?

—¿Saber? —Para ganar tiempo, Quentin sacó una caja de pastillas de menta—. Veamos, más o menos un metro ochenta y cinco, ochenta kilos, proporciones atléticas, alrededor de treinta y cinco años, anglosajón por el color de su piel...

—¡Basta! Te conozco, Quentin D. Conroy. Lea podría pensar que le alquilaste el apartamento a alguno de esos motociclistas que empuñan cadenas y tienen un tatuaje de los hijos del infierno en el pecho. Pero a mí no me engañas.

Con una mueca de espanto, Quentin parpadeó y dio un puñetazo contra la palma de su mano izquierda.

—¿Lea dijo algo así? ¡Dios mío, qué lengua viperina!

—No cambies de tema. Cualquier cosa interesante acerca de Skimmerhorn, tú lo sabes, o él no estaría viviendo aquí. Así que desembucha. ¿Qué es ese asunto de que pertenece a una familia acaudalada?

Contrariado, se quitó el abrigo, lo dobló con cuidado y lo dejó sobre el respaldo de una silla.

—Se trata del clan Bester—Skimmerhorn —confirmó—. Casi todo el dinero proviene de la rama materna, aunque los Skimmerhorn no son exactamente pobres. Puede decirse que Jed es el heredero, ya que del decadente árbol familiar sólo queda él y un par de primos lejanos.

—Entonces es cierto que es un ricachón independiente. ¡Por todos los diablos!

Quentin tosió con discreción mientras se tapaba la boca. Sus mejillas se sonrojaron.

—Al parecer, la independencia era lo más importante para él. Izzy, ni sabes que no me gusta repetir chismes.

—Sólo tienes que decirlo una vez.

Quentin ahogó una risita y le dio una palmada en la mejilla.

—Mi pequeña, eres rápida, muy rápida. Está bien, se rumorea que Jed entró en la policía contra los deseos de su familia. Ellos desaprobaban la elección de esa profesión y amenazaron con desheredarlo. —La voz de Quentin adoptó un tono de narrador de cuentos, rico y modulado a la perfección—. Sea como fuere, los padres eran figuras notorias de la sociedad, en el sentido más literal del término. No tenían reparos en ventilar sus diferencias en público. No era ningún secreto que se odiaban, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a conceder el divorcio al otro, debido a la estrecha conexión financiera entre los Bester y los Skimmerhorn.

—Conmovedor... —susurró Dora.

—Oh, por cierto, Jed se labró un nombre por sí mismo en la policía. Cobró fama de ser en parte un sabueso, en parte un terrier y un perro de presa. Olfateaba las huellas y clavaba los dientes en un caso. —Satisfecho con la analogía, Quentin sonrió y agregó—: Hace poco más de un año fue ascendido a capitán, una posición que en opinión de muchos podría haber sido una catapulta hacia la jefatura de policía. Entonces apareció Donny Speck.

—Will me lo contó. Speck mató a la hermana de Jed.

—Esa es la suposición general. En cuanto a por qué renunció a su cargo, sólo hay conjeturas. Sugiero que se lo preguntes a él.

—El no me lo diría.

—¿Tu interés es personal o profesional?

Dora lo pensó un momento. Después aceptó la pastilla de menta que su padre le ofreció.

—Aún no lo sé. Gracias por los detalles que, en realidad —reconoció al besarlo en la mejilla—, no debería ser necesario que te los pidiera.

—No hay de qué.

—Mira, Jed está otra vez en el almacén. Puedes ir a darle la lata mientras instala la nueva cerradura.

—Será un placer —aceptó.

Cogió su abrigo y se lo colgó de un brazo.

—Puedes dejarlo aquí —le sugirió Dora.

Evitó mirarla a los ojos y acarició el abrigo con cariño.

—¿Aquí...? Ah, no, no... lo llevaré conmigo. Puede que haga mucho frío ahí abajo.

—Puede que necesites la licorera que llevas en el bolsillo interior —lo corrigió Dora, y volvió a su trabajo.

En el almacén Jed manipulaba el taladro de Brent. Ya casi había instalado uno de los cerrojos cuando Quentin entró y exclamó:

—¡Feliz día del boxeador! Parece que te has convertido en nuestro héroe. Permíteme expresarte mi más profundo y sincero agradecimiento.

—Señor Conroy...

Quentin se sentó en uno de los peldaños de la escalera.

—Lláname Quentin, por favor. Después de todo, según me contó Will, has protegido a mi niña aun a riesgo de tu propia vida e integridad. Dime, ¿tenemos algunas pistas?

—Llame a la comisaría y pregunte al teniente Brent Chapman. El está al cargo.

—Pero, querido muchacho, tú participaste en la escena, sacaste tu arma. ¿Dónde están los agujeros de bala? Will me informó de que hubo un tiroteo.

—En el yeso de la pared de la escalera.

Jed observó a Quentin dirigirse hacia la pared. No le habría sorprendido que hubiera sacado del bolsillo una lupa y un detector de metales.

—Curioso, ¿no? —comentó Quentin—. ¿Sabes?, una vez hice el papel de Poirot en una puesta en escena de El Expreso de Oriente.

—Will hizo de traficante de drogas con Stallone. ¡Vaya familia!

—Para desarrollar en plenitud su arte, uno debe encarnar tanto el papel de villano como el de héroe. Nosotros llevamos el teatro en la sangre. Aunque Izzy parece inclinarse más por las decoraciones.

Volvió a sentarse en la escalera. Se desperezó, cruzó las piernas a la altura de los tobillos y juntó las manos sobre el vientre prominente.

—¿Tienes hora?

Jed miró su reloj y dijo:

—Faltan dos minutos para las doce.

—¡Magnífico!

Satisfecho, metió la mano en el bolsillo del abrigo para sacar la licorera.

—Mantenga eso alejado de mí —pidió Jed.

Quentin sonrió y bromeó:

—Me temo que el otro día la llené con lo que podríamos llamar mi combustible de alta competición. Hoy tenemos uno de muchos menos octanos.

—De todos modos, paso.

—Bueno, este trago es por todas las chicas que amo.

Bebió un largo trago, suspiró y volvió a guardar la licorera, temeroso de que Dora apareciera en cualquier momento.

—Esta mañana he venido por otro motivo. Me gustaría insistir en que vinieras a nuestra fiesta anual, en el teatro, para recibir el Año Nuevo. A mi esposa le gustaría agradecerte personalmente lo que has hecho por nuestra Izzy.

—No suelo ir a fiestas.

—Lo consideraría un favor personal si por lo menos te dejaras ver por ahí. Después de este incidente, me preocupa que Izzy conduzca sola hasta allí.

Satisfecho por su actuación, Quentin se obsequió con otro trago antes de hacer mutis por el foro.

Ante la escasez de clientes, Dora dejó a Terri a cargo del local y pasó la mayor parte de la tarde con la reorganización de sus archivos. Estaba ya casi oscuro cuando bajó Jed y, sin decirle una palabra, empezó a medir la pared donde ella le indicó que quería fijar las estanterías.

Dora también lo ignoró durante casi cinco minutos.

—Este sistema de alarma que me hizo instalar —dijo por fin— es complicado hasta para Fort Knox.

—Lo único que tiene que hacer es memorizar un código de seis dígitos —replicó Jed mientras anotaba unos números en un bloc.

—Si me olvido del código, estallarán timbres, sirenas y luces intermitentes... y un tipo con un megáfono me gritará que salga con las manos en alto.

—Entonces no se olvide del código.

—No soy buena para los números. Por eso tengo un contable.

—Tenía un contable. Por cierto, él está limpio.

—¿Limpio? ¿Andrew? ¡Por supuesto que está limpio! Su madre lo controla todas las noches para ver si se lava detrás de las orejas.

Jed rebobinó la cinta de medir con un chasquido.

—¿Por qué diablos se le ocurrió salir con él?

—Me estaba explicando el artículo veinticinco de la nueva ley impositiva. Yo estaba aterrorizada —respondió con seriedad, pero luego sonrió. ¡Al menos estaban manteniendo una conversación!—. A decir verdad, sentía un poco de lástima por él. Su madre es realmente una vieja bruja asfixiante.

—La noche en cuestión Andrew estuvo con la vieja bruja asfixiante y alrededor de otras doce personas en la fiesta de Navidad de Dawd, Dawd y Goldstein. Tiene una coartada perfecta hasta las diez y media.

—De todos modos, yo nunca pensé que hubiera podido ser él.

Se volvió y dedicó otros minutos a separar recibos y facturas.

—He llamado al hospital —comentó al cabo.

—¿Qué?

—Que he llamado al hospital. Por la señora Lyle, la de las noticias de esta mañana. No podía quitármela de la cabeza. Sigue en coma —agregó mientras volvía a archivar el recibo de un correo privado—. Le envié flores. Supongo que fue algo estúpido.

—Sí —convino Jed, preguntándose por qué permitía que lo trastornara de esa forma—. Pero, por lo general, la gente aprecia los gestos estúpidos.

—Yo lo hago —afirmó Dora.

Dejó escapar un largo suspiro y empujó la silla hacia atrás para apartarse del escritorio.

—Skimmerhorn, ¿quiere salir de aquí?

—Ya casi he terminado con las medidas. Entonces me apartaré de su camino.

—No me ha entendido —rectificó incómoda, mesándose el pelo—. ¿Quiere ir a buscar una pizza, ir al cine? En este momento no tengo ganas de ocuparme de este montón de papeles.

—Es un poco temprano para ir al cine.

—No lo será después de la pizza —argumentó con tono más convincente—. Sea bueno, Skimmerhorn. La única cosa peor que ir sola al cine, es ir sola a un autocine.

Sabía que no debía hacerlo. Después de que había estado a punto de pasar entre ellos la noche anterior, debía evitar estar cerca de ella.

—¿Cuál es su código de seguridad?

—¿Por qué?

—Porque si vamos a salir, tendremos que cerrar todo con llave. —La tensión desapareció de la mirada de Dora—. Doce, veinticuatro, noventa y tres. ¿Nochebuena del noventa y tres? —propuso sonriente al coger su abrigo—. Supuse que recordaría esa fecha.

—Bien pensado.

Jed se puso la chaqueta y, tras vacilar por un instante, tomó la mano que ella le ofrecía.

—Venga, revisaremos las cerraduras.

9

Mary Pat creía en el abordaje directo. La mejor manera de satisfacer su curiosidad sobre la casera de Jed era ir a comprar. Entró en el Dora's Parlor, tan contenta por el ambiente como por ver a su amiga Lea.

—¡Hola, Lea!

—¡Hola! —Lea dejó la escupidera de vidrio soplado que en aquel momento se hallaba desempolvando—. ¿Qué te trae a esta parte de la ciudad?

—El cumpleaños de mi madre —respondió, sin importarle mucho que hubiera sido tres meses atrás—. Me encantó la lata de galletas que Jed me compró aquí, y pensé que podría encontrar algo exclusivo.

—Todo lo que tenemos es exclusivo. ¿Cómo están los niños?

—Nos vuelven locos. Estoy contando los días que faltan para que se reinicien las clases.

—¿Quién no? ¿Así que sois amigos de Jed?

La mente de Lea corría a toda velocidad. Mary Pat era la fuente perfecta para obtener información sobre Jed. Mary Pat examinaba una colección de porcelana Goss, mientras buscaba una oportunidad para interrogar a Lea sobre su hermana.

—Desde hace años. El y Brent fueron compañeros antes de que Jed ascendiera a capitán. Estuvieron en la misma patrulla durante seis años. Tu hermana tiene un lugar encantador aquí. ¿Cuánto tiempo hace que se dedica a los negocios?

—Desde el primer grado —contestó Lea, con cierta acritud—. Siempre le gustó trabajar sola. Pero oficialmente hace unos tres años que abrió.

¿Una dura mujer de negocios, una cazadora de ganancias?, se preguntó Mary Pat. Comprobó el precio de una coctelera y silbó asombrada.

—Sin duda tiene cosas muy bonitas. Espero que no haya tenido más problemas después del asalto.

Lea fue hasta el servicio de café de plata y sirvió dos tazas.

—No, gracias a Dios. Con crema y sin azúcar, ¿verdad?

—Sí. Gracias.

—Estamos muy agradecidos de que Jed se hallara aquí. Nos tranquiliza saber que Dora tiene a un policía al otro lado del pasillo.

—Uno de los mejores. Brent cree que si reflexiona y vuelve al trabajo, en unos diez años podría llegar a ser el jefe de policía de la ciudad.

—¿En serio?

Mientras pensaba en su dieta, Lea agregó una mezquina media cucharadita de azúcar a su café. Entretanto, Mary Pat volvió al tema de conversación.

—Me sorprendió que se mudara aquí. Tu hermana es toda una empresaria, propietaria de un negocio, dueña de un edificio...

—A Dora le gusta controlar su vida.

Una mujer emprendedora y arrogante, dedujo Mary Pat. Por el bien de Jed, se alegró de haber ido a la tienda a curiosear. De pronto se volvió al escuchar unas voces que se colaban a través de la puerta.

—Creo que sé dónde encontrar con exactitud lo que usted busca, señora Hendershot.

Dora ayudaba a cruzar el salón del establecimiento a una señora mayor, que se apoyaba con dificultad en un bastón de madera de abedul.

—Usted aviseme—pidió la mujer con una voz que sonó chocante para su cuerpo frágil—. La boda de mi bisnieta se celebrará dentro de dos meses. ¡Estos jóvenes siempre tienen prisa!

—No se preocupe. Encontraremos el regalo perfecto para ella.

Dora la sostenía del brazo cuando llegaron a la puerta y, a pesar de la poca protección contra el frío que le brindaba su traje de seda, la acompañó hasta el viejo y clásico DeSoto que la esperaba en la esquina.

La señora Hendershot se sentó al volante y dejó el bastón sobre el asiento del acompañante.

—No me defraude —insistió—. Vuelva a la tienda, muchacha, o se morirá de frío.

—Sí, señora.

Dora llegó a la puerta antes de que la señora Hendershot hiciera rugir el motor de su vehículo y se internara en el tránsito. Entró corriendo, frotándose las manos heladas.

—Si saliera en primera posición en la carrera de Indianápolis, nadie la alcanzaría.

—Una mujer de esa edad no debería conducir —comentó Lea, y le sirvió una taza de café a su hermana.

—¿Por qué no? Conduce ese viejo tanque como una profesional —aseguró Dora, y al ver a Mary Pat dijo—: Buenos días. ¿Lea está atendiéndola?

Mary Pat observó detenidamente a su presa. Con cierta envidia, aprobó la moderna chaqueta de Dora y el color damasco de la falda recta y ajustada. Asimismo, admiró que optara por usar zapatos de tacón, ya que sin duda pasaba varias horas de pie, y se preguntó si los zafiros que pendían de sus orejas serían auténticos o una buena imitación.

—He venido a comprar un regalo de cumpleaños. Lea y yo somos vecinas.

—Te presento a Mary Pat Chapman —dijo Lea.

Todos los prejuicios de Mary Pat se hicieron añicos cuando Dora sonrió y le tendió la mano. Había en ella una calidez espontánea y una franca cordialidad.

—Me alegro de que hayas venido. Esperaba tener la oportunidad de conocerte. Brent estuvo magnífico la otra noche, al preocuparse de que me quedara tranquila. Por cierto, ¿te gustó la lata de galletas?

—Oh, sí —contestó Mary Pat, ya más relajada—. De hecho, me gustó tanto, que vine aquí a buscar un regalo para mi madre. —Titubeó un instante. Luego dejó la taza sobre una mesa y añadió—: Esa es sólo una parte de la razón que me trajo aquí. En realidad, he venido a conocerte...

—Es lógico —comentó Dora—. Bien, entretanto, ¿por qué no buscas el regalo para tu madre? ¿Tenías alguna cosa en mente?

—No. ¿Has estado casada?

Dora estuvo a punto de soltar una carcajada ante la pregunta directa.

—No. Una vez estuve comprometida. ¿Recuerdas a Scott, Lea?

—Lamentablemente.

—El se mudó a Los Ángeles y nuestro romance se apagó en silencio. ¿Qué te parece un frasco de perfume? Tenemos varias piezas en cristal, porcelana, vidrio soplado...

—Podría ser. Ella tiene una mesa de tocador. ¡Este es precioso! —señaló Mary Pat, cogiendo un frasco con forma de corazón y flores talladas en ambos lados—. ¿Tu negocio es rentable?

—No estoy interesada en la cuenta bancaria de ningún hombre —repuso Dora, adivinando su pensamiento—. Ni siquiera en una tan abultada como la de Jed. Estoy mucho más interesada en él. Este frasco vale setenta y cinco, pero si te gusta, te haré un diez por ciento de descuento. Precio especial para una nueva cliente.

—¡Vendido! —exclamó Mary Pat, sonriendo—. Jed es guapo, ¿verdad?

—Mucho. ¿Lo quieres envuelto para regalo?

—Sí —respondió Mary Pat mientras la seguía hasta el mostrador—. Por lo general no soy tan agresiva, pero Jed es como de la familia.

—Lo entiendo. Si no fuera así, yo también me habría mostrado agresiva.

Satisfecha con el resultado de su visita, Mary Pat rió y comentó:

—Verás, Dora, lo único que Jed necesita es... —Se interrumpió cuando vio entrar a Jed por la puerta del almacén.

—Conroy, ¿quiere estos...? —empezó a preguntar, pero al ver a Mary Pat guardó silencio.

—Hola —lo saludó con una sonrisa algo forzada—. ¡Qué casualidad encontrarte aquí!

Ella lo conocía bien. Con forzada naturalidad, metió los pulgares en sus bolsillos e inquirió:

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Estoy comprando un regalo —explicó, y le mostró la tarjeta de crédito para probarlo—. Para mi madre.

Dora, de espaldas a Jed, hizo un guiño a Mary Pat e intervino:

—Espero que le guste. Tiene treinta días para cambiarlo. ¿Necesita algo? —preguntó a Jed, volviéndose hacia él.

Contrariado, apretó los labios y dijo:

—¿Quiere esos malditos estantes fijos o regulables?

—¿Puede hacerlos regulables? ¡Fantástico! Jed me ha sido de tanta ayuda aquí —comentó a Mary Pat sonriendo—. No sé qué hubiera hecho sin él.

—No hay nada como tener un hombre para los trabajos manuales —convino Mary Pat—. El año pasado Jed ayudó a Brent a terminar el cuarto de estar. Podrías venir a verlo.

—Eres casi tan delicada como un elefante en un bazar, Mary Pat —dijo Jed, miró a las dos con gesto adusto y cerró de un golpe la puerta del almacén.

—Qué hombre tan amable y dulce... —ironizó Dora.

—Por eso le queremos.

Mary Pat se marchó minutos más tarde, satisfecha por los resultados de aquella mañana.

La mujer estaba buscándole problemas, pensó Jed frunciendo el entrecejo, mientras arremetía contra una tabla con la sierra eléctrica. Ella suponía que podía arreglárselas sola. Era toda una tentación demostrarle que estaba equivocada. Sin duda él lo habría hecho, se dijo, de no haber estado tan cerca de la verdad en un solo punto.

No le tenía miedo. Que lo condenaran si no era así... Dejó a un lado la sierra y sacó un cigarrillo del bolsillo. Ella lo ponía nervioso.

Le gustaba oírle reír. Incluso sintió un extraño placer por la manera en que ella siguió hablando mientras proyectaban la película la noche anterior, en el cine. Nunca dejaba de hablar. ¡Diablos! Imaginaba que podía estar a solas con ella sin pronunciar una sola palabra durante una hora, y sin embargo no se produciría ningún descanso en su monólogo.

Fue un estúpido al no admitir que se sentía atraído por ella, por su aspecto y su forma de vestir, por su valentía. La admiraba por la manera en que se había enfrentado al contable, con los puños en alto mientras lo fulminaba con la mirada.

Jed se sorprendió al advertir que sonreía y aplastó el cigarrillo debajo de su bota.

No permitiría que lo conquistara. No quería complicaciones. No le interesaba verse arrastrado por la pasión a una situación que no deseaba.

Tal vez había pasado algunas horas, quizá demasiadas, imaginando que le quitaba a Isadora Conroy uno de esos vestidos ajustados que usaba. Pero eso no significaba que fuera a actuar de tal forma.

Después de todo, lo habían educado para ser desconfiado, cínico y distante, en la mejor tradición Skimmerhorn. Los años que pasó en la policía no habían hecho más que acrecentar esa tendencia. Así pues, mientras no confiara en la dama, podría mantener la sangre fría.

Diez minutos al aire libre también colaboraron en ello. Recogió las maderas y volvió a entrar.

Ella seguía allí, sentada frente al escritorio. Antes de que soltara algún comentario sarcástico, advirtió la expresión de su cara, pálidamente mortecina, los ojos sombríos y brillantes.

—¿Malas noticias? —le preguntó, tratando de mostrarse indiferente. Pero como ella no respondió, dejó las maderas e insistió—: ¿Dora?

Se paró frente al escritorio y repitió su nombre. Dora alzó la mirada. Una lágrima brotó de sus ojos y rodó por su mejilla. Él había visto llorar a cientos de mujeres, algunas con la insensibilidad de un experto, otras con el abatimiento de un profundo dolor. Pero no podía recordar a ninguna que le afectara más que esa única lágrima silenciosa.

Dora parpadeó, derramó otra lágrima y, con un gemido estrangulado, empujó la silla hacia atrás, para apartarse del escritorio. La mente le ordenaba a Jed no inmiscuirse, pero en dos pasos se situó a su lado. Con firmeza, la hizo volverse hasta que lo miró a la cara.

—¿Qué pasa? ¿Es su padre?

Dora negó con la cabeza. Luchaba con todas sus fuerzas para controlarse, y hubiera querido apoyar la cabeza en el hombro de Jed. Quizá porque él se lo ofreció, se negó a hacerlo.

Aunque ella se mantenía erguida, Jed la llevó otra vez a su asiento.

—Siéntese. ¿Quiere que llame a su hermana?

Dora apretó los labios y respiró hondo. Luego repuso:

—No. Váyase.

Se habría sentido aliviado al complacerla, pero ya cargaba suficientes culpas sobre sus espaldas. Entró en el pequeño cuarto de baño contiguo y llenó un vaso de plástico con agua tibia.

—Tenga, beba esto. Después siéntese, cierre los ojos y respire hondo varias veces.

—¿Qué es esto? ¿Una cura Skimmerhorn?

Molesto por la necesidad que sentía de acariciarla y consolarla, hundió las manos en los bolsillos.

—Algo parecido.

Como notaba la garganta seca y áspera, Dora bebió un sorbo de agua.

En silencio, con los ojos cerrados, Jed pensó que parecía frágil. Ni rastro de la mujer vital que había despertado su libido momentos antes. Jed decidió sentarse en el borde del escritorio y esperar. Al cabo de un momento Dora suspiró hondo y volvió a abrir los ojos.

—Está bien, funciona. Gracias —susurró.

—¿Qué le ocurre?

Dora sollozó, y buscó una caja de pañuelos de papelen el cajón del escritorio.

—La llamada... —musitó—. Conocí a ese comerciante durante un viaje de negocios que hice dos días antes de Navidad. Llamé para ver si él tenía la pieza que buscaba mi último cliente. —Volió a sollozar, desconsolada—. Está muerto. Fue asesinado la semana pasada durante un asalto.

—Lo siento... —murmuró Jed.

Eran dos palabras que odiaba, porque siempre le habían parecido totalmente inútiles.

—Le vi una sola vez. Mejoré su oferta por un par de lotes en la subasta. Lea y yo pasamos por su establecimiento después de la subasta y nos invitó a chocolate caliente... —Se le quebró entonces la voz y tardó un momento en recuperarse. Luego agregó—: Su hijo contestó el teléfono. Fue asesinado la noche siguiente.

—¿Atraparon al individuo?

Miró a Jed. Ambos se sintieron mejor al comprobar que ya no tenía los ojos húmedos.

—No. No conozco más detalles. No quise preguntar. ¿Cómo lo hace...? —preguntó, y le aferró la mano con vehemencia—. ¿Cómo soporta estar cerca del horror día tras día?

—En el trabajo las cosas no se ven de la misma manera que las ve un civil. No se puede...

—¿Abandonó la policía porque dejó de ver las cosas como un poli?

—Sólo en parte —contestó, al tiempo que le soltó la mano y dio un paso atrás.

—No creo que sea una buena razón.

—Yo lo creí así.

Dora se puso de pie, mientras deseaba que su estómago no siguiera temblando.

—Interesante elección del tiempo verbal, Skimmerhorn. Debería haber dicho yo lo creo... a menos que haya cambiado de idea. Podríamos discutirlo más a fondo, pero en este momento no me siento bien para iniciar un debate. Tengo que hablar con Lea.

Gregg y Renee Demosky llegaron a su chalet de Baltimore a las seis en punto. Como siempre, discutían. No habían dejado de hacerlo durante los veinte minutos de trayecto desde el consultorio dental de Gregg, donde Renee era su ayudante. Siguió discutiendo en el garaje, mientras Gregg estacionaba el BMW de color bronce junto al deslumbrante Toyota Supra, y también al dirigirse hacia la casa.

Renee abrió con violencia la puerta de entrada. Era una rubia escultural que empezaba a engordar en la cintura.

—Podríamos haber ido a cenar fuera. De vez en cuando me gustaría ver gente que no tenga siempre la boca muy abierta —se quejó Renee—. Estamos hundidos en la rutina, Gregg.

—Me gusta la rutina —señaló Gregg entre dientes—. Vamos, Renee, tranquilízate. Lo único que quiero es relajarme en mi propio hogar. ¿Es mucho pedir?

Renee abrió la nevera y sacó un guiso de atún.

—Y yo quiero pasar una noche agradable fuera de casa, tal vez en el Inner Harbor. Pero no, después de limpiar durante todo el día los dientes de otras personas, llego a casa y tengo que preparar la cena.

Gregg fue directamente al salón para servirse un whisky. Renee metió la cacerola en el horno y corrió detrás de él.

—¡No te vayas cuando te estoy hablando! —protestó.

Se detuvo de golpe, como ya lo había hecho su marido, para mirar asombrada la destrucción que reinaba en el salón. Lo que no faltaba, se encontraba roto o tirado en el centro de la habitación, en el mismo lugar en que había estado la alfombra persa. El rincón frente a los sillones mostraba un vacío deprimente. Faltaban el televisor estéreo de veinticinco pulgadas, el video y el equipo de audio para múltiples discos compactos.

Olvidando todo resentimiento, Renee se aferró al brazo de su esposo.

—¡Oh, Gregg, nos han robado!

—No llores, nena. Yo me ocuparé de todo. Ve a la cocina y llama a la policía.

—¡Todas nuestras cosas! ¡Nuestras hermosas cosas!

—Son sólo objetos —afirmó él. La atrajo hacia sí y la besó en la frente—. Podemos volver a comprarlos. Todavía nos tenemos uno al otro.

Renee se enjugó las lágrimas y lo miró a los ojos.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que sí —contestó al pasarle una mano nerviosa por el pelo—. Cuando la policía haga su trabajo y sepamos qué diablos pasó, iremos a comer fuera. Solos tú y yo.

DiCarlo acompañaba silbando la canción que Tina Turner entonaba en la radio de su coche. Tenía en su poder las sirenas sujetalibros, así como seiscientos dólares en billetes que los Demosky habían escondido en el congelador, un anillo de diamantes y los rubíes que Renee dejó sobre el tocador, y también las ganancias que obtuvo con la venta de los equipos electrónicos a un comprador de objetos robados que conocía desde hacía mucho tiempo en Columbia, Maryland.

En conjunto, había sido un día excelente. El fingir que se trataba de un vulgar robo le ayudó a pagar sus gastos de viaje. Ahora, después de recuperar el papagayo, se hospedaría en un hotel de primera clase.

Tan sólo le quedaría otro viaje relámpago a Filadelfia, para recuperar la pintura abstracta.

En un par de días, Finley tendría que admitir que Anthony DiCarlo era un hombre de confianza y creativo. Además, se dijo entre dientes, su jefe estaba casi obligado a darle una importante recompensa por los servicios prestados.

10

Un fuego reconfortante crepitaba en el hogar de los Adam. Arrojaba una hermosa danza de luces sobre la alfombra oriental y las paredes tapizadas de seda. La suave iluminación se reflejaba en un finísimo tono rojizo y destellaba en las pesadas copas de cristal de Baccarat. Van Cliburn interpretaba un romántico estudio de Chopin. El anciano y discreto mayordomo servía unos deliciosos bocadillos de una fuente de plata de Georgia.

Era la clase de habitación que Jed había recorrido a escondidas durante su infancia, con los costosos objetos de arte dispuestos con esmero. No obstante, aquí existía una sutil diferencia. En aquella habitación, en aquella casa, él había conocido cierta felicidad, aunque pasajera. Allí nadie lo había amedrentado, regañado ni ignorado.

Sin embargo, seguía recordándole con dolor al niño que había sido.

Jed se levantó de la incómoda silla lateral Luis XIV, para medir a grandes pasos el recibidor de su abuela.

Con su traje de etiqueta, parecía un auténtico heredero de los Bester—Skimmerhorn. Sólo sus ojos, fijos en el fuego crepitante, reflejaban los distintos caminos que había elegido y la lucha interna que libraba por encontrar su verdadero lugar.

No importaba que se tratara de una simple visita. De todos sus parientes, Honoria era la única por la que había albergado sentimientos nobles durante su juventud. El destino había querido que fuese el único pariente que le quedaba. No obstante, le irritaba su actitud autoritaria.

Se había negado dos veces, de forma directa y terminante, a llevarla al baile de invierno. Pero ella, con sencillez, hizo caso omiso de su negativa y, recurriendo a una combinación de estrategias, culpa y tenacidad, lo convenció de desempolvar el esmoquin.

—Bien, Jedidiah, veo que todavía eres puntual.

Honoria se hallaba de pie en la puerta del recibidor. Tenía los pómulos angulosos típicos de Nueva Inglaterra, y ojos azules, brillantes y perspicaces, que pasaban por alto muy pocas cosas. El pelo blanco, peinado con elegancia, enmarcaba el óvalo suave de su cara. Sus labios, todavía carnosos y extrañamente sensuales, aparecían torcidos en una mueca afectada. Honoria sabía cuándo había ganado una partida, ya se tratara de un entusiasta juego de bridge o de una lucha de voluntades.

Puesto que era lo que se esperaba de él, y porque él mismo lo disfrutaba, Jed fue a su encuentro para besarle la mano.

—Abuela... Estás muy hermosa —la saludó.

Lo cual era cierto, y ella lo sabía. Su vestido de noche azul real, modelo exclusivo de Adolpho, realzaba el color de sus ojos y su figura majestuosa. Los diamantes refulgían en su cuello, sus orejas y muñecas. Le gustaban las gemas, porque se las había ganado y porque era lo bastante vanidosa para saber que la gente volvería la cabeza a su paso.

—Sírvenme un trago —ordenó con un tono de voz que todavía conservaba algo del acento bostoniano de su juventud—. Eso te dará tiempo para explicarme qué estás haciendo con tu vida.

—No necesitaremos mucho tiempo —contestó Jed que, obediente, se dirigió al mueble bar.

Recordaba que en cierta ocasión, casi veinte años atrás, ella lo había descubierto hurtando en ese mismo mueble. Había insistido en que bebiera directamente de la botella de whisky... y mientras lo hacía ella lo observaba con expresión severa. Después, cuando se descompuso por el alcohol, le había sostenido la cabeza. Sus palabras todavía resonaban en su mente: «Cuando seas lo bastante mayor para beber como un hombre, Jedidiah, tú y yo compartiremos una botella. Hasta entonces, no tomes lo que no puedas controlar.»

—¿Licor de cerezas, abuela? —preguntó sonriente.

—¡Vamos! ¿Por qué desearía una bebida de vieja cuando hay un buen whisky a mano? —Honoria se sentó junto al hogar e inquirió—: ¿Cuándo voy a ver esa cueva a la que te has mudado?

—Cuando tú quieras. Y no es una cueva.

Ella resopló y bebió un sorbo de whisky de un pesado vaso de cristal.

—Un apartamento para reclutas situado encima de un pequeño y vulgar negocio.

—No he visto ningún recluta.

—Tú tenías una casa adonde ir.

Jed sabía que iba a llegar a eso. Después de todo, había heredado de ella la tenacidad que lo convirtió en un buen policía. En lugar de sentarse se apoyó contra la repisa de la chimenea y corrigió:

—Yo tenía un mausoleo de veinte habitaciones que odiaba. Siempre lo odié.

—Es sólo madera y ladrillos —señaló ella, para rechazar el argumento—. Es una estúpida pérdida de energía odiar lo inanimado. En todo caso, hubieras sido bienvenido aquí. Como siempre lo fuiste.

Jed ya había pasado antes por esa situación, pero como deseaba borrar toda inquietud de sus ojos, la miró con una sonrisa y dijo:

—Lo sé, pero no quería interferir en tu vida sexual.

Ella captó la ironía y comentó:

—Es difícil que pudieras haberlo hecho desde el ala este de la casa. Sin embargo, siempre he respetado tu independencia.

Le pareció advertir un leve cambio en su nieto, desde la última vez que le había hecho el ofrecimiento, por lo que decidió insistir en el otro asunto que le preocupaba:

—¿Cuándo piensas volver a ponerte tu insignia y regresar al trabajo?

—No tengo la menor intención de hacerlo —negó Jed, tras una breve vacilación.

—Me decepcionas, Jedidiah. Y creo que te decepcionas a ti mismo —afirmó, y se puso de pie con gesto solemne—. Ve a buscar mi abrigo. Es hora de irnos.

Dora adoraba las fiestas. Una de sus maneras preferidas de recompensarse por un duro día de trabajo era acicalarse, vestirse bien y pasar una velada alegre y bulliciosa. No importaba si no conocía a nadie, siempre que hubiera mucha gente, champán frío, música y buena comida.

Daba la casualidad de que conocía a gran cantidad de los asistentes al baile de invierno. Algunos eran amigos, clientes o benefactores del teatro familiar. Se sentía capaz de divertirse con sólo mezclarse entre la multitud, intercambiando saludos y besos, escuchando chismes frescos. Aunque había corrido un riesgo al ponerse el vestido blanco sin tirantes, la presencia de tantos cuerpos caldeaba el lugar y la hacía sentirse cómoda.

—¡Dora, querida! ¡Estás espléndida!

Ashley Draper, una auténtica trepadora social, que acababa de desprenderse de su segundo marido, invadió a Dora de una nube de perfume Opium.

Como Ashley rozaba los límites de la amistad, a Dora le divirtió el rápido beso lanzado al aire.

—Tú también estás radiante, Ashley.

—Eres muy amable, aunque tengo un aspecto un poco demacrado. A principios de año, pasaré una semana en el Spa Green Door. ¡Las fiestas son tan extenuantes! ¿No te parece?

—Sólo Dios sabe cómo sobrevivimos a ellas —convino Dora, llevándose a la boca una aceituna rellena—. Creí que estarías en Aspen.

—La semana próxima.

Ashley agitó una mano con uñas pintadas de fucsia en dirección a otra pareja.

—¡Qué vestido tan horrible! —murmuró con una sonrisa falsa—. Parece una berenjena rellena.

Como era un argumento de irresistible precisión, Dora se echó a reír y recordó por qué toleraba a Ashley.

—¿Has venido sola?

—¡No, por Dios! —exclamó Ashley, mirando entre el gentío—. Mi acompañante es ese admirable pastel de carne y músculos con melena de Sansón.

Una vez más, la descripción de Ashley era absolutamente precisa. Dora lo reconoció de inmediato.

—¡Vaya! ¡Vaya!

—Es artista. He decidido convertirme en su mecenas —ronroneó Ashley—. Por cierto, hablando de los hombres en nuestras vidas... he oído decir que Andrew rompió la relación comercial entre ustedes.

A Dora le divertía que Andrew, o más bien su madre, hubiera tergiversado los hechos.

—Bueno, digamos que estoy buscando a alguien un poco más decidido para mediar entre la oficina de impuestos y yo.

—¿Cómo va tu pequeño negocio?

—¡Oh, de vez en cuando conseguimos vender alguna chuchería!

—Ah, sí, claro...

Como las finanzas no eran de interés para Ashley, cambió enseguida de tema.

—Querida, la otra noche te echamos de menos en la velada de Nochebuena en casa de los Bergerman.

—Quería ir... pero me retuvo algo inesperado.

—Espero que haya valido la pena —comentó Ashley, sonriendo con complicidad.

De pronto, aferró la mano de Dora y bajó la voz, para susurrar confidencialmente:

—¡Mira eso! La gran dama en persona. Rara vez hace su aparición aquí.

—¿Quién?

Presa de la curiosidad, Dora estiró el cuello y vio a Jed, con lo que se perdió el resto de la explicación de Ashley.

—¡Sorpresa, sorpresa! —murmuró—. Discúlpame, Ashley, tengo que ir a ver a un hombre de esmoquin.

Jed tenía un aspecto fabuloso, se dijo mientras rodeaba el salón de baile para sorprenderle por detrás. Esperó hasta que Jed hubo conseguido dos copas de champán.

—No me lo diga. Ha vuelto a la policía y está aquí en misión secreta —le espetó por encima de los hombros, y le pareció oír un exabrupto cuando él se volvió—. ¿Hay por aquí algún ladrón internacional de joyas? ¿Quizá una banda de ladrones de guante blanco?

—Conroy... ¿tiene que estar en todas partes?

—Bueno, tengo una invitación —explicó, señalando su bolso de noche—. ¿Qué me dice de usted, polizante?

—¡Jedidiah! —la voz autoritaria de Honoria abortó en Jed cualquier amago de protesta—. ¿Has perdido hasta el último resto de buenos modales que te he enseñado con tanto esfuerzo? Presenta tu amiga a tu abuela.

—¿Abuela? —Con una amplia sonrisa, Dora estrechó la mano huesuda de Honoria—. ¿En serio? Estoy encantada de conocerla, señora Skimmerhorn. A pesar de que destruye mi teoría de que Jed fue incubado en un huevo rancio de cáscara muy dura.

Honoria observó a Dora con creciente interés.

—Su conducta social deja mucho que desear —convino—. Soy la señora Rodgers, querida. Estuve muy poco tiempo casada con Walter Skimmerhorn, pero corregí el asunto tan pronto como me fue posible.

—Yo soy Dora Conroy, la casera de Jed.

—¡Ah! —exclamó significativamente—. ¿Y qué opina de mi nieto como inquilino?

—Su temperamento resulta un poco inestable, pero parece ser bastante pulcro y nada ruidoso.

Honoria echó un vistazo a Jed, complacida por la intensidad de su mirada al contemplar aquella joven.

—Me alegro de oír eso. ¿Sabe?, en su juventud, hubo épocas en que temí que su casero acabaría siendo un carcelero.

—Entonces debe de estar contenta de que haya elegido el lado correcto de la ley.

—Estoy muy orgullosa de él. El es el primero y el único Skimmerhorn que llegó a ser algo.

Tratando de interrumpir la conversación, Jed tomó del brazo a su abuela y dijo:

—Abuela, voy a traerte unos sándwiches.

Honoria se soltó de su brazo y comentó:

—Soy lo bastante capaz para ir yo misma. Hay varias personas con las que debo hablar. Baila con la muchacha, Jedidiah.

—Sí, Jedidiah —repitió Dora en cuanto Honoria se alejó—. Baile con la muchacha.

—Vaya a buscar a otro para acosarlo —sugirió Jed. Se volvió y se dirigió al bar. Iba a necesitar algo más fuerte que champán.

—Su abuela nos observa, amigo —le advirtió Dora, tirándole de la manga—. Cinco contra diez a que le dará un sermón si no me escolta a la pista de baile y no muestra alguno de sus encantos.

Jed dejó la copa de champán y la tomó del brazo. Si apretaba con fuerza, pensó Dora, estaba decidida a no hacer ninguna mueca de dolor.

—¿No tiene ningún amigo por aquí?

—Depende —susurró Dora, agradecida cuando Jed aflojó la presión para adoptar la posición de baile—. Si lo que quiere decir es si tengo un novio, la respuesta es no. No suelo llevar a mis novios a una fiesta.

—¿Por qué?

—Porque tendría que preocuparme de si lo pasa bien, y prefiero divertirme sin pensar en otras cosas. La orquesta tocaba una versión edulcorada de Polvo de estrellas.

—Usted es un buen bailarín, Skimmerhorn. Mejor que Andrew.

—Muchas gracias.

—Claro que sería un bonito detalle que me mirara, en lugar de observar a los otros bailarines. — Cuando Jed bajó la vista, ella ladeó la cabeza y sonrió—. ¿Y bien, Skimmerhorn? ¿Se divierte?

—Odio estas cosas —respondió pensando que, muy a su pesar, se sentía increíblemente bien entre sus brazos—. Apuesto a que usted adora las fiestas.

—Oh, sí. Creo que le gustarían más si las aceptara por lo que son.

—¿Y qué son?

—Una oportunidad para exhibirse. Yo soy una auténtica exhibicionista.

—Lo suponía.

—Sorprendente poder de deducción, propio de un capitán de policía —ironizó, mientras le levantaba el pelo de la nuca con un dedo.

Jed deslizó una mano por la espalda de Dora y rozó la piel desnuda.

—¿Nunca sale de noche con algo que no brille?

—No, si puedo evitarlo. ¿No le gusta el vestido?

—Lo que queda de él, sí. Tiene buen aspecto, Conroy.

La melodía terminó y empezó otra, pero él se había olvidado de que no quería bailar con ella. Honoria pasó junto a ellos, bailando en brazos de un hombre de aspecto distinguido y bigote canoso.

—¡Bueno! —exclamó Dora con los ojos muy abiertos—. Sienta los latidos de mi corazón.

—Si quiero sentir su corazón, lo haré en privado.

—¿Se muestra encantador por amor a su abuela?

El volvió a mirarla. Hubo algo en la expresión alegre de Dora que lo alentó a sonreír.

—Usted le gusta —comentó.

—Soy una persona agradable.

—No, no lo es. Usted es una espina clavada en el trasero. —Le pasó la mano por la espalda desnuda y añadió—: Una espina muy sexy...

—Estás cediendo, Jed.

Dora sintió que el corazón le latía con fuerza cuando Jed le pasó los dedos por la nuca.

—Quizá tenga razón. —Jed inclinó la cabeza y la besó suavemente en los labios.

—Estoy segura.

Sintió que el cosquilleo en el estómago se convertía en un leve temblor. Hizo caso omiso de las cabezas curiosas que se volvían y mantuvo la boca a escasos centímetros de la de él.

—Podríamos ir a casa esta noche y desnudarnos el uno al otro, saltar a la cama y aligerar un poco esta tensión.

—Una imagen interesante, Conroy, pero sospecho que va añadir un «o...».

—O... —continuó Dora, tratando de sonreír— primero podríamos hacernos amigos.

—¿Quién dijo que quiero ser su amigo?

—Eres incapaz de ayudarte solo a ti mismo —afirmó, tuteándolo, y levantó una mano para tocarle la mejilla—. Yo puedo ser una buena amiga. Creo que tú necesitas una.

Jed sintió que ella despertaba una parte de sí mismo que desconocía, no importaba con cuánta fuerza tratara de resistirse.

—¿Por qué lo crees así?

—Porque todo el mundo lo necesita. Porque es muy duro sentirse solo en un lugar lleno de gente. Pero tú lo estás.

Finalmente Jed pegó la frente a la de Dora y susurró:

—¡Maldita seas, Dora! No quiero preocuparme por ti. No quiero preocuparme por...

—¿Por nada? —lo interrumpió Dora, y sintió que se le partía el corazón cuando lo miró a los ojos—. No estás muerto, Jed.

—No, pero casi. —Desolado, se apartó y añadió—: Necesito un trago.

Dora lo acompañó al bar y pidió champán, mientras que Jed optó por un whisky.

—¿Por qué no lo intentamos de otra forma? —propuso Dora con tono suave—. Yo no te pondré en aprietos, y tú tampoco a mí. No haré comentarios sugerentes ni lanzaré insultos ingeniosos.

Mientras la miraba, Jed agitó el hielo de su vaso.

—¿Qué quedará?

—Los dos seremos simpáticos y lo pasaremos bien. —Al ver que él arqueaba las cejas, Dora rió y se colgó de su brazo—. De acuerdo —se corrigió—, yo lo pasaré bien y tú sacarás el mejor provecho posible de la situación. ¿Tienes hambre?

—Puede ser.

—Ven, vamos a ver qué hay en el bufé. Si tienes un plato en la mano, ninguna de las mujeres que están observándote esperará que bailes con ella.

—Nadie está observándome —repuso Jed, pero fue con ella.

—Seguro que sí. Yo misma lo haría si no te conociera.

Frente a la mesa del bufé, Dora dudó entre la mousse de salmón y los champiñones rellenos. Finalmente se sirvió de ambos.

—No creo haberte visto antes en el baile de invierno. Y eso que he asistido los tres últimos años.

Siempre había usado su trabajo como excusa, recordó Jed. Por eso no dijo nada y se limitó a robar un cuadrado de queso del plato.

Dora siguió sonriendo mientras colmaba el plato de comida. Después, con toda generosidad, se lo ofreció para que lo compartiera.

—Este tema de conversación es duro para ti, ¿verdad? Te echaré una mano. Digo algo y, según el contenido, te ríes, te muestras confundido, irritado, intrigado, y contestas algo. ¿Listo?

—Tienes un vocabulario rico e inteligente, Conroy.

—Bien. Buen comienzo —bromeó Dora, mientras probaba un sándwich de espinacas—. Dime, ¿tu abuela es la Honoria Rodgers que hace unos meses compró en Christie's un candelabro esmaltado de la dinastía Qing, con forma de elefante?

—No sé nada de elefantes, pero ella es la única Honoria Rodgers que conozco.

—Una pieza magnífica. Al menos, eso parecía en el catálogo. No pude ir a Nueva York, pero hice un par de ofertas telefónicas en esa subasta. Aunque no por el Qing. Se hallaba fuera de mis posibilidades. Alguna vez me gustaría verlo.

—Si estás tratando de conseguir una invitación, deberías hablar con ella.

—Es pura cháchara, Skimmerhorn. Prueba uno de éstos —le sugirió. Todavía con la boca llena, Dora cogió otro sándwich y antes de que él pudiera aceptarlo o rechazarlo, se lo metió en la boca—. ¡Increíbles! —exclamó—. ¿No son deliciosos?

—No me gusta la espinaca —repuso Jed con una mueca de asco, y se enjuagó la boca con un trago de whisky.

—Yo solía decir lo mismo, pero mi padre me convirtió en adicta a ella al cantarme las canciones de Popeye. Tenía veinte años... y era muy ingenua. —Al verle sonreír, Dora alzó su copa para un brindis—. ¡Salud! Estás muy guapo cuando sonríes.

En ese momento, acompañada de su joven artista, Ashley se acercó a la mesa del bufé e inquirió:

—Dora, querida, ¿cómo puedes comer tanto y seguir tan delgada?

—Es un pequeño pacto que tengo con Satanás.

Ashley se echó a reír y miró a Jed de arriba abajo, con lascivia, pensó Dora. Luego presentó a su amigo, como si fuese el potrillo premiado en un concurso de caballos de pura raza.

—Isadora Conroy, éste es Heathcliff... Lo descubrí en esa maravillosa galería de South Street.

Dora no se tomó la molestia de recordarle a Ashley que su establecimiento se encontraba en la misma calle.

—¡Qué interesante! Yo siempre quise descubrir algo... como Cristóbal Colón o Indiana Jones.

Ante la mirada confusa de Heathcliff, sintió lástima y le tendió la mano, después de pasarle el plato a Jed.

—Ashley me dijo que eres artista.

—Lo soy. Yo...

—Hace los estudios de desnudos más sensuales que he visto —interrumpió Ashley, mientras acariciaba el brazo de Heathcliff como si fuera su mascota—: Deberías verlos alguna vez, es impresionante.

—Lo anotaré en mi agenda.

—No creo que me hayas presentado a tu escolta... —murmuró Ashley.

—No tengo ninguna. Eso es absurdo, ¿no crees? Suena como si necesitara a alguien para no perderme. Te aseguro que tengo un excelente sentido de la orientación.

Ashley sonrió maliciosamente y comentó:

—Dora, eres tan ingeniosa...

—Sólo a medias —murmuró Jed entre dientes.

Dora le dedicó la más suave de las miradas.

—Jed Skimmerhorn —indicó—, te presento a Ashley Draper y Heathcliff.

Ashley tendió la mano a Jed y tuvo que esperar a que él le pasara el plato a Dora.

—¡Oh, se trata del famoso capitán Skimmerhorn! El esquivo capitán Skimmerhorn, debería decir —precisó deslizando los dedos sobre los de él—. ¡Es tan raro que podamos tentarlo con nuestras pequeñas aventuras!

—Las pequeñas aventuras no me parecen tentadoras.

Esta vez, la risa de Ashley fue más apagada.

—Yo las prefiero prolongadas y fogosas... ¿Cómo os conocisteis?

Dora decidió intervenir, para ahorrarle a Ashley alguno de los habituales comentarios agresivos de Jed.

—Jed y yo compartimos una pasión... —confesó, y bebió un sorbo de champán con deliberada lentitud por los alfileres.

Los ojos ansiosos de Ashley se pusieron en blanco.

—¿Por...?

—Jed tiene la colección más increíble. Nos conocimos en un mercadillo, cuando los dos pugnábamos por un acerico victoriano con forma de corazón, en satén y encaje azul... con alfileres incluidos —concluyó con un sonoro suspiro romántico.

—¿En serio coleccionas... alfileres? —preguntó Ashley a Jed.

—Desde que era niño. Es una obsesión.

Por encima del borde de la copa, Dora lanzó a Jed una mirada de complicidad. Luego añadió:

—Es tan molesto. Se pasa agitando el maldito acerico delante de mis narices. El sabe muy bien que yo haría cualquier cosa, ¡cualquier cosa!, por tenerlo.

—Las negociaciones... —intervino él con picardía, al tiempo que le rozaba el cuello con la punta de los dedos— están abiertas.

—¡Qué interesante! —murmuró Ashley.

—¡Oh, sí, lo es! —convino Dora—. ¡Oh! Allí están Magda y Carl. Perdónanos, ¿quieres? Tengo que hablar con ellos.

—¿Alfileres? —le murmuró Jed al oído cuando se perdieron entre la multitud de invitados.

—Pensé en platos para sardinas, pero me pareció demasiado presuntuoso.

—Podrías haberle dicho la verdad.

—¿Por qué?

—¿Quizá por lo sencilla que es? —aventuró Jed después de pensarlo un instante.

—Demasiado aburrido. Además, si ella supiera que vives en el apartamento contiguo al mío, empezaría a rondar por allí con la esperanza de seducirte. Nosotros no queríamos eso, ¿verdad?

Jed meditó un instante, tras echar un vistazo a Ashley por encima de sus hombros.

—Bueno...

—Te utilizaría y después se desharía de ti —le aseguró Dora—. Mira, ahí está tu abuela. ¿Quieres hablar con ella?

—No, si vas a interrogarla sobre candelabros.

Por supuesto, ésa no era la intención de Dora... no exactamente.

—Tienes miedo de que te haga bailar otra vez conmigo. Veras, es cierto que deseo hablar con Magda y Carl. Si quieres, podemos reunirnos más tarde, ¿de acuerdo?

Él la tomó por el brazo, miró su propia mano con gesto contrariado y volvió a soltarla.

—Quédate conmigo —le rogó.

—¿Qué invitación tan encantadora! ¿Por qué?

—Porque si voy a quedar atrapado aquí otro par de horas, prefiero que sea contigo.

—Poesía, pura poesía... ¿Cómo puedo resistirme? Vamos a preguntar a tu abuela si quiere algunos sándwiches. Prometo no mencionar el tema de los candelabros, a menos que parezca oportuno.

En ese momento, una mano se posó sobre el hombro de Jed.

—Jed...

De inmediato se volvió, y con expresión y tono de voz neutrales, saludó al hombre.

—Comisario...

El ex jefe de policía James Riker observó detenidamente a Jed. Sin duda se alegró de lo que vio, porque una amplia sonrisa acentuó las arrugas en su delgada cara morena.

—Me alegro de verte. Al parecer, te mantienes en forma.

—Sí, señor.

—Bueno, Dios sabe que necesitas unas vacaciones. ¿Cómo has pasado la Navidad?

—Muy bien.

Incapaz de ignorar la mirada inquisitiva que Riker dirigía hacia Dora, Jed hizo las presentaciones.

—Comisario Riker, le presento a Dora Conroy.

Dora tenía las manos ocupadas, por lo que se limitó a saludarlo con una sonrisa.

—Hola —dijo—. ¿Así que usted es el responsable de mantener la ley y el orden en Filadelfia?

—Soy responsable de mantener en el trabajo a los hombres como Jed.

Si Riker fue incapaz de reparar en la tensión que se apoderó de Jed, ella sí lo hizo. Sintió la necesidad de protegerlo y cambió sutilmente de tema.

—Supongo que ahora pasa la mayor parte del tiempo en tareas administrativas.

—Sí, así es.

—¿Echa de menos la acción? —inquirió sonriendo, mientras le entregaba a Jed su copa vacía—. Al menos en la ficción, a los policías siempre les ocurre lo mismo.

—A decir verdad, sí, pero de vez en cuando.

—Discúlpame, pero debo preguntárselo. Tengo un sobrino sediento de sangre al que le gustaría saber si alguna vez a usted le han disparado.

—No. Lo siento —respondió Riker con naturalidad.

—Está bien. Le contaré una mentira a mi sobrino.

—Espero que sepa perdonarme, señorita Conroy, pero necesito robarle a Jed unos minutos. El alcalde quiere hablar con él.

—Ha sido un placer conocerle, comisario Riker —dijo Dora con cortesía.

—El placer ha sido mío. Será sólo un momento.

Atrapado, Jed devolvió la copa vacía a Dora.

—Discúlpame.

Jed odiaba aquella situación, pensó Dora mientras lo veía alejarse. Aunque su expresión se había mantenido inalterable, estaba segura de ello. Otro hombre se hubiera enfrentado con más entusiasmo a un pelotón de fusilamiento.

Se dijo que cuando volviera, herviría de furia, con los labios apretados, sintiéndose desgraciado. Apenada por Jed, se preguntó si sería capaz de encontrar alguna manera de distraerlo, de canalizar los sentimientos que el jefe de policía o el alcalde pudieran despertar en él.

¿Quizá bromas al respecto?, se interrogó mientras iba por otra copa de champán. Enojarse sería lo más fácil.

—Creí que eran más cuidadosos con la gente que asiste a estas reuniones —dijo una voz cascada a sus espaldas.

La reconoció de inmediato y se volvió con una amplia sonrisa en la cara.

—Señora Dawd, Andrew. Qué... interesante.

La señora Dawd resopló con indignación por las fosas nasales.

—Andrew, consígueme un refresco.

—Sí, madre.

La mujer, con su abultada figura envuelta en satén negro, se inclinó hacia adelante, lo bastante cerca para que Dora distinguiese los escasos pelos grises que apuntaban desde su barbilla, y que su depiladora había pasado por alto.

—Sabía qué clase de mujer es usted, señorita Conroy. Se lo advertí, por supuesto, pero Andrew es tan vulnerable como cualquier otro hombre a los ardides de una mujer.

—Le aseguro que me extirpé todos mis ardides en una operación. Puedo mostrarle las cicatrices.

—Pero ¿qué puede esperarse de la hija de una familia de actores? —prosiguió la señora Dawd, haciendo caso omiso de las palabras de Dora.

Dora tomó aliento y luego bebió un sorbo de champán. No permitiría que aquella vieja idiota le hiciera perder la paciencia.

—Esas familias de actores —remedó con fingido desdén—, los Fonda, los Redgrave, los Bridges... Sabe Dios cómo se les permite que manchen a la sociedad...

—Usted se cree muy lista.

—Madre, aquí tienes tu bebida.

Con un ademán violento, la señora Dawd rechazó a Andrew y el refresco.

—Usted se cree muy lista —repitió, y alzó la voz lo suficiente para que varios observadores murmuraran—. Pero sus ardides no resultaron...

—Madre...

—¡Cállate, Andrew! —exclamó airada.

—Sí, Andrew, cállate —repitió Dora, esbozando una sonrisa mordaz—. Mamá Dawd se disponía a hablar de mis pequeñas tretas. ¿Se refiere a la que usé cuando le advertí a su viscoso hijo que sacara la mano de debajo de mi falda?

La mujer resopló de furia.

—Usted lo indujo a entrar en su apartamento, y cuando le falló su patética estrategia de seducción, lo atacó. Porque él se dio cuenta de lo que es usted.

—¿Qué soy...? —inquirió Dora, fuera de sí.

—¡Una ramera! ¡Una zorra, una mujerzuela!

Dora dejó la copa encima de una mesa. Cerró el puño y consideró seriamente la posibilidad de usarlo, pero optó por vaciar el contenido de su plato sobre el cabello laqueado de la señora Dawd.

El alarido de la mujer resonó por toda la estancia. Con mousse de salmón goteándole sobre los ojos, la señora Dawd gritó a todo pulmón. Dora se preparó para el ataque, pero ella misma también gritó cuando la sujetaron por detrás.

—¡Maldita sea, Conroy! —refunfuñó Jed, mientras la arrastraba hacia las puertas del salón de baile—. ¿No puedo dejarte cinco minutos sola?

—¡Suéltame! ¡Ella se lo ha buscado!

Quería abofetearle, pero Jed le inmovilizó los brazos a los costados.

—No me apetece tener que sacarte de la cárcel.

La condujo hasta un rincón donde había unos cómodos sillones y plantas. La orquesta empezó a tocar Tiempo tormentoso.

¡Perfecto para la ocasión!

—¡Siéntate! —Subrayó la orden con un empujón que la hizo sentarse de golpe en un sillón—. ¡Ahora cálmate!

—Mira, Skimmerhorn, es un asunto personal.

—¿Quieres que te haga arrestar por el comisario, por alterar el orden? —le preguntó con tono suave—. Un par de horas en la cárcel te tranquilizarán.

Me ha traicionado, pensó Dora con rencor, dando patadas al aire. Cuando finalmente pareció calmarse, farfulló cruzándose de brazos:

—Dame un...

El ya había encendido un cigarrillo y se lo ofrecía.

—Gracias.

Entonces se sumió en un mutismo total. El empezaba a conocerla. Daría tres o cuatro caladas rápidas y después apagaría el cigarrillo.

Una, contó. Dos. Ella le lanzó una mirada furibunda. Tres.

—¡Yo no empecé! —señaló furiosa.

Sollozó como un niño y aplastó el cigarrillo bajo los pies.

Jed pensó que estaría más seguro si se sentaba.

—Yo no he dicho eso.

—Tú no la amenazaste con arrestarla.

—Pensé que tendría suficientes problemas con quitarse del pelo los restos de tu cena. ¿Quieres un trago?

Ella prefería seguir con sus protestas.

—No. Mira, Skimmerhorn, esa mujer me ha insultado. A mí, a mi familia, a las mujeres en general. Yo no le he hecho caso —recordó muy seria— aunque me llamó vagabunda y un montón de cosas más.

Jed sintió que gran parte de la diversión se esfumaba de su ánimo.

—¿Te dijo eso?

—Y no protesté —continuó Dora—, porque seguí diciéndome que era una vieja loca y lunática. Yo no iba a provocar una escena, no iba a ponerme a su nivel. Pero luego fue demasiado lejos...

—¿Qué hizo?

—Me llamó..., mujerzuela.

Jed pestañeó, y se llevó una mano a la nuca, para simular que se rascaba una picazón inexistente.

—¿Qué?

—¡Mujerzuela! —repitió ella, y dio un puñetazo al sillón.

—Vamos a derribarla de un empujón.

Dora levantó el mentón con los ojos entrecerrados.

—No te atrevas a reírte de mí.

—No lo hago. ¿Quién se ríe?

—¡Tú, maldición! Te estás mordiendo la lengua para contener la risa.

—No es verdad.

—Sí, lo es. Estás murmurando algo.

—Es el whisky.

—¡Maldición...!

Dora volvió la cabeza, pero él notó el temblor de sus labios. Cuando le miró de nuevo, se sonrieron tontamente uno al otro.

—Hiciste de ésta una velada interesante, Conroy.

Dora trató de disimular la risa y se echó hacia atrás para apoyar la cabeza en el hombro de Jed.

—Bueno —dijo—, trataba de hallar una forma de distraerte, para que no te sintieras molesto por la charla que tuviste con el alcalde y Riker.

—¿Por qué debería sentirme molesto?

—Te presionaron, ¿verdad? —Aunque no se movió, Dora sintió que una parte de él se evadía—. Tuve suerte de que apareciera la señora Dawd, así no necesité inventar nada.

—Entonces le arrojaste el plato por la cabeza para levantarme el ánimo.

—No. Fue un acto estrictamente egoísta, aunque placentero. Dame un beso, ¿quieres? —susurró volviendo la cabeza hacia él.

—¿Por qué?

—Porque lo deseo. Sólo un beso amistoso.

El le levantó la barbilla con un dedo y la besó suavemente en los labios.

—Bien, gracias.

Dora empezó a sonreír, pero él bajó la mano y le rodeó el cuello. Con los ojos abiertos, volvió a acercar su boca a la de ella, le separó los labios con la lengua y saboreó el despertar de su primer aliento trémulo.

Era como agua, pura y dulce, después de una sed agonizante. La besó apasionadamente.

Ella sintió la punzada del deseo, saboreando el lento y frío beso de Jed.

Cuando Jed se apartó, ella mantuvo los ojos cerrados, mientras gozaba del torrente de sensaciones. El corazón todavía le latía con fuerza cuando abrió los ojos.

—¡Dios! —fue todo cuanto pudo decir.

—¿Algún problema?

Dora apretó los labios y musitó:

—Creo que sí. Creo... creo que debo salir de aquí.

Cuando se detuvo, sintió que le temblaban las rodillas. Es muy difícil, pensó, hacerse cargo de una situación cuando te tiemblan las rodillas. Se llevó una mano al estómago, hecho un manojo de nervios, y repitió:

—¡Dios!

Luego se marchó.

11

El nuevo sistema de alarma instalado en el edificio de Dora provocó una gran irritación en DiCarlo. El tiempo extra que necesitó para inutilizarlo y franquear las cerraduras, ahora mucho más fuertes, arruinó por completo el horario que se había fijado. Supuso que podría estar fuera de allí hacia la medianoche. Estaba seguro de que si la tal Conroy había comprado la maldita pintura, ésta se encontraría dentro, a pesar de lo que la idiota de la empleada le había dicho el día de Nochebuena.

Pero ahora podía considerarse afortunado si lograba entrar para la medianoche. Además, había empezado a caer una molesta aguanieve. Sus guantes de cirujano eran una protección nada adecuada contra el frío.

Al menos no había luna, pensó mientras trabajaba con dedos temblorosos. Tampoco vio vehículos en la zona de grava que servía de aparcamiento, lo que significaba que no había nadie en casa. A pesar de las complicaciones, todavía podría estar en Nueva York por la mañana. Dormiría todo el día y después tomaría un vuelo de última hora a la costa Oeste. Una vez que entregara a Finley sus fruslerías, aceptara su gratitud y una generosa recompensa, volaría de regreso a Nueva York para pasar una alegre noche de fin de año.

DiCarlo tembló al colarse el frío por debajo del cuello de su abrigo, como pequeñas hormigas congeladas.

Cuando cedió la última cerradura, emitió un suave gruñido de satisfacción.

En menos de quince minutos tuvo la certeza de que el cuadro no estaba en el almacén. Recurrió a un férreo autodominio para reprimir el impulso de destruir el lugar. Si la pintura iba a causar algún problema, sería mejor que nadie supiera que se había producido un intento de robo.

Inició otro reconocimiento por el local, mientras cogía al azar pequeñas chucherías, incluido el perro de jade que Terri había intentado venderle.

Resignado, se dirigió al piso de arriba. Cuando se encontró con la cerradura al final de la escalera, blasfemó, aunque sin mucha vehemencia, ya que apenas tardó un momento en forzarla.

Aguzó el oído y no oyó nada. Ni radio, ni televisión, ni conversación alguna. Sin embargo, se movió en silencio por el corredor, y espió a través de la puerta para asegurarse de que el estacionamiento seguía vacío.

Tres minutos después se hallaba dentro del apartamento de Jed. La búsqueda terminó casi antes de haber empezado. Allí no había cuadros colgados en las paredes, ni escondidos en los armarios. No vio nada debajo de la cama, excepto un ejemplar en rústica de la autora Shirley Jackson y una media enrollada.

En el cajón de la mesa de noche encontró de cierto interés el revólver calibre 38, pero tras un somero examen, lo dejó en su lugar. Hasta que encontrara la pintura, no podía arriesgarse a robar algo tan evidente. Al salir, reparó en los aparatos de gimnasia y las pesas que había en el salón.

En cuestión de segundos entró en el apartamento de Dora, que no se había tomado la molestia de cerrar la puerta con llave.

Allí, la búsqueda fue un asunto diferente. Mientras el apartamento de Jed apenas tenía muebles, el de Dora se hallaba atestado. El desorden en el primero era resultado de la negligencia de su ocupante; en el de Dora, parecía un estilo de vida.

Había varios cuadros. Una naturaleza muerta a la acuarela, dos retratos con marco ovalado, uno de un hombre de rostro severo y cuello almidonado, el otro de una mujer por igual seria. Otros iban desde litografías firmadas, pósters de publicidad y bocetos a la pluma, hasta dedos marcados en la puerta de la nevera. Pero la pintura abstracta no aparecía en las paredes.

Fue al dormitorio para buscar dentro del armario, y apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando oyó que alguien abría la puerta del apartamento. Cuando se cerró de golpe, DiCarlo ya se encontraba oculto en el fondo del armario, detrás de un colorido surtido de vestidos que olían a mujer.

—Debo de estar loca —rezongó Dora en voz alta—, totalmente loca.

Se quitó el abrigo, lo dejó sobre el respaldo de una silla y bostezó. ¿Cómo, y por qué, había permitido que sus padres la convencieran?

Seguía enojada consigo misma cuando se dirigió al dormitorio. Sus planes para esa noche habían sido tan sencillos: una cena tranquila, solitaria, con pollo asado y arroz blanco; un largo baño, aromático, con

una copa de buen vino como toda compañía. Planeó culminar todo aquello con un buen libro junto a la chimenea del dormitorio.

Pero no, pensó, mientras encendía la lámpara Tiffany junto a la cama. No, había tenido que caer en la vieja artimaña familiar de que el espectáculo debe continuar.

¿Acaso ella tenía la culpa de que tres tramoyistas hubieran enfermado de gripe? ¿Tenía la culpa de haber permitido que su padre la amenazase con llamar al sindicato?

Mientras se sacaba el ajustado jersey negro de cachemir, siguió refunfuñando en voz alta.

—Claro que no. Yo no les contagié la gripe. No tenía que sentirme obligada a dar un salto al vacío sólo porque tengo un carnet del sindicato de actores.

Mientras suspiraba, se agachó para desatar sus zapatillas negras. En lugar de una noche tranquila y relajante, en casa, había respondido a la frenética petición de ayuda de su madre y pasado horas transportando decorados.

Incluso, y muy a su pesar, lo había disfrutado. Estar oculta entre bambalinas y escuchar el eco de las voces; salir deprisa cuando se reducían las luces para efectuar un cambio de decorado; sentir un orgullo casi personal cuando el elenco volvía a salir a escena para recibir los aplausos.

Después de todo, pensó, lo llevaba en la sangre...

A través de la rendija de un par de centímetros en la puerta del armario, DiCarlo tenía una visión perfecta. Cuanto más veía, más se debilitaba su disgusto por haber sido interrumpido. La situación tenía posibilidades antes impensadas.

La mujer que se agachaba y estiraba al pie de la cama había practicado un striptease muy seductor, y ahora sólo llevaba un par de prendas de encaje negro. Cuando Dora se agachó para tocarse la punta de los pies, DiCarlo contempló con deleite las curvas suaves de su trasero.

Su cuerpo, firme y compacto, de hermosas curvas, parecía muy ágil.

Ella le había cambiado los planes, pero DiCarlo se enorgullecía de su capacidad creativa. Simplemente esperaría hasta que la dama, hermosa y sola, se metiera en la cama.

Dora se volvió y él tuvo oportunidad de admirar la turgencia de sus pechos, cubiertos por un fino sujetador de encaje.

Muy atractiva, pensó, sonriendo en la oscuridad.

Cuando estuviera en la cama, DiCarlo suponía que sería un asunto sencillo. Usaría sus considerables encantos —y su automática del calibre 22— para convencerla de que le dijera dónde estaba el cuadro.

Después de los negocios, vendría el placer. Quizá ni siquiera tendría que matarla.

Al girar los hombros, Dora echó hacia atrás los cabellos. Era como si estuviera posando, se dijo DiCarlo. Su pulso se aceleró cuando ella, con los ojos cerrados y una leve sonrisa en los labios, volvió la cabeza con dulzura. Luego se llevó las manos hasta el cierre delantero del sujetador.

Los golpes en la puerta hicieron que Dora se estremeciera. Dentro del armario, la respiración de DiCarlo se convirtió en un siseo, mezcla de ira y frustración.

—¡Un momento! —gritó ella.

Se apresuró a ponerse un albornoz blanco que tenía al pie de la cama, mientras continuaban los golpes. Mientras encendía luces a su paso, corrió al salón. Con la mano en el pomo de la puerta, titubeó un instante.

—¿Jed?

—¡Abre, Conroy!

—Me has asustado —le advirtió al abrir la puerta—. Justo estaba...

Se interrumpió al ver la expresión de su cara. Había visto antes la furia reflejada en un rostro, pero nunca tan intensa y dirigida tan ferozmente hacia ella. Por instinto, se llevó una mano a la garganta y retrocedió.

—¿Qué...?

—¿Qué diablos imaginaste que hacías?

—¿Yo...? Ir a dormir —respondió con cautela.

—Crees que porque te pago un alquiler puedes usar tu maldita llave y hurgar en mis cosas cuando te apetezca?

Dora bajó de nuevo la mano y se cogió con fuerza del pomo.

—No sé de qué estás hablando.

Jed la aferró de la muñeca y la sacó al pasillo de un tirón.

—¡Perdiste, Conroy! Yo sé con certeza cuando mis cosas han sido revueltas.

—Me haces daño...

Su intento por mostrarse severa fracasó por completo. Tenía miedo de que él pudiera intentar algo mucho peor.

—Te arriesgaste a ello cuando irrumpiste en mi apartamento.

Enfurecido, la empujó contra la pared. El grito ahogado de dolor y sorpresa de Dora sólo aumentó su furia.

—¿Qué estabas buscando? —le exigió—. ¿Qué diablos pensaste que ibas a encontrar?

Ella se retorció, demasiado aterrorizada para negar nada.

—¡Suéltame! ¡Quítame las manos de encima!

—¿Quieres registrar mis cosas?

El odio se reflejaba en su mirada. El animal se hallaba fuera de la jaula. Eso era todo lo que Dora podía pensar.

—¿Crees que porque has conseguido conocer una parte de mí puedes meter tus garras en mis cajones, en mi armario?

La apartó de la pared de un tirón e impulsado por sus propios demonios, la arrastró a tropezones. Abrió su puerta y la empujó adentro.

—¡Bien! Ahora echa una ojeada. ¡Una buena ojeada!

Hasta los labios de Dora habían perdido el color. A través de ellos aspiraba y exhalaba con dificultad. Jed se encontraba entre ella y la puerta. No había esperanza alguna de que pudiera escapar de allí. Mientras el corazón le golpeaba con fuerza contra las costillas, por la expresión de Jed se dio cuenta de que no había la menor posibilidad de razonar.

—¡Estás loco, totalmente loco! —exclamó.

Estaban de pie uno frente al otro. Dora tiraba con mano temblorosa del albornoz, pues se le había deslizado de los hombros. Ninguno de los dos oyó los pasos de DiCarlo, que se alejaba por el pasillo.

El se movía demasiado rápido como para que ella pudiera escapar; la aferró de las solapas del albornoz y la obligó a ponerse de puntillas, con un tirón tan fuerte que las costuras cedieron.

—¿Supusiste que no lo notaría? ¡Fui policía durante catorce años! Reconozco de inmediato los indicios.

—¡Basta! —gritó ella, y lo rechazó de un empujón.

El sonido de su bata que se rasgaba en los hombros fue como un grito. Lágrimas de terror y furia brotaron de sus ojos, los inundaron y le nublaron la visión.

—¡Yo no he estado aquí! ¡No he tocado nada!

—¡No me mientas!

Pero a través de su furia, surgió en Jed el primer atisbo de duda.

—¡Déjame!

Se separó con violencia de él, cayó hacia atrás y se golpeó con fuerza contra la mesa. Lentamente, como una mujer que espera que el tigre vuelva a saltar, retrocedió.

—Yo no he estado aquí —repitió—. Hace apenas diez minutos que llegué a casa. ¡Por el amor de Dios, Jed!, ve a tocar el capó de mi coche. Es probable que todavía esté caliente. He pasado la noche en el teatro... —La voz se le quebró un instante—. Puedes llamar y comprobarlo...

El no agregó nada, sólo notaba en ella su impaciencia por alcanzar la puerta. El albornoz se le había abierto. Podía ver la tensión de sus músculos y el brillo del sudor provocado por el pánico. Luego lloró abiertamente, mientras giraba con dedos torpes el pomo de la puerta.

—¡Aléjate de mí! —susurró entre sollozos—. Quiero que te mantengas lejos de mí.

Entonces huyó, dejó abierta la puerta de Jed y cerró de un golpe la suya.

El permaneció inmóvil en el mismo lugar, mientras aguardaba a que su pulso se normalizara, a la espera de poder dominarse.

No estaba equivocado. Alguien había estado dentro. Lo sabía. Sus libros fueron movidos, sus ropas revisadas, su revólver examinado.

Pero no había sido Dora.

Contrariado, se rascó los ojos con la palma de las manos. Había estallado. No era de extrañar, pensó, dejando caer las manos. Había aguardado meses para estallar. ¿No era acaso por eso que devolvió su placa de policía?

Había vuelto a casa después de un día terrible en el que debió tratar con abogados, contables y banqueros. Por fin había estallado como una rama seca bajo los pies.

Como si eso no fuese ya bastante desastroso, aterrorizó a una mujer. ¿Por qué la eligió como blanco?—Porque ella había entrado en él; y porque ella lo había comprendido, él halló la manera perfecta para hacérselo pagar. Muy bonito, Skimmerhorn, se reprochó. Entonces se dirigió a la cocina, y al whisky...

Se detuvo antes de servirse la primera copa. Este era el camino fácil. Se mesó el pelo, respiró hondo y se dirigió hacia el apartamento de Dora para tomar el camino difícil.

Cuando oyó el golpe en la puerta, Dora dejó de balancearse sobre el brazo del sillón. Alzó la cabeza y se enredó con los pies.

—Dora, lo siento —se excusó Jed al otro lado de la puerta, y cerró los ojos—. ¡Maldición! Déjame entrar un momento, ¿quieres? —rogó, tras llamar otra vez—. Quiero asegurarme de que estás bien. —El silencio se prolongó, oprimiéndole el pecho—. Sólo concédeme un minuto. Prometo que no te tocaré. Quiero ver si estás bien. Nada más.

Frustrado, giró el tirador.

Dora abrió los ojos desorbitadamente. Presa de pánico, dejó escapar un suave sonido de su garganta y se abalanzó sobre la puerta justo en el momento en que Jed la abría.

Jed advirtió en su rostro un miedo incontrolable, algo que había visto en muchas caras a lo largo de los años. Confió en que podría hallar la manera de erradicar el miedo con la misma habilidad con que lograba provocarlo. Muy despacio, Jed levantó las manos en actitud defensiva.

Dora temblaba como una hoja.

—Me quedaré aquí. No me acercaré a ti. No te tocaré, Dora. Quiero disculparme.

—Déjame en paz.

Todavía tenía las mejillas húmedas, pero sus ojos aparecían secos y aterrorizados. No podía marcharse hasta que el miedo desapareciera de su rostro.

—¿Te he hecho daño? —preguntó, maldiciéndose por la estupidez de la pregunta, ya que podía ver los moratones en sus brazos—. Sí, claro que te he hecho daño.

El alarido de Dora cuando la empujó contra la pared volvía a resonar en su cabeza y le retorció el estómago.

—¿Por qué? —inquirió, ante la sorpresa de Jed.

—¿Importa ahora? No tengo excusa. Cualquier disculpa sería inútil después de lo que he hecho. Yo quisiera... —Se adelantó un paso, pero se detuvo al verla retroceder, y sintió que hubiera preferido un puñetazo en el estómago—. Quisiera decir que mi actitud estaba justificada, pero no puedo.

Dora apretaba y soltaba el cuello de su albornoz.

—Quiero saber por qué. Me debes una respuesta.

Jed notaba la garganta seca. No estaba seguro de si sería capaz de hablar con fluidez. Pero ella tenía razón. Le debía una explicación.

Ni su cara ni su voz delataban cuánto le costaba decírselo.

—Speck irrumpió en mi casa una semana después de haber matado a mi hermana. Dejó encima de mi mesa una fotografía de ella y un par de recortes de diarios sobre la explosión. —Sintió náuseas, casi con la misma intensidad durante todos esos meses—. El sólo quería hacerme saber que podía llegar hasta mí cuantas veces quisiera. Quería asegurarse de que supiera quién era el responsable de la muerte de Elaine. Cuando esta noche llegué a casa y supuse que habías entrado, el recuerdo me asaltó.

Jed interpretaba cada emoción que aparecía en el bello rostro de Dora. Se habían desvanecido el temor y el enojo, que afloraron para luchar contra los sentimientos. En su lugar surgían matices de pesar y comprensión y, como bálsamo para sus heridas, de compasión.

—No me mires de esa manera —dijo con tono tajante, que a Dora le pareció defensivo—. Eso no cambia lo que hice y, sobre todo, el hecho de que fui capaz de hacerlo.

Dora bajó los ojos.

—Tienes razón. No cambia nada. Cuando anoche me besaste, creí que había algo entre nosotros. —Volvio a alzar la mirada y en sus ojos había una expresión fría—. Pero no era así, de lo contrario no podría haber sucedido esto. Porque tú habrías confiado en mí. Eso también duele, Jed, pero fue mi error.

El sabía lo que era sentirse impotente ante una situación, pero nunca había esperado que ocurriría con ella.

—Puedo mudarme, si lo deseas —ofreció obstinado—. Puedo marcharme esta misma noche y recoger mis cosas más adelante.

—No es necesario, pero haz lo que quieras.

Jed asintió con la cabeza y retrocedió hasta el pasillo.

—¿Estarás bien?

Por toda respuesta, ella caminó hasta la puerta y la cerró con suavidad.

Por la mañana encontró las flores sobre su escritorio. Unas margaritas, un poco lánguidas y que olían a una ya lejana primavera, estaban arregladas en un florero Minton. Con gesto severo, Dora reprimió el primer impulso de placer y las ignoró.

El no se había mudado, como comprobó al pasar frente a su puerta y oír el sonido monótono de las pesas al caer sobre el suelo.

Tampoco se hallaba dispuesta a permitir que eso le causara algún placer. En lo que a ella se refiriera, Jed Skimmerhorn no era más que un inquilino. Nadie iba a aterrorizarla, amenazarla y destrozarle el corazón, para después tratar de atraerla con un miserable ramo de margaritas. Pasaría a cobrar su cheque mensual, lo saludaría con cortesía si se cruzaban en el pasillo, y seguiría con su propia vida.

Era una cuestión de orgullo.

Como Terri y Lea se encontraban atendiendo el negocio, sacó de un cajón las cuentas a pagar, abrió la libreta de cheques de Dora's Parlor y se dispuso a trabajar.

Unos minutos después, miró las margaritas de reojo y se sorprendió sonriendo. De pronto el sonido de botas bajando por la escalera le hizo apretar los labios y clavar la mirada en la factura de la luz.

Jed titubeó al pie de la escalera, mientras buscaba algo razonable que decir. Podría jurar que la temperatura descendió diez grados desde que entró en el almacén. No es que la culpaba por darle un recibimiento tan frío, pero lo hacía sentirse aún más estúpido por haber comprado flores al volver del gimnasio.

—Si vas a quedarte aquí a trabajar, puedo terminar más tarde con esos estantes —insinuó.

—Estaré ocupada un par de horas con esto —respondió Dora sin levantar la vista.

—Tengo algunas cosas que hacer en la ciudad —prosiguió Jed, esperando en vano una respuesta—. ¿Vas a necesitar algo mientras estoy fuera?

—No.

—Bien. Magnífico —asintió, y empezó a subir—. Entonces terminaré los estantes esta tarde, después de salir y comprarme un maldito cilicio.

Dora arqueó una ceja cuando oyó el golpe de la puerta al cerrarse.

—Apuesto a que pensó que me arrojaría en sus brazos porque me compró flores. ¡Imbécil! —exclamó, mirando a Terri que entraba en aquel momento— Los hombres son unos imbéciles.

En circunstancias normales, Terri habría sonreído, asentido y agregado sus propios ejemplos. En cambio se quedó en el umbral, apretándose las manos.

—Dora, ¿cogiste el perro de jade? ¿La pequeña pieza china? Sé que te gusta cambiar las cosas de sitio.

Dora apretó los labios y dejó el lápiz sobre el escritorio.

—¿El perro Foo? No. No he cambiado nada de lugar desde Navidad. ¿Por qué?

Terri esbozó una débil sonrisa y comentó:

—No lo encuentro. No lo encuentro por ninguna parte.

—Es probable que Lea haya...

—Ya se lo he preguntado —la interrumpió Terri con voz apagada—. El otro día se lo mostré a un cliente.

—No te pongas nerviosa —le aconsejó Dora, levantándose de la silla—. Déjame echar un vistazo. Tal vez yo misma lo puse en otro sitio.

Pero estaba segura de que no lo había hecho. Dora's Parlor podía parecer un lugar atestado de objetos, desordenado, donde auténticos tesoros y baratijas, se mezclaban sin el menor cuidado. Pero siempre hubo un método para la disposición. El método de Dora.

Ella conocía exactamente la mercancía almacenada y su lugar, hasta la de la última tarjeta postal.

Lea se hallaba ocupada con un cliente y sólo dirigió una fugaz mirada de preocupación a su hermana. Después siguió mostrando unas latas de tabaco.

—Estaba en este gabinete —indicó Terri con un susurro—. Lo mostré el día de Nochebuena, justo antes de cerrar. Estoy segura de haberlo visto ayer, mientras vendía la estatuilla Doulton. Estaban uno al lado del otro, así que me habría dado cuenta si hubiera faltado entonces.

Dora le dio una palmada en la espalda para tranquilizarla.

—Está bien —disimuló—. Echemos una ojeada.

Dora revisó una vitrina de madera laqueada y preguntó, manteniendo la calma:

—Terri, ¿has vendido algo esta mañana?

—Un juego de té, el de porcelana Meissen, y un par de cigarreras. Lea vendió la cuna de caoba y un par de candelabros de bronce.

—¿Nada más?

Las mejillas de Terri palidecieron.

—No. ¿Qué pasa? ¿Falta algo más?

—La vinagrera de esmalte que había aquí —contestó Dora, al tiempo que reprimía una maldición—. Y el tintero que se hallaba al lado.

—¿El de peltre? —gruñó Terri, y se volvió hacia la vitrina—. ¡Oh, Dios!

Dora meneó la cabeza y empezó a recorrer el local.

—El pisapapeles Chelton —contabilizó al cabo de unos minutos—, el perfumero de Baccarat, el sello Faubergé y la cigarrera de baquelita.

La pérdida de esta última con un valor de apenas tres dólares, la enfurecía casi tanto como la del Faubergé, valorado en cinco mil doscientos dólares.

—Todas estas cosas son lo bastante pequeñas para guardarlas en una cartera o en un bolsillo.

—No hemos tenido más de ocho o nueve clientes en toda la mañana —aseguró Terri—. No veo cómo... ¡oh, Dora! Debí haber vigilado mejor.

—No es culpa tuya.

—Pero...

Aunque se sentía enferma de cólera, Dora le pasó una mano por la cintura e insistió:

—No lo es, Terri. No podemos tratar a cada uno que entra en el negocio como a un ratero. Terminaríamos por colocar esos horribles espejos estratégicos y exhibir nuestra mercadería detrás de vidrieras cerradas con llave. Es la primera vez que nos han golpeado tan fuerte.

—Dora, el Faubergé...

—Lo sé. Informaré a la compañía de seguros. Para eso están. Terri, ahora quiero que te tomes una pausa para almorzar.

—No podría comer.

—Entonces ve a dar un paseo. Cómprate un vestido. Te sentirás mejor.

—¿No estás enojada? —preguntó Terri, tras sonarse la nariz.

—¿Enojada? ¡Estoy furiosa! Espero que vuelvan y traten de llevarse alguna cosa, para que pueda partirlas esos dedos pegajosos. Ahora vete, relájate un rato.

—Está bien.

Volvió a limpiarse la nariz y dejó a Dora sola en la pequeña sala lateral.

—¿Grave? —inquirió Lea, asomando la cabeza.

—Bastante.

—Querida... ¡cuánto lo siento!

—No quiero oír ningún «te dije que cerraras las cosas con llave».

—Supongo que eso probaría que yo tenía razón —comentó Lea con un suspiro—, pero después de haber trabajado unas semanas aquí, entiendo por qué no lo haces. Arruinaría la atmósfera que reina en el lugar.

Frustrada, Dora se frotó el entrecejo ante un incipiente dolor de cabeza.

—Sí —aceptó—. Puedes comprar mucha atmósfera por diez mil dólares.

—¡Diez mil! —repitió Lea con los ojos muy abiertos—. ¿Diez mil dólares?

—No te preocupes, estoy asegurada. ¡Maldita sea! Escucha, cuelga el letrero de cerrado por una hora y ve a almorzar o algo parecido. Quiero ir al almacén y gritar o llorar. Eso me aliviará. Y quiero hacerlo a solas.

—¿Estás segura? —preguntó Lea. Entonces vio el destello en los ojos de su hermana y añadió—: Sí, estás segura. Yo cerraré con llave.

—Gracias.

12

Jed se preguntó si volver a la comisaría, por primera vez desde su renuncia, sería sólo otra manera de mortificarse. Podría haber concertado una cita con Brent en cualquier otro lugar, y haberse ahorrado el doloroso recuerdo de que ya no era un policía.

Pero Jed entró en el edificio, el mismo en que había pasado ocho de sus catorce años en la policía, porque sabía que tenía que afrontarlo. Tras perder el control la noche anterior, admitió que había muchas cosas a las que debería hacer frente.

Todo parecía igual. La atmósfera seguía oliendo a café derramado, a cuerpos sudados y humo rancio... todo mezclado con un aroma aún más desagradable a desinfectante. Las paredes habían sido pintadas hacía poco, pero el color seguía siendo el mismo ocre institucional. Los sonidos... todos muy familiares para él. Teléfonos que sonaban, tecleo de máquinas de escribir, voces alteradas...

El hecho de entrar sin el peso de su arma colgada de la cartuchera a un costado del cuerpo, lo hizo sentirse desnudo.

Estuvo a punto de volver a salir, pero dos agentes uniformados se acercaban hacia las puertas. Las dos caras se iluminaron al reconocerlo. El de la izquierda.

—Snyder, recordó Jed— se puso en posición de firme.

—Capitán...

Cada año los aceptaban más jóvenes, pensó Jed. Este apenas tenía edad para afeitarse. La única forma de pasar era seguir hacia adelante. Jed les hizo un gesto con la cabeza y pasó entre los dos.

—Agentes...

Se paró frente al mostrador y esperó hasta que el sargento se volviera.

—Ryan...

El hombre robusto y de anchas espaldas tenía una expresión bondadosa. Cuando vio a Jed, esbozó tal sonrisa, que los ojos parecieron desaparecer en los pliegues suaves de la rubicunda piel irlandesa.

Se estiró por encima del escritorio para estrechar la mano de Jed con la fuerza de una tenaza de acero.

—¡Capitán, hijo de perra! ¡Me alegro de verte! ¡Me alegro mucho!

—¿Cómo van las cosas?

—Bueno, ya sabes... La misma rutina de siempre —confió inclinándose sobre el mostrador que los separaba—. Lorenzo fue herido de bala la semana pasada, en un asalto a una tienda de licores.

—Sí, me enteré. ¿Cómo se encuentra ahora?

—Le saca el jugo a la situación —señaló Ryan con una mueca—. En otras épocas un individuo recibía un balazo, se limpiaba la sangre y volvía a las calles.

—Después de sacarse la bala con los dientes.

—Sí, así es.

Alguien llamó a gritos a Ryan, y él contestó, también gritando, que debía esperar.

—Te echamos de menos aquí, capitán —comentó—. Goldman está bien como capitán interino. Quiero decir que... cubre de papeles a los mejores agentes. Pero, hablemos claro, ese hombre es un imbécil.

—Tú lo domarás.

—No, señor —repuso Ryan, y meneó la cabeza—. Con algunos lo haces, con otros no. Los hombres sabían que podían hablar contigo, con franqueza y sin intermediarios. Sabían que te encontrarían en la calle tan a menudo como trabajando en tu escritorio. Con Goldman tienes que trepar por la cadena de mando y andar de puntillas a través de reglamentos y procedimientos. —El rostro afable de Ryan se torció en una mueca despectiva—. No le verás salir por esa puerta, a menos que al otro lado haya una cámara y tres reporteros.

Jed no mencionó lo que sentía ante la imparable catarata de información de Ryan.

—La buena prensa no le hace daño al departamento. ¿Está el teniente Chapman? Necesito hablar con él.

—Claro. Creo que está en su oficina. Le encontrarás allí.

Jed aguardó un instante y después arqueó una ceja.

—Dame una tarjeta de visitante, Ryan —dijo.

Ryan enrojeció, con incómodo desaliento.

—¡Tonterías, capitán!

—Necesito una tarjeta de visitante, sargento.

—Esto me pone enfermo —gruñó Ryan, mientras le entregaba una—. Tengo que decírtelo, me pone enfermo.

—Ya me lo has dicho —señaló, mientras sujetaba la tarjeta a su camisa.

Para llegar a Brent, tuvo que pasar entre las celdas de los presos preventivos. Sintió un nudo en el estómago cada vez que alguien lo llamaba por su nombre, cada vez que se veía forzado a detenerse e intercambiar algunas palabras. En cada ocasión se esforzó por no hacer caso de las especulaciones, las preguntas no formuladas.

Cuando llegó a la puerta de la oficina de Brent, la tensión en la base de la nuca era insoportable.

Golpeó una sola vez y abrió la puerta de un empujón. Brent se hallaba sentado frente a su escritorio sobrecargado de papeles, con el auricular del teléfono pegado a la oreja.

—Cuéntame algo que yo no sepa —decía, cuando alzó la mirada y la irritación desapareció al instante de ella—. Sí, sí, y cuando estés dispuesto a hablar, haremos un trato. Volveré a ponerme en contacto contigo. —Colgó el auricular y se reclinó en la silla—. Creí que el nivel de ruido ahí afuera había aumentado. Estabas en los alrededores y casualmente decidiste pasar por aquí, ¿correcto?

Jed se sentó y sacó un cigarrillo.

—No.

—Entonces es que necesitabas una inyección de café policial.

—Cuando tome ese veneno, me habré condenado.

Jed encendió una cerilla. No quería preguntar, no quería implicarse, pero tenía que hacerlo.

—¿Es Goldman tan imbécil como dice Ryan?

Brent hizo una mueca y se levantó para servir dos tazas de café de la jarra que había sobre su calentador portátil.

—Bueno, por aquí no es precisamente mister popularidad. Pesqué a Thomas abajo, en los vestuarios, cuando clavaba alfileres a un muñeco que tenía la cara de Goldman. Lo reconocí porque tenía los mismos ojos pequeños y los dientes grandes.

Jed tomó la taza de café e inquirió:

—¿Qué hiciste con el muñeco?

—Yo mismo le clavé un par de alfileres. Hasta ahora, Goldman no parece tener ninguna molestia en particular.

Jed sonrió. El primer sorbo de café le borró la sonrisa de la cara.

—Ya sabes que podría interceder por ti ante el jefe. Supongo que atendería mi recomendación —comentó Jed.

Brent se quitó las gafas para limpiar, sin éxito, las manchas de tizne.

—No me interesa. No sirvo para el mando. Además, Thomas podría terminar clavando alfileres en un muñeco con gafas sucias —contestó, apoyado contra el borde del escritorio—. Regresa, Jed.

Este bajó la mirada, contempló el café, y luego volvió a alzarla.

—No puedo, ¡Joder, Brent, soy un desastre! Si me dieras una insignia en este mismo momento, no sabría qué hacer con ella, o quién tendría que pagar por ello. Anoche... —Tuvo que interrumpirse para dar una honda calada de su cigarrillo—. Anoche alguien entró en mi apartamento y registró mis cosas.

—¿Otra vez forzaron las puertas?

Jed negó con la cabeza.

—No. Esto fue limpio. Un par de cosas fuera de lugar, un cajón cerrado cuando yo lo había dejado un poco abierto. Esa clase de cosas. Estuve fuera la mayor parte del día. Ya sabes, las propiedades de Elaine, el traspaso de su casa... —Contrariado, se pasó la mano por la nuca—. Cuando acabé, fui a tomar un trago —añadió—. Después al cine. Llegué a casa, eché un vistazo y fui tras Dora.

Volvió a levantar la taza de café. No era más amargo que el gusto que ya se había alojado en su garganta.

—Quiero decir que fui tras ella, Brent. La saqué de su casa a empujones.

Avergonzado, apagó el cigarrillo, se levantó y empezó a caminar de un lado a otro por la oficina.

—¡Por Dios, Jed! —exclamó Brent, perplejo—. Tú no... ¿la golpeaste?

—No —respondió, al tiempo que se preguntaba cómo podía sentirse ofendido por la pregunta—. Pero la asusté. Y también me asusté a mí mismo, después de recobrar la calma. No reflexioné, no pensé. Sin más, atacué. No voy a correr el riesgo de hacer algo semejante amparado en una insignia, Brent. Esa insignia significaba algo para mí —concluyó, dándole la espalda.

—Te conozco desde hace casi diez años. Ni siquiera una vez te he visto hacer mal uso de ella.

—No tengo intención de hacerlo. De todos modos, no estoy aquí por eso. Dora no entró en mi apartamento, eso está claro. Pero entonces, ¿quién lo hizo?

—Puede haber sido el mismo que entró la otra noche. Quizá busca algo en particular.

—No tengo gran cosa allí dentro, pero había algunos cientos en efectivo en el cajón, mi treinta y ocho, un *walkman* Sony. El apartamento de Dora sí se encuentra atestado de cosas.

—¿Y en cuanto a la alarma?

—La revisé bien y no encontré nada. Ese tipo es bueno, Brent. Un profesional. Podría haber una conexión con Speck, alguien que quiere vengarse.

—Speck no era de la clase de hombres que inspiran lealtad después de muertos —repuso Brent, aunque al igual que Jed, no descartaba aquella posibilidad—. Voy a hacer algunas averiguaciones —continuó—. ¿Podría enviar a un par de hombres para que vigilen ese edificio?

Normalmente Jed se habría negado a recibir protección, pero ahora se limitó a asentir.

—Te lo agradecería. Si alguien me quiere a mí, no me gustaría que Dora se encontrara en medio.

—Dalo por hecho. Ahora dime, ¿arreglaste las cosas con Dora?

Resopló y se volvió para observar el póster de *Harry* el sucio que Brent había pegado en la pared.

—Me disculpé. ¡Gran cosa! Le ofrecí mudarme, pero a ella no pareció importarle, ni una cosa ni la otra.

Siguió murmurando entre dientes, pero Brent tenía oídos muy finos.

—¿Qué? ¿Has dicho algo sobre unas flores?

—Sí, le compré unas flores —confesó con disgusto—. Ni siquiera las miró. A mí tampoco quiere mirarme. Lo que podría estar bien, excepto...

—¿Excepto?

Jed miró a su amigo, con una expresión de desolación en la cara.

—Maldita sea, Brent, me ha atrapado. No sé cómo lo ha hecho, pero lo ha conseguido. Si no nos reconciamos voy a empezar a echar espuma por la boca.

—Mala señal —acotó Brent con un lento movimiento de la cabeza—. La espuma es muy mala señal.

—¿Esto te causa un placer especial, Brent?

—Bueno... sí —respondió mientras sonreía y se ajustaba las gafas—. Quiero decir que, según recuerdo, siempre has sido cortés y, por encima de todo, no has tenido intenciones equívocas con las mujeres. Siempre supuse que era por tu educación de clase alta. Pero ahora estás aquí, con el anzuelo en la boca. Te queda bien. —Jed escuchaba en silencio, exasperado—. Es una mujer fuerte —añadió Brent—. Te hará sudar por un tiempo, rogar un poco.

—Yo no estoy rogando. ¡Al diablo con rogar! —exclamó, apretando los puños dentro de los bolsillos—. Preferiría que se sintiera enojada antes que asustada. —En realidad, no creía que pudiera soportar otra vez esa mirada cargada de miedo—. Pensé que podría comprarle más flores en mi camino de regreso.

—Tal vez sería mejor que pensaras en brillantes, compañero. De esos que te cuelgas del cuello.

—¿Joyas? No voy a sobornarla para que me perdone.

—¿Y para qué son las flores?

—Las flores no son un soborno. —Asombrado de que un hombre casado pudiera saber tan poco, Jed se dirigió a la puerta—. Las flores son algo sentimental; las joyas, comercial.

—Sí. No hay nada más venal que una mujer enojada. ¡Pregúntale a mi mujer! —gritó Brent mientras Jed seguía su camino—. ¡Eh, Skimmerhorn, me mantendré en contacto!

Tras un murmullo entre dientes, Brent volvió al escritorio y buscó en el ordenador el archivo de informaciones sobre Speck.

Jed se sorprendió al encontrar a Dora todavía frente a su escritorio. Había estado fuera durante más de tres horas, y desde que la conocía, nunca la había visto entre papeles más de la mitad de ese tiempo. Dora prefería el contacto con los clientes, o tal vez fuera la satisfacción de acumular dinero.

Quizá ambas cosas, se dijo Jed.

No le sorprendió que lo ignorara, de la misma manera que lo había hecho esa mañana. Pero esta vez pensó que estaba preparado.

—Te he traído algo —dijo.

Dejó una caja grande encima del escritorio, justo delante de Dora. Cuando ella la miró, Jed sintió la secreta satisfacción de descubrir un atisbo de curiosidad en sus ojos.

—Es... bueno, sólo un albornoz —le explicó—. Para reemplazar el que se rompió anoche.

—Ya veo...

Jed se encogió de hombros, impaciente. No lograba la reacción que esperaba de ella, y pensó que había pagado un precio muy alto. El deambular por un departamento de lencería con una vendedora que le sonreía con picardía, le hizo sentirse como un perverso. Al menos fue capaz de decidirse por un práctico albornoz.

—Creo que compré la talla correcta, pero tal vez quieras comprobarlo.

Lentamente, Dora cerró su libro de cheques y cruzó las manos encima. Cuando alzó los ojos hacia él, la curiosidad había dado paso a un destello de ira.

—Aclaremos las cosas, Skimmerhorn. ¿Crees que un ramo de flores patéticas y un albornoz van a ayudar a despejar el camino?

—Yo...

Dora no estaba dispuesta a darle la menor oportunidad.

—¿Supones que un puñado de margaritas van a hacerme suspirar y sonreír? ¿Es lo que esperas? No sé cómo actúas con otras mujeres, amigo, pero conmigo no funciona.

Se levantó de la silla, golpeó la caja de la tienda con la palma de las manos y se inclinó hacia adelante. Fulminando a Jed con la mirada, añadió:

—Una conducta imperdonable no se arregla con un par de regalos frívolos y una expresión de perro apaleado.

Casi al borde de la histeria, Dora se contuvo e hizo una pausa para recobrar el control.

—Suéltalo de una vez —le propuso Jed con voz queda—. Saca todo lo que tienes dentro.

—Está bien, está bien. Invadiste mi apartamento a la fuerza, para lanzarme toda clase de acusaciones. ¿Por qué? Porque yo me encontraba a mano, y porque no te gustaba la manera en que estaban sucediendo las cosas entre nosotros. Ni siquiera consideraste la posibilidad de que pudieras estar equivocado. Sin más, me atacaste, me aterrorizaste y, peor aún... —apretó los labios y le dio la espalda—, me humillaste, porque yo me limité a escucharte, sin moverme, mientras temblaba y lloraba. Ni siquiera contraataqué. —Ahora que lo había admitido, se sintió más tranquila y volvió a mirarlo a la cara—. Es lo que más odio de todo esto.

—Deberías haber estado loca para asumir esta actitud, teniendo en cuenta mi reacción —comentó él.

—Eso no importa.

Jed sintió que la ira se apoderaba otra vez de él, aunque ahora contra sí mismo.

—Te equivocas. Es lo que importa —corrigió—. Por el amor de Dios, Dora, estabas frente a un maníaco que te supera en más de veinticinco kilos. ¿Qué ibas a hacer, tumbarme de un puñetazo?

—Sé defensa personal —afirmó ella, y levantó el mentón—. Podría haber hecho algo.

—Lo hiciste —reconoció al recordar la manera en que lo habían desarmado sus lágrimas de terror—. Estarías loca si te dejaras descontrolar por el miedo.

—No creo que insultarme sea la solución para arreglar las cosas, Skimmerhorn.

Alzó una mano para echarse el cabello hacia atrás. Jed notó que no era su habitual movimiento, sino un gesto de fatiga, o de fastidio.

—Mira, he tenido un día muy agitado...

Se interrumpió cuando le tomó la mano. Aunque Dora se puso rígida, él le atrajo el brazo. Se había arremangado la camisa para trabajar y Jed pudo ver las magulladuras en el antebrazo provocadas por la presión de sus dedos.

—No puedo dejar de repetir que lo siento —afirmó, con una mirada elocuente—. Pero eso no significa gran cosa. —La soltó y volvió a hundir las manos en los bolsillos—. No puedo negar que alguna vez he

pegado a una mujer —agregó—, pero siempre fue en cumplimiento del deber, nunca algo personal. Te he hecho daño. No sé cómo afrontar esta situación.

Se volvió y se dirigió a la escalera.

—Jed —lo llamó Dora con un suspiro en la voz—. Espera un momento.

Idiota, se dijo ella, mientras levantaba la tapa de la caja. El albornoz era casi idéntico al suyo, salvo por el color. Pasó con suavidad un dedo por la afelpada solapa de un verde intenso.

—No tenían ninguno de color blanco... Tú usas muchos colores brillantes, así que...

No estaba seguro de haberse sentido jamás tan estúpido como en ese momento.

—Es bonito —susurró Dora—. Pero no he dicho que te perdonara.

—De acuerdo.

—Es sólo que preferiría volver a poner las cosas en un nivel razonable. No me siento cómoda al enemistarme con los vecinos.

—Tienes derecho a imponer las reglas.

Ella esbozó una sonrisa y comentó:

—Debes de estar sufriendo mucho para delegar esa clase de poder. Nunca fuiste un hombre que comprara lencería, ¿verdad? No sabes nada de sufrimientos.

Jed quería tocarla, pero lo pensó mejor.

—Lo siento, Dora —se disculpó.

—Lo sé. De veras que lo sé. Esta mañana me sentía casi tan enojada conmigo como contigo. Pero antes de que pudiera calmarme, tuvimos algunos problemas en el negocio. Así que cuando volviste, estaba lista para derramar sangre.

—¿Qué clase de problemas?

—El típico ratero de tiendas —respondió, otra vez con mirada dura—. Fue esta mañana, poco después de que salieras a comprar una camisa de espinos...

Jed no sonrió.

—¿Estás segura de que anoche, cuando cerraste, se encontraba todo en su sitio?

—Conozco mi stock, Skimmerhorn —respondió.

—Has dicho que llegaste apenas unos minutos antes que yo.

—Sí, ¿qué tiene que...?

—Estabas alterada cuando te dejé anoche y seguías estándolo esta mañana. No creo que lo hubieras notado.

—¿Notado qué?

—Si faltaba algo arriba. Vamos a echar un vistazo.

—¿De qué estás hablando?

—Anoche alguien entró en mi apartamento.

Dora se contuvo antes de hablar, pero él vio la duda reflejada en su cara.

—No lo digo para disculpar mi conducta, pero alguien estuvo allí—insistió, tratando de mantener la calma—. Los policías reparan en detalles que no ven los demás. Pensé que podría haber sido uno de los hombres de Speck que vino para provocarme. Pero pudo ser por alguna otra razón... Alguien que busca algo en particular entre tus baratijas.

—¿Qué pasa con ese sistema de alarma? ¿Y las cerraduras a prueba de ladrones?

—No hay nada que sea a prueba de ladrones.

Dora cerró por un momento los ojos cuando él la tomó de la mano y la guió hacia arriba.

—Bueno, sin duda esto hará que me sienta mejor. Hace un minuto me consideraba feliz por estar furiosa con un vulgar ratero, ahora has logrado que me preocupe por haber tenido un ladrón de guante blanco en mi apartamento.

—Subamos. ¿Tienes las llaves?

—No está cerrado —dijo. La mirada de Jed la estremeció—. De acuerdo —se apresuró a añadir—, la puerta de fuera estaba cerrada con llave y yo me encontraba abajo. Además... —aventuró, tras empujar la puerta—, nadie ha estado aquí.

Jed se agachó para examinar la cerradura. No había signos visibles de que hubiera sido forzada.

—¿La dejaste sin cerrar cuando saliste anoche?

Dora empezaba a enojarse.

—Es posible —reconoció—. No lo recuerdo.

—¿Guardas dinero en efectivo en casa?

—Algo —admitió, y se encaminó al escritorio para abrir un cajón—. Está en el lugar exacto en que debe estar, como todo lo demás.

—Ni siquiera has mirado.

—Sé lo que hay aquí dentro, Jed.

El revisó la habitación por su cuenta, para rastrear e identificar objetos con la misma pericia que lo haría con los rostros de delincuentes en una carpeta de fotografías de la policía.

—¿Y el cuadro? —preguntó de pronto—. ¿El que tenías sobre el sofá?

—¿El abstracto? A mi madre le gustaba, así que se lo llevé para que lo tuviera durante un tiempo —contestó, señalando los dos retratos que lo reemplazaban—. Pensé que estos dos alegrarían la estancia, pero me equivoqué. Son demasiado sombríos y severos, pero no tuve ocasión de...

—¿Joyas?

—Claro que tengo joyas. Está bien, de acuerdo, lo comprobaré.

Hizo un gesto de resignación y se dirigió al dormitorio. Abrió un cofre de madera de alcanfor y ébano que había sobre una banqueta.

—Parece que está todo, aunque se me hace un poco difícil recordar, porque Lea y yo nos intercambiamos cosas... Si alguien hubiera querido llevarse algo de aquí, se habría decidido por éstos —precisó, sacando un par de aros de esmeraldas de una bolsita de terciopelo—. Son muy valiosos.

—Y bonitos —comentó él tras echarles un vistazo.

No le sorprendía que Dora tuviera suficientes joyas para una docena de mujeres, ya que le encantaba la cantidad. Tampoco le extrañó el gran número de objetos que había en el dormitorio, aunque al mismo tiempo era tan íntimo y femenino como el salón.

—Vaya cama...

—Me gusta mucho. Es una reproducción de una cama Luis XV. Se la compré a un hotel de San Francisco. No pude resistirme a esa cabecera —reveló Dora.

Alta y robusta, estaba tapizada con brocado azul. Ella le había agregado un cobertor acolchado de satén y un ejército de almohadones de adorno.

—Me gusta sentarme aquí por las noches y leer junto a un fuego encendido —comentó, tras cerrar el joyero—. Una de las cosas que me decidieron a comprar este edificio fue el tamaño de las habitaciones, y el tener una chimenea en mi dormitorio. Es, como diría mi padre, el ronroneo del gato. Lo siento, capitán —subrayó con una sonrisa—, no parece que tenga que denunciar ningún delito.

Debería haberse sentido más tranquilo, pero no podía ignorar el cosquilleo que seguía sintiendo en la nuca.

—¿Por qué no haces una lista de los objetos robados? Nosotros... Brent puede mandar algunos hombres a que investiguen en las casas de empeño.

—Ya la hice.

—Déjame ayudarte.

Esta vez cedió al impulso de tocarla, para ver si ella volvía a rechazarlo. Pero al pasarle una mano por el brazo, Dora sólo sonrió. Así pues, le había perdonado, pensó. Así de sencillo.

—De acuerdo —admitió Dora—. No sería inteligente rechazar los servicios de un capitán de policía porque se trate de un simple ratero. Espera...

Dora dio un paso al frente, pero él no se movió ni se apartó. De pronto en su corazón empezó a agitarse un sentimiento que no tenía nada que ver con el miedo.

—Tengo la lista abajo...

—Creo que deberías saberlo —la interrumpió Jed—. Tú tenías razón.

—Bueno, me alegro. Pero ¿sobre qué tenía razón esta vez?

—Yo estaba equivocado con respecto a lo que estaba pasando entre nosotros.

—¿Qué? —exclamó con un temblor en la voz que no pudo evitar—. ¿Qué se supone que estaba pasando entre nosotros?

La mirada de Jed se oscureció de tal manera, que Dora pensó en el espejo de cobalto que tenía expuesto en la tienda.

—No podía dejar de pensar en ti. Te... deseaba. Me preguntaba constantemente cómo sería desnudarte, tocarte, sentirte bajo mi cuerpo. Me preguntaba si tu piel sabría tan bien como huele.

Ella lo miró fijamente mientras sentía temblar los músculos del estómago.

—¿Con que era eso lo que estaba ocurriendo?

—En mi cabeza. Estaba volviéndome loco.

—¿Y ahora estás mejor?

—Peor —contestó, meneando la cabeza—. En estos momentos estoy imaginando que te hago todas esas cosas en la cama. Si quieres vengarte por lo de anoche, lo único que tienes que hacer es decirme que no estás interesada.

Dora exhaló un hondo suspiro. Interesada no era la palabra que ella hubiera elegido. Con una risa débil, se echó el pelo hacia atrás y comentó:

—Creo... que consideraré detenidamente tu oferta y te haré saber el resultado.

—Ya sabes dónde encontrarme.

—Sí, lo sé.

El no esperaba confundirla, pero disfrutaba de la situación.

—¿Quieres que vayamos a cenar? Podríamos... discutir los términos.

La violenta agitación de su corazón la hizo sentirse joven y tonta. Tomó de su mesa de noche un cepillo con mango y reverso de plata, y volvió a dejarlo.

—No puedo. Tengo una cita con mi sobrino. Se encuentra en esa etapa en la que detesta a las mujeres, así que de vez en cuando lo llevo al cine o a las galerías. Una especie de salida de muchachos.

—Tú eres una mujer.

Volvió a coger el cepillo y lo hizo girar entre los dedos.

—No para Richie. No me importa aguantar durante noventa minutos una exhibición de Mercenarios del infierno. Eso me convierte en uno de los muchachos.

El observó sus manos nerviosas y sonrió.

—Si tú lo dices. Bien, en ese caso, intentaremos más adelante una salida de muchachos.

—Claro. Tal vez mañana.

Con suavidad, Jed le quitó el cepillo de las manos y lo dejó a un lado. Luego dijo:

—Creo que podré encontrar un hueco en mi agenda. ¿Por qué no vamos a buscar esa lista?

Cuando salieron sanos y salvos del dormitorio, Dora exhaló un suave suspiro de alivio. Decididamente iba a reflexionar sobre el asunto... en cuanto la sangre volviera a irrigar su cerebro, se dijo.

—¿Tienes tus llaves abajo? —preguntó Jed en el pasillo.

—¿Qué ...? Ah, sí...

—Bien.

Entonces echó el cerrojo antes de cerrar la puerta.

DiCarlo podría haber disfrutado de su lujosa suite en el Ritz—Canton, con su mullida y amplia cama, un bar muy bien provisto, excelente servicio de habitaciones y masajista a su disposición.

Podría haberlo disfrutado... de haber tenido la pintura en su poder.

En cambio, estaba enfurecido.

Sin la llegada inoportuna del hombre del apartamento contiguo, pensaba que habría conseguido el cuadro... o averiguado su paradero.

Vaciló en llamar a Finley. No había nada que informar sobre el trabajo de aquella noche, excepto el fracaso, y todavía tenía tiempo hasta el 2 de enero. Salir con las manos vacías no entraba en sus planes, pero en realidad era sólo una demora, no un desastre.

Comió otra nuez y la acompañó con un trago de Beaujolais que le había quedado del almuerzo. Le desconcertaba que el hombre hubiera advertido que su apartamento había sido registrado. Reclinado en una silla, DiCarlo repasó, paso a paso, sus movimientos de la noche anterior. No había desordenado nada. Había resistido la tentación de apoderarse de los objetos de valor de ambos apartamentos, llevándose tan sólo algunas cosas de la tienda para fingir que se trataba de un simple hurto.

Como el hombre sospechó que la mujer del apartamento contiguo había entrado en el suyo, decidió que no necesitaba cambiar sus planes.

Lo único que tenía que hacer era volver a entrar. Seguiría adelante con el plan de la noche anterior. Sólo que esta vez entraría sabiendo que, en cuanto hubiera terminado, mataría a la mujer.

13

La temperatura había descendido a unos cuantos grados bajo cero, con un deslumbrante cielo nocturno cuajado de gélidas estrellas, interrumpido apenas por una delgada luna. Las tiendas, a lo largo de South Street, se hallaban cerradas y había poco tránsito. De vez en cuando, alguien salía de alguno de los restaurantes, enfundado en un abrigo grueso, y se precipitaba al interior de un coche o se perdía en la entrada del metro. Después la calle volvía a quedar desierta, tan sólo salpicada aquí y allá por las farolas que iluminaban el suelo.

DiCarlo vio el coche de policía cuando dio la primera vuelta a la manzana. Al doblar la esquina para seguir avanzando paralelo al río, apretó los puños sobre el volante. No había contado con interferencias externas. Los policías solían estar demasiado ocupados para apostarse frente a un edificio por un pequeño hurto en una tienda.

Tal vez la dama tenía alguna relación con el jefe de policía, rumió DiCarlo. O quizá fuera mala suerte. En cualquier caso, era sólo una pequeña complicación, y una razón adicional para librarse de la hermosa señorita Conroy, cuando terminara con ella.

Para calmarse, siguió conduciendo sin rumbo durante diez minutos; apagó la radio y consideró varias posibilidades. Cuando volvió a girar hacia South Street, DiCarlo había modificado su plan. Se acercó a la acera y se detuvo junto al coche negro y blanco. Sacó de la guantera el plano de Filadelfia y bajó del vehículo. Sabía que el agente sólo vería a un hombre bien vestido, con un coche alquilado y que se encontraba extraviado.

El policía bajó la ventanilla, liberando un fuerte olor a café y mortadela.

—¿Tiene algún problema, amigo? —le preguntó.

Representando su papel, DiCarlo sonrió con timidez y dijo:

—Ya lo creo que lo tengo. Me alegro de verle, agente. No sé dónde tomé la curva equivocada, pero creo que estoy dando vueltas en círculo.

—Me pareció haberlo visto pasar antes por aquí. Veamos si podemos ayudarle. ¿Adónde va?

DiCarlo metió el plano a través de la ventanilla.

—A la Quince con Walnut. Bien, aquí está. Tratar de encontrarla en el coche fue algo diferente.

—No hay problema. Lo único que tiene que hacer es seguir por ésta hasta la Quinta, y doblar a la izquierda. Saldrá directamente a la Walnut con Independence Square. Vuelva a girar a la izquierda. Déjeme marcarlo en el plano —dijo, mientras buscaba un bolígrafo.

—Se lo agradezco, agente.

Mientras sonreía, DiCarlo apretó el silenciador de su pistola contra el pecho del policía. Sus miradas se encontraron durante un breve instante. Hubo dos disparos sordos. El cuerpo del agente se sacudió y cayó hacia un costado. Con meticulosidad, DiCarlo le controló el pulso. Luego abrió en silencio la portezuela con sus manos enguantadas y enderezó el cuerpo hasta dejarlo sentado. Subió la ventanilla, cerró la puerta y volvió a su coche.

Empezaba a comprender por qué su primo Guido experimentaba un placer tan especial cuando mataba.

Dora se sintió decepcionada porque Richie no aceptó quedarse a dormir en su apartamento. Al parecer tenía una oferta mejor, así que después del cine lo dejó en la casa de un amigo.

Hubiera deseado ir a casa de Lea y John y recoger a sus otros sobrinos para pasar la noche. Una bulliciosa fiesta de pijamas le habría ayudado a calmar los nervios. Lo cierto es que no quería estar sola, se dijo, pero de inmediato se corrigió y pensó que lo que no quería era estar sola y a unos pocos pasos de distancia de Jed Skimmerhorn. Sin importar lo atractivo y encantador que se había mostrado aquella tarde, no podía permitirse olvidar que era un hombre capaz de tener violentos accesos de ira.

No obstante, creía en la sinceridad de sus disculpas y las aceptaba. Hasta comprendía una parte de sus motivos. Pero eso no negaba el hecho de que era una carga de dinamita con una mecha muy corta. No quería permanecer en su radio de alcance si volvía a estallar.

Además, ella también tenía carácter. Quizá tuviese una mecha más larga, pero también era capaz de rebelarse.

Tal vez eso fuera lo que él necesitaba, se dijo. Una mujer con personalidad, que se enfrentara a él. Quizá si Jed contara con alguien que entendiese la necesidad de reaccionar violentamente ante ciertas situaciones, lo ayudaría a ser más accesible, expulsando el veneno de las heridas que lo atormentaban. Podría...

Espera, Dora, se dijo entre dientes, es al revés. No se trata de lo que él necesita, sino de lo que tú necesitas.

Y lo último que necesitaba era tomar por amante a un hombre con más problemas que un personaje de Eugene O'Neill. No importaba lo atractivo que fuera cuando sonreía.

Entró en el pequeño aparcamiento detrás de la tienda. El Thunderbird no estaba. Dora se estremeció un momento, pero después meneó la cabeza y pensó que era mejor así. Si él no permanecía cerca, no podía pensar en llamar a su puerta, lo que sería una clara invitación a los problemas.

La gravilla del aparcamiento crujió bajo sus botas. Sus pasos resonaron con fuerza en la escalera trasera que, por lo común, subía a la carrera. Después de introducir el código en el sistema de alarma, abrió la puerta y entró.

Decidió que no iba a tentar al destino aguardando el regreso de Jed. Haría de ésta una noche placentera. Una taza de té, un fuego en la chimenea y ese libro que había estado tratando de leer; los remedios perfectos para una mente preocupada. Con un poco de suerte, también borrarían los efectos de Grita si te atreves, la película de terror que había visto con Richie aquella tarde.

Entró en el apartamento y encendió las luces del árbol de Navidad, cuyos alegres reflejos nunca dejaban de levantarle el ánimo. Tras conectar el equipo de música a bajo volumen, se quitó las botas y el abrigo. Lo guardó todo en el armario del pasillo, mientras tarareaba al compás de Billie Holiday.

En medias, caminó hasta la cocina para poner a hervir el agua. Al abrir el grifo dio un respingo cuando oyó el crujido de una tabla en la otra habitación. Perpleja, permaneció inmóvil, mientras el agua salpicaba en el fregadero y escuchaba los latidos acelerados de su corazón.

—Serénate, Conroy —murmuró—. No era más que una película de terror.

No había ningún psicópata de dos metros de altura esperándola en el salón con un cuchillo de carnicero. No era más que un simple crujido, eso era todo.

Al reírse de ella misma, puso a hervir el agua y reguló la temperatura. Volvió al salón y se quedó horrorizada.

La estancia se hallaba totalmente a oscuras, como una caverna, salvo por la escasa luz que, desde la cocina, iluminaba las siluetas de los muebles. Lo cual, por supuesto, hacía aún más tenebrosa la oscuridad.

Pero ella había encendido las luces del árbol, ¿o no?

Por supuesto que lo hizo, pensó mientras se llevaba instintivamente una mano a la garganta. ¿Un cortocircuito? No, la música seguía sonando. Trató de razonar con calma a la espera de que se normalizara su pulso. De alguna forma, las luces del árbol se habían desconectado. Mientras negaba con la cabeza, sonrió ante su hiperactiva imaginación y empezó a cruzar la habitación para arreglarlo.

De pronto la luz de la cocina se apagó a sus espaldas.

Se le cortó la respiración, boqueó y retrocedió con un ligero estremecimiento. Se rozó las mejillas con sus dedos delgados, ya húmedos por el miedo. Durante un largo minuto no se movió, para aguzar los oídos ante el menor sonido. No notaba nada, aparte de los latidos de su corazón y la respiración agitada. Se ha quemado un fusible, pensó.

La imaginación creativa podía ser asesina. Todo lo que tenía que hacer era...

Una mano le tapó la boca. Antes de que pudiera pensar en forcejear, un fuerte tirón la apretó contra un cuerpo sólido.

—No te molesta la oscuridad, ¿verdad, preciosa?

DiCarlo bajó la voz hasta convertirla en un susurro, por razones prácticas y para agregar otro elemento de miedo.

—Ahora quédate quieta y en silencio. ¿Sabes qué es esto?

Aflojó el puño lo suficiente para deslizar la pistola debajo de su jersey y llevarla hasta su pecho.

—Es una pistola, grande y de mal carácter. Tú no querías obligarme a usarla, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza y cerró con fuerza los ojos cuando notó el contacto frío del acero. Estaba totalmente aterrorizada, era incapaz de pensar.

—Buena chica. Ahora voy a quitar mi mano de tu boca. Si gritas, tendré que matarte.

Cuando retiró la mano, Dora apretó los labios para que dejaran de temblar. No le preguntó qué quería. Tenía miedo de saberlo.

—Te observé la otra noche, en el dormitorio, cuando te quitaste la ropa —dijo jadeante, mientras deslizaba su mano libre entre las piernas de Dora—. Llevabas ropa interior negra. De encaje. Me gustó.

Ella gimió, volviendo la cabeza mientras él frotaba la lana de sus pantalones. La había observado. Ella había observado. Se sentía asqueada.

—Vas a repetir para mí ese pequeño striptease, después de ocuparnos de un pequeño negocio.

—Yo... tengo algún dinero... Unos cientos de dólares en efectivo. Se los daré.

Mantuvo los dientes apretados y los ojos fijos al frente, mientras luchaba por alejar de su mente lo que él estaba haciendo con su cuerpo.

—Vas a darme muchas cosas, pequeña. ¿Este también se abrocha por delante? —preguntó mientras ella gimoteaba—. ¡Oh, sí, así está bien! ¿De qué color es?

Como Dora no contestó, apretó el cañón del revólver contra su pecho.

—¿No quieres contestarme cuando te hago una pregunta?

—Ro... rojo —tartamudeó.

—¿Y las bragas?

Dora sintió una punzada de vergüenza.

—También.

El rió, y se encontró con asombro excitado por su ruego tembloroso de que se detuviera.

—Eres una mujer muy ardiente. Vamos a pasar un buen rato, preciosa, y no te pasará nada mientras me des lo que quiero. Vamos, di que lo has entendido.

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Lo... he entendido —asintió aterrorizada.

—Bien, muy bien. Ahora quiero que me digas dónde está. Después nos entregaremos a nuestra fiesta.

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Pensó que se había asustado de Jed la noche anterior, pero eso no era nada comparado con el horror glacial que ahora le desgarraba las entrañas.

No hacía otra cosa que sollozar, temblar y esperar a ser sacrificada. Trató de controlarse. No era una mujer desvalida... Quizá la violara, pero ella no se lo pondría fácil.

—No sé de qué está hablando —dijo.

No necesitaba disimular los temblores y esperaba que supusiera que se hallaba totalmente vencida cuando aflojara la presión.

—Por favor, por favor —rogó—, no me haga daño. Le daré todo lo que quiera si no me hace daño.

—No quiero tener que hacerlo.

DiCarlo se sentía duro como el hierro. Cada vez que deslizaba la pistola por su cuerpo, ella se estremecía y él sentía que le hervía la sangre. Esos corazones sensibles que consideraron la violación un delito de violencia estaban llenos de mierda, se dijo. Estaba relacionada con el poder, la esencia de todo.

—Tú coopera y nos llevaremos bien.

Deslizó el cañón del arma por debajo del sujetador, para acariciar con lentitud, arriba y abajo, la medida de los pechos.

—¡Bien! Lo busqué por todas partes y no pude encontrarlo. Dime dónde está el cuadro y apartaré la pistola de ahí.

—¿El cuadro?

Su mente era un torbellino frenético. Aquel hombre le había dicho que cooperara y dejaría de apuntarla. Obedecería, pero no se mostraría impotente.

—Le daré el cuadro, cualquier cuadro que quiera. Por favor, aparte la pistola. No puedo pensar cuando estoy tan asustada.

—De acuerdo, nena. —DiCarlo le pellizcó la oreja y bajó el arma—. ¿Así está mejor?

—Sí.

—No me has dado las gracias —señaló para atormentarla con volver a apuntarle con la pistola.

—Sí, gracias —balbució Dora, mientras cerraba los ojos.

Satisfecho de que la mujer reconociera que él dominaba la situación, volvió a retirar el arma.

—Eso está mucho mejor. Ahora sólo dime dónde se encuentra y no te haré daño.

—Está bien. Se lo diré.

Le agarró el puño izquierdo con su mano derecha y, usando la fuerza de los dos brazos, le propinó un fuerte codazo en el estómago. El gimió de dolor mientras trastabillaba hacia atrás. Dora oyó un golpe seco a sus espaldas cuando echó a correr hacia la puerta.

Pero el miedo le había adormecido las piernas. Llegó al pasillo y casi perdió el equilibrio. Había alcanzado la puerta trasera y echaba el cerrojo cuando él la alcanzó. Dora lanzó un alarido, y con el único pensamiento de sobrevivir, se volvió para clavarle las uñas en la cara.

Al tiempo que maldecía, DiCarlo le rodeó el cuello con un brazo.

—Ahora ya no podremos ser tan amables, ¿no crees?

DiCarlo la asió por los cabellos y empezó a arrastrarla hacia el apartamento sumido en la oscuridad.

Los dos oyeron los pesados pasos que subían por la escalera. Con un golpe desesperado, DiCarlo rompió el fluorescente del pasillo y esperó en las sombras.

Jed entró cauteloso, con el revólver en la mano.

—¡Tire el arma! —ordenó DiCarlo con voz crispada, y apretó el brazo alrededor del cuello de Dora para que no pudiera gritar—. Estoy apuntándola con una pistola a su espalda. Haga un movimiento equivocado y a la dama no le quedará una vértebra sana.

Jed no podía ver el arma, pero sí el contorno pálido de la cara de Dora y podía oír su lucha desesperada por respirar. Con la mirada fija en DiCarlo, se agachó y dejó el revólver en el suelo.

—¡Suéltela! No le servirá mucho como escudo si la estrangula.

—¡No se mueva, las manos detrás de la cabeza! ¡Lance el revólver hacia aquí!

Jed se irguió y entrelazó los dedos detrás de la cabeza. Sabía que los ojos de Dora estaban fijos en él, pero no la miró.

—¿Hasta dónde cree que va a llegar?

—Lo bastante lejos. ¡Lance el revólver hacia aquí!

Jed empujó el arma con suavidad hasta dejarla a mitad de camino entre él y Dora, pues sabía que el hombre tendría que acercarse para cogerla. Sólo así tendría una oportunidad.

—Lo siento —farfulló—. Parece que me he quedado sin fuerzas.

—¡Atrás! ¡Atrás, maldito sea, contra la pared!

DiCarlo tenía la frente perlada de sudor. Las cosas no marchaban como se suponía que debían hacerlo. Pero él tenía a la mujer, por lo que conseguiría la pintura de Finley.

Mientras avanzaba de costado, echó a andar por el pasillo hacia la puerta abierta, con Dora entre él y Jed. Cuando trató de alcanzar el arma de Jed y se agachó para cogerla, arrastró a Dora con él hacia abajo. El movimiento hizo que aflojara la presión alrededor del cuello de Dora.

Mientras Jed preparaba su siguiente movimiento, Dora boqueó para tomar aire.

—¡No tiene ninguna pistola! —gritó jadeante, empujando a DiCarlo hacia atrás.

Golpeó con el pie el treinta y ocho, que fue a parar al pasillo. De un empujón, Jed apartó a Dora y se preparó para recibir el ataque de DiCarlo. Pero en lugar de atacar, DiCarlo echó a correr.

Jed lo atrapó en la puerta. Pasaron juntos a través de ella, en una violenta confusión de miembros enredados y maldiciones. Con el estruendo de un balazo, la barandilla se partió en dos pedazos bajo el peso de los cuerpos. En ese momento Dora pasó gateando por la puerta y bajó por la escalera en busca del revólver.

Jed recibió un puntapié en los riñones y otro en el vientre. Entonces estrelló el puño en la cara del hombre y tuvo la satisfacción de ver que sangraba.

—¡No lo encuentro! —gritó Dora.

—¡Vete de aquí!

Jed atrapó en el aire el pie que DiCarlo apuntaba hacia su cabeza y arrojó hacia atrás a su contrincante.

En lugar de marcharse, Dora dejó escapar un aullido salvaje cuando vio que DiCarlo agarraba un pedazo de la barandilla rota y la lanzaba con violencia, pasando a tan sólo unos centímetros de la cara de Jed. Mientras mostraba los dientes como una fiera salvaje, bajó tres escalones a la carrera y saltó sobre la espalda de DiCarlo.

Le mordió en el cuello con tanta fuerza que le hizo sangrar, antes de que él la arrojará a un lado.

Sintió un dolor horrible cuando su cabeza se golpeó contra el borde de un escalón. Retrocedió y consiguió ponerse de nuevo en pie. Pero su visión era borrosa, y cuando cayó al suelo hecha un ovillo, se le oscureció por completo.

Cuando volvió a abrir los ojos, las imágenes flotaban frente a ellos, desenfocadas. Sentía dolor. Dora cerró los párpados y trató de volver a hundirse en el vacío.

—No, no lo hagas. Vamos, preciosa, abre los ojos.

Jed le tocó con suavidad las mejillas con el dorso de la mano, hasta que la molestia la hizo gemir y volver a abrir los ojos.

—Basta ya —protestó.

Le apartó la mano y trató de sentarse. Todo le daba vueltas alrededor.

Temiendo que sus ojos volvieran a cerrarse, Jed la recostó con delicadeza.

—No tan rápido. Trata de mantenerte despierta, pero en posición horizontal.

Dora se llevó una mano a la nuca y emitió un gemido.

—¡Oh, mi cabeza...! ¿Con qué me he golpeado?

—Ya ha pasado. Ahora relájate. ¿Cuántos dedos ves? —preguntó, y levantó una mano frente a ella.

—Dos. ¿Estás jugando a ser médico?

Aunque a él le preocupaba una posible conmoción, al menos su visión y su habla eran claras.

—Creo que estás bien. —Pero la sensación de alivio fue desplazada de inmediato por su mal genio—. No porque te lo merezcas, después de tu estúpida jugada. ¿Qué estuviste haciendo, Conroy? ¿Cabalgaste sobre el lomo de un cochinito?

—Trataba de ayudar.

Todo volvió enseguida a su mente, demasiado rápido, demasiado claro. Le apretó los dedos y recordó que todavía le sostenía la mano. Esta vez, a pesar de la punzada de dolor, se incorporó de golpe.

—¿Dónde está? ¿Se escapó?

—¡Maldición! ¡Sí, se escapó! Podría haberlo atrapado si tú...

Desafiante, Dora lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Si yo qué?

—Si tú no te hubieras desplomado como un árbol talado. Creí que estabas equivocada con respecto al revólver... —Se interrumpió un instante porque el recuerdo le provocó náuseas—. La idea de que él te había disparado me distrajo y me hizo olvidar que quería partirle la cara. Por suerte, lo único que sufriste fue un golpe en tu cabeza dura.

—Bueno, ¿por qué no fuiste tras él?

Dora trató de moverse pero fue inútil.

—Supongo que debería haberte dejado allí, inconsciente, mientras te congelabas y sangrabas...

Con cautela, Dora volvió a tocarse la cabeza.

—¿Sangrar? —preguntó—. ¿Estoy sangrando?

—No perdiste mucha sangre —contestó, y luego preguntó con voz queda—: ¿Quieres decirme de qué va todo esto? No creo que haya sido otra de tus citas desafortunadas.

Ella lo miró fijamente y después desvió la mirada.

—¿Deberíamos llamar a la policía?

—Ya lo he hecho. Brent está en camino.

Dora echó un vistazo al apartamento.

—Por cierto, sí tenía una pistola... pero no sé qué pasó con ella.

—La encontré debajo de la mesa.

Dora esbozó una débil y fugaz sonrisa.

—Estuviste muy ocupado.

—Te tomaste tu tiempo para recuperar el conocimiento. Otro par de minutos y hubiera tenido que llamar a una ambulancia.

—Tuve suerte.

Jed se sentó a su lado, volvió a tomarla de la mano, con demasiada delicadeza como para que ella rechazara el contacto.

—Basta de rodeos. Ahora dime qué pasó.

—Supongo que tenías razón respecto a que alguien estuvo aquí. Parece que también entró en mi apartamento. En realidad yo no noté nada fuera de lugar o que faltara algo. Pero él dijo que me vio mientras

me desnudaba... —Titubeó un instante y agregó—: Como describió el modelo de mi ropa interior, tengo que creerlo.

Jed reconoció los signos: la humillación entremezclada con el miedo, la vergüenza con la ira.

—Dora, puedo hacer que Brent envíe a una mujer policía si es más fácil para ti.

—No —negó, tras respirar hondo—. Debe de haber estado escondido en algún lugar... quizá en el dormitorio. Cuando llegué, fui directamente a la cocina para preparar un poco de té... Puse a calentar la tetera.

—Me ocupé de ello.

—Me alegro. Estoy encariñada con esa tetera... —comentó, y empezó a manosear los flecos del cubrecama—. Sea como fuere, cuando volví aquí, el árbol estaba apagado. Acababa de encenderlo, así que pensé que se habría desenchufado o algo parecido. Cuando me disponía a arreglarlo, se apagó la luz de la cocina. El me agarró por detrás. —La voz había empezado a temblarle. Entonces se aclaró la garganta antes de continuar—. Debería haber luchado. Me gusta pensar que tendría que haberlo hecho, pero él me puso la pistola debajo del jersey y empezó a... bueno, empezó a frotármela por el pecho. Supongo que algunos individuos ven una pistola como un símbolo fálico —concluyó con una débil risita.

—Ven aquí. Ya está todo arreglado.

La atrajo hacia él y le hizo apoyar la cabeza en su hombro. Mientras su propia furia lo corroía, le acarició el pelo. Ella cerró los ojos y empezó a ahondar en los detalles.

—Supe que iba a violarme. El año pasado asistí a un curso de defensa personal, pero en ese momento no pude recordar nada. Era como si una capa de hielo se hubiera desplazado sobre mi cerebro y yo no podía atravesarla. El no dejaba de repetir que íbamos a pasarlo muy bien y yo me enfurecí. Baboseaba en mi nuca y me decía que tenía que ser buena, que solo tenía que cooperar. Me enfurecí tanto porque él pensó que yo no iba a hacer nada para defenderme. Supongo que podrás decir que me abrí paso a través del hielo, porque le di un codazo en el estómago y corrí. Allí fue donde entraste tú.

Jed no quería pensar en lo que pudo haber sucedido si él no hubiese entrado.

—Está bien —la alentó—. ¿Lo conocías?

—No lo creo. No reconocí su voz. Estaba demasiado oscuro aquí dentro para ver algo y él se hallaba detrás de mí. Luego le vi bastante bien, pero no me resultó conocido —puntualizó, y respiró hondo—. Tu flamante barandilla se hizo pedazos.

—Supongo que tendré que colocar otra. ¿Tienes alguna aspirina?

—En el lavabo en el estante de las medicinas. Tráeme un par de docenas, ¿quieres?

Sonrió cuando sintió que los labios de Jed le rozaban las sienes. Eso también ayudaba. Ya más tranquila, se reclino en la almohada cuando él se levantó. Le llamó la atención la toalla arrugada sobre la mesa de café. Era su toalla de lino, la bordada a mano con bordes de satén. Estaba manchada de sangre.

—¡Maldita sea, Skimmerhorn! ¿Tenías que usar mi mejor ropa blanca? —Disgustada, se inclinó para cogerla—. ¡También está mojada! ¿Sabes qué le pasa a una tela mojada cuando se la deja encima de la madera?

—No pensaba en los muebles —contestó Jed, mientras revolvía en el estante de medicinas—. No encuentro ninguna aspirina.

—Déjame a mí.

Se sentía satisfecha de haber podido levantarse y caminar por sus propios medios, hasta que vio su imagen reflejada en el espejo del botiquín.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Mareada?

Alerta ante el menor signo de desfallecimiento, la tomó por los brazos, preparado para sostenerla.

—No, asqueada. El único maquillaje que me queda en la cara se ha corrido debajo de mis ojos. Parezco un personaje salido de la familia Addams.

Estiró el brazo y cogió del estante superior un pequeño frasco azul.

—Aspirinas —anunció con sarcasmo.

—¿Por qué no están en el envase debido?

—Porque los frascos de plástico de las aspirinas son feos y ofenden a mi impecable sentido del gusto.

Sacó cuatro aspirinas y le entregó el recipiente a Jed.

—¿Cómo sabes que no eran antihistamínicos?

—Porque los antihistamínicos se encuentran en el frasco ámbar, y las aspirinas en el azul.

Se sirvió agua en un vaso de porcelana y se tomó de un solo trago las cuatro pastillas. El dolor de cabeza más intenso de su vida se había instalado en su cráneo. Se estremeció al oír que llamaban a su puerta.

—¿Es la caballería?

—Supongo que sí. Quédate aquí.

Dora abrió los ojos desorbitadamente cuando vio el revólver enganchado en la parte trasera de su pantalón vaquero. Jed lo sacó y se detuvo junto a la puerta.

—¿Sí?

—Soy Brent.

—¡Ya era hora!

Abrió con brusquedad la puerta y descargó en su ex compañero una buena parte de la furia contenida.

—¿Qué clase de policías envías cuando un violador armado puede pasar delante de sus narices y entrar en un edificio cerrado?

—Trainor era un buen hombre.

Brent hizo una mueca triste y apretó los labios.

Miró por encima del hombro de Jed y vio a Dora inmóvil en la puerta del cuarto de baño.

—¿Ella se encuentra bien?

—No será gracias a la eficiencia de la policía de Filadelfia. Si yo no hubiera... —Se interrumpió, porque la expresión de los ojos de Brent lo taladró—. ¿Has dicho era?

—Está muerto. Dos disparos en el pecho, a corta distancia. Tan corta, que hay quemaduras de pólvora en su camisa.

Dora se acercó lentamente e inquirió, bajo la atenta mirada de los dos hombres:

—¿Qué es? ¿Qué más ha pasado?

Jed sacó un cigarrillo.

—Le pedí a Brent que pusiera un hombre frente al edificio, por si volvía ese tipo —contestó, e hizo una breve pausa para encender el cigarrillo—. El volvió... y el agente está muerto.

—¿Muerto?

Dora volvió a palidecer.

—Quiero sentarme —afirmó Jed con determinación— y repasar otra vez todo este asunto. Paso a paso.

—¿Cómo lo mataron? —preguntó Dora, pero supo de inmediato la respuesta—. Le dispararon, ¿verdad?

—Es mejor que nos sentemos, Dora —sugirió Brent. Quiso tomarla del brazo, pero ella lo rechazó y retrocedió.

—¿Estaba casado?

—Eso no es...

Dora dio una palmada en el pecho de Jed antes de impedirle terminar la frase.

—¡No me digas que no es asunto mío! Un hombre se hallaba ahí fuera, para tratar de protegerme, y ahora está muerto. Quiero saber si tenía una familia.

—Tenía esposa... —señaló Brent con un susurro, sintiéndose culpable—, y dos hijos, ambos en la escuela secundaria.

Dora se apretó con fuerza los brazos y les volvió la espalda.

—Dora... —Jed tendió una mano para tocarla, pero la dejó caer de nuevo a un costado—. Dora, cuando un hombre o una mujer ingresan en la policía, conocen los riesgos.

—¡Cállate, Skimmerhorn! ¡Sólo cállate!

Meneó la cabeza para echarse hacia atrás los cabellos alborotados y se dirigió a la cocina.

—Voy a preparar café —dijo—. Luego lo repasaremos todo otra vez.

Un poco más tarde, frente a una taza de café, se sentaron a la mesa del comedor de Dora, para repasar punto por punto su relato.

—Es extraño que haya vuelto..., tenemos que analizarlo muy bien —sugirió Brent, tras revisar sus notas—. Eliminar a un policía para entrar, no es el patrón de conducta de un violador.

—No sabría decirlo, pero sé que, cuanto más asustada estaba yo, más disfrutaba él. —Dora recitaba las palabras como si se encontrara ensayando una obra—. El estaba excitado y no quería que sucediera demasiado rápido, porque no paraba de hablar. —Abrió mucho los ojos y añadió—: Mencionó algo sobre un cuadro.

—¿Buscaba cuadros? —preguntó Brent.

—No, no creo que fuera eso. Quería una pintura en particular, quería que yo le dijera dónde estaba. En realidad, no le escuchaba porque sabía que tenía que hacer algo, o de lo contrario me violaría.

—¿Qué clase de cuadros tienes?

—De todas clases, supongo. Retratos de familia, fotos de vacaciones y fiestas de cumpleaños. Nada que pueda interesar a alguien como ese tipo.

—¿Cuándo fue la última vez que tomaste algunas fotografías? —prosiguió Jed—. ¿Qué fotografias-te?

—Tomé algunas en Navidad, en casa de Lea. Ni siquiera las hice revelar. Antes de eso... —Se mesó el pelo y luego añadió—: ¡Dios!, no lo sé con precisión. Hará semanas, o quizá meses.

—Me gustaría que revelaran ese rollo, si no te importa. —Brent sonrió—. Nunca está de más analizar todas las posibilidades.

—Iré a buscarlo.

—Esto no concuerda —comentó Jed cuando Dora dejó la habitación—. Un tipo no mata a un policía y después cruza la calle para violar a una mujer y apoderarse de su álbum de fotos.

—Por alguna parte tenemos que empezar. El quería un cuadro, un retrato, y nosotros echaremos un vistazo a sus retratos. Tal vez tomó una fotografía de algo que no debía.

—Tal vez.

Pero Jed no podía encajar esa pieza en el rompecabezas.

—¿Le viste lo bastante bien como para confeccionar un retrato robot?

—Un metro ochenta, setenta y ocho kilos, cabello y ojos oscuros, contextura delgada. Llevaba un abrigo de cachemir gris, y un traje azul marino o negro, con una corbata roja. Es curioso que un tipo use traje y corbata para cometer una violación.

—Este es un mundo curioso.

—Aquí está la película —anunció Dora dejando el rollo encima de la mesa—. Quedaban todavía un par, pero no creo que vaya a usarlas.

—Gracias —dijo Brent, y la guardó en el bolsillo—. Me gustaría que tú y Jed trabajarais un poco con el identificador. Es un pequeño juguete que tenemos para elaborar lo que llamamos un retrato robot.

El espectáculo debe continuar, pensó Dora con disgusto.

—Seguro. Me pondré un abrigo.

—No esta noche —la detuvo Brent, y luego se ajustó las gafas y se puso de pie—. Ahora necesitas descansar. Mañana podrás hacer un trabajo mejor. Si recuerdas alguna otra cosa, llámame. A cualquier hora.

—Lo haré. Gracias, Brent.

Cuando se quedaron solos, Dora apiló las tazas y los platos de café para recogerlos. Todavía se le hacía difícil mirar a Jed a los ojos.

—Aún no te he dado las gracias.

Jed apoyó las manos sobre las de ella y dijo:

—Gracias por nada. Deja esas cosas ahí. Quizá debería llevarte al hospital para que te examinen esa cabeza dura que tienes.

Dora apretó los labios para que no se le quebrara la voz.

—No quiero doctores que se burlen de mí. No quiero a nadie que se burle de mí. La aspirina me está aliviando el dolor de cabeza.

—No surte mucho efecto para una probable conmoción.

—Tampoco lo hace ninguna otra cosa.

Movió las manos debajo de las de Jed y juntó los dedos como si implorara comprensión.

—No me presiones, ¿de acuerdo?

Él retiró las manos, le tocó la barbilla y le levantó la cabeza para observar sus ojos.

—¿Quién está presionando? Ve a la cama, Conroy.

—No estoy cansada. Todo ese café va a mantenerme despierta por... ¡Oh Dios, estuve a punto de traer a Richie conmigo! —La idea le revolvió el estómago—. Si él... —Se interrumpió. No podía permitirse completar esa idea—. Este lugar debería ser seguro.

—Lo será —afirmó Jed.

Con delicadeza, le apoyó las manos en los hombros y le masajeó los músculos tensos.

—La próxima vez que vaya por cigarrillos y leche te llevaré conmigo.

Como deseaba volver a apoyarse en el pecho de Jed, y tal vez lo anhelaba demasiado, levantó las tazas y las llevó a la cocina.

—No vi ninguna bolsa.

—La dejé en el coche cuando te oí gritar.

Las tazas chocaron entre sí cuando las dejó en la mesa.

—Buena idea. ¿Siempre llevas un revólver al supermercado?

—En esas tiendas de comestibles siempre te roban.

Ella soltó una risita forzada y Jed le tocó el pelo.

—No te preocupes. No voy a desmoronarme.

—No estoy preocupado —aseguró, mesándole con suavidad el pelo—. ¿Quieres que llame a tu hermana o a tus padres?

Dora tapó la pileta e hizo correr el agua.

—No. Supongo que tendré que contarles algo mañana, lo cual ya será bastante grave.

Jed sabía que Dora no se ocupaba de los platos por un sentido exagerado de la pulcritud, sino porque postergaba el momento de quedarse sola. Al menos eso era una cosa que él podía solucionar.

—Tengo una idea. ¿Por qué no duermo en el sofá esta noche? Prometo no dejar crema de afeitar en el cuarto de baño.

Con un suspiro de alivio, Dora cerró el grifo y se volvió para ocultar la cara en el pecho de Jed.

—Gracias.

Jed vaciló un instante y entonces la abrazó.

—No me lo agradezcas. Podría roncar.

—Me arriesgaré —bromeó rozándole la mejilla contra la suya—. Podría pedirte que compartas mi cama, pero...

—Mal momento.

—Sí. El peor —reconoció, y se apartó con suavidad—. Te traeré una almohada.

14

Tenía buen aspecto. Jed no había dedicado demasiado tiempo a observar a mujeres dormidas, a menos que hubieran compartido la cama con él. Pero por las mañanas, ninguna se había mostrado tan bien como Dora.

Dormía tendida boca abajo, los cabellos alborotados por la noche echados hacia atrás de las mejillas, lo que dejaba su cara libre, con excepción de los mechones del flequillo. Estaba realmente atractiva.

Jed pensó que se debía a sus hermosos ojos oscuros y la manera en que dominaban su rostro expresivo. Pero ahora los ojos estaban cerrados y el rostro en reposo.

Sin embargo, seguía estando hermosa.

Tal vez fuera su cutis. Sí, el cutis de Dora parecía de seda, como una suave seda blanca con un ligero rubor rosado, pensó Jed.

Se estremeció, desconcertado y aterrado al mismo tiempo por el curso que seguían sus pensamientos. Cuando un hombre empezaba a pensar en metáforas sobre el cutis de una mujer, estaba perdido.

Avanzó unos pasos, dejó la taza sobre la mesa de noche y se sentó al borde de la cama.

Podía oler... esa fragancia sensual que siempre le secaba la boca. Otro problema, se dijo, ya que cuando un hombre caía en la trampa obvia de un perfume, también estaba perdido.

—Isadora...

Le tocó el hombro por encima del grueso edredón, la movió lentamente, como lo había hecho cada dos horas durante la noche para cerciorarse de que se encontraba bien.

Ella emitió un leve gemido y se volvió. El movimiento hizo que el edredón se deslizara y descubriera los hombros. Intrigado, Jed observó el camisón de franela que Dora llevaba puesto. Parecía grueso como una coraza y era de un color azul intenso. Alcanzó a ver dos pequeñas aplicaciones de color rosa que parecían orejas de cerdo. Presa de curiosidad, levantó un poco el edredón y, en efecto, la cara redonda de un cerdo de peluche le sonrió.

Supuso que ella lo había escogido porque pensó que le daría calor y sería asexual.

En parte tenía razón, pensó, y soltó el edredón. Volvió a moverla con suavidad y, para evitar que se volviera, la cogió por el hombro.

—Isadora... Izzy... —le susurro al oído—. Despierta.

—Vete, papá.

Mientras sonreía, se inclinó sobre ella y le mordió con delicadeza el lóbulo de la oreja. Eso hizo que Dora abriera con brusquedad los ojos y encendiera el fuego del deseo en su cuerpo.

Parpadeó, pero antes de que pudiera orientarse, sintió una boca que capturaba la suya. Aturdida, levantó una mano hasta el hombro de Jed para palpar con los dedos, mientras la intensidad del fuego aumentaba.

—¿Estás despierta ahora? —susurró él, mordisqueándole el labio inferior.

Dora se aclaró la garganta, pero su voz brotó todavía ronca por el sueño.

—Oh, sí. Por completo —respondió.

—¿Quién soy?

—Kevin Costner —bromeó con una sonrisa, y enderezó los hombros—. Es sólo una de mis pequeñas fantasías inocentes, Skimmerhorn.

—¿Él no está casado?

—No en mis fantasías.

Jed se echó hacia atrás e inquirió:

—¿Cuántos dedos?

—Tres. Creí que ya lo habíamos determinado anoche.

—Hay que hacerlo otra vez esta mañana. —Sus ojos aparecían turbios, notó, pero las pupilas eran normales—. ¿Cómo va la cabeza?

Dora dejó pasar unos segundos para iniciar el inventario. Además del zumbido continuo persistía el dolor.

—Duele... También el golpe en el hombro.

—Prueba con éstas.

Dora miró las aspirinas que Jed tenía en la mano.

—¿Dos? Skimmerhorn, yo tomo dos cuando me rompo una uña.

—No seas tan protestona.

Sabía que eso iba a dar resultado. Ella frunció el entrecejo, tomó las pastillas, y después la taza de café que le ofrecía Jed.

Con el primer sorbo, la irritación se convirtió en sorpresa.

—No está mal este café. Casi sabe tan bien como el mío.

—Es el tuyo... en todo caso, son los granos de tu café. Una vez te observé mientras lo preparabas.

Como deseaba disfrutar del momento, Dora puso una almohada detrás de su espalda y se reclinó.

—Aprendizaje rápido —reconoció—. ¿Has dormido cómodo en el sofá?

—No, pero he dormido. Usé tu ducha. ¿No tienes otros jabones que no tengan forma de pequeñas flores o cisnes?

—Tuve algunos hipocampos, pero ya los gasté. —Dora se inclinó hacia delante y lo olió, acariciándole el vello rubio todavía húmedo que se le rizaba sobre el cuello—. Hum... hueles a gardenias.

Jed le cubrió la cara con la mano y la empujó lentamente hacia atrás.

—Te sugiero algo. La próxima vez que salga de compras, veré si puedo encontrar algunos con forma de pequeñas pesas y con ese seductor aroma masculino de calcetines de gimnasia sudados. —Con la taza entre las manos, Dora volvió a sorber y suspiró—. No puedo recordar la última vez que alguien me trajo café a la cama —añadió.

Echó la cabeza hacia atrás y lo observó bien. Con los cabellos mojados, el mentón algo oscuro por la barba crecida, y la hermosa mirada de preocupación, componía una imagen muy seductora.

—Tienes muy poca imaginación, Skimmerhorn. Debiste saber que, con un mínimo esfuerzo, anoche podrías haber estado aquí, conmigo. Conocías qué botones debías pulsar, pero no lo hiciste.

—Estabas herida y cansada. —Pero él había pensado en ello. Sí, había pensado mucho en ello—. No soy un animal —concluyó.

—Oh, sí lo eres. Eres este animal grande, rebelde, irascible. Eso forma parte de la seducción —afirmó, y deslizó los dedos por la mejilla—. Todos esos músculos y esa actitud agresiva... Hay algo irresistible al saber que tienes la misma capacidad para ser grosero, que para ser amable. Tengo debilidad por los chicos malos con corazón blando.

Elle tomó la mano con la intención de apartarla de su mejilla, pero Dora entrelazó los dedos y se sentó para besarla. Suave y dulcemente, hizo vibrar cada uno de los músculos del cuerpo de Jed.

—Estás tentando a la suerte, Dora.

—No lo creo.

Pudo haberle demostrado que estaba equivocada, lo habría hecho de no haber sido capaz de advertir con tanta claridad en sus ojos el dolor de cabeza. Podría haberla echado sobre la cama y satisfecho esa necesidad salvaje que ella generaba en su interior.

Pero no lo hizo, porque no había manera de tomar lo que quería sin hacerle daño.

—Escúchame —señaló con sumo cuidado, mientras le sostenía la mirada—, tú no me conoces. No sabes de qué soy capaz, o de qué no soy capaz. Pero no olvides que te deseo, y cuando esté seguro de que te has recuperado, entonces serás mía. Ni siquiera preguntaré.

—No hay necesidad de ello, ya te dije que sí.

Jed miró las dos manos unidas y soltó la de ella.

—No seré magnánimo. No me importará un bledo si después lo lamentas.

—Cuando yo hago una elección, no echo la mirada atrás para ver lo que pudo haber sido. También sé que no me lo adviertes a mí, sino a ti mismo.

Jed dejó caer las manos y se levantó.

—Tenemos otras cosas de qué ocuparnos hoy. ¿Qué vas a hacer con respecto al negocio?

—Hoy permanecerá cerrado.

—Bien. Tenemos que ir a la comisaría de policía. Mientras te vistes, yo prepararé el desayuno.

—¿Puedes?

—Puedo echar leche en los cereales.

—¡Delicioso!

Mientras él se disponía a salir, Dora arrojó a un lado el edredón.

—¡Ah, Conroy! —le comentó Jed por encima del hombro—. Me gusta tu cerdito.

Mientras Jed y Dora compartían una caja de copos de maíz, DiCarlo deambulaba de un lado a otro en su apartamento de Nueva York. No había dormido. Se ayudó a pasar la larga noche con una botella de whisky, pero los efectos no habían aliviado su mente febril ni le habían dado paz.

No podía volver a Filadelfia. El policía liquidado era una cosa, pero había dejado dos testigos que, con seguridad, habían visto su cara lo bastante bien como para identificarlo.

Lo atraparían, pensó con el ceño fruncido, y se sirvió otra copa. Lo relacionarían con el agente muerto. Si DiCarlo sabía algo sobre los policías, era que se mostraban implacables en perseguir a alguien que hubiera matado a uno de los suyos.

Así pues, no sólo no podía volver, sino que necesitaba ocultarse, al menos hasta que amainara el temporal. Un par de meses, pensó, seis como máximo. Aquello no era ningún problema. Tenía muchos contactos y dinero en efectivo. Podía pasar un buen invierno en México, bebiendo. Una vez que los polizontes terminaran de arrastrar su trasero, regresaría.

El único inconveniente era Edmund J. Finley.

DiCarlo examinó la mercancía que había apilado contra la pared, junto al árbol de Navidad. Parecían regalos tristes, olvidados, sin envolver y despreciados.

Los sujetalibros, el papagayo, el águila, la estatua de la Libertad, el perro de porcelana. Contando la estatuilla que ya había enviado, había recuperado seis de los siete objetos de arte. Cualquiera que no fuese Finley, lo consideraría un éxito.

Sólo quedaba una miserable pintura, recordó. Dios sabía que lo había intentado. Ahora tenía un ojo morado, un labio partido y los riñones doloridos. Su abrigo de cachemir estaba roto.

En primer lugar, había hecho más de lo que le correspondía para corregir un error del que no era culpable. En cuanto tuviera tiempo, Opal Johnson pagaría por ello. Con creces...

Mientras tanto, debía resolver cuál sería la mejor manera de abordar a Finley. Después de todo, Finley era un hombre de negocios, y sabía que uno debe asumir las pérdidas junto con las ganancias. Así pues, abordaría el asunto de esa manera. De hombre de negocios a hombre de negocios. No estaría mal poner a Finley de buen humor al presentarle primero las cinco piezas recuperadas, y después despertar su simpatía y admiración al referirle los pormenores.

También le explicaría lo del policía. Sin duda un hombre como Finley comprendería el enorme riesgo personal que había corrido al freír a un polizonte.

No parecía suficiente, admitió DiCarlo. Tomó un pedazo de hielo para aplicárselo sobre el pómulo magullado, y fue hasta el espejo del vestíbulo para mirarse bien. Era demasiado evidente para que pudiera ir a celebrar el Año Nuevo. Imposible pensar en salir y mezclarse con la multitud, dado que su cara parecía haber pasado por una trituradora de carne.

Tendría que hacer otra visita a esa tal Conroy y al hombre que vivía enfrente. Dejaría que pasara algún tiempo. Dio un brinco cuando palpó con suavidad alrededor del ojo hinchado. Podía ser paciente. Seis meses, un año. Para entonces, se habrían olvidado de él. Pero él no olvidaría.

En esa ocasión no habría planes para matarla con compasión. No, ésta era una vendetta que sería ejecutada con lentitud y enorme placer.

La idea le hizo sonreír y maldijo cuando el movimiento le abrió el labio partido. Se secó la sangre con el dorso de la mano y se apartó del espejo. Ella tendría que pagar, no había ninguna duda. Pero su prioridad seguía siendo Finley.

Sabía que podía escapar de la policía, pero no estaba tan seguro de que lograra escapar de su jefe. Usaría todo su poder de razonamiento, el espíritu práctico y la adulación. Y... —DiCarlo presionó la bolsa de hielo contra su bocade buena fe, ofrecería poner a otro hombre en este trabajo, corriendo él mismo con los gastos.

Sin duda sería una oferta que estimularía el sentido comercial de Finley. Y su codicia.

Satisfecho, DiCarlo se dirigió al teléfono. Cuanto más rápido terminara en California, antes podría poner los pies en las playas mejicanas.

—Quiero reservar un pasaje, en primera clase, en el vuelo Nueva York—Los Angeles. El primero disponible. ¿Ninguno antes de las seis y cuarto? —preguntó, mientras tamborileaba con los dedos sobre el escritorio y calculaba—. Sí, sí, ése estará bien. No, sólo de ida. Necesito hacer una reserva en otro vuelo,

de Los Angeles a Cancún, para el primero de enero. —Abrió un cajón del escritorio para sacar el pasaporte—. Sí, estoy seguro de que el tiempo mejorará.

—Creo que su cara era un poco más larga.

Dora observó en el monitor cómo cambiaba la imagen que generaba el ordenador, en respuesta al movimiento rápido de los dedos del operador sobre el teclado.

—Sí, eso es. Creo que un poco más delgada. —Un tanto insegura, meneó la cabeza y miró a Jed—. ¿Tenía las cejas más pobladas? Diría que estoy describiendo a Al Pacino.

—Lo haces muy bien. Cuando terminen con tus descripciones, yo agregaré las mías.

—De acuerdo.

Cerró los ojos y dejó que volviera a su mente la imagen siniestra, pero con ella también regresó un estremecimiento de pánico y volvió a abrir los ojos. Dora tendió la mano para tomar el vaso de agua fría que había pedido.

—Sólo obtuve una visión muy fugaz. El... creo que tenía más pelo..., y quizá fuera un poco ondulado.

—Bien —dijo el operador, e intentó con un peinado diferente—. ¿Qué les parece éste?

—Mucho mejor. Tal vez sus ojos fueran más grandes... ya sabe, más párpados.

—Como éstos?

—Sí, creo... —Se interrumpió y dejó escapar un suspiro—. No lo sé.

Jed se situó detrás de su silla, le apoyó las manos en los hombros y empezó a masajearlos para aflojar la tensión.

—Los labios y la nariz más delgados —ordenó—. Tenía ojos más hundidos. Ella tiene razón sobre las cejas, eran más tupidas. Más. Y el mentón más cuadrado.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Dora con un susurro.

—Le vi mejor que tú. Eso es todo.

No, eso no era todo, pensó Dora. Ni mucho menos. Jed había visto lo mismo que ella, pero él lo asimiló, archivó y retuvo. Ahora veía cómo tomaba forma en el monitor la imagen de su agresor.

—Ahora profundiza los rasgos —sugirió Jed, y entrecerró los ojos para enfocar mejor—. ¡Bingo!

Temblorosa, Dora extendió una mano para apretar la de Jed y exclamó:

—¡Es él! ¡Sí, es él! ¡Es increíble!

Como un padre orgulloso, Brent le dio una palmada al monitor.

—Es una herramienta infernal. Jed tuvo que hacer algunos malabarismos para incluirla en el presupuesto.

Dora esbozó una débil sonrisa y se obligó a seguir mirando los ojos del retrato robot.

—Imprime una copia para nosotros —le indicó Brent al operador—. Vamos a ver si podemos encontrar a su mellizo de carne y hueso.

Aliviada por haber resuelto aquella parte del asunto, Dora se puso de pie y comentó:

—Me gustaría llevar conmigo una copia. Quiero asegurarme de que Lea y Terri la vean, en caso de que lo descubran merodear por la tienda.

—Sacaremos una para ti —asintió Brent, y le hizo señas al operador—. ¿Por qué no vienes unos minutos a mi oficina?

La tomó del brazo y la guió a través de la sala de conferencias, a lo largo del pasillo. Dora miró de soslayo una puerta y leyó: CAPITÁN J. T. SKIMMERHORN en letras negras pintadas sobre el cristal.

Parecía como si el departamento de policía dejara una luz encendida en la ventana.

—¿La T es por testosterona? —preguntó, alzando la mirada hacia Jed.

—Eres muy ocurrente, Conroy.

—Por cierto, Dora, olvidé mencionarlo anoche —intervino Brent, mientras abría la puerta de su oficina y le cedía el paso a Dora—. El otro día recibí una llamada de tu madre.

—¿De mi madre? —inquirió asombrada, sentándose en una silla.

—Sí. Me invitó a ir a la fiesta de Fin de Año en el teatro.

Aquello sería mañana, recordó Dora. Se le había olvidado por completo.

—Bueno, espero que puedas asistir.

—Estamos ansiosos por ir. La fiesta de Fin de Año del teatro Liberty tiene bastante fama. —Brent abrió un cajón y sacó un sobre—. Tus fotos. Nosotros nos quedamos con copias, pero no parece haber nada excepcional en ellas.

Dora las sacó del sobre y rió entre dientes. La primera fotografía era de Richie con la boca abierta, tomada a muy corta distancia. Un autorretrato, conjeturó. Ella reconocería esos dientes torcidos en cualquier parte. Parecía obvio que el pequeño se había apoderado de su cámara.

—Horribles, pero no excepcionales. Bien, ¿adónde tenemos que ir ahora?

—Tú a ninguna parte —la interrumpió Jed, tajante—. La policía lo hará.

—¿Estás otra vez al mando, capitán? —insinuó, y no pudo por menos que sonreír ante la mirada fulminante que él le lanzó—. ¿Quién está al mando exactamente?

Brent se aclaró la garganta y se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz.

—Bueno, es mi caso.

—¿Y bien? —prosiguió Dora, que cruzó las manos sobre el regazo y esperó.

—Hasta que atrapemos a ese tipo —empezó a decir Brent mirando de reojo a Jed, que iba de un lado a otro de la oficina—, pondremos un par de guardias en tu edificio.

—No quiero que nadie más corra peligro —alegó, al pensar en el policía muerto, en su mujer y sus hijos.

—Dora, no hay ningún hombre en esta comisaría que no se ofrecería voluntario para este trabajo. Ninguno después de lo que pasó con Trainor. Ese tipo es un asesino de policías —subrayó, y miró a Jed—. Por eso me resultó fácil presionar a los de balística. La bala que mató a Trainor coincide con la que sacamos de la pared de tu edificio.

—¡Sorpresa, sorpresa! —gruñó Jed.

Brent se quitó las gafas y limpió los cristales con su camisa arrugada. Luego dijo:

—Tengo un caso entre manos. Si atrapamos vivo a ese individuo, quiero acumular muchas evidencias. Voy a enviar el informe de balística a todas las comisarías de la ciudad y del estado. Algo puede aparecer.

Una buena jugada, pensó Jed, lamentando no haber sido capaz de sugerirla.

—¿Dónde está Goldman? —preguntó.

—En Vail —respondió Brent entre dientes—. Esquiando. Se tomó una semana de vacaciones.

De no sentirse tan enojado, Jed se habría quedado perplejo.

—¡Hijo de puta! —masculló—. ¡Cuenta con un policía muerto a sus pies... uno de sus propios hombres! ¡No tenía ningún derecho a tomarse vacaciones durante las fiestas, cuando sus hombres se hallan trabajando doble turno!

—Teníamos mucho tiempo libre —ironizó Brent al contestar el teléfono—. Vuelva a llamar —ordenó, y colgó con violencia—. Mira, espero que se rompa su bonito trasero. Tal vez entonces te decidas a levantar el tuyo de la silla y vuelvas a donde perteneces. Tenemos un policía muerto y la moral aquí no es más alta que un enano, porque nuestro oficial al mando está más preocupado por tener sus bonitos dientes equilibrados que por la seguridad de sus hombres. ¿Qué diablos piensas hacer al respecto? —concluyó, señalando a Jed con el dedo índice.

Jed dio una calada a su cigarrillo y exhaló el humo parsimoniosamente. No se atrevió a hablar. Se volvió sobre sus talones y salió de la oficina.

—¡Mierda! —gruñó Brent y, turbado, miró a Dora—. Perdona.

—No te preocupes. ¿Crees que ha servido de algo?

En realidad, ella encontraba el incidente muy ilustrativo. A Brent le molestaba perder la paciencia en público. Siempre había sido así.

—No —repuso—. Cuando Jed toma una decisión, no puedes cambiarla ni con un disparo de mortero. Sin embargo, me hizo sentir mejor —reconoció, desplomándose en la silla.

—Bueno, algo es algo. Creo que será mejor que vaya tras él.

—Yo no lo haría.

Dora se limitó a sonreír y cogió el abrigo.

—Nos veremos mañana por la noche, Brent.

Dora lo alcanzó media manzana más adelante. No se molestó en gritar su nombre y pedirle que la esperara. Estaba casi segura de que hubiera sido inútil, por lo que apretó el paso.

—Bonito día —dijo con tono coloquial—. La temperatura ha subido un poco, creo.

—Sería muy inteligente de tu parte que en este momento te mantuvieras lejos de mí.

—Sí, lo sé —convino, pero lo tomó del brazo—. Me gusta caminar cuando hace frío. Activa la circulación de la sangre. Si giramos aquí, terminaremos en el barrio chino. Hay algunas tiendas muy interesantes.

Deliberadamente, Jed se desvió hacia el otro lado.

—Menudo humor... —comentó Dora—. En realidad, no estás enojado con él, ¿verdad?

Jed trató de soltarse, pero ella se agarró a su brazo.

—No me digas cómo estoy —advirtió él con aspereza—. ¿Tienes miedo de perderte, Conroy?

Ella lo miró de perfil, pero resistió la tentación de acariciarlo para ver si conseguía aflojar la tensión de su mandíbula.

—Imposible. Conozco demasiado bien cada rincón de este barrio. Puedes insultarme si piensas que eso te hará sentirte mejor. Por lo general, funciona cuando me siento enojada conmigo misma.

—¿Tengo que hacerte arrestar por acoso?

Dora pestañeó con picardía e inquirió:

—¿Crees que resultaría? ¿Una pequeña cosa como yo, molesta a un hombre tan grande y fuerte como tú?

El la miró con acritud y sugirió:

—Al menos podrías cerrar la boca.

—Preferiría seguir fastidiándote. ¿Sabes?, si aprietas tanto la mandíbula, te romperás un diente. Lea solía rechinar los dientes por las noches, y ahora debe usar esa cosa plástica en la boca cada vez que se va a la cama. Es el estrés. Lea siempre fue muy nerviosa. Yo no. Cuando duermo, me olvido de todo. Bueno, ésa es la finalidad del dormir, ¿no?

Antes de llegar a la esquina siguiente, Jed se detuvo y se volvió hacia ella.

—No vas a darte por vencida, ¿verdad?

Dora le subió la cremallera de la chaqueta y después le alisó el cuello.

—No. Puedo seguir así de manera indefinida —afirmó resuelta—. Brent se siente frustrado porque se preocupa por ti. Es penoso estar preocupado, porque implica cargar con toda esa responsabilidad. Supongo que tú has tenido que cargar con muchas responsabilidades, y debe de ser un alivio apartarlas por un tiempo.

Era difícil no perder la paciencia con alguien que le entendía tan bien, pero si daba rienda suelta a su temperamento, podía delatar la desesperanza que lo embargaba.

—Tuve mis razones para renunciar. Todavía las tengo.

—¿Por qué no me dices cuáles eran?

—Son personales.

—De acuerdo. ¿Quieres oír las razones que tuve yo para dejar el teatro?

—No.

—Bien, te lo diré igualmente.

Dora echó a caminar otra vez y dobló en la esquina, para conducirlo al lugar donde había dejado estacionado su coche.

—Me gustaba actuar —continuó—. No es extraño, teniendo en cuenta la procedencia de mis genes. Además, era buena. Cuando me harté de los papeles infantiles, me apasioné por obras como Nuestra ciudad y El zoo de cristal. Los ensayos eran maravillosos. Pero... —Se interrumpió para mirarlo de soslayo—. ¿Todavía no he despertado tu interés?

—No.

—Bien —continuó impávida—. En realidad, no era lo que yo quería. Entonces, unos cinco años atrás, recibí una herencia. De mi abuela, Anna Logan. Quizá has oído hablar de ella. Hizo una gran carrera en el cine, allá por los años treinta y cuarenta. Después se dedicó a ser representante de actores.

—Nunca he oído hablar de ella.

—Bueno, tenía muchísimo dinero.

Un coche pasó junto a ellos a tanta velocidad, que alborotó los cabellos de Dora. Despeinada, volvió la cabeza para mirar a Jed.

—Además, yo la quería. Pero ya tenía unos cien años y había pasado una vida muy agitada. Sea como fuere, recibí el dinero y asistí a un par de cursos sobre administración de empresas. No porque los necesitara, por supuesto. Algunas cosas son innatas...

—¿Adónde quieres llegar, Conroy?

—Espera. Cuando le dije a mi familia lo que iba a hacer, se mostraron contrariados. Les dolió que yo no quisiera hacer uso de lo que ellos llamaban mis dotes, y que no continuara con la tradición de los Conroy. Me querían, pero pretendían que hiciera algo que yo no podía hacer. No hubiera sido feliz en el teatro.

Quería tener mi propio negocio, atender mis propios asuntos. Así que, aunque los decepcionaba, seguí adelante e hice lo que creí justo para mí. Tardé bastante tiempo en aceptar el peso de ser protegida, cuidada y querida. Jed guardó silencio. Le sorprendía no sentirse enojado. En algún momento del monólogo de Dora, se había disipado su malhumor, barrido por el viento huracanado de la persistencia de Dora.

—Entonces, la moraleja de tu larga y enredada historia es que, como yo no quiero ser policía, no debería ceder a las presiones de un amigo que quiere obligarme a volver al trabajo.

Con un suspiro, Dora se detuvo frente a él y, con delicadeza, le puso las manos sobre los hombros y lo miró a los ojos, para sostener la mirada con mucha serenidad y comprensión.

—No, Skimmerhorn, es al revés. No estaba hecha para ser actriz, así que tomé una decisión que mi familia no aprobó, pero que interiormente yo sabía que era la correcta. Tú, en cambio, eres un policía de cabo a rabo. Sólo necesitas esperar hasta que te encuentres listo para admitir que, en principio, hiciste la elección correcta.

Se dispuso a seguir caminando, pero Jed la aferró del brazo. En sus ojos ya no había enojo, pero aparecían sombríos, vacíos y, para Dora, inquietantes por la carencia absoluta de sentimientos.

—¿Sabes acaso por qué renuncié? Yo no tenía que matar a Speck. Había otras maneras de sacarlo de circulación, pero las deseché yforcé la situación, hasta que supe que uno de los dos debía morir. Resultó ser él. Recibí muchas alabanzas estúpidas por ello, aun cuando podría haberlo atrapado sin disparar un solo tiro. Pero si tuviera que hacerlo otra vez, lo haría exactamente de la misma manera.

—Hiciste una elección —comentó Dora con cautela—. Supongo que muchas personas la considerarían correcta... es obvio que tus superiores lo hicieron.

—Lo que cuenta es lo que yo considero —afirmó, mientras la impaciencia lo estremecía—. Usé la prerrogativa de mi placa para una venganza personal. No para la ley, no para la justicia, sino para mí mismo.

—Una debilidad muy humana. Apuesto a que te ha llevado mucho tiempo aceptar el hecho de que no eres perfecto. Ahora que lo has hecho, es probable que seas mejor policía cuando vuelvas a colgarte esa placa.

Jed apretó el puño en el brazo de Dora y la atrajo de un tirón. Cuando ella levantó el mentón, aflojó la presión pero no la soltó.

—¿Por qué haces esto, Conroy?

Por toda respuesta, la más simple posible, ella le agarró un mechón de pelo y le hizo bajar la boca hasta la suya. Saboreó su impaciencia en el beso, pero hubo algo más relacionado con ello, una necesidad... rotunda y humana.

—Ahí tienes la razón —susurró Dora, al cabo de un instante—. Supongo que deberíamos decirlo, a pesar de que siempre consideré que tenía un buen sentido común. Yo también estoy interesada en ti.

Lo vio abrir la boca para decir algo y enseguida volver a cerrarla.

—Asumo la responsabilidad por esto, Skimmerhorn.

Se volvió, caminó hasta el coche y entonces le quitó las llaves.

—Yo conduzco —dijo Jed.

Aguardó hasta que ella abriera la portezuela del acompañante y se sentara.

—¿Conroy?

—Lo mismo digo.

Mientras encendía el motor, Dora esbozó una sonrisa.

—Qué te parece, Skimmerhorn? ¿Vamos a dar un paseo?

15

La casa de Finley era un museo de sus ambiciones, pequeñas y grandes. Edificada en lo alto de las colinas sobre Los Ángeles, originariamente había sido construida para un director de películas de acción, que adoraba la arquitectura muy elaborada, pero que pronto excedió sus recursos y su propia imaginación.

Finley la había comprado durante una época de crisis del mercado y de inmediato hizo instalar un sistema de seguridad más sofisticado, construir una piscina cubierta para los escasos días de lluvia y levantar un alto muro de piedra, que rodeaba la propiedad como un foso alrededor de un castillo.

Finley hallaba gran satisfacción en observar a los demás, pero le molestaba que lo miraran a él.

En el tercer piso de la torre reacondicionó la amplia sala de exhibición del director, y agregó una hilera de monitores de televisión y un telescopio muy potente. Se deshizo de los amplios sillones reclinables y, en su lugar, optó por disponer en un amplio círculo unos mullidos sillones de terciopelo marrón. Allí solía rendir visitas, mientras en la pantalla se proyectaban películas domésticas en las que él era la estrella.

Como es natural, contrató decoradores. Pasó por tres empresas durante los seis meses que le había llevado amueblar la casa a su entera satisfacción.

Las paredes eran blancas. Algunas estaban pintadas, otras barnizadas o empapeladas; pero todas en un blanco puro y virginal, al igual que las alfombras, las baldosas, la madera blanqueada de los pisos. El único color visible procedía de sus tesoros..., las estatuillas, las esculturas, las chucherías que había acumulado.

En cada habitación había grandes cristaleras, espejos, gabinetes, repisas; y kilómetros de sedas en los cortinajes y la tapicería.

Cada mesa, cada estante, cada nicho, contenía alguna obra maestra que había codiciado. Cuando empezaban a aburrirlo, como siempre ocurría, Finley las cambiaba a un lugar menos destacado y comenzaba a adquirir otras.

Nunca estaba satisfecho.

En el armario se hacinaban tres hileras de trajes, todos de estilo tradicional, en colores definidos: azul marino, negro, gris y unos pocos en azul más claro y festivo. No había ropa informal, ni chaquetas de sport, ni pulcros jerséis con pequeños jugadores de polo dibujados en el pecho.

Cincuenta pares de zapatos de cuero negro, todos muy lustrados y alineados sobre estantes de vidrio, esperaban ser elegidos.

Había un solo par de zapatillas para combinar con su ropa de deporte. Una de las responsabilidades de su mayordomo era deshacerse de ellas cada dos semanas y reemplazarlas por otro par de un blanco imaculado.

Las corbatas se hallaban ordenadas con meticulosidad, de acuerdo con los matices, las negras daban paso a las grises, las grises a las azules.

La ropa de etiqueta estaba guardada en un hermoso armario rococó.

En su cómoda había montones de camisas blancas, con su monograma bordado en los puños, dobladas con esmero; calcetines negros, calzoncillos blancos de seda y pañuelos de lino irlandés. Todo aromatizado con delicadeza por las bolsitas de lavanda que su ama de llaves renovaba cada semana.

La suite principal incluía el vestidor, con dos paredes de espejos desde el suelo hasta el techo. Había un pequeño bar por si el caballero tenía sed mientras se preparaba para pasar alguna velada fuera. Tenía un sillón de respaldo mullido y una mesa baja, dorada, con una lámpara Tiffany, por si prefería sentarse y meditar sobre la elección de su vestimenta.

A la derecha del vestidor se encontraba el dormitorio principal. Pinturas de Pissarro, Morisot y Manet, cada una con su propia iluminación, adornaban las paredes de seda blanca. El mobiliario era muy recargado, desde el tocador Luis XVI con un elaborado trabajo de marquetería, las mesas de noche con patas torneadas, hasta los canapés dorados, flanqueados por porta antorchas negros venecianos. Más arriba, tres arañas Waterford derramaban su luz.

Pero su orgullo, su alegría, era la cama. Una estructura maciza, diseñada por Vredeman de Vries en el siglo XVI. Tenía un baldaquín de cuatro postes, cabecera y pie de cama, todo construido en roble, tallado y pintado en grado sumo con cabezas de querubines, flores y frutas.

Su vanidad lo había tentado a instalar un espejo en el techo del baldaquín, pero lo hizo recapacitar la pérdida de valor que ello hubiera ocasionado.

En su lugar, tenía una cámara oculta con discreción por el dintel tallado cercano al techo, que apuntaba en dirección a la cama y era operada por un control remoto guardado en el cajón superior de la mesa de noche.

Se detuvo y conectó el monitor. En la cocina estaban preparando el almuerzo, una ensalada de faisán que había pedido. Observó al cocinero y a la ayudante de cocina trabajar en el soleado recinto blanco de acero inoxidable.

Finley activó el monitor de la sala de recepción. Vio a DiCarlo, que bebía un refresco de lima y soda, revolvía el hielo y se ajustaba la corbata.

Mejor así, se dijo. El hombre se hallaba preocupado. A Finley le disgustaba el exceso de confianza. La eficiencia era vital. El exceso de confianza generaba errores. Supuso que pronto dejaría que el pobre tipo se liberara de su tormento. Después de todo, le había traído la mercadería dos días antes de finalizar el plazo fijado.

La iniciativa tenía algún valor. Así pues, tal vez no tendría que partirle el brazo.

DiCarlo volvió a ajustarse la corbata. Tenía la sensación de ser observado, por lo que revisaba su peinado, la línea del pantalón, el nudo de la corbata.

Tomó otro trago y se rió de sí mismo. Cualquiera que permaneciera quieto en una habitación, rodeado de cien estatuas y pinturas, tendría la sensación de ser observado, con todos aquellos ojos, ojos pintados, de cristal, de mármol... No entendía cómo Finley podía soportarlo.

Debía contar con un ejército de sirvientes para quitar el polvo a toda aquella chatarra. Dejó la copa y se levantó para recorrer la habitación. Se cuidó muy bien de no tocar nada. Consciente del fanatismo de Finley por sus adquisiciones, DiCarlo mantuvo los brazos pegados al cuerpo y las manos quietas.

Era una buena señal, dedujo, que Finley lo hubiera invitado a su casa en lugar de citarlo a una reunión en su oficina. Eso lo hacía más amistoso, más personal. La voz de Finley sonó afable y satisfecha en el teléfono.

Con tacto suficiente, DiCarlo suponía que podría atenuar la falta del cuadro, y convencer a Finley de que sólo era cuestión de tiempo. En líneas generales, tenía la certeza de que se despedirían como amigos y podría regresar al hotel Beverly Hills, para encontrar a alguna mujer dispuesta a pasar con él la noche de Año Nuevo.

Y mañana, pensó sonriendo, México.

—Señor DiCarlo, confío en no haberlo hecho esperar demasiado tiempo.

—No, señor. He estado admirando su casa.

—Bien, tendré que llevarlo a hacer un recorrido completo después del almuerzo.

Entonces atravesó la sala hasta un bargueño de laca donde guardaba los licores, del que sacó una jarra victoriana con forma de cacatúa.

—¿Gusta una copa de clarete? —preguntó—. Tengo un Chateau Latour excelente.

—Sí, gracias.

DiCarlo se sintió más confiado.

—¡Válgame Dios! —exclamó Finley al ver la cara magullada de DiCarlo—. ¿Ha sufrido algún accidente?

DiCarlo se tocó la venda que tenía en la parte posterior del cuello. El recuerdo de los dientes de Dora clavados en él, hizo que otra vez lo recorriera una ola de calor.

—Sí —contestó—. Pero nada serio.

—Me alegro de oírlo. Sería una pena que le quedaran cicatrices. —Hizo una pausa para terminar de servir el vino—. Espero que sus planes para estas fiestas no se hayan visto alterados por este viaje. En realidad, no lo esperaba hasta dentro de dos o tres días.

—Quise traerle los resultados lo antes posible.

—Me gustan los hombres que tienen sentido de la responsabilidad. ¡Salud!

Satisfecho, brindó con la copa de DiCarlo, y sonrió cuando las paredes del corredor devolvieron el eco de las campanillas de la puerta de entrada.

—Ah! Ese debe de ser el señor Winesap. Se unirá a nosotros para revisar la mercancía. Como ya sabe, el señor Winesap es bastante eficiente con sus listas. Ahora confío en que ustedes me perdonen —explicó en cuanto entró Winesap—, pero no puedo contener más mi impaciencia. Necesito ver mis tesoros. Creo que los llevaron a la biblioteca. ¿Caballeros? —invitó, señalando la puerta.

El corredor, revestido de mármol blanco, era lo bastante ancho para contener un aparador grande y percheros, y todavía quedaba espacio para que tres personas pasaran una al lado de la otra.

La biblioteca olía a cuero, limón y rosas. DiCarlo vio dos floreros altos de porcelana Dresden encima de la repisa de la chimenea. Había cientos de libros, quizá miles, en la habitación dividida en dos niveles. No estaban en estanterías adosadas a las paredes, sino en estuches y armarios, algunos abiertos, otros con puertas de vidrio. Había un simpático armario giratorio para libros, con cuatro estantes, del período Regencia, y una figura de la época eduardiana que Finley hizo robar en un castillo de Devon.

Quiso que la estancia tuviera la atmósfera de una biblioteca de un hacendado rural, y lo había logrado al agregar unos mullidos sillones de cuero, una colección de pipas antiguas y una pintura de Gainsborough con motivos de caza.

Para preservar la atmósfera íntima, los omnipresentes monitores permanecían ocultos detrás de un falso panel de libros.

—Bueno, aquí estamos.

Mientras aceleraba el paso, Finley caminó hacia la mesa de la biblioteca y levantó una de las sirenas sujetalibros. Siguiendo sus instrucciones, el mayordomo trajo un martillo, un cuchillo y un enorme cubo de basura. Finley tomó el martillo y decapitó con limpieza a la sirena de ojos azules. Después siguió golpeando con delicadeza el vulgar yeso, mientras comentaba a sus invitados:

—No hay que ir muy deprisa con esto. Fue hecho en Taiwan, en una laboriosa y pequeña planta en la que tengo intereses. Despachamos mercancía principalmente hacia Norteamérica y Sudamérica, y obtenemos ganancias limpias, aunque no es lo que me interesa. Estas piezas, sin embargo, son de cierta consideración. Algunas son excelentes reproducciones de originales valiosos, con suficiente calidad para engañar hasta a un experto.

Extrajo una pequeña caja cuadrada de plástico, arrojó a un lado el resto del sujetalibros y después, usando el cuchillo, empezó a abrir la envoltura. Dentro del plástico había un paño de gamuza, que contenía una miniatura muy antigua.

La examinó con minuciosidad y evidente deleite. Representaba a una mujer de rodillas, con las manos apoyadas en el suelo. Detrás de ella, un hombre de barriga prominente le abarcaba con una mano posesiva uno de sus pechos. La cabeza femenina de marfil se hallaba algo inclinada hacia la izquierda, por encima del hombro, de tal manera que parecía que la mujer trataba de ver la cara del hombre, mientras éste se preparaba para penetrarla por detrás.

—¡Excelente, excelente!

Dejó la miniatura a un lado y destruyó con sumo cuidado el segundo sujetalibros.

La pieza siguiente continuaba con el tema, esta vez con una mujer arrodillada a los pies de un hombre, con la cabeza algo echada hacia atrás y una sonrisa en el rostro mientras empuñaba el miembro erecto.

—¡Qué maravilla de artesanía! —exclamó Finley con voz trémula por la emoción—. Tiene más de doscientos años y no existe tecnología que haya podido superarla. Los japoneses comprendían y apreciaban el erotismo en el arte, mientras los europeos cubrían hasta las patas de sus pianos y alegaban que los niños eran concebidos entre las hojas de un repollo.

Tomó el cuchillo y le sacó las entrañas al papagayo.

—Y aquí... —anunció al abrir una bolsita de terciopelo—. ¡Ah, y aquí...!

Dejó caer sobre la palma de su mano el broche de zafiro, y sintió que un ligero y delicioso temblor recorría todo su cuerpo.

El zafiro se hallaba engarzado en una intrincada filigrana de oro incrustada con diamantes, y era una piedra de más de ocho quilates, de un color azul profundo como la flor de uno, de corte cuadrado y majestuoso.

Finley acarició la piedra, el engaste, manipulándola para admirarla del revés.

—Fue usado por María, reina de Escocia, mientras se enredaba en intrigas y amores clandestinos. Fue parte del botín del que se apoderó la buena reina Isabel, después de mandar al cadalso a su hermosa prima.

Casi podía oler la sangre y la traición en esas piedras, lo cual le producía un enorme placer.

—¡Oh, el trabajo y los gastos que me ha costado adquirir esta chuchería! Tendrá un lugar de honor.

Con suma delicadeza, la dejó encima de la mesa. Como un niño consentido en la mañana de Navidad, quería más.

El florero Gallé tallado, oculto en las entrañas de la estatua de la Libertad, le causó una viva emoción. Olvidó por un momento a sus huéspedes mientras lo arrullaba, acariciaba los flancos largos y admiraba las pequeñas formas femeninas que decoraban el cristal Art Nouveau.

Sus ojos habían adquirido un brillo tan peculiar, que Winesap apartó la mirada, algo turbado.

Del interior de la base hueca del águila de bronce, Finley extrajo una caja acolchada. Con expresión extática, separó los bordes de la almohadilla. La caja en sí era de un suave palo de rosa, bien encerado y lustrado, pero el auténtico tesoro se hallaba en la tapa, un tablero de mosaicos minúsculos, encargado en la Rusia imperial para Catalina la Grande, quizá por su sagaz amante Orlov, después de haber asesinado a su esposo y elevado al trono a Catalina.

Más sangre, dedujo Finley. Más traiciones.

Firmada por el artista, era una delicada y maravillosa reproducción del palacio imperial, ejecutada en cristal.

—¿Alguna vez han visto algo más exquisito? El orgullo de los zares, los emperadores y los reyes. Esta maravilla estuvo alguna vez detrás de un cristal, expuesta en un museo en el que podían entrar y curiosear los turistas ignorantes. Ahora es mía. ¡Sólo mía!

DiCarlo detestaba interrumpirlo, pero había llegado la hora de iniciar su juego.

—Es una hermosura, es cierto. Usted conoce el valor del arte, señor Finley. ¿Cuál sería el sentido de poseer algo de valor inapreciable si cualquier imbécil pudiera entrar desde la calle y admirarlo?

—¡Exacto, exacto! El arte verdadero debe ser poseído, debe ser atesorado. Los museos compran para la posteridad, los ricos sin sensibilidad, como inversión. Ambos métodos me resultan aborrecibles. Poseer, señor DiCarlo, es todo lo que importa en la vida.

Los ojos de Finley brillaban con la excitación de un demente.

—Entiendo su punto de vista —aseguró DiCarlo—, y me siento feliz de haber contribuido a recuperar parte de su mercancía. Claro que surgieron algunas dificultades...

—Estoy seguro de ello —lo interrumpió Finley, antes de que arruinara su buen estado de ánimo—, pero debemos terminar con esto antes de hablar sobre sus experiencias y tribulaciones.

Usó el martillo con el perro de porcelana y le abrió a golpes la barriga. El perro dio a luz un gato de oro.

—Es bastante sólido —explicó mientras desenvolvía el pesado paquete—. Una hermosa pieza, por supuesto, pero muchísimo más por sus antecedentes. Se dice que fue un regalo de César a Cleopatra. Imposible probar la veracidad de esta versión, aunque haya sido fechado de forma correcta. Sin embargo, el mito es suficiente. Sí señor.

Hablaba con la voz suave de un amante afectuoso. Las manos le temblaban cuando lo dejó encima de la mesa.

—¡Ahora, la pintura!

DiCarlo titubeó un instante, pero le pareció un buen momento para afrontar el tema.

—Yo... Hubo un pequeño problema con la pintura, señor Finley.

La sonrisa de Finley se congeló. Recorrió la habitación con la mirada y no vio señales de la última posesión que le faltaba.

—¿Problema? No creo que usted haya mencionado ningún problema, señor DiCarlo.

—Quise traerle su mercancía sin más demora. Estas piezas representan una gran inversión de tiempo y dinero por su parte, y sabía que usted quería tenerlas en su poder lo antes posible.

Pero en aquel momento Finley sólo pensaba en el cuadro. Cleopatra, Catalina la Grande y María de Escocia, todas habían sido olvidadas.

—Ahora estamos hablando de la pintura, señor DiCarlo. No la veo por aquí. Tal vez sea mi vista cansada, o una ilusión óptica...

El sarcasmo hizo palidecer las mejillas de DiCarlo.

—No pude traerla en este viaje, señor Finley —se excusó—. Como le he dicho, hubo un problema...

Finley seguía sonriendo, aunque su estómago comenzó a temblar.

—¿Un problema? ¿De qué naturaleza?

Más animado, DiCarlo resumió la situación. Explicó con brevedad que había entrado tres veces, tras violar las cerraduras, y le recordó a Finley que en la primera incursión había recuperado el perro de porcelana. Se aseguró de subrayar que había corrido un gran riesgo personal en la búsqueda del cuadro.

—Así pues, estoy seguro de que usted, señor, convendrá conmigo en que habría sido muy peligroso para todos que volviera a Filadelfia en estos momentos —concluyó como si diera por terminada una reunión

de vendedores—. Tengo un contacto que puede ocuparse del asunto, a mi cargo, por supuesto. Como usted ha recuperado seis de las siete piezas, estimo que podrá tener un poco de paciencia. No veo ninguna razón para que la pintura no se encuentre en su poder en, digamos, seis semanas.

—¿Seis semanas? —repitió Finley, llevándose a los labios el dedo índice—. Acaba de decir que mató a un oficial de policía.

—Fue necesario. Vigilaba el edificio.

—Hum... ¿Por qué supone que estaba haciendo eso?

Con total sinceridad, DiCarlo se inclinó hacia delante y respondió:

—No estoy seguro. No dejé ninguna señal de haber entrado. Alcancé a oír una discusión entre esa mujer, Conroy y su inquilino. El se mostró muy violento. Quizá ella pidiera protección policial.

—Es interesante que, sin más, no lo haya hecho desalojar... ¿No lo cree así? —comentó Finley con tono afable—. Usted ha dicho que fue el inquilino quien le golpeó la cara.

Con el orgullo herido, DiCarlo se puso rígido.

—Es probable que haya sido una pelea de amantes. Supongo que el tipo está recibiendo de ella algo más que un techo sobre su cabeza.

—¿Usted lo supone? —Finley bajó la mirada y susurró—: Tendremos que seguir discutiendo esto, señor DiCarlo. Tal vez después del almuerzo.

—Seguro —aceptó DiCarlo, ya más aliviado—. Repasaré todos los detalles con usted.

—Eso será magnífico. Bien señores, ¿vamos a comer?

En el elegante comedor, con sus muebles victorianos y vista al jardín bañado por el sol, saborearon la ensalada de faisán junto con un pato ahumado trufado. Durante la comida, Finley no mencionó el tema de los negocios. Interfería con el paladar; según le explicó a DiCarlo. Dedicó una hora a representar el papel de anfitrión jovial, mientras llenaba él mismo, una y otra vez, con generosidad, la copa de DiCarlo.

Cuando la última gota de vino y el último manjar fueron consumidos, Finley se levantó de la mesa y dijo:

—Espero que sepa disculparnos, Abel, pero por más que lo lamente, el señor DiCarlo y yo debemos terminar de aclarar nuestro asunto. ¿Tal vez un paseo alrededor de la casa, por el jardín, señor DiCarlo?

Reconfortado por el vino, la buena comida y el positivo resultado, DiCarlo se palmeó el estómago y comentó:

—Después de esta comida, me vendrá muy bien una caminata.

—Bien, bien. Soy un fanático del ejercicio. Disfrutaré de su compañía. No tardaremos mucho, Abel.

Finley condujo a DiCarlo al solárium, lleno de plantas en maceteros y hasta con una fuente melodiosa. Luego salieron al jardín a través de las puertas del patio inferior.

—Quiero decirle lo mucho que lo admiro, señor Finley —empezó a decir DiCarlo—, por la forma en que dirige sus negocios y por tener una casa como ésta. Usted sí que ha sabido abrirse camino.

Los zapatos de Finley crujían con suavidad sobre las piedras blancas en el sendero del jardín.

—Me gusta pensar que ha sido así —convino—. ¿Sabe algo de flores, señor DiCarlo?

—Sólo que, por lo general, las mujeres se vuelven locas por ellas.

Finley rió, comprensivo, y lo condujo por el jardín hasta que se detuvo para mirar a lo lejos. Se quedó contemplando la ciudad de Los Ángeles, a sus pies, mientras aspiraba con intensidad las fragancias que lo rodeaban... rosas tempranas, jazmines, el aroma suave de las hojas recién regadas y el césped recién cortado.

—¿Sus planes, señor DiCarlo? —preguntó de pronto.

—¿Qué? Ah sí. Es muy simple. Pongo a mi hombre en el asunto. Se encargará de esa mujer. Créame, después de ocuparse de ella, lo dirá todo.

Apretó los labios en una mueca de disgusto, porque debió admitir que él no había logrado sonsacarle la información.

—Como le he dicho —continuó—, quizá mi hombre tenga que esperar un par de semanas, hasta que las cosas se enfríen. Pero la atrapará y la presionará hasta que ella lo conduzca al cuadro.

—Después...

—Después la molerá a golpes —añadió DiCarlo con la sonrisa cómplice de un profesional a otro profesional—. No dejará ningún cabo suelto.

—Ah, sí, los cabos sueltos... Muy desagradable... ¿Y usted?

—¿Yo? Supongo que pasaré unos meses en México. Lo malo es que ellos me vieron. Estaba oscuro, es cierto, pero no me gusta correr esa clase de riesgos. Si logran identificarme, prefiero estar al otro lado de la frontera.

Finley se inclinó sobre un rosal, olió con delicadeza un pimpollo rosado pálido y empezó a arrancar los tiernos pétalos.

—Muy razonable. Estoy pensando, señor DiCarlo, que si lo identifican, podrían implicarme a mí... aunque de manera indirecta.

—De ningún modo. Es imposible. No se preocupe, señor Finley, nunca relacionarían a un hombre como usted con un par de asaltos a una tienda de baratijas en Filadelfia.

—Los cabos sueltos... —repitió Finley con un suspiro. Cuando se enderezó, tenía en la mano un revólver con mango de nácar. Otra vez mostraba su más seductora sonrisa—. Es mejor cortarlos de un golpe, señor DiCarlo.

Disparó, tras apuntar justo por encima de la hebilla del cinturón de DiCarlo. El sonido resonó en las colinas e hizo levantar el vuelo a los pájaros aterrorizados.

Perplejo, DiCarlo abrió los ojos desorbitadamente y enseguida le asaltó el dolor. Mareado, bajó la mirada hacia su abdomen, mientras apretaba una mano contra la mancha de sangre que empezaba a extenderse, hasta que se le aflojaron las rodillas.

—Me decepciona, señor DiCarlo —subrayó Finley sin levantar la voz, y se agachó para susurrarle al oído—: ¿Acaso me toma por un tonto? Estaba tan seguro de sí mismo, que creyó que yo iba a aceptar sus patéticas excusas y desearle buen viaje, ¿verdad?

Se incorporó y, mientras DiCarlo se retorció de dolor, le propinó una patada en las costillas con toda su furia.

—¡Fracasó! —exclamó, golpeándole una y otra vez, y tapó con sus gritos los gemidos y las súplicas de clemencia de DiCarlo—. ¡Quiero mi pintura! ¡Quiero lo que es mío! ¡Es culpa suya, sólo suya que no lo tenga!

Un hilo de saliva le corrió por la comisura de los labios cuando disparó de nuevo, primero contra la rótula izquierda de DiCarlo, después contra la derecha. El alarido de DiCarlo se apagó lentamente, hasta convertirse en un gimoteo gutural.

—Le habría matado de inmediato si no hubiera insultado mi inteligencia. Ahora sufrirá horas, largas horas de agonía. Y no es suficiente...

Tuvo que obligarse a guardar de nuevo el arma en el bolsillo. Sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente. Volvió a agacharse y acercó su cara a la de DiCarlo.

—No es suficiente —repitió—. Usted tenía órdenes. ¿Olvidó para quién trabajaba?

—Por favor... —gimió DiCarlo, demasiado asustado para darse cuenta de que sus súplicas serían inútiles y que ya estaba sentenciado—. ¡Ayúdeme... por favor!

Con un gesto impaciente, Finley volvió a colocar el pañuelo en el bolsillo delantero.

—Le di mucho tiempo, más que suficiente para que se redimiera. Hasta habría considerado la posibilidad de darle mi absolución. Puedo ser un hombre generoso, pero usted... usted me falló. El fracaso, señor DiCarlo, es imperdonable.

Todavía temblaba de furia, cuando se enderezó. Sabía que necesitaría una hora de meditación antes de que pudiera serenarse para la reunión social a la que asistiría esa noche.

Mientras caminaba hacia el solárium, se sacudía el polvo de las mangas.

—Ineptitud —refunfuñó—. Ineficacia de los empleados. ¡Intolerable! —Se detuvo un instante y gritó—: ¡Winesap!

Winesap entró de puntillas, nervioso, con las manos entrelazadas. Había oído los disparos y tenía mucho miedo de lo que pudiera ocurrir.

—Señor...

—Deshágase de DiCarlo.

—Por supuesto, señor Finley. —Dejó caer los hombros, agobiado—. De inmediato.

Finley sacó un peine de carey auténtico para peinarse los cabellos alborotados por el viento.

—Ahora no, después. Primero déjelo desangrarse hasta morir.

Winesap miró a través de la pared de vidrio hacia el lugar en que DiCarlo se hallaba tendido de espaldas, implorando piedad al cielo.

—¿Debo esperar aquí? —preguntó.

Finley suspiró y guardó el peine en el bolsillo.

—Por supuesto. De lo contrario, ¿cómo sabría si ese perro está muerto? Sé que mañana es fiesta, Abel, y ni en sueños se me ocurriría interferir en los planes que usted tenga. Así que pasado mañana le pediré que dedique su atención a obtener toda la información posible sobre esa Isadora Conroy, de Filadelfia. —Se olfateó la mano y arrugó la nariz al percibir el olor a pólvora—. Me temo que tendré que ocuparme personalmente de este asunto.

16

—¡Feliz Año Nuevo!

Jed fue saludado a las puertas del vestíbulo del teatro Liberty por un hombre calvo, muy alto y delgado, vestido con un pijama de cuero rojo tachonado de estrellas plateadas. Sorprendido, Jed se encontró de pronto apretado en un fuerte y efusivo abrazo.

Su nuevo amigo olía intensamente a vino y perfume Giorgio para hombres.

—Me llamo índigo.

Puesto que el hombre era de tez tan oscura como la planta que llevaba por nombre, Jed asintió y dijo:

—Ya veo.

Índigo sacó un cigarrillo negro largo y fino, lo ensartó en una boquilla dorada y, con una mano apoyada en su estrecha cadera, adoptó una postura afectada.

—Es una fiesta maravillosa. La banda toca música animada, el champán está frío y las mujeres... —explicó moviendo las cejas arriba y abajo—, las mujeres son exuberantes.

—Gracias por ponerme al tanto.

Receloso, Jed intentó pasar, pero índigo era el típico pesado y le pasó un brazo por los hombros.

—¿Quiere que le presente a algunas personas? Conozco a todo el mundo aquí.

—A mí no me conoce.

—Pero me muero por hacerlo.

Sin esperar respuesta, lo condujo, a través del vestíbulo atestado, hasta el puesto de bebidas, que servían dos diligentes cantineros. Entonces se detuvo, retrocedió dos pasos,ladeó la cabeza y dio una calada al cigarrillo.

—Déjeme adivinar... Usted es bailarín.

—No.

—¿No? Bueno, con ese cuerpo debería serlo. Gene Kelly tenía la más maravillosa figura atlética, como usted sabe. Champán, camarero —ordenó, señalando con el cigarrillo al cantinero—. Y otra copa para mi amigo.

—Whisky —corrigió Jed—. Con hielo.

—¿Whisky? ¿Con hielo? —Los ojos almendrados de índigo parecían bailar—. ¡Por supuesto, debí haberlo adivinado al instante! Es un actor sin trabajo, dramático por supuesto, de Nueva York.

Jed tomó el vaso de whisky y sacó un dólar del bolsillo para la propina. Alguna veces, pensó, lo más sencillo era cooperar.

—Sí, algo así —respondió, y huyó con su bebida.

El vestíbulo del teatro Liberty era de estilo gótico, con grandes superficies de ornamentos de yeso e infinidad de espirales y duendes que decoraban las molduras doradas. Sobre las puertas que conducían al teatro propiamente dicho, daban la bienvenida las máscaras de bronce que representaban a la comedia y la tragedia.

Aquella noche el lugar estaba atestado de gente que parecía decidida a hacerse oír por encima del bullicio reinante. El lugar olía a perfume, a humo, y al maíz tostado que brincaba en el interior de una máquina junto a la barra del bar.

Sin duda Dora le habría dicho que sólo olía a teatro.

Los invitados se apiñaban en un absoluto desorden y las vestimentas iban desde impecables trajes de etiqueta hasta vaqueros gastados. En un rincón, sentadas juntas en el suelo, tres personas vestidas completamente de negro, leían en voz alta párrafos de una obra de Emily Dickinson. A través de las puertas abiertas, Jed podía oír que la banda ejecutaba Brown Sugar, de los Rolling Stones, en una interpretación que le ponía los pelos de punta.

Era evidente que no tenía nada que ver con el baile de invierno, se dijo Jed.

Las luces de la sala se hallaban encendidas. La gente se apiñaba en las naves laterales, inmóvil o bailando, hablando y comiendo, mientras la banda seguía torturando con su rock desde el escenario.

En los palcos, en el entresuelo y en la segunda galería había aún más invitados que, con la ayuda de la excelente acústica del teatro Liberty, elevaban el ruido a niveles ultrasónicos.

Antes de tratar de encontrar a Dora, en medio de lo que parecía constituir la población entera de Pensilvania, el instinto natural de Jed le hizo pensar por un momento en la capacidad máxima del local y en las medidas de seguridad contra incendios.

Nunca le entusiasmó mezclarse con la gente. Se había visto obligado a asistir a demasiados acontecimientos sociales durante su infancia, y había sufrido demasiadas humillaciones públicas provocadas por sus padres. El hubiera preferido una velada tranquila en casa pero, ya que había venido por voluntad propia, lo menos que podía hacer era mostrarse accesible.

Si ella no hubiera salido tan temprano, con la excusa de que la necesitaban para ayudar con los últimos detalles y mantener a su madre lejos de los proveedores, podría haber venido con ella y vigilarla.

No le gustaba la idea de que estuviera sola cuando su agresor seguía libre. Aunque era difícil que pudiera intentar algo en una aglomeración semejante, le inquietaba su vulnerabilidad. De lo contrario, él no estaría allí. Jed bebió un sorbo de whisky y se abrió paso con dificultad hacia la sala del teatro. Dos fiestas en una semana... Era más de lo que hubiera deseado soportar en todo un año.

Logró pasar entre dos señoras. Rechazó un sombrero adornado con lentejuelas que le ofrecieron, y consideró en serio la posibilidad de volver a abrirse paso, pero en esta ocasión para escapar de allí.

Entonces la vio. Se preguntó cómo podía no haberla visto antes. Estaba sentada en el borde del escenario, en el mismo centro de lo que debía de ser una avalancha de sonidos insoportables y parecía mantener una conversación íntima con otras dos mujeres.

Jed notó que se había hecho algo en el pelo. Lo llevaba recogido en lo alto de la cabeza, en una maraña de indómitos rizos oscuros que guardaban un equilibrio precario. ¡Sus ojos! Los vio cuando ella le cogió la mano a una de sus amigas y rió. Debido al maquillaje parecían más grandes y profundos, ardientes como los de una gitana. Los labios, que seguían moviéndose para articular las palabras que él no podía oír, estaban pintados de un rojo violento, provocativo.

Llevaba puesto un traje de una sola pieza negro y plateado de cuello alto, mangas largas y piernas estrechas, que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel y debería haber sido prohibido por la ley. Las lentejuelas plateadas, que salpicaban todo el conjunto, absorbían las luces del escenario cada vez que se movía y destellaban como los efectos de luz del teatro.

Sabe de lo que es capaz, rumió Jed. Quizá había dejado el teatro, pero todavía sabía cómo atraer sobre sí las luces de los reflectores.

Deseaba poner sus manos sobre ella. Aquel pensamiento y la oleada de pasión que lo acompañaba, cerró las puertas, por un instante, a cualquier otra consideración.

Dejó la copa en el brazo de un sillón del pasillo y se abrió paso hacia adelante, contra la corriente de gente.

—Pero él es un actor profesional —decía Dora, sonriendo—. Naturalmente, si va a lanzar el producto, puede que quiera pescar una gripe. Lo que quiero saber es qué pasó después de que él...

Se interrumpió cuando un par de manos la asieron de las axilas y la levantaron del escenario.

Dora alcanzó a mirar de reojo la cara de Jed, antes de que él la besara en la boca. En su interior se desencadenó una necesidad feroz y hambrienta, que agitaba su estómago y su pecho, de tal modo que el corazón le latía con fuerza cuando él la soltó.

—¡Bueno...!

Puso una mano sobre el brazo de Jed para no perder el equilibrio. Con sus botas de tacón alto se encontraba casi a la altura de sus ojos, y la intensidad de su mirada parecía seguir el compás de las percusiones de la banda.

—Me alegro de que hayas podido venir. Yo... éste es... —balbució, volviéndose hacia sus dos amigas.

—Disculpen.

Jed la tomó del brazo y la alejó de allí, hasta que encontró un rincón. No podía llamarlo tranquilo, pero al menos no tenían que hablar a gritos.

—¿Cómo se llama eso que llevas puesto?

Dora bajó la mirada, contempló su brillante vestido de gato, y volvió a mirar a Jed.

—¿Esto? —preguntó sonriente—. Lo llamo sexy. ¿Te gusta?

—Te lo haré saber en cuanto pueda cerrar de nuevo la boca.

—¡Tú sí que sabes jugar con las palabras, Skimmerhorn! ¿Quieres un trago o algo de comer?

—Ya tomé un trago. En la puerta me recibió un gigante negro, como de dos metros, enfundado en cuero rojo. Me abrazó.

—Índigo —recordó Dora con los ojos brillantes—. Es muy sociable...

—Me tomó por un actor en paro de Nueva York.

Por curiosidad, tocó uno de los bucles con la punta de un dedo, mientras se preguntaba cuánto tiempo tardaría en soltarlos para cubrir sus hombros.

—Índigo es un poco extravagante, pero es un excelente director y tiene muy buen ojo. Me alegro de que no le dijeras que eres policía. No les tiene mucha simpatía, ¿sabes?

Tomó a Jed de la mano y lo condujo detrás de las bambalinas, donde se hallaba instalado otro bar y el bufé.

—¿Por qué no le caen bien?

—Bueno, él solía trabajar de gorila en un club... Ya sabes, el que expulsa a los indeseables. La policía irrumpió en la sala de juegos de azar que había en el fondo y lo arrestaron. Deberías haberlo oído... —recordó ladeando la cabeza y los hombros e imitando a la perfección a índigo—. « ¡Querida, fue una experiencia espantosa! ¿Tienes alguna idea de la clase de gente que ponen en esas celdas? »

—Sí. Criminales.

—No le digas eso a él. Yo lo saqué de allí, y déjame decirte que el hombre se sentía acabado —afirmó, mientras alisaba el cuello de la camisa de Jed con un gesto instintivo—. Supongo que te resulta difícil mostrar comprensión, ya que siempre has estado al otro lado del mostrador.

—Los he visto desde los dos lados.

Dora le retiró de la frente unos mechones despeinados por el viento y comentó:

—Ah, bueno. Tendrás que contármelo en algún otro momento.

—Tal vez lo haga. ¿Has terminado de acicalarme?

—Sí. Estás muy bien de negro... en el papel de rebelde, quizá. A lo James Dean.

—Está muerto.

—Sí, por supuesto. Me refería a si él hubiera estado vivo a los treinta años —explicó, con aire pensativo—. ¿Todos los policías son tan escrupulosos, o sólo lo eres tú?

—Es una cuestión de realidad y fantasía. Me siento más cómodo con la realidad.

—¡Qué pena! Me he pasado la mayor parte de mi vida sumergida en la fantasía —reconoció, y mordió un rábano que cogió de una fuente—. La prefiero a la cruda realidad.

—Cuando eras una actriz —puntualizó Jed.

Dora soltó una carcajada, tan burbujeante como el champán.

—¿Necesito recordarte que soy una Conroy? Puede que últimamente no esté sobre un auténtico escenario, pero sigo siendo una actriz. —Se acercó más y empezó a pellizcarle con aire provocativo el lóbulo de la oreja—. Si alguna vez decidieras intentarlo, podría sentirme tentada a volver de mi retiro.

—¿Por qué no nos conformamos con lo que somos?

—El mundo nunca sabrá lo que se perdió. Jed, toma otro trago. No necesitas comportarte como un conductor responsable. Podemos tomar un taxi para regresar.

—No me apetece —lo rechazó Jed, y le alzó la barbilla—. Quiero tener la cabeza muy despejada cuando esta noche te haga el amor.

—¿Qué...?

Con mano temblorosa, Dora cogió su copa. Jed sonrió y preguntó:

—¿Se te ha olvidado la letra, Conroy?

—Yo... eh...

—¡Isadora!

Jed vio una cabeza estatuaria de cabellos rojos, que sobresalía de un refulgente vestido verde que cubría su cuerpo regio y después se abría en amplios pliegues, desde las rodillas hasta los tobillos. Cuando los hacía ondular, parecía tan exótica como una sirena.

Agradecida por la oportuna aparición de Trixie, Dora dejó escapar un suspiro y se volvió hacia su madre.

—¿Problemas?

—Ese proveedor de víveres es una bestia. Sólo Dios sabe por qué sigo contratándolo —protestó tras lanzar una fulminante mirada por encima del hombro—. Se negó, se negó de manera rotunda a escuchar mi opinión sobre la pasta de anchoas.

Como en ese momento era Will quien se encontraba de turno para mantener a su madre lejos del proveedor, Dora miró alrededor. Decidió que su pequeño hermano era hombre muerto.

—¿Dónde está Will?

—Oh, en algún lugar, con esa bonita muchacha que trajo con él de Nueva York...

Trixie se interrumpió y agitó las manos. El movimiento hizo bailar los canutillos de colores que colgaban de sus orejas. Una crisis con el servicio de comidas no le dejaba tiempo para recordar nombres.

—La modelo... —precisó por fin.

—Miss January —murmuró Dora entre dientes.

—Bien, ahora volvamos a la pasta de anchoas... —continuó Trixie, tras respirar hondo y lista para pronunciar un discurso indignado.

—Mamá, no conoces a Jed.

—¿Jed?

Distraída, Trixie se tocó el pelo. La cara se le transformó cuando, por primera vez, lo miró bien. Con sutileza, alzó la barbilla, agitó las pestañas postizas, y volvió a contemplar a Jed. Coquetear, en opinión de Trixie, era un arte.

—Me causa una gran emoción conocerle, Jed.

Jed comprendió qué se esperaba de él cuando ella le tendió la mano. Se inclinó, galante, y le besó los nudillos.

—El placer es mío, señora Conroy.

—Oh, llámeme Trixie, por favor —dijo con tono jovial—. De otro modo me sentiría vieja y acartonada.

—Estoy seguro de que ello sería imposible. La vi representar Hello Dolly el año pasado. Estuvo magnífica.

Las suaves mejillas de Trixie se sonrojaron de placer.

—¡Oh, qué amable de su parte! Adoro a Dolly Levi, un personaje tan pleno y rico.

—Usted lo captó a la perfección.

—Sí —suspiró complacida ante el recuerdo—. Me gusta, Dora. Dígame, Jed... ¡Vaya! Tiene las manos muy largas, ¿verdad?

Ante el exquisito comportamiento de Jed, Dora se apiadó de él.

—Mamá... Jed es el inquilino que papá encontró para mí.

—¡El inquilino, el inquilino!

De inmediato, los instintos maternos se impusieron sobre la coquetería. Llena de gratitud, Trixie le echó los brazos al cuello con la fuerza de un defensor de fútbol americano.

—¡Oh, querido muchacho! ¡Estoy completa y eternamente en deuda contigo!

Dora se limitó a pasarse la lengua por los dientes cuando Jed le dirigió una mirada de impotencia, mientras palmeaba con torpeza la espalda de Trixie.

—No fue nada —alegó—. Sólo contesté un anuncio del diario.

Trixie se echó hacia atrás y le besó las dos mejillas.

—Tú salvaste a mi querida Isadora de ese horrible ladrón. Nunca podremos pagarte lo suficiente por haberlo ahuyentado y evitado que nuestra pequeña hija fuera asaltada.

Por encima de los hombros de Trixie, Jed miró a Dora con los ojos entrecerrados. Ella desvió la mirada.

—No la pierdo de vista, no se preocupe —remarcó Jed con toda intención.

—Preocuparse es el sino de una madre, querido —suspiró Trixie con una sonrisa triste.

—¡Aquí estás, flor apasionada!

Vestido de impecable frac, apareció Quentin para fanfarronear, todavía sobrio después de haber embriagado a dos cantineros. Le dio a Trixie un beso tan prolongado y profundo, que hizo que Jed arqueara las cejas.

—Vine para reclamar a mi novia que bailara conmigo.

—Por supuesto, mi amor.

Trixie lo rodeó con sus brazos y empezaron a bailar un tango.

—¿Conociste al joven que escogí para Izzy?

En medio de un giro, Trixie echó hacia atrás la cabeza y sonrió a Jed, al que no le habría sorprendido que entre sus dientes apareciera de improviso una rosa.

—Sí, acabo de conocerlo. ¡Tienes un gusto tan exquisito!

—Izzy, muéstrale a Jed el teatro —indicó Quentin con un guiño—. Hay más que un simple escenario para nuestra humilde residencia.

Parpadeó, estrechó más fuerte a su esposa y se la llevó al compás del tango.

—¿Flor apasionada? —inquirió Jed al cabo de un momento.

—Es una fórmula eficaz para ellos.

Jed no recordaba haber visto jamás a sus padres relacionarse así y mucho menos besarse de aquella forma. La única pasión que había advertido entre ellos fue la de los insultos y los cacharros que se arrojaban mutuamente.

—Nunca mencionaste que habías estado antes aquí.

—¿Qué?

—En el teatro —recordó Dora, volviendo a captar su atención—. Hello Dolly...

Jed la tomó del brazo para alejarla del gentío, conduciéndola hasta el bar.

—No me lo preguntaste —advirtió, y luego preguntó—: No le contaste nada, ¿verdad?

—No quiero preocuparla. ¡No me mires de esa manera! —reclamó—. Ya viste cómo actuó cuando recordó lo del asalto de la otra noche. ¿Imaginas qué sucedería si le dijera que un maníaco me apuntó con un revólver? —Como él no respondió, golpeó al suelo con el pie y añadió—: Se lo contaré... a mi manera.

—Es tu problema —masculló Jed, y sacó un cigarrillo—. Pero si se entera por otras fuentes, será peor.

Dora le quitó el cigarrillo a Jed, dio una rápida calada y se lo devolvió.

—No quiero pensar en eso en este momento. Te enseñaré el teatro. El edificio es de mediados del siglo XIX. Solía ser un café concierto —explicó mientras se alejaban del escenario y bajaban a uno de los estrechos pasillos—. Empezó a venirse a pique cuando murió el vaudeville; en dos ocasiones escapó por poco de la ruina. Después...

Abrió la puerta de un camerino de un empujón. Con las manos en las caderas, se quedó mirando a Will, que en aquel momento se libraba de un fogoso abrazo.

—La desertión es un delito castigado con la muerte —sentenció Dora.

Will ensayó una sonrisa y enlazó por la cintura a una mujer ataviada con un minúsculo vestido rojo que acentuaba sus curvas.

—Lorraine estaba ayudándome a repasar un texto. Me han contratado para el anuncio de un dentífrico.

—Tú debías estar de guardia, Will. Yo ya he hecho mi turno, y Lea no aparecerá hasta después de la medianoche.

—Vale, vale —admitió Will—. Hasta luego.

Seguido de su amiga, salió por la puerta.

Jed no se molestó en disimular su admiración por las caderas de Lorraine, que se balanceaban como un péndulo.

—Vuelve a meter los ojos en tu cabeza, Skimmerhorn —le aconsejó Dora—. Alguien podría pisarte los.

—En un minuto... —En cuanto Lorraine desapareció de su campo visual, se volvió hacia Dora—. ¿Su turno...?

—Para mantener a mamá lejos del encargado del servicio de comidas. Ven, te llevaré a la galería de los tramoyistas. Desde allí hay una vista diabólica del escenario.

A medida que transcurría la noche, Jed dejó de cuestionar el hecho de que lo pasaba bien. Aunque no le gustaban las multitudes, detestaba las fiestas y entrar en conversación con desconocidos, aún no deseaba marcharse. Cuando encontró a los Chapman en el primer palco, concluyó que ellos también estaban contentos.

—Hola, Jed. ¡Feliz Año Nuevo!

Mary Pat le dio un beso y después volvió a apoyarse contra la barandilla, para seguir observando la actividad que se desarrollaba abajo.

—¡Qué fiesta! —exclamó—. Nunca he visto una cosa semejante.

Jed también se asomó para mirar. Un enjambre de gente, torrentes de color, murmullos y ruidos incessantes llenaban el local.

—Los Conroy son... únicos —reconoció.

—¿Tú me lo dices? Conocí al padre de Lea. Bailé el jitterbug real con él —afirmó con la cara resplandeciente de júbilo—. Yo no sabía que podía bailar esa danza popular de los años cuarenta.

—No tuvo que hacer mucho más que colgarse de él —comentó Brent—. Ele viejo sabe moverse.

—Quizá se había echado dentro suficiente combustible—agregó Jed.

En ese momento vio a Quentin allí abajo, con un sombrero de cotillón inclinado con gracia sobre su frente.

—¿Dónde está Dora? —inquirió Brent—. No la he visto desde que llegamos.

—Da vueltas por ahí. Indigo quería bailar con ella.

—¿Índigo?

Mary Pat se inclinó aún más por encima del palco, para saludar con la mano a desconocidos y arrojar confetis de colores.

—Es inconfundible. Se trata de un gigante negro y pelado enfundado en cuero rojo.

—¡Oh, oh! —repitió fascinada cuando lo localizó—. ¡Cómo me gustaría bailar como él!

Apoyó los codos contra la barandilla y movió con suavidad las caderas, al compás de la música.

—¿Todavía no tenemos nada? —preguntó Jed a Brent.

—Es muy pronto —contestó, tras beber un sorbo de cerveza—. Mandamos el retrato a todas partes. Si tiene antecedentes, tendremos algo después de las fiestas. Revisé por mi cuenta algunos registros de fotos, para ver si encontraba su cara entre las de los delincuentes sexuales conocidos. Nada hasta ahora. —Brent miró su copa vacía y se acomodó las gafas. Luego propuso—: Vamos a buscar una cerveza.

—Ah, no, no irás —negó Mary Pat, cogiéndolo por el brazo—. Vas a bailar conmigo, teniente. Es casi medianoche.

—¿No podríamos quedarnos y besuquearnos aquí arriba? ¡Espera! —rogó ante el forcejeo de su esposa—. Jed quiere bailar contigo.

—No. Voy a buscar a mi propia pareja.

Cuando los tres consiguieron abrirse paso a codazos y empujones hasta situarse cerca de la orquesta, el cantante gritaba por el micrófono, con las manos levantadas para pedir silencio.

—¡Vamos! ¡Silencio todo el mundo! ¡Falta sólo un minuto para la hon cero, así que encuentren a su otra mitad... o al par de labios que tengan más a mano... y prepárense para unirlos en el nuevo año!

Jed ignoró el alboroto y a un par de proposiciones interesantes de mujeres solas, y se abrió paso entre la multitud.

Entonces la vio, a la derecha del escenario; reía con su hermano mientras servía champán en las copas que les tendían docenas de manos.

Dora dejaba a un lado una botella vacía, tomaba otra, se volvía para asegurarse de que toda la banda tuviera las copas llenas para brindar. En aquel momento vio a Jed. Con la mirada clavada en él, empujó la boteha hacia su hermano.

—Will, arréglate como puedas.

—¡Va a haber una estampida! —exclamó Will, pero ella ya caminaba hacia el borde del escenario.

La voz del cantante resonaba por todo el teatro.

—¡Prepárense! ¡Cuenten conmigo! ¡Diez, nueve...!

Dora sentía que se movía en cámara lenta, a través de un agua tibia y sedosa. El corazón le palpita-
ba con una fuerza salvaje.

—¡Ocho... siete...!

Dora se agachó y puso las manos sobre los hombros de Jed. El la tomó de la cintura.

—¡Seis... cinco...!

Las paredes temblaban. Dio un paso en el aire, bajo la colorida lluvia de confetis, y sintió agitarse contra ella los músculos de Jed, mientras le pasaba una mano por el pelo y enganchaba las piernas alrededor de su cuerpo.

—¡Cuatro... tres...!

Lentamente fue deslizándose hacia abajo sin dejar de mirar a Jed.

—¡Dos... uno...!

Fogosa, sedienta, entreabrió los labios para besar a Jed. Los gemidos de placer que emitieron se ahogaron en medio de una explosión de júbilo. Con un murmullo incoherente, Dora saboreó el cálido contacto de la lengua de Jed, con las manos hundidas en su pelo.

Siguieron besándose mientras la bajaba del escenario hasta el suelo, seguro de que en su interior estallaría el deseo. Cuando se puso de pie, el cuerpo de Dora todavía seguía acoplado al suyo, notando cada una de sus curvas.

Ella tenía un sabor más peligroso que el whisky, más efervescente que el champán. Comprendió que un hombre podía emborracharse cuando tenía a una mujer así entre sus brazos.

Apartó los labios de los suyos, pero la mantuvo con fuerza apretada contra él. Dora tenía los ojos entrecerrados. Mientras la miraba, vio que se pasaba con suavidad la lengua por los labios, como si quisiera absorber el gusto que él le había dejado.

—Bésame otra vez —susurró.

Pero antes de que él pudiera hacerlo, Quentin se abalanzó sobre ambos y los envolvió en un abrazo.

—¡Feliz Año Nuevo, *mes enfants*!

Con una inclinación de la cabeza, agudizó la voz para que se oyera sobre el alboroto.

—¡Despedid al viejo, recibid al nuevo, sonad, felices campanas, a través de la nieve; el año se va, dejadlo ir; sonad para despedir al infiel, sonad para recibir al justo!

—Tennyson —murmuró Jed, conmovido en su interior.

Quentin lo miró rebosante de alegría.

—Exacto —reconoció.

Besó a Dora y después, con el mismo entusiasmo, a Jed. Antes de que éste pudiera recuperarse del impacto, Trixie cayó sobre ellos.

Hubo más besos, repartidos con generosidad.

—¡Adoro las celebraciones! —exclamó—. ¡Will, ven a besar a tu madre!

Will obedeció. Saltó del escenario y, con gesto teatral, levantó en brazos a su madre. Después besó a su padre y enseguida se volvió hacia Jed.

Tenso, Jed se mantuvo firme.

—No quiero tener que darte un puñetazo —advirtió.

Will se limitó a sonreír y, a pesar de la advertencia, le dio un fuerte y efusivo abrazo.

—Lo siento, somos una familia muy expresiva —explicó—. ¡Aquí están Lea y John!

Pensando sólo en sobrevivir, Jed dio un paso atrás, pero se encontró bloqueado por el escenario. Se dio por vencido y aceptó con filosofía el beso de Lea y el abrazo de John, a quien acababa de conocer.

Ante las diversas reacciones que fluctuaban en el rostro de Jed, Dora rió y buscó una copa de champán.

—Esta es para ti, Skimmerhorn. Todavía no has visto nada.

DiCarlo tardó largas horas de lenta y cruel agonía en morir. Winesap esperó con paciencia, mientras hacía todo lo posible para no escuchar los cada vez más débiles gemidos de ayuda, las súplicas delirantes y los sollozos entrecortados.

No sabía qué órdenes había dado Finley a los sirvientes. Tampoco quería saberlo. Pero durante esas tres interminables horas de espera, deseó que DiCarlo hiciera la única cosa decente en su vida y, sin más, muriera.

Después, cuando empezó a caer la oscuridad y ya no le llegaban más sonidos desde el solárium, Winesap deseó que DiCarlo se hubiera tomado más tiempo, mucho más tiempo.

No le gustaba la tarea que tenía que realizar.

Con un suspiro, salió de la casa, pasó junto al cuerpo tendido, y al otro lado del jardín encontró un cuarto de herramientas rodeado por una pared de piedra. Había preguntado, con docilidad, si podría disponer de algún mantel viejo o de un pedazo grande de plástico.

Siguiendo las instrucciones de Finley, Winesap encontró una sábana grande de pintor. Echándosela al hombro volvió al jardín y a su terrible misión.

Fue fácil desterrar la dramática rutina de su mente. Sólo tenía que imaginar que era él quien estaba tendido allí, con los ojos ciegos mirando la profundidad del cielo, y todo el proceso no le molestaría demasiado.

Extendió la sábana sobre las piedras blancas, teñidas de sangre y pegajosas al tacto. Y las moscas... Bueno, aquélla era la parte asquerosa del negocio, se dijo.

Agachado, mientras respiraba con dificultad a través de los dientes, Winesap hizo rodar una y otra vez el cuerpo flácido de DiCarlo, hasta situarlo en el centro de la sábana.

Entonces se tomó un descanso. El trabajo físico siempre lo hacía sudar en abundancia. Sacó un pañuelo y se secó las gotas que le caían por la cara y el cuello. Arrugó la nariz, tiró el pañuelo y lo enrolló debajo del cuerpo.

Volvió a sentarse, tratando de no mancharse de sangre, y con sumo esmero sacó la cartera del bolsillo de DiCarlo. Cauteloso, la sostuvo con el pulgar y el índice y decidió que la quemaría en cuanto tuviera ocasión.

Con la resignación del oprimido, revisó con detenimiento los otros bolsillos de DiCarlo, para estar seguro de que había eliminado todas y cada una de las posibilidades de identificación.

Desde una ventana del segundo piso le llegó, débil, la melodía de una ópera italiana. Finley se preparaba para su salida nocturna, se dijo Winesap.

Después de todo, mañana era un día festivo.

17

La noche era tan clara y el aire tan frágil como el cristal. Una fina capa de escarcha, sobre la ventanilla lateral del Thunderbird, destellaba como una telaraña de hielo a la luz de los faroles de la calle. En el interior del vehículo se mezclaba el zumbido de la calefacción con la melodía de B. B. King que sonaba en la radio.

El reconfortante calor, el blues, y la marcha lenta y suave podrían haber arrullado a Dora hasta quedarse dormida, si sus nervios no hubieran estado a punto de estallar. Para combatir la tensión, no paró de hacer comentarios sobre la fiesta, la gente y la música. Comentarios que requerían poca o ninguna respuesta de Jed.

Cuando aparcaron detrás del edificio, lo había intentado casi todo.

—Está todo bien, ¿no es así? —preguntó.

—¿Qué está bien?

—Los guardias que puso Brent —contestó con los dedos crispados sobre su bolso de noche.

—¿Es eso lo que te tenía tan inquieta?

Dora observó el edificio, el haz de luz de la puerta trasera, el reflejo en la ventana de la lámpara que había dejado encendida.

—Logré borrarlo de mi mente durante casi toda la noche.

Jed se inclinó hacia un lado para desabrocharle él mismo el cinturón de seguridad.

—Está todo bien —la tranquilizó—. Los dos seguían ahí.

—Bien.

Pero seguía nerviosa. Bajaron del coche en silencio y se encaminaron hacia las escaleras.

No le gustaba mostrarse excitable, pensó mientras Jed abría la puerta exterior, pero en aquel momento sus nervios no tenían nada que ver con intrusos o guardias, sino con lo que iría a suceder una vez que estuvieran dentro... y solos.

Decidió que su nerviosismo no estaba justificado. Entró en el pasillo y, mientras se encaminaba a su puerta, sacó las llaves. Deseaba y anhelaba terminar lo que había empezado entre ellos. Sin embargo...

Jed le cogió las llaves de las manos frías y abrió él mismo la puerta.

Era una simple cuestión de control, se dijo mientras se quitaba el abrigo y lo dejaba en el respaldo de una silla. Siempre había tenido la certeza de que ella llevaba el timón en una relación, conduciéndola en la dirección que quería.

Pero con Jed no ocupaba el asiento del conductor, y los dos lo sabían.

Oyó que la puerta se cerraba a sus espaldas, con llave. Sintió que un manojito de nervios le estrangulaba la garganta.

—¿Te apetece un trago? —preguntó sin volverse, y fue por la botella de brandy.

—No.

—¿No? —Tocó el cuello de la botella y la dejó en su sitio—. Yo tampoco.

Conectó el reproductor de discos compactos sin la menor idea de qué música había dejado dentro. Bessie Smith tomó el relevo de B. B. King.

—Uno de estos días tendré que desmontar el árbol. —Estiró una mano y tocó una rama—. Empaquetar los adornos, quemar algunas piñas en la chimenea, siempre me entristece un poco...

Se interrumpió con un estremecimiento. Las manos de Jed se habían posado sobre sus hombros.

—Estás nerviosa.

—¿Yo?

Rió y deseó haberse servido algo, cualquier cosa que le refrescara la garganta seca.

—Me gusta —señaló Jed.

Se sentía estúpida. Se volvió y trató de sonreír.

—No lo dudo. Eso te hace sentir superior.

Jed bajó la cabeza y la besó en la comisura de los labios.

—Sí, es así —convino—. Además, me hace saber que recordarás esto durante mucho tiempo. Ven conmigo.

Sin oponer resistencia, mantuvo su mano en la de Jed durante el corto trayecto hasta el dormitorio.

Jed quería descubrirla lentamente centímetro a centímetro, saborear el momento, hasta que la tuviera por completo indefensa entre sus brazos. Y fuera suya.

Encendió la lámpara junto a la cama y la miró.

A Dora se le cortó el aliento cuando los labios de Jed rozaron los suyos. Ternura era lo último que había esperado de él. Entreabrió los labios, receptiva, con el corazón latiendo con fuerza.

Dejó caer la cabeza hacia atrás, en un gesto de entrega que avivó aún más el deseo de Jed. Pero él siguió el juego delicado con sus labios, prolongando el momento.

Recorrió el contorno de su barbilla con los labios, deslizó la lengua por la piel tibia y suave.

—Estás temblando —susurró Jed.

—Eres tú.

Volvió a besarla, esta vez con ardor, hasta que Dora sintió que el placer la invadía por completo. La habitación se llenó de suspiros y murmullos jadeantes.

—Déjame plegar las mantas de la cama —pidió ella.

Pero al volverse, Jed volvió a atraerla hacia sí, rozándole la base del cuello con los labios.

—Eso puede esperar.

Tenía las manos sobre su vientre. Sobre la fuente del deseo.

—No creo que yo pueda esperar —musitó Dora.

—No va a ser tan rápido —anunció él, acariciándole las caderas—. No va a ser tan fácil.

—Jed...

El nombre terminó en un gemido. Jed puso las manos sobre sus pechos, acariciándolos, frotando los pezones con los dedos pulgares, suavemente y en círculos, mientras la lengua se deslizaba detrás de la oreja. Con los ojos cerrados, Dora renunció a todo intento de controlarse y se volvió de nuevo hacia él.

Jed empezó a desabrochar la hilera de minúsculos botones que corría desde la garganta hasta la unión de los muslos. La respiración de Dora se hizo más lenta y profunda, a medida que los dedos de Jed le rozaban la piel al desplazarse de un botón a otro, con una lentitud que la torturaba.

—He tenido toda la noche para preguntarme —le susurró Jed al oído, luchando por contener la voracidad de sus manos—, para imaginar qué había aquí debajo.

Con lentitud, abrió la tela y deslizó debajo los dedos hacia su centro.

Hundió la cara entre los cabellos de ella y un violento deseo le recorrió el cuerpo. La piel de Dora era caliente y suave, y sus músculos temblaban indefensos bajo sus manos. Bajo la luz de la lámpara, apretados uno contra el otro, cada vibración del cuerpo de ella se transmitía al de él.

Jed ignoraba que el deseo pudiera ser tan acuciante, que la necesidad de dar y recibir pudiera ser tan brutal y aguda como una punzada de dolor. Sólo supo que anhelaba cada centímetro, cada milímetro de ella, y tuvo la satisfacción de hacerla desear con la misma desesperación que él.

Como en sueños, Dora levantó un brazo y lo enroscó en el cuello de Jed. Era como estar flotando, pensó. El aire le parecía tan bruñido como la plata. Entonces él volvería a tocarla, y ese aire suave y brillante se transformaría en un límite afilado, como una espada de cara al sol.

Con los ojos entrecerrados, se apoyó otra vez en Jed, embriagada de vanidad y asombro, al tiempo que sus manos vagaban por su piel. Con los labios húmedos y hambrientos, volvió la cabeza para buscar la boca de Jed, y lo instó a tomar más. Era incapaz de localizar con exactitud dónde se hallaba el foco de placer. Eran demasiadas las sensaciones que corrían y se atropellaban en su interior. La boca de Jed era el placer en sí mismo, la firme presión de sus labios, el roce de los dientes, el enredo de las lenguas...

Había mucho más en la fuerte presión de su cuerpo contra el de ella, en los débiles y expresivos temblores, en un susurro, en la violencia mantenida bajo rígido control, en el calor intenso que resplandecía alrededor y hablaba de necesidades ocultas y desesperadas.

Y sus manos... ¡Dios!, pensó, esas manos que acariciaban, moldeaban y poseían, un tanto temerosas de ser bruscas, hasta que ella tuvo miedo de perder sus sensaciones e imploró más.

Jadeante, se apretaba contra el cuerpo de Jed, moviéndose al ritmo precipitado que la imponía. De pronto Jed deslizó la mano hacia abajo. Con la punta de los dedos, la llevó al límite mismo de su resistencia. Su cuerpo se estremeció y se arqueó bajo el de Jed. Gimio de placer cuando alcanzó el orgasmo. Cuando separó las piernas, él siguió acariciándola, mientras ella jadeaba con extasiado deleite.

La llevó otra vez a la cúspide del deseo, arrebatado de placer cada vez que ella pronunciaba su nombre entre gemidos. Comprendió que un hombre podía estar borracho y a punto de perder el control, aun sin haber probado una gota de alcohol, y que una mujer podía convenirse en una droga. Cuando sintió en su interior el torrente incontenible del deseo, la hizo volverse para quitarle el sujetador.

Había tal fiera en su cara, tal violencia en sus ojos, que debería haberse sentido asustada, y aunque su corazón parecía haber enloquecido, no tenía nada que ver con el miedo.

—Te deseo —susurró Dora.

El tono de su voz era hondo y denso, como miel vertida sobre una llama. Las manos que tiraban de la camisa por encima de la cabeza de Jed, estaban lejos de ser firmes. Pero sus ojos se mostraban intensos y seguros. Le desabrochó el pantalón y echó la cabeza hacia atrás al acercarse más a él.

—Te quiero dentro de mí. ¡Ahora!

Como respuesta, él la aferró por las caderas y se tumbó en la cama con ella.

Abrazados, tiraban con impaciencia de la ropa del otro, hasta que notaron el cálido contacto de la piel. Cuando ella se disponía a recibirlo, Jed se apartó, para deslizarse hacia abajo. Al tiempo que Dora se retorció y gemía, él se deleitaba en acariciar sus pechos. Hasta que las contracciones en el sexo de Dora se le hicieron insostenibles. Jadeante, lo tomó con fuerza del cabello, el cuerpo arqueado en desesperada invitación.

—¡Ahora! ¡Por el amor de Dios, ahora!

Jed capturó un pezón entre los dientes, y tiró con suavidad de él hasta que sintió las uñas clavadas en sus hombros.

—Quiero más —susurró él.

Cuanto más tomaba, más necesitaba. Finalmente Dora se entregó sin límites, abandonándose al torrente de sensaciones. Pero no era suficiente.

Tal como le había prometido, exploró cada recodo de su cuerpo, poseyéndola por completo.

Podía observarla. La luz brillaba sobre su piel húmeda, y la hacía tan resplandeciente como sus estatuillas de porcelana. Pero ella era de carne y hueso, con manos tan curiosas como las suyas y una boca tan ávida como la suya.

Debajo de ellos, el cubrecama estaba tan resbaladizo y suave como el agua. La música tomó impulso con el alarido de los saxos y el palpitante del contrabajo.

Cuando la penetró, el gemido que brotó desde el fondo de la garganta de Dora se internó en la boca de Jed. Lentamente, gozando de ella, Jed siguió embistiéndola, mientras aspiraba sus jadeos frenéticos y la estimulaba, saboreando su lengua.

Ansioso por verle la cara, se apoyó en las manos, para contemplar el placer reflejado en ella. De pronto Dora se estremeció sintiendo el peso de su cuerpo y tuvo que contener la respiración ante el huracán de sensaciones.

Los ojos de Dora se abrieron de golpe, brillantes y grandes, para mirar fijamente la cara de Jed. Cuando trató de hablar, le temblaron los labios y solo emitió un gemido ahogado. El era lo único que podía ver, lo único que podía sentir; y lo único que deseaba. Cada embestida la hacía estremecerse y convertía su cuerpo en una masa de nervios y apetitos frenéticos.

Dora volvió a gritar de placer. Jed hundió el rostro en sus cabellos y se dejó ir.

La música había cambiado. Elton John cantaba su oda a Marilyn. Dora seguía tendida en la cama, el cuerpo entumecido apenas consciente del peso de Jed. No obstante, sentía sus labios apretados con delicadeza contra el costado de su pecho y los latidos de su corazón, todavía acelerados. Con sumo esfuerzo, levantó una mano y tocó el pelo y los hombros de Jed.

Su contacto, de alguna manera maternal y apasionado a la vez, lo estremeció. Sentía como si hubiera saltado desde una montaña y hubiese aterrizado en un manantial profundo y cálido. Instintivamente le besó la comisura de los pechos y la vio sonreír.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—No. No puedo ver nada.

—Tienes los ojos cerrados —susurró Jed, sonriendo.

—¡Oh! —exclamó al abrirlos—. ¡Gracias a Dios! Creí que me había quedado ciega. —Volvió la cabeza sobre la colcha arrugada y lo miró—. No creo que te pregunte cómo te sientes. Pareces satisfecho de ti mismo.

Jed se incorporó un poco para besarla. Como suponía, los cabellos se le habían soltado, formando una catarata de rizos alrededor de la cara. Tenía los labios hinchados y los ojos soñolientos.

Sintió que algo lo agitaba. No era deseo, sino algo diferente. No estaba seguro de que fuera satisfactorio.

—De todas maneras, pregunta.

—De acuerdo —dijo apartando un mechón que le caía sobre la frente—. ¿Cómo te sientes, Skimmerhorn?

—Bien.

—Tu riqueza de vocabulario me apabulla.

El rió, volvió a besarla, rodó hacia un lado sin soltarla y la estrechó contra su cuerpo.

—Es una pena que no pueda pensar en ninguna cita de Tennyson.

La idea de que él recitara poesía, empañó su sonrisa.

—¿Qué tal Shelley? «Emergí de los sueños de ti en el primer dulce sueño de la noche, cuando los vientos soplan con suavidad y las estrellas destellan brillantes.»

La tomó de la barbilla y le levantó la cara, para darle un beso dulce y soñador.

—Es bonito. Realmente bonito —reconoció.

Satisfecha, se apretó más a él.

—Como buena Conroy, fui educada entre poetas y dramaturgos.

—Hicieron un buen trabajo contigo.

Dora sonreía mientras él seguía sosteniéndole la barbilla para admirar su rostro.

—Te deseo otra vez —afirmó.

—Esperaba que lo dijeras.

—¡Dora, estas horrible!

—Lea, ¿qué haría yo si no te tuviera cerca para alimentar mi ego?

Imperturbable, con los brazos en jarra y los puños cerrados, examinaba el rostro pálido y las profundas ojeras de su hermana.

—Tal vez estés enferma. Ya sabes que hay una epidemia de gripe por ahí. Creo que deberías cerrar la tienda por hoy.

Dora salió de detrás del mostrador cuando vio que entraba un cliente.

—Esa manera de pensar es la razón de que tú seas la empleada y yo la jefa. ¡Buenos días! —saludó sonriendo—. ¿En qué puedo servirle?

—¿Es usted Dora Conroy?

—Sí, soy yo —respondió, y le tendió la mano.

Sabía que estaba pálida y demacrada por la falta de sueño, pero aquella mujer parecía a punto de sufrir un colapso.

—¿Quiere una taza de café o de té?

La mujer cerró los ojos y se quitó el gorro de lana azul.

—Yo... Me gustaría tomar una taza de café, pero se supone que no debería —señaló, llevándose una mano al vientre abultado—. Una taza de té será mejor.

—¿Crema? ¿Limón?

—Solo, por favor.

—¿Por qué no se sienta? —sugirió Dora, y guió a la mujer hasta una silla—. Esta mañana nos lo hemos tomado con calma. Ya sabe, después de la fatiga de las fiestas

Cuando vio entrar a una joven pareja, Dora le hizo señas a Lea de que los atendiera mientras ella servía dos tazas de té.

—Gracias. Me llamo Sharon Rohman —se identificó la mujer, cogiendo la taza que le ofrecía Dora.

—Me temo que hoy estoy un poco imprecisa para recordar detalles... —Pero de repente comprendió y exclamó, mientras se sentaba junto a Sharon y le tomaba de la mano—. ¡Claro!, usted es la sobrina de la señora Lyle. Siento mucho lo que le sucedió. La última vez que llamé al hospital me dijeron que seguía en coma.

—Anoche salió del coma —informó Sharon.

—¡No sabe cuánto me alegro!

Sharon alzó su taza y, sin probar el té, volvió a dejarla en el plato.

—Todavía se encuentra en estado crítico. Los médicos no están seguros de cuándo... se recuperará. Ella... es muy frágil.

—Debe de ser una situación terrible para usted —comentó Dora compungida—. No creo que haya nada peor que esperar.

—No, no hay nada peor —convino Sharon, pero la comprensión de Dora la ayudó a relajarse—. Siempre hemos estado muy unidas, como verdaderas amigas. Después de mi esposo, la primera persona a la que hablé de mi embarazo fue mi tía.

—Pareces muy cansada —susurró Dora—. ¿Por qué no subes a mi apartamento? Si quieres puedes echarte unos minutos.

La amabilidad de Dora hizo que a Sharon se le humedecieran los ojos.

—No puedo quedarme. Tengo que volver al hospital.

—Sharon, esta tensión no puede ser buena, ni para ti ni para el bebé.

—Estoy siendo todo lo cuidadosa posible —afirmó, secándose una lágrima con la palma de la mano—. Créame, hago todo lo que me dicen los médicos. —Hizo una pausa, respiró hondo y, ya más aliviada, agregó—: Señorita Conroy...

—Llámame Dora, por favor.

—Dora, he venido para agradecerte las flores que enviaste al hospital. Eran hermosas. Tía Alice adora las flores. Tiene un jardín espectacular. Las enfermeras me informaron de que llamaste varias veces para preguntar por el estado de mi tía.

—Sí. Me alegro de saber que está mejor —insistió Dora.

—Gracias. Pero verás, creí que conocía a todas sus amigas. No sé de qué manera estáis relacionadas.

—La verdad es que nos vimos una sola vez. Aquí. Vino justo antes de Navidad.

Sharon meneó la cabeza, confundida.

—¿Te compró algo?

Dora no tuvo coraje para decirle que había comprado regalos para ella y para el bebé.

—Un par de cosas. Mencionó que vino porque ya había comprado otras veces aquí.

Desconcertada, Sharon sonrió mientras Dora le servía otra taza de té.

—Sí —convino—. Siempre hay cosas muy interesantes en tu tienda. Espero que no te ofendas, pero me parece un poco extraño que te preocupes tanto por una mujer a la que solo has visto una vez, y como cliente. —Simpatizamos —explicó Dora—. Y me preocupó mucho que hubiera sido atacada poco después de haber estado aquí.

—Compró cosas para mí, ¿verdad?

—Te quiere mucho.

—Sí.

Sharon trató de mantener la calma. Tenía que ser fuerte, por su bebé y su tía.

—Quienquiera que mató a Muriel e hirió a mi tía, también destruyó muchas de sus cosas. No parece tener ningún sentido.

—¿Tiene pistas la policía?

—Nada —repuso Sharon con un leve suspiro de impotencia—. Fueron muy amables desde el primer momento. Estaba histérica cuando ellos llegaron a su casa. Yo la encontré la mañana de Navidad, tendida allí, inconsciente y... ¡y la pobre Muriel! Me mantuve bastante serena cuando llamé a una ambulancia y a la policía. Pero después estaba destrozada. Me ayudó mucho hablar con ellos. La policía puede ser muy objetiva y analítica.

Dora pensó en Jed.

—Sí, lo sé. —Vaciló un instante y tomó una decisión—. ¿Te gustaría saber qué fue lo que compró para ti?

—Oh, sí, mucho.

—Tu tía mencionó que cosas. Compró un tope de puerta de la época victoriana, para que pudiera mantener abierta la puerta de tu cuarto de costura y oír al bebé.

—¿Un tope de puerta? —Una sonrisa suave se dibujó en los labios de Sharon—. ¿Un elefante de bronce... como Jumbo?

—Exacto.

Las lágrimas volvieron a sus ojos, pero ya no parecían tan ardientes y desesperadas.

—Lo encontramos en un rincón del salón. Es la clase de cosas que ella compraría para mí.

—También se llevó un tope de puerta para la habitación del bebé. Un perro de porcelana, enroscado sobre sí mismo y dormido.

—Oh, no lo vi. Debió de romperse. Ese individuo hizo añicos la mayor parte de los regalos que ella había envuelto, así como muchas de sus cosas —añadió y, estremecida, enlazó sus dedos con los de Dora—. Debió de volverse loco. Supongo que fue así, ¿no crees?, para asesinar a una anciana y dejar a otra medio muerta. —Se interrumpió un momento, aunque no esperaba respuesta a esa pregunta—. Me gustaría llevarle algo cuando vaya a verla esta mañana. ¿Podrías ayudarme a elegir un regalo para ella?

—Me encantaría.

Veinte minutos después, Dora observó a Sharon subir a su coche y alejarse de allí.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Lea—. La pobre parecía tan desdichada.

—Era la sobrina de la señora Lyle... la mujer que fue atacada la víspera de Navidad.

—¿En Society Hill? Está en coma, ¿no?

—Ya no.

Lea negó con la cabeza y comentó:

—Es terrible pensar que alguien puede entrar en tu casa de esa manera.

Al recordar su propia experiencia, Dora sintió que un escalofrío le corría por la espalda.

—Terrible —convino—. Espero que lo encuentren.

Con determinación, Lea se volvió para mirar a Dora a la cara y preguntó:

—Volviendo a ti, ¿por qué estás tan exhausta, cuando ayer tuviste todo el día libre?

—No tengo ninguna pista —ironizó su hermana—. Pasé todo el día en la cama.

Con una sonrisa maliciosa en los labios, Dora se apartó de Lea para colocar una colección de cajitas musicales en el mostrador.

De inmediato Lea volvió junto a ella para analizar el rostro de Dora. Luego exclamó:

—¡Espera un momento...! ¡Se está haciendo la luz...! ¡Jed!

Dora abrió la tapa de una caja esmaltada y sonó un fragmento de la sonata Claro de luna.

—¿Qué pasa con él?

—No juegues conmigo, Isadora. Dime ahora mismo en la cama de quién pasaste el día.

—En la mía —contestó sonriendo, y cerró la caja—. Fue indescriptible...

—¿En serio? ¡Vamos, cuéntame! —exigió Lea, toda oídos.

—Bueno, él es... No puedo —comprendió, aturdida—. Esto es diferente.

—¡Huy, huy! —exclamó Lea con una amplia sonrisa—. ¿Recuerdas lo que hice después de la primera vez que John me besó?

—Llegaste a casa, te metiste en la cama y lloraste durante una hora.

—Sí, porque me sentía asustada, excitada y nada segura de que acababa de conocer al hombre que pasaría conmigo el resto de mi vida.

El recuerdo la hizo sonreír con dulzura y presunción.

—Tenías sólo dieciocho años —apuntó Dora—. Eras muy melodramática y, por si fuera poco, virgen.

—Bueno, tú tienes veintinueve, también eres melodramática y nunca has estado enamorada.

—Por supuesto que lo he estado —corrigió Dora con un ligero suspiro.

—No, te equivocas.

—Yo no he dicho que estuviera enamorada de Jed —aclaró mientras cogía un trapo para limpiar.

—¿Lo estás?

—No lo sé.

—¡Eso es! —exclamó Lea con tono triunfal—. Ese es precisamente mi criterio. Si no lo estuvieras, lo dirías. Como lo estás, ahora te sientes confusa. Bueno, en cualquier caso, ¿dónde está Jed?

Sintiéndose manipulada por su hermana, Dora frunció el entrecejo y respondió:

—Ha salido. No le tengo atado con una correa, ¿sabes?

—Quisquillosa —apuntó Lea con una mueca de sabiduría—. Otra señal...

—Mira, ya analizaré mis sentimientos cuando tenga tiempo —afirmó Dora enojada, volvió a coger el trapo y empezó a lustrar la ya inmaculada cubierta del mostrador—. Desde que él apareció en escena, todo quedó patas arriba. La tienda fue asaltada; mi apartamento registrado, casi me violan y tú encima...

Con sólo dos pasos, Lea ya había rodeado el mostrador y aferraba la mano de Dora.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

Aunque trató de soltar su mano, Dora supo que había ido demasiado lejos.

—¡Maldición! En realidad no fue exactamente así. Exageré porque me hiciste enojar. Está bien... —Resignada, Dora le acarició la cara—. Será mejor que te sientes.

Dado que Lea la interrumpía con frecuencia, no le resultó fácil contarle lo ocurrido.

—Quiero que me prometas que no le dirás una sola palabra de esto a mamá o a papá, hasta que yo tenga ocasión de hacerlo.

Lea se puso de pie de un salto. Con sus ojos azules muy brillantes, miró a Dora como un ángel rubio listo para empezar a tocar su arpa y arrojar su aureola.

—Ve arriba y empaqueta tus cosas. Te vienes a casa, con John y conmigo.

—No, no lo haré. Querida, aquí estoy completamente a salvo.

—Sí, claro —ironizó Lea.

—Lo estoy. La policía se encarga de mí. Incluso han enviado dos agentes al edificio. —Entonces se echó a reír y adoró la ingenuidad de Lea—. Además, pequeña, no olvides que estoy durmiendo con un policía.

Algo más convencida, Lea añadió:

—¡No quiero que te quedes sola. ¡Ni cinco minutos!

—¡Por el amor de Dios!

El destello en los ojos de Lea no dejaba lugar a discusión alguna.

—Hablo en serio —advirtió—. Si no me lo prometes, traeré a John y te arrastraremos a casa con nosotros. Y quiero hablar personalmente con Jed.

Dora levantó las manos, dándose por vencida. Era imposible jugar a la hermana mayor con una mujer que era la madre dictatorial de tres hijos.

—Está bien. No te diré nada que yo no te haya dicho. Aquí me encuentro totalmente a salvo. Te lo aseguro.

Las dos se estremecieron cuando oyeron que alguien aporreaba la puerta de entrada.

—¡Hola! —gritó Terri—. ¿Qué están haciendo, encerradas con llave en pleno día?

—¡Ni una palabra! —le advirtió Dora a Lea mientras cruzaba el salón para ir a abrir la puerta—. Perdona, Terri, nos tomábamos un descanso.

Terri hizo una mueca de desconfianza cuando examinó la cara de las dos mujeres. Todo indicaba que se había producido una disputa familiar.

—Parece que las dos lo necesitáis. ¿Una mañana movida?

—Podría decirse que sí. Mira, en el almacén hay un nuevo envío. ¿Por qué no empiezas a desempaquetarlos? Cuando lo hayas hecho, le pondré los precios.

—Por supuesto...

Obediente, Terri se quitaba el abrigo mientras se dirigía al almacén. Siempre podría escuchar a través de las puertas si las cosas se ponían interesantes.

—No hemos terminado, Isadora.

—Por ahora sí, Ophelia —puntualizó Dora, y la besó en la mejilla—. Puedes interrogar a Jed cuando vuelva.

—Es lo que pienso hacer.

—¿Te importaría sermonearlo? Me gustaría ver cómo reacciona.

—¡Yo no sermoneo a nadie! —replicó Lea, indignada.

Eres una especialista, pensó Dora.

—Si crees que esto es un juego, entonces eres...

Terri asomó la cabeza por la puerta del almacén. Tenía una expresión de desconcierto en la cara y la copia del retrato robot creado por el ordenador en la mano.

—Eh, Dora, ¿por qué tienes un retrato del tipo que entró a comprar el día de Nochebuena?

—¿Qué? —preguntó Dora, esforzándose por mantener la calma—. ¿Lo conoces?

—Fue el último cliente de Nochebuena. Le vendí el Staffordshire de porcelana... ¿Era una perra con su cachorro? —Volvió a mirar el retrato, y arqueó las cejas—. Créeme, en persona está mucho mejor que aquí. ¿Es amigo tuyo?

El corazón de Dora se aceleró.

—No... Dime, Terri, ¿pagó en efectivo?

—¿Por el Staffordshire? No, nada de eso. Lo cargó a su tarjeta.

La excitación iba en aumento, pero Dora era lo bastante buena actriz para que no se le notara en la voz. —Te importaría buscar el recibo? Quisiera verlo...

—Claro —respondió Terri, sorprendida—. No me digas que el tipo es un estafador. Yo obtuve la autorización de su tarjeta.

—No. Estoy segura de que se halla todo en orden. Sólo necesito el recibo.

—De acuerdo. Tenía un nombre italiano... Delano, Demarco, o algo así.

Sin entender, se encogió de hombros y cerró la puerta detrás de ella.

—DiCarlo —indicó Brent, mostrando ajed una hoja de fax—. Anthony DiCarlo, de Nueva York. La mayor parte delitos menores: juego clandestino, un par de robos y estafas. Cumplió una condena corta por extorsión, pero desde hace casi seis años se encuentra tan limpio como un silbido.

—Que no lo atrapen no significa que esté limpio —comentó Jed.

—El departamento de policía de Nueva York me mandó este fax por la mañana. Allí hay un detective que va a hacer algunas averiguaciones para mí. No debería ser muy difícil comprobar si nuestro muchacho tiene una coartada para esa noche.

—Si la tiene, seguro que es pura fantasía. Sin duda es él —afirmó y tiró la fotografía de archivo sobre el escritorio de Brent—. Tal vez debería hacer un viaje a Nueva York.

—Tal vez deberías dar un poco de tiempo a nuestros amigos en la gran manzana.

—Lo pensaré.

—Pareces bastante relajado para un hombre que piensa en perseguir a un tipo como ése.

—¿Tú crees? —preguntó Jed con una mueca nerviosa.

—Sí. —Brent se reclinó en su asiento. Parecía haber captado las señales del radar romántico de Lea—. Es lo que pensé —prosiguió con una sonrisa—. Dora es toda una mujer. ¡Bien hecho, capitán!

—Cállate, Chapman —pidió Jed con tono apacible, y se encaminó a la puerta—. Manténme al tanto, ¿quieres?

—¡Claro!

Brent esperó hasta que cerrara la puerta para descolgar el auricular e informar a Mary Pat.

18

Jed pensó mucho en ello. Sabía que Dora debía de estar abajo, en la tienda, así que se dirigió sin más a su propio apartamento. Se puso un pantalón corto y una camiseta, y empezó a montar los aparatos de gimnasia. Podría pensar mucho mejor después de un buen ejercicio.

Debía decidir qué le contaría. Dora tenía derecho a saberlo todo, pero quizá no sería lo mejor para ella. Si la conocía bien, y empezaba a pensar que era así, querría hacer algo al respecto. Uno de los mayores quebraderos de cabeza de un policía era la interferencia de los civiles.

Tal vez debía tratar de pensar como si no fuera un policía, se dijo mientras seguía trabajando con las pesas. Pero cuando un hombre había pasado casi la mitad de su vida en la policía, tampoco se consideraba un civil.

En Nueva York podían ocuparse del asunto, pero no tenían un interés directo. Todo lo que Jed debía hacer era dejar que volviera a su mente la imagen del rostro pálido, inconsciente, de Dora, para recordarle cuán intensa era su preocupación.

Un viaje a Nueva York, algunas indagaciones aquí y allá, no entorpecerían la investigación oficial. Si él pudiera hacer algo tangible, algo real, quizá no se sentiría tan...

Se detuvo con la barra en alto, apuntando al techo. Tras expulsar una bocanada de aire, volvió a bajarla, para levantarla de nuevo. ¿Cómo se sentía exactamente?

Inútil, indeciso, incompleto, admitió.

En realidad, jamás en su vida había terminado nada, porque nunca se propuso hacerlo. Había sido más fácil encerrarse en sí mismo, mantenerse distante. Sí, se maldijo en silencio al pensar que había sido necesario para sobrevivir.

¿Entonces por qué ingresó en la policía? Supuso que porque finalmente había reconocido sus propias necesidades de orden, de disciplina, e incluso de familia. Su trabajo le había proporcionado todo aquello, confiriendo un sentido de utilidad, satisfacción y orgullo a su vida.

Donny Speck le había arrebatado todo cuanto tenía. Pero aquí no se trataba de Speck, se recordó, ni tampoco de Elaine, sino de proteger a la mujer que vivía al otro lado del pasillo, la misma por la que había empezado a sentir algo.

Era otro aspecto en el que debía pensar.

No interrumpió los ejercicios cuando oyó que llamaban a la puerta, pero apretó los labios al oír a Dora pronunciar su nombre.

—¡Vamos, Skimmerhorn, sé que estás ahí! Necesito hablar contigo.

—Está abierto.

—¿Y por qué a mí me obligas a cerrar con llave?

Entró con su aspecto de mujer de negocios, enfundada en un elegante traje de color verde musgo y oliendo a sensualidad. Arqueó las cejas cuando echó una larga mirada al cuerpo extendido sobre el banco de aparatos, los músculos brillantes por el sudor y el esfuerzo. El corazón le dio un vuelco.

—¡Oh, perdóname por interrumpir tu ritual varonil! ¿No debería haber redoble de tambores o alguna clase de cantos paganos como música de fondo?

—¿Querías algo, Conroy?

—Quiero muchas cosas. Zapatos rojos de ante, un par de semanas en Jamaica, esa tetera Boettger que vi en la calle de los anticuarios...

Se acercó a él por detrás, se agachó y lo besó en los labios. Sabían salados.

—¿Cuánto tiempo te llevará esto? Si sigo contemplando tu cuerpo sudado, podría acabar excitándome...

—Creo que ya he terminado.

Contrariado, Jed volvió a insertar la barra en el soporte. Para dar mayor dramatismo a lo que iba a decir, Dora se quedó callada un instante.

—No te mostrarás tan enojado cuando te diga lo que acabo de descubrir. Terri reconoció el retrato.

—¿Qué retrato?

Jed apartó el aparato de gimnasia y cogió una toalla.

—El retrato. El retrato mágico que compusimos juntos en el ordenador. ¡Jed, él estuvo en la tienda la víspera de Navidad!

La excitación la obligó a recorrer de un lado a otro la habitación, haciendo sonar los tacones sobre la madera.

—Su nombre es...

—DiCarlo, Anthony —la interrumpió Jed, sonriendo al ver que Dora lo miraba con la boca abierta. Luego agregó—: Último domicilio conocido, calle Ochenta y tres Este, Nueva York.

—Pero tú ¿cómo...? ¡Maldición! —Malhumorada, volvió a guardar el recibo de venta en el bolsillo—. Al menos podrías haber fingido sentirte impresionado por mi eficiencia como detective.

—Eres una auténtica investigadora, Conroy.

Se fue a la cocina, sacó un refresco de la nevera y bebió directamente de la botella. Cuando terminó, ella estaba inmóvil en la puerta, con un destello peligroso en la mirada.

—Lo has hecho bien, Dora, solo que la policía trabaja más deprisa. ¿Les llamaste?

—No. Primero quise decírtelo a ti —respondió, a punto de echarse a llorar.

—Te recuerdo que Brent está al mando de la investigación. Oh, vamos, no te pongas así —le pidió, rozándole los labios con el dedo índice.

—¡No me pongo de ninguna manera!

—Nena, sabes qué teclas tocar. ¿Qué dijo Terri sobre DiCarlo?

—Brent se ocupa del caso —repitió con acritud—. Me voy a mi apartamento a llamarle.

Jed la tomó de la barbilla y susurró:

—Vamos, habla, detective.

—Bueno, ya que lo pides de esa manera... Dijo que era muy cortés y educado. —Rodeó a Jed, abrió la nevera y emitió un involuntario y femenino chillido de disgusto—. ¡Dios, Skimmerhorn! ¿Qué es esa cosa que hay ahí?

—Mi cena. ¿Qué más dijo?

—No puedes comerte eso. Yo prepararé la cena.

La cogió por los hombros antes de que metiera las narices en la alacena.

—DiCarlo —pidió tajante.

—Dijo que tenía una tía a la que quería comprar un regalo especial. Terri añadió que le mostró el perro Foo, el mismo que sin duda se llevó cuando entró por la noche.. —comentó con el ceño fruncido—. Según Terri, vestía con mucha elegancia y conducía un Porsche.

—¿Terri está abajo? —inquirió Jed, insatisfecho.

—No, ya se ha marchado. La tienda está cerrada.

—Quiero hablar con ella.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Bueno, lo siento, pero no sé dónde estará en este momento. Tenía una cita para cenar temprano con un nuevo amigo.

Contrariada, Dora resopló al ver que Jed salía de la cocina con expresión seria.

—Si es tan importante, puedes encontrarla más tarde, en el teatro. El telón se levanta a las ocho. Podemos hablar con ella unos minutos detrás del escenario, entre una escena y otra.

—Excelente.

—Pero no veo qué podemos sacar de esto —añadió Dora, siguiéndole al dormitorio—. Ya he hablado con ella y tenemos el nombre y la dirección.

Jed se quitó la camiseta y la tiró en un rincón.

—Tú no sabes qué preguntas hay que hacer. El puede haber dicho algo relevante. Cuanto más sepamos, más fácil será atraparlo en el interrogatorio. Si realmente quieres cocinar, tenemos un par de horas...

Pero Dora no escuchaba. Cuando él se volvió, permanecía inmóvil, con una mano apretada contra su corazón y una expresión de absoluta perplejidad en la cara.

—¿Qué pasa?

El instinto lo hizo girar sobre sus talones y recorrer con la mirada la habitación.

—La cama —balbució ella, llevándose una mano a la frente—. Oh...

Jed sintió que se aflojaba la tensión de sus músculos. Una repentina sensación de incomodidad reemplazó al enojo. Primero le criticaba la comida; ahora el desorden de la habitación.

—Es el día libre de la asistente —precisó, frunciendo el entrecejo, al señalar las sábanas y las mantas arrugadas—. No tiene sentido hacer la cama si estoy a punto de tumbarme en ella.

—¡La cama! —repitió Dora, casi con reverencia—. Art Nouveau francés del siglo XIX. ¡Oh, mira la marquetería!

Se arrodilló a los pies de la cama para pasar con suavidad la punta de los dedos sobre la imagen de una mujer esbelta, envuelta en una túnica vaporosa y con un cántaro en la mano. El sonido que brotó de su garganta le recordó a Jed alguno de los que había oído la noche anterior.

—Es de palo de rosa —puntualizó con un suspiro.

Un tanto sorprendido, Jed la observó subir a la cama y gatear para acercarse a la cabecera y examinarla mejor.

—¡Qué trabajo de artesanía! —exclamó, mientras acariciaba los contornos—. ¡Mira este tallado! ¡Qué delicadeza!

—Creo que tengo una lupa por algún lado —ironizó Jed, mientras ella pegaba la nariz a la madera.

—Tú ni siquiera sabes lo que tienes, ¿verdad?

—Sé que era una de las pocas piezas que me gustaban en aquel mausoleo en que crecí. Casi todo lo demás se encuentra en un almacén.

—En un almacén —repitió Dora, que cerró los ojos y se estremeció ante la idea—. Tienes que dejarme ver todo eso —rogó, sentada sobre los talones y juntando las manos en actitud de plegaria—. Te daré el valor justo del mercado por todo aquello que esté a mi alcance. Sólo prométeme, ¡júrame!, que no acudirás a ningún otro comerciante de antigüedades antes de que yo haga una oferta.

—Tranquilízate, Conroy.

—¡Por favor! —Reptó, hasta el borde de la cama—. Hablo en serio. No espero favores especiales a cambio de una relación personal, pero si hay cosas que no quieres... —Volvió a mirar la cabecera y luego a él—. ¡Dios, no puedo soportarlo! Ven aquí.

—¡Oh, oh! —exclamó Jed con una sonrisa—. Vas a tratar de seducirme para que baje el precio...

—¿Seducirte? ¡Un cuerno! ¡Voy a darte la sorpresa de tu vida, amigo!

Jadeante, se desabrocho la chaqueta, mostrando un corsé transparente en el mismo tono verde del traje.

—¡Cielos...! —farfulló Jed, preguntándose si se sentía más excitado que impresionado—. Esa sí que es una oferta, Conroy.

—No es una oferta, amigo, es una realidad.

Se incorporó un poco para abrir el cierre de la falda y se la quitó de un tirón. Luego volvió a arrodillarse sobre el lecho. Llevaba sólo el corsé, un portaligas de encaje, medias negras y tacones altos.

—Si no te metes ahora mismo en esta cama, voy a morirme.

—No quiero ser responsable de eso —bromeó Jed, notando las rodillas temblorosas—. Conroy, estoy cubierto de sudor...

—Lo sé. —Ella sonrió y añadió—: Y estás a punto de sudar mucho más.

Tendió una mano y, tras agarrar la goma elástica de su pantalón de deporte, tiró de él para hacerlo caer sobre la cama. Jed no opuso resistencia. Cuando Dora rodó y se echó sobre él, la sujetó por las muñecas.

—Sé amable conmigo.

—Ni lo sueñes —repuso ella.

Pegó la boca a la de él, lo obligó a abrir los labios y se sumergió en un beso que borró de la mente de Jed todo pensamiento racional. Incluso cuando le soltó las manos para abrazarla, ella siguió besándolo apasionadamente despertando sin piedad su deseo.

Jed respiró hondo e imploró:

—Dora, ahora no...

—Ahora sí.

Hundió las manos en su pelo y se apoderó de su boca. Tempestuosa, implacable, pródiga, lo atormentaba hasta el límite mismo de la cordura, hasta que no supo si debía maldecirla o rogarle. Se sintió

azotado por interminables sensaciones de vértigo. Metió las manos ávidas por debajo del corsé, enloqueciendo al notar la firmeza de sus senos.

Ante el contacto de las manos de Jed, Dora arqueó la espalda. Se quitó el corsé entre los primeros gemidos de placer. Inclinando la cabeza hacia atrás, cubrió las manos de Jed con las suyas, para hacerlas bajar por su torso hasta el vientre. Sacó la lengua cuando los dedos de Jed se internaron en su sexo. El trató de que se volviera, pero cerró con fuerza las piernas alrededor de su cuerpo.

Dora se deslizó lentamente hacia abajo y le mordió los hombros. Sabían a sal y sudor, a hombre. La combinación le resultó excitante. Era un hombre fuerte. Los músculos que sentía bajo sus manos ávidas parecían de hierro forjado. Pero con la danza de sus dedos, ella le arrancó un gemido ahogado y vulnerable.

Por su parte, Jed apretó con fuerza la carne suave por encima del borde de las medias, demasiado excitado para pensar en posibles magulladuras. Finalmente ella se volvió. Pero entonces se le nubló la visión cuando Dora empezó de nuevo a descender sobre él. Loco de pasión, observó el cuerpo arqueado hacia atrás, los ojos cerrados, las manos que se deslizaban hacia arriba en una caricia desinhibida, al tiempo que se apretaba en torno de él.

De pronto empezó a moverse, primero con lentitud, embriagada con su propio placer; después más rápido, con los muslos tensos y las caderas agitándose. Cada vez que erguía el cuerpo, Jed sentía que su fuerza lo atravesaba como una flecha.

Se incorporó un poco, para buscar con la boca sus pechos, sus hombros, sus labios. Enloquecido, hundió los dedos en los cabellos de su nuca, y besó y mordió su garganta, mientras que con voz ronca hacía promesas ininteligibles. Lo único que él comprendía en ese momento era que podría morir por ella, matar por ella.

El clímax lo asaltó con fuerza, dejándolo exhausto.

Enlazó los brazos alrededor de ella, hundió la cara entre sus pechos y acabó de entregarse por completo.

—Dora...

Volvió la cabeza para que sus labios vagaran con suavidad por su piel.

—Dora... —susurró otra vez.

La mantuvo apretada con fuerza hasta que sintió que dejaba de temblar. Cuando se echó hacia atrás, la miró con los ojos entrecerrados. Levantó un dedo para enjugarle una lágrima que rodaba por la mejilla.

—¿Qué te pasa?

Ella sólo pudo menear la cabeza, con la mejilla apoyada contra su pecho.

—Después de lo de ayer, creí que no conseguiría nada mejor. Que no era posible.

Jed se sentía conmovido por el temblor de su voz.

—De haber sabido que una vieja cama iba a convertirte en una maníaca sexual, te habría traído aquí mucho antes.

Ella sonrió, pero sus ojos se mostraban todavía turbios.

—Es una cama maravillosa.

—Tengo otras seis en el almacén del que te hablé.

—Terminaremos por matarnos —bromeó Dora.

—Correré el riesgo.

Yo también, pensó Dora. Porque Lea tenía razón. Estaba enamorada de él.

Dos horas más tarde llegaron al teatro Liberty, justo a tiempo de oír al personaje de la enfermera Nellie, que hacía una demostración de cómo quitarse de encima a un hombre. Dora y Jed entraron por la puerta del escenario y desde allí subieron a los bastidores, donde encontraron a su padre, que repetía el poema en voz alta y hacía la mímica de los movimientos.

—¡Hola! —lo saludó Dora, pellizcándole la mejilla—. ¿Dónde está mamá?

—En el guardarropa. Hay un pequeño problema con la túnica de María la Sanguinaria. ¡Jed, muchacho! —Estrechó la mano de Jed sin apartar la mirada del escenario—. Me alegro de verte por aquí. Esta noche tenemos un público entendido, casi no queda un asiento vacío en la sala. Estoy haciendo de apuntador —señaló entre dientes, y sonrió bajo la luz de un reflector—. Un apuntador suave es tan alegre como un vals.

—Hemos venido sólo para ver cómo andan las cosas —explicó Dora, tras lanzar una mirada de advertencia a Jed—. Necesito hablar un minuto con Terri, en el entreacto. Por un asunto del negocio.

—No quiero que la saques de su papel.

—No te preocupes.

Pasó un brazo por los hombros de su padre y, a pesar de que había visto esa pieza innumerables veces, la escena pronto la absorbió tanto como a él.

Jed se quedó atrás, más intrigado por Dora y Quentin que por el diálogo que se desarrollaba en el escenario. Parecían discutir confidencialmente algunos detalles menores que habían sido agregados a la obra. Quentin cogía a su hija por la cintura, por lo que Dora se hallaba algo inclinada sobre él.

Jed experimentó una sensación tan turbadora como un golpe en la nuca. Era envidia.

¿Alguna vez había sentido ese afecto sencillo, esa simple sensación de compañerismo con su padre? La respuesta también era simple, pero desoladora. Nunca. Era incapaz de recordar una sola conversación que no hubiera estado cargada de tensión, de decepción, de resentimiento. Ahora, aunque lo hubiera deseado, era demasiado tarde para hacer las paces. Sin duda parecía inútil tratar de buscar las causas.

Cuando sintió que la vieja amargura amenazaba con apoderarse de él, se dirigió en silencio hacia la zona de los camerinos. Fumaría un cigarrillo y esperaría hasta que pudiera interrogara Terri.

Dora le buscó con la mirada. Cuando vio que él ya no estaba allí, se le borró la sonrisa de los labios.

—¿Papá?

—Y la música... —prosiguió él—. Bien, bien. ¿Eh?

—Estoy enamorada de Jed.

—Sí, mi amor, lo sé.

—No, papá. Hablo en serio. Estoy enamorada de él.

—Lo sé.

Jamás hubiese permitido que ninguna persona interrumpiera su concentración, pero se volvió hacia Dora con una sonrisa radiante y comentó, ufano:

—Yo lo elegí para ti.

—No creo que él vaya a amarme por eso. A veces, casi puedo ver sus heridas.

—Tú lo arreglarás. Tiempo al tiempo. «¿Qué herida se ha curado sino poco a poco?»

—Otelo —recordó Dora, y arrugó la nariz—. No sé cómo curar esa herida.

—Tú escribirás tu propio desenlace. Los Conroy somos excelentes improvisadores.

De pronto, a Quentin se le ocurrió una idea y le brillaron los ojos.

—Tal vez te gustaría que yo le diera un pequeño empujón. Podría arreglarlo para que tuviéramos una charla tranquila, de hombre a hombre, con algo de mi cerveza especial.

—No. —Se tocó la sien—. No. Yo lo arreglaré. Me siento asustada —confesó—. Todo ha sucedido tan rápido.

—En el mismo instante en que vi a tu madre —explicó con sabiduría Quentin—, empecé a sudar. Fue muy embarazoso. Tardé casi dos semanas en decidirme a pedirle que se casara conmigo. Seguí al pie de la letra las líneas del texto.

—Nunca olvidaste una línea en toda tu vida.

Cuando poco después estalló el aplauso, Dora lo besó en la mejilla y dijo:

—Te quiero, papá.

—Eso es exactamente lo que deberías decirle a él —le aconsejó tras abrazarla—. Escucha los aplausos, Izzy, la sala se viene abajo.

Al reaccionar ante los aplausos y el repentino caos que se produjo entre bastidores, Jed volvió en el momento en que Dora veía a Terri.

—¿Estás trabajando de apuntadora esta noche? —inquirió Terri.

—No. Necesito hablar un momento contigo —le pidió ella, cogiéndola por el brazo.

—Por supuesto. ¿Qué te ha parecido el número de baile? Están dando sus frutos las lecciones que tomé, ¿verdad?

Dora le hizo una seña a Jed y condujo a Terri a través del enjambre de tramoyistas y técnicos.

—Estuviste sensacional, Terri. Ven, sólo necesitaremos un rincón tranquilo en el camerino.

Otras integrantes del elenco ya se hallaban dentro, para recomponer el peinado y el maquillaje. Aunque algunas ya estaban en ropa interior para cambiarse de vestimenta, ninguna se inmutó y apenas dedicó una mirada a Jed.

—¿Puedo usar éste? —preguntó Dora, sentándose en un banco antes de que alguien se adelantara—. Siéntate, Terri, descansa los pies.

—No tienes idea de cuánto lo necesito.

Se volvió hacia los espejos y cogió una esponja para secarse el maquillaje humedecido por el sudor.

—Es sobre DiCarlo —dijo Dora.

—¿Quién? —preguntó Terri, e interrumpió el repaso mental de su papel—. ¡Ah! El hombre de la víspera de Navidad. —Sonrió a Jed—. Dora se mostró muy misteriosa con respecto a él.

—¿Qué compró? —inquirió Jed.

—Una figura de porcelana Staffordshire. Ni siquiera parpadeó cuando le dije el precio. Parecía no tener ningún problema en pagarlo. Era para su tía, según me comentó, su tía favorita. Me contó que en realidad ella lo había criado, y que era muy vieja. Ya sabes, no son muchas las personas que piensan que a los ancianos les gusta recibir regalos, pero no hay duda de que él sentía mucho cariño por ella.

—¿Mostró interés por alguna otra cosa? —prosiguió Jed.

—Bueno, miró por todas partes, se tomó su tiempo. Creí que podría interesarle el perro Foo, porque buscaba un animal.

La mirada de Jed se hizo más intensa, pero el tono de su voz siguió siendo frío e impersonal.

—¿Un animal?

—Sí, la estatuilla de un animal. Su tía colecciona estatuillas. Perros —agregó, mientras delineaba sus ojos con movimientos rápidos y diestros—. Verás, ella tenía un perro que murió y...

—¿Dio detalles específicos? —la interrumpió Jed.

—Bueno... Terri apretó los labios y trató de recordar—. Me parece que quería un perro como el que había tenido su tía, el que murió... Dijo que no había podido encontrar lo que buscaba. —Se interrumpió por un momento para renovar la pintura de sus labios y examinar el resultado—. Recuerdo que describió el perro de su tía —prosiguió—. Pensé que aquella pieza de porcelana que tuvimos hubiese sido perfecta. Como si el perro muerto hubiera posado para ella. Mientras vivía, por supuesto... Dora, me refiero a esa pieza que compraste en la subasta. Pero ya la habíamos vendido...

Mientras Terri cogía un cepillo para peinarse, Dora se estremeció y musitó:

—A la señora Lyle.

—No lo sé. Tú atendiste esa venta.

Aturdida, Dora empezó a retorcerse los dedos.

—Sí. Yo hice esa venta.

—¿Estás bien? —preguntó Terri alarmada, volviéndose en el banco.

Dora esbozó una sonrisa forzada. Necesitaba salir de allí. Necesitaba respirar aire fresco.

—Sí, estoy bien. Gracias, Terri.

—De nada. ¿Te quedas hasta el final de la obra?

—Esta noche no —negó Dora—. Nos veremos mañana.

Estaba desesperada, mientras se encaminaba tambaleando hacia la puerta.

—Deberías ir tras ella —le aconsejó Terri a Jed—. Parecía a punto de desmayarse.

—¿Le hablaste a ese hombre de la pieza de porcelana?

—Sí, creo que sí. Me pareció una coincidencia asombrosa. Por eso le comenté que habíamos tenido lo que él buscaba, aunque ya la habíamos vendido. Voy a ver qué le pasa a Dora.

Confusa, Terri se levantó del banco y fue hasta la puerta, para ver si Dora se encontraba en el pasillo.

—Yo iré —afirmó Jed.

La alcanzó en la puerta de salida del escenario, justo cuando salía tambaleante por ella y aspiraba profundas bocanadas de aire.

—Olvidalo, Conroy.

A prudente distancia, la tomó por los hombros. Temió que si hacía algo más, se partiría como una rama seca. Cuando ella trató de apartarse, se limitó a aferrarla con más fuerza.

—¡Se lo vendía ella! —Su voz era trémula—.

—¡Por el amor de Dios, Jed, yo se lo vendí! No sé para qué lo querría él, por qué habría matado por ello, pero yo se lo vendí a esa mujer, y al día siguiente él averiguó...

—He dicho que lo olvides —ordenó Jed, atrayéndola hacia él—. Tú vendes muchas cosas... Es tu trabajo. Nada más. No eres responsable de lo que le pasa a la gente que las compra.

—¡No puedo ser así! —le gritó a la cara—. ¡No puedo excluirme de esa manera! ¡Esa es tu costumbre, Skimmerhorn! Asegúrate de que no te importe nada, asegúrate de que nada te afecte y te haga sentir algo.

Aquellas palabras le retorcieron las entrañas. Le apretó el brazo y la apartó de la puerta.

—¿Quieres culparte por lo que pasó? Está bien. Te llevaré a casa y podrás golpearte el pecho toda la noche.

—No tengo que pedir disculpas por tener sentimientos. Y puedo volver sola a casa.

—No llegarías muy lejos antes de que tu corazón compasivo comenzara a desangrarse.

Primero sintió el zumbido en los oídos. Siempre ocurría así cuando perdía los estribos. Rápida como una serpiente, se volvió contra él y le lanzó un puñetazo. Jed lo esquivó, pero de inmediato su traicionera derecha le impactó de lleno en la mandíbula.

—¡Maldita seas!

Se tambaleó. Más tarde, trataría de recuperarse del asombro. Ella estuvo a punto de noquearlo y hacerlo caer de bruces. Pero ahora, con ojos rasgados por la furia, cerró los puños. Dora alzó la barbilla, desafiante.

—¡Inténtalo! —lo provocó—. ¡Sólo inténtalo!

Podría haber sido divertido, pensó Jed, si en su mirada se hubiera reflejado un simple estallido de mal genio, pero debajo del desafío distinguió el temblor de las lágrimas que pugnaban por brotar.

—¡Joder! —exclamó Jed, se agachó por debajo de sus puños, la tomó de la cintura y se la echó como una bolsa sobre los hombros.

Ella prorrumpió con una andanada de exabruptos, furiosa por la humillación que estaba sufriendo.

—¡Bájame, cobarde bastardo! ¿Quieres pelear?

—Nunca en mi vida, Conroy, tumbé de un golpe a una mujer. Pero tú podrías ser la primera.

—¡Maldito seas! ¡Bájame e inténtalo! ¡Tendrán que recogerte del suelo con una pata! ¡Cuando termine, tendrán que recomponerte con pinzas! ¡Tendrán que...!

Habló como siempre lo hacía en estos casos: rápido, perdiendo el control. Luego se calmó y cerró los ojos.

—Lo siento... —susurró.

—Cállate.

Jed seguía enojado. De un tirón, sacó la llave del bolsillo y la introdujo en la cerradura de la portezuela. Con un movimiento suave, casi sin tocarla, la bajó, le protegió la cabeza con una mano para que no se la golpeará contra el marco de la portezuela y la arrojó al interior del vehículo.

Ella mantuvo los ojos cerrados, atenta a los pasos de Jed mientras rodeaba el coche, al sonido de la portezuela que se abría y se cerraba de un golpe.

—Lo siento, Jed. Perdóname por haberte golpeado. ¿Te duele?

El se tocó la mandíbula. No lo habría admitido aunque hubiera estado rota.

—No. Golpeas como una niña.

Ofendida, se irguió en el asiento, pero la expresión fría de la mirada de Jed hizo que volviera a hundirse y se quedara callada hasta que abandonaron el aparcamiento.

—No me sentía enojada contigo —trató de aclarar con un hilo de voz—. Necesitaba desahogarme con alguien y tú estabas ahí.

—Me alegro de haberte ayudado.

Si pretendía castigarla con ese tono glacial, hacía un trabajo excelente.

—Tienes derecho a estar furioso —prosiguió sin levantar la mirada.

A Jed le resultaba más difícil aceptar su sinceridad y su aflicción que haber encajado sus golpes.

—Olvidalo, ¿quieres?; y Conroy... no le digas a nadie que me pescaste con la guardia baja.

Dora se volvió hacia él y esbozó una sonrisa al ver que había pasado lo peor.

—Me llevaré el secreto a la tumba. Si te sirve de algún consuelo..., podría haberme roto varios dedos.

—No sirve —repuso seco, pero le tomó la mano y se la llevó a los labios. La expresión de asombro en el rostro de Dora, le hizo fruncir otra vez el entrecejo—. ¿Ahora cuál es el problema?

Cómo él le soltó la mano, Dora se la llevó a la cara.

—Me sacudiste, es todo. La delicadeza no ha sido precisamente tu estilo conmigo.

—No me obligues a lamentarlo —advirtió incómodo, mirando al frente.

—Tal vez no debería decírtelo, pero pequeños detalles como ése... un beso en la mano y similares gestos románticos, me producen un cosquilleo agradable.

—Define eso de «similares gestos románticos».

—Bueno... como flores, y largas y ardientes miradas. Ahora que pienso en ello, lo hiciste bastante bien con las miradas ardientes en el apartamento. Después el punto álgido del romanticismo; imaginar que me levantas en brazos y me llevas hasta arriba por una escalera de caracol.

—Tú no tienes una escalera de caracol.

—Podría imaginar que la tengo... —Instintivamente se inclinó hacia él y lo besó en la mejilla—. Me alegro de que ya no estés enojado conmigo.

—¿Quién ha dicho que no lo estoy? Es sólo que no quiero pelear mientras conduzco.

Guardó silencio por unos instantes y después volvió al tema que los preocupaba.

—En cuanto a la señora Lyle, necesitaré informarme sobre su estado. Si sale de esto, podría ayudarme a juntar algunas piezas del rompecabezas.

—Ayudarnos —lo corrigió Dora, y añadió—: Ella se halla consciente. La sobrina estuvo en el negocio esta mañana. —Volvió a entrelazar con fuerza los dedos y se concentró en mantener un tono de voz sereno y neutral—. Me dijo que la señora Lyle salió del coma, pero que los médicos no soltaban prenda en cuanto a su recuperación.

—Creo que es demasiado tarde para tratar de verla esta noche —reconoció Jed al cabo de un instante—. Es probable que pueda visitarla mañana, después de recurrir a algunas influencias.

—No creo que sea necesario. Sólo tengo que pedirselo a Sharon, la sobrina.

Dora mantuvo la mirada al frente, y trató de no sentirse agraviada por la ausencia absoluta de sentimientos en la voz de Jed.

—Pero yo no lo haría —agregó—, a menos que estuviera segura de que se encuentra preparada para ello. No permitiré que la interroguen después de todo lo que tuvo que pasar.

Los neumáticos chirriaron cuando el vehículo entró en el aparcamiento.

—¿Tengo cara de Gestapo, Conroy? ¿Acaso crees que encenderé una luz ante sus ojos para encontrar la manera de hacerla hablar?

Sin pronunciar una palabra, ella abrió la portezuela y bajó del coche, pero Jed llegó antes a la escalera y le bloqueó la entrada. Se armó de paciencia y la tomó de las manos. Estaban irías y rígidas.

—Dora, sé lo que estoy haciendo y no tengo por costumbre fustigar a ancianas hospitalizadas en busca de información. —La miró a la cara. No le gustaba pedir. No le gustaba necesitar. Pero se dio cuenta de que no tenía opción—. Confía en mí —rogó.

Al mirarlo a la cara, Dora entrelazó los dedos con los suyos.

—Confío en ti. Plenamente. Todo este asunto me ha despistado un poco, eso es todo. Lo primero que haré por la mañana será ponerme en contacto con Sharon.

—Bien.

El mismo un tanto confuso, inclinó la cabeza para besarla. No le gustaba pedir. No le gustaba necesitar. Pero lo hizo.

—Quédate conmigo esta noche.

De los ojos de Dora desapareció la ansiedad.

—Estaba esperando que me lo pidieras.

19

Dora nunca había sentido una fobia especial hacia los hospitales. Era joven y sana, y no había pasado mucho tiempo en uno de ellos, al menos como paciente. Cuando pensaba en un hospital, la única imagen que acudía a su mente eran las salas de maternidad llenas de recién nacidos, los ramos de flores, y la febril actividad de las enfermeras, que caminaban deprisa por los corredores con sus habituales zuecos blancos.

Sin embargo, inmóvil frente a la puerta de la unidad de vigilancia intensiva, mientras esperaba hablar con la señora Lyle, sintió una fuerte opresión en el pecho. Demasiado silencio, pensó, como si la muerte acechara con paciencia detrás de las puertas de vidrio y las finas cortinas, a la espera de su próxima víctima. Podía oír los golpes secos y los zumbidos de aparatos y monitores, parecidos a gemidos de ancianas quejasas de sus dolores y achaques. De alguna parte del corredor le llegaba el patético sonido de un hondo y constante sollozo.

De repente la asaltó el vivo deseo de fumar un cigarrillo.

En ese momento, Sharon salió por la puerta. Aunque parecía tensa, trató de esbozar una sonrisa cuando vio a Dora.

—Está despierta y lúcida. No puedo expresar lo bien que me hizo hablar con ella, hablar de verdad con ella.

Sintiéndose culpable y al mismo tiempo aliviada, Dora le tomó una mano entre las suyas y comentó:

—Me alegro de oírlo. Sharon, éstos son el capitán Skimmerhorn y el teniente Chapman.

—Hola —saludó Sharon—. Dora me dijo que quieren hablar con mi tía Alice.

—Ya tenemos la autorización de su médico —adelantó Brent—. Valoramos mucho su cooperación, Sharon.

—Cualquier cosa que yo pueda hacer para ayudarlos a encontrar a la persona que le hizo esto a mi tía... —señaló con decisión—. Vengan, está esperándolos.

Por la manera en que Sharon miró hacia las puertas, Jed adivinó la honda preocupación que la embargaba.

—No la fatigaremos —le aseguró.

Sharon se llevó una mano al vientre. Ahí había una familia que proteger, una familia que vengar.

—Lo sé —afirmó—. Dora me explicó que serían cuidadosos. Si averiguan algo, ¿me informarán?

—Por supuesto que lo harán —intervino Dora, acompañándola hasta un banco—. Mientras tanto, siéntate aquí. Trata de relajarte.

—Sólo nos han dado quince minutos para estar con ella —informó Jed en un susurro cuando Dora volvió con ellos—. Tenemos que aprovecharlos. Tú... tú no hagas nada, no digas nada, a menos que te lo indique.

—Sí, capitán.

Jed no hizo caso de la ironía y se volvió hacia Brent.

—Ella ni siquiera tendría que entrar.

—Dora vio la estatuilla, nosotros no —alegó Brent—. Veamos si significa algo.

Brent encabezó la marcha a través de las puertas; pasaron por la oficina de las enfermeras y entraron en uno de los estrechos cubículos, separados entre sí por cortinas.

Dora agradeció que le hubieran ordenado silencio.

No podía confiar en su voz. La mujer que ella recordaba tan elegante y activa, yacía en una cama angosta, con los ojos cerrados y ensombrecidos por oscuros hematomas. El pelo, antes de un negro intenso, estaba opaco y las canas empezaban a asomar por sus raíces. La piel cetrina del rostro contrastaba con el blanco inmaculado de las vendas. El semblante agotado, los pómulos salientes debajo de la piel, tan sutil y delgada, parecía que podría estallar al menor roce.

Brent se situó al lado de la cama.

—Señora Lyle...

Dora distinguió las finas venas azules de los párpados cuando los movió. El monitor siguió con su monótono zumbido, mientras la señora Lyle se esforzaba por abrir los ojos.

—¿Sí?

Su voz era débil y áspera, como si le hubieran raspado las cuerdas vocales mientras dormía.

—Soy el teniente Chapman. ¿Se siente en condiciones de contestar unas preguntas?

—Sí.

Dora notó que la señora Lyle trataba de tragar. De inmediato, se adelantó para tomar el vaso de agua y le puso la pajita entre los labios secos.

—Gracias —susurró con voz un poco más vigorosa. Entonces vio a Dora y sonrió—. Señorita Conroy, qué amable de su parte venir a verme.

De inmediato olvidó la orden de Jed, se inclinó para tomar entre sus dedos la mano frágil de la señora Lyle y dijo:

—Me alegro de que se sienta mejor. Lamento mucho que la hayan lastimado.

Las imágenes de la terrible experiencia llenaron de lágrimas sus ojos cansados.

—Me dijeron que Muriel ha muerto. La apreciaba mucho.

La culpa apareció reflejada como una ola gigantesca en el rostro de Dora. Tal vez podía oponerle resistencia, pero no ignorarla.

—¡Lo siento tanto! —musitó—. La policía tiene esperanzas de que usted pueda ayudar a encontrar al hombre que hizo esto.

Sacó un pañuelo de papel de la caja que había junto a la cama y con suma delicadeza secó las mejillas de la señora Lyle que, tras apretar los labios, se volvió para mirar a Brent.

—Quiero ayudarles —afirmó—. Yo no lo vi, teniente. No vi a nadie. Yo estaba... mirando una película en la televisión y creí oír a Muriel... —Se interrumpió y, para darse ánimo, apretó la mano de Dora—. Creí que Muriel había entrado en la habitación. Entonces sentí ese horrible dolor, como si algo hubiera explotado dentro de mi cabeza.

—Señora Lyle —intervino Brent—, ¿recuerda haber comprado a la señorita Conroy un perro de porcelana el día antes de que fuera atacada?

—Sí, para el bebé de Sharon. Un tope de puerta —indicó, volviéndose otra vez hacia Dora—. Me preocupa que Sharon no descanse lo suficiente. Todo este estrés...

—Ella se encuentra bien —le aseguró Dora.

—Señora Lyle —prosiguió Jed, dando un paso adelante—. ¿Recuerda alguna otra cosa sobre esa estatuilla?

Aunque trataba de concentrarse, los recuerdos flotaban en medio de una impenetrable nebulosa.

—No. Sólo que era muy dulce. Un perro guardián para el bebé, pensé. ¿Es eso lo que él quería? —Su mano se agitó, inquieta, otra vez—. ¿Es lo que él buscaba? Creí... creí oírlo preguntar a gritos por el perro. Pero no podría ser...

Jed se inclinó para mirarla a los ojos, y vio el pánico reflejado en ellos. Pero tenía que insistir, sólo un poco más.

—Señora Lyle, ¿qué dijo ese hombre?

—¿Dónde está el perro? Eso gritó. Y maldecía. Yo estaba tendida allí y yo podía moverme. Pensé que había sufrido un ataque y estaba delirando. El ruido de cosas rotas, y gritos: y una y otra vez la misma pregunta, ¿dónde está el perro? Luego no sentí nada más... —Exhausta, volvió a cerrar los ojos hasta que, con voz apagada, concluyó—: Sin duda no mató a Muriel por un pequeño perro de porcelana...

—Pero sí lo hizo. La mató por ese perro de porcelana, ¿verdad? —planteó Dora cuando los tres se encontraban frente a la puerta del ascensor:

Brent se ajustó las gafas y metió las manos en los bolsillos.

—No parece haber muchas dudas de ello. Pero ése no es el final de la historia. La bala que mató a Muriel salió de la misma pistola que mató a Trainor. —Miró a Jed—. Ambas son iguales a la que sacamos del yeso de la pared de tu tienda, Dora.

—Entonces volvió por alguna otra cosa —dedujo Jed al entrar en el ascensor—. No era por el perro... o no era lo único que buscaba.

—Pero la pieza no era valiosa, ni única —intervino Dora—. Ni siquiera estaba firmada. Oferté por ella sólo porque me pareció graciosa.

—La compraste en una subasta —comentó Jed, ponderaba las distintas posibilidades—. ¿Dónde?

—En Virginia. Lea y yo fuimos allí a comprar. Haz memoria, Jed. Volví el día que te mudaste al apartamento.

—Y al día siguiente vendiste el perro. —La tomó por el brazo para salir del ascensor—. Después hubo el primer asalto, la señora Lyle fue atacada y finalmente entró otra vez en nuestro edificio. ¿Qué más compraste, Dora?

Mientras caminaba entre los dos hombres, Dora se mesó el cabello y abrió el cuello del abrigo para que el aire frío le ayudara a desprenderse del desagradable olor a hospital.

—¿En la subasta? —inquirió con aire pensativo—. Muchas cosas. En la tienda tengo una lista.

—¿No venden lotes en las subastas?, ¿O grupos de artículos que proceden del mismo lugar o el mismo vendedor? —preguntó Brent.

—Claro. Para conseguir una sola pieza, a veces uno compra todo un baúl lleno de cosas inútiles. Desde luego, no era Sotheby's, Brent. Pero tenía varias cosas interesantes.

—¿Qué objeto compraste antes y después del perro? —se interesó Jed.

Se sentía cansada, en realidad molida. Una ligera palpitación en las sienes le advertía que se avecinaba un gigantesco dolor de cabeza.

—¡Por Dios, Skimmerhorn! ¿Cómo podría recordarlo? Mi vida no ha estado precisamente exenta de novedades desde entonces.

—¡Piensa, Conroy!

Su voz adquirió un tono autoritario que hizo que Brent frunciera el entrecejo. El ya había oído antes ese tono de voz..., cada vez que Jed interrogaba a un sospechoso poco dispuesto a colaborar.

—Tú conoces todas y cada una de las cosas que compras y también de las que vendes, así como el precio exacto, impuestos incluidos. Y ahora dime, ¿qué compraste antes del perro?

—Un frasco para crema de afeitar, con forma de cisne. De 1900. Cuarenta y seis dólares con setenta y cinco centavos. No se pagan impuestos cuando se adquiere para revender.

—¿Y después del perro?

—Una pintura abstracta en un marco de ébano. Colores primarios sobre lienzo blanco. Firmado por E. Billingsly. Oferta final: cincuenta y dos dólares con setenta y cinco centavos... —Se interrumpió y se llevó una mano a la boca—. ¡Oh, Dios mío! —exclamó.

—¡Bingo!

—Un cuadro... —susurró horrorizada—. No una fotografía, una pintura. El quería la pintura!

—Vamos a averiguar por qué.

Las mejillas de Dora palidecieron cuando buscó a tientas la mano de Jed y las náuseas le revolvían el estómago.

—¡Se la di a mi madre! —recordó con voz estrangulada—. ¡Se la di a mi madre!

—¡Adoro las visitas inesperadas!

Trixie batió varias veces las pestañas postizas mientras se colgaba de los brazos de Jed y Brent.

—¡Estoy encantada de que en medio de sus ocupaciones hayan encontrado tiempo para venir a visitarme!

—Mamá, disponemos de pocos minutos... —empezó a decir Dora.

Pero Trixie ya arrastraba a los dos hombres fuera del vestíbulo y los conducía hacia lo que ella llamaba la sala de estar.

—¡Tonterías! Tienen que quedarse a almorzar. Estoy segura de que Carlotta preparará algo exquisito para nosotros.

—Es muy amable de su parte, señora Conroy, pero...

—Trixie, me llamo Trixie —corrigió en tono jovial, sonriendo mientras tocaba con un dedo el pecho de Brent—. Sólo para los desconocidos y los cobradores de facturas soy la señora Conroy.

Brent sintió una oleada de calor en la nuca. Nunca antes se le había ocurrido pensar que una mujer lo bastante mayor como para ser su madre coquetearía alguna vez con él.

—Trixie... —dijo con timidez—. En realidad tenemos muy poco tiempo.

—La presión del tiempo es la principal causante de las úlceras. En mi familia nadie ha sufrido jamás problemas estomacales... salvo el querido tío Will, que dedicó su vida a ganar dinero y no lo disfrutó. Así pues, ¿qué otra cosa podía hacer si no dejármelo a mí? Por supuesto, nosotros lo disfrutamos mucho. Por favor, siéntense.

Les indicó dos robustos sillones de respaldo alado frente a un fuego crepitante. Ella se acomodó en una poltrona de terciopelo rojo, como una reina que ocupa su trono.

—¿Cómo está tu encantadora esposa?

—Muy bien. Disfrutamos mucho en su fiesta la otra noche.

—Fue divertido, ¿verdad?

Los ojos le brillaban de emoción. Pasó un brazo por encima del respaldo de la poltrona... como si fuera una Scarlett madura recibiendo a su amante en Tara.

—¡Adoro las fiestas! Isadora, querida, ¿quieres llamar a Carlotta?

Resignada, Dora utilizó el anticuado tirador de campana, que colgaba a la izquierda de la repisa de la chimenea.

—Mamá, sólo he venido para llevarme la pintura. Hay algo... interesante en ella.

Trixie se cruzó de piernas, y la seda azul de sus anchos pantalones emitió un suave siseo.

—¿La pintura? ¿Qué pintura, querida?

—La pintura abstracta.

—¡Ah, sí! —exclamó, y se dirigió a Jed—. Por lo general prefiero los estilos más tradicionales, pero en esa obra hay algo tan audaz, tan... arrogante. Comprendo que te intereses por ella. Creo que va muy bien con tu estilo.

Jed supuso que se trataba de un cumplido, por lo que decidió seguirle el juego.

—Gracias. Me gusta mucho el expresionismo abstracto. Pollock, por ejemplo, con sus trazos complicados y su manera de atacar la tela. También me atrae la energía y la fuerza de Kooning.

—Por supuesto —convino Trixie, entusiasmada, con los ojos muy abiertos, aunque no tenía la menor idea.

Jed tuvo la satisfacción de ver la más absoluta perplejidad en el rostro de Dora, pero se limitó a sonreír con afectación y a entrelazar los dedos de las manos.

—Por supuesto, también está Motherwell, con sus colores austeros y figuras amorfas —añadió.

—¡Genial! —coincidió Trixie—. Totalmente, genial.

Deslumbrada por los conocimientos de Jed, miró hacia el vestíbulo al oír pasos familiares.

Con las manos en las caderas del pantalón negro de gimnasia, que usaba en lugar de un uniforme, entró Carlotta. Era una mujer de baja estatura, rolliza, semejante al tronco de un árbol con brazos. El rostro cetrino tenía una expresión de permanente fastidio.

—¿Qué desea?

La voz de Trixie adquirió de pronto el tono de una gran dama.

—Tomaremos té, Carlotta. Solo, creo.

Los oscuros ojos saltones de Carlotta observaron el grupo.

—¿Ellos van a quedarse a almorzar? —inquirió con voz áspera y en cierto modo exótica.

—No —negó Dora.

—Sí—afirmó su madre al mismo tiempo—. Prepara té para cuatro, por favor.

Carlotta alzó el mentón, con un gesto de claro desafío.

—Entonces comerán atún. Eso es lo que prepararé y eso es lo que comerán.

—Estoy segura de que estará delicioso. —Trixie chasqueó los dedos con el gesto inconfundible de que podía retirarse.

—Es realmente intratable —gruñó Dora, mientras se sentaba sobre el brazo del sillón de Jed.

Parecía poco probable que pudieran escapar sin el té y el atún, pero al menos llamaría la atención de su madre hacia el asunto en cuestión.

—¿La pintura, mamá? Creí que ibas a colgarla aquí.

—Lo hice, pero no resultó. Demasiado delirante —le explicó a Jed, a quien ahora consideraba un verdadero experto en la materia—. Uno desea que la mente descanse en la sala de estar. Lo pusimos en la habitación de Quentin. El supuso que le transmitiría energía.

—Iré a buscarla —dijo Dora, levantándose.

—Una muchacha extraordinaria, nuestra Isadora —comentó Trixie cuando Dora ya no podía oírla, y sonrió a Jed, aunque apenas pudo disimular el destello calculador de sus ojos—. Tan brillante y ambiciosa. Y decidida, por supuesto, lo que significa que sólo podría tener a su lado a un hombre tan decidido como

ella. Creo que una mujer capaz de manejar su propio negocio llevará un hogar y una familia con igual fortuna. ¿No lo crees así, querido?

Jed pensó que cualquier respuesta podía hacer caer la puerta de la trampa.

—Estoy seguro de que ella es capaz de hacer todo lo que se proponga.

—Sin duda —acordó, y se volvió hacia Brent—. Tengo entendido que tu esposa es una profesional, ¿no es así? Madre de tres hijos, además.

Consciente de que Jed se hallaba sentado sobre brasas ardientes, Brent sonrió y dijo:

—Es cierto. Es necesario un esfuerzo conjunto, un trabajo de equipo para mantener el equilibrio. Pero a nosotros nos gusta.

Trixie dirigió una mirada de complicidad a Jed, que apenas podía resistir el impulso de escapar de allí.

—Un hombre soltero, después de cierta edad... —prosiguió Trixie—, se beneficia de ese trabajo de equipo, del compañerismo de una mujer, del solaz de una familia. ¿Has estado casado, Jed?

—No.

La mirada de Jed se hizo más dura cuando vio que Dora volvía con la pintura.

—Mamá, lo siento, pero me temo que tendrás que comer sola. He llamado a la tienda para avisar de que llegaría tarde, pero ha surgido un pequeño problema que debo atender personalmente. Tengo que marcharme ahora mismo.

—Pero querida...

—Pronto almorzaremos juntas —prometió Dora, al inclinarse para besarla en la mejilla—. Creo que tengo algo que a papá puede gustarle más para su sala de estar. Pasad por la tienda y veremos qué podemos encontrar.

Resignada, Trixie dejó la taza sobre una mesita y se puso de pie.

—Muy bien, si tienes que marcharte, no puedo evitarlo. Pero le diré a Carlotta que os prepare un paquete con el almuerzo.

—No lo hagas... —pidió Dora, horrorizada.

—Insisto. Sólo tardará unos minutos.

Dio unas palmaditas en la mejilla de su hija y salió deprisa. Dora suspiró resignada.

—Muy lista, Conroy —señaló Jed, cogiéndole la pintura de las manos para examinarla.

—Por cierto, ¿qué era eso de las figuras amorfas? —preguntó Dora con una sonrisa maliciosa.

—Salí durante un tiempo con una artista. Uno aprende cosas...

—Sería interesante ver qué cosas has aprendido de mí.

—Ni siquiera me gusta el atún —protestó Dora.

No obstante, dio un mordisco al sándwich de atún mientras Jed terminaba de sacar el marco de la tela.

—Me gusta que haya agregado huevos duros y pepinillos —se justificó Brent, dando cuenta de un segundo sándwich con un suspiro de satisfacción.

Optaron por trabajar en el apartamento de Dora y no en el almacén, porque allí tenían más espacio y, sobre todo, privacidad. Ninguno mencionó el hecho de que Brent no había insistido en llevar a sus superiores la pintura o la información que obtuvieran de ella. Era obvio que Brent seguía considerando a Jed su capitán.

—Nada en el marco —afirmó Jed, dejándolo a un lado con mucho cuidado—. Nada en cuanto al marco. Haremos que los muchachos del laboratorio le echen un vistazo.

Dora trató de eliminar el sabor a atún con un trago de Pepsi sin azúcar.

—No puede ser la pintura en sí —analizó—. El artista es un desconocido. Lo comprobé al día siguiente de haberla comprado, por si casualmente había caído en mis manos una obra maestra ignorada.

Pensativo, Jed volvió el cuadro para observarlo por detrás.

—La tela reposa sobre un bastidor de madera terciada. Consígueme algo con lo que pueda separarla, Conroy.

Dora fue a la cocina y revolvió los cajones, hasta que encontró un destornillador.

—¿Crees que puede haber algo dentro? —preguntó desde allí—. Droga o... no, algo mejor. Diamantes... O tal vez rubíes. Hoy en día son los que tienen más valor.

—Vuelve a la Tierra —sugirió Jed, y se puso a trabajar en el cuadro.

—Podría ser —insistió ella, curioseando por encima de los hombros de Jed—. Tiene que ser algo por lo que valga la pena matar. Generalmente se trata de dinero.

—Aparta tu aliento de mi nuca. —El la retiró con el codo antes de hacer palanca en la madera.

—Es mi pintura, no lo olvides. Tengo la factura.

—Nada —murmuró Jed entre dientes, mientras examinaba la parte que había dejado a la vista—. Ningún compartimiento secreto.

—Puede que lo haya habido —comentó Dora con una sonrisa radiante.

—Cierto.

Pero no le hizo caso y empezó a tantear con la mano el reverso de la tela.

Dora se inclinó para mirarla más de cerca y comentó:

—Es extraño. El reverso de la tela tiene más años que la propia pintura del frente. Aunque supongo que Billingsly podría haberla pintado sobre una tela anterior para ahorrar dinero.

—Sí. A veces la gente pinta sobre otra obra para pasarla de contrabando por las aduanas —recordó Jed.

Dora meneó la cabeza e inquirió:

—¿Acaso crees que detrás puede haber un pintor famoso? ¿Quién sueña ahora?

El no le prestaba mayor atención de la que le habría brindado a una mosca.

—Tenemos que sacar esta pintura y ver qué hay debajo.

—Espera, Skimmerhorn! Yo pagué por ella; No voy a permitir que la destroces con un destornillador sólo por una corazonada de policía.

—¿Cuánto? —la desafió Jed, impaciente y enojado.

Satisfecha al comprobar su reacción, cruzó los brazos sobre el pecho y respondió, ufana:

—Cincuenta y dos dólares con setenta y cinco centavos.

Protestó con voz queda, pero Jed sacó su cartera y contó los billetes. Con evidente satisfacción, Dora dobló la lengua contra la pared interior de la mejilla y los cogió. Sólo los fuertes sentimientos que tenía por Jed la hicieron abstenerse de contarlos.

—Gastos generates más una ganancia razonable... —enumeró con afectación—. En total, ochenta pavos, y podemos llamarlo un precio justo.

—¡Por el amor de Dios! —Contrariado, Jed le tiró más billetes—. ¡Maldita codiciosa!

—Práctica —lo corrigió, dándole un beso en la mejilla para cerrar el trato—. Tengo algún material en el almacén que podría ser útil. Dame un minuto.

Se guardó el dinero en el bolsillo y bajó a la planta baja.

Lleno de admiración, Brent se reclinó en la silla.

—¡Te ha hecho pagar por la pintura! Con el trato, ha ganado otros veintisiete dólares. Creí que estaba bromeando.

—Dudo que Dora bromea jamás cuando se trata de dinero. —Jed retrocedió unos pasos, encendió un cigarrillo y estudió la pintura como si fuera capaz de ver algo a través de las pinceladas rojas y azules—. Tal ve tenga un corazón blando, pero posee la mente de un pirata —añadió.

—¡Eh, abrid! —gritó Dora, al otro lado de la puerta—. ¡Tengo las manos ocupadas!

Cuando Jed le abrió, entró cargada con una alfombra enrollada, una botella y varios trapos.

—¿Sabes?, tal vez sería mejor que llamáramos a un experto. Podríamos hacer que le saque una radiografía o algo similar.

Jed tiró los trapos al suelo y después le quitó la botella.

—Por ahora la guardaremos con nosotros. ¿Qué hay aquí dentro?

—Una solución que uso cuando algún idiota pinta sobre patrones ya diseñados. —Se arrodilló en el suelo y empezó a desenrollar la alfombra—. Se necesita un pulso muy firme. Échame una mano.

Brent ya estaba al lado de ella, y sonrió por la manera en que Jed lo miró con el ceño fruncido cuando notó hacia dónde dirigía la vista. Entonces se agachó y la ayudó a extender la alfombra.

—Confía en mí, ya he hecho esto antes —explicó Dora—. Pasé un poco de trementina sobre ese magnífico anaquel antiguo para que hiciera juego con los colores del comedor. Me llevó una eternidad volver a ponerlo en forma, pero valió la pena. —Se echó hacia atrás, se sentó sobre los tablones y sopló los mechones que le caían sobre la frente—. ¿Quieres que haga una prueba con esto?

—Pagué por ella —le recordó Jed—. Ahora es mía.

—Sólo trataba de ayudar. —Le entregó un trapo y añadió—: Yo en tu lugar empezaría por una esquina, por si te haces un lío.

—No voy a hacerme ningún lío.

Pero tras arrodillarse a su lado, comenzó por una esquina. Mojó el trapo y trabajó en círculos lentos y suaves, para borrar los rasgos finales de la firma.

—Adiós, Billingsly —murmuró Dora.

—Ponle una corona mortuoria, Conroy.

Volvió a empapar el trapo y después, con mucha suavidad, empezó a aplicarlo a la espesa pintura blanca de la base.

—Hay algo debajo.

—¿Bromeas? —inquirió Dora con voz entrecortada por la excitación, pero se acercó más—. ¿Qué es? No puedo ver... —Estiró el cuello por encima de los hombros de Jed, lo que le valió un codazo en las costillas—. ¡Maldición, Skimmerhorn, sólo quiero echarle un vistazo!

—¡Atrás, Conroy! —Se le tensaron los músculos del cuello cuando, con suma delicadeza, siguió borrando la pintura—. Yá te tengo... —murmuró, y luego exclamó—: ¡Hijo de puta!

—¿Qué?

Negándose a que la apartara, Dora lo empujó con el codo, hasta que pudo agacharse junto a la esquina del cuadro.

—Monet. —Susurró el nombre como si estuviera en una iglesia—. Claude Monet. ¡Oh, Dios mío! ¡Compré un Monet por cincuenta y dos dólares con setenta y cinco centavos!

—Yo compré un Monet —le recordó Jed, sonriendo—. Por ochenta dólares.

—Muchachos —intervino Brent, tratando de calmarlos al poner una mano sobre la espalda de cada uno—, no soy un experto en arte, pero incluso yo sé quién es Monet y no creo que alguien pintara esa porquería abstracta sobre la pintura auténtica...

—A menos que fuera para enviarla de contrabando —concluyó Jed.

—Exacto. Investigaré si en los últimos meses se ha producido algún robo de obras de arte que incluya a nuestro amigo Monet.

Dora dejó los dedos suspendidos sobre la firma de Monet, pero sin tocarla.

—Quizá pertenecía a una colección privada —intervino Dora—. No quites más pintura, Jed. Podrías dañarla.

Ella tenía razón. Jed contuvo su impaciencia y dejó el trapo en el suelo. Luego dijo:

—Conozco a alguien que hace algunos trabajos de restauración. Es probable que ella pueda encargarse de esto y guardar silencio.

—¿La vieja novia? —se interesó Dora.

—No es vieja —objetó, pero inconscientemente le tocó el pelo y hundió los dedos en su nuca, mientras se volvía hacia Brent—. Vas a tener que llevarle esto a Goldman...

—Sí, es el paso siguiente.

Jed bajó la mirada y observó la firma del artista contra el fondo verde oscuro.

—No debería pedírtelo, pero voy a hacerlo...

—¿Cuánto tiempo quieres? —se anticipó Brent.

—El suficiente para hacer una visita a esa casa de subastas y encontrar el rastro.

Brent asintió y cogió su abrigo.

—Tengo suficiente material sobre mi escritorio para seguir investigando a DiCarlo. El departamento de policía de Nueva York informó de que no se lo ha visto por su apartamento en los últimos días; Entre eso, y tratar de velar por la seguridad de las mujeres y los niños de Filadelfia, podría pasar por alto ciertos detalles. Me harías un gran favor si pudieras determinar qué tienen en común la estatuilla de porcelana de un perro y un cuadro. Mantente en contacto, Jed.

—Lo haré.

—Cuídate la espalda. Hasta pronto, Dora.

—Adiós, Brent —se despidió ella, y en cuanto salió, preguntó—: Brent está corriendo un gran riesgo por ti, ¿verdad?

—Así es.

—Entonces será mejor que nos aseguremos de ponerle una red protectora.

—¿Nos? —La aferró de la mano cuando ella se puso de pie—. No recuerdo haber dicho nada sobre nosotros.

—Entonces tienes mala memoria. ¿Por qué no llamas a tu amiga, la artista, y después reservas un vuelo a Virginia para nosotros? Prepararé mi equipaje en diez minutos.

—No hay ninguna mujer en el mundo que pueda preparar su equipaje en diez minutos.

—Skimmerhorn —le advirtió por encima del hombro, encaminándose a su dormitorio—, yo nací en una carretera. Nadie prepara su equipaje más rápido que un actor, cuando huye de una bomba puesta la noche del estreno.

—No te quiero conmigo, Conroy. Puede ser peligroso.

—Bien. Reservaré mi propio vuelo.

—¡Maldición! ¡Eres una espina en el trasero!

—Ya he oído eso antes. ¡Ah!, y asegúrate de que sea en primera clase, ¿quieres? Nunca viajo en económica.

Winesap golpeó con suavidad la puerta de la oficina de Finley. Sabía que su jefe acababa de terminar una charla telefónica de cuarenta y cinco minutos, y no estaba seguro de qué humor se hallaría. Cauteloso, asomó la cabeza. Con las manos unidas en la espalda, Finley se encontraba de pie frente a la ventana.

—¿Señor?

—Abel. Bonito día, ¿verdad?

De inmediato el nerviosismo de Winesap cesó.

—Sí, señor. Lo es.

—Soy un hombre afortunado, Abel. Claro que yo construí mi propia fortuna, lo que la hace mucho más agradable. ¿Cuántas de las personas que caminan por allá abajo crees que disfrutan de su trabajo? ¿Cuántas vuelven a sus hogares al final de un día de trabajo y se sienten realizadas? Si,—Abel, soy un hombre afortunado... ¿Qué puedo hacer por ti? —concluyó con una sonrisa radiante en el rostro.

—Tengo un informe sobre Isadora Conroy.

—Excelente trabajo. ¡Excelente!

Le hizo un gesto de que se adelantara y cuando tomó el material, palmeó el hombro huesudo de Winesap.

—Eres de gran valor para mí, Abel, de gran valor. Me gustaría demostrarte mi agradecimiento.

Abrió el cajón superior del escritorio y sacó un estuche de terciopelo.

—Gracias, señor —susurró, sumiso y conmovido—: ¡Oh, señor Finley! —exclamó con voz entrecortada al abrir el estuche, ya que no tenía idea de qué era lo que estaba mirando. Parecía una especie de cuchara, con una honda concavidad y un mango corto con forma de águila.

—Me alegro de que te guste. La escogí de mi propia colección de cucharillas de té. Pensé que la *de peltre* sería la más adecuada para ti. Un material fuerte, durable, a menudo menospreciado.

—Gracias, señor. Gracias. No sé qué decir.

—No es nada. Es sólo una muestra de mi gratitud —señaló restándole importancia—. Tú siempre cumples conmigo, Abel. Yo recompenso la lealtad de la misma manera que castigo la traición. Rápida, precisa y cabalmente. No me pases llamadas durante la siguiente hora.

Finley se había sentado, y se tocaba el labio superior con el dedo índice.

—Sí, señor. Gracias otra vez.

Pero Finley ya había excluido a Winesap de su realidad, rápida, precisa y cabalmente. Abrió la carpeta y se concentró en el historial de Isadora Conroy.

20

Una densa cortina de lluvia caía sobre Fort Royal cuando Jed y Dora entraron en la ciudad. El mal tiempo los había perseguido durante el vuelo desde el Aeropuerto Internacional de Filadelfia hasta el Dulles, y prometía seguir así. El sistema de inyección de aire para desempañar el parabrisas del coche alquilado tenía dos velocidades. Cada vez que Jed se veía obligado a ponerlo en marcha, el interior del vehículo se convertía en una pequeña y eficiente sauna.

Dora no dejó de hablar durante todo el trayecto. Su voz serena y sus comentarios triviales lo relajaban. No se sentía obligado a contestar, ni siquiera a escuchar. Ella sabía cómo contagiarle su estado de ánimo, aunque su mente se hallara concentrada en los detalles de los próximos pasos a dar.

—Si se te ocurriera dedicarte a grabar mensajes subliminales —comentó Jed—, podrías hacer una fortuna.

—¿Lo crees así? —preguntó sonriendo, mientras bajaba la visera de su lado y usaba el espejo adosado para retocar la pintura de sus labios—. En la próxima gira y luego tuerce dos calles a la derecha. Hay un aparcamiento detrás del edificio.

—Dado que está indicado en un letrero y una flecha, es probable que me hubiera dado cuenta.

—Todavía estás enfadado porque preparo el equipaje más deprisa que tú.

—No estaba fastidiado.

Con una amplia sonrisa, Dora le palmeó un brazo y comentó:

—Por supuesto que lo estabas. Típica reacción masculina... La forma en que insististe en conducir hasta aquí, aun cuando yo conocía el camino, también es una típica reacción masculina. No importa. Creo que es gracioso.

—Conduje porque temía que destrozaras el coche en un accidente múltiple, ya que estabas demasiado ocupada en hablar de la capa de ozono y la contaminación.

—Claro, claro. —Se le acercó para besarlo en la mejilla—. ¡Así pues, estabas escuchando!

—Todavía me zumban los oídos.

Jed estacionó en un espacio libre al lado de una vieja furgoneta Ford.

—Recuerda, Conroy —le advirtió—, no estás aquí en una de tus excursiones de compras.

—Lo sé, Jed, lo sé —asintió con un gesto de resignación al bajar del coche—. Y también que tú harás las preguntas. Me quedare dos pasos atrás como una buena chica y mantendré la boca cerrada.

Jed esperó a que ella cerrara la portezuela y observó cómo la lluvia le mojaba el cabello.

—Así me gusta —acordó—. Tienes una boca hermosa, aunque la mayor parte del tiempo esté abierta.

—Bueno, eso acelera los latidos de mi corazón.

Se cogió de su brazo y se dirigieron a la puerta trasera del aparcamiento. Los goznes chirriaron cuando Jed abrió la puerta de metal.

—Dentro no hará calor, pero estará seco. El señor Porter tiene reputación de ser un hombre austero. No hay chicas bonitas, ni exhibiciones brillantes, pero sí algunas gangas interesantes. —Aspiró una profunda bocanada de aire y se le iluminaron los ojos—. ¡Dios! ¡Mira esto!

Lo único que Jed veía eran montones de muebles alineados y llenos de polvo, cristales sucios mezclados con cachivaches. Había grandes cantidades de alhajas —muchas de ellas mugrientas y todas opacas por el desuso—, un armario llano de saleros y pimenteros, otro con una variedad indescriptible de frascos, e incluso un sagrario encima de una vieja máquina de escribir y varias cajas de cartón llenas de libros usados a diez centavos el ejemplar.

—Creo que aquélla es una edición de Maxfield Parrish.

Antes de que Dora siguiera caminando, Jed la aferró de un brazo. El sabía, por el destello de sus ojos, que dejarla pasar por allí sería como caminar sobre ascuas. Tenía que hacerlo con rapidez y sin darle la oportunidad de mirar hacia atrás.

—¿Dónde se encuentra la oficina?

—Al frente, a la derecha. Jed, yo sólo quiero ver...

Pero ya la arrastraba mientras ella le tiraba del brazo como un cachorro tira de la correa.

—Relájate, Conroy. Tienes las manos sudadas.

—Esto es una crueldad... —protestó, pero alzó la barbilla—. ¿Estás seguro de que no quieres que hable con Porter? ¿De comerciante a comerciante?

—Especifiqué que yo hablaría.

—Otra descarga de testosterona —murmuró Dora entre dientes.

Cuando llegaron a la oficina, la puerta se hallaba abierta pero no había nadie. A Jed le pareció que era el único lugar en todo el edificio que había visto un plumero o un estropajo en la última década. En contraste con el absoluto desorden que reinaba en el salón de ventas, el escritorio estaba pulido y aseado, las gavetas del archivo limpias y bien cerradas, y en el ambiente flotaba cierta fragancia cítrica, como de cera aromatizada.

—Ha habido algunos cambios desde la última vez que estuve aquí —comentó Dora.

Presa de curiosidad, asomó la cabeza. La carpeta de papel secante del escritorio no tenía una sola mancha, y en el extremo izquierdo había un florero de fina porcelana con unas hermosas rosas de invierno.

—De esa pared colgaba un almanaque con la fotografía de una muchachita... ¡de 1956! El resto parecía arrasado por un bombardeo. Recuerdo haber pensado que no podía imaginar cómo alguien era capaz de trabajar en medio de semejante caos. —Se interrumpió al ver la expresión burlona en la cara de Jed—. Bueno... mi caos está organizado. —Echó un vistazo alrededor, tratando de mantener la mirada lejos del mostrador de ofertas—. Tal vez Porter haya salido. Es fácil reconocerlo. Se parece un poco a un hurón...

—¿Puedo servirles en algo? —inquirió una voz femenina detrás de ellos.

Jed puso una mano sobre el hombro de Dora para que guardara silencio, y se volvió hacia la mujer vestida con pulcritud, cuyas gafas le colgaban de una cadena dorada.

—Quisiéramos hablar con el señor Porter —explicó.

Los ojos de Helen Owings se nublaron y, con una rapidez alarmante, se llenaron de lágrimas.

—¡Oh! —exclamó mientras buscaba un pañuelo de papel en el bolsillo.

Antes de que Jed pudiera reaccionar, Dora la tomó de un brazo y la condujo a la oficina para que se sentara.

—Lo siento. ¿Puedo traerle un vaso de agua?

—No, no —negó Helen entre sollozos, mientras rompía el pañuelo en pedazos pequeños—. Fue sólo la impresión que me produjo el oír que preguntaran por él. Ustedes no podían saberlo, supongo.

—¿Saber qué? —inquirió Jed, al tiempo que cerraba con suavidad la puerta y esperaba.

—Sherman... el señor Porter, está muerto. Asesinado.

Si bien la sola palabra expresaba todo el drama, los labios de Helen temblaron.

—¡Dios mío! —exclamó Dora. Se tambaleó, y buscó una silla para ella. La cabeza le daba vueltas y sintió náuseas.

Helen se sonó la nariz con lo poco que quedaba del pañuelo.

—Fue justo antes de Navidad. Yo lo encontré. Allí... —balbució, señalando el escritorio.

—¿Cómo lo mataron? —preguntó Jed.

—De un balazo. Un disparo en la cabeza. ¡Pobre Sherman, pobrecito!

Se cubrió la cara con las manos. Después las puso sobre su regazo y empezó a retorcerlas.

—¿La policía tiene algún sospechoso?

Helen suspiró y trató de recuperar lo poco que quedaba de su compostura.

—No. No parece que hubiera ningún motivo. No pudimos determinar que faltara algo. No había ningún... signo de violencia. Lo siento, señor...

—Skimmerhorn.

—Señor Skimmerhorn, ¿conocía a Sherman?

—No.

Por un momento Jed se preguntó qué debía contarle. Como de costumbre, decidió que lo mejor sería informarle lo menos posible.

—La señorita Conroy es una comerciante de Filadelfia. Estuvimos aquí por algunos artículos que fueron subastados el veintiuno de diciembre.

—Fue nuestra última subasta... —empezó a decir, pero se le quebró la voz. Tras respirar hondo, irguió los hombros en un evidente esfuerzo por serenarse—. Espero que sepan disculparme por estar tan alterada. Hoy hemos vuelto a abrir y todavía me siento bastante perturbada. ¿Hubo algún problema?

Jed esbozó una sonrisa amable y comprensiva.

—Una sola pregunta. La señorita Conroy compró dos piezas. Nos interesaría saber dónde y cómo las adquirieron ustedes.

—¿Puedo preguntarle por qué? En general no revelamos nuestras fuentes. Después de todo, podría aparecer otro comerciante y mejorar nuestra oferta.

—Sólo estamos interesados en conocer más detalles de esos artículos —la tranquilizó Jed—. No vamos a interferir en sus proveedores.

No era muy habitual, pero Helen no veía ningún problema en darles esa información.

—Bueno... tal vez pueda ayudarles. ¿Se acuerdan del número de lote?

—F quince y F dieciocho —señaló Dora con voz queda. Había recordado otra cosa, algo que le revolvió el estómago. Pero cuando Jed murmuró su nombre, meneó la cabeza.

—F quince y F dieciocho —repitió Helen, que se puso de pie y se dirigió a los armarios del archivo, satisfecha de hacer algo práctico—. Ah, sí, los lotes F eran de un cargamento procedente de Nueva York De un pequeño remate privado. —Sonrió y llevó la carpeta al escritorio—. Francamente, señor Skimmerhorn, creo que la mayoría de los artículos fueron obtenidos en ventas de ocasión. Recuerdo que la calidad no era la que yo esperaba. Aver... Conroy... Sí, usted compró esas dos piezas, pero me temo que no puedo decirle mucho sobre ellas. Yo... —Se interrumpió al oír un golpe suave en la puerta.

—¿Señorita Owings?

—¿Sí, Richie?

—Preguntan por ese tocador de la época colonial norteamericana. El cliente tiene mucha prisa.

—Está bien, díles que voy ahora mismo. —Se levantó y se alisó el pelo y la falda con la mano—. ¿Me disculpan unos minutos?

Jed aguardó a que saliera para coger la carpeta. Echó una ojeada a las listas, al inventario, a los precios. Luego se guardó en el bolsillo lo que pensó que podía ser importante.

—¿Qué estás haciendo? —le reprochó Dora—. No puedes hacer eso.

—Ahorraré tiempo. Ven conmigo.

—¡Pero ella sabe mi nombre!

—Sacaremos copia de todo esto y le devolveremos los originales.

La asió con fuerza de la mano, pero esta vez no fue necesario. Ella no intentó resistirse ni admirar ninguno de aquellos tesoros cubiertos de polvo. Una vez que estuvieron fuera y ya en el coche, Jed le alzó la barbilla y dijo:

—Bien, ahora habla. Ahí dentro palideciste como el papel.

—Me acordé del señor Ashworth. Ya te hablé de él. Era un comerciante de antigüedades que conocí ese día en la subasta. El también compró algunos artículos de aquel embarque.

—El hombre que fue asesinado durante un robo... —murmuró Jed—. Dijiste que su establecimiento estaba cerca de aquí.

—Sí, a un par de kilómetros.

—Entonces, allí es adonde iremos ahora. —Puso en marcha el motor—. ¿Puedes afrontarlo?

—Sí, pero necesito encontrar un teléfono y llamar a la tienda.

—Has estado ausente sólo un par de horas, Conroy. Debería andar todo bien aun sin tu presencia.

—No quiero a Terri o a Lea cerca de allí —comentó, mirando al frente—. Quiero que permanezca cerrado.

—De acuerdo —le apretó la mano, que notó fría y rígida—. De acuerdo, Conroy.

Aunque había tomado la precaución de llevar ropa para pasar la noche, Jed confiaba en viajar a Virginia y regresar el mismo día. Pero ya no tenía sentido hacerlo, después de visitar el negocio de Ashworth.

Dora necesitaba algo de descanso y él iba a brindárselo.

Ella no dijo nada cuando él alquiló una habitación en un hotel situado cerca del aeropuerto. El hecho de que hablara tan poco durante el trayecto desde Front Royal, le preocupaba casi tanto como la información que habían obtenido del nieto de Tom Ashworth. Además de la muerte de Ashworth y del daño ocasionado al comercio durante el asalto, al parecer se habían llevado la estatuilla.

Jed abrió la puerta de la habitación, dejó las bolsas de viaje en el suelo y le indicó una silla a Dora.

—Siéntate. Necesitas comer algo.

—No tengo hambre.

—Sí tienes.

Descolgó el auricular y, sin consultarla, pidió dos bistés, café y una botella de brandy.

—Tardarán treinta minutos —le informó cuando colgó—. Que quizá se conviertan en cuarenta. Tienes tiempo de echarte un rato.

—Yo... —entumecida, miró hacia la cama—. Creo que primero me daré un baño.

—¡Magnífico! Tómate tu tiempo.

Dora se puso en pie y levantó su maleta.

—¿No sientes nada, Jed? —le preguntó sin mirarlo, con la voz quebrada por la fatiga—. Tres personas están muertas... podo menos tres. Puede haber más. Gente a la que quiero mucho puede hallarse en peligro por el hecho de trabajar para mí. Y tú pides la cena. ¿No te da miedo todo esto? ¿No te hace sentir mal? ¿No mueve nada en ti?

La última pregunta sonó como un látigo mientras apretaba el bolso contra el pecho y lo miraba a la cara.

—Claro que sí. Me enoja. Ve a tomar un baño, Dora, y olvídate de todo por un rato.

—Conmigo no funciona de esa manera.

Contrariada, le dio la espalda y cerró sin miedo la puerta detrás de ella. Un minuto después, Jed oyó el ruido del agua que corría en la bañera.

Mientras encendía un cigarrillo, maldijo entre dientes. Ella se sentía decepcionada. Lo había visto en sus ojos cuando por fin lo miró a la cara. Le importaba, tal vez demasiado, lo que pensaba de él, lo que sentía por él, y la forma en que lo miraba. Sí, ella le importaba demasiado.

Fue hasta la puerta del lavabo y levantó una mano para llamar. Pero la dejó caer. No había nada que decir, pensó. Era necesario actuar. Volvió al teléfono y llamó a Brent.

—Teniente Chapman.

—Soy Jed, Brent.

—¿Qué tenemos?

—Un par de muertos —contestó, mientras expulsaba el humo y bajaba instintivamente la voz—. Sherman Porter, el dueño de la casa de subastas donde Dora compró el cuadro y el perro de porcelana. En su oficina, de un balazo, justo antes de Navidad. Tal vez quieras llamar a la policía local para conocer mayores detalles.

—Lo tengo.

—Ashworth, Thomas. Comerciante local de antigüedades. Asesinado durante un robo más o menos el mismo día que Porter. Estuvo en la subasta con Dora, compró una estatuilla de porcelana. —Hizo una breve pausa para consultar la lista—. Un hombre y una mujer, de unos sesenta centímetros de altura, vestidos con ropa de época. De antes de la guerra. No la conservó por mucho tiempo.

—¿Valor?

—Insignificante. Tengo una lista de todo lo que había en esa remesa y de cada comprador.

—Has trabajado duro, capitán. Léemela, pero hazlo despacio. Mi taquigrafía es bastante precaria.

Cuando terminó de leer la lista, Jed apagó el cigarrillo.

—Me gustaría que pusieras en marcha el engranaje para echar el guante a ese individuo.

—No necesitas pedírmelo.

—El cargamento provenía de Nueva York, se supone que del remate particular de una heredad, pero la mujer que se halla a cargo ahora parece creer que eran baratijas compradas de ocasión, no lo que ella esperaba. Tengo el nombre del tipo que se encargó del despacho hasta aquí. Voy a investigarlo personalmente mañana.

—Dame el nombre. Haremos que lo vigilen, sólo por las dudas.

—Franklin Flowers, domiciliado en Brooklyn. ¿Hay algo más sobre la señora Lyle?

—Su estado parece haberse estabilizado. No recuerda nada más que lo que nos dijo a nosotros.

—¿La pintura?

—Tu antigua novia está ocupándose de ella. Buena idea la de hacerla trabajar en casa de tu abuela —dijo Brent con cierta ironía—. Tu abuela me confió, en términos nada vagos, que el procedimiento no sería acelerado.

—¿Pusiste un hombre para que la custodie?

—Las veinticuatro horas. He tenido que soplar un poco de humo en dirección a Goldman, para ganarme su confianza. Se dice que el deber incluye pastas y café con leche. No me importaría servírselo yo mismo. Jed, dame tu número por si averiguo algo esta noche.

Jed leyó el número anotado en el teléfono del hotel.

—¿Te encuentras en aprietos por todo esto?

—Nada que no pueda manejar. Goldman decidió concentrar su interés en el asesino de Trainor. Hizo una declaración a la prensa frente al palacio de justicia. Ya sabes: «Cuando matan a uno de mis hombres, no descanso hasta que el asesino sea llevado a la justicia.» En pantalla, en el noticiario de las once.

—Le entregaremos a DiCarlo en sus brazos.

El disgusto en la voz de Jed dio esperanzas a Brent.

—Si podemos encontrarlo. A nuestro muchacho parece habérselo tragado la tierra.

—¡Lo desenterraremos! Te llamaré desde Nueva York.

Colgó, se apoyó en la cabecera de la cama y fumó otro cigarrillo. El agua había dejado de correr. Confiaba en que ella permaneciera recostada en la bañera con los ojos cerrados y la mente en blanco.

Efectivamente Dora estaba en la bañera y tenía los ojos cerrados, mientras el agua caliente y las sales de baño relajaban su cuerpo. Sin embargo, era más difícil relajar su mente. Seguía escuchando cómo se apagaba la voz de Thomas Ashworth III cuando hablaba de su abuelo. Seguía recordando lo pálida y frágil que parecía la señora Lyle en la cama del hospital, rodeada de aparatos.

Aun sumergida en el agua templada del baño, podía sentir el frío del cañón de la pistola apretada contra su pecho. Peor aún, oía la voz fría, desapasionada, de Jed al interrogar a las víctimas. Veía sus ojos, tan profundamente azules, vacíos de toda emoción. Ningún fuego, ningún hielo, ninguna compasión.

¿No era aquella su propia forma de morir?, se preguntó. No sentir nada... No, se corrigió, no permitirse sentir nada. Eso era muchísimo peor. Tener la capacidad de mantenerse alejado de todo, observar y analizar sin permitirse que ningún sentimiento, ningún dolor lo afectara.

Tal vez había estado equivocada con respecto a él desde el principio. Tal vez nada conseguía atravesar esas capas, construidas con cuidado, de desinterés y fría objetividad.

El sólo hacía su trabajo, reunía las piezas de un rompecabezas, sin permitir que ninguna de ellas significara algo más que un paso adelante hacia la solución.

Permaneció en el agua hasta que empezó a enfriarse. Para postergar el momento en que tendría que volver a enfrentarlo, se secó lentamente y se pasó crema por todo el cuerpo para serenarse. Dejó caer la toalla y buscó la bata de baño en su bolsa.

La mano le tembló un poco, pero después acarició la esponjosa tela verde brillante. Entonces comprendió que había querido olvidar esa otra parte de él, la parte dulce y bondadosa que mostraba a veces, quizá a regañadientes.

Con un hondo suspiro, se enfundó en la bata. Sería su propia culpa, decidió. Ella siempre parecía esperar más, y siempre se sentía frustrada cuando no obtenía lo que quería. Pero se le hacía muy difícil controlar las emociones, difícil y terrible.

Abrió la puerta del cuarto de baño, que dejó salir una nube de vapor y fragancias. Jed estaba frente a la ventana, contemplando la lluvia. Junto a él, la mesa con ruedas del servicio de habitaciones se hallaba tendida para dos. El ya se había servido una taza de café y la acercaba a sus labios, cuando se volvió hacia ella.

Verla entrar en la habitación fue como un puñetazo en el pecho. El baño había vuelto el color a sus mejillas, pero su piel seguía ofreciendo el lustre suave y frágil del agotamiento. El pelo, recogido sin mucho cuidado en la nuca, estaba húmedo por el vapor. De repente, toda la atmósfera olió a ella.

Había reducido la intensidad de las luces, pero no por romanticismo, sino porque pensó que Dora se sentiría mejor con una luz más suave. Bajo esa luz, se la veía frágil y encantadora como una flor bajo un cristal.

Se obligó a llevarse la taza a los labios y bebió un buen trago de café.

—Aquí está la cena —comentó dejando la taza—. Será mejor que comas algo antes de que se enfríe.

Dora advirtió que sus ojos no estaban vacíos. Tampoco desinteresados. Fue algo más que deseo lo que vio en ellos; algo más básico que la lujuria. Era hambre de mujer; hambre de ella.

—Sólo estás tratando de hacer las cosas más fáciles para mí —reconoció con un hilo de voz. ¿Por qué no se había dado cuenta antes?, se preguntó.

—Te conseguí algo de combustible, eso es todo.

Él empezó a retirar una silla para que se sentara, pero Dora se situó frente a él. Lo rodeó con sus brazos, apretó el cuerpo contra el suyo y hundió la cara en su cuello. Hizo que le resultara imposible no

ofrecerle lo que fuera para confortarla. La sostuvo entre sus brazos, le acarició la espalda y miró la cortina de lluvia que caía sobre la ventana.

—Estaba asustada —balbució Dora.

—No necesitas estarlo. —La estrechó un poco más fuerte y añadió—: No te pasará nada.

—Estaba asustada por algo más que eso. Tenía miedo de que no estuvieras aquí para abrazarme como ahora, cuando yo te necesitara. O que, si estuvieras, sólo fuera porque sería una parte de tu trabajo, de la que no puedes librarte por cortesía.

—Te comportas como una tonta. No me preocupa hacer las cosas por cortesía.

Dora rió un poco, sorprendida de poder hacerlo.

Echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara, para observar lo que él deseaba ver en ella.

—Lo sé. Eso también lo sé. Pero ya ves, me crucé en tu camino. Te impulso a sentir cosas que no puedes permitir el lujo de sentir, si vas a hacer lo que tienes que hacer. Deseo que tengas sentimientos hacia mí que tú no quieres tener.

—No sé lo que siento por ti.

—Eso también lo sé. —Le puso una mano en la mejilla para aflojar la tensión—. En este momento me deseas, así que por ahora es suficiente. Hazme el amor.

Le besó en los labios muy suavemente, para después profundizar en su beso. Jed sintió un torbellino de deseo.

—No es esto lo que ahora necesitas.

—Sí, lo es —dijo empujándolo hacia la cama—. Lo es.

Más tarde, embriagada y soñolienta, se apretó contra él. Jed se había mostrado tan dulce y paciente. Y, estaba segura, se había dejado llevar. No sólo ella había olvidado por un rato por qué se encontraban allí. Ambos se habían entregado por completo el uno al otro. Ahora escuchaba caer la lluvia y dejaba que sus sentidos quedaran suspendidos justo al borde del sueño.

—La comida debe de estar fría —recordó Jed—. Pero todavía necesitas comer. Estabas a punto de desfallecer cuando entramos aquí.

—Ahora me siento mejor —aseguró Dora.

Sonrió para sus adentros cuando él entrelazó los dedos con los suyos. Hacía cada vez más a menudo cosas como ésa. Se preguntó si se habría dado cuenta de ello.

—Dime cuál será nuestro próximo paso.

—Iremos a Nueva York por la mañana.

—¡Has dicho iremos! Haces progresos, Skimmerhorn —puntualizó, acercándose a él.

—Sólo estoy ahorrándome una nueva discusión.

—Ja, ja. A ti te gusta tenerme cerca. Será mejor que lo admitas de una vez.

—Me gusta tenerte en la cama. En la mayoría de las otras circunstancias eres como un dolor de garganta.

—Podría ser, pero sigue gustándote —insistió.

Para provocarlo, le mesó los cabellos ensortijados. Como respuesta, él le rozó un pezón con la punta de los dedos.

—El placer es mío —precisó.

Con una sonrisa dulce, Dora le acarició el mentón y puntualizó:

—No me refería sólo a eso... aunque reconozco que fue excepcional. A mí también me gusta tenerte cerca.

—Tal vez no deberías. —La tomó de la cintura—. Tal vez tendrías que correr en dirección contraria.

—No lo creo.

—Tú no me conoces, Dora. No tienes la menor idea de dónde vengo. Si la tuvieras, no lo entenderías.

—Ponme a prueba.

El meneó la cabeza y empezó a incorporarse.

—Ponme a prueba —repitió ella, desafiante.

—Quiero cenar.

Se detuvo, se puso de nuevo los pantalones y levantó la tapa de los bistés, ya fríos.

—Bien —aceptó ella—. Podemos hablar mientras comemos.

No era una oportunidad que estuviera dispuesta a desperdiciar. Se puso la bata y acercó una silla al carrito del servicio de habitaciones. Vio que él había pedido una sola taza para el café. Sin duda suponía que el café le quitaría el sueño, y él quería que durmiera. Entonces, en un claro desafío, se sirvió café en la copa de brandy.

—¿De dónde vienes, Skimmerhorn?

Jed se arrepentía de sus propias palabras y de la posición en que lo habían colocado.

—De Filadelfia —contestó, y empezó a cortar su bisté.

—De la Filadelfia opulenta —lo corrigió, decidida a no darle tregua—. Eso ya lo sé. Como también sé que el dinero vino de ambas partes y que el matrimonio de tus padres tuvo como finalidad la fusión comercial de dos grandes fortunas. Ellos solían ventilar sus peleas en público.

—Se odiaban, hasta donde puedo recordar —intervino él, para encogerse de hombros con un movimiento apenas perceptible—. Entendiste muy bien lo de la fusión. Ninguno de los dos estaba dispuesto a perder un centavo del capital común, así que siguieron viviendo juntos durante veintisiete años, con disgusto y animosidad recíprocos. Por una de esas ironías de la vida, murieron juntos cuando el chófer perdió el control de la limusina y cayeron por un barranco.

—Debió de ser muy duro para ti, perder a los dos de esa manera.

—No. —La miró a los ojos y agregó—: No lo fue. No sentía nada por ellos cuando estaban vivos, aparte de un acentuado desprecio. Te advertí que no podrías entenderlo.

Ella esperó unos instantes, mientras comía sólo porque los alimentos estaban allí y la ayudaban a llenar ese hueco de silencio.

—Estás equivocado. Creo que lo entiendo. Tú no los respetabas y en algún lugar del camino de la vida habías renunciado a quererlos.

—Yo nunca los quise.

—Claro que los quisiste. Un niño siempre quiere, hasta que siente que maltratan su amor... y a menudo hasta mucho después. Pero si dejaste de quererlos, fue porque necesitabas hacerlo. Si cuando ellos murieron sentiste algo, debe de ser porque no podías evitarlo. ¿Me acerco? —Hizo una pausa para estudiar su reacción.

Fue un tiro directo al blanco, pensó Jed, pero no estaba preparado par admitirlo.

—Ellos tuvieron dos hijos que en realidad no desearon —continuó él—. Primero Elaine y después yo, sólo porque era importante para perpetuar el apellido. Me lo recordaron una y otra vez mientras crecía. Puedo oírlos: «Eres un Skimmerhorn. Eres el heredero. Lo menos que puedes hacer es no ser tan estúpido. Muestra algo de gratitud. No te limites a ser un estorbo... » —Al tiempo que luchaba contra los fantasmas del resentimiento, Jed siguió su exposición—. Mis responsabilidades... y sus expectativas. Tus padres querían que siguieras en el teatro; los míos, que yo aumentara el capital de la familia.

—A nuestra manera, los dos los decepcionamos.

—No es lo mismo, Dora. Las ambiciones de tus padres con respecto a ti nacían del orgullo. Las que me adjudicaban a mí, eran el resultado de la codicia. En mi casa no existían los afectos.

Odiaba decirlo, odiaba recordarlo, pero ella había empezado a girar la rueda y él no podía detenerla hasta que se completara el círculo.

—Tu hermana...

—No significaba más para mí de lo que yo significaba para ella —respondió tajante, sin ninguna pasión, porque era la más cruda verdad—. Un accidente del destino nos hizo compartir la misma celda, pero los reclusos no siempre se encariñan entre sí. Los cuatro, nuestros padres y nosotros dos, pasamos la mayor parte de nuestras vidas evitándonos unos a otros. Aun en una casa de las dimensiones de la nuestra, no fue siempre fácil —concluyó con una sonrisa triste.

Aunque él no se lo había propuesto, Dora no pudo evitar sentir compasión.

—¿No había nadie con quién pudieras hablar? —inquirió.

—¿Sobre qué? —Jed soltó una cínica carcajada—. No era ningún secreto que ellos se odiaban. Las peleas que tenían en público eran sólo las preliminares. Siempre las terminaban en casa. Si los reproches no iban dirigidos contra el otro, entonces yo o Elaine pagábamos los platos rotos. Yo me dediqué a cometer algunos robos, algunas fechorías malintencionadas y pequeñas estafas. Elaine se dedicó a los hombres. Antes de cumplir veinte años, ya había tenido dos abortos. Ellos se las arreglaron para mantenerlos en secreto, de la misma manera que lo hicieron para ocultar mis problemas con la ley. Pero encerrarnos en un internado tampoco ayudó. A mí me echaron y Elaine inició un romance con uno de sus profesores. Al final se dieron por vencidos..., fue una de las pocas cosas en que se pusieron de acuerdo. Hicieron un trato con Elaine, por el que le ofrecieron una considerable suma de dinero si se casaba con un candidato escogido por ellos. Yo fui a vivir con mi abuela. El primer matrimonio de Elaine duró poco menos de dos años. Yo

entré en la academia de policía más o menos en la misma época en que ella obtuvo el divorcio. Esto los enfureció de verdad. —Hizo una breve pausa para servirse una copa de brandy—. Nos amenazaron con borrarlos del testamento, pero no querían permitir que sus bienes salieran de la familia. Así pues, Elaine encontró un segundo marido y yo recibí mi placa. Y ellos murieron.

Muy a su pesar Dora sintió compasión por el niño, por el maltrato al que lo habían sometido por una familia que no había podido mantenerse unida.

—Tal vez tengas razón —aceptó ella con voz pausada—. No entiendo cómo la gente puede seguir viviendo bajo el mismo techo cuando no hay amor entre ellos, o cómo no fueron capaces de brindárselo a sus hijos. Pero eso no significa que no te entienda a ti.

—Lo que debes entender es que tal vez yo no sea capaz de darte lo que deseas.

—Bueno, es mi problema, ¿no te parece? —señaló, sirviéndose otro brandy—. Skimmerhorn, quizá lo que más te preocupa es que yo sea capaz de brindarte lo que deseas.

21

Dora siempre había amado Nueva York. Años atrás se había imaginado viviendo allí, dirigiendo una galería en el Village, acudiendo a su restaurante exótico favorito, con un círculo de amigos bohemios que vistieran de negro y citaran lo más reciente de la literatura esotérica. Y, por supuesto, una vecina excéntrica enamorada del hombre equivocado.

Pero por aquel entonces tenía catorce años y su visión del mundo había cambiado.

Aun así, amaba Nueva York, por su pujanza, su energía, su arrogancia. Amaba a la gente que caminaba deprisa por sus aceras con cuidado de no cruzar sus miradas con nadie, a los compradores cargados con bolsas de Saks, Macy's y Bendel's, las tiendas de electrodomésticos en perpetua liquidación por cierre definitivo, a los vendedores callejeros con sus castañas asadas y sus ademanes groseros, y también a la vocinglera agresividad de los taxistas.

Un taxi los adelantó, pasando muy cerca de ellos.

—¡Hijo de puta...! —maldijo Jed entre dientes.

—¡Qué pericia! —exclamó Dora, radiante.

—Sí, claro. Dudo que un policía haya puesto alguna multa en este agujero infernal, desde principios de siglo.

—No sería muy productivo. Después de todo... ¡Oh, mira!

Bajó la ventanilla y asomó la cabeza.

—Sigue respirando ese aire y morirás.

Dora entrecerró los ojos, no por el humo de los tubos de escape, sino para tratar de leer el nombre y la dirección de la tienda.

—¿Has visto ese conjunto? Era fabuloso. Sólo tardaría cinco minutos, si pudieras encontrar un lugar donde aparcar.

—Vuelve a la Tierra, Conroy —gruñó Jed.

Dora se enfurruñó y se hundió otra vez en el asiento.

—Quizá pasemos de nuevo por aquí después de terminar con nuestro asunto. Lo único que tendrías que hacer sería dar una vuelta a la manzana.

—Olvidalo. ¿No hay suficientes tiendas en Filadelfia?

—Por supuesto que las hay, pero ésa no es la cuestión. Mira, zapatos... Todos están en plena liquidación posnavideña —señaló con un prolongado suspiro, al examinar otro escaparate. Jed luchaba con el tráfico de Madison Avenue.

—¡Debí haberlo sabido! ¡Maldición, sal de ahí! —gritó, para descargar su agresividad contra otro taxi que lo adelantó a escasos milímetros—. ¡Debí haber tenido una idea mejor que traerte a través de Manhattan! Es como ofrecer un pedazo de carne a un perro hambriento.

—Deberías haber dejado que condujera yo —lo corrigió ella—. Yo sería más tolerante y no habría podido mirar los escaparates. Además, fuiste tú quien quiso echar una ojeada al apartamento de DiCarlo.

—Aun así, podríamos llegar vivos hasta allí.

—O podríamos haber tomado un taxi desde el aeropuerto.

—Insisto en la palabra «vivos».

Dora se sentía muy viva.

—Oye, podríamos pernoctar aquí, alquilar una habitación en alguno de esos hoteles tan caros del centro e ir a ver la actuación de Will. Comprar... —añadió clavando la mirada en una boutique.

—Esta no es una excursión turística por los puntos de interés de la ciudad, Conroy.

—Sólo trato de sacar el mejor partido de la situación.

Hizo caso omiso de su comentario y Jed giró hacia la Ochenta y tres. Tras buscar sin éxito un hueco donde aparcar el coche alquilado, finalmente estacionó en doble fila.

—Voy a tener que confiar en ti.

—Muy bien. ¿En qué? —inquirió Dora.

—Quiero que te sientes al volante mientras yo entro e investigo a DiCarlo... interrogo al encargado y quizá a un par de vecinos.

—¿Por qué no puedo entrar? —preguntó, torciendo el gesto.

—Porque quiero que el coche esté aquí cuando yo vuelva. Si por alguna razón tienes que moverlo, da vueltas a la manzana, sin detenerte ante ningún conjunto de ropa o zapatos, y vuelve a aparcar en este mismo lugar. ¿Lo has entendido?

—No soy idiota... —empezó a protestar, pero él la besó y bajó del vehículo.

—Cierra las portezuelas, Conroy.

Al cabo de veinte minutos, Dora empezó a considerar la posibilidad de dejar una nota a Jed, para informarle de que pasara a buscarla por la boutique. Tomaría un taxi para llegar hasta allí. Mientras buscaba un bloc de notas en el bolso, Jed volvió corriendo al coche.

La hizo volver a su asiento, encendió el motor y esperó a tener una oportunidad para internarse en el denso tráfico.

—¡Bien! ¿Cómo diablos vamos desde aquí a Brooklyn?

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? Me dejas plantada aquí durante casi media hora, ¿y ahora quieres que te haga un mapa para llegar a Brooklyn?

—El portero me dejó entrar en el apartamento de DiCarlo.

—No es excusa suficiente. —Pensó unos segundos en silencio, pero finalmente la curiosidad fue excesiva—. ¿Y bien? ¿Qué encontraste?

—Un par de docenas de zapatos italianos. Varios trajes de Armani. Algunas botellas de Dom Perignon y ropa interior de seda en un verdadero arco iris de colores.

—Entonces a DiCarlo le gustan las cosas finas.

—También encontré un talonario con un saldo de poco más de siete mil dólares, una Virgen María de porcelana y varias docenas de fotos de familia enmarcadas.

—Es ahorrador, no ha olvidado sus raíces religiosas y quiere a su familia. Hasta aquí, nada hace pensar en un asesino a sangre fría.

Jed giró en Lexington Avenue y se dirigió hacia el sur.

—Ted Bundy tenía una cara bonita y una sonrisa bondadosa —comentó con frialdad—. Encontré unas hojas de papel con membrete de E. F. Incorporated, con sede en Los Ángeles y una filial aquí en Manhattan, mucho papeleo de la misma firma y alrededor de una docena de mensajes en su contestador. De la mamma, del primo Alphonso, de tía Sofía y de una zorra llamada Bambi.

—¡Vamos! ¿Sólo porque una mujer se llama Bambi deduces qué es una zorra?

—Lo siento —admitió, y aceleró para pasar un semáforo en ámbar—. El hecho de que llamara Tony de manera familiar a DiCarlo, que haya reído tontamente y dejara un mensaje con grititos agudos, no es ninguna razón para que suponga que es una zorra.

—Eso está mejor.

—No encontré ninguna agenda con direcciones, ni un pasaporte ni dinero en efectivo. Por tanto, y dado que los mensajes no fueron correspondidos, que nadie en el edificio lo ha visto desde hace más de una semana, y que su correspondencia no fue recogida del buzón, sospecho que no ha estado por aquí desde hace algún tiempo.

—Es una deducción razonable. ¿Crees que se encuentra todavía en Filadelfia?

Jed captó la preocupación latente en sus palabras.

—Es una posibilidad. Pero nadie va a molestar a tu familia, Dora. No hay ninguna razón para ello.

Dora esbozó una sonrisa forzada.

—Creo que tienes razón —convino—. Si él está en Filadelfia, esperará a que yo regrese... Vaya, eso me tranquiliza —ironizó Dora.

—No podrá acercarse a ti. Te lo prometo, Conroy.

Jed se abrió paso como pudo desde Manhattan hasta Brooklyn Heights, para abastecerse de cigarrillos y de la sensación, no del todo desagradable, de sortear el tráfico. Cuando encontraron la dirección de Franklin Flowers, ya había juntado las piezas que tenía hasta ese momento, las había mezclado para volver a unir las. Entró lentamente en un aparcamiento.

—Bueno, al parecer aquí te sentirás como en casa, Conroy.

Se inclinó sobre ella para asomar la cabeza y observar el letrero del establecimiento a través de su ventanilla. El letrero rezaba: F. FLOWERS. COMPRAMOS Y VENDEMOS.

—No lo olvides, Conroy... —comentó en voz alta.

—Ya lo sé. Tú llevas la conversación.

Entraron en el local. Apenas era un poco más espacioso que una sala de estar y se hallaba atestado de mercadería, que iba desde ordinarios ositos de peluche hasta lujosas lámparas de pie. Aunque no había nadie, Jed oyó una voz procedente de la habitación del fondo, detrás de una cortina de cuentas de madera. Como indicaba un letrero sobre el mostrador, hizo sonar una campanilla de bronce, que alguna vez debió de adornar la recepción de un albergue en el Bronx.

—Un momento, por favor —solicitó una voz de hombre con tono jovial.

Flowers cumplió su pedido. Antes de que Dora terminara de examinar un grupo de jarrones Avon, salió a través de la cortina, en medio de un repiqueteo de cuentas y una bocanada de humo aromático.

Era un hombre alto, quizá de un metro noventa, y de mediana edad. Como sus ositos de peluche, tenía una cara redonda y bondadosa, que irradiaba dulzura. La raya del pelo se hallaba cerca de una oreja, para permitirle peinar unos mechones de fino cabello rubio por encima de una calva pronunciada. Entre dos dedos rollizos sostenía un delgado cigarrillo marrón.

—¡Buenos días! —exclamó como una maestra de guardería qué recita el abecedario—. ¡No, no! ¡Debí de haber dicho, buenas tardes! —se corrigió tras chasquear la lengua y mirar a una hilera de relojes—. ¿Cómo pasa el tiempo, ¿verdad? Nunca me doy cuenta. El mundo parece correr demasiado deprisa para mí. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

Como Dora estaba demasiado ocupada en admirar a aquel gigante jovial, no tuvo ningún problema en dejar que hablara Jed.

—¿El señor Flowers?

Flowers aspiró una bocanada de su cigarrillo y exhaló el humo con los labios apretados, como para un beso.

—Sí, yo soy Frank Flowers y éste es mi pequeño refugio. Como pueden ver, aquí compramos y vendemos casi cualquier cosa. ¿En qué puedo ayudarles?

—¿Conoce a Sherman Porter?

La expresión alegre de Flowers se borró al instante de su cara.

—¡Pobre Sherman! Me enteré hace apenas dos días. ¡Qué tragedia! A menudo me aterra el mundo en que vivimos. Eliminado como un perro en su propia oficina. —Se estremeció y añadió—: ¡Espantoso! ¡Sencillamente espantoso!

Flowers hizo una pausa para suspirar y fumar. Jed aprovechó para seguir indagando.

—Usted le envió un cargamento. Llegó a Virginia el veintiuno de diciembre.

—¡Oh, sí! —admitió Flowers con una onrisa triste—. ¿Quién hubiera pensado que iba a ser la última vez que Sherman y yo hacíamos negocios juntos? El destino es una amante tan cruel y caprichosa... Casi seis años. Éramos socios, y me gusta pensar que también amigos.

Jed le mostró los papeles que había sacado del archivo de Helen.

—Parece haber un problema con respecto a ese despacho.

Flowers frunció el entrecejo ante la idea, y olvidó por un momento su pesadumbre.

—¿En serio? Qué raro. Helen nunca lo mencionó... claro que, bajo circunstancias tan trágicas, es comprensible, supongo. Pero podría haberme llamado si tenía algún problema, en lugar de enviarlo a usted a Nueva York.

—Teníamos que atender otros asuntos aquí —explicó Jed, con voz serena—. ¿Usted compró la mercancía en un remate particular?

—Sí, una heredad pequeña, en Catskills. ¡Qué atmósfera, qué escenario! Yo escogí varias piezas pequeñas. Las más grandes las vendí a otros clientes. No era práctico enviar enseres pesados a Virginia cuando yo podía darles salida mucho más cerca de casa... —Hizo una breve pausa para exhalar dos perfectos arcos de humo—. Verá, a menudo actúo como agente de los comerciantes. Este pequeño local... —miró con ternura alrededor, como un padre a un hijo minusválido— me es muy querido, ¿sabe?, pero apenas me sirve para sobrevivir. Según recuerdo, elegí algunas piezas muy bonitas para Sherman. No alcanzo a imaginar qué clase de problema puede haber surgido —concluyó mientras apagaba el cigarrillo en un cenicero de mármol.

—La pintura... —empezó a decir Jed.

—¿La pintura? —inquirió, frunciendo el entrecejo—. No envié ninguna pintura.

—La pintura abstracta, firmada por E. Billingsly.

Flowers soltó una carcajada infantil y negó con la cabeza.

—¿Abstracta? No, amigo mío, nunca jamás tocaría siquiera una pintura abstracta. Demasiado grotesca para mis gustos. Además, son tan difíciles de vender. No, me temo que ha habido algún error.

—¿Tiene una lista de la mercancía que despachó?

—¡Por supuesto! Soy un lince para la organización. ¿Una pintura abstracta dijo? No me extraña que Helen tenga un problema. Enseguida vuelvo —advirtió y desapareció detrás de la cortina.

—Tal vez tenga un socio —sugirió Dora en un susurro—. Quizá fue él quien puso el cuadro en el cargamento. O tal vez...

Se interrumpió cuando Flowers volvió a entrar con dos carpetas, una amarilla y la otra roja. Sonreía al dejar las carpetas sobre el mostrador.

—Las ordeno por colores, ¿saben? La amarilla corresponde a lo que compré en el remate.

Abrió la carpeta, que contenía unas hojas mecanografiadas con listas completas de mercancía y sus correspondientes descripciones, que Flowers hojeó con rapidez.

—A ver..., eso debió de ser... hacia el doce de diciembre. Ahora estamos en enero. El tiempo pasa demasiado rápido... A ver, aquí... —Indicó una página, mientras colocaba las otras boca abajo en perfecto orden—. Sí. Residencia Woodlow, Catskills, diciembre, doce. Puede ver que ésta es la lista completa, con su recibo incluido. No hay ninguna pintura.

Tampoco había un perro de porcelana, observó Jed. Ni una estatuilla que se ajustara a la descripción de la que le había costado la vida a Tom Ashworth.

—Este es uno de mis archivos de envíos, concretamente el de Sherman, que en paz descanse. El embarque de arriba es el último, remite de embalaje incluido. No hay ninguna pintura —ratificó con una sonrisa de satisfacción—. Debe de haberse mezclado con mis cosas después de que abrieron los cajones. Sherman, Dios lo bendiga, era un poco descuidado.

—Sí —dijo Jed—, estoy seguro de que usted tiene razón.

—Flowers está equivocado —afirmo Dora al abrir la portezuela del coche—. Yo vi al muchacho del almacén cuando abrió ese lote. Acababa de llegar.

Jed sacó la llave del bolsillo, pero no puso en marcha el motor. Tenía la mirada perdida mientras jugaba con la llave entre los dedos.

—¡Había una pintura! ¡Yo compré esa maldita cosa! —insistió Dora.

—Sí —admitió Jed—. Había un cuadro, y también un perro de porcelana y muchas otras cosas. Ninguna de ellas figuraba en la lista de Flowers. No coincide ninguno de los artículos de su lista.

—Tal vez estaba mintiendo —aventuró Dora, miró al otro lado de la calle y meneó la cabeza—. Pero no creo que lo hiciera.

Jed se volvió en el asiento para mirarla y convino:

—No, no estaba mintiendo. Dime una cosa, Conroy. Si tú estuvieras metida en el contrabando de un Monet y otros objetos valiosos, para tu propio uso o para algún otro, y si te hubieras tomado el tiempo y el trabajo de ocultarlos para que parecieran vulgares, sin ningún valor...

—Yo no los hubiera enviado a una subasta —lo interrumpió, comprendiendo a qué se refería—. No hubiera permitido que fueran comprados por personas diseminadas por la costa Este.

—Porque entonces habrías tenido que meterte en problemas y correr el riesgo de volver a recuperarlos... cuando desde el primer momento los habías tenido en tu poder.

—Por tanto alguien generó la confusión. ¿DiCarlo?

—Podría ser...

—¿Qué más? —lo urgió Dora—. En tus ojos hay algo más.

—Las listas de embarque. Tanto la del archivo de Flowers como la que saqué de Porter, eran de Premium Shipping. —Arrancó el coche y agregó—: Tengo que hacer algunas llamadas.

Mientras Jed llamaba desde un teléfono público, Dora bebió varias tazas de café y ni tocó el sándwich especial que había pedido. Empleó el tiempo en aquel pequeño restaurante de Brooklyn en analizar la situación. Sacó una libreta y empezó a hacer anotaciones y diagramas.

Cuando Jed volvió, se sentó a su lado y atrajo hacia sí el plato de Dora.

—Parece que el Monet es auténtico —comentó—.

Necesitarán hacer algunas pruebas para estar totalmente seguros, pero mi abuela y su amigo ya han dado su aprobación.

—¿Quién es su amigo?

Jed dio un mordisco al sándwich e hizo señas de que le trajeran café.

—Un tipo que conoce. Fue curador en el Museo Metropolitano. Al parecer, cada nombre de la lista, cada uno de los que compraron alguna pieza de ese cargamento, tuvo problemas entre el veintidós de diciembre y Año Nuevo.

—¿Problemas? ¿Quieres decir que están muertos? —preguntó Dora, perpleja.

—No —aclaró Jed, apretándole la mano—. Me refiero a que fueron asaltados. En todos los casos se llevaron la pieza que habían comprado en la subasta. Fueron trabajos muy chapuceros. Según Brent, deliberadamente. Y todavía no hay señales de DiCarlo. Es una especie de vicepresidente de la filial neoyorquina de E. F. Incorporated. Desde antes de Navidad no ha vuelto por su oficina. Llamó un par de veces, pero nunca después de Año Nuevo. Tanto su secretaria como el resto del personal, afirman no conocer su paradero. Esta mañana, su madre denunció la desaparición en el departamento de policía de Nueva York.

—Ha escapado —dedujo Dora, y bebió un sorbo de café sin ver el destello en los ojos de Jed—. Bien. Espero que corra hasta que se despeñe por un precipicio. ¿Qué haremos ahora?

Jed se encogió de hombros y tomó otra porción de sándwich.

—Si podemos reunir pruebas suficientes para relacionarlo con los asesinatos de Filadelfia y Virginia, pediremos la intervención de los agentes federales.

—No necesitas decirme que no es eso lo que quieres hacer. Empiezo a adivinar tus pensamientos, capitán.

—Me gusta terminar lo que comienzo —dijo, y cogió la libreta de Dora para leerla. Luego sonrió e inquirió—: ¿Juegas otra vez a la detective?

—Tú tampoco llevas una placa, Skimmerhorn. Supongo que eso te convierte en alguien similar.

Jed obvió la ironía. Los diagramas de Dora le llamaron la atención. Arriba tenía a Premium Shipping, con líneas que salían, a derecha e izquierda. Al final de una de ellas había escrito el nombre de Porter; en la otra, un signo de interrogación. Más abajo seguía una lista del inventario que Flowers afirmaba haber embarcado. Debajo de Porter había detallado los nombres de los compradores de la subasta y sus direcciones. Otra línea conectaba su propio nombre con el de la señora Lyle.

—¿Qué estás descubriendo aquí, detective?

—Es una teoría —respondió, algo tensa por el tono de voz de Jed—. En realidad tengo dos teorías. La primera es que DiCarlo fue traicionado. Quienquiera que le encargara los objetos de valor, lo engañó y los envió a Virginia.

—¿Motivo?

Dora resopló, contrariada, y bebió un sorbo de café.

—No lo sé. Algún subordinado descontento porque no lo ascendió, una mujer despechada... o quizá un empleado afligido por un problema personal, que se confundió y provocó todo este lío.

—Eso podría tener sentido si el subordinado descontento o la mujer despechada se hubieran quedado con algo del botín. Hasta un empleado infeliz debería estar bastante loco para confundirse, y enviar un cargamento de mercancía a una pequeña casa de remates en Virginia, con la que es poco probable que DiCarlo tuviera algún vínculo.

—En tu opinión, DiCarlo puede haber usado a Porter para blanquear la mercancía contrabandeada durante años —dedujo ella con el entrecejo fruncido—. Supongo que tienes una teoría mejor, ¿verdad?

—Sí, tengo una. Pero miremos ahora detrás de la puerta número dos. —Sonrió y señaló el diagrama de Dora—. ¿Qué tienes aquí?

—No tengo por qué aceptar tu tono de superioridad, Skimmerhorn.

—Sé indulgente conmigo —pidió, tocándole la mano—. Sólo por un minuto.

—Bueno, para mí es obvio que hubo dos embarques. Uno del remate particular y el otro con la mercancía de contrabando. Dado que estamos de acuerdo en que habría sido una soberana estupidez que DiCarlo despachara a propósito su botín hacia Virginia, donde sería ofrecido a la venta al mejor postor, la conclusión lógica es que los dos cargamentos fueron confundidos.

—Adelante —la alentó—. Estás a punto de ganar una medalla al mérito.

—Como las dos listas provienen de Premium, podemos deducir que la confusión se produjo allí.

—Buena deducción, detective. —Satisfecho por sus razonamientos, Jed se levantó, tomó su cartera y arrojó unos billetes sobre la mesa. Luego dijo—: Vamos a echar un vistazo a Queens.

—Espera un momento —lo atajó en la puerta—. ¿Estás diciendo que crees que tengo razón?

—Estoy diciendo que deberíamos comprobarlo.

—No, eso no es suficiente —objetó, al tiempo que ladeaba el cuerpo para bloquearle la salida—. Mírame a los ojos, Skimmerhorn, y dime que crees que tengo razón.

—Creo que tienes razón.

Dora dejó escapar un grito de triunfo y abrió la puerta.

—Entonces ¿qué estamos esperando?

Llevaban quince minutos de espera en la antesala de la oficina de Bill Tarkington.

—¿Sabes? —comentó Dora—, la mayor parte del trabajo de policía es en realidad aburrido.

—¿Estás pensando en renunciar, Conroy?

Ella apoyó un codo en el brazo del sillón y se tomó la barbilla con la mano.

—¿Es ésta la clase de cosas que has hecho día tras día durante todos estos años?

El se quedó de espaldas a ella, mientras observaba las correas de transmisión y los empleados de despacho.

—No podría calcular el número de horas que me he pasado esperando.

Dora abrió la boca en un largo bostezo y comentó:

—Supongo que te enseña a tener paciencia.

—No necesariamente. Combinas suficientes horas de tedio con suficientes momentos de terror, lo cual te enseña a no bajar la guardia.

Dora lo veía de perfil desde el sitio donde estaba sentada. Advirtió que sólo una parte de él estaba con ella en la habitación; la otra, se hallaba en algún lugar que él no le permitiría conocer.

—¿Cómo controlas el terror?

—Reconociéndolo y aceptándolo.

—No puedo imaginarte sentir miedo —murmuró.

—Te dije que no me conoces. Creo que ahí viene nuestro hombre.

Tarkington abrió la puerta de golpe y los saludó con su mejor sonrisa.

—¿Señor Skimmerhorn? —Estrechó la mano de Jed—. ¿Señorita Conroy? Les pido perdón por haberlos hecho esperar. ¿Quieren un café? ¿Una rosquilla? ¿Tal vez un buen licor?

Dora se adelantó antes de que Jed pudiera rechazarlo.

—Me encantaría un poco de café.

—Déjeme servirle una taza.

Feliz por atenderlos, Tarkington terminó por llenar tres tazas. Dora dirigió a Jed una mirada presuntuosa y dijo:

—Sabemos que está ocupado, señor Tarkington. Confío en que no lo entretendremos mucho tiempo.

—No se preocupe por eso. Siempre tengo tiempo para un cliente, ¡sí, señor! ¿Leche? ¿Azúcar?

—Solo —pidió Jed mientras veía, alarmado, que Tarkington echaba una catarata de azúcar en una de las tazas.

Les tendió las tazas y bebió un sorbo de su propio café azucarado.

—¡Bien! Usted tenía alguna pregunta con respecto a un envío, ¿no es así?

—En efecto.

Jed sacó un papel del bolsillo para leer los números de la factura de embarque que había copiado en el establecimiento de Flowers.

—Se trata de un paquete despachado desde este edificio el diecisiete de diciembre, de un tal Franklin Flowers, con destino a Sherman Porter, Front Royal, Virginia. Número ASB, cinco, cuatro, cuatro, seis, siete.

Tarkington se acomodó detrás de su escritorio.

—Perfecto. Enseguida lo aclararemos. ¿Cuál fue el problema?

—La mercancía despachada no era la que se recibió.

Tarkington dejó caer sus dedos del teclado del ordenador. Su cara se retorció con una mueca de dolor, como si sufriera cólicos intestinales.

—¡Oh, Dios mío! ¡Otra vez!

—¿Tuvo este problema antes? —preguntó Jed.

Mientras se tranquilizaba, Tarkington pulsó algunas teclas.

—Le aseguro, señor Skimmerhorn, que Premium tiene una reputación excelente. Sólo puedo decir que el movimiento de Navidad fue inusualmente intenso. Bien, ha dicho diecisiete de diciembre... —Se interrumpió y se le iluminaron los pequeños ojos—. ¡Eso puede ser!

—¿Qué?

—Hubo otro reclamo sobre un cargamento que salió ese mismo día. Déjeme decirle que el cliente se hallaba muy alterado. Nada parecido a usted y la señorita Conroy.

—DiCarlo... —susurró Dora inconscientemente.

Antes de que Jed pudiera reprenderla, Tarkington exclamó:

—¡Exacto! ¿Lo conoce?

—Nos hemos conocido... —debió admitir Dora con una débil sonrisa.

Tras menear la cabeza pensando en las coincidencias de la vida, Tarkington empezó, satisfecho, a pulsar teclas.

—¿No es una casualidad? Le aseguro que esto le quita un enorme peso a mis hombros cansados. Hice todo lo posible por localizar la mercancía del señor DiCarlo, y ahora parece probable que los dos embarques fueron mal etiquetados y enviados al lugar equivocado. No tengo una respuesta lógica que explique cómo pudo suceder, pero la solución parece tan sencilla como un pastel de manzanas. ¡Me pondré de inmediato en contacto con el señor DiCarlo!

Jed miró la pantalla del ordenador por encima de los hombros de Tarkington y leyó el nombre del empleado de la sección de embarques.

—Nosotros nos ocuparemos de eso —afirmó.

—Oh, gracias. Eso me ahorraría un momento embarazoso —aceptó con un suspiro de alivio. —Removió su café y les guiñó un ojo, para demostrarles que los consideraba verdaderos ángeles guardianes—. Por supuesto —agregó—, les reembolsaremos, tanto a ustedes como al señor DiCarlo, todos los gastos de envío.

—Perfecto.

—Yo tenía razón —subrayó Dora entre dientes, mientras se dirigían de la oficina a la sección de embarque.

—Reserva para más tarde la palmada en la espalda —propuso Jed al acercarse al empleado más próximo—. ¿Dónde está Johnson?

—¿Opal? —inquirió el empleado, y señaló con la cabeza a otra cinta transportadora—. Allí. Línea seis.

—¿Qué estamos haciendo ahora? —preguntó Dora.

—Comprobar detalles tediosos.

A ella no le pareció en absoluto tedioso. No cuando se sentaron con Opal en el comedor de empleados y escucharon su historia. Como era evidente que Dora se hallaba fascinada y conmovida, Jed se reclinó en la silla, encendió un cigarrillo y dejó que jugara al buen policía.

No tenía intención de decírselo, de lo contrario le habría asegurado que había nacido para ello.

¿No es increíble? —Dora apenas podía contener la excitación cuando atravesaron el aparcamiento—. Ella deja caer un montón de facturas y nosotros terminamos con un Monet de contrabando en nuestro poder. Tal vez acabe gustándome el trabajo de policía, después de todo —concluyó con una sonrisa cuando Jed abrió la portezuela del coche.

—Quédate con la venta de baratijas —le aconsejó Jed.

—Al menos podrías reconocer que hice un buen trabajo.

—Hiciste un buen trabajo. No seas engreída.

—No soy engreída —negó quitándose los zapatos—. Pero ahora sabemos cómo, sabemos por qué y sabemos quién. Todo lo que tenemos que hacer es encontrar a DiCarlo.

—Deja eso para los muchachos, nena.

—¿Vas a pasarles todos los datos? —preguntó, incrédula y asombrada—. ¿Vas a pasarles los datos, ahora que hemos llegado tan lejos?

—No he dicho eso. He dicho que es hora de que des un paso atrás.

—Tú no vas a dar un solo paso sin mí, Skimmerhorn. Si yo no hubiera comprado mercancía de contrabando y terminado en medio de todo este lío, todavía estarías lamentándote de tus desgracias y levantando pesas.

—¿Quieres que te dé las gracias por ello?

—Lo harás. Cuando recobres el juicio. —Relajada, suspiró y lo miró sonriendo—. ¿Seguro que no quieres llevarme a ese hotel lujoso?

—Ya he visto suficiente de Nueva York, gracias.

Ahora tenía otra cosa que verificar. El monitor del ordenador de Bill Tarkington había sido una buena fuente de información, proporcionándole incluso el nombre de quien se suponía debía recibir el cargamento ilícito de DiCarlo. Abel Winesap, de E. F. Incorporated, Los Ángeles.

22

El aire frío no impidió a Finley cumplir con su ritual matutino. Todos los días, con independencia del tiempo, nadaba cincuenta largos en su piscina con forma de reloj de arena, mientras de los altavoces ocultos entre las plantas de jazmines surgía música de Vivaldi. Para él era una cuestión de disciplina. Por supuesto, el agua se mantenía a una agradable temperatura de veintiocho grados, exactos y constantes.

Cuando cortaba el agua con brazadas largas y firmes, unas finas espirales de vapor ascendían al aire frío del invierno. El mismo contaba los largos, y aumentaba su autoestima y satisfacción con cada vuelta.

La piscina era para él, sólo para él. Finley no permitía que ningún sirviente, ningún acompañante ocasional, ningún huésped, mancillara sus aguas.

Una vez, durante una de sus fiestas, un invitado borracho se había caído en ella. Al día siguiente Finley hizo vaciar la piscina, limpiarla bien y volver a llenarla. Por supuesto, el torpe huésped nunca más fue invitado.

Finley se puso de pie y disfrutó de la sensación de bienestar que le producía el agua tibia al resbalar por su piel. Pero al subir los anchos escalones hasta el borde terracota, se estremeció. Entonces se enfundó en la inmaculada bata blanca que su mayordomo tenía preparada para él.

—¿Tiempo? —preguntó, frotándose con energía.

—Doce minutos, dieciocho segundos, señor.

El mayordomo siempre detenía el cronómetro en ese tiempo exacto. En cierta ocasión cometió el error de registrar un poco más de trece minutos. Se produjo una escena feroz, durante la cual el hombre estuvo a punto de perder su bien remunerado empleo. Finley nunca más pasó de los doce minutos dieciocho segundos.

—Excelente.

Satisfecha su vanidad, aceptó el preparado de vitaminas que le ofreció el mayordomo, una mezcla creada para él por su entrenador personal. Aun servido en un vaso Waterford, aquel brebaje espeso, de aspecto desagradable, mezcla de hierbas, verduras y raíces chinas, tenía un sabor inmundito. Finley lo tomó enseguida, como si fuese el agua fresca y clara de la fuente de la juventud. En realidad estaba convencido de ello.

Finley despachó al mayordomo tras devolver la toalla mojada y el vaso vacío.

Tras dejar atrás la primera parte de su ritual matutino, se permitió considerar el problema de Isadora Conroy. No parecía un problema del todo desagradable, pensó. Uno no podía ponerse de muy mal humor ante la perspectiva de tener que tratar con una mujer joven y hermosa. Se encaminó al salón, mientras reflexionaba sobre las posibilidades.

Seguro de su poder, Finley tomó una ducha, se acicaló y se vistió. Luego se sentó en el jardín a disfrutar de un agradable desayuno con frutas frescas, tostadas de pan de trigo y té de hierbas, a unos pocos metros del lugar en que había liquidado a DiCarlo. No dejó de pensar en Isadora. Cuando halló la solución, esbozó una irónica sonrisa y se pasó la lengua por los labios.

Dora trataba de no sentirse enojada. Era una reacción demasiado predecible, se dijo, demasiado típica. Cualquier mujer se sentiría contrariada si despertara sola en la cama, sin tener la menor idea de adónde había ido su amante, ni cuándo volvería.

Pero ella no era cualquier mujer, se recordó. No se enfadaría... ni siquiera se mostraría un poco molesta. Ellos dos eran totalmente libres. Tampoco le preguntaría dónde diablos había estado.

Sin embargo, cuando oyó el leve golpe en la puerta, tiró del borde de su holgada camiseta, alzó el mentón y atravesó el salón a toda prisa.

—De acuerdo, Skimmerhorn. ¡Cerdo! ¡Más vale que tengas una buena razón!

Abrió la puerta de un tirón, armando las palabras que ya tenía listas para lanzarle. Pero tuvo que tragárselas cuando se encontró cara a cara con Honoria Skimmerhorn Rodgers.

—¡Oh! —exclamó sorprendida, mientras se llevaba una mano al cabello que había recogido de manera informal en lo alto de la cabeza—. ¡Señora Rodgers...! Hola...

—Buenos días, Dora.

Ni con un fugaz pestañeo delató Honoria lo mucho que la divertían los cambios que se operaban en el rostro expresivo de Dora. Furia, desazón, perplejidad...

—¿He venido en un mal momento?

—No, no. Yo sólo estaba... —Dora reprimió su nerviosismo y sonrió—. Si busca a Jed, no parece estar por aquí.

—En realidad, esperaba hablar contigo. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto.

Dio un paso atrás para que entrara. De inmediato lamentó la estúpida decisión de no abrir la tienda aquel día y, por tanto, no haberse vestido para ir a trabajar.

Cuando Honoria entró con paso majestuoso, olía a París envuelta en un lujoso abrigo de pieles. Ella se sintió como una pordiosera, ataviada con una vieja camiseta y con los pies descalzos.

—¡Qué encantador! ¡Realmente encantador!

La sinceridad en la voz de Honoria hizo que Dora recuperara la estabilidad. Su mirada experta recorrió la habitación, al tiempo que se quitaba los guantes.

—Debo confesar que a menudo me he sentido intrigada por estos apartamentos de South Street, contruidos encima de locales para negocios. Es bastante grande, ¿no?

—Yo necesito mucho espacio. ¿Me permite el abrigo?

—Sí, gracias.

Mientras Dora colgaba el visón, Honoria siguió su vagabundeo por la habitación.

—Estuve espiando por el escaparate de tu establecimiento. Me decepcionó encontrarlo cerrado. Pero esto... —comentó reconociendo con la punta de un dedo las sinuosas líneas femeninas de una lámpara Deco—, esto es algo delicioso.

—Una de las cosas positivas que tiene el dedicarme a la venta, es que puedo disfrutar de mi mercancía todo el tiempo que quiera. ¿Puedo ofrecerle un café? ¿O quizá un té?

—Un café, gracias. Si no es mucha molestia.

—En absoluto. Tome asiento por favor. Está en su casa.

—Gracias.

Honoria no se consideraba una entrometida... Además, se sentía cómoda y lo bastante interesada para estudiar y aprobar la vista de la bulliciosa South Street desde las altas ventanas del salón de Dora. También disfrutaba y aprobaba la decoración del apartamento... cálido e íntimo, concluyó, a la vez que ecléctico y un poco teatral. Sí, le gustaba mucho esa habitación... Un espejo perfecto de la personalidad de Dora.

La muchacha lo lograría, pensó, mientras levantaba, para admirarla, una cauta de carey para té. Sí, la muchacha lo lograría...

Dora trajo de la cocina una bandeja con una tetera y tazas de porcelana Fiesta. Deseaba encontrar una manera discreta de escabullirse hacia el lavabo para pintarse los labios.

—Ya está —dijo con alegría—. ¿Lo tomamos aquí?

—Perfecto. Déjame hacerte lugar en la mesa. ¡Qué aroma tan maravilloso! ¿Bollos? —preguntó con ojos brillantes—. ¡Qué delicia!

La sencillez con que Honoria expresaba su satisfacción hizo que Dora se relajara del todo.

—Siempre tengo algunos en casa. Los bollos son ideales para compartir buenos ratos...

Honoria se sentó a la mesa y comentó:

—Eres muy amable al no preguntarme qué hago llamando a tu puerta a las nueve de la mañana. —Bebió un sorbo de café, hizo una pausa y bebió de nuevo. Luego exclamó—: ¡Es excepcional!

Dora esperó a que Honoria untara su bollo con un poco de mermelada de zarzamora.

—Me alegro de que le guste —señaló—. A decir verdad, se me hace más difícil no preguntarle por el cuadro.

—Bien. —Honoria saboreó el bollo y susurro— Querida, mi madre hubiera estado encantada contigo. No he probado nada mejor desde que ella murió.

—Me sentiré feliz de darle la receta para su cocinera.

—Te lo agradecería. Ahora... —Se echó hacia atrás en la silla, y balanceó la taza y el plato con la innata habilidad que sólo las mujeres de cierta categoría parecían poseer—. Creo que tú y yo podemos intercambiar información.

—Lo siento, pero no le entiendo.

—Mi nieto me pidió que guardara en mi casa cierta pintura y que permitiera a una antigua amiga suya que trabajara en ella. Tengo que hacerlo en el más estricto secreto y con protección policial. —Sonrió y ladeó la cabeza—. Por supuesto, no añadió ninguna explicación.

—Por supuesto —repitió Dora, sonriendo e inclinándose hacia delante—. Dígame, señora Rodgers, ¿por qué nos avenimos a los deseos de Jed?

—Llámame Ria. Mi esposo siempre me llamó así. Nos avenimos a sus deseos, querida niña, porque nos importa demasiado para no hacerlo. ¿Tengo razón? —concluyó tras una breve pausa.

—Sí, sí, tiene razón. Pero eso no significa que él también la tenga —respondió Dora, nuevamente enojada—. Bien, Ria, yo le diré todo lo que sé, y después usted podrá darme sus conclusiones.

—Es exactamente lo que pensaba hacer.

Dora empezó por el principio. Supuso que Jed podía tener algunas razones lógicas para evitar que su abuela conociera los hechos y sintiera la preocupación que los acompañaba. Sin embargo, se dijo que él ya había implicado a Honoria en el asunto. Según Jed, ella sólo prestaba el escenario por una cuestión de cortesía.

Honoria escuchaba sin interrumpirla. Sorbía su café y mostraba su reacción con una simple mirada enigmática, o apretando los labios y arqueando de vez en cuando una de sus cejas bien delineadas. Allí había temperamento, pero también buena educación, pensó Dora, deduciendo de dónde había heredado Jed su autodomínio.

—Esto ha sido terrible para ti —comentó Honoria al final.

—La señora Lyle fue lo peor. No importa lo que diga Jed, yo me siento responsable.

—Por supuesto que te sientes así —comentó con firmeza y determinación—. De lo contrario, no serías la mujer que eres. Ese DiCarlo... —El nombre brotó de sus labios con una refinada aversión—. ¿Las autoridades tienen alguna idea de dónde puede estar oculto?

Con un gesto de frustración, Dora levantó las manos y las dejó caer otra vez.

—No lo creo. Si la tienen, no han creído necesario informarme.

—Así son los hombres. ¿Sabes?, yo creo que esto se remonta a la época de las cavernas, cuando ellos tenían que gatear para salir de la cueva e ir de cacería con piedras y garrotes. El cazador... —Al pronunciar aquella palabra, sonrió con una especie de fría indulgencia que Dora no pudo por menos que admirar—. Las mujeres, por supuesto —prosiguió Honoria—, eran abandonadas en las cavernas para dar a luz en medio del polvo y la oscuridad, para cocinar la carne sobre un fuego de estiércol, y para curtir los cueros. Pero los hombres todavía creen que así deben hacerse las cosas.

—Jed ni siquiera me dijo qué va a hacer con el cuadro.

Demostrada su teoría, Honoria volvió a llenar su taza y después la de Dora.

—¿Lo ves? Me gustaría poder contarte cuáles son sus planes, pero él tampoco consideró necesario compartírmelos conmigo. Sin embargo, sí puedo decirte algo sobre la pintura. Es extraordinaria —afirmó con la cara radiante de emoción—. Aunque hay que hacer algunas pruebas, no hay ninguna duda sobre su autenticidad. No para mí. Es uno de los tantos estudios de nenúfares, con certeza pintado en Giverny. —Como una mujer que habla de su amante, sus ojos se poblaron de sueños y su voz se tomó melodiosa—. ¡Ah! La luz... etérea y lírica. Ese poder suave y seductor, que te engulle en la pintura, que te hace creer que puedes oler las flores húmedas y el agua mansa. Pintó más de diecisiete cuadros de esa serie —concluyó con una viva mirada.

—Lo sé. Casualmente es uno de mis preferidos entre los pintores impresionistas. Nunca pensé que alguna vez tendría un cuadro suyo.

—Yo tengo uno. Fue un regalo de mi esposo para nuestro décimo aniversario. Uno de los estudios de jardín de Monet. Las dos juntas, esas pinturas son conmovedoras. Antes de que la policía se la llevara, me paraba frente a ellas en mi dormitorio, las miraba y lloraba de la emoción. Me gustaría creer que DiCarlo la robó por su belleza y no por su valor monetario, lo cual casi lo haría comprensible.

—Cualquiera imaginaría que me habrían dejado verla —lamentó Dora—. Después de todo, yo la compré. ¡Pero no! Esta mañana me desperté y la cama se hallaba vacía. Jed se había ido a alguna parte y... ¿acaso me hizo saber adónde o qué tramaba? No. Ni siquiera una nota pegada en la heladera. A mí me parece... —Se interrumpió, espantada. Estaba hablando con la abuela de Jed—. Perdóneme —se disculpó.

—No hay nada que perdonar.

Para probarlo, Honoria echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—Oh no, de ningún modo. Estoy encantada. Espero que cuando regrese, querida mía, le des un buen sermón. Siempre lo ha necesitado de alguien que lo quiera. Dios sabe que tuvo suficientes de quienes no lo querían. Ya sabes, no es lo mismo.

Dora sintió disiparse su sensación de incomodidad, pero no el rubor de su cara.

—No, supongo que no... —balbució—. Señora Rodgers... perdón, Ria, no quisiera que piense que suelo tener..., relaciones íntimas con mis inquilinos.

Al disfrutar la reacción de Dora, Honoria sonrió y se sirvió un segundo bollo.

—Todavía supones que me voy a escandalizar... Te diré por qué me casé con el abuelo de Jed. Era un hombre increíblemente apuesto, muy fuerte y rubio, y con un físico excitante. En otras palabras, yo estaba loca por él.

Con ojos chispeantes mordisqueó con delicadeza el bollo.

—Por fortuna, Jed heredó los rasgos físicos de su abuelo, pero ninguna de sus características emocionales. Walter Skimmerhorn era un hombre frío, a menudo cruel y siempre aburrido. Todos los cuales son defectos imperdonables en un marido. Me llevó menos de un año de matrimonio comprender mi error. Para mi pesar, fue necesario un tiempo más considerable para corregirlo.

Todavía supuraban las llagas de ese resentimiento.

—Por otra parte —continuó Honoria—, tú ya has descubierto que en mi nieto hay mucho más que un físico excelente. Si yo fuera a dar algún consejo sobre esa materia a los jóvenes de estos días, sería que vivieran juntos antes de casarse, como en la práctica lo estáis haciendo ahora tú y Jed.

—Nosotros no estamos... Espero no haberle dado la impresión de que pensamos en el matrimonio.

—De ninguna manera —aseguró Honoria con fingida ligereza, mientras imaginaba los hermosos bisnietos que Dora y Jed podrían darle—. Bien, Jed me ha dicho que tus padres dirigen el teatro Liberty. He visto y disfrutado de muchas obras allí. Espero que tendré oportunidad de conocerlos.

Pero antes de que Dora pudiera contestar, las interrumpió otra llamada a la puerta.

—Disculpe un momento.

Abrumada por la mención del matrimonio y la alusión a su familia, Dora abrió la puerta. Jed se hallaba de pie al otro lado del umbral. El la examinó desde sus pies desnudos hasta los cabellos desordenados. Se veía desarreglada, sexy y con un arrebatado delicioso.

—Conroy...

La atrajo hacia él y antes de que ella pudiera hablar le dio un beso ardoroso.

—¿Tienes algo debajo de esto?

Si antes había parecido ruborizada, ahora se encendió por completo.

—Skimmerhorn... tú...

—Lo averiguaré por mí mismo.

La levantó en brazos y, mientras la besaba otra vez, entró con ella.

Desesperada, ella le golpeó el pecho y apartó sus labios para tomar aliento.

—Skimmerhorn... será mejor que me bajes y saludes a tu abuela.

—¿Qué?

Divertida, Honoria se limpió los dedos en la servilleta de lino.

—Buenos días, Jedidiah. Dora y yo estamos tomando café. Tal vez quieras acompañarnos.

—Abuela... ¿me estabas esperando? —Lo dijo con su habitual serenidad, aun cuando depositó a Dora sobre el suelo con bastante brusquedad.

—No, en absoluto. Vine a hacer una visita de amiga. Dora y yo cambiábamos opiniones sobre el Monet. Ocurre que es nuestro cuadro favorito.

—Ahora es asunto de la policía.

—¿Acaso te has dejado tu placa? —ironizó Dora al servirle una taza de café.

—Cállate, maldita sea.

—Sus modales son mi fracaso personal —explicó Honoria—. Espero que sepas perdonarlo.

—No se preocupe. Yo no lo hago. Jedidiah —dijo, y se regocijó, cuando él le mostró los dientes—, tu abuela y yo quisiéramos saber qué se está haciendo con el Monet.

Jed supuso que sería más fácil concederles algo que luchar con las dos.

—Nosotros... Brent —se corrigió— llevó todo el tema al comisionado Riker esta mañana. Se mantiene en secreto, por ahora.

—Ajá —rumió Honoria—. El pasó por encima de ese detestable Goldman. Inteligente. Ese hombre es un imbécil y no tiene nada que hacer en la jefatura.

—¿Es tu opinión profesional, abuela? —preguntó Jed, recibiendo la misma mirada apacible que lo hacía ruborizarse en su juventud.

—Verás, Dora —prosiguió Honoria—, cometí el error de no aprobar por completo la decisión de Jedi-diah de convertirse en oficial de policía. Hasta que renunció. Me temo que no llegué a tiempo de decirle que estaba orgullosa de él.

—Siempre hay tiempo —puntualizó Dora.

—Tú tienes un sentido innato de la compasión. —Satisfecha por los resultados de su visita, Honoria se puso de pie y agregó—: El lo necesitará. Gracias por el café. Espero ser bien recibida otra vez.

Dora tomó la mano de Honoria e hizo lo que Jed aún no había hecho: besarla en la mejilla.

—Cuando quiera. Le traeré su abrigo.

—Dentro de un rato tengo una cita, así que no tengo tiempo de ver tu apartamento —explicó Honoria mientras se ponía los guantes.

—No hay nada que ver —intervino Jed, con voz queda.

No obstante, tomó el abrigo de las manos de Dora y ayudó a su abuela a ponérselo. Se inclinó y la besó, a pesar de la incomodidad que le causaba que ella lo mirara.

—Aprecio tu cooperación en esto, pero te agradecería que ahora te olvidaras de ello.

Honoria se limitó a sonreír. Luego comentó:

—Me gustaría que traigas pronto a Dora a cenar. Llámame y buscaremos un día. Gracias otra vez, querida. Volveré cuando el negocio se encuentre abierto. Había una pieza en el escaparate... la cazadora de bronce.

—Sí, sé cuál es.

—Estoy muy interesada.

Con un guiño cómplice hacia Dora, salió con su porte majestuoso.

—¡Qué dama tan extraordinaria!

—¿Qué quería?

—La cortesía elemental de informarse.

—Dora cogió la bandeja y, dando un respingo, volvió a dejarla sobre la mesa cuando Jed la tomó de los hombros.

—Si yo hubiera querido que recibiera información —puntualizó furioso—, se la habría dado.

—Confiaste en ella cuando le llevaste el cuadro. Jed, lamento que estés enojado, pero cuando me preguntó de manera directa, no pude evitar contestarle.

La serena sinceridad de Dora hizo que perdiera los estribos.

—¡Maldición! ¿Tienes idea de lo que tendremos que luchar para mantenerla callada?

—Más o menos. —Arqueó una ceja e inquirió—: Pero ¿crees que tu abuelita va a poner un anuncio en el periódico?

Jed torció el gesto ante la idea de que alguien llamara abuelita a la elegante Honoria.

—Cuantas menos personas conozcan los detalles, mejor.

—Me incluyes a mí, ¿verdad? —Dora cogió la bandeja y se dirigió enfurruñada a la cocina—. ¿Por eso me desperté esta mañana sola en la cama, sin que me dijeras adónde ibas ni qué tenías que hacer?

—¡Espera! ¿De qué diablos estás hablando?

—De nada —repuso con tono grave y furioso, y empezó a vaciar la vajilla del café en la pileta para lavarla—. De nada en absoluto. ¿Por qué no vas a matar un oso sin más arma que tus propias manos? —ironizó Dora.

Entre sorprendido y exasperado, Jed se apoyó contra el marco de la puerta.

—Conroy... ¿estás molesta porque salí esta mañana?

—¿Por qué debería estarlo? —replicó con fingida indiferencia—. Estoy acostumbrada a estar sola en la cama cuando me despierto.

Contrariado, se frotó la cara con las manos y explicó:

—¡Maldición! Mira, me levanté muy temprano. No quise despertarte...

Recordaba muy bien la visión de ella enroscada en la cama, con los cabellos sueltos sobre la almohada. Sí, había deseado despertarla para decirle que iba a salir.

—Fui al gimnasio una hora. Desayuné con Brent. Teníamos que repasar algunas cosas.

—¿Te he pedido alguna explicación? —inquirió con frialdad.

Cauteloso, él la siguió al comedor.

—Sí —afirmó—. Lo has hecho.

—¡Oh, olvídalo!

Disgustada con ella misma, se pellizcó el puente de la nariz.

—Conroy, en realidad necesito satisfacer mi curiosidad —comentó él—. ¿Qué lleva una mujer debajo de una holgada camiseta de fútbol?

Volvió a levantarla en brazos y le acarició el cuello mientras se encaminaban al dormitorio.

—Nada importante. En realidad... —Dora rió cuando cayeron y forcejearon sobre la cama como dos niños—. Nada, absolutamente nada.

—Tiene un agujero en el hombro.

—Lo sé. Creí morir cuando tu abuela me encontró con esto.

—Y una mancha. Justo aquí —indicó un punto entre sus pechos.

—De un fino Borgoña de buen cuerpo. Me salpiqué mientras preparaba lasaña. —Suspiró y le mesó el pelo—. Había pensado en usarla para trapos, pero...

Se interrumpió cuando él rasgó la camiseta por el centro.

—Alguien tiene que encargarse de ello...

Antes de que Dora pudiera decidir si reír o maldecirlo, él empezó a lamerle un pezón, despertando en ella un intenso deseo.

—Quise sacarte la ropa a jirones desde la primera vez que te vi.

—Tú... —Sofocada y excitada, trataba de respirar mientras las manos de Jed se deslizaban hasta su cintura—. Tú me cerraste la puerta en las narices la primera vez que me viste —murmuró.

—En aquel momento parecía ser la reacción más racional. Podría haberme equivocado.

De un tirón le arrancó el resto de la ropa. Con los brazos extendidos, las manos sobre las de ella, se echó hacia atrás para contemplarla. El sol brillante entraba a través de las cortinas abiertas, derramando su luz sobre su cara, su piel, sus cabellos. La ropa destrozada yacía echa jirones debajo de ella. Le hacía sentirse como un guerrero a punto de sacar provecho de los despojos de la guerra.

El cuerpo alerta, excitado, tentador, se estremecía como si lo rastreara con sus manos y no con los ojos. Los pechos eran pequeños, firmes, blancos, con los incitantes pezones erectos.

Bajó la cabeza y empezó a lamerlos en círculos, hasta que la respiración de ella se hizo entrecortada y su cuerpo se tensó. Bajo sus dedos, sintió que el pulso de las muñecas se aceleraba.

—Quiero mirarte —anunció.

Su voz era pastosa cuando le deslizó una mano entre los muslos. De la seda pasó al terciopelo y de allí al suave satén.

El orgasmo la sorprendió como una víbora, rápido, con violencia, e hizo que su cuerpo se arqueara.

—Nunca parece ser suficiente —susurró él.

A Jed le sorprendía que pudiera respirar. Mirar a Dora en la cúspide del placer era de un erotismo indescriptible, de un misterio seductor. Ella lo consumía con voracidad y lo liberaba con generosidad. Su capacidad de dar y recibir pasión era generosa y honesta, imposible de resistir.

Todavía temblaba mientras él se quitaba el resto de la ropa.

Necesitaba mirarla, ver cada aleteo y destello de emoción en su cara. De rodillas, la levantó por las caderas, la atrajo hacia él y se deslizó con lentitud en su interior.

Dora emitió un sonido felino que brotó desde lo más profundo de su garganta. El no dejó de mirarla a la cara, ni siquiera cuando su propia visión se nubló y perdió todo control.

—Te debo una camiseta nueva.

Con gesto amistoso, Jed le tiró a la cabeza su camiseta. Dora la examinó.

—Esta es aún más andrajosa que la que me rompiste. Además, también me debes unos pantalones de deportes —bromeó.

—Los míos no te irían bien.

Jed se puso los pantalones y después la observó mientras ella se sentaba en el borde de la cama. Se agachó para enrollar en sus dedos un rizo de sus cabellos.

—Podemos encender fuego en la chimenea y pasar el resto de la mañana en la cama viendo la televisión.

—Eso es muy tentador, Skimmerhorn —comentó ella, y ladeó la cabeza—. ¿Por qué crees que tengo esta extraña sensación de que intentas apartarme del camino?

—¿Del camino de quién?

—Del tuyo.

—¿Cómo podrías quedar fuera de mi camino cuando planeo pasar todo el tiempo posible encima de ti?

—Tú y Brent estáis trabajando en algo y no quieres que yo sepa de qué se trata. —Era decepcionante y frustrante que Jed no mostrara reacción alguna ante su imputación—. Está bien. Sea lo que sea, lo averiguaré.

—¿Cómo?

Dora sonrió maliciosamente y respondió:

—Cuando yo esté encima de ti, te lo sacaré de la misma manera que un vampiro chupa la sangre de su víctima.

Jed contuvo una carcajada al tiempo que sacaba un cigarrillo aplastado del paquete.

—¿Vampiro? No puedes esperar que me concentre en Bob Barker o en Vanna White después de una manifestación como ésta.

—¿Bob Barker? —Dora se echó a reír, sintiendo la necesidad de dar un salto y arrojarle a sus brazos—. ¿Bob Barker? ¡Dios, Skimmerhorn, te amo!

Mientras le besaba con locura, advirtió que se ponía rígido. Lentamente trató de serenarse y se esforzó por dar un tono frívolo a su voz mientras lo soltaba.

—Sí, sí, ya lo sé. Se suponía que no debía decir eso, ¿verdad? Lo siento. —Como la herida seguía abierta, se apartó para evitar su mirada—. Atribúyelo al calor del momento o a lo que sea que funcione para ti.

Jed no estaba seguro de poder pronunciar una sola palabra, pero finalmente susurró su nombre.

—Dora...

Presa de pánico, Dora pensó que se echaría a llorar si no hacía rápido algo.

—Fue sólo un desliz, nada de qué preocuparse. —Forzó una sonrisa y se volvió otra vez hacia él. Era peor de lo que había temido. Su cara aparecía inmóvil, sus ojos vacíos—. Escucha, Skimmerhorn, suelo utilizar esa palabra. Mi familia la hace rodar como una pelota de fútbol... ya conoces nuestra estirpe teatral.

Volvió a levantar la mano para echarse el cabello hacia atrás, con ese gesto tan rebelde y encantador que él había aprendido a querer.

—Mira —añadió Dora con un tono animado y jovial—, ¿por qué no enciendes el fuego? Yo prepararé algo apropiado para comer mientras vemos algún programa de televisión.

Dio un paso adelante y se detuvo. El no se había movido, pero le bloqueaba la retirada mediante su simple voluntad.

—Lo dijiste en serio, ¿verdad?

Habló con total serenidad, la mirada fija en su cara.

—Sí, lo dije en serio —admitió Dora, incapaz de eludir la cuestión.

De inmediato llegó la justificación. El vio cómo erguía los hombros y levantaba el mentón. Las primeras llamaradas de su temperamento destellaban en los ojos.

—Son mis sentimientos, Jed, y yo sé cómo manejarlos. No te pido que los correspondas, ni siquiera que los aceptes si te resulta difícil. Como es obvio que te molesta tanto enterarte de ellos, tendré mucho cuidado en no volver a mencionarlos. ¿De acuerdo?

No, se hallaba demasiado lejos de estar de acuerdo. Jed no podía precisar el momento en que las cosas habían cambiado entre ellos, como tampoco precisar sus propios sentimientos. Pero podía hacer algo para estabilizar lo que estaba convirtiéndose en una situación peligrosa.

—Vístete, Conroy —le dijo—. Hay algo que quiero mostrarte.

23

El tiempo por fin había mejorado. El sol daba de lleno contra el parabrisas del Thunderbird, lo que brindaba a Dora un excusa para ponerse sus gafas de sol. Aunque fuera una defensa endeble, se sentía mejor protegida.

Cuando Jed condujo hacia el norte por Germantown Avenue, bajo un espléndido cielo azul, ella se entretuvo en contemplar el ir y venir de los peatones. La temperatura había ascendido casi a diez grados, lo que permitía que la gente caminara con un paso más animado. Atravesaron el centro de la ciudad, en dirección a Chestnut Hill, lejos de las ráfagas gélidas de los ríos.

South Street no estaba demasiado lejos de allí, pero les separaba una enorme distancia de ambiente y recursos económicos.

Jed no había hablado desde que empezaron el viaje y ella no preguntó hacia dónde iban. Estaba casi segura de saberlo. Los motivos de Jed para realizarlo pronto serían manifiestos... como las consecuencias de su imprudente e impulsiva declaración de amor.

En lugar de preocuparse por ello, Dora se reclinó en su asiento y trató de disfrutar del escenario, las casas restauradas y los anuncios de las tiendas, el resplandor de los escaparates, el encanto del empedrado bajo los neumáticos enormes del Thunderbird.

En lo alto de la colina los árboles eran antiguos y majestuosos; las casas, cuidadas y elegantes. Era un barrio de abrigos de visón y diamantes, de grandes herencias y billeteras abultadas, de miembros de clubes de campo y de perros falderos bien educados. Dora se preguntó fugazmente con qué ojos lo habría visto un niño.

Jed aparcó en una amplia avenida, junto a una encantadora casa colonial. El ladrillo había adquirido un suave tono rosado y las molduras eran de un elegante y firme color azul. Las ventanas altas brillaban bajo la fuerte luz del sol, para despedir reflejos que impedían que los curiosos pudieran ver los secretos que escondían.

Era una casa distinguida, se dijo Dora, que conservaba toda su belleza y mantenía una perfecta armonía en sus líneas puras y su dignidad. Comprendió que si la hubiera elegido para ella, no podía haber sido más adecuada. La antigüedad, la tradición, el ambiente, todo encajaba con serenidad en el lugar, con su imagen ideal del hogar familiar.

La imaginó en verano, cuando las rosas plantadas debajo de aquellos ventanales florecieran con todo su esplendor, cargadas de colores audaces y aromas sensuales. En otoño los enormes árboles frondosos estallarían con sus tonos dorados y escarlata. El cuadro se completaba con encajes en las ventanas y un perro en el jardín.

No obstante, dudaba que Jed viera la casa de la misma manera.

En silencio, bajó del coche y se quedó parada, para estudiar el ambiente. Sólo un pequeño murmullo del ruido de la ciudad llegaba hasta allí, en lo alto de la colina. Aquí nunca habría turistas que disparaban sus cámaras en busca de monumentos, ni patinadores por las aceras, ni tentadores olores de pizza y chuletas provenientes de un bar de la esquina.

¿No era eso lo que ella quería?, se preguntó. ¿El ruido, los olores y la libertad de estar en el centro de todo ello?

—¿Aquí es donde creciste? —inquirió.

—Así es.

Jed se encaminó hacia la puerta flanqueada por dos hermosos paneles de vidrio biselado. Cuando la abrió, dio un paso atrás y esperó a que Dora entrara primero.

El vestíbulo tenía la altura de dos pisos, coronado por una araña de muchos brazos que iluminarían abundantemente hasta lo alto de la magnífica escalera de roble. Grandes baldosas de mármol negro y blanco cubrían el suelo. Las delicadas botas de ante de Dora apenas hicieron ruido al cruzar el vestíbulo.

Había algo de fascinación exquisita en las casas vacías, pensó Dora. La atmósfera tenue que devolvía el eco de los pasos y las voces, la sensación de vastedad; la curiosidad de imaginar quiénes habían vivido allí y la instintiva proyección de uno mismo en las habitaciones. Allí pondría mi lámpara favorita, y aquí mi pequeña mesa.

Dora sentía ahora esa fascinación, pero se hallaba teñida de una curiosidad más profunda por saber dónde había encajado Jed en aquella arquitectura y aquel decorado.

Le resultaba difícil imaginarlo allí. Aunque sabía que él se encontraba a su lado, era como si la parte de él que más importaba se hubiera quedado en el umbral, dejando que ella entrara sola.

El papel de la pared, con sus diminutas rosas, tenía rectángulos algo más claros allí donde habían estado colgados los cuadros. Pensó que ese vestíbulo desierto clamaba la presencia de flores, algunos jarrones llenos de rosas, tallos de lirios apuntando hacia arriba sus lanzas atrevidas. También añadiría una alfombra bonita, acogedora, sobre el mármol frío, para suavizar la rígida formalidad de la entrada.

Pasó una mano por la bola brillante del poste de la barandilla..., apropiada, pensó, para el trasero de un niño que se deslizara por ella o para los dedos delicados de una mujer.

—Planeas venderla.

Jed la observaba con atención mientras ella pasaba del vestíbulo a la sala de recepción. Sus músculos ya estaban tensos por el simple hecho de entrar allí. Dora tenía razón, Jed no imaginaba flores bonitas o alfombras acogedoras.

—Está en venta. Elaine y yo la heredamos por partes iguales y a ella no le interesó ninguna de las ofertas que recibimos. A mí me daba lo mismo. —Sintiendo un ligero temblor en las manos, las hundió en sus bolsillos. Se quedó donde estaba mientras Dora examinaba el hogar limpio y vacío—. Como ella tenía su propia casa —continuó— yo viví un tiempo aquí. Ahora es del todo mía, y el corredor de bienes raíces se ocupa de su venta.

—Ya veo.

Debería haber fotografías familiares sobre la repisa de la chimenea, pensó. Grupos de parientes que competían por un primer piano, para celebrar los nacimientos y mostrar el paso de las generaciones. Justo en el centro de ellos, debería verse un antiguo reloj de péndulo, que marcara con dulzura el paso de las horas.

¿Dónde estaban los pesados candelabros con sus velas consumidas con lentitud?, se preguntó casi con desesperación. ¿Dónde estaban los mullidos sillones y las banquetas para apoyar los pies, orientados hacia el fuego del hogar?

Un buen fuego le quitaría el frío, pensó al frotarse los brazos con aire ausente, mientras echaba otra vez a caminar y a recorrer el corredor. Hacía mucho más frío del necesario.

Encontró una biblioteca despojada de libros; otra sala con vistas a un patio empedrado que clamaba por macetas con flores; el comedor, amplio y vacío a no ser por otra araña gigante; y por fin la cocina, con su encantador fogón y su horno de ladrillos.

Aquella debería ser la estancia más cálida, imaginó, con el sol que derramaba sus rayos a través de la ventana y el pan que lo inundaba todo con su fragancia mientras se horneaba. Pero no encontró ningún calor allí; sólo los ecos del silencio frío de una casa deshabitada y no deseada.

—Hay una bonita vista desde aquí.

No tuvo ninguna otra razón para decir eso, salvo para llenar el vacío. Debería haber un columpio en el patio, pensó al entrelazar los dedos, una hamaca colgada del brazo robusto del arce.

—No se nos permitía entrar aquí —dijo Jed.

Desde su lugar frente a la ventana, Dora se volvió y preguntó:

—¿Qué?

Jed la miraba fijamente; como si no existieran las alacenas de fina madera de pacana y las tapas rosadas de las mesadas.

—No se nos permitía entrar aquí —repitió—. Sólo a la servidumbre. Por ahí se accede a las dependencias del servicio —señaló, sin mirar, una puerta lateral—. También al lavadero y a las habitaciones de los sirvientes. La cocina era una zona prohibida para nosotros.

Dora quería reír y acusarlo de exagerar, pero pudo ver con claridad que decía la verdad.

—¿Qué pasaba si tenías ganas de comer una galletita?

—No se comía entre comidas. Después de todo, al cocinero se le pagaba por prepararlas, y se esperaba que nosotros les hiciéramos honor... a las ocho de la mañana, a la una y a las siete de la tarde. Yo solía venir por las noches, sólo por una cuestión de principios. Todavía me siento un intruso aquí dentro.

—Jed... —susurró Dora, mirando alrededor con ojos apagados y vacíos.

—Deberías ver el resto de la casa —concluyó tajante.

Se volvió y salió.

Sí, él quería que lo viera todo, supuso Dora con aprensión. Cada piedra, cada moldura, cada centímetro de pintura. Una vez que lo hubiera hecho, una vez que recorriera la casa junto a ella, esperaba no volver a atravesar nunca más la puerta de entrada.

Lo alcanzó al pie de la escalera, donde la esperaba.

—Jed, esto no es necesario.

—Vamos arriba. —La tomó del brazo, sin hacer caso de su titubeo.

El recordaba cómo había olido aquí... la atmósfera pesada, impregnada del olor de las velas de cera y las coronas fúnebres... la costosa competencia entre los perfumes de su madre y su hermana... el humo penetrante de uno de los habanos de su padre.

Tampoco olvidaba las voces cargadas de resentimientos y acusaciones, o el silencio provocado por el hastío, mientras los sirvientes mantenían la mirada baja, los oídos cerrados y las manos ocupadas.

Recordaba que a los dieciséis años había sentido una atracción inocente hacia una de las nuevas sirvientas. Cuando su madre los sorprendió flirteando en el corredor del primer piso, en aquel mismo lugar, se dijo, despidió de inmediato a la muchacha.

—La habitación de mi madre. —Señaló hacia una puerta con la cabeza—. La de mi padre se hallaba en el otro extremo del corredor. Como puedes ver, había varias habitaciones entre medio.

Dora quería suspirar y decirle que había tenido suficiente, pero supo que sería inútil.

—¿Dónde estaba tu habitación?

—Allí.

Dora avanzó por el corredor y entró para echar una ojeada. Era una habitación espaciosa y bien ventilada, iluminada por la luz de la tarde. Las ventanas daban al jardín posterior, y a la cerca del ligustro bien podado que corría a lo largo de los límites de la propiedad. Dora se sentó en el estrecho vano de la ventana y miró hacia fuera.

Sabía que siempre había fantasmas en las casas viejas. Un edificio no podía estar en pie durante más de doscientos años y no contener algunos recuerdos de aquellos que habían caminado por él. Aquellos fantasmas pertenecían a Jed y él era terriblemente posesivo con respecto a ellos. ¿Serviría de algo decirle que sería muy fácil exorcizarlos?, se preguntó.

Sólo se necesitaba gente. Alguien que corriera y riera al bajar las escaleras, o que se acurrucara junto al hogar para soñar. Sólo se necesitaban niños que cerraran ruidosamente las puertas y corrieran por los pasillos.

—Solía haber un castaño ahí fuera. Yo me escapaba bajando por él en las noches, echaba a correr y llegaba a Market Street para divertirme. Una noche, uno de los sirvientes me descubrió e informó a mi padre. Al día siguiente hizo cortar el árbol. Después vino aquí, cerró la puerta con llave y me dio una paliza tremenda. Yo tenía catorce años —dijo sin la menor emoción. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Los ojos brillaban a través del humo—. Fue entonces cuando empecé a levantar pesas. El no volvería a pegarme. Si lo intentaba, yo estaría preparado y sería lo bastante fuerte para contestarle. Un par de años después lo hice. Así conseguí que me encerraran en un internado.

Dora sintió que un sabor amargo le subía a la garganta. Se esforzó por tragar y comentó con voz serena:

—Supondrás que para mí es difícil entender algo así, porque mi padre nunca nos levantó la mano. Ni siquiera cuando lo merecíamos.

Jed miraba la punta de su cigarrillo antes de tirar las cenizas al suelo.

—Mi padre tenía las manos grandes. No las usaba a menudo, pero cuando lo hacía, era sin ningún control.

—¿Y tu madre?

—Ella prefería arrojar cosas, cosas raras. Una vez me dejó inconsciente con un florero de porcelana de Meissen, y después descontó de mi asignación escolar los dos mil dólares que valía.

Dora meneó la cabeza y siguió mirando por la ventana mientras luchaba por no derrumbarse.

—¿Tu hermana...?

Jed se encogió de hombros.

—Ellos dudaban entre tratarla como a una muñeca de porcelana de Dresden, o como a una reclusa. Reuniones de té un día, puertas cerradas con llave al siguiente... Querían que fuera la dama perfecta, la debutante virginal que seguiría las normas Skimmerhorn y se casaría. Cuando ella no se ajustaba a esas normas, la mantenían incomunicada.

—¿Cómo?

—La encerraban en su habitación un par de días, tal vez una semana. Después la sobornaban llevándola de compras o a fiestas, hasta que hacía lo que ellos querían. —Para combatir el sabor amargo que tenía en la boca, dio otra calada de su cigarrillo—. Quizá creas que la desgracia nos acercó más, pero de alguna manera nunca ocurrió. A ninguno de los dos nos importaba un bledo el otro.

Lentamente Dora volvió la cabeza y lo miró por encima de los hombros.

—No necesitas disculparte conmigo por tus sentimientos, Jed.

—No me disculpo. Los explico.

Las palabras sonaron como un latigazo. Se negaba a permitir que la compasión de ella lo sosegara.

—Yo recibí la llamada para que fuera a ver a Elaine. Se supuso que era de alguien de su personal, pero fue uno de los hombres de Speck. Ellos me querían en la escena cuando sucediera. Sabían que Elaine salía todos los miércoles, a las once en punto, para ir a la peluquería. Yo no lo sabía. —Alzó los ojos y su mirada se encontró con la de Dora—. No sabía ni quería saber nada sobre ella. Estaba cerca de su casa y me molestó mucho que me llamaran. Entonces llegó el mensaje con la amenaza de una bomba. Se podría decir que Speck tenía un buen sentido de la oportunidad.

Se quedó un momento en silencio; caminó hacia la pequeña chimenea y aplastó el cigarrillo contra la piedra.

—Llegué primero al lugar, tal como Speck había planeado. Pude verla en el coche cuando corrí hacia ella. —El tono de su voz se suavizó. Veía de nuevo la escena, no como una película, o un sueño, sino como la cruda realidad—. Ella me miró. Pude ver la sorpresa en su cara... y la irritación. A Elaine no le gustaba que interrumpieran sus hábitos y supongo que se sintió furiosa ante la idea de que los vecinos me vieran cruzar el parque corriendo y con un arma desenfundada. Entonces giró la llave del contacto y el coche voló por los aires. La explosión me arrojó contra los rosales.

—Tú trataste de salvarla, Jed.

—Pero no lo logré —negó con dureza—. Tengo que vivir con ello, y con la culpa de que no significara para mí más que un extraño. Vivimos juntos en esta casa durante casi dieciocho años, y no compartimos nada.

Ella volvió la cabeza y guardó silencio. Jed sintió una sacudida de sorpresa. Era tan encantadora y perfecta, con el sol bañando sus cabellos, con sus ojos serenos y atentos, su boca solemne. De pronto se dijo que nunca había habido nada en aquella casa que él considerara hermoso. Hasta ahora.

—Comprendo por qué me trajiste aquí —aseguró Dora—, por qué sentiste la necesidad de hacerlo... Me alegro de estar aquí, pero no era necesario —explicó con un suspiro y las manos sobre su regazo—. Querías que viera una casa fría y vacía, donde apenas queda nada, salvo la infelicidad que solía reinar en ella. Querías que entendiera que, como la casa, tú no tienes nada que ofrecer.

Jed sentía la urgente necesidad de dar un paso adelante y apoyar la cabeza en su regazo.

—Yo no tengo nada que ofrecer —repitió.

—Te equivocas. Tú no quieres tener nada que ofrecer —lo corrigió—. Teniendo en cuenta las influencias que has recibido en tu vida, parece lógico. El problema es, Skimmerhorn, que los sentimientos no son precisamente lógicos. Los míos no lo son... —Inclinó la cabeza y el sol le bañó la piel, calentándola con el mismo calor de su voz, con el mismo calor que de pronto reinaba en la habitación—. Te dije que te amo —continuó—, y tal vez hubieses preferido una bofetada en la cara. Lo siento. No tenía intención de decirlo..., o quizá sí. —Con un gesto de vulnerabilidad y fatiga, se mesó el cabello y repitió—: Quizá sí, aunque comprendía tu reacción, porque sencillamente no estoy acostumbrada a guardar lo que siento para mí. Pero son mis sentimientos, Jed. Ellos no te piden nada.

—Cuando una mujer le dice a un hombre que lo ama, se lo pide todo.

Dora sonrió, pero sus ojos estaban cargados de tristeza.

—¿Tú crees? Verás, en mi opinión el amor es un regalo que puede ser rechazado sin más. El rechazo no destruye el regalo, sólo lo deja a un lado. Eres libre de hacerlo. Yo no te pido un regalo a cambio. No es que no lo quiera, pero no lo espero.

Entonces se puso de pie, cruzó la habitación y le tomó la cara con las manos. Jed vio que todavía tenía la mirada triste, en sus ojos había una compasión tan inconmensurable que se sintió humillado.

—Toma lo que se te ofrece, Jed, en especial cuando se te brinda con tanta generosidad y sin expectativas. No seguiré echándotelo en cara. Sólo serviría para incomodarnos a los dos.

—Estás mostrando tus cartas, Dora.

—Lo sé. Pero no me importa. —Lo besó, primero en una mejilla, después en la otra, finalmente en la boca. Luego susurró—: Relájate y disfruta, Skimmerhorn. Tengo la intención de hacerlo.

—No soy lo que tú necesitas.

Pero la acercó a él y la mantuvo apretada entre sus brazos. Porque sin duda ella sí era lo que necesitaba, exactamente lo que necesitaba.

Dora cerró los ojos para contener las lágrimas.

—Estás equivocado. También lo estás con respecto a la casa. Tú y la casa sólo esperáis.

Jed se dejó llevar por el pensamiento. Sabía que él y Brent estaban discutiendo detalles de vital importancia, pero aún veía a Dora sentada en el vano de la ventana de su antigua y odiada habitación, con la luz del sol derramándose alrededor.

Recordaba el contacto de sus manos en la cara cuando ella le sonrió y le pidió que aceptara su amor.

—Jed, me haces sentir como un aburrido profesor de historia.

Jed pestañeó y reaccionó.

—¿Qué?

—Joder —bufó Brent, mientras se reclinaba en el sillón de su escritorio—. ¿Quieres decirme en qué demonios estás pensando?

—En nada.

Para disipar la melancolía, tomó un trago del café cargado de la comisaría.

—Lo que averiguaste sobre Winesap nos lleva a pensar que se trata de un subordinado más. Creo que la mejor manera de manejar este asunto es apuntar al pez gordo, a Finley. Ahora bien, cuanto más tiempo podamos mantener la pintura en secreto, tanto mejor.

—Lo que pude reunir sobre ese tipo no llenaría una taza de té —se lamentó Brent—. Es lo bastante rico para hacer que tú parezcas un miserable, amigo..., exitoso, soltero, reservado hasta la obsesión.

—Como titular de una gran compañía de importación y exportación, sería el depósito perfecto para mercancía de contrabando.

—Si con sólo desearlo fuese así de sencillo —murmuró Brent entre dientes—. No tenemos ninguna prueba contra Finley. Por supuesto, el cargamento fue dirigido a su asistente y DiCarlo trabaja para él.

—DiCarlo es un don nadie, un buscavidas. Sólo necesitas echar una ojeada a su expediente.

—Finley no tiene expediente. El encarna al norteamericano ideal, un hombre modesto y ciudadano respetable, que se ha levantado con su propio esfuerzo.

—Entonces no debería molestarle que le hiciéramos algunas preguntas —apuntó Jed—. Quiero viajar a Los Ángeles.

—Supuse que el asunto nos conducía hacia allí —señaló Brent, incómodo por el giro de la conversación—. Escúchame, Jed, sé que tienes un interés personal en esto. El departamento no perdería el tiempo sin ti...

—Pero yo no pertenezco al departamento —lo interrumpió Jed.

Sintiéndose despreciable, Brent se ajustó las gafas y manoseó con nerviosismo los papeles que tenía en el escritorio.

—Goldman está haciendo preguntas —advirtió.

—Tal vez ha llegado el momento de que las contestes.

—El jefe opina lo mismo.

—Soy un civil, Brent. No hay nada que me impida hacer un viaje a la costa Oeste... gastando mi dinero y mi propio tiempo.

—¿Por qué no compartes la apuesta? —propuso de pronto Brent—. Sé que dentro de una hora tienes una reunión con el jefe, y los dos sabemos lo que él va a decir. No puedes seguir dudando, sin decidir de qué lado inclinarte. ¿Por qué no me haces la vida más fácil y me dices que vas a volver al trabajo?

—No puedo decir eso. Sólo puedo decirte que estoy pensándolo.

—¿En serio? —inquirió Brent, esperanzado.

—Más de lo que jamás pensé. —Se levantó y caminó hasta la puerta de vidrio opaco, hasta los maltratados gabinetes de archivo, hasta la cafetera con su gruesa capa de sedimentos. Entonces, sorprendido consigo mismo, volvió hasta el escritorio de Brent, y exclamó: ¡Maldita sea! Echo de menos cada minuto de las horas de tedio, los malditos informes, los novatos torpes. Nueve de cada diez mañanas extendiendo el brazo para buscar el correa del revólver, antes de recordar que no está ahí. Hasta pensé en pagar a uno de esos soplonos para saber qué diablos ocurre.

—¡Aleluya! —vociferó Brent, juntando las manos como en una plegaria—. Déjame decírselo a Goldman. Por favor, déjame que sea yo.

—No he dicho que volvería.

—Sí, lo has dicho. —Brent se levantó impulsivamente, aferró a Jed por los hombros y lo besó.

—¡Por Dios, Chapman! ¡Compórtate!

—Si regresas, los hombres te recibirán como a un dios. ¿Qué opina Dora de todo esto?

La expresión atónita de Jed se desvaneció.

—Ella no opina nada. No hemos hablado de eso. No es asunto de su incumbencia.

—¡Sí, claro! —ironizó Brent, y luego agregó—: Bien, Mary Pat y yo hicimos una apuesta. Ella dice que alquilaré un esmoquin de padrino para el fin del año escolar. Yo afirmo que será para las vacaciones de Pascuas. Solemos marcar el tiempo de acuerdo con el calendario escolar, ¿sabes?

Jed sintió un rápido aleteo de pánico en el estómago que le produjo vértigo.

—Estás divagando.

—¡Vamos, capitán! Estás loco por ella. Hace diez minutos mirabas al vacío, soñabas despierto. Si ella no era la estrella del espectáculo, estoy dispuesto a darle un beso en la boca a Goldman.

—últimamente estás muy afectuoso... Olvida el asunto, ¿quieres?

Brent conocía ese tono de voz... el equivalente verbal a un muro de ladrillos.

—De acuerdo, pero reservé una cena para dos en Chart House, para que me pongas al tanto —advirtió Brent, tras apoyarse contra el borde del escritorio—. Me gustaría tener un informe acabado de lo que surja de tu conversación con el comisario. Vayas o no a Los Ángeles de manera oficial, puedo conseguir que recibas apoyo.

—Habla de eso mañana.

—¡Ah, capitán! —agregó Brent antes de que Jed llegara a la puerta—, hazme un favor y déjate sobornar para que vuelvas. ¿De acuerdo? Puedo hacerte una lista de las cosas que podríamos usar por aquí.

Brent sonrió y empezó a fantasear sobre la satisfacción de darle la noticia a Goldman.

Era casi medianoche cuando Dora renunció al intento de dormir y se enfundó en su bata. Un caso común de insomnio, que no tenía nada que ver con que Jed no hubiera llegado a casa ni llamado.

En realidad las cosas estaban muy mal, admitió, cuando empezaba a mentirse a sí misma.

Encendió el equipo de música, pero los blues melancólicos de Bonnie Raitt parecían demasiado apropiados para las circunstancias, así que volvió a apagarlo. Como perdida, fue a la cocina y puso agua a calentar.

Mientras dudaba entre un té de limón o uno de manzanilla, se preguntaba cómo podía haberse equivocado de tal manera. ¿Acaso no sabía que un hombre correría despavorido hacia las colinas al escuchar esas dos palabras fatídicas? Echó una bolsita de té en la taza y se dijo que no, ya que nunca las había pronunciado antes. Pero ahora que se encontraba en la escena real, había adelantado su parte del guión.

Bueno, ya no podía echarse atrás. Lamentaba que ella y Jed no hubieran leído el mismo libreto.

El no se había hecho eco de sus palabras ni la levantó en brazos, emocionado. Palmo a palmo, de manera sistemática y sutil, se apartó de ella desde aquel momento fatal, unas treinta y seis horas atrás. Tenía mucho miedo de que siguiera alejándose hasta desaparecer por completo.

No tenía remedio. Vertió agua caliente en la taza y buscó unas galletitas. No podía obligarlo a que le permitiera enseñarle en qué consistía dar y recibir amor. Sólo podía mantener su promesa y no volver a decirselo, por mucho que le doliera.

Todavía le quedaba algo de orgullo. Bonnie Raitt estaba equivocada en ese sentido. El amor sí tenía orgullo. Ella iba a contenerse y seguiría adelante con su vida. Esperaba que con Jed, si era necesario; o también sin él. Imaginó que podía empezar en aquel momento, bajando a la tienda y poniendo a trabajar su despabilado cerebro.

Decidida, cogió la taza y se dispuso a salir, pero se acordó en el último momento de guardar las llaves en el bolsillo de la bata y cerrar la puerta detrás de ella. Detestaba la sensación de no hallarse completamente segura en su propia casa. Por esa misma razón, se sintió obligada a encender todas las luces a su paso.

Una vez en el almacén, retomó la tediosa tarea de continuar la reorganización de los archivos que DiCarlo había puesto patas arriba.

Como siempre, el trabajo metódico y la quietud la relajaban y la absorbían. Disfrutaba guardando cada cosa en el lugar correcto, haciendo una pausa de vez en cuando, para examinar una factura y recordar la emoción de la venta.

Un pisapapeles en conmemoración de la Feria Internacional de Nueva York, por cuarenta dólares; un espejo de lavabo, tres mil; tres letreros de propaganda, Brasso, cerveza Olympic y cigarrillos Players, a ciento noventa, veintisiete y ciento ochenta y cinco dólares respectivamente.

Inmóvil en medio de la escalera, Jed la observaba. Ella había dejado todas las luces encendidas, como un niño al que dejan solo por la noche. Llevaba puesta la bata verde y un par de enormes calcetines de color púrpura. Cada vez que se inclinaba para leer una hoja de papel, el cabello le caía con suavidad sobre la mejilla y le tendía un velo sobre la cara. Entonces, antes de archivar el papel y buscar otro, se echaba el pelo hacia atrás con un movimiento natural y espontáneo.

El pulso de Jed, que se había acelerado cuando vio la puerta del corredor abierta, recuperó un ritmo regular. Aun con el deseo, que parecía acuciarlo cada vez que ella estaba cerca, siempre sentía un gran bienestar al observarla.

Cuando ella se volvió, ya había guardado su arma debajo de la chaqueta.

Dora captó la sombra de una silueta, dio un salto hacia atrás y tropezó. Ahogó un grito y los papeles volaron por el aire.

—¿Qué haces? —preguntó furiosa—. ¿Quieres matarme de un susto?

—No —contestó Jed, bajando hasta el pie de la escalera—. ¿Qué diablos estás haciendo, Conroy? Es más de medianoche.

—¿Qué parece que estoy haciendo? ¿Ensayar un minué?

Avergonzada por su reacción, se agachó y empezó a recoger los papeles esparcidos por el suelo.

El también se agachó y puso una mano sobre las de ella.

—Estabas muy seductora —comentó—. Lamento haberte asustado. Supongo que te hallabas demasiado concentrada para oírme.

—Olvidalo.

Le levantó la cara para mirarla a la luz.

—Deberías estar en la cama —advirtió—. Pareces cansada.

—Muchas gracias.

—También estás emperrada.

—No estoy emperrada —replicó ofendida—. Me molesta ese término, tanto como feminista como por mi amor hacia los perros.

Paciente, Jed le recogió el cabello detrás de la oreja. Ella se las arregló para ocultar sus sentimientos, pero tras el susto inicial, sus ojos mostraron preocupación y cautela. El la había herido y era muy probable que volviera a hacerlo.

—Vamos arriba, nena.

—Todavía no he terminado.

Jed arqueó una ceja. Había un agudo resentimiento en su voz, que lo hizo sentirse increíblemente estúpido.

—Estás harta de mí.

—No lo estoy.

Se irguió, respiró hondo y, con un esfuerzo de voluntad, dijo, de nuevo serena:

—No lo estoy. Si estoy malhumorada es porque me siento inútil al tener que mantener cerrado el negocio. Además, no soporto mentir a mi familia.

—No tienes que hacer ninguna de las dos cosas. No hay razón alguna para que no abras mañana, y te sentirás mejor si hablas con tu familia.

Dora consideró aquellas palabras.

—Abriré el negocio —decidió—, pero no diré nada a mi familia. Todavía no. Soy yo quien tiene que encargarse de ello.

El intentó discutir el asunto, pero se dio cuenta de que no podía. ¿No era acaso el mismo razonamiento que él usaba para tranquilizar su conciencia? No le hablaría de su reunión con el comisario ni su decisión de recuperar su placa... Todavía no.

—Subamos —insistió—. Te haré un masaje en la espalda.

—¿Por qué?

—Porque estás tensa —respondió entre dientes—. ¡Maldición, Conroy! ¿Por qué siempre preguntas por qué? Todo lo que tienes que hacer es tenderte en la cama y disfrutarlo.

Con mirada interrogante, Dora retrocedió unos pasos.

—Te muestras amable conmigo. ¿Por qué? Tratas de prepararme para algo, Skimmerhorn. Planeas hacer algo que sabes que no me gustará. —Subió corriendo detrás de él. Cuando Jed abrió la puerta de su

apartamento, lo tomó del brazo y añadió—: No me ocultes nada, por favor. Es algo sobre DiCarlo, ¿verdad? Sobre la pintura, sobre todo este embrollo.

Era más que eso, y también menos. Jed se preguntó si sería la salida de un cobarde concederle esa única parte.

—Voy a ir a Los Ángeles para tener una charla con el jefe de DiCarlo.

Dora frunció el entrecejo mientras se concentraba. Luego inquirió:

—¿Winesap? Es a quien se suponía que debía enviarse el embarque, ¿no es así?

—El nombre del jefe es Edmund G. Finley —puntualizó Jed—. Empezaré con él.

—¿Sospechas que Finley esperaba el cargamento? ¿Que él hizo los arreglos para el contrabando?

Jed sirvió dos copas de whisky.

—Sí —afirmó—. Eso creo.

—¿Qué sabes de él?

—Lo suficiente para volar a Los Ángeles.

Le entregó su vaso y después le hizo un breve resumen.

—Importación—exportación —susurró Dora cuando él terminó—. Entonces es probable que sea un coleccionista. Casi siempre lo son. Es posible que fuera ajeno a las actividades paralelas de DiCarlo... Después de todo, dijiste que se trata de una gran compañía. Pero si no lo fuera...

El captó el destello de su mirada y contuvo un suspiro.

—No pienses, Conroy. Puedes ser peligrosa cuando piensas.

Ella se llevó el vaso de whisky a los labios y lo vació de un solo trago. Con aire desafiante, le tendió el vaso para que volviera a llenarlo.

—Pero estoy pensando. Verás, pienso que tú no eres la persona indicada para hablar con Finley. Yo soy esa persona.

24

—Estás loca de remate.

Como Jed no hizo movimiento alguno, tomó ella misma la botella y volvió a llenar el vaso.

—Es un planteamiento racional, del todo cuerdo. Si fueras capaz de reprimir un instante tu ego machista, entenderías por qué.

—No tiene nada que ver con mi ego. —El hecho de que ella tuviera razón, lo ponía aún más furioso—. Tiene que ver con el simple sentido común. Tú no estás en disposición de enfrentarte a algo así.

—Al contrario. —Mientras pensaba en la idea, echó a caminar por la habitación, removiendo su whisky y saboreando el papel que iba a representar—. Estoy en la posición perfecta —continuó—. Después de todo, fui la víctima de su empleado. Yo, la inocente atribulada, apelaré a la comprensión de Finley si él, a su vez, es inocente. Y como también soy una coleccionista, apelaré a su imaginación, si es culpable. En pocas palabras, Skimmerhorn: este papel está hecho a medida para mí —concluyó, para girar sobre sus talones y brindar con su copa.

—¡Esto no es una jodida representación teatral, Conroy!

—Te equivocas. En esencial lo es. ¡Dios, Skimmerhorn! ¿Cuándo vas a traer algunos muebles aquí? —A falta de una silla decente, dio un salto y se sentó encima de la mesa—. ¿Cuál era tu plan, capitán? ¿Irrumpir en sus oficinas y disparar tu arma?

—No seas más ridícula de lo necesario.

—Lo siento. Bueno, si finalmente interpretara la escena, tú le pedirías una entrevista para discutir de manera informal la desagradable situación; ¿quizá solicitar su ayuda para localizar a DiCarlo?

Arqueó una ceja, a la espera de que Jed hiciera un gesto de negación o asentimiento, pero se mantuvo inalterable. Impertérrita, volvió al ataque.

—Mientras tanto, tú estarás buscando una grieta en su armadura, si es que en realidad tiene alguna armadura o grietas. De esta manera, obtendrás una visión de primera mano de sus operaciones, de su estilo, y te formarás una opinión acabada en cuanto a su culpabilidad.

—Hablas como un abogado grotesco —gruñó Jed—. Odio a los abogados.

—Ese es el idioma del policía. Tengo algunos amigos que son abogados... y mi padre fue un excelente Clarence Darrow en una puesta en escena de Heredarás el viento. —Se cruzó de piernas y la bata se abrió para dejar al descubierto los muslos suaves—. Bien, veamos. ¿Cómo representaría yo esta escena?

De inmediato, Jed sintió un cosquilleo en la punta de los dedos, por lo que le tomó la barbilla con una mano y repuso con acritud:

—¡No lo harás, Conroy! Tú no irás.

—Claro que iré —aseguró ella, sonriendo, y le apartó la mano de su barbilla y la besó—. Iré porque los dos sabemos que es la solución perfecta. Tú puedes venir conmigo. Eso me mantendrá lejos de Rodeo Drive.

Jed pensó que había una sola manera de razonar con ella, y esa manera era hacerlo con calma.

—Dora, no tengo ninguna pista sobre este individuo. No pudimos encontrar antecedentes delictivos. Podría ser un abuelo bondadoso, que colecciona estampillas en su tiempo libre y no tiene nada que ver con contrabandos. O DiCarlo puede haber sido sólo el gatillo de su revólver. Caminar sobre su césped es arriesgado y yo no voy a correr riesgos contigo.

—¿Por qué? —inquirió ella con tono suave—. ¿Acaso te importo?

Jed retorció las manos dentro de sus bolsillos y exclamó:

—¡Maldita sea, Dora! ¡Sabes que me importas!

—Sé que me deseas, pero importarte es algo diferente. Sin embargo, me gusta oírlo.

—No insistas sobre esto —advirtió, decidido a no permitir que volviera a llevarlo a una discusión peligrosa sobre los sentimientos—. El tema es Finley. Si él está implicado, le bastará con mirarte para ver a través de tu cara bonita como si fuera un cristal transparente.

—¡Increíble! ¡Vaya, vaya! En una sola noche me dices que te importo y que soy bonita. ¡Mi corazón va a estallar de emoción!

—Debería atizarte —masculló Jed.

—Pero no lo harás. —Ella sonrió y extendió una mano—. Perro que ladra no muerde. Ese eres tú, Skimmerhorn. Vamos a dormir. Podemos analizar todo esto por la mañana.

—No hay nada que analizar. Yo voy. Tú no.

Dora dejó caer la mano. Se mordió el labio inferior para detener el temblor, pero su voz sonó apagada y trémula.

—No confías en mí, ¿verdad?

El sacó una mano del bolsillo y se mesó el cabello.

—No es una cuestión de confianza. No lo tomes de manera tan personal.

—¿De qué otra forma puedo tomarlo?—Asomo la primera lágrima y resbaló por su mejilla. Había muchas más dispuestas a convencer a Jed—. ¿No entiendes que necesito hacer algo? ¿Que no puedo quedarme sentada en la oscuridad, después de que mi casa y yo misma hemos sido violadas de esta manera? No puedo soportarlo, Jed. No soporto que pienses en mí como en una víctima indefensa que sólo se interpone en tu camino.

Sus lágrimas lo hicieron flaquear, lo desarmaron. Torpemente tendió una mano para tocarle el pelo.

—Ya basta. Ven aquí, pequeña, no llores. Es superior a mí. —Le besó con ternura los labios temblorosos—. No pienso en ti como en una mujer indefensa.

—Entonces como en una inútil —añadió ella entre sollozos.

El le secó las lágrimas con la punta de los dedos. Estaba casi listo para pedir perdón.

—No. No estás preparada para hacer esto. Si él sospecha algo, el plan puede fracasar antes de haber comenzado.

Dora lloriqueó un poco y apretó la cara contra el cuello de Jed.

—¿Tienes sospechas...?

—Qué?

—¿Tienes sospechas? —repitió con voz serena y, al echarse hacia atrás, sonrió sin un ápice de remordimiento—. Caíste en la trampa, ¿verdad?

Se echó a reír, le tocó las mejillas mientras él la miraba furioso. Volvió a levantar el vaso para brindar por ella misma.

—No te sientas estúpido, Skimmerhorn. Una vez te aseguré que era buena. Soy muy buena. Esto ha sido sólo una representación improvisada.

—Todavía estoy a tiempo de golpearte. Vuelve a llorar como antes, y te juro que lo haré.

—Te hice sentir como un canalla, ¿verdad? —Dio un hondo suspiro y se encogió de hombros—. A veces echo de menos el escenario, pero sólo a veces. Puedes estar seguro, capitán, que nuestro señor Finley verá en mí lo que yo quiera que sea. Jugaré con él como con un acordeón.

Era capaz de hacerlo, se dijo Jed. Odiaba tener que admitirlo, pero era perfectamente capaz.

—Si pierdo el juicio lo suficiente como para estar de acuerdo con esta idea alocada —aventuró—, ¿harías exactamente lo que te dijeran?

—No... pero lo intentaría. Es solo una excursión de pesca, Jed.

El asintió, pero prefería conocer sus aguas y echar su propio anzuelo.

—No quiero que sufras ningún daño.

—Es una de las cosas más hermosas que me has dicho jamás —aseguró Dora, emocionada.

—Si él te hace daño, lo mataré.

La sonrisa placentera se borró en los labios de Dora.

—No pongas ese peso sobre mi espalda, ¿quieres? Me asusta.

Jed la levantó de la mesa y la puso de pie.

—Conroy, aclaré que no pensaba que fueras débil e inútil, pero no dije lo que pienso que eres.

—No, no lo hiciste —admitió con una mueca expectante.

—Importante —puntualizó él sin más, emocionándola de nuevo—. Muy importante.

Hacia el mediodía del día siguiente, Dora sintió que al menos una parte de su vida estaba volviendo al ritmo normal. El negocio estaba abierto. La primera venta le reconfortó tanto el alma, que otorgó un espontáneo diez por ciento de descuento al cliente. Cuando Lea entró para ayudarla con la afluencia vespertina, Dora la recibió con un efusivo abrazo.

—¿Qué es todo esto? —inquirió Lea—. ¿Te ha tocado la lotería?

—Mejor que eso. Hoy tenemos las puertas abiertas.

Lea se quitó el abrigo y se soltó el cabello.

—Nunca me explicaste por qué las manteníamos cerradas.

—Demasiado complicado —contestó Dora, agitada—. Necesitaba un par de días de descanso.

—Ese asalto te preocupó más de lo que quieres admitir —insinuó Lea, satisfecha—. Lo sabía.

—Supongo que así fue. En cualquier caso, recibimos un par de curiosos y yo acabo de comprar esas galletitas para té que hacen en la panadería... ya sabes, las rellenas de chocolate.

—¿Cómo se supone que voy a eliminar los dos kilos que engordé durante las fiestas? —inquirió Lea con un hondo suspiro.

—Con fuerza de voluntad.

—Cierto. Ah, mamá me encargó que te pregunte por la pintura.

A Dora casi se le cayó la caja de galletitas.

—¿La pintura?

Lea renunció a su fuerza de voluntad y escogió una galletita escarchada.

—Mencionó algo sobre que le prestaste un cuadro y tuviste que llevártelo de nuevo. Está pensando en comprarla para regalársela a papá el día de San Valentín. Parece que él se quedó entusiasmado con ella.

—¡Oh...! Yo... la vendí.

Al menos eso era cierto, se recordó a sí misma. Todavía tenía los ochenta dólares de Jed guardados en su joyero como si fueran cartas de amor.

—¿Estás bien? —preguntó Lea al ver la expresión de su cara—. Pareces un poco nerviosa.

—¿Qué? No, estoy bien. Sólo trato de meterme otra vez en el ritmo. En realidad estoy un poco distraída.

Puede que tenga que viajar a Los Angeles por un par de días.

—¿Para qué?

—Allí hay un negocio de importación que podría decidirme a impulsar. No quiero volver a cerrar el local.

No habría razón para ello, se dijo, dado que Brent aún tendía los hilos para garantizar la protección policial.

—No te preocupes por eso —aseguró Lea—. Terri y yo podemos encargarnos de que las cosas sigan en marcha. —En ese momento sonó el teléfono del rincón—. ¿Quieres que conteste? —preguntó Lea, arqueando una ceja.

—No, yo lo haré.

Dora se sacudió la conciencia de culpa y descolgó el auricular.

—Dora's Parlor, buenas tardes.

—Quisiera hablar con la señorita Isadora Conroy, por favor.

—Soy yo.

Desde su escritorio en Los Angeles, Winesap volvió a sus notas, que había ensayado con meticulosidad.

—Señorita Conroy... Me llamo... Francis Petroy.

—Sí, señor Petroy —dijo Dora, mientras Lea se volvía para saludar a un cliente.

—Espero no molestarla, pero la señora Helen Owings, de Front Royal, Virginia, me dio su nombre y dirección.

—¿Sí? —preguntó con los dedos crispados sobre el auricular—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Espero que en realidad los dos podamos ayudarnos. —Winesap leyó en sus notas las palabras risista ahogada e hizo la mejor imitación que pudo—. Verá, es referente a un cuadro que usted compró en la subasta, en diciembre. Un Billingsly.

A Dora se le secó la boca.

—Sí, conozco la pieza. Es una pintura abstracta.

—Exacto. Soy un coleccionista de pinturas abstractas. Me especializo en artistas desconocidos que tienen posibilidades..., quizá de una manera un poco mezquina, ya me entiende.

—Por supuesto.

—No pude asistir a esa subasta en particular... Surgió una emergencia familiar. Tuve esperanzas cuando la señorita Owings me informó de que el cuadro había sido vendido a un comerciante y no a un coleccionista de arte.

—En realidad —explicó Dora, para ganar tiempo—, soy las dos cosas.

Oh, dios mío, pensó Winesap, que rebuscó entre sus papeles. Nada en sus copiosas notas preveía una respuesta como aquella.

—¡Oh, Dios mío! —repitió.

—Pero siempre estoy interesada cuando me hacen una oferta seria, señor Petroy. Tal vez usted quiera venir y ver la obra, aunque me temo que tendría que ser hacia finales de la próxima semana. —Dora hizo una breve pausa, fingió hojear una agenda y agregó—: La verdad es que hasta entonces estaré bastante ocupada.

—Eso sería excelente, realmente excelente. ¿Qué día le iría bien, señorita Conroy?

Aliviado, Winesap se secó el sudor del cuello con un pañuelo.

—Bueno, ¿qué le parece el jueves.., a las dos?

—¡Perfecto! —exclamó Winesap mientras anotaba la fecha—. Espero que conserve la pintura hasta entonces. Lamentaría perder esta oportunidad.

—Yo también lamentaría perderla —acordó Dora, y sonrió a la pared—. Le prometo que la pintura no irá a ninguna parte hasta que tengamos ocasión de discutir los términos. ¿Puede darme algún número donde encontrarlo, en caso de que se presente algún imprevisto?

—Claro.

Siguiendo las notas de sus instrucciones, Winesap recitó el número de una de las propiedades de Finley, ésta en Nueva Jersey.

—Durante las horas de oficina —aclaró—. Lo siento, pero mantendré en reserva mi número privado.

—Entiendo. El próximo jueves entonces, señor Petroy.

Dora colgó, demasiado furiosa para gozar de la sensación de júbilo. Cree que soy idiota, gruñó iracunda. Bien, DiCarlo, Finley o Petroy, o quien diablos seas, vas a llevarte una buena sorpresa.

—¡Lea! Tengo que salir por una hora. Si viene Jed, dile que necesito hablar con él.

—De acuerdo. Pero ¿adónde...?

Se interrumpió y se golpeó las caderas con los puños al mirar boquiabierto hacia la puerta que se cerraba.

Debió haber llamado antes. Dora volvió a entrar en el aparcamiento después de hacer un viaje en vano a la comisaría de policía, donde le informaron de que el teniente Chapman se hallaba en el campo. Sonaba como si hubiera salido a cazar faisanes, refunfuñó entre dientes.

¿Cómo suponían que podía informar del asunto si no había nadie para escuchar? Entonces vio el coche de Jed y se permitió esbozar una sonrisa de satisfacción. El iba a aprender que no era el único capaz de pensar sobre la marcha.

Lo encontró en el almacén, mientras pintaba estantes.

—¡Aquí estás! Detesto usar una frase hecha, pero ¿dónde se encuentra la policía cuando uno la necesita?

—Si necesitabas un policía, debiste llamar al nueve, uno, uno —repuso él, sin mirarla ni dejar de pintar.

Deseosa de prolongar el suspense, se quitó lentamente el abrigo y comentó:

—Preferiré ir sin más a la fuente. Pero Brent no estaba. ¿De dónde viene eso que llaman el «campo»? No recuerdo haber pasado por ningún campo en Filadelfia.

—Es sólo nuestra pequeña treta para impresionar a los civiles. ¿Por qué necesitabas a Brent?

—A causa de... —Hizo una pausa para dar mayor dramatismo—. Establecí contacto.

—¿Con qué?

—Con quién, Skimmerhorn. No te pongas pesado. Recibí una llamada del señor Petroy... sólo que no creo que fuera el señor Petroy. Pudo haber sido DiCarlo, pero parecía otra voz. Quizá la desfiguró, pero soy bastante buena para las voces, ¿sabes? Puede que encargara a otro la llamada... O puede haber sido Finley, pero...

Jed dejó el pincel sobre la lata de pintura.

—Siéntate, Conroy. Prueba un Jack Webb.

—¿Un Jack Webb? —Se le iluminaron los ojos y añadió—: Está bien, sólo los hechos. Ya entiendo.

—Eres un verdadero azote. Siéntate.

—De acuerdo.

Se sentó y se imaginó al elaborar un informe. Como resultado, relató la conversación telefónica con precisión, con detalles y sin rodeos.

—¿Qué te parece? —inquirió cuando terminó.

—¿En qué demonios estabas pensando al concertar una cita con él, sin consultarlo conmigo?

Ella esperaba que Jed se mostrara impresionado, no irritado.

—Tenía que hacer algo, ¿no? ¿Acaso no habría sospechado si una comerciante de arte se hubiera mostrado renuente a encontrarse con él? —planteó a la defensiva—. Pero todo esto es una patraña. ¿Un coleccionista de arte pregunta por una pintura de un artista que es probable que ni siquiera exista? Investigué sobre Billingsly. No hay ningún Billingsly. Entonces ¿por qué alguien se tomaría la molestia de seguir el rastro de un cuadro de Billingsly? Porque... —concluyó levantando un dedo para dar mayor énfasis— ¡porque busca un Monet!

—Brillante, Conroy. Realmente brillante. Pero ésa no es la cuestión.

Dora resopló y dijo:

—Por supuesto que lo es. Él pensó que yo era idiota, una de esas codiciosas comerciantes de chatarra, que no distingue a un búfalo de un jarrón de porcelana. Pero va a descubrir algo muy diferente.

—Esa tampoco es la cuestión. Deberías haberlo entretenido hasta que yo regresara.

—Lo hice muy bien por mi cuenta, gracias. No soy una idiota.

—¿Tienes sistema de llamada en tu teléfono?

—¿Qué?

—Sí, ya sabes, pulsar un par de botones y tu teléfono te comunica otra vez con quien sea que haya hecho la última llamada.

Como no estaba segura, fijó la mirada en sus uñas y respondió:

—Sí...

—Supongo que es posible.

—No creo que hayas pensado en intentarlo.

—No puedo pensar en todo —repuso y mirándolo esperanzada, agregó—: Podemos probarlo ahora.

—El teléfono ha sonado tres veces desde que llegué aquí.

Dora se levantó de un salto de la silla y exclamó:

—¡Adelante, dime que lo he estropeado todo!

—No es necesario, tú lo has dicho. —Señaló con una sonrisa, y le dio un tirón de pelo—. No te lo tomes así, Sherlock, hasta los detectives aficionados se equivocan de vez en cuando.

—Mantente a distancia, Skimmerhorn —le advirtió, y le apartó la mano.

—Brent y yo decidiremos cómo tratar a Petroy el jueves. Para entonces estaremos de regreso.

—¿De regreso? ¿Tú y Brent vais a alguna parte?

Jed metió los dedos pulgares en los bolsillos de su pantalón. Todavía no se sentía feliz por la idea, pero ella había hecho un planteamiento bastante sensato.

—No. Tú y yo —reconoció—. Mañana salimos hacia Los Ángeles.

—¿Voy a ir? —Apretó una mano contra su corazón, después abrió los brazos y se arrojó a los de Jed. Excitada por la perspectiva, le cubrió la cara de besos—. Sabía que lo verías a mi manera.

—No lo hice. Quedé en minoría.

El no iba a reconocer que había visto la simple belleza de su idea y que se la había recomendado a Brent.

Ella lo besó otra vez, ahora con más ímpetu.

—En cualquier caso... —murmuró, dando un paso atrás—. ¿Mañana? ¡Dios!, eso es muy pronto. Tengo que decidir qué ropa voy a llevarme.

—¿Ésa es la menor de tus preocupaciones?

—No, no, no. La presentación correcta es esencial para el personaje. Mi traje azul marino a rayas... Es muy elegante y formal. O quizá el cruzado rojo... más llamativo y sexy. Puedo distraerlo con mis piernas.

—Prefiero el formal. —Al advertir el ligero matiz de fastidio en el tono de su voz, Dora sonrió y comentó:

—Sin duda el rojo.

—Pero si él ni siquiera te verá.

—Por supuesto que me verá. —Se interrumpió con gesto adusto—. ¿Cómo lograremos que él quiera verme?

—Porque tú lo llamarás y le dirás exactamente lo que yo te diga.

—Ya veo. —Alzó la cabeza y una ceja—. ¿Has escrito un libreto para mí, Skimmerhorn? Soy muy distraída. Puedo improvisar en cualquier momento.

—Limítate a hacer lo que te digan.

En Los Ángeles Winesap entró en la oficina de Finley con una expresión de honda preocupación.

—Señor Finley... en la línea dos está la señorita Conroy. Espera hablar con usted.

Finley cerró la carpeta que estaba leyendo y cruzó ambas manos sobre ella.

—¿De veras? Una interesante evolución.

Las manos de Winesap se retorcían con nerviosismo.

—Señor Finley, cuando hablé con ella esta mañana temprano, se mostró dispuesta a colaborar. Le aseguro que no mencioné en ningún momento mi conexión con usted. No sé qué puede significar esto.

—Entonces lo averiguaremos, ¿no es así? Siéntate, Abel.

Descolgó el auricular y, mientras sonreía, se reclinó en el sillón.

—¿Señorita Conroy? Al habla Edmund Finley.

Escuchó con una sonrisa cada vez más amplia y cruel. Mientras lo hacía, cogió del escritorio un abridor de cartas y probó la punta afilada con la yema del dedo pulgar.

—Me temo que no la entiendo, señorita Conroy. Usted pregunta por uno de mis empleados... ¿Dijo Anthony DiCarlo? Ya veo, ya veo. Por supuesto, entiendo que usted cree que es importante una entrevista personal. No sé si podré serle de alguna ayuda. Nosotros le contamos a la policía todo lo que sabemos sobre la misteriosa desaparición de DiCarlo que es, por desgracia, nada. Muy bien —agregó después de escuchar un instante—, si usted cree que no puede discutirlo por teléfono, tendré mucho gusto en verla. ¿Mañana?

Arqueó las cejas y raspó con suavidad la carpeta de Conroy con la punta del abridor de cartas.

—Es bastante urgente. ¿De vida o muerte? —repitió, y contuvo apenas una risita—. Veré si puede arreglarse. ¿Quiere esperar un momento? Le pasaré con mi asistente. El verá cómo está mi agenda. Estaré a la espera del momento de conocerla.

Finley giró la muñeca y apretó el botón de espera.

—Cítala a las cuatro —ordenó a Winesap.

—Tiene una reunión a las tres y media, señor.

—Cítala a las cuatro.

Winesap tomó el auricular con su mano sudada y dijo:

—¿Señorita Conroy? Soy Abel Winesap, el asistente del señor Finley. ¿Usted quiere una cita para mañana? Me temo que el único momento libre en la agenda del señor Finley es a las cuatro. ¿Sí? ¿Tiene la dirección? ¡Excelente! Estaremos esperándola.

Finley dio su beneplácito cuando Winesap colgó el auricular.

—¡Delicioso! ¡Sencillamente delicioso! La imprudencia es hija de la ignorancia, Abel. —Abrió otra vez la carpeta de Dora y sonrió satisfecho ante su expediente—. Por supuesto que esperaré esto con mucho gusto. Cancela todas mis citas para mañana por la tarde. No quiero la menor distracción cuando reciba a la señorita Isadora Conroy. Ella recibirá toda mi atención.

—Mañana, a las cuatro en punto —informó Dora, volviéndose hacia Jed—. Parecía confundido pero colaborador, afable pero reservado.

—Y tú al borde de la histeria, pero controlada. —Impresionado a pesar de sí mismo, le levantó el mentón con la punta de los dedos, la besó y susurró—: No estuvo mal, Conroy. Nada mal.

Aunque deseaba hacerlo, ella no le tomó la mano, ya que se habría dado cuenta de que las suyas estaban frías.

—Hay algo más —añadió—. Creo que acabo de hablar con el señor Petroy.

—¿Finley?

—No —repuso esbozando una débil sonrisa—. Su asistente, Winesap.

25

Dora estaba encantada e impresionada cuando el taxi se detuvo frente a la villa de estuco rosado que era el hotel Beverly Hills.

—¡Bueno, bueno, Skimmerhorn, me sorprendes! Esto compensa el no haber pasado una noche en el Plaza de Nueva York.

Jed observó cómo Dora le extendía con gracia la mano al portero del hotel. El gesto era el de una mujer acostumbrada a bajar de lujosas limusinas.

—La habitación está reservada a tu nombre —le informó—. Tendrás que usar tu tarjeta de crédito.

Ella le echó una mirada lánguida por encima de los hombros y comentó:

—Agradezco tanta generosidad, mi querido derrochador.

—Quieres que todo el mundo sepa que viajas acompañada de un policía? —le recordó cuando ella pasó por las puertas giratorias y entró en el vestíbulo.

—Querrás decir ex policía.

—Sí, lo olvidé —murmuró.

Aguardó a que Dora se registrara. El elegante vestíbulo del Beverly Hills no le parecía el escenario más adecuado para comentarle que había tomado una decisión al respecto.

Dora observaba furtivamente el salón para ver si veía pasar a alguna estrella de cine, cuando el recepcionista le entregó su tarjeta.

—Voy a pasarte la factura por esto, Skimmerhorn.

—Fue idea tuya.

Además de la tarjeta, recibió dos llaves, y entregó una al botones que se hallaba a la espera.

—Entonces te facturaré sólo la mitad. Uno de nosotros no es un adinerado independiente.

—Uno de nosotros —le recordó mientras le pasaba un brazo alrededor de la cintura— pagó los pasajes de avión.

Mientras llevaban el equipaje al ascensor y subían a la habitación, ella se sintió emocionada por el sencillo abrazo de Jed.

Al entrar Dora se sacó los zapatos y se encaminó a la ventana para comprobar qué vista tenían. No había nada tan californiano, reflexionó, como los parques exuberantes, las hermosas palmeras y los encantadores chalets de estuco.

—No he estado en Los Ángeles desde que tenía quince años. Dormimos en un hotel nefasto en Burbank, mientras mi padre hacía un papel en una mala película con Jon Voight. No supuso un galardón para ninguna de sus respectivas carreras. —Enderezó la espalda y giró los hombros. Luego añadió—: Supongo que soy una esnob de la costa Este. Me hace pensar en innecesario maquillaje de ojos y en anuncios de yogur, o tal vez sea al revés. Porque, ¿quién necesita yogur en su vida, después de todo? —Se volvió y, ante la fija mirada de Jed, dejó de sonreír y preguntó—: ¿Qué pasa?

—A veces me gusta mirarte, eso es todo.

—Entiendo.

Jed sonrió al advertir que su comentario le había complacido y confundido al mismo tiempo.

—Tienes buen aspecto, Conroy, aun con tu mentón puntiagudo.

—No es puntiagudo —repuso tocándose—. Tiene contornos delicados.— ¿Sabes?, tal vez deberíamos haber reservado una suite. Esta habitación es apenas más grande que un armario. Quizá podríamos salir un rato, conseguir algo de comer y respirar un poco de humo.

—Estás nerviosa.

—Por supuesto que no estoy nerviosa.

Tiró su bolsa de viaje sobre la cama y desató las correas.

—Estás nerviosa —repitió Jed—. Hablas demasiado cuando lo estás. Bueno, en realidad siempre hablas demasiado, pero lo haces de otra manera cuando estás nerviosa. Y no puedes mantener quietas las manos —señaló cogiéndoselas con delicadeza.

—Es evidente que me he vuelto demasiado predecible. El primer golpe mortal para cualquier relación. Jed la hizo volverse sin soltarle las manos.

—Tienes derecho a estar nerviosa. Me preocuparía mucho más si no lo estuvieras.

—No quiero que te preocupes —pidió Dora—. Estaré bien. Son los nervios clásicos de una noche de estreno. Eso es todo.

—No necesitas hacer esto. Yo puedo realizar la entrevista por ti.

—Nunca le doy la oportunidad a un suplente para que robe mi papel —advirtió, y aspiró y exhaló dos veces—. Me siento bien. Espera a leer las críticas de los diarios de mañana.

Puesto que ella lo necesitaba, él le siguió el juego.

—¿Qué solías hacer antes de la noche de un estreno?

Se sentó en el borde de la cama y respondió con aire pensativo:

—Bueno, caminar de un lado a otro por la habitación ayuda mucho. Mientras tanto no dejas de repetir mentalmente tus líneas y de repasar los cuadros. Entonces me sacaría la ropa de calle y me pondría una bata. Algo así como el cambio de piel de una serpiente. Vocalizaría. Yo solía practicar muchos trabalenguas.

—¿Por ejemplo?

—En un plato de trigo comen tres tigres... Esa clase de cosas. —Sonrió y movió la lengua entre los dientes—. Hay que flexibilizar la lengua.

—Tu lengua siempre me pareció bastante flexible.

—Gracias. —Rió y lo miró otra vez—. Buen trabajo, Skimmerhorn. Me siento mejor.

—Bien. —Le tocó el pelo y se volvió hacia el teléfono—. Pediré algo al servicio de habitaciones. Después volveremos a repasar la rutina.

Dora lanzó un gemido y se dejó caer sobre la cama.

—Odio a los directores autoritarios.

Pero él no cedió. Dos horas más tarde habían comido, discutido, tratado cualquier posible contingencia, y todavía no se hallaba satisfecho. La escuchó recitar trabalenguas en el cuarto de baño y se estremeció. Se habría sentido mejor si ella llevara un micrófono oculto. Un disparate, supuso, ya que entraría en un edificio de oficinas lleno de personal a plena luz del día. No obstante, eso lo habría tranquilizado. Si no le preocupara que el personal de seguridad de Finley pudiera descubrirlo, habría insistido.

Era un trabajo sencillo, se recordó a sí mismo, sin apenas riesgos. Ya había tomado la precaución de eliminar cualquier peligro. Sin embargo, algo le preocupaba.

La puerta se abrió y apareció Dora ataviada con el vestido rojo, que marcaba cada una de las hermosas curvas de su cuerpo sensual y resaltaba las piernas, de tal manera que haría volver loco a cualquier hombre.

Ella sostenía dos pares diferentes de pendientes a la altura de cada oreja.

—¿Tú qué opinas? ¿Qué pendientes te gustan más?

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa?

—Los aros. Son más discretos —decidió, y se los puso—. Había olvidado cómo se siente una cuando se pone un vestido. Son esas pequeñas oleadas de nervios las que mantienen alta la adrenalina —comentó Dora.

Estiró la mano y cogió el frasco de perfume. El frunció el entrecejo mientras ella se perfumaba el cuello, detrás de las orejas, las muñecas... Había algo en el ritual femenino que le agitaba el estómago. Cuando tomó el cepillo de plata antigua y se lo pasó lentamente por el pelo, supo de qué se trataba. Lo hacía sentirse como un voyeur.

—Estás muy bien. Ahora puedes dejar de acicalarte.

—Cepillar el pelo no es acicalarse. Es un cuidado básico. —Vio la mirada de Jed en el espejo y comentó—: Juraría que estás más nervioso que yo.

—Tú sigue el plan al pie de la letra y trata de recordar todo lo que veas. No saques el tema de la pintura.

No sabes absolutamente nada de ella. Trata de estudiar bien a Winesap. Nosotros estamos investigándolo, pero yo quiero tus impresiones... No tus especulaciones, sólo tus impresiones.

Con paciencia, Dora dejó a un lado el cepillo y dijo:

—Lo sé. Jed, sé exactamente qué hacer y cómo hacerlo. Es sencillo. También lo hubiera sido de no haber sabido nada sobre el cuadro. Es un paso lógico.

—Sí, pero cuídate las espaldas.

—Querido, cuento contigo para que lo hagas por mí.

Dora estaba impresionada por la decoración de la sala de espera de la oficina de Finley, y trataba de recoger cualquier pista útil. Tal como había sospechado, él era un coleccionista de arte y su interés mutuo les daría un punto de partida firme. Tenía las manos frías, pero eso también era positivo, ya que el nerviosismo que sugerían era justo lo que necesitaba para dar el tono apropiado a su visita.

Era difícil aferrarse a esos nervios y al personaje, cuando en realidad deseaba acercarse y examinar de inmediato algunos de los tesoros de Finley. Sentía cierta simpatía por alguien que ponía floreros de ma-laquita y figuras de Chiparus en su sala de espera. El sofá en que se sentaba no era ninguna reproducción, sino un auténtico Chippendale temprano, del más puro estilo rococó, reconoció con admiración.

Dora deseaba que Finley demostrara estar libre de toda sospecha. Le habría encantado entablar con él una relación comercial. Pero si no lo estaba...

Ese pensamiento alteró otra vez sus nervios. Jugó con el lirio del prendedor de su solapa, se alisó la falda, miró su reloj.

¡Maldición!, pensó, ya son las cuatro y diez. ¿Cuánto tiempo iba a hacerla esperar?

—¡Excelente! ¡Excelente! —exclamó Finley al ver la imagen en la pantalla del monitor.

Era tan hermosa como había deducido de las descoloridas fotografías que Winesap desenterró de viejas secciones de espectáculos y modas de los diarios. Su vestimenta mostraba un talento innato por el color y la línea, como también una preferencia por lo femenino. El respetaba a una mujer que sabía cómo debía presentarse para sacar la mayor ventaja de su físico.

Le gustaba la manera en que sus manos se movían inquietas por su cabello, por su cuerpo. Nervios, dedujo complacido. Una araña sentía más emoción por una mosca aterrorizada que por una resignada. Notó que, a pesar de los nervios, sus ojos se sentían atraídos una y otra vez por las piezas de su colección, lo cual lo halagaba.

Los dos juntos harían las cosas bien, se dijo.

Pulsó el botón del intercomunicador para llamar a la recepcionista. Era hora de empezar.

—El señor Finley la recibirá ahora.

—Gracias.

Dora se levantó, se puso bajo el brazo la cartera de sobre y siguió a la mujer hacia la puerta del despacho.

Cuando entró, Finley sonrió y se puso de pie.

—Señorita Conroy, lamento haberla hecho esperar!

—Me alegro de que haya podido recibirme.

Cruzó la imponente alfombra blanca y estrechó la mano que él le tendía. Su primera impresión fue de vitalidad y salud, de una fuerza bien canalizada.

—Parecía ser importante para usted. ¿Qué puedo ofrecerle? ¿Café, té, o tal vez un poco de vino?

—Me encantaría un poco de vino —dijo pensando que la copa le ayudaría a mantener las manos ocupadas mientras contaba la historia.

—El Pouilly—Fumé, Bárbara. Por favor, siéntese, señorita Conroy. Póngase cómoda.

Con un movimiento calculado a la perfección, Finley rodeó el escritorio y se sentó en la silla junto a ella.

—¿Cómo fue el vuelo?

—Largo —señaló Dora con una débil sonrisa—. Pero no debería quejarme. El tiempo estaba empeorando en casa. De cualquier manera, regresaré mañana.

—¿Tan pronto? —preguntó Finley, con un brillo mordaz en la mirada—. Me siento halagado de que una joven tan bonita haga un viaje tan largo sólo para verme.

La recepcionista había descorchado la botella. Era obvio, pensó Dora, que sus obligaciones incluían hacer de mayordomo. La mujer le entregó el corcho a Finley y sirvió un poco de vino en su copa para que lo aprobara.

—Sí —susurró después de mantener unos segundos el vino en la boca—. Este será perfecto.

Una vez que sirvió las dos copas, la secretaria salió en silencio de la oficina.

—A su salud, señorita Conroy, y por un buen viaje de regreso a casa!

—Gracias.

Era un vino delicioso, que se deslizaba por la lengua como la seda, con un ligero toque ahumado. Fingiendo que estaba confundida, bajó los ojos para mirar la dorada palidez del vino en su copa.

—Sé que puede parecer absurdo haber hecho este largo trayecto sólo para verle, señor Finley. Pero, francamente me vi obligada a hacerlo. Ahora que estoy aquí, no sé por donde empezar.

—Veo que está inquieta —indicó Finley, afable—. Tómese su tiempo. Usted me dijo por teléfono que esto se hallaba relacionado con Anthony DiCarlo. ¿Usted es... una amiga?

—¡Oh, no! —Había horror en su voz y en su mirada cuando la dirigió otra vez hacia Finley. Recordó a DiCarlo mientras le susurraba al oído—. Verá, señor Finley, necesito preguntarle qué sabe acerca de él.

—Me temo que no conozco tan bien como debiera a los empleados de mis sucursales —respondió y apretó los labios con aire pensativo—. La compañía ha crecido mucho, lo que lamentablemente despersonaliza las relaciones. Tuvimos una reunión aquí justo antes de Navidad. No noté nada fuera de lo normal. Me pareció tan competente como siempre.

—¿Entonces él trabajó para usted durante algún tiempo?

—Creo que unos seis años —contestó mientras servía más vino—. Después de su extraña desaparición, he estudiado su expediente para refrescar mi memoria. Tiene una excelente hoja de servicios en la empresa. El señor DiCarlo ascendió bastante rápido. Mostró iniciativa y ambición, quizá rebelándose contra un pasado muy pobre. —Dora se limitó a menear la cabeza, Finley sonrió y agregó—: Como hice yo mismo. El deseo de progresar... eso es algo que yo respeto en un empleado y que también tiendo a recompensar. Como uno de mis principales ejecutivos en la costa Este, demostró ser digno de confianza y muy astuto. —Volvió a sonreír—. En mi negocio uno debe ser muy astuto. Yo odio el juego sucio. Como indica el expediente del señor DiCarlo, no es un hombre que desatienda sus responsabilidades en ese sentido.

—Yo creo... creo que tal vez sé dónde está.

—¿En serio? —inquirió Finley con un repentino fulgor en la mirada.

Como si tratara de infundirse coraje, Dora bebió otro sorbo de vino y la mano le tembló un poco.

—Creo que está en Filadelfia. Creo que él... me vigua.

—¿Qué? —Finley le tomó la mano y preguntó con tono afable—: ¿Vigilarla? ¿Qué quiere decir con eso?

—Lo siento. No tiene ningún sentido. Déjeme que intente empezar por el principio.

Contó hábilmente parte de lo ocurrido, interrumpiéndose de vez en cuando para serenarse, cuando describió la agresión.

—No lo entiendo... —añadió con ojos húmedos—. Yo no entiendo por qué...

—Querida mía... ¡qué terrible habrá sido todo esto para usted!

Finley se prodigaba en muestras de simpatía mientras su mente analizaba la situación. Al parecer, DiCarlo había omitido algunos detalles importantes. En su informe no había mención alguna a un intento de violación, ni a un caballeroso vecino que acudiera al rescate. Sin embargo, eso explicaba las magulladuras en su cara durante su última y fatal visita.

—Usted está diciendo —empezó Finley con un tono algo afectado— que el hombre que entró en su negocio, el hombre que la atacó, era Anthony DiCarlo.

—Yo vi su cara. —Fingió sentirse agobiada, y se cubrió la cara con las manos—. Nunca la olvidaré. Lo identifiqué en la policía. El mató a un agente de policía, señor Finley, y a una mujer. Dejó a otra mujer en coma... una de mis dientas. —El recuerdo de la señora Lyle le permitió derramar la primera lágrima—. Perdóneme. He estado tan alterada, tan asustada. Gracias —balbució cuando Finley le ofreció con galantería su propio pañuelo—. Como ve, nada de todo esto tiene el menor sentido. El sólo robó unas baratijas. En cuanto a la señora Lyle, mi diente, tampoco le robó nada de mucho valor. Sólo un perro de porcelana y una estatuilla que me había comprado a mí el día anterior. Creo que debe de estar loco —susurró, al bajar otra vez la mano—. Sí, debe de estar loco.

—Espero que comprenda que me resulta difícil entenderlo. El señor DiCarlo ha trabajado para mí durante años. La idea de que uno de mis propios hombres ataque a mujeres, asesine a agentes de policía... —Volvió a tomarla de la mano con afecto, como un padre que consuela a un hijo después de una pesadilla—. Señorita Conroy... Isadora... ¿está totalmente segura de que era Anthony DiCarlo?

—Vi su cara —repitió ella—. La policía me informó de que tiene antecedentes. No ha hecho nada como esto durante varios años, pero...

Con un suspiro de contrariedad, Finley volvió a sentarse y reveló:

—Yo sabía que había tenido algunos problemas, de la misma forma que creí comprender su necesidad de superar los errores pasados. Pero jamás hubiera pensado... Parece que me equivoqué en serio con él. ¿Qué puedo hacer para ayudarla?

Dora retorció el pañuelo entre sus manos y respondió:

—No lo sé. Supongo que confié en que usted tendría alguna idea sobre qué hacer, o quizá una pista para la policía. Si él se pusiera en contacto con usted...

—Querida, le aseguro que si se pone en contacto conmigo, haré todo lo que esté en mis manos para guiar a las autoridades hacia él. Tal vez su familia sepa algo.

Dora se secó las lágrimas y negó con la cabeza. Luego añadió:

—Creo que la policía interrogó a sus familiares. En realidad, pensé en ir yo misma a ver a su madre, pero no pude. Fui incapaz de enfrentarme a eso.

—Haré algunas llamadas. Haré todo lo posible por ayudarla.

—Gracias. —Dora exhaló un hondo y tembloroso suspiro seguido de una sonrisa forzada—. Me siento mejor cuando hago algo. Lo peor es la espera, el no saber dónde está o qué planea. Tengo miedo de ir a dormir por la noche. Si él volviera... —Se estremeció de forma convincente—. Yo no sé qué haría.

—No tiene ninguna razón para pensar en que él volverá. ¿Está segura de que no le dio ninguna idea sobre por qué eligió su negocio?

—Ninguna. Eso lo hace tan aterrador... Ser escogida al azar, de esa manera. Y después la señora Lyle... El mató a su ama de llaves y dejó en coma a la señora Lyle. ¿Y todo eso por una pequeña estatuilla? Un hombre no mata por cosas como ésa, ¿verdad?

Sus ojos, todavía húmedos, lo miraban con candidez y autenticidad.

—Me gustaría saberlo. —Finley dejó escapar un sincero suspiro—. Tal vez, como usted dice, se ha vuelto loco. Pero yo tengo mucha confianza en las autoridades. Le aseguro que no volverá a ser molestada por el señor DiCarlo.

—Trato de aferrarme a esa idea. Ha sido muy amable, señor Finley.

—Edmund.

—Edmund. —Sonrió otra vez con valentía—. El solo hecho de hablar con usted me ha ayudado mucho. Quisiera pedirle que si encuentra algo, cualquier cosa, me llame. La policía no es muy pródiga con las informaciones.

—Entiendo. Por supuesto, me mantendré en contacto con usted. Nosotros tenemos un excelente equipo de vigilancia sobre los empleados. Voy a ponerlos a trabajar en esto. Si hay algún rastro de DiCarlo, ellos lo encontrarán.

Dora cerró los ojos y dejó caer los hombros, relajada.

—Sí —dijo—. Sabía que no me equivocaba al venir aquí. Gracias. Muchas gracias por escucharme.

Cuando se levantó, él le tomó las manos entre las suyas y dijo:

—Sólo lamento que no pueda hacer más por usted. Consideraría un gran favor que aceptara cenar conmigo esta noche.

—¿Cenar? —repitió Dora, perpleja.

—No me gusta pensar en usted, sola, y alterada. Me siento responsable. DiCarlo es, después de todo, uno de mis hombres. O lo era... —se corrigió con una débil sonrisa.

—Es muy amable de su parte.

—Entonces concédame ese favor. Tranquilizará un poco mi conciencia. Además, admito que encontraría muy agradable disfrutar de una velada con una joven encantadora que comparte algunos de mis intereses.

—¿Sus intereses?

—Coleccionar... —Finley señaló un armario—. Si usted tiene un negocio de antigüedades y colecciones, quizá estaría interesada en ver alguno de mis tesoros.

—Sí, lo estoy. Estoy segura de que usted es mucho mejor conocedor que yo, pero ya he admirado algunas de sus piezas. ¿La cabeza de caballo? —inquirió mirando una figura de piedra—. ¿Dinastía Han?

—¡Exacto! —aprobó radiante, como un profesor complacido ante un estudiante aventajado—. Usted tiene buen ojo.

—Adoro los objetos de arte —confesó ella y luego puntualizó—: Poseer objetos de arte.

—Ah, sí, entiendo.

Finley extendió una mano para pasar con delicadeza la punta de un dedo por el broche de su solapa.

—Un *plique-à-jour*... una filigrana de principios de 1900.

—Usted también tiene buen ojo —comentó Dora, complacida.

—Tengo un broche que me gustaría que viera. —Pensó en el zafiro y el placer que le proporcionaría mofarse de ella con esa pieza—. Lo adquiriré hace muy poco y sé que a usted le gustará. Así que está decidido. Le enviaré un coche al hotel para que la recoja. ¿Qué le parece a las siete y media?

—Yo...

—Por favor, no me malinterprete. Mi casa está llena de personal, así que se hallará bien acompañada. Pero yo no tengo a menudo la oportunidad de mostrar mis tesoros a alguien que reconoce su valor intrínseco. Me interesaría conocer su opinión sobre mi colección de incensarios.

—¿Incensarios? —repitió Dora, y suspiró. Si no hubiera estado allí para cumplir una misión, habría aceptado sin vacilar. ¿Cómo podría resistirse a una colección de incensarios?— Me encantaría.

Dora entró en la habitación del hotel, eufórica por el éxito. Encontró a Jed caminando, de un lado a otro, el aire denso por el humo azul de cigarrillos y el ruido ensordecedor de una vieja película de guerra en la televisión, que él no estaba viendo.

—¿Por qué diablos has tardado tanto?

Dora se sacaba los zapatos mientras caminaba hacia él.

—Fue solo una hora. Estuve brillante —dijo echándole los brazos al cuello.

—Eso lo decidiré yo.

Le puso una mano en la frente y la empujó hacia una silla. Cogió el mando a distancia y de inmediato dio por terminada la guerra.

—Háblame de Finley. Cuéntamelo todo, desde el principio.

Dora levantó una cafetera del servicio de habitaciones y olfateó el contenido.

—¿Queda algo de café? Déjame saborear el momento, ¿quieres? —Se sirvió y bebió un sorbo—. Me gustaría acompañarlo con torta de queso. ¿Quieres pedir que nos traigan torta de queso?

—Ve al grano, Conroy.

—Eres muy hábil estropeando las cosas. ¡De acuerdo! —Bebió otro sorbo de café, volvió a sentarse y empezó a hablar—. Fue realmente amable —concluyó—. Muy comprensivo, y se mostró conmovido por mi historia. Yo, por supuesto, representé a la perfección el papel de la heroína asustada, que ve fantasmas hasta en su propia sombra. Como la policía no logra tranquilizar mi espíritu, él se ofreció, muy galante por cierto, a hacer todo lo que estuviera en sus manos, incluso a contratar una empresa privada, para rastrear a DiCarlo.

—¿Qué hay de Winesap?

—No estaba allí. Al principio pregunté por él, pero la recepcionista me dijo que hoy no había ido a la oficina.

—Si él es quien tiene que acudir a la cita el próximo jueves, no puede permitirse el lujo de que lo veas.

—Pensé en eso. Así pues, al salir, me paré a hablar con el guardia de seguridad en el vestíbulo de la planta baja. Le comenté que había visto en el tablero el nombre de Abel Winesap y que mi padre había trabajado años atrás con un tal Abel Winesap, pero que había perdido todo contacto con él. Así que le pregunté si este individuo era alto, robusto y pelirrojo. Al parecer, Winesap es bajo y flaco, cargado de espaldas y calvo.

—¡Buena chica, Nancy!

—Gracias, Ned. ¿Crees que los personajes de ficción Nancy y Ned hicieron el amor alguna vez? Ya sabes, en el asiento trasero de su cupé después de un caso especialmente satisfactorio.

—Me gusta pensar en ello. Pero no cambies de tema, Conroy.

—De acuerdo. —Ahora venía la peor parte, se dijo Dora. Tendría que afrontarla con mucho cuidado—. La oficina de Finley es increíble... Por cierto, olvidé mencionar los monitores. Tiene toda una pared cubierta por ellos. Da un poco de miedo, ¿sabes? Todos esos televisores que funcionan en silencio, uno junto al otro, muestran diferentes puntos del edificio. Supongo que tiene cámaras por todas partes. Pero lo más increíble es la lámpara Gallé de su oficina, que me hizo desear incorporarme y suplicar; y un caballo Han. Eso es apenas una muestra. De todos modos, veré su colección privada esta noche, durante la cena.

Antes de que ella pudiera levantarse, Jed ya la había cogido con fuerza por la cintura.

—Representa esa parte otra vez, Conroy. Lentamente.

—Voy a cenar con él.

—¿Qué te hace pensar que lo harás?

—Porque me invitó y yo acepté. Antes de que empieces a enumerar todas las razones por las que no debería, te diré por qué estás equivocado. —Dora había analizado el asunto meticulosamente en el taxi,

mientras regresaba al hotel—. El fue amable conmigo en la oficina, se mostró muy interesado y paternal. Cree que estoy sola en la ciudad e inquieta por lo sucedido. Además, sabe que tengo un fanático interés por las colecciones y antigüedades. Si yo me hubiese negado, lo habría estropeado todo.

—Si él está implicado en esto, su casa es el último lugar en que deberías estar a solas con él.

—Si está implicado en esto, el último lugar en que él querría que me pasara algo es en su propia casa. Sobre todo cuando le diga que llamé a mis padres y les comenté que iba a cenar con él —puntualizó Dora.

—Es una idea estúpida.

—No lo es. Me dará más tiempo para estudiarlo. Además, yo le gusto —agregó con aparente indiferencia, y se dirigió al armario. Había traído consigo un sencillo vestido negro que acompañaba con un boleo brillante, de rayas rojas y doradas. Mientras lo sostenía delante de ella, se volvió hacia el espejo y comentó: A él no le gusta la idea de que pase la noche sola en Los Angeles, mientras esté nerviosa.

Jed observó con recelo el brillo de las lentejuelas.

—¿Te hizo alguna insinuación? —inquirió.

Dora se detuvo justo antes de desabrocharse el vestido que llevaba puesto. Satisfecha, estalló en una carcajada.

—Estás celoso, Skimmerhorn. ¿No es gracioso?

—No estoy celoso —repuso Jed. El nunca había sentido celos de una mujer, y ahora no estaba dispuesto a admitirlo—. Es una simple pregunta y me gustaría recibir una respuesta.

Ella se quitó el vestido, para dejar a la vista el seductor encaje y la seda de la camisola que llevaba debajo.

—Tú mismo te pondrás en la incómoda situación de hacerme decir otra vez que te amo. No deseas eso, ¿verdad?

Sintiendo un nudo en el estómago, Jed maldijo entre dientes y encendió otro cigarrillo.

—Tal vez estoy harto de ver cómo te preparas para citarte con otro hombre.

—Para eso estoy aquí, ¿no es así? Para verlo, para ganarme su simpatía y su confianza, y para averiguar todo lo que pueda. —Ladeó la cabeza, examinó la expresión seria de Jed—. ¿Te sentirías mejor si te dijera que no tuve la menor intención de acostarme con él?

—Sí. Ahora puedo dormir tranquilo —admitió exhalando una bocanada de humo—. No me gusta que vayas sola allí. No tengo suficiente información sobre él, y la poca que tengo no me gusta.

—Tendrás más cuando yo regrese. ¿No te parece?

Se dirigió al armario para colgar el vestido. El cruzó la habitación en silencio, por lo que Dora dio un respingo cuando sus manos le tocaron los hombros.

—No estoy acostumbrado a ser el que espera.

Dora colgó cuidadosamente el vestido en una percha y dijo:

—Supongo que puedo entenderlo.

—Nunca antes tuve alguien por quien preocuparme. No me gusta.

—Eso también lo entiendo. Estaré bien.

—Seguro que lo estarás —afirmó Jed, apoyando la mejilla contra la nuca de ella—. Dora... —¿Qué podía decir?, se preguntó. Nada de lo que se agitaba en su interior le parecía apropiado—. Te echaré de menos esta noche. Supongo que me he acostumbrado a tenerte cerca.

Conmovida, Dora sonrió y le apretó una mano.

—Eres un tonto sentimental, Skimmerhorn—Contigo siempre hay corazones y flores.

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó Jed, mirándola a la cara—. ¿Es eso lo que estás buscando?

En los labios de Dora no asomó ninguna sonrisa cuando rozó la mejilla de Jed con los nudillos.

—Ya tengo un corazón, gracias. Puedo comprarme flores siempre que quiera. —Para consolarlo, le besó en los labios y añadió: También tengo una hora antes de vestirme para salir. ¿Por qué no me llevas a la cama?

Sería un gran placer, pensó Jed, y también un alivio, pero tanto el placer como el alivio deberían esperar.

—Tenemos trabajo que hacer, Conroy. Ponte la bata y repasaremos las reglas básicas para tu cena. Ofendida, dio un paso atrás.

—Estoy aquí de pie, con poco más que un portalligas de encaje, ¿y tú quieres que me ponga una bata?

—Así es.

—Parece que te has acostumbrado a mí —rezongó entre dientes.

26

A las siete y media en punto Dora salió a la acera y subió a la limusina Mercedes Benz blanca. Una única rosa de tallo largo se hallaba cruzada sobre el asiento, y en el interior del vehículo sonaban los acordes suaves de una sonata de Beethoven. Junto a un cuenco de cristal con caviar de esturión, había una botella de champán.

Rozándose la mejilla con los pétalos de la rosa, alzó la vista hacia la ventana donde sabía que Jed estaría mirando.

¡Qué lástima!, pensó mientras el coche se alejaba lentamente. Si en realidad necesitaba corazones y flores, era improbable que los recibiera del hombre que más le importaba.

Como miraba hacia atrás, vio al hombre de traje gris que subía a un sedán oscuro para seguirles en el denso tráfico.

Dora cerró los ojos, se quitó los zapatos para frotar sus pies desnudos sobre la alfombra mullida, y relegó a un último plano todos los reparos de Jed.

Durante las pocas horas siguientes, estaría sola.

Provista de una copa de champán y un bocado de caviar, disfrutó del viaje ascendente hacia la colina. Aunque en otras circunstancias habría entablado con versación con el chófer, se refugió en el silencio y se preparó para el segundo acto.

Después de la impresión que le había causado su oficina, esperaba que la casa de Finley fuera suntuosa. No se sintió defraudada, al contemplar la imponente estructura de piedra, ladrillo y vidrio, que hervía a fuego lento en las últimas luces del sol poniente. Un perfecto escenario, se dijo.

Llevó la rosa con ella. Apenas tuvo tiempo de admirar la aldaba con forma de delfín, antes de que una sirvienta uniformada abriera la puerta.

—Señorita Conroy, el señor Finley le ruega que lo espere en el salón.

Dora no se molestó en disimular su enorme admiración ante la magnificencia del vestíbulo. Luego, en el salón, asintió con un susurro cuando la sirvienta le ofreció una copa de vino, y se sintió agradecida de quedarse sola para reverenciar lo que veía.

Sintió como si hubiera entrado en una especie de museo personal, construido para ella sola. Todo lo que veía era espectacular y cada pieza que se ofrecía ante sus ojos parecía un festín glorioso, hasta el punto de que era imposible no devorarlo.

Se vio reflejada en un espejo Jorge III, pasó con delicadeza los dedos por un sillón de caoba del mismo período, se emocionó ante un tigre japonés, un auténtico Kakiemon.

Cuando Finley se unió a ella, devoraba con la mente una colección de amuletos y objetos raros.

—Veo que le gustan mis juguetes.

Se volvió, con los ojos brillantes y henchidos de emoción.

—¡Oh, sí! Me siento como Alicia, y acabo de tropezar con el mejor rincón del País de las Maravillas.

Finley rió y se sirvió una copa de vino. Sabía que disfrutaría mucho con ella.

—Estaba seguro de que sería un placer para mí compartir mis cosas con usted. Me temo que he pasado demasiado tiempo solo con ellas.

—Usted hizo que mi viaje valiera la pena, señor Finley.

—En ese caso, estoy satisfecho.

Caminó hacia ella y le tocó con suavidad la espalda. No fue una caricia insinuante, por lo que Dora no encontró explicación alguna para que se estremeciera ante el contacto amistoso de su mano.

A propósito, Finley abrió el armario de objetos exóticos y eligió una de las piezas eróticas que habían estado ocultas por las figuras de sirenas de los sujetalibros.

—Usted miraba mis amuletos. No cualquiera es capaz de apreciar el humor y la sexualidad, y al mismo tiempo, el arte de estas piezas.

Con una risita ahogada, Dora tomó en la palma de su mano la figura del hombre y la mujer.

—Parecen estar muy a gusto el uno con el otro, atrapados para siempre en ese instante de expectación. Es difícil imaginar a algún estoico samurai que cuelgue de su faja algo como esto —bromeó ella.

Finley sólo sonrió.

—Sin embargo, así es tal como me gusta imaginarlo. Llevado por un jefe guerrero, a la cama y la batalla. Alguien de la dinastía Tokugawa, quizá. Me gusta dar una historia a cada una de mis posesiones —señaló colocando de nuevo la figura en su lugar—. ¿Laguío para hacer un recorrido completo antes de cenar?

—Sí, por favor.

Complacida, se cogió de su brazo. Era un especialista, pensó Dora, erudito y entretenido. Sin embargo, por qué, antes de que transcurriera una hora, se sentía acechada por una violenta incomodidad. No lo sabía.

Finley hallaba un placer codicioso en todo lo que había adquirido, pero ella entendía esa codicia. La trataba con una corrección irreprochable y, sin embargo, tenía la extraña sensación de ser violada sutilmente. Necesitó de toda su habilidad y control para representar el papel previsto, mientras iban de una habitación a otra. Cuando casi habían terminado, Dora empezó a sospechar que era posible hartarse hasta de lo bello y precioso.

Excitado por el hecho de que le mostraba todas y cada una de las piezas obtenidas de contrabando, Finley le enseñó el broche de zafiro.

—Antes le hablé de él. La piedra es, por supuesto, magnífica, pero el arte de la montura y, una vez más, la historia, le añaden intriga.

—¡Qué belleza! —exclamó Dora, fascinada.

El brillante ojo azul, hermoso y trágico a la vez, parpadeaba desde su lecho de delicada filigrana de oro y refulgentes diamantes. Trágico, comprendió, porque estaría para siempre detrás de un vidrio, nunca más para adornar las sedas de una mujer, o para hacerla sonreír cuando lo luciera.

Tal vez aquélla fuera la diferencia entre ambos. Ella entregaba a otros sus tesoros, les daba una nueva vida. Finley los encerraba bajo llave.

—Se dice que perteneció a una reina —precisó Finley, mirándola a la cara, a la espera de una señal de reconocimiento—. A María, reina de Escocia. A menudo me pregunto si lo usaría cuando la arrestaron por traición.

—Yo preferiría pensar que lo usaba cuando cabalgaba por los páramos.

—Esto —prosiguió Finley al mostrarle otro estuche— perteneció a otra reina con un destino triste. Napoleón se lo dio a Josefina, antes de divorciarse de ella por ser estéril.

—Usted da una historia triste a sus tesoros, Edmund.

—El matiz conmovedor aumenta su significado para mí. Las chucherías de los ricos y de la realeza son ahora parte de la colección de un plebeyo... ¿Tiene hambre?

Cenaron sopa de langosta y pato de Pekín, tan delicado que casi se deshacía en la boca. Los alimentos fueron servidos en porcelana de Limoges y comidos con cubiertos de plata de la época del rey Jorge. El champán Dom Perignon burbujeaba en antiguas copas Waterford, que brillaban como lágrimas de cristal.

—Hábleme de su negocio —sugirió Finley—. Debe de ser muy emocionante para usted comprar y vender todos los días, tener siempre cosas hermosas en sus manos.

Dora luchaba por relajarse y disfrutar de la comida.

—Adoro lo que hago —admitió—. Pero me temo que la mayor parte de lo que yo tengo está muy por debajo de sus colecciones. Verá, yo reúno una mezcla de antigüedades y bienes de remates particulares, junto con... —se interrumpió un instante. Chatarra, hubiera dicho Jed con su voz desdeñosa y confortante— con artículos de fantasía —concluyó con cierto recato—. Adoro las cosas tontas tanto como la belleza.

—Así pues, ambos apreciamos el poseer, el control. Hay algo genuino y satisfactorio en realizar su propio negocio de algo que le gusta. No cualquiera tiene la oportunidad, o el coraje, de convertirlo en un éxito. Yo creo, Isadora, que usted tiene mucho coraje.

El estómago le tembló, pero consiguió tragar el bocado de pato. Luego dijo:

—Mi familia cree que es terquedad. Odio confesarlo, pero me asusto con mucha facilidad.

Finley sonrió, y la miró por encima del borde de su copa con ojos tan agudos como jade tallado.

—Usted se subestima. Después de todo, vino aquí, a verme. Por todo lo que usted averiguó, DiCarlo puede haber actuado bajo mis órdenes. Al fin y al cabo él es... era un empleado mío. —Dora palideció y dejó caer el tenedor. De inmediato Finley rió y le palmeó la mano—. La he asustado. Le pido disculpas. Lo mencioné sólo por poner un ejemplo. ¿Qué sentido podría haber tenido para mí hacer que DiCarlo entrara en su tienda y robara unas chucherías, cuando yo podría adquirirlas personalmente con tanta facilidad?

—Dudo que yo tenga algo que a usted pueda interesarle.

Finley sonrió e hizo señas de que sirvieran el postre.

—Oh, no estoy de acuerdo. Estoy convencido de que muchas de las cosas que usted tiene en venta podrían ser interesantes para mí. Dígame, ¿alguna vez se encontró con algún Grueby?

Mientras servían la crema de chocolate, Dora abrió y cerraba los puños en su regazo.

—Una vez tuve una estatuilla de un muchacho.. muy astillada, me temo. Vi el florero que tiene en la biblioteca. Es hermoso.

Relajada, se enfrascó en el tema de la cerámica y empezó a creer que sus recelos eran fruto de la imaginación.

Más tarde, tomaron café y brandy frente a un fuego acogedor en la sala de estar. La conversación volvió a ser fluida, natural, como la de dos viejos amigos. Sin embargo, los nervios no tardaron en apoderarse de nuevo de ella. Nunca en su vida había deseado tanto escapar de un lugar.

—Lamento que no pueda extender su visita —comentó Finley, pasando de una mano a otra una pequeña figura desnuda de porcelana.

—Dirigir un negocio no deja tanto tiempo libre como creen algunas personas. Estoy segura de que usted lo entiende.

—Sí, claro. Hay momentos en que me siento prisionero de mi propio éxito. ¿Y usted? —Deslizó la punta de un dedo por el pecho desnudo de la figura—. ¿Se siente atrapada?

—No —mintió, sintiendo que las paredes del lugar la acechaban. Dejó vagar la mirada por la habitación, incapaz de observar la forma en que él acariciaba la figura—. Usted debe de tener excelentes contactos. ¿Hace en persona la mayoría de los viajes y adquisiciones?

—No tanto como quisiera. A través de los años tuve que delegar ese placer. Pero sí hago algún que otro viaje a Oriente o a Europa. Hasta voy a la costa Este de cuando en cuando.

—Espero poder retribuir su hospitalidad si alguna vez va a Filadelfia.

—No se me ocurriría hacer ese viaje sin visitarla.

—Entonces espero que pronto encuentre el tiempo suficiente para venir al Este. Ha sido una cena magnífica, Edmund, y una velada deliciosa.

Se levantó para representar la última escena, la del huésped satisfecho que emprendía la partida a disgusto.

—Créame, el placer fue mío. Me sentiré feliz de disponer que mañana la lleven al aeropuerto en mi coche.

Finley se puso de pie, le tomó la mano y la besó con galantería. Dora se sintió avergonzada, porque tuvo la urgente necesidad de limpiarse la mano con la chaqueta.

—Es muy amable de su parte, pero ya dispuse ciertos arreglos para el traslado. Por favor, llámeme si usted... si hay alguna noticia sobre DiCarlo.

—Lo haré. Tengo el presentimiento de que muy pronto estará todo aclarado.

Cuando regresó al hotel Beverly Hills, Dora esperó a que se alejara la limusina. Luego permaneció inmóvil en la acera, para respirar hondo y calmarse. No quería enfrentarse a Jed mientras estuviera nerviosa.

Le parecía una estupidez temblar. Aunque sabía que tendría que explicarle de qué manera le había afectado la velada, deseaba mostrarse fría y precisa cuando lo hiciera.

Entonces vio el sedán oscuro que aparcaba junto a la acera de enfrente. El hombre del traje gris bajó del vehículo.

Presa de pánico, entró a toda prisa en el vestíbulo.

Huyes de las sombras, Conroy, se reprochó mientras los latidos del corazón le retumbaban en los oídos. El mentón erguido, apretó el botón del ascensor. Era sólo un efecto retardado. Ayudaba mucho pensar así. Se sentía cansada y estresada. Cuando terminara de hablar con Jed, dormiría toda la noche y volvería a estar bien.

Cuando introdujo la llave en la cerradura, había recobrado la compostura. Incluso fue capaz de sonreír al entrar y ver a Jed, que miraba por la ventana.

—¡Jed, estabas esperándome!

—Siempre estás dispuesta a reír, ¿verdad, Conroy? En realidad deberías...

Se interrumpió cuando se volvió y la miró. No había visto a nadie que pareciera tan exhausto y se mantuviera de pie sobre las dos piernas.

Dora estaba tan nerviosa que se llevó las manos a la garganta y dio un paso atrás. Luego inquirió:

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Nada. Mi mente vagaba. Siéntate —dijo Jed.

—Lo primero que quiero hacer es sacarme este vestido.

Inconscientemente se había dirigido al armario en busca de una percha.

—Deja que te ayude —se ofreció Jed.

Le bajó el cierre y le dio un ligero masaje en los hombros. Tal como sospechaba, los encontró rígidos por la tensión.

—¿Quieres un camisón o alguna otra cosa?

—Alguna otra cosa —pidió ella. Fatigada, se sentó en el borde de la cama para quitarse las medias—. ¿Qué has cenado?

—Soy un chico mayor, Conroy.

Le desabrochó el corsé blanco, lo arrojó a un lado y le pasó por la cabeza el camisón.

—Nosotros comimos pato.

—Nada comparado a mi hamburguesa...

—Era excelente. La casa... ¡deberías verla! Es enorme, con todas esas habitaciones espaciosas que conducen a otras habitaciones espaciosas. Nunca he visto tantos objetos dignos de un museo en un solo lugar. —Cuando sintió que empezaban a cerrársele los ojos, meneó la cabeza y comentó—: Necesito lavarme la cara. Tú deberías ver si puedes conseguir algún informe financiero sobre E.F. Incorporated.

En el cuarto de baño hizo correr el agua fría y la recogió con las dos manos para mojarle el rostro.

—El mayordomo sirvió el café en una vajilla de porcelana Meissen que debe de valer diez o doce mil dólares. —Bostezó y volvió a mojarle la cara—. El pisapapeles en la biblioteca..., un Alméric Walter. Vi uno hace un par de años en Christie's por quince mil... Más ese...

—No quiero que me hagas un inventario.

—Perdona. —Escogió un frasco de crema del estante del lavabo y empezó a quitarse el maquillaje—. Nunca he visto una colección como ésta —continuó—. Ni siquiera que se le aproxime. En realidad, no es una colección, sino más bien un pequeño imperio privado —precisó mientras se pasaba loción humectante—. Había algo extraño en la manera en que él me la mostraba.

—¿Qué quieres decir?

—Era como si estuviera a la espera de que yo hiciera algo, que dijera algo. —Meneó la cabeza—. No lo sé. No puedo explicarlo, pero la atmósfera era diferente de la de su oficina.

Sus miradas se cruzaron en el espejo. Debajo de sus ojos había claros signos de fatiga y cierta fragilidad en su piel, ahora que no tenía la protección de los cosméticos.

—El jugó conmigo, Jed. Fue un perfecto caballero, un perfecto anfitrión. Pero estar sola con ese hombre me aterrorizó.

—Cuéntamelo. —Jed le acarició el pelo—. No parece tener sentido.

Más aliviada, asintió y volvió a sentarse en el borde de la cama.

—Me llevó por toda la casa —empezó a contar—. Como te he dicho, había algo extraño en la manera en que me mostraba sus piezas. En particular, algunas de ellas. Sentí que me observaba cuando yo las miraba y fue... fue como contemplar a alguien que se masturbaba. Me repetía que eran imaginaciones porque él estaba siendo muy encantador. Degustamos esa cena elegante en aquel comedor elegante con vajilla elegante. Hablamos de arte y de música entre otras cosas. El no me tocó de una manera que no fuera absolutamente correcta, pero... —Se interrumpió para reír un poco—. Te agradecería que no pienses que estaba siendo demasiado imaginativa cuando te diga esto, porque fue tal como lo sentí. Te aseguro que fue como si me viera desnuda. Tomamos un delicioso soufflé con cucharas de plata de los tiempos del rey Jorge y tuve la impresión de que él podía ver a través de mi vestido. No tengo ninguna explicación para ello, sólo esa firme y muy incómoda sensación.

—Tal vez él pensara en ti de esa manera. Los hombres solemos hacerlo, hasta los elegantes.

—No, no era algo así... —repuso Dora, negando con la cabeza—. No era nada sexual. En realidad me sentía indefensa.

—Bueno, estabas sola.

—No... o al menos no siempre. Tiene un verdadero ejército de sirvientes. Verás, yo no sentía miedo de que me hiciera daño, sino de que quisiera hacérmelo. Después ocurrió algo en el cuarto baño.

—¿Él te llevó al cuarto baño?

—No. Fui al tocador después de la cena. Me retocaba el maquillaje y seguía sintiendo que él estaba allí, que me observaba por encima de los hombros. —Dejo escapar un suspiro, agradecida de que Jed no

se mofara de ella y le dijera que se comportaba como una tonta—. Francamente después de salir esta tarde de su oficina no pensé que él tuviera nada que ver con este asunto. Ahora no sé qué pensar. Sólo estoy segura de que no quisiera volver a esa casa, aun si me ofreciera elegir para mí uno de sus estuches de perfume, si me permites agregar, eran maravillosos.

—No tienes por qué volver. Veremos si los de Hacienda quieren hundir algunos dedos en la crema del pastel de Finley.

—Bien. —Se frotó el ojo izquierdo, que le dolía—. A ver qué puedes averiguar sobre un broche de zafiro... es posible que del siglo xvi. La piedra parecía ser de unos ocho quilates, en un engaste horizontal de filigrana de oro con algunos diamantes pequeños, de talla redonda. Pareció darle gran importancia a que yo lo viera.

—¡Excelente, Conroy! Lo hiciste muy bien.

—Sí —aceptó, y le sonrió somnolienta—. ¿Obtendré una estrella dorada de detective?

—Eso se llama escudo de oro, Sherlock. Pero, no. Estás a punto de retirarte.

—Bien.

—Quieres algo para ese dolor de cabeza?

Dora dejó de frotarse las sienes, sólo lo suficiente para esbozar una sonrisa forzada.

—Morfina, pero no la traje conmigo. Tengo algo menos efectivo en mi bolsa de cosméticos.

—Iré por ello. Échate en la cama.

Obedeció sin preocuparse por meterse debajo de las sábanas.

—Ah, olvidé decirte algo. Vi a ese tipo en un sedán oscuro... ¡Dios!, esto parece una película de Charlie Chan. Sea como fuere, lo vi arrancar detrás de la limusina cuando salimos de aquí. Después se detuvo unos minutos cuando volvimos. Aunque no entiendo por qué Finley habría hecho que me siguieran desde su casa.

—No fue él. Fui yo. ¿Dónde diablos guardas esas píldoras? ¡Has traído un montón de frascos!

—Las píldoras no están en un frasco, están en una caja. Lo que en la tienda llamamos un pastillero.

—Muy astuto.

—Es la pequeña caja con las violetas esmaltadas. ¿Qué quieres decir con que me hiciste seguir?

—Hice que te escoltaran todo el día. Un investigador privado local.

Dora estaba sonriendo cuando Jed volvió con las píldoras.

—Es casi como un ramo de flores —murmuró—. ¡Contrataste a un guardaespaldas para mí!

—Lo contraté para mí —puntualizó en un susurro.

Después de apoyar la cabeza sobre los brazos cruzados, Dora cerró los ojos. Él se sentó a horcajadas sobre ella y empezó a frotarle el cuello y los hombros.

—Relájate, Conroy; si te sientes muy tensa, no te librarás de un dolor de cabeza provocado por los nervios.

—¿Jed? —dijo con un hilo de voz.

—¿Sí?

—Espejos... Olvidé mencionarlos. Tiene docenas de ellos. No puedes entrar en una habitación sin verte ir y venir.

—Así que es vanidoso.

—Tengo un espejo móvil de cuerpo entero que podría venderle.

—Cállate, Conroy. Estás chiflada.

—De acuerdo. Pero no creo que sólo le guste mirarse. Creo que también le gusta mirar.

—Está bien. Es un vanidoso pervertido.

—Lo sé. Pero eso no lo convierte en un contrabandista. Yo deseo...

—¿Deseas qué?

Cualquiera que fuese su deseo, quedaría sin expresar. Se había quedado dormida.

Con cuidado de no hacer ruido, Jed dobló las mantas, la levantó y la deslizó entre las sábanas. Dora ni se movió. Ella observó unos instantes antes de apagar las luces y acostarse a su lado. Al cabo de un rato, la acercó más y la mantuvo abrazada mientras él mismo se dormía.

Como tenía los brazos alrededor de ella, los primeros movimientos lo despertaron. Instintivamente estrechó el abrazo al tiempo que le acariciaba el cuello con la mano.

—¡Eh, Dora, vamos! ¡Líbrate de esto!:

Oyó cómo luchaba por tomar aire y sintió el intenso temblor de su cuerpo mientras emergía a través de la superficie del sueño.

—¿Una pesadilla? —le preguntó en un murmullo.

Ella respondió al apretar la cara contra su pecho.

—¿Puedes encender la luz? Necesito luz.

—Sí. —Buscó a tientas el interruptor—. ¿Mejor así?

—Sí —respondió, aún temblorosa.

—¿Quieres un poco de agua?

—No. —El pánico presente en aquella palabra hizo que se mordiera el labio y rogara—: Sólo quédate aquí, ¿quieres?

—Por supuesto.

—No te vayas.

—No me iré.

Gracias a Jed, su corazón agitado empezó a serenarse.

—Ha sido mi primera pesadilla desde que volví a leer *El Resplandor* de Stephen King.

—Un libro de terror, pero la película es lamentable.

Aunque sus ojos estaban lejos de mostrarse serenos, el beso con que le rozó los cabellos fue suave y tranquilizador.

—Sí —convino con una risa trémula—. No sabía que te gustaran esos temas.

—Alivia la tensión. Es difícil preocuparse por los pequeños problemas de la vida cuando estás leyendo historias de vampiros o muertos vivientes.

—Siempre me han asustado los muertos vivientes. —Puesto que Jed no la presionó, se sintió en condiciones de contárselo—. Yo estaba en aquella casa, Jed. La casa de Finley... con todas esas habitaciones y esos espejos. ¿Has leído alguna vez *Something Wicked*?

—Claro. De Bradbury.

—Recuerdas aquella casa de espejos? Si comprabas una entrada, te prometían que dentro encontrarías lo que desearas. Pero era una trampa muy desagradable. La casa de Finley era igual. Yo quería ver todas esas cosas hermosas y después no podía salir. DiCarlo también estaba allí... Y Finley. Cada vez que me volvía, uno de ellos estaba allí, reflejado en los espejos que me rodeaban. Yo no hacía más que chocar contra paredes de espejos. —Se acercó a él, para notar el calor del cuerpo y la presión de sus músculos—. Me siento como una imbécil.

—No deberías. Yo también he tenido algunas pesadillas.

Intrigada, levantó la cabeza para mirar su cara.

—Tú? ¿En serio?

—En mi año de novato en la policía contesté a una llamada por unos disparos de arma de fuego. Tuve la suerte de ser el primero en llegar a la escena de un suicidio. —Por supuesto, omitió comentar que lo que quedaba de una cabeza después de un disparo de escopeta no era una visión agradable—. Mi subconsciente volvía a representar esa pequeña escena ante mis ojos en medio de la noche, aun semanas después. Luego lo de Elaine... —Titubeó un instante, pero después continuó—: Seguí reviviendo la escena. Corría a través del parque, entre los rosales. La veía volver la cabeza para mirarme. Oía la terrible explosión cuando giró la llave del contacto. Cualquier día de estos volveré a leer historias de vampiros.

—Sí, yo también. —Al cabo de unos segundos, Dora dijo—: ¿Jed?

—¿Sí?

—¿Quieres ver si hay alguna película de terror en la televisión?

—¡Conroy, son casi las seis de la madrugada!

—Está demasiado oscuro para que sean casi las seis de la madrugada.

—Las cortinas están cerradas. —El se volvió, rodó sobre ella y le mordió el mentón—. ¿Quieres ver algo realmente aterrador?

Ella rió entre dientes y le pasó los brazos por el cuello, justo en el momento en que sonó el teléfono junto a ellos. Dora sintió que el corazón se le aceleraba y lanzó un grito.

—Mantén vivo ese pensamiento —murmuró Jed mientras descolgaba el auricular—. *Skimmerhorn*...

—Jed, perdóname por despertarte —dijo Brent con un tono de voz que no tenía nada que ver con una disculpa—. Tengo algo que tal vez te interese.

—Sí, ¿qué es?

Con un gesto instintivo, Jed se volvió y cogió un lápiz de la mesa de noche.

—Acabo de recibir un fax de la oficina del sheriff de allí. Un par de excursionistas tropezaron hace unos días con un cadáver atascado en una hondonada poco profunda de las colinas. Quedaba bastante de él para tomar un par de huellas dactilares. Podemos dejar de buscar a DiCarlo. Está del todo muerto.

—Cuándo ocurrió?

—Se les hace muy difícil determinarlo, dada la exposición a la intemperie y el avanzado estado de descomposición. Creen que debió de morir en algún momento del primero de año. Ya que te encuentras allí, pensé que podrías hablar con el médico forense y con los agentes a cargo de la investigación.

—Dame los nombres.

Jed anotó la información que le daba Brent.

—En cuanto termine de hablar contigo, les enviaré un fax —agregó Brent—. Dues que estabas allí por una investigación relacionada. Estarán esperándote.

—Gracias. Me mantendré en contacto.

Cuando colgó el auricular, Dora lo observaba, sentada en la cama y con el mentón apoyado en las rodillas.

—Tienes al policía reflejado en la cara. Es una metamorfosis interesante.

El ya se había levantado de la cama y se dirigía a la ducha.

—¿Por qué no pides algo para desayunar? Vamos a tener que tomar un vuelo posterior al que teníamos previsto.

—Muy bien.

Oyó correr el agua. Apretó las mandíbulas. Arrojó las mantas a un lado, fue al cuarto de baño y descorrió la cortina de la ducha.

—No es suficiente con dar órdenes, capitán. Algunos reclutas necesitamos un mínimo de información.

—Tengo que comprobar algo. —Levantó el jabón—.

Dentro o fuera, Conroy, estás derramando agua por el suelo.

—¿Qué tienes que comprobar?

Jed decidió por ella y le quitó el camisón por encima de la cabeza. Dora no opuso resistencia cuando la levantó en brazos y la metió en la bañera junto con él. Sin decir nada, reguló el agua caliente para que no le quemara la piel y se quitó el cabello mojado de los ojos.

—¿Qué tienes que comprobar? —repitió.

—DiCarlo —respondió escueto—. Lo han encontrado.

27

El sheriff Curtis Dearborne profesaba una desconfianza innata hacia los forasteros. Dado que consideraba forasteros a los miembros del mismo departamento de policía de Los Ángeles, un policía de la costa Este era alguien que debía ser observado con especial cuidado.

Muy alto y fornido, llevaba con orgullo su uniforme almidonado, mantenía su bigote rubio bien recortado y algo engominado, y hacía lustrar sus botas como espejos. Debajo de su sentido marcial de pulcritud y estilo, se escondía el encanto natural de un muchacho de campo, que usaba con gran habilidad y mucho éxito.

Cuando entraron Jed y Dora, se levantó de la silla. Su cara cuadrada y agraciada tenía una expresión adusta, y su apretón de manos fue seco y firme.

—Capitán Skimmerhorn. Muy oportuno que se encontrara por aquí cuando identificamos a ese tipo.

Jed adivinó al instante sus intenciones. Dearborne iba a defender su jurisdicción, El primer movimiento de Jed fue reconocer su autoridad.

—Aprecio mucho que usted nos haya pasado la información, sheriff. Estoy seguro de que el teniente Chapman lo puso al corriente de las complicaciones que tuvimos allí. Su rápido trabajo llevará algún consuelo a la viuda del oficial Trainor.

Había dado en el blanco. La mirada de Dearborne se endureció, apretó los labios y luego comentó:

—El teniente me dijo que el difunto había asesinado a un policía. Sólo lamento que los coyotes no se hay—an interesado más en su cuerpo. Capitán, señorita Conroy, siéntense por favor.

—Gracias.

Mientras contenía su impaciencia, Jed tomó asiento. Si presionaba a Dearborne, era probable que le costara horas de diplomacia.

—Al parecer no se halló ningún documento que permitiera identificar al cadáver.

La silla de Dearborne crujió cuando volvió a sentarse.

—Así es. Pero enseguida descartamos el robo como móvil. La cartera había desaparecido, es cierto, pero el tipo llevaba un diamante en la oreja izquierda y una de esas cadenas de oro alrededor del cuello —informó Dearborne con una mueca despectiva, dando a entender a Jed que consideraba poco masculino tales adornos—. El cuerpo no estaba en muy buen estado, pero no necesité que el forense me dijera cómo lo mataron. Le dispararon en el estómago. No había mucha sangre en la alfombra en que se hallaba envuelto. La lógica indica que el cuerpo fue movido después de desangrarse hasta morir, y es probable que tardara varias horas en hacerlo. Debió de ser horrible. Usted perdone, madame —se excusó ante Dora—, pero el forense lo confirmó.

—Me gustaría echar un vistazo al informe del forense, si no tiene inconveniente —pidió Jed—, así como a cualquier prueba material que usted haya recogido. Cuanto antes vuelva a casa, mejor.

Dearborne tamborileó con los dedos sobre el escritorio mientras consideraba la petición. Finalmente decidió que el hombre del Este no era un entrometido.

—Creo que podremos complacerlo. Abajo tenemos la alfombra y lo que quedó de la ropa. Cuando haya terminado de revisarlo, haré que traigan el resto del papeleo. Si quiere echar una ojeada al cadáver, podemos ir la oficina del forense.

—Se lo agradecería. ¿Podría esperar aquí la señorita Conroy? —inquirió Jed al ver que Dora se ponía de pie.

Dearborne admiraba a una mujer que sabía cuál era su lugar.

—Por supuesto! Póngase cómoda, por favor.

—Gracias, sheriff. No me gustaría ser un estorbo —ironizó Dora, pero Dearborne no era hombre de sutilezas—. ¿Puedo usar mi tarjeta de crédito para hacer una llamada telefónica?

—Por favor, con entera libertad —accedió Dearborne, señalando el teléfono de su escritorio—. Use la línea uno.

—Gracias.

Era inútil enojarse con Jed, se dijo Dora. De todas formas, mientras él se encontraba fuera ejerciendo de policía, ella aprovecharía para informar a su familia de que se retrasaría unas horas. Así pues, en cuanto Jed y Dearborne se marcharon, se instaló detrás del escritorio del sheriff. Sonrió, preguntándose si Jed se habría dado cuenta de que Dearborne lo había llamado «capitán»... y de que ni siquiera se inmutó por ello.

Recuperará su placa hacia la primavera, pensó y trató de imaginar cómo sería Jed Skimmerhorn cuando fuera totalmente feliz.

—Buenas tardes, Dora's Parlor.

—Tienes una voz magnífica, querida. ¿Nunca pensaste en trabajar en una línea caliente?

—¿Continuamente —contestó Lea con una risa espontánea—. ¿Eh, dónde estás? ¿A nueve mil metros de altura?

—No. —Dora se echó el cabello hacia atrás y sonrió al agente que entraba con una pequeña jarra de café y una carpeta bajo el brazo—. Gracias, sargento —dijo, falseando deliberadamente su rango.

—Oh, sólo agente, señora —aclaró sonriendo—. No hay de qué.

—¿Sargento? —inquirió Lea al otro lado del hilo telefónico—. ¿Acaso estás en prisión o algo parecido? ¿Tengo que pagar una fianza?

—Todavía no. —Tomó la taza de café y tabaleó con un dedo sobre el expediente que el policía había dejado encima del escritorio. Luego añadió—: Sólo me estoy ocupando de un pequeño asunto que Jed quería atender mientras nos hallamos aquí. Así que tomaremos un vuelo posterior al previsto. ¿Todo va bien por allí?

No había ninguna necesidad de mencionar tipos muertos y tripas destrozadas a balazos.

—Todo va muy bien. Esta mañana vendimos el escritorio Sherbourne.

—¿En serio?

Como siempre le sucedía con una pieza apreciada, Dora sintió una punzada de placer y pesar al mismo tiempo.

—Ni siquiera regatearon el precio —comentó Lea con presunción—. ¿Cómo fue tu reunión?

—¿Reunión?

—Sí. Con ese individuo de la compañía de importación y exportación.

Mientras pensaba la respuesta, levantó la solapa de la carpeta con el dedo pulgar.

—Fui a verlo —admitió por fin—. No creo que hagamos negocios. Su especialidad está fuera de nuestro ramo.

—Bueno, estoy segura de que tu viaje no será una pérdida de tiempo. ¿Viste alguna estrella de cine?

—Lo siento, ni una.

—Bueno. Tuviste a Jed contigo para ayudarte a absorber el sol de Los Ángeles.

—¡Eso sí!

No precisó que calculaba haber pasado más tiempo en el avión con Jed, del que pasaron juntos desde que aterrizaron.

—Lláname cuando llegues, así sabré que te encuentras sana y salva.

—De acuerdo, mamá. No creo que podamos partir mucho antes de las diez, hora del Este. Así que no empieces a preocuparte hasta después de las once.

—Trataré de contener mi impaciencia. ¡Ah!, debería advertirte que mamá planea organizar una reunión informal.., para estudiar a Jed en un nivel más personal. Pensé que deberías saberlo.

—Te lo agradezco mucho... —Dora suspiró y abrió inconscientemente la carpeta—. Trataré de preparar a Jed para...

La boca se le secó cuando clavó la mirada en la fotografía. En medio del fuerte zumbido de su cabeza, oyó la voz de su hermana.

—¿Dora? ¿Dory? ¿Todavía estás ahí? ¡Contesta!

Con un esfuerzo titánico, Dora levantó la voz. Aunque alzó la mirada para fijarla en la pared, la imagen horrenda de la fotografía siguió impresa en su mente.

—Perdóname Lea, tengo que marcharme. Te llamaré más tarde.

—De acuerdo. Te veré mañana, querida. ¡Y buen viaje!

—Gracias. Adiós.

Suave y lentamente, Dora colgó el auricular. Tenía las manos frías bajo una capa de sudor. Tras respirar hondo, volvió a bajar la vista.

Era DiCarlo. Lo que quedaba de su cara fue suficiente para que estuviera segura de que se trataba de él, y de que su muerte había sido horrenda. Con dedos entumecidos, pasó la primera fotografía de la policía y miró la segunda.

De pronto supo qué espantosa y cruel podía ser la muerte. Ninguna de las muchas fantasías de terror de Hollywood podían compararse con aquella horrible realidad. Distinguió el impacto desgarrador de la bala, dónde se habían saciado los animales. El sol del desierto fue tan cruel como los disparos y los depredadores. La fotografía en color era a la vez espeluznante y desapasionada.

No podía apartar la mirada de la fotografía, ni siquiera cuando el zumbido en su cabeza se convirtió en un rugido, ni tampoco cuando la visión se le hizo borrosa y el cuerpo hinchado e inerte pareció levantarse desde la superficie de la fotografía y acercarse a sus ojos aterrorizados.

Jed maldijo en silencio cuando entró y vio su cara pálida y la carpeta abierta. De una zancada llegó hasta ella y advirtió cómo se le ponían los ojos en blanco. Con dos movimientos enérgicos, apartó la silla del escritorio y le hizo poner la cabeza entre las rodillas.

—Ahora respira con lentitud.

El tono de su voz fue duro, pero apoyó una mano tierna en la nuca de Dora mientras cerraba la carpeta.

Dora trataba desesperadamente de tomar aire al tiempo que las náuseas le revolvían el estómago.

—Estaba llamando a Lea. Sólo estaba llamando a Lea...

—Mantén la cabeza baja —ordenó él—. Respira hondo.

—Pruebe un poco de esto —indicó Dearborne, tendiendo a Jed un vaso de agua.

Hubo mucha comprensión en el tono de su voz. Dearborne recordaba a su primera víctima de asesinato. La mayoría de los buenos policías lo hacían.

—Si quiere echarse un rato, en la oficina trasera hay una cama.

Jed mantuvo la presión sobre la cabeza de Dora y aceptó el vaso de agua.

—Se repondrá —aseguro—. ¿Nos disculpa un momento, sheriff?

—Claro. Tómense su tiempo —agregó Dearborne antes de salir.

—Quiero que te incorpores muy despacio —le indicó Jed—. Si te sientes mareada otra vez, vuelve a apoyar la cabeza en las rodillas.

—Estoy bien... —masculló Dora, pero el temblor era peor que las náuseas y mucho más difícil de controlar. Inclino la cabeza hacia atrás contra el respaldo de la silla y mantuvo los ojos cerrados—. Supongo que acabo de dar una honda impresión al sheriff.

—Bebe un poco de agua. —Le acercó el vaso a los labios—. Quiero que te sientas mejor antes de que empieces a oír mis gritos.

—Vas a tener que esperar un rato.

Abrió los ojos mientras bebía un sorbo de agua. Jed estaba furioso. Pero no podía preocuparse por ello en aquel momento.

—Cómo puedes afrontarlo? —preguntó en un susurro—. ¿Cómo es posible que lo afrontes como un hecho normal?

Jed se mojó los dedos en el agua fría y se los frotó en la nuca.

—¿Quieres acostarte?

—No, no quiero acostarme —contestó apartando la mirada de él—. Si tienes que gritar, ya puedes empezar. Pero antes de que lo hagas, deberías saber que no espiaba ni jugaba al detective. Créeme, yo no quería ver eso. No necesitaba verlo.

—Ahora puedes empezar a hacer trabajar tu mente para olvidarlo.

—Eso es lo que tú haces? —preguntó, obligándose a mirarlo otra vez—. ¿Simplemente archivas en el fondo de tu memoria esta clase de cosas y las olvidas?

—No hablamos de mí. Tú no tienes ningún motivo para acercarte a esto.

Dora se humedeció los labios reseca y dejó el vaso a un lado antes de hacer un esfuerzo por levantarse.

—¿No tengo ningún motivo? El hombre de ese expediente trató de violarme. Sin duda me habría matado. ¡Maldita sea, Jed, a pesar de saber lo que hizo y lo que trató de hacer, no puedo justificar lo que vi en esas fotografías! Supongo que me gustaría saber si tú puedes.

El había visto lo suficiente para saber qué clase de imagen la perseguiría. Había visto lo suficiente para saber que era peor que muchas otras.

—Yo no lo justifico, Dora. Si quieres saber si soy capaz de vivir con ello, la respuesta es sí. Puedo mirarlo. Puedo ir ahora mismo a la oficina del forense y echar un largo vistazo a la realidad. Y además, soy capaz de vivir con ella.

Dora asintió con la cabeza, se puso de pie y se tambaleó al caminar hasta la puerta.

—Te esperaré en el coche.

Antes de abrir la carpeta y estudiar las fotografías, Jed esperó a que ella se hubiera marchado. Prefirió un exabrupto, no por lo que veía, sino por lo que Dora había visto.

—¿Ella está bien? —preguntó Dearborne cuando volvió a entrar.

—Lo estará —respondió, y le entregó la carpeta—. Me gustaría aceptar su ofrecimiento de acompañarme para visitar al forense.

—Supongo que también quiere ver el cadáver.

—Se lo agradecería.

Dearborne tomó su sombrero y se lo puso.

—No hay ningún problema. En el camino puede leer el informe de la autopsia. Es interesante. Nuestro amigo tuvo una última cena fabulosa.

Dora rechazó los sándwiches que le ofreció la azafata y prefirió una tónica fría. Su organismo se rebelaba ante la sola idea de comida. Trató de ignorar los olores de carne y mayonesa mientras los demás pasajeros comían.

Había tenido mucho tiempo de pensar, tumbada en el asiento delantero del coche mientras Jed se hallaba con Dearborne. Tiempo suficiente para comprender que había descargado sobre él toda su conmoción y repulsión. En cambio, él no había descargado su cólera sobre ella.

—Todavía no me has gritado.

Jed siguió con su crucigrama. Hubiese preferido releer con detenimiento los informes de Dearborne, pero tendría que esperar hasta estar a solas.

—No parecía valer la pena.

—Preferiría que lo hubieras hecho, así dejarías de estar enojado conmigo.

—No estoy enojado contigo.

—Me lo pareció. —En realidad, Dora no estaba segura ni de lo que sentía ella misma, sólo sabía que debían dejar atrás aquel asunto—. Apenas has pronunciado palabra desde que salimos de Los Angeles. Si yo no me hubiera puesto en ridículo en la oficina del sheriff, te habrías enfadado conmigo. Querías hacerlo.

Jed levantó la mirada del diario para encontrarse con la sonrisa forzada de Dora.

—Sí, quise hacerlo. Estaba enojado porque habías visto esas fotografías, porque sabía que cruzarías una puerta que no se cerraría con facilidad, y nunca del todo. No había nada que yo pudiera hacer para evitarlo.

Dora apoyó una mano sobre la suya y comentó:

—No puedo ir tan lejos como para decir que me alegro de haber abierto esa carpeta, pero tú tenías razón, me acercó más. Creo que lo llevaría mucho mejor si me hubieras dicho qué averiguaste a través del sheriff Dearborne y en la oficina del forense. La especulación puede ser aún peor que la realidad.

—No hay mucho que contar —advirtió, pero dejó el diario sobre sus rodillas—. Sabemos que DiCarlo voló ala costa Oeste la víspera de Año Nuevo, que alquiló un coche y tomó una habitación en un hotel. Aquella noche, no durmió en esa habitación y no devolvió el coche. Al parecer, también reservó pasaje en un vuelo a Cancún, pero no lo usó.

Mientras trataba de reflexionar, Dora dejó la mano apoyada en la de Jed.

—Entonces, en ningún momento pensó en volver pronto al Este. ¿Crees que vino a Los Angeles para ver a Finley?

—Si lo hizo, no hay señales de ello. No hay registro de su visita a las oficinas en esa fecha. Si nos atenemos a la teoría de que trabajaba por su cuenta, DiCarlo podría haberse topado con la mala suerte mientras salía del país. O podría haber tenido un desacuerdo comercial con algún socio.

—Me alegro de no tener socios en mi negocio —murmuró Dora.

—La alternativa número tres, mi favorita, es que él trabajaba para Finley, se presentó a dar su informe, y Finley lo mató o lo hizo matar.

—Pero ¿por qué? DiCarlo no había terminado el trabajo, ¿verdad? Yo todavía tenía el cuadro.

—Esa puede ser la razón —subrayó Jed, encogiéndose de hombros—. Pero a estas alturas, no existe ninguna prueba material para relacionar a Finley con nada de todo esto. Sabemos que DiCarlo llegó a Los Angeles y murió allí. Fue asesinado en algún momento entre el treinta y uno de diciembre y el dos de

enero...'. por lo que pudo determinar hasta ahora el forense. Murió a causa de una única herida de arma de fuego en el abdomen y después, varias horas más tarde, fue trasladado del lugar, a juzgar por la falta de sangre en la alfombra que lo envolvía. Alguien le quitó la billetera y la cartera, para evitar la identificación cuando su cuerpo fuera encontrado. Las magulladuras en la cara fueron producidas varios días atrás. Yo fui el responsable. Las otras lesiones fueron posteriores a su muerte.

Jed no se atrevió a contarle que a DiCarlo también le habían destrozado las rodillas a balazos.

Para mantener la voz clara y firme, Dora bebía tónica como si se tratase de una medicina.

—Ya veo —dedujo—. Eso significa que no hay signos de lucha, ¿es así?

—Así es, señorita Holmes. —Le apretó la mano con gesto amistoso. Lo había asumido con entereza, advirtió, y la admiraba por ello—. El condenado había disfrutado de una succulenta última cena, que incluyó faisán, una considerable cantidad de vino y frambuesas con chocolate blanco.

Definitivamente no volvería a comer en mucho tiempo, concluyó Dora mientras le temblaba el estómago. Con disimulo, se llevó la mano libre al abdomen.

—Entonces podemos suponer que el difunto se hallaba relajado antes de morir —murmuró.

—Es muy difícil que se hubiera regalado una comida como ésa si estaba tenso. Dearborne va a estar bastante ocupado en revisar los menús de los restaurantes. También encontraron algunas piedras blancas y hojas secas en la alfombra en que estaba envuelto, de esas que se utilizan en los senderos de jardín y alrededor de arbustos ornamentales y floreros.

—Me pregunto cuántos senderos de jardín y floreros habrá en el área de Los Angeles.

—Te advertí que el trabajo de policía es tedioso. ¿Finley tenía jardines?

—Muy extensos —recordó ella, y dejó escapar un suspiro de resignación—. Parecía muy orgulloso de ellos y se mostró contrariado porque el cielo estaba cubierto de nubes y no pudo mostrármelos a la luz natural de las estrellas. Yo admiré sólo parte de ellos desde el solárium. —Sus mejillas palidecieron cuando se volvió para mirar a Jed, pero su voz se mantuvo serena—. Eran muy bonitos y ordenados bien perfilados con estrechos senderos de piedras blancas.

Jed se inclinó hacia ella y la besó.

—Tienes unos buenos ojos, Conroy. Ahora ciérralos un rato.

—Creo que estaré mejor si veo la película. ¿Cuál dijeron que era?

Buscó con manos nerviosas los auriculares, mientras Jed enchufaba el cable para ella.

—Es la nueva de acción de Costner. Creo que hace de policía.

—Perfecto. —Dora suspiró, se puso los auriculares y escapó.

En Los Ángeles, Winesap entró en la oficina de Finley. Los hombres tímidos, como los perros pequeños, con frecuencia perciben el humor de su amo con sólo olfatear el aire. Winesap se retorció las manos.

—¿Quería yermes, señor Finley?

Sin levantar la mirada de sus papeles, Finley le hizo señas de que entrara. Con un trazo de su pluma, iniciaba modificaciones en un contrato, que supondrían la pérdida de casi doscientos puestos de trabajo. Cuando se reclinó en el sillón, sus ojos se mostraban vacíos.

—¿Cuánto tiempo hace que trabajas para mí, Abel?

—¿Señor? —preguntó Winesap, y se humedeció los labios—. A esta fecha, ocho años.

Asintiendo lentamente con la cabeza, Finley se dio unos golpecitos en su labio superior con el dedo índice.

—Ocho años... Bastante tiempo. ¿Eres feliz en tu trabajo, Abel? ¿Te sientes bien tratado, bien remunerado?

—Oh, sí, señor. Usted es muy generoso, señor Finley.

—Me gusta pensar que lo soy. Y justo, Abel. ¿También encuentras que soy un hombre justo?

—Siempre. —De pronto en su cerebro se proyectó la imagen del cuerpo ensangrentado de DiCarlo—. Sin excepción, señor —agregó.

—Esta mañana he estado pensando en ti, Abel. En realidad, toda la mañana y parte de la tarde. Mientras lo hacía, se me ocurrió que a lo largo de todos estos... ¿ocho años dijiste?

—Sí señor, ocho. —Winesap empezó a sentirse como una araña atontada por una avispa—. Ocho años.

—Verás, pensé que a lo largo de estos ocho años he tenido muy pocos motivos para criticar tu trabajo. Eres rápido, eficiente, eres... en la mayoría de los casos... cuidadoso.

—Gracias, señor —dijo Winesap, aterrorizado por el matiz de su jefe—. Hago mi trabajo lo mejor que puedo, señor.

—Creo que lo haces. Por eso hoy me encuentro tan decepcionado. Creo que lo hiciste lo mejor que pudiste, y que no fue suficiente.

—¿Señor? —susurró Winesap.

—Tal vez no has encontrado tiempo en tus muchas ocupaciones para leer el diario de la mañana?

—Eché un vistazo a los titulares. —Winesap se disculpó—. Las cosas han estado un poco agitadas.

Con los ojos brillantes, fijos en la cara de Winesap, Finley apuntó un dedo al periódico sobre su escritorio.

—Siempre hay que conseguir tiempo para enterarse de los sucesos actuales. Como éste. Léelo ahora, Abel, si me haces el favor.

Temblando de terror, Winesap se acercó al escritorio y tomó el diario.

—Sí, señor.

La noticia a la que se refería Finley se hallaba marcada una y otra vez con círculos de tinta roja. Winesap empezó a leer en voz alta y sintió que se le revolvían las tripas.

—«Cadáver encontrado por excursionistas... Un cuerpo no... no identificado fue descubierto hace varios días en una... una hondonada... »

Finley le arrebató con violencia el ejemplar.

—Apenas se te oye, Abel. Déjame hacerlo por ti.

Con tono fluido y melodioso, Finley leyó el informe incompleto, que terminaba con las palabras habituales sobre que la policía estaba investigando.

—Por supuesto —agregó dejando el periódico sobre el escritorio—, nosotros nos hallaríamos en condiciones de identificar el cadáver. ¿No es así, Abel?

—Señor Finley... señor, fue encontrado a kilómetros de aquí. Nadie podría... —Se interrumpió y bajó la mirada.

—Esperaba de ti un trabajo mejor, Abel. Ese fue mi error. No fuiste cuidadoso. —Hablaban parsimoniosamente—. Por supuesto, tarde o temprano ellos van a identificar el cadáver... Me veré obligado a contestar más preguntas. Confío en que podré manejar a la policía, pero la molestia, Abel... Creo firmemente que deberías haberme ahorrado esta molestia.

—Sí, señor, siento una tremenda pesadumbre. —Winesap recordó el penoso viaje a las montañas, en el espantoso ascenso mientras arrastraba el cuerpo de DiCarlo—. Nunca podré disculparme lo suficiente...

—No, no creo que puedas. Sin embargo, como he estudiado con cuidado tus antecedentes de trabajo y no he encontrado ningún incidente desagradable, trataré de pasar éste por alto. En un par de días estarás de viaje hacia la costa Este, Abel. Confío en que llevarás el asunto de la señorita Conroy con más tacto del que empleaste con DiCarlo.

—Sí, señor. Gracias. Seré... cuidadoso.

Finley esbozó una sonrisa de satisfacción, que a Winesap le hizo pensar en un tiburón saciado.

—Estoy seguro de que lo serás. Borraremos de nuestra mente este desafortunado error. No creo que necesitemos tratarlo otra vez.

—Eso es muy comprensivo de su parte, señor Finley. Gracias.

Cauteloso, Winesap empezó a caminar hacia atrás para salir de la habitación.

—¡Ah, Abel...! —Finley gozó al ver que el hombre se detenía, aterrado—. En estas circunstancias, creo con sinceridad que deberías devolverme la cuchara de plata.

—Sí, por supuesto —farfulló.

Con mucho mejor ánimo, Finley se reclinó en el sillón cuando la puerta se cerró de forma respetuosa. Inmerso en un estado de gran agitación mental desde que leyó la noticia, procuró calmarse realizando sus ejercicios de respiración profunda. No había nada como el yoga para serenar el espíritu.

Iba a tener que vigilar de cerca a Winesap, pensó con tristeza. Si las cosas se complicaban demasiado en el asunto de DiCarlo, tiraría a los lobos al querido y devoto Abel, como tanta otra carne muerta. Sin embargo, esperaba que no fuese necesario.

No estaba preocupado por su persona. Cuando un hombre era lo bastante rico y poderoso, se dijo Finley, se hallaba por encima del alcance común de la ley.

La policía no podía tocarlo. Nadie podía. Si, por algún milagro menor, se acercaban demasiado, siempre habría una presa pequeña... como Abel, para despistarlos.

Pero él era un hombre magnánimo. Mientras son reía, Finley tomó de su escritorio el estuche que había traído de vuelta Winesap a su despacho y lo acarició. Un hombre muy magnánimo... a veces incluso ante una falta grave.

Mientras Abel siguiera con esmero las instrucciones y arreglara el asunto de la señorita Conroy, no habría necesidad alguna de matarlo.

28

Se alegraba de estar en casa, entregada a la sencilla rutina diaria. Dora se consoló con eso y trató de no pensar en la reunión que todavía tenía que afrontar con el señor Petroy.

No se había dado cuenta de que era lo bastante humana para sentirse ansiosa por la falta de aventuras. Pero la verdad era que deseaba volver a la vida sencilla, sin sobresaltos. Quería tener oportunidad de aburrirse.

Al menos, Jed no había notado su falta de apetito. Estaba segura de que habría hecho algún comentario si ella no se hubiera esforzado por ocultarlo tan bien. Debía estar igualmente agradecida con su habilidad tan femenina para usar los cosméticos. Sus ojos podían parecer cansados, su cutis pálido y tenso, pero con masajes faciales, cremas y polvos, se las había ingeniado para presentar una máscara muy convincente. Esperaba que aguantara hasta después del jueves.

Cuando se abrió la puerta de la tienda, se frotaba el entrecejo para tratar de atenuar su incipiente dolor de cabeza. Nada podía haberla hecho más feliz que ver la cara, sonriente y un tanto arrebatada, de su padre.

—¡Izzy, mi dulce niña!

—¡Papá, mi único amor verdadero!

Salió de detrás del mostrador para besarlo, y de inmediato se encontró entre los brazos de su padre. Aunque la preocupación le empañó los ojos, cuando se apartó aparecían otra vez alegres.

—¿Estás sola, pequeña? —inquirió.

—Ya no. Ha sido una mañana tranquila. ¿Quieres un poco de café?

—Media taza.

Quentin cavilaba mientras la veía dirigirse hacia el servicio de café y servir dos tazas. Conocía a sus hijos... sus caras, el tono de sus voces, las sutilezas de su lenguaje corporal. Llegó a la conclusión de que Isadora ocultaba algo. El lo averiguaría con bastante facilidad.

Aceptó la taza que Dora le ofrecía, sacó del bolsillo su petaca y agregó al café un generoso chorro de whisky.

—Tu madre me envía como embajador —anunció—. Queremos invitaros a que vengáis a compartir unos tragos y un rato de tertulia. Tú y tu joven amigo.

—Si te refieres a Jed, creo que no estaría de acuerdo con la descripción, pero aceptaría la invitación. ¿Cuándo?

—El jueves por la noche. —Arqueó una ceja al ver que una sombra de duda revoloteó por el semblante de su hija—. Antes del teatro, por supuesto.

—Claro. Tendré mucho gusto en confirmarlo con él.

—Le haré la invitación yo mismo. ¿Está arriba?

—No, creo que ha salido. —Dora sorbió su café, agradecida cuando vio que un par de posibles compradores pasaban de largo. Luego añadió—: Si quieres puedes confirmarlo más tarde con él.

Quentin observó que sus dedos nerviosos jugaban con la azucarera, por lo que preguntó:

—¿Habéis tenido alguna peleíta de amantes?

—Nosotros no nos peleamos. —Esbozó una sonrisa y puntualizó—: Discutimos de vez en cuando, pero pelear no forma parte de nuestro ritual. —Se sirvió una galleta, pero enseguida volvió a dejarla—. Lo que pasa es que hoy me siento un poco inquieta. ¿Quieres que vayamos a dar un paseo?

—¿Con una mujer hermosa? ¡Siempre!

—Voy a buscar el abrigo.

Pensativo, con los ojos entrecerrados, Quentin se preguntó si su selecto vecino sería el responsable del malhumor de su pequeña. Pero cuando ella volvió abotonándose el abrigo, sonrió afablemente y comentó:

—Creo recordar a alguien que disfruta de los días libres en que los demás trabajan. Tal vez deberíamos hacer un pequeño paseo hasta New Market y mirar algunos escaparates.

—¡Mi héroe!

Dora puso el cartel de cerrado y se cogió del brazo de su padre.

El le compró caramelos de gelatina y ella no quiso desairarlo al no comerlos. Se quedaron al aire libre, para gozar del frío y de la calle, de la atmósfera cosmopolita de las tiendas. Dora supo que se sentía mejor cuando la tentó una caja de porcelana de Limoges y un jersey de cachemir.

El viento soplaba entre los árboles pelados cuando se sentaron en un banco a tomar otro café. Quentin se hallaba otra vez empeñado en saber qué pasaba.

—¿Puedo comprarte un regalo? —preguntó—. Siempre sonreías cuando tratabas de convencerme de que te comprara alguna baratija.

—Siempre fui una mercenaria, ¿verdad?

Sonriendo, apoyó con cariño la cabeza en el hombro de su padre.

—Siempre te han gustado las cosas hermosas... y has sabido apreciarlas. Eso es un don, Izzy, no un defecto, —comentó él.

Dora sintió que unas lágrimas de emoción pugnaban por asomar a sus ojos.

—Supongo que tengo un capricho. Siempre creí que Will era quien los tenía.

—Todos mis hijos tienen caprichos maravillosos —aseguró Quentin con convicción—. Es el teatro que llevas en la sangre. Los artistas nunca son fáciles, ya sabes... No estamos hechos para serlo.

—¿Qué hay de los policías?

Quentin pensó un instante, bebió otro sorbo de café y respondió:

—También considero un arte el cumplimiento de la ley, aunque algunos lo llamarían ciencia. Pero el cálculo de los tiempos, la coreografía de los movimientos, el drama... Sí, es casi un arte. —Le pasó un brazo alrededor de los hombros y susurró—: Dime qué es lo que sientes, Izzy.

Siempre había podido explicarle lo que sentía, sin temor a ser criticada o censurada.

—Estoy tan enamorada de él! Quiero sentirme feliz por ello. Lo soy la mayor parte del tiempo, pero él no confía en esa clase de sentimientos. No tiene ninguna experiencia con los sentimientos. Sus padres no le dieron nada comparable con lo mucho que tú y mamá nos ofrecisteis. —Suspiró y se quedó mirando a una madre joven que empujaba un cochecito. El bebé tenía las mejillas rosadas y reía. La punzada de deseo sobrevino con rapidez, mezclando la sorpresa y la incomodidad. Lo deseaba, se dijo. Deseaba dedicar una hora de su tiempo a empujar el cochecito de su hijo y a sonreír—. Me temo que no podemos darnos el uno al otro lo que necesitamos —señaló con cautela.

—Primero tienes que descubrir cuáles son esas necesidades —sugirió Quentin.

Con aire pensativo, miró cómo se alejaban madre e hijo. Luego dijo:

—Creo que tengo una idea bastante aproximada sobre cuáles son mis necesidades. ¿Cómo se puede esperar que un hombre cuya niñez fue un curso sobre calamidades, dé el primer paso hacia la creación de su propia familia? No es justo que yo lo empuje a dar ese paso, pero tampoco lo es para mí negarme el derecho a darlo.

—¿Crees que sólo las personas que provienen de familias felices hacen felices a sus propias familias?

—No lo sé.

—La abuela de Jed parece pensar que él ya ha dado ese primer paso, y que se debate con cautela para el segundo.

—Yo no... —Se interrumpió y se enderezó para mirar con el entrecejo fruncido a su padre—. ¿Su abuela? ¿Hablaste con ella?

—Ria, tu madre y yo compartimos una reunión muy agradable mientras vosotros estabais en California. Una mujer realmente encantadora, por cierto. Está prendada de ti —concluyó.

La mirada de Dora se endureció.

—Parece que tengo que recordarte que soy una persona adulta y apta. Jed también lo es. No creo que sea correcto que os sentéis a discutir sobre nosotros, como si fuésemos niños estúpidos.

—Pero sois nuestros hijos. —Esbozó una sonrisa bondadosa y le palmeó las mejillas—. Cuando tengas tus propios hijos, comprenderás que el amor nunca se detiene, y tampoco lo hace la preocupación, el orgullo o el entrometimiento. Te quiero, Izzy, y tengo una gran fe en ti. Ahora dime qué más te preocupa.

La miró con una sonrisa radiante y le pellizcó con suavidad en la mejilla.

—No puedo —repuso Dora, afligida—. Pero puedo decirte que lo que me preocupa debería estar resuelto dentro de unos días.

—No me entrometeré —aseguró, pensando que no lo haría mientras ella se mantuviera en guardia—. Pero si dentro de poco no pareces más feliz, echaré a tu madre sobre ti —amenazó con un falso gesto de severidad.

—Estoy sonriendo —alegó ella, enseñando los dientes—. ¿Lo ves? No podría ser más feliz.

Satisfecho, al menos por el momento, Quentin se levantó. Después de tirar el vaso vacío en una papelería, le ofreció una mano y propuso:

—Ven, vamos de compras.

Jed había citado a Brent en el gimnasio, donde podía descargar algo de tensión aporreando el saco de arena.

—Está hecha un manojo de nervios. No lo admitirá, pero se encuentra como agarrotada por dentro. —Igualmente tenso, descargó una rápida sucesión de golpes sobre el saco, ante las protestas de Brent, que lo sostenía con firmeza—: No estoy ayudándola —agregó Jed.

Brent sintió que el sudor le empapaba la camisa, y deseó haber convencido a Jed de que se reunieran en algún confortable café.

—Nos movemos tan rápido como podemos, Jed. Después del encuentro del jueves, podremos mantenerla lejos de este asunto.

Jed dejó de golpear el pesado saco y añadió, lanzando un último puñetazo:

—No es sólo eso. Está enamorada de mí.

Brent se quitó las gafas para limpiar el sudor que había empañado los cristales.

—¿Se supone que es una novedad? —insinuó.

—Maldita sea, Brent. Ella necesita más de lo que yo puedo darle. Merece recibir más.

—Es posible. ¿Se queja?

—No.

Jed parpadeó para quitarse las gotas de sudor que tenía sobre los ojos y siguió lanzando golpes al aire.

—Entonces relájate y disfruta del espectáculo.

Jed giró sobre sí mismo con tanta velocidad y violencia, que Brent concentró todas sus fuerzas para resistir el puñetazo.

—No es un jodido espectáculo! No hay nada de eso con Dora. Es... —Se interrumpió de pronto, furioso ante la sonrisa burlona dibujada en la cara de Brent—. No te burles de mí... —pidió en un susurro.

—Sólo estoy probando la temperatura del agua, capitán. —Cuando vio que Jed hacía ademán de quitarse los guantes, Brent se los desató servicialmente—. Por cierto, el rumor extraoficial asegura que estarás otra vez al mando dentro de un mes. Goldman está poniéndose nervioso.

—Se sentirá mejor cuando yo firme los papeles de su traslado.

—Deja que me arroje a tus pies!

La boca de Jed se torció en una mueca mientras abría y cerraba los puños.

—El lunes haremos el anuncio oficial. Si intentas besarme, compañero, tendré que golpearte —advirtió mientras tomaba una toalla para secarse la cara—. Por ahora, Goldman está al mando. ¿Está todo preparado para el jueves?

—Tendremos dos hombres en la tienda; otro par fuera, y una camioneta de vigilancia a media calle de distancia. Mientras Dora siga al pie de la letra las instrucciones, captaremos cada palabra.

—Ella las seguirá.

El haber pasado una hora con su padre despertó en Dora la necesidad de estar cerca de los suyos, por lo que cerró el negocio una hora antes y pasó la velada en casa de Lea. El bullicio de la sala familiar le serenó el espíritu.

—Creo que Richie hace grandes progresos con la trompeta —comentó Dora.

La cabeza erguida, Lea escuchaba los desafinados sonos musicales con una mezcla de orgullo y resignación.

—La banda dará un concierto en la escuela dentro de tres semanas. Te estoy reservando un asiento en primera fila.

—Dios te bendiga —dijo, y de la otra habitación oyó una serie de golpes sordos que parecían una impetuosa carga de caballería y el grito heroico de un rebelde—. Necesitaba esto.

Satisfecha, se sentó en un taburete frente a la barra del desayuno.

—Me encantaría dejarte a cargo de todo por un par de horas.

Lea agregó otro toque de borgoña al estofado que tenía sobre el fuego. Dora bebió otro sorbo de vino.

—No necesito tanto —advirtió—. Pasé un rato con papá esta tarde, y me hizo pensar cómo sería si él no fuese tan accesible. Eso es todo.

Con el entrecejo fruncido, Lea golpeó la cuchara contra el costado de la cacerola y la dejó en un soporte de cucharas con forma de pato.

—Algo está pasando —alertó—. Tienes una arruga entre las cejas y estás pálida. Tú siempre palideces cuando te encuentras preocupada por algo.

—Tú también estarías preocupada si tuvieras que encontrar un nuevo contable justo antes—del balance de fin de enero.

Lea se acercó más para observarla.

—No es motivo suficiente. Estás nervioso, Dora, y tus nervios no tienen nada que ver con los negocios. Si no me cuentas de qué se trata, tendré que soltar a mamá sobre ti.

—Por qué todos me amenazan con mamá? —preguntó—. Estoy alterada, ¿de acuerdo? Mi vida ha dado un par de giros inesperados. Me gustaría que mi familia respetara mi vida privada, lo suficiente para permitirme resolver mis propios problemas.

—De acuerdo. Lo lamento.

Dora se frotó la cara con una mano y respiró hondo para serenarse.

—No, yo lo lamento. No debería haberme desfogado contigo. Supongo que todavía estoy nerviosa por el vuelo. Creo que me iré a casa, tomaré un baño caliente y dormiré doce horas.

—Si mañana no te sientes mejor, puedo ir más temprano.

—Gracias. Te lo haré saber.

Cuando se disponía a bajar del taburete, llamaron a la puerta.

—¡Hola! —saludó Mary Pat, asomando la cabeza. Se quedó un momento para escuchar los gritos y la estridencia de la trompeta—. He venido para recoger mis monstruos —anunció—. ¡Ah, ese pataleo de pies pequeños...! ¿No es maravilloso?

—Siéntate —la invitó Lea—. A menos que tengas prisa.

—Sí, gracias. —Respiró hondo al sentarse en el taburete junto a Dora—. He estado de pie ocho horas seguidas. Tuvimos dos emergencias seguidas. ¡Dios, Lea! ¿Cómo te arreglas para criar a tus hijos, tener un empleo y cocinar de esta manera?

Con una sonrisa, Lea le sirvió una copa de vino y bromeo:

—Tengo una jefa comprensiva. Ella me dio el día libre.

—Hablando de trabajo, ¿no son fantásticas las novedades sobre Jed?

—¿Qué novedades?

—Regresa al trabajo —informó Mary Pat. Luego cerró los ojos, se masajeó la nuca y no advirtió la mirada de asombro de Dora—. Brent no cabe en sí de entusiasmo. El odiaba a Goldman, por supuesto. ¿Quién no? Pero es más que eso. El departamento necesita a Jed y Jed necesita al departamento. Ahora que ha decidido volver, está claro que ha levantado la cabeza. Tampoco creo que vaya a esperar hasta el próximo mes para retomar el mando. De lo contrario... —Se interrumpió al ver la expresión de Dora y exclamó: ¡Oh, maldición! Hablé de más, ¿verdad? Cuando Brent me dijo que el lunes harían el anuncio oficial, supuse que tú lo sabías.

Dora se esforzó por esbozar una sonrisa y dijo:

—No. Jed no lo mencionó. Sin embargo, es una buena noticia. Es una noticia extraordinaria. Estoy segura de que es lo que él necesita. ¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

Idiota, pensó Mary Pat, preguntándose si se refería a sí misma o a Jed.

—Un par de días —respondió—. Estoy segura de que él pensaba decírtelo en cuanto... —Pero no pudo imaginar ninguna excusa razonable, así que agregó—: Lo lamento.

—No lo lamentes. Me alegro de oír eso. —Corrió el taburete hacia atrás, tomó su abrigo y dijo—: Ahora tengo que marcharme.

—Quédate a cenar. Hay mucha comida —le ofreció Lea.

—No. Tengo algunas cosas que hacer. Saluda a Brent de mi parte, Mary Pat.

—Por supuesto. —Cuando la puerta se cerró, Mary Pat se llevó las manos a la cabeza y comentó—: Me siento como si hubiera atropellado a un cachorro. ¿Por qué diablos él no se lo dijo?

—Porque es un imbécil —contestó Lea, enojada—. Todos los hombres son unos imbéciles.

—Sí, claro. Pero éste se lleva la palma. Fue un insensible. No lo entiendo, Lea. Hace mucho que conozco a Jed y no es insensible. Cauteloso sí, pero no insensible.

—Tal vez olvidó la diferencia.

A la mente le ocurren cosas extrañas a las dos de la madrugada, en especial a la de un hombre que espera a una mujer. Empieza a especular, a pensar, a preocuparse... Envuelto en sudor, Jed caminó de un lado a otro en su salón, salió por la puerta que había dejado abierta y anduvo de un extremo al otro del corredor.

Como hizo muchas veces en las últimas cuatro horas, fue hasta la puerta trasera y miró hacia el aparcamiento. Allí fuera, su coche estaba tan solo como él dentro. No había señal alguna de Dora.

¿Dónde diablos estaría? Volvió al apartamento para mirar el reloj, para comprobar si marcaba la misma hora que su reloj de pulsera. Las dos y un minuto. Si ella no regresaba a casa dentro de diez minutos, se prometió que haría llamar a todos sus hombres y daría la alarma.

Miró hacia el teléfono. No fue hasta que descolgó el auricular que se dio cuenta de que tenía las manos sudadas. Maldiciendo en silencio, volvió a colgar. No, no iba a llamar a los hospitales. Ni siquiera se permitiría pensar de esa manera.

Pero ¿dónde diablos se encontraba ella? ¿Qué estaría haciendo a las dos de la madrugada?

Cuando se disponía a usar otra vez el teléfono, se detuvo ante la aparición de una nueva idea en su mente. Quizá Dora estuviera pagándole con la misma moneda. Era un pensamiento sano, incluso reconfortante. Trató de concentrarse en él. ¿Así es como se sintió Dora cuando él había vuelto tarde sin haberla avisado? ¿Hacía esto para mostrarle cómo era agonizar en silencio, cuando no se sabe dónde se halla la persona que a uno le importa?

No iba a salirse con la suya, decidió. Iba a pagar muy caro por esto. Pero de nuevo su mano se movió hacia el teléfono, cuando de pronto oyó la llave que se introducía en la cerradura.

Antes de que ella la abriera, él ya había atravesado el corredor y se encontraba frente a la puerta.

La pregunta estalló en sus labios, llena de furia y preocupación.

—¿Dónde diablos has estado? ¿Tienes idea de qué hora es?

—Sí. —Con premeditación, Dora cerró lentamente la puerta—. Perdón. No me di cuenta de que tenía que respetar el toque de queda.

Pasó junto a él sólo porque Jed estaba demasiado perplejo para detenerla. Pero se recuperó rápido. La alcanzó en la puerta de su apartamento y la hizo volverse.

—Un momento, Conroy. Por ahora olvidaremos las cuestiones personales. El hecho es que tú eres un blanco perfecto, y fue una irresponsabilidad increíble por tu parte el permanecer no localizada hasta tan tarde.

Dora introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta de su apartamento.

—Soy responsable de mí misma. Como puedes ver, estoy bien.

Jed dio un golpe a la puerta antes de que ella pudiera cerrarla.

—No tenías ningún derecho...

—¡No me hables de derechos! —lo interrumpió, fría y serena—. Pasé la noche tal como yo elegí pasarla.

La ira y el resentimiento se apoderaron de Jed.

—¿Con quién estuviste?

—Sola.

Se quitó el abrigo y lo colgó en el armario.

—Lo has hecho para vengarte, ¿verdad?

Sin mirarlo, pasó junto a él y se dirigió a la cocina para servirse un vaso de agua. Luego respondió:

—No. Lo hice porque quería hacerlo. Lamento que te preocupes. No se me ocurrió pensarlo.

Exasperado, le quitó el vaso de la mano y lo tiró con tal violencia dentro de la piletta, que se hizo añicos.

—¡No se te ocurrió...! ¡A la mierda con esto, Conroy! ¡Sabías muy bien que me volvería loco! Estuve a punto a dar la alarma.

—Vaya, qué curioso. Vuelves a hablar como un policía. Me alegro de que regreses a tu actividad, Skimmerhorn. Eres un pésimo civil —repuso con una mirada tan opaca como su voz—. ¿Quieres que te exprese mis felicitaciones, capitán, o sólo los mejores deseos? —Como él no contestó, ella asintió con la cabeza y agregó—: Bueno, puedes recibir ambos.

—No será oficial hasta la próxima semana —comentó Jed con cautela, mientras observaba su cara. Nunca había visto una expresión tan fría y lejana en su mirada—. ¿Cómo te enteraste?

—¿Acaso eso importa? Lo importante es que no lo supe por ti. Me permites... —Se dirigió al salón.

Jed cerró los ojos un instante y se lamentó por ser tan estúpido.

—Así que estás enojada. Está bien. Pero eso...

—No —lo interrumpió ella—. No está bien. Y no estoy enojada. —Exhausta, se sentó en el brazo de un sillón y comentó—: Quizá pienses que ahora lo veo claro, que estoy acabada, pero no, Jed, no estoy enojada.

La serena resignación mortificó a Jed, que trató de excusarse.

—Dora, no quería herirte.

—Lo sé. Por eso lo veo claro. No me lo dijiste porque no consideraste que fuera un asunto de mi incumbencia. Es probable que lo más acertado sería decir que no quisiste que fuera de mi incumbencia. Era una decisión muy importante para tu vida. Tu vida —repitió con acritud—, no la mía. Así pues, ¿por qué deberías molestarte en decírmelo?

Dora se alejaba cada vez más de él.

—Hablas como si yo quisiera evitar que lo supieras. Necesitaba pensarlo bien, eso es todo. No creí que pudieras entenderlo —se excusó Jed, apesadumbrado.

—No me diste la oportunidad, Jed —explicó con voz queda—. ¿Cómo pudiste pensar que no entendería lo importante que es tu trabajo para ti sabiendo lo que siento?

Un escalofrío de pánico recorrió la espalda de Jed.

—No tenía nada que ver contigo. —En cuanto pronunció aquellas palabras, supo que había cometido otro error. La mirada de Dora seguía siendo incisiva, pero llena de pesar—. No quise decir eso —se disculpó.

—Creo que sí. Desearía no culparte por ello, pero hago. Sé que fue duro para ti, pero has hecho tus propias elecciones durante mucho tiempo. Elegiste no aceptar mis sentimientos hacia ti, y elegiste no permitirme sentir nada. Yo te culpo por ello, Jed. —Su voz no vacilaba, su mirada seguía siendo firme, pero las manos sobre su regazo permanecían apretadas con fuerza—. Te culpo por eso, y por herirme. Te dije que no soporto el dolor, y no finjo que no existe cuando sí está. Como eres el primer hombre que me ha destrozado el corazón, creo que deberías saberlo.

—¡Por el amor de Dios, Dora!

Empezó a acercarse a ella, pero Dora dio un paso atrás y exclamó:

—¡No me toques! Es humillante para mí comprender por fin que eso era lo único que tuvimos.

Jed cerró los puños, consciente de que no podría abrirse paso por la muralla que él mismo había levantado entre ellos.

—Eso no es cierto —negó—. Estás exagerando, Dora. Es sólo un empleo.

—Me gustaría que lo fuera. Pero los dos sabemos que es la parte más importante de tu vida. Renunciaste a él para imponerte un castigo, y lo necesitas porque sin él no puedes ser feliz..., y quizá ni siquiera sentirte entero. Me alegro por ti, Jed. Sinceramente me alegro.

—No necesito que me analices. Necesito que olvides esto y seas razonable.

—Estoy siendo razonable, créeme. Tan razonable que voy a hacerlo fácil para los dos. Pasado mañana deberías estar en condiciones de atar los cabos sueltos sobre la pintura. Después no me necesitarás más.,

—¡Maldita sea, sabes que te necesito!

Dora trató de contener las lágrimas.

—No puedes imaginar qué hubiera dado por oírte decir eso antes. Ojalá hubieras sido capaz, sólo una vez, de mirarme a los ojos y decirme que me necesitabas. Pero yo no soy una mujer valiente, Jed, y tengo que protegerme.

Jed no podría abrirse paso a través de la muralla que había surgido entre los dos, pero el dolor de ella sí pudo. Lo golpeó a través de las grietas y lo destruyó.

—¿Qué quieres, Dora?

—Cuando terminemos el jueves, pienso cerrar el negocio por un par de semanas y hacer un viaje a algún lugar cálido. Eso debería darte tiempo suficiente para encontrar otro lugar y mudarte.

—Esa no es la manera de arreglar esto.

—Es mi manera. Supongo que tengo derecho a llevar la batuta. Lo siento, pero no te quiero aquí cuando regrese.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Perfecto.

El tenía su orgullo. Ya había sido rechazado antes. Si esta vez abría un agujero candente en él, encontraría algo con qué llenarlo. Pero no rogaría. Cubriría las heridas con un escudo profesional.

—Me marcharé en cuanto las cosas estén bien atadas. Mañana, después de que cierres la tienda, habrá un equipo aquí dentro. Ellos tenderán los cables. Repasaremos el procedimiento cuando hayan terminado.

—Muy bien. Ahora quisiera que me dejaras sola. Estoy muy cansada —dijo yendo hasta la puerta y manteniéndola abierta—. Por favor.

Jed se dio cuenta de que le temblaban las manos. Cuando oyó cerrarse la puerta detrás de él, tuvo la desagradable y firme sensación de que había sido expulsado de la mejor parte de su vida.

29

—¿Qué demonios os pasa? —preguntó Brent cuando Jed subió a la camioneta de vigilancia.

Tras hacer caso omiso de la pregunta, Jed sacó un cigarrillo e inquirió:

—¿Cómo se oye el sonido?

—Fuerte y claro.

Aunque Brent le ofreció los auriculares, el teniente estaba lejos de dar por zanjada la cuestión.

—Lo bastante fuerte y claro para oír que ahí dentro los dos hablabais como amables desconocidos. ¿No crees que a ella le vendría muy bien un empujoncito moral en lugar de una conferencia sobre el procedimiento?

—Basta ya. —Jed se puso los auriculares y miró por la ventanilla trasera de la camioneta, para asegurarse de que tenía una visión clara del establecimiento. Luego preguntó—: ¿Están todos en su lugar?

—Estamos preparados —le aseguró Brent—. Oye, tal vez te sentirías mejor si estuvieras allí dentro.

—Ella se encontrará más cómoda si no estoy. Mira, yo me ocuparé de mis cosas —aclaró, y dio una honda calada al cigarrillo—; tú de las tuyas.

—Todavía no diriges el espectáculo, capitán.

El tono irritado en la voz de Brent hizo que Jed se enojara, pero antes de que pudiera responder, sonó la radio.

—Base, aquí unidad uno. Un hombre que responde a la descripción del sujeto acaba de bajar de un coche en la esquina de South y Front Street. Camina hacia el oeste.

—Parece que empieza la función —murmuró Brent.

De inmediato Jed cogió el teléfono portátil. Dora contestó a la primera llamada.

—Buenas tardes, Dora's Parlor.

—El viene hacia aquí —indicó Jed, escueto—. Lo tengo a la vista.

—Muy bien. Aquí está todo listo.

—Mantén tranquila, Conroy.

—Seguro.

—Dora... —Pero ella ya había interrumpido la conexión, por lo que Jed murmuró—: ¡Mierda!

—Ella puede controlarlo, Jed.

—Sí. Pero no sé si yo podré. —Observó a Winesap, que caminaba deprisa por la acera, con los hombros luchando contra el viento—. Acabo de comprender que estoy enamorado de ella.

Ignorando el palpar que sentía en la nuca, se puso los auriculares justo a tiempo de oír el tintineo de las campanillas de la tienda. Winesap había entrado.

Dora salió de detrás del mostrador y ofreció la mejor sonrisa que siempre tenía reservada a todo nuevo cliente.

—Buenas tardes —saludó—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—¿Señorita Conroy? Soy Francis Petroy.

—Sí, señor Petroy. Estaba esperándolo —dijo con una sonrisa más amplia.

Fue hasta la puerta y puso el cartel de cerrado. Por un instante dirigió la mirada hacia la camioneta, y después la desvió.

—Me alegro mucho de que haya podido venir. ¿Le apetece un café? ¿O té?

—No quisiera causarle ninguna molestia.

—De ninguna manera. Siempre lo tengo a punto para los clientes. Así los negocios son más placenteros.

—Bien, tomaré una taza de té. —Winesap pensó que le suavizaría el estómago más que el Alka—Seltzer que había tomado una hora antes—. Su negocio es realmente impresionante.

—Gracias. —Con satisfacción, Dora advirtió que su niano aferraba firmemente el asa de la tetera—. Me gusta rodearme de cosas hermosas —agregó—. Sin duda usted lo entiende muy bien.

—¿Perdón?

—Siendo un coleccionista de arte... —Le tendió una taza de té y sonrió—. ¿Crema o limón?

—No, no. Nada, gracias.

—Usted dijo que se especializa en el arte abstracto, pero podría encontrar interesantes algunos de mis pósters antiguos.

Señaló el cartel de un fabricante de automóviles para un Bugatti, que se hallaba colgado junto a una muchacha, de Vargas.

—Ah sí, muy bonito, muy bonito.

—También tengo varias caricaturas de Vanity Fair en la otra sala. —Sin dejar de mirarlo, Dora bebió un sorbo de té—. En fin, como fanático del abstracto, supongo que estaría más interesado en, digamos... un Bothby o un Klippingdale —añadió, inventando los nombres.

—Sí, por supuesto. Unos talentos excepcionales.

El té se agrió como vinagre en el estómago de Winesap. Se había esforzado en estudiar con meticulosidad libro tras libro sobre arte abstracto. Pero todos los nombres y las obras se desvanecían con el vértigo de su mente.

—Verá, no tengo una gran colección. Por eso me intereso por los artistas poco conocidos.

—Como Billingsly.

—Exacto —acordó con un suspiro de alivio—. Estoy impaciente por ver esa obra, señorita Conroy.

—Entonces no hay nada más que decir.

Le indicó el camino hacia la sala contigua. La amiga de Jed había trabajado horas extra para reproducir la pintura. Ahora estaba allí, como un desnudo impertinente entre almidonadas damas victorianas en una bonita sala de estar.

—¡Ah...!

Su satisfacción fue tan grande, que Winesap se emocionó. Pensó que era horrible, por supuesto, pero se ajustaba a la descripción que le habían hecho.

—Es un estilo tan audaz y arrogante —comentó Dora—. Yo me quedé prendada de ella.

Winesap fingió estudiar detenidamente los trazos de pincel.

—Sí, claro. Responde a todas mis expectativas. Me gustaría mucho agregar esta obra a mi colección.

—Estoy segura de ello —dijo Dora con tono alegre—. ¿Tenía alguna oferta en mente, señor Petroy?

—En mente... Por supuesto. —Trató de mostrarse modesto—. No obstante, preferiría que usted pusiera un precio, ya sabe, para empezar a negociar...

Dora se sentó en un sillón de respaldo alto y se cruzó de piernas.

—Tendré mucho gusto en hacerlo. ¿Por qué no empezamos con doscientos cincuenta mil?

Winesap la miró, perplejo. De su garganta surgió una especie de gruñido antes de conseguir objetar:

—Señorita Conroy, señorita Conroy, no puede hablar en serio!

—Se equivoca. Parece cansado, señor Petroy. ¿Quiere sentarse? —le ofreció, señalando una banqueta con tapizado de petit—point, y Winesap pareció hundirse en el asiento—. Ahora, seamos francos —insinuó entonces Dora—. Usted no conoce mucho de arte, ¿verdad?

Winesap tiró de la corbata que lo estrangulaba.

—Bueno, en realidad... Como le dije, tengo una pequeña colección.

—Pero usted mintió, señor Petroy —aseguró Dora con tono afable—. No tiene la menor idea sobre el arte abstracto. ¿No cree que sería más sencillo, y más amistoso, que los dos admitiéramos que en este momento nos hallamos más interesados en el impresionismo que en el expresionismo?

Por un instante, él no la siguió. Después su cara palideció.

—Usted sabe lo de la pintura —farfulló.

—Yo la compré, ¿no?

—Sí, pero eso fue un error —afirmó abriendo los ojos desorbitadamente—. ¿Usted sabía... desde el principio lo del Monet? ¿Usted trabajaba para DiCarlo? Usted... usted me engañó —acusó, desesperado.

Dora apenas rió entre dientes y se inclinó hacia adelante.

—No tiene necesidad de mostrarse tan ofendido. Después de todo, usted envió aquí a DiCarlo, ¿no es así?

Disgustado, Winesap levantó las manos.

—Fue culpa suya. Toda esta confusión es por su culpa. No entiendo por qué lamenté que tuviera una muerte tan horrible.

La imagen en la fotografía de la policía resplandeció en la mente de Dora.

—Así que usted lo mató... por esto —susurró, pero Winesap no la escuchaba.

—Ahora yo tengo que encargarme otra vez de arreglar todo este lío. No me siento feliz por los doscientos cincuenta mil, señorita Conroy. En absoluto —dijo con tono amenazador.

Ambos se pusieron de pie. En el momento en que él buscaba algo dentro de su abrigo, dos agentes irrumpieron por la puerta trasera.

—¡Quieto!

Winesap observó los revólveres que le apuntaban y palideció. Horrorizado, soltó el talonario, que cayó al suelo.

—Iba a pagarme por la pintura —señaló Dora con voz queda.

Aturdida, vio cómo dos agentes escoltaban a Winesap esposado fuera de la tienda. No había necesitado apoyar la cabeza en las rodillas, pero se quedó sentada. Era una apuesta segura, porque no sabía si sus piernas podrían sostenerla. Soltó una carcajada con un ligero tinte de histeria.

—Iba a extender un cheque. ¡Dios, si le hubiera pedido mucho más...!

—Aquí tienes —dijo Jed, poniéndole una taza en la mano.

—¿Qué es?

—Ese té que estabas tomando... con un poco de brandy.

—Buena idea. —Se lo bebió de un trago y sintió un calor agradable en el estómago—. Supongo que consiguieron lo que necesitaban.

—Conseguimos bastante. Lo hiciste muy bien, Holmes.

Jed deseó hundir los dedos en sus cabellos, pero tuvo miedo de que lo rechazara. Entonces ella alzó la mirada y dijo, mirándole a la cara:

—Sí, lo hice. Supongo que en realidad no formamos un equipo tan malo.

—Ha sido duro para ti.

—Vengo de un tronco bastante fuerte, Skimmerhorn. Los Conroy no se doblan con facilidad.

Eufórico, Brent entró impetuosamente para levantar a Dora de la silla.

—Estuviste brillante! —exclamó, y la besó en la mejilla—. Un trabajo de primera, Dora. Si quieres un empleo en la policía, cuenta con mi recomendación.

—Gracias. Pero estoy guardando en naftalina mi lupa y mi gorra.

—¿Quizá para otra vez?

—Sherlock Holmes... —murmuró Jed, y sintió una opresión en el corazón—, me voy con Brent a la oficina de interrogatorios. ¿Estarás bien?

—Lo estaré. Terroríficamente bien —ironizó con una sonrisa radiante, pero por las dudas se aferró al brazo del sillón—. Todavía se me hace difícil creer que ese patético hombrecillo haya maquinado todo esto y matado a DiCarlo.

Brent abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla ante una fulminante mirada de advertencia de Jed.

—En la cinta grabada tenemos suficiente información para sonsacarle el resto —se limitó a comentar.

Sintiéndose inútil, Jed hundió las manos en sus bolsillos y preguntó:

—¿Seguro que estarás bien?

—Ya te he dicho que sí. Ve a trabajar de policía —señaló, y suavizó sus palabras con una sonrisa—. Te queda bien.

Se mesó el cabello y Jed observó cómo los mechones volvían a su lugar, bellos como siempre.

—Les agradecería que me hicieran una llamada y me informaran del resultado del interrogatorio.

—Recibirás un informe completo —le prometió Brent.

—Por la mañana —solicitó y, más serena, volvió a ponerse de pie—. Ahora me voy arriba y dormiré veinticuatro horas. Si ya han terminado aquí, cerraré con llave en cuanto se marchen.

Los acompañó hasta la puerta. Antes de salir, Jed se volvió y le apretó la mano que tenía sobre el mentón. No pudo evitarlo.

—Me gustaría hablar contigo mañana, cuando te sientas en condiciones.

Estuvo a punto de ceder. Había casi tanto pesar en los ojos de Jed, como el que ellaguardaba en su interior. Pero una ruptura rápida era una ruptura limpia.

—Mi agenda se halla un poco apretada, Jed. He reservado un vuelo a Aruba para las primeras horas de la mañana. Tengo que preparar el equipaje.

No había nada en su voz, nada en su semblante, que ofreciera la menor brecha.

—Te mueves rápido —reconoció Jed.

—Me pareció lo más adecuado. Te enviaré una postal. —Odiando el sabor amargo que le había dejado esa manifestación, apretó la mano de Jed y añadió antes de cerrar la puerta con llave—: Demuéstrales lo que sabes, capitán.

—Por Qué no le dijiste que hemos pedido a la policía de Los Angeles que vaya tras Finley? —preguntó Brent cuando Jed salió a la calle.

El dolor era insoportable, como si hubiera recibido una paliza despiadada con puños cubiertos de caucho.

—¿Crees que eso la habría ayudado a dormir más tranquila?

—No, supongo que no —repuso Brent, siguiendo a Jed.

Ella trataba de convencerse de que dormir era justo lo que necesitaba. No había disfrutado de una noche completa de sueño desde hacía más de una semana. Bajó la persiana de la puerta de entrada y se armó de energía para levantar la bandeja del café y el té.

Se prometió que cuando llegara a Aruba no haría otra cosa que dormir. Dormiría en la cama, en la playa, en el mar. Quemaría bajo el sol del Caribe la dolorosa depresión de su cuerpo y su mente, se libraría de la tristeza invernal y volvería bronceada y revitalizada.

Dejó la bandeja en el escritorio para cerrar con llave el almacén y conectar la alarma de seguridad antes de subir al apartamento.

Instintivamente llevó la bandeja a la cocina, para lavar las tazas. Cuando se disponía a salir, se encontró cara a cara con Finley, que sonrió y le cogió una mano.

—He seguido al pie de la letra su ofrecimiento de hospitalidad, Isadora. Debo reconocer que tiene una casa encantadora.

—En realidad no pienso que deba hacer ninguna clase de declaración sin un abogado.

Winesap se mordía las uñas y miraba, inquieto, a Brent y a Jed.

Brent se encogió de hombros y acercó una silla.

—Como prefiera. Nosotros tenemos todo el tiempo del mundo. ¿Quiere llamar a uno, o prefiere un abogado de oficio?

Con el orgullo herido, irguió la espalda encorvada y exclamó:

—¿Un abogado de oficio? ¡Oh, no! Yo puedo pagar un abogado. Tengo una buena posición económica —aseguró pensando que su abogado estaba en Los Ángeles—. Tal vez si me explicaran otra vez por qué estoy aquí, podríamos prescindir de la formalidad de un abogado.

—Usted está aquí bajo sospecha de robo, contrabando, conspiración para matar a un agente de policía y asesinato. Entre otras cosas... —agregó Brent.

Winesap se hundió en el asiento y dijo:

—Eso es absurdo. No sé de dónde pueden haber sacado una idea tan ridícula.

—Quizá le gustaría escuchar la cinta grabada de su conversación con la señorita Conroy —sugirió Jed, y se dirigió al magnetófono.

—Era una simple transacción... y privada, además.

Winesap trataba de insertar en su voz cierta indignación a través del miedo. Pero cuando Jed conectó el aparato, guardó silencio. Segundos más tarde, quedó de manifiesto que no había sido nada cuidadoso... y que además se había comportado como un estúpido.

Desesperado, trató de analizar la situación. No creía que le preocupara ir a prisión. En realidad sólo pensaba en Finley, y sabía que éste sometería a su empleado a la justicia del fuego.

—Tal vez podamos llegar a algún acuerdo. ¿Pueden darme un vaso de agua, por favor?

—Claro.

Brent se dirigió a la nevera y llenó un vaso de plástico.

—Gracias. —Winesap sorbió con lentitud mientras sopesaba sus posibilidades—. Creo que me gustaría tener inmunidad, y un lugar en el programa de protección de testigos. Sí, creo que eso sería necesario.

—Pues yo creo que lo necesario es que se pudra en una celda durante los próximos cincuenta años —comentó Jed con tono afable.

—Capitán, démosle una oportunidad a nuestro amigo —pidió Brent, para entrar en el ritmo clásico de un interrogatorio—. Tal vez él tenga algo para negociar.

—Lo tengo, se lo prometo. Si recibo garantías de que mi cooperación será recompensada, les daré todo lo que necesitan para hacer un arresto muy importante. —La lealtad, una cadena que colgó de su cuello durante ocho largos años, se soltó con facilidad—. Uno muy importante.

Jed hizo un gesto de asentimiento a Brent cuando sus miradas se encontraron y éste dijo:

—Llamaré al fiscal del distrito.

Finley apretaba con fuerza el brazo de Dora mientras la arrastraba al salón.

—Por qué no nos sentamos y mantenemos una charla de amigos? —propuso.

—¿Cómo logró entrar?

—Había tanta confusión esta noche, ¿verdad? —Sonrió al empujarla a una silla—. No estaba seguro de que Abel, el señor Winesap, fuera capaz de manejar solo y con eficiencia este asunto. Vine para supervisar. Creo que fue una buena idea.

Finley se sentó en otra silla y entrelazó las manos. Vio que Dora miraba hacia la puerta y él negó con la cabeza.

—Por favor, no intente escapar, Isadora. Soy muy fuerte y estoy muy bien entrenado. Odiaría tener que recurrir a la violencia física.

Ella también lo odiaría, se dijo, sobre todo porque estaba segura de que no llegaría muy lejos. Su mejor apuesta era ganar tiempo y esperar ayuda.

—Usted envió a DiCarlo.

—Es una larga y triste historia. Pero encuentro en usted una compañía tan agradable...

Se acomodó en la silla y empezó a hablar sobre los robos —planeados con cuidado en varios países, sobre la red de hombres y finanzas que requería el dirigir un negocio—exitoso... de forma legal e ilegal. Cuando llegó a DiCarlo, hizo una pausa y suspiró.

—No es necesario entrar en esos detalles con usted, ¿verdad, querida? Es una actriz excelente. Me pregunto por qué decidió dejar la escena. Después de su visita a mi oficina, me di cuenta de que usted y DiCarlo tenían algo en común.

Por un instante, Dora quedó demasiado perpleja para hablar.

—¿Cree que yo era su socia? —preguntó al fin.

Contrariado, Finley empezó a tirar de los puños de su camisa y dijo:

—Estoy seguro de que lo consideraba un amante adecuado. Puedo ver, sin temor a equivocarme, cómo sin duda lo indujo a traicionarme. Una lástima... —agregó Finley con suavidad—. Él era un hombre muy capaz.

—Lo que yo le dije en su oficina fue la más estricta verdad. El entró aquí con violencia y me atacó.

—Estoy casi seguro de que ustedes tuvieron algunas diferencias. Podría asumir que la codicia y el sexo entraron en conflicto y lucharon uno contra el otro. —Un destello sombrío se reflejó en los ojos de Finley—. ¿Encontró a otro hombre con más inventiva, Isadora, alguno que usted pudo manipular y enfrentar al pobre DiCarlo, para que él acudiera a mí con una excusa endeble por no devolverme mi propiedad?

—La pintura no era de su propiedad. Usted la robó. Y yo nunca estuve implicada con DiCarlo.

—Cuando él no volvió —prosiguió como si ella no hubiera hablado—, usted se preocupó y decidió intentarlo personalmente conmigo. ¡Oh, actuó con mucha inteligencia! ¡Tan encantadora, tan angustiada! Estuve a punto de creerle. Sólo me quedó una pequeña duda que, lamentablemente, demostró estar justificada en cuanto presencié los acontecimientos de esta tarde. Me decepciona que haya recurrido a la policía, Isadora. Conformarse sólo con una recompensa por el descubrimiento de la obra... —añadió, mientras la señalaba con el dedo índice—. Esperaba algo mejor que eso. Usted me ha costado dos hombres muy buenos, Isadora, y una pintura que deseaba muchísimo. Ahora, ¿cómo podemos arreglar esto?

Demasiado aterrorizada para quedarse sentada, se puso de pie de un salto.

—Ellos tienen a su hombre en la comisaría. En este momento estará contándoles todo lo que sabe sobre usted.

Finley lo pensó un momento, después movió los hombros para desechar la idea con elegancia.

—Cree que él se animará a hacerlo? Es posible. Pero no se preocupe. Muy pronto el señor Winesap va a sufrir un trágico y fatal accidente. Preferiría hablar sobre mi pintura, y sobre cómo cree que puedo recuperarla.

—No puede.

—Sin duda, dado que usted les ha sido de tanta ayuda, la policía debe de haberle dicho dónde la tienen escondida. —Dora guardó silencio, sorprendida de que no se le hubiera ocurrido preguntarlo. Con una amplia sonrisa, Finley se levantó y dijo—: Lo suponía... Sólo dígame dónde está, Isadora, y déjeme el resto a mí.

—No sé dónde está.

—No mienta, por favor. —Deslizó una mano en el bolsillo interior de su impecable traje londinense de Savile Row y sacó una reluciente pistola Luger—. ¿No es magnífica? —preguntó cuando la mirada de Dora se clavó en el cañón del arma—. Fabricación alemana, de la Segunda Guerra Mundial. Me gusta pensar que un oficial nazi mató con bastante eficiencia con ella. Ahora, Isadora, ¿dónde está mi pintura?

Ella lo miró a los ojos, desolada.

—No lo sé.

La fuerza de la bala la arrojó contra la pared. Pese a que le hirió en el hombro, ella no podía creer que le hubiera disparado. Aturdida, se llevó la mano al hombro y miró asombrada sus dedos manchados de sangre. De pronto, súbitamente exhausta, se deslizo a lo largo de la pared hasta el suelo.

Con total frialdad, Finley caminó hasta ella.

—Francamente, creo que sería mejor que me lo dijera. Está perdiendo mucha sangre. —Se agachó, pendiente de no mancharse el traje—. No quiero causarle un sufrimiento innecesario. DiCarlo tardó horas en morir, después de dispararle. Pero no hay ninguna necesidad de que usted sufra de esa manera. —Suspiró al ver que ella sollozaba—. Le daremos un poco de tiempo para que se recomponga, ¿le parece bien?

Mientras le dejaba sangrar, empezó examinar con minuciosidad todos sus tesoros, uno por uno.

—Ese miserable bastardo cantó.

Brent se sentía eufórico mientras conducía a toda velocidad en dirección a South Street.

—No me gusta cerrar tratos con alimañas —objetó Jed entre dientes.

—¿Aun a cambio de una alimaña mayor como Finley?

—Aun así —afirmó Jed, tras mirar su reloj—. Me sentiré mejor cuando sepa que la policía de Los Ángeles le ha echado el guante.

—La orden está en camino, compañero. No dormirá en su cama esta noche —aseguró Brent.

Había cierto consuelo en ello, aunque Jed se habría sentido más feliz de haber podido detener él mismo a ese hombre.

—No tenías por qué desviarte tanto de tu camino. Podría haber tomado un taxi.

—Nada es demasiado para el capitán. No, esta noche. Yo en tu lugar, no esperaría hasta mañana para darle la buena noticia a cierta deliciosa trigueña.

—Ella necesita dormir.

—Ella necesita algo de paz espiritual.

—Quizá lo consiga en Aruba —ironizó Jed.

—¿Ya estamos con lo mismo?

—Olvidalo.

Jed frunció el entrecejo y contempló la fina aguanieve que empezó a caer cuando doblaron hacia South Street.

Finley volvió a sentarse, complacido al ver que Dora había encontrado fuerzas para apoyarse contra la pared. La sangre que brotaba de la herida en el hombro se había reducido y ahora manaba con lentitud.

—Bien —dijo—. Hablemos de la pintura.

A Dora le castañeteaban los dientes. Nunca había sentido tanto frío, aunque el brazo y el hombro parecían arderle. Trató de hablar, pero las palabras se le enredaban en la lengua.

—La policía..., la policía se la llevó.

—Eso ya lo sé. —Finley arrastraba las palabras en un primer atisbo de cólera—. No soy idiota, Isadora, como sin duda usted cree. La policía tiene el cuadro y yo me propongo recuperarlo. Pagué por él. ¿Lo ha olvidado?

Dora apoyó la cabeza en un hombro, y después la volvió sin fuerzas hacia la pared. La habitación perdía el color, ensombreciéndose.

—Ellos se la llevaron —reiteró al borde del delirio—. A la casa de la abuela... Después la sacaron de allí... No sé...

—Es evidente que necesita un incentivo.

Dejó el arma a un lado y se aflojó la corbata. Aturdida, Dora lo vio quitarse la chaqueta. Cuando notó que posaba la mano sobre la hebilla dorada de su cinturón, los tentáculos resbaladizos del horror parecieron alcanzarla.

—No me toque... —Intentó arrastrarse, pero la habitación daba vueltas y lo único que pudo hacer fue encogerse en un charco de su propia sangre—. Por favor, no lo haga.

—No, no. A diferencia de DiCarlo, yo no planeo violarla. Pero unos buenos azotes con este cinturón, pueden soltarle la lengua. Quizá le resulte difícil creerlo, pero en realidad disfruto mucho causando dolor a la gente. —Enrolló en su mano el extremo del cinturón, y dejó la hebilla suelta—. Ahora, Isadora, ¿dónde está la pintura?

Ella lo vio coger la pistola y levantar el cinturón al mismo tiempo. Lo único que pudo hacer para bloquear con la mente las dos armas fue cerrar los ojos.

—Puedes dejarme fuera, frente al edificio —sugirió Jed a Brent.

—No. Esto es un servicio de puerta a puerta. —Entró en el aparcamiento sin disminuir la velocidad y las ruedas escupieron grava hacia todas partes—. Si tuvieras corazón, me invitarías a subir para tomar una cerveza —propuso Brent.

—Yo no tengo corazón. —Jed abrió la portezuela y, antes de bajar del coche, se volvió hacia Brent y vio la mueca intencionada. Luego dijo:— Está bien, vamos.

Pensó que lo ayudaría a soportar las horas que tendría que pasar solo, a la espera de que llegara la mañana.

Mientras se encaminaban hacia la escalera, Brent pasó un brazo por los hombros de Jed e inquirió:

—Tienes alguna de esas marcas de importación? ¿Mejicana tal vez? En realidad me siento como...

— Cuando oyeron el grito ahogado, ambos empuñaron su arma. De inmediato echaron a correr hacia la puerta. Los años de experiencia trabajando juntos hicieron que reaccionaran a la perfección. Cuando Jed abrió de una patada la puerta de Dora, él entró erguido; Brent agachado.

En el momento en que Finley se volvió, apenas tuvo tiempo de dibujar en su rostro la más fugaz llamada de irritación. Los policías hicieron fuego al unísono. Dos balas de nueve milímetros alcanzaron a Finley a la altura del pecho.

—¡Dios! ¡Oh, Dios! —exclamó Jed.

Con el terror martilleándole la cabeza, Jed corrió hacia Dora. Como una plegaria, pronunciaba su nombre una y otra vez, mientras le rasgaba la blusa y la usaba para detener la hemorragia.

—¡Aguanta, pequeña! ¡Aguanta!

Había perdido mucha sangre, pensó frenético. Como estaba coagulándose, supo que había pasado demasiado tiempo. Al observar el rostro inmóvil y pálido, pensó horrorizado que estaba muerta. Pero de pronto notó que Dora estaba temblando, y se quitó la chaqueta para taparla.

—¡Te pondrás bien! ¡Dora, mi amor! ¿Puedes oírme?

Tenía los ojos muy abiertos, dilatados, pero la mirada perdida. La segunda bala le había atravesado el brazo. Ella ni siquiera lo había notado.

—Usa esto —dijo Brent, lanzando una toalla a las manos temblorosas de Jed, y dobló otra para ponerla debajo de la cabeza de Dora—. La ambulancia viene hacia aquí. —Observó el cuerpo tendido sobre la alfombra y exclamó:— El está muerto!

—Dora, escúchame. ¡Maldición, escúchame! —ordenó Jed, usando la toalla como apósito para la herida superior y lo que quedaba de su blusa para hacer un torniquete—. ¡Quiero que aguantes! ¡Por favor, aguanta! —Incapaz de pensar en otra cosa, la estrechó entre sus brazos y empezó a acunarla—. ¡Por favor! ¡Quédate conmigo! ¡Necesito que te quedes conmigo!

Entonces sintió el roce suave de su mano sobre su mejilla. Al bajar la mirada y contemplar la cara de Dora, vio que le temblaban los labios entreabiertos.

—No... no le digas nada a mis padres —susurró Dora—. No quiero que se preocupen.

30

Habría llorado de haber servido de algo. Lo intentó todo. Había blasfemado, caminado de un lado a otro, rezado... Ahora sólo podía permanecer sentado, con la cabeza entre las manos, y esperar.

Los Conroy se encontraban allí. Jed se preguntó si Dora se sorprendería ante la fortaleza que mostraban. Lo dudaba. Derramaron lágrimas de terror, pero entre todos habían formado una muralla sólida en la sala de espera del hospital, para contar los minutos mientras Dora se hallaba en el quirófano.

Esperó sus recriminaciones, pero no hubo ninguna. De sus labios no había surgido ninguna acusación ni siquiera cuando se detuvo frente a ellos, manchado con la sangre de Dora, y les dijo que la había dejado sola e indefensa. Ni siquiera entonces lo habían culpado.

Deseaba ardientemente que lo hubieran hecho.

En cambio, John fue a buscar café para todos, Lea bajó para esperar a Will, que llegaba desde Nueva York, y Quentin y Trixie se sentaron uno junto al otro en el sofá, cogidos de las manos.

Tras la mortificante segunda hora de espera, Trixie susurró algo al oído de su esposo. Cuando recibió su consentimiento, se levantó y fue a sentarse junto a Jed.

—Ella siempre fue una niña indomable —empezó a decir—. Solía meterse en peleas en la escuela... bueno, no era exactamente así, pero nunca salió de alguna sin dignidad. Solía sorprenderme que gritara con desespero cuando se caía y se golpeaba las rodillas, mientras que si volvía a casa con un labio partido y un ojo hinchado, nunca decía nada. Una cuestión de orgullo, supongo.

Jed siguió cubriéndose los ojos con la palma de las manos.

—Esta no era su pelea. No debió serlo.

—Eso le correspondía decidirlo a ella. Ahora necesitará muchas atenciones, ya sabes... No solía enfermar, pero cuando lo hacía... —A Trixie se le quebró la voz. Se frotó con rapidez los ojos y prosiguió—: Cuando estaba enferma, esperaba que todos le dedicaran el máximo de atención. Dora nunca supo sufrir en silencio. —Con afecto, Trixie tocó el dorso de la mano de Jed y luego la apretó con fuerza—. Es mucho más difícil esperar solo.

—Señora Conroy...

Pero él no tenía las palabras apropiadas. Sólo se recostó en el hombro de ella y se dejó abrazar.

Como impulsados por un resorte, todos se pusieron en pie cuando oyeron el chasquido rápido de zapatos sobre las baldosas. Todavía con su uniforme, Mary Pat atravesó la puerta y anunció:

—Ha salido del quirófano. Parece que la cosa va bien. El doctor vendrá pronto.

Trixie se echó a llorar con sollozos fuertes y espasmódicos, derramando lágrimas que empapaban la camisa de Jed. La rodeó instintivamente con los brazos cuando encontró la mirada de Mary Pat.

—¿Cuándo podrán verla ellos?

—El doctor se lo dirá. Te aseguro que Dora es muy valiente.

—¿No os lo dije? —farfulló Trixie, y se echó en brazos de Quentin para desahogarse juntos, llorando de alegría.

Cuando se quedó solo otra vez, Jed se echó a temblar. Había salido del hospital con la intención de volver a casa. Se dijo que debía dejar a Dora con su familia. Ahora que sabía que ella iba a superar el trance, no había ninguna necesidad de rondar por allí.

Pero no se atrevió a cruzar la calle para llamar a un taxi, así que se sentó en los escalones de entrada y esperó a que cedieran los temblores. El aguanieve se convirtió en una intensa nevada que caía en copos grandes y suaves. Había algo extraterrenal, algo hipnótico, en la manera en que la nieve danzaba ante las luces de la calle. Miró fijamente la luz de una farola mientras fumaba un cigarrillo tras otro. Luego volvió a entrar y subió en el ascensor hasta la planta donde Dora todavía dormía bajo los efectos de la anestesia.

Mary Pat le sonrió con ojos enrojecidos de fatiga.

—Supuse que volverías. ¡Por Dios, Jed! ¡Estás empapado! ¿Tendré que preparar una cama para ti?

—Lo único que quiero es verla. Sé que está sedada, sé que no se enterará de que estoy allí. Sólo quiero verla.

—Deja que te traiga una toalla.

—Mary Pat...

—Primero te secarás —le advirtió—. Después podrás verla.

Ella cumplió su palabra. Tras comprobar que se había secado, se dio por satisfecha y lo condujo a la habitación de Dora.

Ella estaba allí, inmóvil y muy pálida. Jed sintió que el corazón le latía con fuerza.

—¿Estás segura de que se pondrá bien?

—Se encuentra estabilizada y no surgieron complicaciones. El doctor Forsythe es bueno. Créeme. — Mary no quiso recordar las transfusiones de sangre que había necesitado, ni lo mucho que les había costado fortalecer aquel pulso débil—. La bala fue extraída..., y hay algunos tejidos dañados, pero cicatrizarán.

Por algún tiempo estará débil como un bebé, y tendrá dolores.

El estado anímico de Jed se deslizaba por un peligroso desfiladero.

—No quiero que sufra —susurró—. Asegúrate de que reciba todo lo que sea necesario para que no sienta dolor.

—Por qué no te sientas un rato al lado de ella? —le sugirió Mary Pat, palmeándole la espalda para tranquilizarlo—. Te hará sentir mejor.

—Gracias.

—Yo termino mi guardia dentro de una hora. Entonces volveré por aquí.

Cuando lo hizo, una sola mirada le bastó para retroceder y dejarlos solos.

Por la mañana, Jed no se había movido de allí.

Dora despertó lentamente, como si nadara por una superficie de aguas quietas y oscuras. El aire parecía demasiado denso para respirar, y en su cabeza había un sonido parecido al susurro de las olas lamiendo con suavidad la playa.

El observó cómo emergía a través de cada leve aleteo de los párpados. Sintió sobre su mano la apenas perceptible flexión de sus dedos y susurró:

—Vamos, Dora, no te vayas todavía.

Le tocó el cabello y luego la mejilla. Todavía estaba muy pálida, demasiado pálida. Pero volvió a pestañear y entonces los ojos se abrieron. Impaciente, Jed esperó unos segundos, hasta que ella masculó:

—¿Jed...?

Su voz sonó hueca y débil.

—Sí, preciosa. Aquí estoy.

—Tuve una pesadilla...

El le besó la mano, luchando contra la necesidad de apoyar la cabeza en la cama y echarse a llorar.

—Todo se ha arreglado.

—Me pareció tan espantosamente real. Yo... ¡Oh, Dios!

Trató de moverse y, como un flechazo, el dolor se extendió por el brazo.

—No te muevas. Tienes que quedarte quieta.

Los recuerdos irrumpieron con la misma violencia que el dolor.

—Dios mío! El me disparó... —Intentó tocarse el hombro, pero Jed le cogió la mano—. ¡Era Finley!

—Todo ha terminado. Te pondrás bien.

De pronto el pánico se apoderó de ella.

—Estoy en el hospital. ¿Es muy... grave?

—Los médicos se ocuparon de todo. Ahora sólo necesitas descansar. Voy a llamar a una enfermera.

— Sus catorce años en la policía no lo habían preparado para enfrentarse con aquella tremenda angustia que le nublaba los ojos.

Los dedos de Dora temblaron cuando buscaron a tientas los de Jed.

—Ahora lo recuerdo... —señaló—. El estaba en el apartamento... esperándome. Quería la pintura... Le dije que yo no sabía dónde estaba... y me disparó.

—No volverá a hacerte daño. Jamás. Lo juro. —Apoyó la frente en las manos entrelazadas y se sintió desolado—. Lo siento, mi amor. ¡Lo siento tanto!

Pero ella volvía a sumergirse en aguas oscuras, lejos del dolor.

—No me dejes sola aquí...

—No te dejaré.

Cuando volvió a verla consciente, se encontraba rodeada de flores, arreglos y ramos, que iban desde pequeños ramilletes hasta enormes canastas de flores exóticas. En lugar del habitual camisón de hospital, llevaba uno rosado con volantes. Le habían lavado y peinado el cabello, y estaba maquillada. No obstante, Jed pensó que tenía un aspecto muy frágil.

—¿Cómo estás, Conroy?

Ella sonrió y le tendió una mano.

—Hola. ¿Cómo has entrado? Aquí son muy estrictos con el horario de visitas.

—Hice valer mi rango —respondió, y entonces titubeó. La mano de Dora parecía tan frágil como el ala de un pájaro—. Puedo volver más tarde, si estás muy cansada.

—No. Si te quedas, puedes ahuyentarlos cuando entren aquí con sus agujas.

—Claro. Será un placer. —Incómodo, se volvió para examinar la selva de flores. Luego bromeó—: Al parecer, deberías dedicarte a otro negocio.

—¿No es genial? Adoro que me halaguen. —Se movió un poco, dio un respingo y se alegró de que Jed le diera la espalda—. Me traicionaste, Skimmerhorn.

—¿Qué?

—Se lo contaste a mi familia.

—Supuse que era preferible a que lo leyeran en los diarios.

—Es probable que tengas razón. Bien, ¿qué sucede en tu mundo? Mary Pat me dice que echaste a Goldman antes de tiempo y volviste al trabajo.

—Sí.

Necesitaba algo que llenara sus días, o se hubiera vuelto loco.

—¿Puedo ver tu placa? —inquirió Dora.

—¿Qué?

—En serio —insistió, sonriendo débilmente—. ¿Puedo verla?

—Claro.

Sacó la placa del bolsillo mientras se acercaba a la cama. Ella la tomó, la examinó, la abrió y cerró un par de veces.

—Infunde respeto. ¿Cómo sienta?

—Bien —respondió, mientras volvía a guardarla en el bolsillo. Era imposible quedarse quieto allí para sostener una charla intrascendente, cuando seguía viendo el fuerte vendaje blanco que asomaba debajo del vaporoso camisón rosado—. Escúchame. Pasé por aquí sólo para ver cómo estabas. Ahora tengo que marcharme.

—¿Antes de entregarme mi regalo? —Jed guardó silencio y ella sonrió, aunque a medida que se disipaba el efecto de los calmantes, se le hacía cada vez más difícil hacerlo—. Esa caja que tienes en la mano... ¿No es para mí?

—Sí, es para ti —dijo él, y la dejó sobre la cama—. Pasé un par de veces por aquí cuando estabas sedada, y después de ver la floristería, me supuse que no necesitarías ningún otro ramo.

—Nunca son demasiados. —Se enderezó un poco para coger el elegante regalo. Luego se reclino otra vez y susurró—: Dame una mano, ¿quieres? Tengo un pequeño problema con mi brazo.

El no se movió, pero su mirada fue elocuente.

—Los médicos me han asegurado que no quedará ningún daño permanente —comentó Jed.

—Claro —respondió ella, e hizo un gesto de fastidio—. Como si una cicatriz no fuera un daño permanente. Nunca volveré a ser la misma en biquini.

Jed no podía soportarlo. Se volvió de golpe, fue hasta la ventana y se quedó mirando hacia afuera, con el intenso perfume de las rosas atormentándolo.

—Yo debí estar allí —dijo al cabo de un rato—. No deberías haber estado sola.

El tono de su voz era tan irritado, los hombros estaban tan rígidos, que Dora temió que se desencadenaría la tormenta. No obstante, desató la cinta de la caja con la mano sana.

—Por lo que me contó Brent, Finley escapó en las narices de la policía de Los Ángeles. Nadie tenía el menor indicio de que hubiera salido de California. No veo cómo alguien podría haber imaginado que vendría a mi apartamento y me dispararía.

—Es mi trabajo saberlo.

—Vaya, ya lo has incorporado a tu cabeza. ¿Cómo llaman a ese síntoma del superpolicía...? ¿El síndrome de John Wayne? —Se las había ingeniado para quitar el envoltorio y levantaba la tapa de la caja, cuando él se volvió—. Bien, peregrino —dijo ella en una pésima imitación de Wayne—, es imposible que puedas estar en todas partes al mismo tiempo. —Aunque el brazo empezaba a dolerle, escarbó feliz en el papel de seda—. Adoro los regalos y no me avergüenza decirlo. No me importa que me hayan disparado si... ¡Oh, Jed, qué hermosa!

Perpleja, sacó la caja antigua de madera y estuco, con delicados dibujos dorados de figuras mitológicas. Cuando levantó la tapa, empezó a sonar una suave melodía.

Jed hundió las manos en los bolsillos y se sintió estúpido.

—Estaba guardada en el almacén —explicó—. Pensé que te gustaría tenerla.

—¡Es muy bonita! —susurró—. ¡Gracias!

La mirada que le dirigió era tan desconcertante, que él se sintió aún más incómodo.

—No es gran cosa —se justificó—. Supuse que podrías usarla para guardar algunas cosas mientras estás aquí. Ahora tengo que marcharme. ¿Necesitas algo?

Dora seguía acariciando la caja cuando alzó la mirada hacia él.

—¿Podrías hacerme un favor?

—Dime cuál.

—¿Puedes mover algunos hilos y sacarme de aquí? —imploró, avergonzada al sentir que asomaban lágrimas a sus ojos—. Quiero volver a casa.

Jed empleó varias horas de trámites y negociaciones, pero finalmente Dora pudo apoyar la cabeza en su propia almohada, en su propia cama.

—¡Gracias a Dios! —Dora cerró los ojos, respiró hondo y luego volvió a abrirlos para sonreír a Mary Pat—. No tengo nada contra tu trabajo, Mary Pat, pero la verdad es que lo odio.

—Tú tampoco fuiste lo que se dice una paciente ideal, pequeña. ¡Abre la boca! —ordenó, para meterle un termómetro.

—Fui una joya —objetó Dora entre dientes.

—Quizá un diamante en bruto, muy bruto, pero no voy a quejarme. Unos cuantos días de servicio privado me vienen muy bien. —Con toda eficiencia, le envolvió el brazo sano para tomarle la presión—. Temperatura perfecta y normal —anunció cuando sacó el termómetro para leerlo.

Pero Dora captó la mueca fugaz cuando leyó la presión sanguínea.

—¿Algo anda mal?

—Nada que no pueda arreglarse con tranquilidad y reposo.

—He estado muy tranquila. Nunca creí que me oíría decir esto, pero estoy cansada de permanecer en la cama.

—Tendrás que aguantar. —Sentada en el borde, Mary Pat le tomó el pulso y añadió—: Voy a ser sincera contigo, Dora. Te recuperarás del todo con debido reposo y cuidado. Pero esto no fue una simple herida en la rodilla. Si Jed no te hubiese llevado al hospital cuando ¡o hizo, no estarías aquí para quejarte. Tal como sucedieron las cosas, estuviste muy cerca.

—Lo sé. Si te satisface, te diré que lo recuerdo todo con demasiada claridad.

—Tienes derecho a quejarte e insultarnos. Pero tú también vas a seguir las órdenes, al pie de la letra, o te denunciaré ante el capitán.

—Las enfermeras tienen rangos? —inquirió Dora, con una débil sonrisa.

—Hablo de Jed, tonta. El financia este operativo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que tienes atención privada las veinticuatro horas todo el tiempo que lo necesites. Cortesía del capitán J. T. Skimmerhorn.

—Pero... creí que el seguro lo había arreglado.

—Sé realista —sugirió Mary Pat, y riendo entre dientes sacudió las almohadas y alisó las sábanas—. Ahora descansa un poco. Voy a prepararte algo de comer.

—El no debería sentirse culpable —murmuró Dora cuando Mary Pat salía de la habitación. Esta se detuvo y se volvió para mirarla.

—Se siente mucho más que culpable por lo que se refiere a ti. ¿Sabías que no abandonó el hospital durante las primeras cuarenta y ocho horas? —reveló Mary Pat.

Dora bajó la mirada y observó sus manos. Luego repuso:

—No. No lo sabía.

—El te veló todas las noches. —Dora sólo meneaba la cabeza—. Muchas mujeres esperan toda la vida a alguien que sienta esa clase de culpa —concluyó Mary Pat, y salió.

Una vez sola, Dora cogió la cajita de música, abrió la tapa, cerró los ojos y se preguntó qué hacer.

Al final de su turno, Mary Pat entregó a la siguiente enfermera la evolución de la paciente. Todavía no consideraba terminado su trabajo. Cruzó el pasillo deprisa y llamó con fuerza a la puerta de Jed. Cuando él la abrió, le apuntó al pecho con el dedo índice e inquirió, frunciendo el entrecejo:

—¿No pudiste armarte de coraje para cruzar este maldito pasillo y...? ¿Qué diablos estás haciendo?

—Preparo las maletas.

—¡Al diablo con eso! —exclamó Mary Pat, con los ojos abiertos desorbitadamente y, exasperada, entró con decisión y yació una caja de libros en el suelo—. ¡No vas a huir ahora que ella se encuentra post-rada e indefensa!

—No estoy huyendo —repuso Jed, luchando por mantener la calma. Se había convencido que lo que estaba haciendo lo hacía por Dora—. Ella me pidió que me marchara. Sólo conseguiré alterarla si se da cuenta de que sigo aquí.

Mary Pat apretó los puños sobre las caderas.

—Eres un idiota. Puedo aceptar que lo seas, pero nunca pensé que también fueses un cobarde.

—¡Retira eso, Mary Pat!

—¡Ni lo sueñes! ¿Puedes mirarme a los ojos y decirme que no estás enamorado de ella?

El sacó un cigarrillo. Mary Pat se lo arrebató de la mano y lo partió en dos. La miró furibundo. Ella le respondió con la misma mirada.

—No, no puedo —admitió Jed—. Pero ése no es el asunto. El médico fue muy claro respecto a que no hay que causarle la menor tensión. Lo último que necesita es que yo esté aquí para alterarla.

—Siéntate. ¡Maldita sea, siéntate! —le ordenó, empujándolo—. Voy a decirte qué es lo que ella necesita exactamente.

—Bien. —Jed se dejó caer en una silla—. Ya estoy sentado.

—¿Alguna vez le has dicho que la amas?

—No creo que sea de tu incumbencia.

Impaciente, Mary Pat echó a andar por la habitación apenas y apenas contuvo el impulso de patear el banco de pesas.

—Alguna vez fuiste a recoger flores silvestres para ella?

—¡Estamos en pleno febrero!

—Sabes muy bien de qué estoy hablando. —Volvió hacia él y golpeó su silla con las manos para mantenerlo quieto. Luego agregó—: Apostaría a que nunca encendiste velas para ella, la llevaste a dar un paseo por el río o le entregaste algún estúpido regalo.

—¡Le di una maldita cajita musical!

—No es suficiente. Ella necesita que la cuides.

De pronto Jed sintió que un fuego le abrasaba la garganta.

—Dame una tregua.

—Lo que me gustaría darte es una patada, pero mi juramento hipocrático me lo impide. Has estado a punto de perderla.

Jed alzó la mirada y dijo:

—¿Crees que no lo sé? Todas las noches me despierto bañado en sudor cuando recuerdo lo cerca que estubo.

—Entonces haz algo positivo. Demuéstrale lo mucho que significa para ti.

—No quiero presionarla cuando ella se encuentra indefensa.

Mary Pat puso los ojos en blanco.

—Entonces eres un estúpido —afirmó, pero sintió lástima y lo besó—. Encuentra algunas flores silvestres, Jed. Apuesto todo por ti.

La caja llegó a la mañana siguiente.

—Más regalos —anunció Lea, empujando la enorme caja por el salón hasta el sofá donde se encontraba sentada Dora—. Estoy pensando seriamente en hacer que me disparen... siempre que sea una herida superficial, claro.

—Créeme, no vale la pena. Trae las tijeras, ¿quieres? Abramos este bebé —bromeó Dora, y se inclinó para ver mejor—. No tiene remitente.

—Oh! ¡Un admirador secreto! —Con la lengua entre los dientes, Lea despegó la cinta y levantó la tapa—. ¡Son solo libros! —exclamó decepcionada.

Dora se había puesto de rodillas y revolvía entre ellos.

—¡Dios! ¡Oh, Dios mío! ¡Carolyn Keene! —exclamó—. ¡Parece la colección completa de Nancy Drew! ¡Y todos son ediciones originales! ¡Mira, mira! Aquí está La pista de la chimenea inclinada, La escalera secreta... —De repente, apretó los libros contra su pecho, sollozando.

—¡Querida! ¡Oh, querida! —se alarmó Lea—. ¿Te has hecho daño? Te ayudaré a volver a la cama.

Dora sostenía el ejemplar de Pasaporte a Larkspur contra la mejilla.

—No —señaló—. Los ha mandado Jed.

—Ya veo —respondió Lea, prudente, y se sentó sobre los talones.

—Se tomó todo este trabajo sólo para mostrarse afectuoso —comentó Dora—. ¿Por qué está siendo tan cariñoso? Mira, hace unos días me envió esta pulsera.

Extendió el brazo y siguió hablando entre las exclamaciones de Lea por la pulsera.

—Y esa vaca tonta... y la acuarela. ¿Por qué está haciendo esto? ¿Qué le pasa?

—Ese hombre está enamorado.

Dora lloriqueó y se secó las lágrimas con la manga de la bata.

—Eso es ridículo.

—Querida, ¿acaso no sabes cuándo están cortejándote? —Lea cogió un libro, meneó la cabeza y comentó—: Yo preferiría un estilo algo diferente, pero es evidente que éste parece haber tocado tus fibras más íntimas.

—El sólo me tiene lástima. Se siente culpable. ¿No crees?

—Querida, el hombre que yo vi obsesionado en el hospital no estaba allí porque se sentía culpable. ¿No vas a darle una oportunidad?

Con gesto afectuoso, Lea recogió el cabello de su hermana detrás de las orejas. Dora dejó un libro sobre su regazo y acarició con delicadeza la cubierta.

—Antes de que me dispararan, yo había terminado con él. Le pedí que se mudara. Me hizo daño, Lea. No quiero que me haga daño otra vez.

—No puedo decirte qué debes hacer, pero me parece terrible e injusto que siga sufriendo. —Besó la frente de Dora cuando alguien llamó a la puerta—. Hola, Jed! —lo saludó risueña, y le dio un beso—. Tu sorpresa dio en el blanco. Ella está ahí dentro en este momento llorando sobre tus libros.

Instintivamente Jed dio un paso atrás, pero Lea lo tomó de la mano y lo arrastró adentro.

—Mira quién está aquí! —anunció Lea.

Dora se enjugó las lágrimas y esbozó una sonrisa nerviosa.

—¡Son magníficos! —exclamó, sin que pudiera evitar que sus ojos se llenaran otra vez de lágrimas—. ¡En serio, son magníficos!

—Perderán su valor si se mojan —bromeó Jed.

—Tienes razón. Pero siempre me pongo muy sentimental cuando veo ediciones originales.

—Estaba a punto de marcharme —comentó Lea, cogiendo su abrigo, pero ninguno de los dos prestó la menor atención a su partida.

Dora seguía apretando contra su pecho, como una pequeña criatura, el ejemplar de La escalera secreta.

—No sé qué decir.

—Di gracias —le sugirió él.

—Gracias. Pero, Jed...

—Escucha, tengo la misión de hacerte levantar un rato. ¿Estás lista para dar un paseo en coche?

Dora se puso de pie de un salto.

—¿Bromeas? ¿Vamos a salir? ¿Al aire libre y no al hospital?

—Busca tu abrigo, Conroy.

Unos minutos más tarde, sintió un placer lujurioso al sentarse en el asiento del coche de Jed.

—No puedo creerlo —confesó—. Sin enfermeras, sin molestos termómetros ni otros artilugios médicos.

—¿Cómo va el hombro?

—Duele. —Abrió la ventanilla para sentir la ráfaga de aire fresco contra su cara, y no advirtió que los dedos de Jed se crispaban sobre el volante—. Me hacen realizar continuamente este ejercicio físico que es, por decirlo de una manera suave, desagradable, aunque efectivo —explicó, y dobló el codo en ángulo recto para probarlo—. No está mal, ¿eh?

—¡Excelente!

Había tal tensión en la voz de Jed, que Dora arqueó una ceja e inquirió:

—¿Todo va bien en el trabajo?

—Perfecto. Siempre tuviste razón. No debí abandonar la policía.

—Sólo necesitabas un poco de tiempo. —Le tocó el brazo, pero al ver que él se estremecía, apartó enseguida la mano. Pensó que había llegado la hora de aclarar las cosas—. Jed, sé que estábamos en una posición difícil antes... bueno... antes de que me hirieran. Sé que fui cruel.

—No digas eso —la interrumpió, convencido de que no podría soportarlo—. Tú tenías razón. Todo lo que dijiste era cierto. Yo no quería que te acercaras demasiado a la verdad, y quise asegurarme de que no pudieras hacerlo. Tú fuiste una de las razones principales de que volviera a la policía, pero no compartí contigo mi decisión, porque hubiera tenido que admitir que me importaba. Sí, Dora, me importaba lo que tú pensabas de mí. Fue deliberado.

Dora volvió a cerrar la ventanilla.

—No tiene ningún sentido remover de nuevo todo eso.

—Supongo que debería decirte que, antes de que resultaras herida, iba a pedirte que me perdonaras, que estuve dispuesto a rogarte que me dieras otra oportunidad. —La observó detenidamente y vio que, en silencio, tenía la mirada perdida—. Sí, es exactamente lo que pensé que dirías.

—No estoy segura de qué podría aportar una nueva oportunidad —dijo ella con cautela.

El iba a tratar de mostrárselo. Aparcó el coche, frente a su casa, puso el freno de mano y después rodeó el vehículo para ayudarla a bajar. Como ella tenía la mirada clavada en la casa de Jed, hizo un mal movimiento y se golpeó el brazo contra la portezuela.

—¡Maldición!

El quejido de dolor lo hizo pedazos. Protegiéndole el brazo, la estrechó contra él.

—No soporto verte sufrir. Me destroza, Dora, cada vez que pienso en ello. Cada vez que recuerdo lo que sentí cuando te vi tendida en el suelo, cuando noté tu sangre en mis manos. —Se echó a temblar. Todo su cuerpo tembló como las cuerdas de un instrumento al pulsarlas—. Creí que estabas muerta. Te miré y pensé que estabas muerta...

—No sigas —lo interrumpió sin pensarlo, para tranquilizarlo—. Ahora ya estoy bien.

—Yo no lo evité —recordó con vehemencia—. Llegué demasiado tarde.

—No es así. Tú me salvaste la vida. El podría haberme matado. El quería hacerlo, tanto como deseaba la pintura, pero tú lo impediste.

—No es suficiente.

Tratando de dominarse, aflojó la presión sobre el brazo de Dora y dio un paso atrás.

—Para mí sí lo es, Jed.

Levantó una mano para acariciarle la mejilla, pero él la cogió en el aire y se la llevó a los labios.

—Sólo dame un minuto —pidió Jed, y se quedó parado allí un momento, con el aire frío y cortante que susurraba a través de los árboles desnudos y del pasto dormido del invierno—. No deberías estar aquí fuera con este frío —dijo al fin.

—Se está muy bien.

—Quiero que vengas conmigo. Quiero terminar esto dentro.

—Está bien.

Aunque ya no se sentía débil, se dejó sostener por Jed cuando ascendieron por el sendero, porque pensó que él necesitaba hacerlo.

Sin embargo, Jed se mostró vacilante al girar la llave en la cerradura, abrir la puerta y hacerla entrar. Se le fortaleció el ánimo cuando ella dejó escapar un silencioso suspiro de placer.

—Has vuelto a traer tus cosas. —Se detuvo sobre la acogedora alfombra de Bujara.

—Sólo algunas —puntualizó Jed, observando cómo ella pasaba la punta de los dedos por la mesa de palisandro, por el respaldo curvo de una silla, mientras sonreía frente al elegante espejo con marco dorado—. Mi casera me echó, así que saqué algunas cosas del almacén.

—Las cosas apropiadas.

Siguió caminando y entró en el salón. El había devuelto a su lugar un canapé tapizado con finas rayas, una hermosa lámpara Tiffany sobre una mesa de madera de caoba. En la chimenea se consumía con lentitud un fuego agradable.

—Vas a mudarte otra vez aquí —comentó Dora.

—Eso depende. —Con mucho cuidado, la ayudó a quitarse el abrigo y lo dejó sobre el brazo del canapé—. Volví aquí la semana pasada. La casa ya no era la misma. Te veía subir por las escaleras, sentarte en el vano de la ventana de mi dormitorio, mirar hacia fuera a través de la ventana de la cocina. Tú cambiaste la casa —aseguró cuando ella se volvió con lentitud para mirarlo—. Tú me cambiaste a mí. Quiero volver a mudarme aquí y darle vida. Siempre que tú quieras venir conmigo.

Dora no creyó que el repentino mareo tuviera algo que ver con la cicatrización de sus heridas.

—Creo que quiero sentarme —advirtió, y se dejó caer sobre los almohadones. Respiró hondo un par de veces y preguntó—: ¿Vas a volver aquí? ¿Quieres realmente volver?

—Sí, así es.

—¿Quieres que yo viva aquí contigo?

Jed sacó un pequeño estuche del bolsillo y lo depositó en las manos de Dora.

—Si eso es lo mejor que puedo recibir... Pero antes me gustaría que te casaras conmigo —pidió Jed con seguridad.

—Yo... —farfulló Dora, perpleja—. ¿Puedes darme un poco de agua?

Frustrado, él se mesó el cabello con nerviosismo.

—¡Maldita sea, Conroy! Claro... —respondió contrariado—. Iré por agua.

Ella esperó a que saliera de la habitación para armarse de coraje y abrir el estuche. Se alegró de haberlo hecho, porque quedó asombrada. Todavía estaba atónita mirando el anillo, cuando él volvió con una copa de cristal de Baccarat llena de agua.

—Gracias. —Tomó la copa y bebió el agua de un trago—. ¡Es extraordinario!

Disgustado consigo mismo, buscó a tientas un cigarrillo y comentó:

—Supongo que exageras.

—¡Oh, no! No existe un diamante en el mundo que sea exagerado. —Dejó el estuche sobre su regazo pero siguió aferrándolo, en un gesto de posesión—. Jed, creo que estas semanas han sido tan duras para ti como para mí. Puede que yo no haya sabido apreciarlo, pero...

—Te amo, Dora.

No podía creerlo. Antes de que pudiera recuperar sus sentidos, él ya estaba sentado a su lado en el canapé.

—¡Maldición! ¡No me pidas otro vaso de agua! Si no quieres contestarme ahora, esperaré. Sólo quiero una oportunidad para hacer que vuelvas a amarme.

—¿Así que se trataba de esto? ¿Los regalos y las llamadas telefónicas? Tratabas de minar mis defensas cuando yo me hallaba en inferioridad de condiciones.

El bajó la mirada hacia las manos entrelazadas y convino:

—Bueno, si quieres decirlo así...

Dora asintió y se levantó para ir hasta la ventana. Pensó que en la primavera le gustaría ver tulipanes allí fuera, y grandes cantidades de alegres narcisos.

—Buen trabajo —reconoció con serenidad—. Muy buen trabajo, Skimmerhorn. Pero en realidad lo lograron los libros. ¿Cómo podría haberme resistido a una colección completa de ediciones originales de novelas policíacas? —Bajó la mirada para contemplar el insolente diamante que todavía tenía en su mano y añadió—: Tú explotaste mi debilidad por lo nostálgico, por lo romántico y por el beneficio material.

—No soy tan mal negocio. —Con los nervios a flor de piel, se situó detrás de ella para acariciarle el cabello—. Tengo algunos defectos, pero soy muy rico.

Los labios de Dora se torcieron en una mueca.

—Ese argumento podría haber funcionado una vez, pero estoy en una posición bastante buena, dado que recibiré una sustantiva recompensa por haber encontrado el Monet. Puede que yo sea codiciosa, Skimmerhorn, pero tengo mis principios.

—Estoy loco por ti.

—Eso está mejor.

La besó con ternura en el cuello y ella suspiró.

—Eres la única mujer con quien he deseado pasar el resto de mi vida. Eres la única mujer que jamás haya amado, o que quiera amar.

—Excelente, Skimmerhorn.

—No creo que pueda vivir sin ti, Dora.

Ella sintió que el llanto le estrangulaba la voz.

—Un golpe bajo.

—¿Entonces eso significa que vas a enamorarte otra vez de mí?

—¿Qué te hace pensar que alguna vez dejé de amarte?

La mano de Jed le acarició el cuello y le hizo dar un respingo.

—¿Qué me dices del matrimonio? ¿Lo considerarás?

Dora sonrió a la luz del sol. Podía no haber sido la proposición más romántica del mundo, pero le gustaba, le gustaba mucho.

—Necesitaremos encaje para las cortinas, Jed. Y yo tengo un sofá Chippendale que espera que nos sentemos frente a ese fuego.

El la hizo volverse, le echó los cabellos hacia atrás y le tomó la cara con las manos. Sólo tuvo que mirarla a los ojos para que sus nervios se disiparan.

—¿Hijos...?

—Tres.

—Buen número. —Embargado por la emoción, apoyó su frente en la de ella y agregó—: Arriba, en el dormitorio principal, hay una cama. Creo que es una auténtica Jorge III.

—¿Cuatro columnas? —preguntó ella sonriendo.

—Baldaquino. Quédate conmigo esta noche.

Ella transformó la sonrisa en un beso y dijo:

—Creí que nunca me lo pedirías.